



FRANK  
HERBERT

**DUNE**  
Casa Capitular Dune

Lectulandia

Las Honoradas Matres llegadas de vuelta de la Dispersión se enfrentan, con sus terribles poderes, a la secular Bene Gesserit. Lentamente, planeta tras planeta, van ganando su batalla.

Mientras, las Reverendas Madres, ocultas y fortificadas en su planeta Casa Capitular, intentan revivir el viejo orden que les dio su antigua predominancia en todo el universo. Un gholá de Miles Teg está siendo educado y adiestrado cuidadosamente, con la esperanza de revivir en él los extraordinarios poderes de su antecesor; la unión de Duncan Idaho y Murbella, la Honorada Madre, cautivos ambos en la no-nave, puede dar sus frutos en una comprensión del traumático fenómeno de la dispersión.

Y mientras tanto, liberadas del gusano de arena original, las truchas de arena están ganando desierto lentamente en el planeta, prosiguiendo su inexorable ciclo. En unos años, la Casa Capitular puede convertirse en un nuevo Dune, compensando así la terrible destrucción del Arrakis original. Y Sheeana espera la aparición del primer gusano para cabalgarlo...

Lectulandia

Frank Herbert

# Dune

Casa capitular Dune

ePUB v1.0

Lightniir 28.05.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Casa capitular Dune*  
Frank Herbert, Octubre de 1986.  
Traducción: Domingo Santos  
Diseño/retoque portada: Lightniir

Editor original: Lightniir (v1.0)  
Corrección de erratas: Luismi  
ePub base v2.0

# Capítulo I

*Aquellos que quieran repetir el pasado deben controlar la enseñanza de la historia.*

**[Coda Bene Gesserit]**

Cuando el bebé-ghola del primer tanque axlotl Bene Gesserit fue entregado, la Madre Superiora Darwi Odrade ordenó una discreta celebración en su comedor privado en la parte superior de Central. Acababa de amanecer, y las otras dos miembros del Consejo —Tamalane y Bellonda— mostraron su impaciencia ante la invitación, pese a que Odrade había ordenado que la comida fuera servida por su chef personal.

—No todas las mujeres pueden presidir el nacimiento de su propio padre —ironizó Odrade cuando las otras se quejaron de que tenían su tiempo demasiado ocupado como para permitirse el «malgastarlo con tonterías».

Sólo la vieja Tamalane mostró un taimado regocijo.

Bellonda mantuvo sus carnosos rasgos inexpresivos, lo cual en ella era muy a menudo el equivalente a un fruncimiento de ceño.

¿Era posible, se preguntó Odrade, que Bell no hubiera exorcizado el resentimiento hacia la relativa opulencia del entorno de la Madre Superiora?

Los aposentos de Odrade mostraban la marca distintiva de su posición, pero la distinción representaba más sus deberes que una elevación por encima de sus Hermanas. El pequeño comedor le permitía consultar con sus consejeras durante sus ágapes.

Disponía de su propia cocina privada con su chef permanente, aunque la mayor parte de sus comidas procedían siempre de las cocinas comunales. Pero nunca se sabía cuándo un huésped inesperado podía venir a sentarse a su mesa, o cuándo ella y sus ayudantes podían necesitar restaurar sus gastadas energías.

Siempre tenía cerca toda la ayuda que necesitara. Alguien de los Archivos de Bell podía estar allí en cuestión de minutos o, por proyección en su mesa de trabajo, en cuestión de segundos.

Bellonda miró hacia uno y otro lado del comedor de Odrade, a todas luces impaciente por marcharse. Se habían realizado muchos infructuosos esfuerzos en el intento de penetrar el frío y remoto caparazón de Bellonda.

—Resulta muy extraño tener a ese bebé en tus brazos y pensar: *Es mi padre* —dijo Odrade.

—¡Te oí la primera vez! —respondió Bellonda con una retumbante voz de barítono que parecía brotar de su estómago, como si cada palabra le produjera una

vaga indigestión.

Sin embargo, captó la sesgada ironía de Odrade. El viejo Bashar Miles Teg había sido el padre de la Madre Superiora. Y la propia Odrade había recogido las células (raspaduras de la uña de uno de sus dedos) a partir de las cuales desarrollar su nuevo ghola, como parte de un «posible plan» a largo plazo con el cual esperaban tener éxito en duplicar los tanques tleilaxu. Pero antes se dejaría Bellonda expulsar de la Bene Gesserit que aceptar el comentario de Odrade sobre el equipo vital de la Hermandad.

—Considero esto una frivolidad en unos momentos como los actuales —dijo Bellonda—. ¡Esas locas nos persiguen para exterminarnos, y tú deseas una celebración!

Odrade consiguió mantener su tono tranquilo con un cierto esfuerzo.

—Si las Honoradas Matres nos encuentran antes de que estemos preparadas, quizá sea porque hemos fracasado en mantener alta nuestra moral.

La silenciosa mirada de Bellonda clavada directamente en los ojos de Odrade mostraba una frustrada acusación:

*¡Esas terribles mujeres han exterminado ya dieciséis de nuestros planetas!*

Como hacía con frecuencia, Bellonda había conseguido sin siquiera hablar que la Madre Superiora centrara su atención en las cazadoras que las acechaban con salvaje persistencia. Aquello estropeó la atmósfera de suave éxito que Odrade había esperado conseguir aquella mañana.

Se obligó a sí misma a pensar en el nuevo ghola. *¡Teg!* Si podían ser restauradas sus memorias originales, la Hermandad dispondría de nuevo a su servicio del mejor Bashar que jamás hubiera tenido. *¡Un Bashar Mentat!* Un genio militar cuyas proezas habían pasado ya a la mitología del Antiguo Imperio.

¿Pero podría ser de alguna utilidad Teg contra aquellas mujeres que habían regresado de la Dispersión?

*¡Por todos los dioses que existen o puedan existir, las Honoradas Matres no deben encontrarnos! ¡Todavía no!*

Teg representaba demasiadas inquietantes incógnitas y posibilidades. El misterio rodeaba el periodo anterior a su muerte en la destrucción de Dune. *Hizo algo en Gammu que prendió la furia desatada de las Honoradas Matres. Su suicida permanencia en Dune no fue suficiente para desatar una furiosa respuesta asesina.* Había rumores, detalles e indicios de sus días en Gammu antes del desastre de Dune. *¡Podía moverse más rápido de lo que el ojo era capaz de captar!* ¿Era cierto eso? ¿Otro afloramiento de habilidades salvajes en los genes de los Atreides? ¿Una mutación? ¿O simplemente otro añadido al mito de Teg? La Hermandad tenía que averiguarlo tan pronto como fuera posible.

Una acólita entró trayendo tres desayunos, y las hermanas comieron rápidamente,

como si aquella interrupción tuviera que ser dejada atrás tan pronto como fuera posible debido a que cualquier pérdida de tiempo era algo peligroso.

*¡Esas condenadas cazadoras! ¡Siempre en algún lugar en nuestros pensamientos!*

Incluso después de que las otras se fueran, Odrade se quedó con la impresión de los temores no expresados de Odrade.

*Y mis temores.*

Se levantó y se dirigió a la enorme ventana que se asomaba por encima de los bajos techos de los edificios circundantes al anillo que huertos y campos que rodeaba Central. La primavera estaba terminando, y los frutos empezaban a tomar ya forma ahí afuera. *Renacimiento. ¡Un nuevo Teg ha nacido hoy!* Ningún sentimiento de excitación acompañó aquel pensamiento. Normalmente aquella vista la reanimaba, pero no hoy, no esta mañana.

*¿Cuáles son mis auténticas fuerzas? ¿Cuáles son mis hechos?*

Los recursos a disposición de una Madre Superiora eran formidables: una profunda lealtad en todos aquellos que la servían, un brazo militar bajo un Bashar adiestrado por Teg (muy lejos ahora con una enorme porción de sus tropas, protegiendo su planeta escuela, Lampadas), artesanos y técnicos, espías y agentes a lo largo y ancho de todo el Antiguo Imperio, incontables trabajadores que contaban con la Hermandad para que les protegiera de las Honoradas Matres, y todas las Reverendas Madres con sus Otras Memorias retrocediendo hasta los albores de la vida.

Odrade sabía sin falso orgullo que ella representaba la cúspide de lo que había más fuerte en una Reverenda Madre. Si sus memorias personales no le proporcionaban la información que necesitaba, tenía a su disposición otras a su alrededor para llenar los huecos. Las máquinas también almacenaban datos para ella, aunque tenía que admitir su desconfianza innata hacia tales cosas. *¿No vinieron todas a través de manos humanas? ¡Entonces dejemos que los humanos los juzguen y los presenten!*

Odrade se sintió tentada a bucear en aquellas otras vidas que arrastraba consigo como una memoria secundaria... aquellas capas de consciencia subterránea. Quizá pudiera encontrar brillantes soluciones a sus apuros en las experiencias de las Otras. ¡Peligroso! Puedes perderte durante horas, fascinada por la multiplicidad de las variaciones humanas.

Mejor dejar a las Otras Memorias equilibradas ahí dentro, listas para aflorar en los momentos de demanda o necesidad. Consciencia, aquél era el fulcro y el asidero de su identidad.

La metáfora del extraño Mentat Duncan Idaho ayudaba.

*Autoconsciencia: hacer frente a los espejos que pasan cruzando el universo, arracimando nuevas imágenes a su paso... reflejándose indefinidamente. El infinito*

*visto como finito, el análogo de la consciencia arrastrando consigo atisbos entrevistos de infinito.*

Nunca había oído otras palabras que se acercaran más a su inexpressada consciencia.

—La complejidad especializada —lo llamaba Idaho—. Reunimos, ensamblamos, y reflejamos nuestros sistemas de orden.

Por supuesto, el enfoque de la Bene Gesserit era que los humanos constituían una forma de vida diseñada por la evolución para crear orden.

*¿Y cómo nos ayudará eso contra esas caóticas mujeres que nos persiguen? ¿Qué rama de la evolución constituyen? ¿Acaso la evolución no es otro nombre por el que se conoce a Dios?*

Sus Hermanas se reirían despectivamente ante tales «especulaciones inútiles».

De todos modos, tenía que haber respuestas a aquello en sus Otras Memorias.

*¡Ahhh, qué seductor!*

Cuán desesperadamente deseaba proyectar su acosado yo hacia las identidades del pasado y sentir lo que había representado vivir entonces. El peligro inmediato de aquella tentación la hizo estremecerse. Sintió a las Otras Memorias arracimarse en los bordes de su consciencia. «*¡Era así!*» «*¡No, era más bien de esa otra forma!*» Qué ávidas eran. Tenías que buscar y elegir, animando cuidadosamente el pasado. ¿Y acaso no era ésa la finalidad de la consciencia, la auténtica esencia de sentirse viva?

*Seleccionar del pasado y confrontarlo al presente: aprender de las consecuencias.*

Esta era la visión Bene Gesserit de la historia, las antiguas palabras de Santanaya resonando en sus vidas: «*Aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo.*»

Los edificios del propio Central, el más poderoso de todos los asentamientos Bene Gesserit, reflejaban esa actitud hacia la que se dirigía Odrade. Usiforme, ese era el concepto dominante. Muy pocas cosas se permitía que fueran no funcionales en ningún centro de trabajo de la Bene Gesserit, había muy poco lugar para la nostalgia. La Hermandad no necesitaba arqueólogos. Las propias Reverendas Madres encarnaban la historia.

*No disponemos de desvanes. ¡Lo reciclamos todo!*

Lentamente (mucho más lentamente que de costumbre), la vista desde su alta ventana fue produciendo su efecto tranquilizador. Lo que sus ojos informaban era la esencia del orden Bene Gesserit.

Pero las Honoradas Matres podían terminar con ese orden en cualquier momento. La situación de la Hermandad era mucho peor de la que habían sufrido bajo el Tirano. Odrade sintió que muchas de las decisiones que se había visto obligada a tomar le resultaban ahora odiosas. Su cuarto de trabajo le resultaba cada vez menos agradable



debido a las acciones que se habían tomado allí.

*¿Dar por perdido nuestro Alcázar Bene Gesserit en Palma?*

Esa sugerencia se hallaba en el informe matutino de Bellonda que aguardaba encima de su mesa. Odrade escribió una nota afirmativa en él. «SI.»

*Darlo por perdido porque el ataque de las Honoradas Matres es inminente y no podemos ni defenderlo ni evacuarlo.*

Mil quinientas Reverendas Madres y sólo el Destino sabía cuántas acólitas, postulantes, y otras, muertas o peor aún a causa de aquella simple palabra.

*No es posible ninguna operación de rescate. No. No. Retirarse una vez más. Sí. Sí.*

No y Sí se convertían en algo igualmente ofensivo.

La tensión de tales decisiones producía un nuevo tipo de debilidad en Odrade. ¿Era una debilidad del alma? ¿Existía realmente el alma? Sentía un profundo cansancio cuando la consciencia no podía ser sondeada. Cansancio, cansancio, cansancio.

Incluso Bellonda mostraba esa tensión, y Bell la exteriorizaba a través de la violencia. Tan sólo Tamalane parecía hallarse por encima de ella, pero eso no engañaba a Odrade. Tam había entrado en la edad de la observación superior que se hallaba ante todas las hermanas si conseguían sobrevivir hasta llegar a ella. Nada importaba entonces excepto las observaciones y los juicios. La mayor parte de todo ello no era exteriorizado jamás excepto en breves expresiones o fruncimientos de los rasgos. Tamalane hablaba muy poco estos días, sus comentarios eran tan escasos que hasta parecían incluso ridículos.

—Compra más no-naves.

—Alecciona a Sheeana.

—Revisa las grabaciones de Duncan Idaho.

—Pregunta a Murbella.

A veces tan sólo emitía gruñidos, como si las palabras pudieran traicionarla.

Y siempre los cazadores estaban ahí afuera, barriendo el espacio en busca de cualquier indicio sobre la localización de la Casa Capitular.

En sus pensamientos más íntimos, Odrade veía a las no-naves de las Honoradas Matres como corsarios en aquellos mares infinitos entre las estrellas. No ondeaban banderas negras con la calavera y las tibias cruzadas, pero la bandera estaba allí de todos modos. Y no había nada romántico en ellas. *¡Muerte y pillaje! Amasa tu fortuna en la sangre de los demás. Vacía esa energía y construye tus no-naves asesinas sobre caminos lubricados con sangre.*

Y no se daban cuenta de que se ahogaría en aquel lubricante rojo si seguían por aquel camino.

*Tiene que existir gente furiosa ahí afuera, en esa Dispersión humana donde se*

*originaron las Honoradas Matres, gente que vive sus vidas con una sola idea fija: ¡Dominación!*

Era un universo peligroso aquél en el que se permitía que tales ideas flotaran libres. Las buenas civilizaciones cuidaban de que tales ideas no adquirieran energía, no tuvieran siquiera la posibilidad de nacer. Cuando ocurría eso, por azar o accidente, tenían que ser desviadas rápidamente, porque tendían a hacerse grandes y poderosas.

Odrade se sorprendía de que las Honoradas Matres no vieran aquello o, si lo veían, lo ignoraran.

—Históricas absolutas —las llamaba Tamalane.

—Xenofobia —mostraba su desacuerdo Bellonda, siempre corrigiendo, como si el control de los archivos le proporcionara una mayor visión de la realidad.

Ambas tenían razón, pensó Odrade. Las Honoradas Matres se comportaban históricamente. Todos los *desconocidos* eran el enemigo. Los únicos en quienes parecían confiar eran los hombres a los que esclavizaban sexualmente, y tan sólo hasta un grado muy limitado. Probándolos constantemente, según Murbella (*nuestra única Honorada Madre cautiva*), para ver si su dominio sobre ellos era firme.

—A veces, por puro despecho, eliminan a alguno simplemente como ejemplo para los demás. —Eran palabras de Murbella, y forzaban una pregunta: *¿Están haciendo un ejemplo de nosotras?: «¡Ved! ¡Esto es lo que les ocurre a aquellos que se atreven a oponérsenos!»*

La xenofobia no era una experiencia nueva para la Bene Gesserit. *Nuestra respuesta*, pensó Odrade, *es la respuesta de la inteligencia equilibrada que amortigua las amplias oscilaciones que encontramos.* ¿Y no había demasiado orgullo en un pensamiento así?

—Tenemos nuestra propia xenofobia personal —había advertido a su Consejo—. Hemos caído en una paranoia defensiva enfocada en las Honoradas Matres.

¿Y qué tenía que decir Murbella, la Honorada Madre cautiva, de todo esto?

—Vosotras las habéis incitado —había dicho Murbella—. Una vez incitadas, no desistirán hasta que os hayan destruido.

*¡Eliminad a los desconocidos!*

Singularmente directo. *Una debilidad, si sabemos jugarla bien*, pensó Odrade.

*¿Xenofobia llevada hasta un extremo ridículo?*

Completamente posible.

Odrade dio un puñetazo contra su mesa de trabajo, consciente de que la acción sería vista y registrada por las Hermanas que mantenían una vigilancia constante sobre el comportamiento de la Madre Superiora. Habló en voz alta para los com-ojos y las vigilantes hermanas que sabía estaban detrás de ellos.

—¡No nos quedaremos sentadas aguardando detrás de enclaves defensivos! Nos pondremos tan gordas como Bellonda —(*dejemos que se preocupe un poco por*

eso!)— pensando que hemos creado una sociedad intocable y unas estructuras permanentes.

Odrade barrió con la mirada la familiar habitación.

—¡Este lugar es una de nuestras debilidades!

Ocupó la silla detrás de su mesa de trabajo, pensando (¡qué sorpresa!) en la arquitectura y planificación de la comunidad. ¡Bien, ése era un derecho de la Madre Superiora!

Las comunidades de la Hermandad muy raras veces crecían al azar. Incluso cuando ocupaban estructuras ya existentes (como habían hecho con el antiguo Alcázar Harkonnen en Gammu), lo hacían con planes de reconstrucción. Deseaban neumotubos para enviar pequeños paquetes y mensajes. Líneas de luz y proyectores de durorrayos para transmitir mensajes cifrados. Se consideraban maestras en comunicaciones de seguridad. Las acólitas y las correos de las Reverendas Madres (dispuestas a aceptar la autodestrucción antes que traicionar a sus superiores) llevaban los mensajes más importantes.

Podía visualizar todo aquello más allá de su ventana y más allá de su planeta... toda aquella inmensa tela de araña, soberbiamente organizada y controlada, con cada una de las Bene Gesserit como una extensión de todas las demás. En todo lo relativo a la supervivencia de la Hermandad, había un núcleo de lealtad que era intocable. Podía haber desviaciones, algunas espectaculares (como la de Dama Jessica, la abuela del Tirano), pero se desviaban tan sólo hasta un cierto punto. La mayoría de los trastornos que creaban eran sólo temporales. El «¡Yo sé mejor que tú lo que debo hacer!» se desvanecía cuando las amenazas al orden eran reconocidas.

Y todo eso era un esquema Bene Gesserit. Una debilidad. Odrade tuvo que admitir su profundo acuerdo con los temores de Bellonda. *¡Pero que me condene si permito que tales cosas depriman la alegría de vivir!* Aquello sería caer en lo que las rabiosas Honoradas Matres querían.

—Son nuestra fuerza lo que desean las cazadoras —dijo Odrade, mirando a los com-ojos del techo. *Como los antiguos salvajes comiendo los corazones de sus enemigos. Bien... ¡les daremos algo para comer, de acuerdo! ¡Y no descubrirán hasta que sea demasiado tarde que no pueden digerirlo!*

Excepto las enseñanzas preliminares diseñadas para las acólitas y postulantes, la Hermandad no había ido muy lejos en las frases exhortativas, pero Odrade tenía sus propias consignas privadas: «*Alguien tiene que arar el terreno*». Sonrió para sí misma mientras se inclinaba sobre su trabajo, mucho más animada. Aquella habitación, aquella Hermandad, eran el terreno, y había malas hierbas que arrancar, semillas que plantar. *Y fertilizar. No debemos olvidar el fertilizante.*

## Capítulo II

*Cuando surgí para conducir a la humanidad por mi Senda de Oro, prometí una lección que sus huesos iban a recordar. Conozco un esquema profundo que los humanos niegan con la palabra aunque lo afirmen con sus acciones. Dicen que buscan la seguridad y la tranquilidad, condiciones a las que dan el nombre de paz. Incluso mientras hablan, crean semillas de agitación y violencia.*

**«Leto II, el Dios Emperador»**

*¡Así que ella me llama la Reina Araña!*

La Gran Honorada Madre se reclinó en el gran sillón instalado bajo el enorme dosel. Su ajado pecho se agitó con una silenciosa risa. *¡Sabe lo que ocurrirá cuando la tenga en mi tela! Chuparé su sangre hasta dejarla seca, eso es lo que haré.*

Bajó la vista, una mujer insignificante de rasgos anodinos y músculos que se retorcían nerviosamente, hacia las baldosas amarillas iluminadas por la luz diurna de su sala de audiencias. En ellas yacía tendida una Reverenda Madre Bene Gesserit, fuertemente atada con hilo shiga. La prisionera no hacía ningún intento de debatirse. El hilo shiga era excelente para esos propósitos. *¡Puede llegar a arrancarle los brazos, lo haría!*

La estancia donde permanecía sentada complacía a la Gran Honorada Madre tanto por sus dimensiones como por el hecho de que había sido tomada de otros. Sus trescientos metros cuadrados habían sido diseñados para las convocatorias de la Cofradía de Navegantes allí en Conexión, con cada Navegante metido en un tanque monstruoso. La prisionera sobre aquel suelo de baldosas amarillas apenas era una mota en la inmensidad.

*¡Esa insignificancia gozó demasiado revelándome la forma como me llama su Superiora!*

Pero aquella seguía siendo una mañana encantadora, pensó la Gran Honorada Madre. Excepto que ninguna tortura ni sonda mental conseguía efecto con aquellas brujas. ¿Cómo puedes torturar a alguien que puede elegir morir en cualquier momento? ¡Y lo hacían realmente! También tenían formas de eliminar el dolor. Muy taimadas, aquellas primitivas.

A la Gran Honorada Madre le complacía el hecho de que los prensapulgaes, las botas de hierro y los benditos autos de fe de los días de Tomás Torquemada hubieran dejado paso a losartilugios científicos para extraer las respuestas deseadas de los cautivos. Las sondas-T y los numerosos dispositivos de la Dispersión podían extirpar datos incluso de cerebros recién muertos. La inducción del dolor no requería que destruyeras la carne, tan sólo (ocasionalmente) los nervios. Un gran adelanto, pensó

la Gran Honorada Madre. El cerebro dentro de la carne sabía que sobreviviría para más y mayores agonías.

Por supuesto, una ciencia que había producido una herramienta poderosa siempre parecía dar nacimiento a una fuerza contrarrestadora... una ciencia para obstruir a los creadores de dolor y las sondas-T. ¡*El shere!* Un cuerpo empapado en aquella maldita droga se deterioraba más allá del alcance de las sondas antes de poder ser examinado adecuadamente.

La Gran Honorada Madre hizo una seña a una de sus ayudantes. Esta dio un golpe suave con el pie a la tendida Reverenda Madre y, a otra señal, soltó el hilo shiga lo suficiente como para permitirle unos movimientos mínimos.

—¿Cuál es tu nombre, niña? —preguntó la Gran Honorada Madre. Su voz raspó áspera con la edad y una falsa afabilidad.

—Me llaman Sabanda. —Una voz clara y juvenil, aún no tocada por el dolor de las sondas.

—¿Te gustaría contemplar cómo capturamos a un débil macho y lo esclavizamos? —preguntó la Gran Honorada Madre.

Sabanda conocía la respuesta adecuada a aquello. Habían sido advertidas.

—Primero moriré —dijo tranquilamente, alzando la vista hacia aquel viejo rostro del color de una raíz seca dejada demasiado tiempo al sol. Aquellas extrañas motas naranja en sus ojos de bruja. Un signo de rabia, le habían dicho las Censoras.

Una túnica suelta, roja y dorada con dragones negros de abiertas fauces bordados en ella y unos leotardos rojos debajo, no hacían más que enfatizar la flaca figura que cubrían.

La Gran Honorada Madre no cambió de expresión ni siquiera con el pensamiento recurrente hacia aquellas brujas:

*¡Malditas sean!*

—¿Cuál era tu tarea en ese sucio pequeño planeta donde te capturamos?

—Enseñar a los jóvenes.

—Me temo que no dejamos con vida a ninguno de esos jóvenes tuyos. —¿*Y ahora por qué sonrías? ¡Para ofenderme! ¡Por eso!*

La Gran Honorada Madre alzó el dedo meñique de su mano derecha. Una ayudanta que aguardaba a un lado se acercó a la prisionera con una inyección. Quizá aquella nueva droga soltara la lengua de una bruja, quizá no. No importaba.

Sabanda hizo una mueca cuando el inyector tocó su cuello. Al cabo de pocos segundos estaba muerta. Los sirvientes se llevaron su cuerpo. Sería dado como alimento a los futars cautivos. Aunque los futars no sirvieran de mucho. No se reproducían en cautividad, ni siquiera obedecían las órdenes más simples. Siempre hoscos, siempre aguardando.

—¿Dónde Adiestradores? —preguntaba ocasionalmente alguno.

Estas y algunas otras palabras sin sentido brotaban a veces de sus bocas humanoides. Sin embargo, los futars proporcionaban algunos placeres. Su cautividad demostraba también que eran vulnerables. Del mismo modo que lo eran aquellas brujas primitivas.

*Encontraremos el lugar donde se ocultan las brujas. Tan sólo es asunto de tiempo.*

## Capítulo III

*La persona que toma lo banal y lo ordinario y lo ilumina de una nueva forma puede aterrorizar. No deseamos que nuestras ideas sean cambiadas. Nos sentimos amenazados por tales demandas. «¡Ya conocemos las cosas importantes!», decimos. Luego aparece el Cambiador y echa a un lado todas nuestras ideas.*

**«El Maestro Zensunni»**

Miles Teg disfrutaba jugando en los huertos que rodeaban Central. Odrade lo había llevado allí por primera vez cuando aún apenas gateaba. Una de sus primeras memorias activas: ni siquiera tenía dos años y ya era consciente de ser un ghola, aunque no comprendía todo el significado de la palabra.

—Eres un niño especial —le dijo Odrade—. Te hicimos a partir de unas células tomadas de un hombre muy viejo.

Aunque era un niño precoz y las palabras de ella tenían un vago sonido inquietante, por el momento estaba más interesado en correr por entre la alta hierba del verano y los árboles.

Más tarde, añadió otros días en los huertos a aquél primero, acumulando al mismo tiempo impresiones acerca de Odrade y las otras que le enseñaban. Muy pronto se dio cuenta de que Odrade disfrutaba de aquellas excursiones tanto como él.

Una tarde, cuando tenía ya cuatro años, él le dijo:

—La primavera es mi estación favorita.

—La mía también —respondió ella.

Cuando tenía siete años y mostraba ya la perspicacia mental unida a una memoria holográfica que había hecho que la Hermandad le confiara unas responsabilidades tan grandes en su anterior encarnación, vio repentinamente los huertos como un lugar que tocaba algo muy profundo en su interior.

Aquella fue su primera concientización auténtica de que arrastraba consigo unas memorias que no podía recordar. Profundamente inquieto, se volvió a Odrade, que permanecía de pie recortada contra la luz del sol vespertino, y le dijo:

—¡Hay cosas que no puedo recordar!

—Un día las recordarás —dijo ella.

No podía ver su rostro contra la brillante luz, y sus palabras brotaron de un gran lugar oscuro, tanto de su propio interior como del de Odrade.

Aquel año empezó a estudiar la vida del Bashar Miles Teg, cuyas células habían iniciado su nueva vida. Odrade le había explicado algo de aquello, mostrándole las uñas de sus dedos.

—Tomé algunas raspaduras de su cuello... células de su piel, y conservaron todas

las que necesitábamos para traerte a la vida.

Hubo algo intenso en los huertos aquel año, los frutos fueron más grandes y pulposos, las abejas se mostraron casi frenéticas.

—Es debido a que el desierto se está haciendo más grande aquí en el sur —dijo Odrade. Cogió su mano mientras caminaban en el frescor matutino bajo los manzanos en flor.

Teg miró hacia el sur por entre los árboles, momentáneamente hipnotizado por la luz del sol tamizada por las hojas. Había estudiado el desierto, y creyó poder captar su peso en aquel lugar.

—Los árboles pueden sentir que se acerca su fin —dijo Odrade—. La vida se desarrolla más intensamente cuando se ve amenazada.

—El aire es muy seco —dijo él—. Debe ser cosa del desierto.

—¿Observas cómo algunas hojas se han vuelto amarronadas y están curvadas en sus bordes? Este año hemos tenido que regar mucho.

Le gustaba que ella raras veces le hablara como a un niño. Lo hacía más bien como de un adulto a otro. Contempló las hojas marrones de bordes curvados. El desierto había hecho aquello.

Antes de abandonar Central en compañía de Odrade aquella mañana, había escuchado en silencio mientras un capataz de una granja formulaba preguntas llenas de tensiones. *¿No podía el Control del Clima ser más generoso? ¿Cuál era el uso de todos aquellos satélites y reflectores en órbita ahí arriba si ellos no podían echar un poco más de agua allá donde era tan desesperadamente necesaria?*

Muy adentro en los huertos, escucharon inmóviles a los pájaros y los insectos durante un cierto tiempo. Las abejas que zumbaban entre los tréboles en unos pastos cercanos acudieron a investigar, pero las feromonas lo señalaban de la misma manera que a todos los que caminaban libremente por la Casa Capitular. Pasaron zumbando por su lado, captaron los identificadores, y volvieron a sus asuntos con las plantas en flor.

—Es uno de los nuestros.

Odrade, cautivada por la persistencia lineal de la asociación humana con los árboles frutales, habló de ellos mientras permanecían allí.

*Manzanos.* Señaló hacia el oeste. *Melocotoneros.* Su atención se dirigió hacia donde señalaba la mujer. Y sí, allí estaban los cerezos, al este, más allá de los pastos. Vio la resina goteando de sus troncos.

Las semillas y los jóvenes retoños habían sido traídos hasta allí en las no-naves originales hacía unos mil quinientos años, dijo ella, y habían sido plantados con un amoroso cuidado.

Teg visualizó unas manos hundiéndose en el suelo, apretando suavemente la tierra en torno a los jóvenes retoños, regando cuidadosamente, las vallas confinando a los



rebaños en los terrenos de pastos en torno a las primeras plantaciones y edificios de la Casa Capitular.

Por aquel entonces había empezado a aprender ya cosas acerca del gigantesco gusano de arena que la Hermandad había traído de Rakis. La muerte de aquel gusano había producido una multitud de criaturas llamadas truchas de arena. Las truchas de arena eran la causa de que el desierto estuviera creciendo. Algo de aquella historia tocaba muy profundamente una serie de fibras de su anterior encarnación... un hombre al que llamaban «el Bashar». Un gran soldado que había muerto cuando unas terribles mujeres llamadas las Honoradas Matres habían destruido Rakis.

Teg encontró que tales estudios eran a la vez fascinantes y turbadores. Captaba vacíos en su interior, lugares donde hubiera debido haber recuerdos. Esos vacíos parecían querer llenarse en sus sueños. Y a veces, aparecían rostros ante él. Casi podía oír palabras. Había veces en las que sabía los nombres de algunas cosas antes de que nadie se las hubiera dicho. Especialmente nombres de armas.

Cosas trascendentales iban creciendo en su consciencia. Todo aquel planeta iba a convertirse en un desierto, un cambio que se había iniciado porque las Honoradas Matres deseaban matar a las Bene Gesserit que lo estaban educando.

Las Reverendas Madres que controlaban su vida lo maravillaban a menudo... vestidas de negro, austeras, con aquellos ojos completamente azules, sin nada de blanco. La especia hacía aquello, le dijeron.

Tan sólo Odrade mostraba hacia él algo que podía identificar como auténtico afecto, y Odrade era alguien *muy* importante. Todo el mundo la llamaba Madre Superiora, y así era como le había dicho que la llamara él también excepto cuando estaban a solas en los huertos. Entonces podía llamarla simplemente Madre.

Durante un paseo matutino cerca de la estación de la cosecha, cuando había cumplido ya los nueve años, justo encima de la tercera elevación en el huerto de manzanos al norte de Central, llegaron a una poco profunda depresión desprovista de árboles y llena de plantas de muy distintas clases. Odrade apoyó una mano en su hombro y lo condujo hasta un lugar desde donde pudieron admirar una sucesión de piedras que formaban como un serpenteante sendero por entre el verdor de las plantas y las flores. La mujer se sentía de un extraño humor. Lo captó en su voz.

—El sentido de la propiedad es una interesante cuestión —dijo—. ¿Este planeta es nuestro, o somos nosotros quienes pertenecemos a él?

—Me gusta cómo huele aquí —dijo él.

Odrade lo soltó y lo animó a seguir avanzando delante de ella.

—Aquí hemos plantado para nuestro olfato, Miles. Hierbas aromáticas. Estúdialas cuidadosamente y aprende sobre ellas cuando vuelvas a la biblioteca. ¡Oh, písalas! —cuando él fue a evitar una planta que se había metido en el sendero.

Colocó su pie derecho firmemente sobre el verde tallo e inhaló los intensos

olores.

—Fueron hechas para ser pisoteadas y desprender todo su aroma —dijo Odrade—. Las Censoras han estado enseñándote cómo enfrentarte a la nostalgia. ¿Te han dicho que a menudo la nostalgia es despertada por el sentido del olfato?

—Sí, Madre. —Volviéndose para mirar allá donde ella había pisado, dijo—: Eso es romero.

—¿Cómo lo sabes? —Muy intensamente.

El se alzó de hombros.

—Simplemente lo sé.

—Puede que se trate de una memoria original. —Sonó complacida.

Mientras proseguían su paseo a través de la aromática hondonada, la voz de Odrade se volvió una vez más pensativa.

—Cada planeta posee sus características propias, de las que extraemos los esquemas de la Vieja Tierra. A veces tan sólo conseguimos un leve bosquejo, pero aquí hemos tenido éxito.

Se arrodilló y tiró de un tallo de una planta intensamente verde. Aplastándolo entre sus dedos, llevó éstos a su nariz.

—Salvia.

El sabía que era efectivamente esa planta, pero no podía decir cómo lo sabía.

—He notado su aroma en la comida. ¿Es como la melange?

—Aumenta el sabor de las cosas, pero no cambia la consciencia. —Odrade se levantó y lo miró desde toda su altura—. Ten muy en cuenta este lugar, Miles. Nuestros mundos ancestrales han desaparecido, pero aquí hemos vuelto a capturar parte de nuestros orígenes.

El se dio cuenta de que Odrade le estaba enseñando algo importante. Hoy le había hablado varias veces de propiedades, una palabra que había investigado porque una Censora se lo había ordenado. Sabía el porqué. Era a causa de Yorgi, un chico de las plantaciones que durante dos años había acudido casi cada día para jugar con él. Yorgi, un año o así más joven que él, sentía una obvia adoración hacia su compañero de juegos, intentando hacerlo todo de la misma forma que lo hacía Teg. Pero Yorgi no apareció a la hora de jugar durante casi tres semanas seguidas, y Teg se enfureció cuando nadie le explicó el porqué.

—¡Quiero a mi amigo!

—¿*Tu* amigo? —preguntó la Censora con aquella engañosa suavidad tan propia de ellas—. ¿Acaso crees que Yorgi te *pertenece*?

Durante casi una hora exploraron los significados de la palabra propiedad.

Recordando ahora aquello, preguntó a Odrade:

—¿Por qué has expresado tus dudas de si nosotros pertenecíamos a este planeta?

—Mi Hermandad cree que no somos más que administradores de estas tierras.

¿Sabes lo que es un administrador?

—Como Roitiro, el padre de Yorgi. Yorgi dice que su hermana mayor será algún día la administradora de su plantación.

—Correcto. Hemos residido en algunos planetas mucho más tiempo que ninguna otra gente, pero tan sólo somos administradores.

—Si no sois las propietarias de vuestra propia Casa Capitular, ¿quién lo es entonces?

—Quizá nadie. Mi pregunta es: ¿Cómo nos hemos marcado mutuamente, mi Hermandad y este planeta?

El alzó la vista hacia el rostro de ella y luego volvió a bajarla hasta sus propias manos. ¿Acaso la Casa Capitular lo estaba marcando también a él en aquellos precisos instantes?

—La mayor parte de las marcas se hallan muy profundamente enterradas en nosotros. —Tomó su mano—. Sigamos. —Abandonaron la aromática hondonada y ascendieron hacia la propiedad de Roitiro. Odrade siguió hablando mientras caminaban.

En tales ocasiones él siempre escuchaba, haciendo tan sólo algunas preguntas ocasionales, gozando de aquellos momentos, aprendiendo cosas acerca de la Bene Gesserit, especialmente de aquella mujer de variable carácter a la que llamaba Madre.

—La Hermandad crea muy pocas veces jardines botánicos —dijo—. Los jardines tienen que servir para mucho más que para dar placer a los ojos y a la nariz.

—¿Comida?

—Sí, la necesidad primordial de nuestras vidas. Los jardines producen comida. Esa hondonada de ahí atrás será recolectada para nuestras cocinas.

Notó que sus palabras fluían en él, alojándose en su interior entre los vacíos. Tuvo la sensación de un plan con una previsión de siglos: árboles para reemplazar las vigas de los edificios, para señalar las cuencas, plantas para evitar que las orillas de los lagos y ríos se desmoronaran, para proteger el suelo de la erosión de la lluvia y el viento, para mantener las orillas del mar, e incluso dentro del agua para señalar lugares donde los peces pudieran reproducirse. La Bene Gesserit pensaba también en los árboles para proporcionar refugio, o para arrojar sombras en los prados.

—Árboles y plantas de todas clases para todas nuestras relaciones *simbióticas* —dijo.

—¿Simbióticas? —era una palabra nueva.

Ella la explicó a través de algo que sabía que él había conocido ya... yendo con los demás a buscar setas.

—Las setas crecen solamente en compañía de raíces amistosas. Cada una de ellas tiene una relación simbiótica con una planta en particular. Cada cosa que crece y se desarrolla toma algo de lo que necesita, de la otra.

Ella siguió explicando y él, aburrido por la lección, dio un puntapié a un matojo de hierba, luego vio que ella lo miraba de nuevo de aquella turbadora manera. Acababa de hacer algo ofensivo. ¿Por qué era correcto pisar una cosa que crecía y se desarrollaba y no darle un puntapié a otra?

—¡Miles! La hierba impide que el viento erosione el suelo en lugares especiales como los lechos de los ríos.

Conocía aquel tono. Una reprimenda. Bajó la vista hacia el matojo de hierba al que había ofendido.

—Esas hierbas alimentan a nuestro ganado. Algunas poseen semillas que comemos en forma de pan y otros alimentos. Algunas hierbas más fuertes sirven como guardabrisas.

¡Él ya sabía todo *aquello*! Intentando conseguir que cambiara de tema, dijo:

—¿Guardabrisas?

Ella no sonrió, y así supo que se había equivocado pensando que podía engañarla. Resignado, escuchó mientras ella proseguía con la lección.

Había raíces que penetraban muy profundamente en la tierra, dijo Odrade, para proporcionar firmeza al suelo desde muy por debajo de la superficie.

—Hubo un tiempo en que los granjeros decían que las parras y algunos arbustos tienen raíces que «llegan hasta el infierno» en busca de su agua, robándosela a las almas condenadas allí.

—¿Y creen realmente eso? —Las Censoras de la Missionaria decían que las almas eran una ilusión.

—Quizá, pero nos enseñan a no regar nunca si la planta puede sobrevivir por sí misma sin ello. Cuando no riegas los frutos crecen más dulces, más ricos en cosas que nuestros cuerpos necesitan.

De nuevo la irrigación. Trazando otra vez el camino al desierto. Ella le hizo detenerse al lado de un manzano lleno de frutos y Teg escuchó con cuidado, buscando volver a ganarse su favor.

Cuando llegara el desierto, le dijo ella, las parras, con sus raíces primarias hundiéndose varios cientos de metros, serían probablemente las últimas en desaparecer. Los huertos serían los primeros en morir.

—¿Por qué tienen que morir?

—Para dejar sitio a una forma de vida mucho más importante.

—Los gusanos de arena y la melange.

Vio que aquella respuesta la había complacido, puesto que demostraba su conocimiento de la relación entre los gusanos de arena y la especia que la Bene Gesserit necesitaba para su existencia. No estaba seguro de cómo funcionaba esa necesidad, pero imaginaba un círculo: *Gusanos de arena a truchas de arena a melange y de vuelta al principio*. Y la Bene Gesserit tomaba lo que necesitaba de ese

círculo.

Seguía sintiéndose cansado de toda aquella enseñanza, de modo que preguntó:

—Si todas estas cosas tienen que morir inevitablemente, ¿por qué tengo que ir a la biblioteca y aprenderme sus nombres?

—Porque eres un ser humano, y los seres humanos poseen ese profundo deseo de clasificar, de ser Linneo colocando etiquetas, en latín o en cualquier otro idioma, a todo.

El sabía que existía un antiguo idioma llamado latín, pero Odrade tuvo que deletrearle Linneo, recordándole:

—Estúdialo.

—¿Pero por qué tenemos que dar nombres a estas cosas?

—Porque de esa forma podemos reclamar todo aquello a lo que hemos puesto nombre. Asumimos una propiedad que puede ser engañosa e incluso peligrosa.

Así que habían vuelto a la idea de *propiedad*.

—Mi calle, mi lago, mi planeta, mi amigo —dijo Odrade—. Mi etiqueta para siempre.

El se sobresaltó cuando ella dijo «mi amigo», pero Odrade aún no había terminado con él.

—Una etiqueta colocada sobre un lugar o una cosa puede que no dure ni siquiera tu propio tiempo de vida excepto como un educado regalo aceptado por los conquistadores... o como un sonido recordado con temor.

—Dune —dijo.

—¡Eres rápido!

—Las Honoradas Matres quemaron Dune.

—Nos harán lo mismo a nosotras si nos descubren.

—¡No si yo soy vuestro Bashar! —Las palabras brotaron de él sin pensar pero, una vez pronunciadas, sintió que podía haber en ellas algo de verdad. Los registros de la biblioteca decían que el Bashar había hecho que los enemigos temblaran con su sola presencia en el campo de batalla.

Como si se diera cuenta de lo que él estaba pensando, Odrade dijo:

—El Bashar Teg fue famoso también por crear situaciones en las que no fue necesaria ninguna batalla.

—Pero luchó contra vuestros enemigos.

—Nunca olvides Dune, Miles. Él murió allí.

—Lo sé.

—¿Te han hecho estudiar ya Caladan las Censoras?

—Sí. En mis historias es llamado Dan.

—Etiquetas, Miles. Los nombres son recordatorios interesantes, pero la mayor parte de la gente no efectúa otras conexiones. Una historia aburrida, ¿eh? Nombres...

indicadores convenientes, útiles sobre todo con los de tu propia familia.

—¿Eres tú de mi propia familia? —Era una pregunta que lo había estado persiguiendo, pero no con aquellas palabras hasta aquel momento.

—Los dos somos Atreides. Recuerda eso cuando vuelvas a tus estudios sobre Caladan.

Cuando regresaron por entre los huertos y cruzando los pastos hasta la ventajosa loma desde la que se divisaba Central por entre las ramas de los árboles, Teg vio el complejo administrativo y su barrera de plantaciones con una nueva sensibilidad. Conservó cerca aquella visión mientras cruzaban la verja y penetraban por la arcada a la Calle Principal.

«Una joya viviente» llamaba Odrade a Central.

Mientras cruzaban la arcada, el niño alzó la vista hacia el nombre de la calle grabado al fuego junto al arco de entrada. Galach, con una elegante caligrafía decorativa muy Bene Gesserit. Todas las calles y edificios estaban etiquetados de la misma manera.

—No hay ningún motivo por el cual la comunicación deba ser fea —le dijo Odrade cuando le preguntó por qué habían sido escritos de aquel modo.

—¿Dónde aprendisteis a escribir así los nombres?

—Hace miles y miles de años. Lo aprendimos de artistas cuyos nombres solamente nosotras recordamos.

Teg se dio cuenta de que ella estaba refiriéndose a sus Otras Memorias. Algo maravilloso y sorprendente a lo que aquellas mujeres siempre parecían referirse de la forma más casual.

Mirando a Central a su alrededor, la danzarina fuente en la plaza delante de ellos, los elegantes detalles, sintió una profunda experiencia humana. La Bene Gesserit había hecho de aquel lugar algo sustentador de una forma que no podía captar completamente. Las cosas captadas en los estudios y las excursiones por los huertos, cosas simples y complejas, adquirirían un nuevo enfoque. Había una respuesta Mentat latente, pero no podía captarla, tan sólo sentir que su persistente memoria había tomado algunas relaciones y las había reorganizado. Se detuvo de pronto y volvió la vista hacia el lugar por donde habían venido... el huerto enmarcado por la arcada de la calle cubierta. Todo estaba relacionado. Los desechos de Central producían metano y fertilizantes. (Había visitado la planta con una Censora). El metano hacía funcionar las bombas y proporcionaba parte de la energía para la refrigeración.

—¿Qué estás mirando, Miles?

No supo qué responder. Pero recordó una tarde de otoño en que Odrade lo llevó por encima de Central en un tóptero para hablarle de esas relaciones y ofrecerle una «visión de conjunto». Entonces sólo habían sido palabras (¡otra de sus *lecciones*!), pero ahora las palabras tenían un significado.

—Es lo más cercano a un círculo ecológico cerrado que podemos crear —había dicho Odrade en el tóptero—. Los monitores orbitales del Control del Clima lo supervisan y marcan las líneas generales.

—¿Por qué te quedas ahí mirando el huerto, Miles? —Su voz estaba ahora llena de tonos imperativos contra los que no tenía defensa.

—En el ornitóptero, dijiste que era hermoso pero también peligroso.

Tan sólo habían efectuado un viaje en tóptero juntos. Odrade captó inmediatamente la referencia.

—*El círculo ecológico.*

El se volvió y la miró, aguardando.

—Cerrado —dijo ella—. Qué tentador resulta levantar altos muros y mantener fuera el cambio. Arraigarnos aquí en nuestra satisfacción comodidad.

Sus palabras lo llenaron de inquietud. Tuvo la sensación de haberlas oído antes... en algún otro lugar, con una mujer distinta sujetando su mano.

—Los recintos de cualquier tipo son un fértil campo abonado para odiar a los extranjeros —dijo Odrade—. Eso produce una amarga cosecha.

No eran exactamente las mismas palabras, pero sí la misma lección.

Caminó pausadamente al lado de Odrade, notando su mano sudorosa contra la de la mujer.

Una vez más, su mente dio un giro de aquella extraña manera, reorganizando datos, planteando nuevas relaciones. La fuerza Mentat lo mantenía como atontado mientras se producían cambios internos. Otoño: regulado y encajado en un ciclo de estaciones. Pronto llegaría el tiempo de la recolección... círculos girando ahí afuera y en su mente. Todo ello ordenado de acuerdo con las necesidades de jardines y huertos primero, de otras comodidades segundo.

—¿Por qué estás tan callado, Miles?

—Sois agricultoras —dijo—. Eso es realmente lo que hacéis las Bene Gesserit.

Odrade comprendió inmediatamente lo que había ocurrido. El adiestramiento Mentat brotando de él sin que se diera cuenta de ello. Era mejor no explorarlo todavía.

—Estamos preocupadas por todo lo que crece y se desarrolla, Miles. Es perspicaz por tu parte el darte cuenta de ello.

Mientras proseguían su camino, ella de vuelta a su torre, él a sus aposentos en la sección de la escuela, Odrade dijo:

—Diré a tus Censoras que pongan mayor énfasis en los usos sutiles de tus energías.

El interpretó mal sus palabras.

—Ya estoy adiestrándome con pistolas láser. Dicen que soy muy bueno con ellas.

—Eso he oído. Pero hay armas que no puedes sostener en tus manos. Sólo puedes

sostenerlas en tu mente.



## Capítulo IV

*Las reglas construyen fortificaciones tras las cuales las mentes pequeñas crean satrapías. Algo peligroso en los mejores tiempos, desastroso durante las crisis.*

**«Coda Bene Gesserit»**

Una oscuridad estigia inundaba el dormitorio de la Gran Honorada Madre Logno, una Gran Dama y la más antigua ayudante de la Altísima, entró procedente del pasillo sin iluminar tal como se le había advertido que debía hacer y, enfrentada a la oscuridad, se estremeció. Aquellas consultas sin la menor luz la aterraban, y sabía que la Gran Honorada Madre se complacía en ellas. De todos modos, era posible que aquella no fuera la única razón para la oscuridad. ¿Temía la Gran Honorada Madre algún ataque? Varias Altísimas habían sido destronadas en la cama. No... no había sido exactamente así; se les había dado la posibilidad de elegir el lugar.

Gruñidos y gemidos en la oscuridad.

Algunas Honoradas Matres reían por lo bajo y decían que la Gran Honorada Madre compartía su cama con un Futar. Logno pensaba que era posible. Aquella Gran Honorada Madre se había atrevido a muchas cosas. ¿No había salvado algunas de las Armas del desastre de la Dispersión? ¿Futars, sin embargo? Las Hermanas sabían que los Futars no podían ser ligados por el sexo. Al menos no por el sexo con los humanos. Ese podía ser sin embargo el modo en que lo hacían los Enemigos de Muchos Rostros. ¿Quién sabía?

Había como un olor a pelaje en el dormitorio. Logno cerró la puerta tras ella y aguardó. A la Gran Honorada Madre no le gustaba ser interrumpida en nada de lo que hacía allí en aquella protectora oscuridad. *Pero me permite que la llame Dama.*

Otro gemido. Luego:

—Siéntate en el suelo, Logno. Sí, aquí junto a la puerta.

*¿Me ve realmente, o sólo supone?*

Logno no tenía el valor de comprobarlo. *Veneno. Algún día me encargaré de ella de este modo. Es cautelosa, pero puedo conseguir que se distraiga.* Aunque sus hermanas se burlaran de ello, el veneno era un instrumento aceptado de sucesión, siempre y cuando el sucesor poseyera otras formas de mantener su dominio.

—Logno, esos ixianos con los que hablaste hoy. ¿Qué dicen del Arma?

—No comprenden su función, Dama. No les dije qué era.

—Por supuesto que no.

—¿Sugeriréis de nuevo que Arma y Carga sean unidas?

—¿Te estás burlando de mí, Logno?

—¡Dama! Jamás haría algo así.

—Espero que no.

Silencio. Logno comprendió que ambas consideraban el mismo problema. Sólo trescientas unidades del Arma habían sobrevivido al desastre. Cada una de ellas podía ser utilizada tan sólo una vez, a condición que el Consejo (que retenía la Carga) aceptara armarlas. La Gran Honorada Madre, controlando el Arma en sí, tenía tan sólo la mitad de aquel horrible poder. El Arma sin la Carga era simplemente un pequeño tubo negro que cabía en la mano. Con su Carga, era como una guadaña que abría un sendero de muerte sin sangre a lo largo del arco de su limitado alcance.

—Los de Muchos Rostros —murmuró la Gran Honorada Madre.

Logno asintió hacia la porción de oscuridad de donde procedía el murmullo.

*Quizá puede verme. No sé qué otra cosa salvó, o lo que pueden haberle proporcionado los ixianos.*

Y los de Muchos Rostros, malditos fueran por toda la eternidad, habían ocasionado el desastre. ¡Ellos y sus Futars! ¡La facilidad con la que todo excepto aquel puñado de ejemplares del Arma había sido confiscado! Asombrosos poderes. *Tenemos que armarnos bien antes de volver a esa batalla. Dama tiene razón.*

—Ese planeta... Buzzell —dijo la Gran Honorada Madre—. ¿Estás segura de que no está defendido?

—No detectamos defensas. Los contrabandistas dicen que no está defendido.

—¡Pero es tan rico en soopiedras!

—Aquí en el Antiguo Imperio, la gente no se atreve a atacar a las brujas.

—No creo que tan sólo haya un puñado de ellas en ese planeta. Es una trampa de algún tipo.

—Eso siempre es posible, Dama.

—No confío en nuestros contrabandistas, Logno. Atrapa a unos cuantos más y comprueba de nuevo eso de Buzzell. Puede que las brujas sean débiles, pero no creo que sean estúpidas.

—Sí, Dama.

—Di a los ixianos que incurrirán en nuestro desagrado si no pueden duplicar el Arma.

—Pero sin la Carga, Dama...

—Trataremos de ese otro punto cuando debamos hacerlo. Ahora vete.

Logno oyó un sibilante «¡Sssssí!» mientras salía. Incluso la oscuridad del pasillo era bienvenida tras la oscuridad del dormitorio, y se apresuró hacia la luz.

## Capítulo V

*Tendemos a convertirnos en lo peor de aquello a lo que nos oponemos.*

**«Coda Bene Gesserit»**

*¡De nuevo las imágenes de agua!*

*¡Estamos convirtiendo todo este maldito planeta en un desierto, y yo no consigo otra cosa más que imágenes de agua!*

Odrade permanecía sentada en su sala de trabajo, con el habitual desorden matutino a su alrededor, y tuvo la sensación de la Hija del Mar flotando entre las olas, bañada por ellas, arrastrada por ellas. Las olas eran del color de la sangre. Su Hija del Mar anticipaba tiempos de sangre.

Sabía el origen de aquellas imágenes: la época anterior a aquella otra en que las Reverendas Madres gobernarán su vida; su infancia en la hermosa casa a orillas del mar en Gammu. Pese a las preocupaciones inmediatas, no pudo evitar una sonrisa. Las ostras preparadas por Papá. El guiso de carne que siempre había sido su preferido.

Lo que mejor recordaba de su infancia eran las excursiones por el mar. Algo acerca de permanecer a flote incidía en su más profundo yo. Las olas subiendo y bajando, la sensación de ilimitados horizontes con extraños lugares nuevos justo más allá de los curvados límites de un mundo acuático, aquella estremecedora sensación de peligro implícita en la misma sustancia que constituía su yo. Todo ello combinado para afirmar que ella era la Hija del Mar.

Papá estaba también más tranquilo allí. Y Mamá Sibia más feliz, el rostro vuelto al viento, el oscuro pelo agitándose. De aquellos tiempos irradiaba una sensación de equilibrio, un mensaje tranquilizador hablado en un idioma más antiguo que la más antigua de las Otras Memorias de Odrade. «*Este es mi hogar, mi medio. Yo soy la Hija del Mar.*»

Su concepto personal de la cordura procedía de esos tiempos. *La habilidad de mantener el equilibrio sobre extraños azares. La habilidad de mantener su más profundo yo pese a las inesperadas olas.*

Mamá Sibia le había proporcionado a Odrade esa habilidad mucho antes de que llegaran las Reverendas Madres para llevarse a su «retoño Atreides oculto». Mamá Sibia, *tan sólo* una madre adoptiva, había enseñado a Odrade a amarse a sí misma.

En una sociedad Bene Gesserit donde cualquier forma de amor era sospechosa, aquél era el secreto más íntimo de Odrade.

*En mis raíces, soy feliz conmigo misma. No me importa estar sola.* Pese a que ninguna Reverenda Madre estaba nunca realmente sola después de que la Agonía de

la Especia la inundara con las Otras Memorias.

Pero Mamá Sibia y, sí, Papá también, actuando in loco parentis para la Bene Gesserit, habían impreso una profunda fuerza a su pupila durante aquellos años de ocultación. Las Reverendas Madres únicamente habían tenido que ampliar aquella fuerza.

Las Censoras habían intentado desarraigar el «profundo deseo de afinidades personales» de Odrade, pero al final habían fracasado, no completamente seguras de haber fracasado pero siempre sospechándolo. Finalmente la habían enviado a Al Dhanab, un lugar deliberadamente mantenido como una imitación de lo peor de Salusa Secundus, a fin de ser condicionado como un planeta de constante prueba. Un lugar peor que Dune en algunos aspectos: altos farallones y reseca gargantas, vientos ardientes y vientos helados, muy poca humedad y demasiada. La Hermandad lo consideraba como un terreno de pruebas para aquellos destinados a sobrevivir en Dune. Pero nada de aquello había alcanzado aquel secreto núcleo en el interior de Odrade. La Hija del Mar permanecía intacta.

*Y ahora es la Hija del Mar la que me está avisando.*

¿Era un aviso presciente?

Siempre había poseído aquella *pizca de talento*, aquel ligero prurito que la avisaba de un peligro inmediato para la Hermandad. Los genes Atreides le recordaban su presencia. ¿Había una amenaza contra la Casa Capitular? No... aquel prurito que no podía alcanzar decía que eran otras las que estaban en peligro. Pero que era algo importante, de todos modos.

*¿Lampadas?* Su pizca de talento no podía decirlo.

Las Amantes Procreadoras habían intentado borrar aquella peligrosa presciencia de su línea Atreides, pero con un éxito limitado. «¡No correremos el riesgo de otro Kwisatz Haderach!» Conocían aquella peculiaridad en su Madre Superiora, pero la difunta predecesora de Odrade, Taraza, había aconsejado «un cauteloso uso de su talento». Taraza sustentaba la opinión de que la presciencia de Odrade funcionaba únicamente para advertir de peligros a la Bene Gesserit.

Odrade compartía aquella opinión. Experimentaba momentos indeseados en los cuales entreveía amenazas. Meros atisbos. Y últimamente soñaba.

Era un sueño vívido y recurrente, con cada uno de sus sentidos sintonizado a la inmediatez de lo que ocurría en su mente. Caminaba cruzando un abismo por una cuerda floja y alguien (no se atrevía a volverse para ver quién) avanzaba por detrás de ella con un hacha para cortar la cuerda. Podía sentir el áspero enrollado de las fibras de la cuerda bajo sus pies desnudos. Podía sentir el soplo de un frío viento, un olor a quemado en aquel viento. ¡Y *sabía* que el del hacha se estaba acercando!

Cada peligroso paso requería todas sus energías. ¡Un paso! ¡Otro paso! La cuerda oscilaba y ella tendía los brazos rígidos a cada lado, luchando por mantener el

equilibrio.

*¡Si caigo, caerá la Hermandad!*

La Bene Gesserit terminaría en el abismo que se abría debajo de la cuerda. Como todas las cosas vivientes, la Hermandad terminaría algún día. Ninguna Reverenda Madre se atrevía a negar aquello.

*Pero no aquí. No cayendo, con la cuerda cortada. ¡No podemos permitir que la cuerda sea cortada! Debo haber conseguido cruzar el abismo antes de que el del hacha llegue. «¡Debo! ¡Debo!»*

El sueño terminaba siempre allí, con su propia voz resonando en sus oídos mientras se despertaba en su dormitorio. Helada. Sin sudar. Incluso en la angustia de una pesadilla, las restricciones Bene Gesserit no permitían excesos innecesarios.

*¿Acaso el cuerpo no necesita sudar? No, el cuerpo no necesita sudar.*

Podía sentir la temperatura de la habitación. En absoluto fría. Era una reacción subjetiva al viento cruzando el abismo del sueño. Los cuerpos helados no sudan.

Mientras permanecía sentada en su cuarto de trabajo recordando el sueño, Odrade sintió las profundidades de la realidad tras aquella metáfora de una delgada cuerda: *El delicado hilo mediante el cual arrastro el destino de mi Hermandad*. La Hija del Mar captaba la proximidad de la pesadilla e interfería con imágenes de aguas ensangrentadas. Aquella no era una advertencia trivial. Era ominosa. Deseaba ponerse en pie y gritar: «¡Dispersaos entre los bosques, hermanas mías! ¡Corred! ¡Corred!»

*¡Y que sus gritos no alertaran a las vigilantas!*

Los deberes de una Madre Superiora requerían que disimulara sus temores y actuara como si nada importase excepto las decisiones formales que tenía frente a ella. ¡Había que evitar el pánico! Eso no significaba que ninguna de sus decisiones inmediatas fueran realmente triviales en aquellos tiempos. Pero había que permanecer tan tranquila como si lo fueran.

*¡Calma, calma, calma!*

Algunas de sus pollitas ya estaban corriendo, desvaneciéndose en lo desconocido. Vidas compartidas en las Otras Memorias. El resto de sus pollitas allá en la Casa Capitular sabrían cuándo había que correr. *Cuando seamos descubiertas*. Su comportamiento sería dirigido entonces por las necesidades del momento. Todo lo que importaba realmente era su soberbio adiestramiento. Aquella era la preparación en la que más podían confiar.

Podía tomar razonables precauciones, enviar sus huevos a aquella infinita Dispersión donde se habían originado las Honoradas Matres, pero el *huevo* que importaba realmente permanecía allí en la Casa Capitular. Los Archivos podían ser reproducidos (y lo habían sido). Las Otras Memorias persistían.

Cada nueva célula Bene Gesserit, fuera donde fuese al final, estaba preparada del

mismo modo que la Casa Capitular: destrucción total antes que sometimiento. El aullante fuego englobaría al mismo tiempo preciosa carne y grabaciones. Todo lo que el captor encontraría serían restos inservibles, retorcidos jirones mezclados con cenizas.

Algunas Hermanas de la Casa Capitular quizá pudieran escapar. Pero luchar en el momento del ataque... ¡qué futilidad!

De todos modos, había gente clave compartiendo las Otras Memorias. Preparación. La Madre Superiora la evitaba. *¡Razones morales!*

*¿Adónde correr?* Aquella era la auténtica cuestión. Si las Honoradas Matres capturaban al ghola-Idaho o al ghola-Teg, quizá ya nunca hubiera ningún otro lugar donde ocultarse para ninguna de ellas.

Una rabiosa frustración le hizo exclamar:

¡Hubiéramos debido matar a Idaho al momento mismo en que lo tuvimos con nosotras! Nunca hubiéramos debido permitir que naciera el ghola-Teg.

Tan sólo los miembros de su Consejo, sus más inmediatas asesoras y algunas de las guardianas compartían sus sospechas. Tenían sus propias reservas. Ninguna de ellas se sentía realmente segura acerca de aquellos dos gholas, ni siquiera tras minar la no-nave, haciéndola vulnerable al ardiente fuego.

En aquellas últimas horas tras su heroico sacrificio, ¿había sido Teg capaz de ver lo invisible (incluidas las no-naves)? *¿Cómo supo donde encontrarnos en aquel desierto de Dune?*

Y si Teg podía hacerlo, era probable que el peligrosamente talentoso Duncan Idaho, con sus incontables generaciones de acumulados (y desconocidos) genes Atreides, pudiera hallar también el secreto.

*¿Y no podría yo también?*

Con una repentina e impresionante penetración, Odrade se dio cuenta por primera vez de que Tamalane y Bellonda observaban a su Madre Superiora con los mismos temores con los que Odrade observaba a los dos gholas.

El saber simplemente que podía hacerse —que un ser humano podía ser sensibilizado a detectar las no-naves y las otras formas de protección similares— causaba un efecto desequilibrador en su universo. Aquello situaría sin la menor duda a las Honoradas Matres en un sendero imparable. Había una incontable descendencia de Idaho suelta por el universo. Siempre se había quejado de que él no era «ningún maldito semental al servicio de la Hermandad», pero pese a todo había actuado así para la Bene Gesserit en multitud de ocasiones.

*Siempre pensaba que lo estaba haciendo por voluntad propia. Y quizá fuera cierto.*

Cualquier línea genética principal de los Atreides podía poseer aquel talento que el Consejo sospechaba había empezado a florecer en Teg.

El abismo bajo su delgada cuerda contenía agudas púas.

Las Otras Memorias añadían advertencias al clamor. *La realidad-sueño es la realidad-tiempo*. Podía oír las palabras de Dama Jessica dichas hacía mucho tiempo a su hijo, Paul Muad'Dib:

—¿Es esa la forma en que te enseñaron?

El recuerdo de aquellas palabras devolvió su consciencia al cuarto de trabajo.

¿Qué había sido de los meses y los años transcurridos? ¿Y de los días? Otra nueva cosecha, y la Hermandad seguía aún en aquella terrible prisión. Odrade se dio cuenta de que era ya media mañana. Los sonidos y olores de Central llegaron claros hasta ella. Gente ahí afuera en el pasillo. Pollo con coles cociéndose en la cocina comunal. Todo normal.

¿Qué era normal para alguien que se sumergía en imágenes de agua incluso durante sus momentos de trabajo? La Hija del Mar no podía olvidar Gammu, los colores, el aroma de las algas oceánicas arrastrado por la brisa, el ozono que daba intensidad a cada bocanada de aire que se respiraba, y la espléndida libertad de todos aquellos que la rodeaban, hecha evidente por la forma en que caminaban y hablaban. Las conversaciones allá en el mar tenían una profundidad que ella nunca había sondeado. Incluso la mera charla ociosa tenía sus elementos subterráneos allí, un ritmo oceánico que fluía con las corrientes que circulaban por debajo de ellos.

Odrade se sintió forzada a recordar su propio cuerpo flotando en aquel mar de su infancia. Necesitaba recapturar las fuerzas que había conocido allí, recibir las cualidades fortalecedoras que había aprendido en tiempos más inocentes.

Boca abajo en la salada agua, conteniendo la respiración durante tanto tiempo como le era posible, flotaba ahora en un límpido mar que lavaba todos sus pesares. Veía la tensión de su cargo reducida a sus esencias. Una gran calma fluyó en su interior.

*Floto, luego existo.*

La Hija del Mar advertía y la Hija del Mar restituía. Sin siquiera admitirlo, había necesitado desesperadamente la restitución.

Odrade había contemplado su propio rostro reflejado en una de las ventanas de su cuarto de trabajo la noche anterior, impresionada por la forma en que la edad y las responsabilidades, combinadas con la fatiga, habían hundido sus mejillas y curvado hacia abajo las comisuras de su boca: sus sensuales labios eran más finos, las suaves curvas de su rostro se habían alargado. Tan sólo sus ojos completamente azules seguían brillando con su habitual intensidad, y seguía siendo alta y musculosa.

Movida por un impulso, Odrade tecleó los símbolos de llamada y contempló la proyección que se formó encima de la mesa: la no-nave posada en el suelo del espaciódromo de la Casa Capitular... visible a los ojos en aquel modo inmóvil pero invisible a cualquier buscador presciente y a los instrumentos que estimulaban este

talento.

Allí estaba asentada sobre el suelo, una enorme masa de misteriosa maquinaria, separada del Tiempo. Deforme y grotesca. *Una esperaba que una cosa así fuera tan lisa como un huevo, pero no lo es.* La proyección mostraba un loco conglomerado de exóticas formas, protuberancias y huecos sin ningún propósito aparente.

A lo largo de los años de su semi-sueño, había formado una enorme depresión en la llanura de aterrizaje, alojándose casi en ella. Era como una enorme protuberancia, con sus motores pulsando tan sólo lo suficiente como para mantenerla oculta de los buscadores prescientes (especialmente los Navegantes de la Cofradía, que sentirían un regocijo especial vendiendo a la Bene Gesserit). El modo estacionario de la no-nave no era suficiente para fundirla en el entorno visual... imitando polvo, rocas y piedras. *Más bien imitando a una montaña.*

¿Por qué había llamado a aquella imagen precisamente en aquel momento?

Debido a que las tres personas confinadas allí: Scytale, el último Maestro tleilaxu superviviente, y Murbella y Duncan Idaho, la pareja sexualmente ligada, tenían tan atrapada a la Hermandad como ellas mismas estaban atrapadas por la no-nave.

*Nada de esto es simple.*

Raras veces había explicaciones simples para ninguna de las empresas importantes de la Bene Gesserit. La no-nave y su mortal contenido podía ser clasificado tan sólo como un esfuerzo importante. Y costoso. Muy costoso en energía, incluso en modo latente.

Las cifras de control de todo aquel gasto hablaban de crisis de energía. Esa era una de las preocupaciones de Bell. Podía oírlo claramente en su voz incluso cuando pretendía ser objetiva: «¡Hemos llegado al hueso, ya no queda más carne que cortar!» Toda la Bene Gesserit sabía que los atentos ojos de Contabilidad estaban clavados allí por aquel entonces, criticando el desperdicio de vitalidad de la Hermandad.

Bellonda penetró en el cuarto de trabajo sin anunciarse, con un fajo de grabaciones de cristal riduliano bajo su brazo izquierdo. Caminaba como si odiara el suelo, pisándolo de la misma forma que si estuviera diciéndole: «¡Toma esto! ¡Esto!» pateando el suelo debido a que era culpable de hallarse bajo sus pies.

Odrade sintió una opresión en su pecho cuando vio la expresión en los ojos de Bell. Las grabaciones ridulianas resonaron fuertemente cuando Bellonda las arrojó sobre la mesa.

—¡Lampadas! —dijo Bellonda, y había agonía en su voz.

Odrade no necesitó abrir el fajo. *La ensangrentada agua de la Hija del Mar se había hecho realidad.*

—¿Supervivientes? —su voz sonó cansada.

—Ninguno. Bellonda se dejó caer en la silla-perro que estaba junto a la mesa de Odrade.



Entonces entró Tamalane y se sentó al lado de Bellonda. Ambas parecían agotadas.

*Ningún superviviente.*

Odrade se permitió un breve estremecimiento que recorrió desde su pecho hasta las plantas de sus pies. No le importó que las otras vieran una reacción tan reveladora. Su cuarto de trabajo había visto comportamientos peores de las Hermanas.

—¿Quién informó? —preguntó Odrade.

—Llegó a través de nuestros espías en la CHOAM, y llevaba la marca especial —dijo Bellonda—. ... La información fue proporcionada por el Rabino, no hay la menor duda al respecto.

Odrade no supo qué responder. Contempló la enorme ventana mirador detrás de sus compañeras, viendo un suave revolotear de copos de nieve. Sí, aquellas noticias encajaban merecidamente con el invierno acumulando sus fuerzas ahí afuera.

Las hermanas de la Casa Capitular no se sentían satisfechas con la brusca llegada del invierno. Las necesidades habían obligado al Control del Clima a dejar que la temperatura bajara precipitadamente. No había habido ninguna preparación al invierno, ninguna consideración hacia las cosas vivas que ahora deberían entrar rápidamente en hibernación. Cada noche la temperatura bajaba tres o cuatro grados más. Mantén eso durante una semana seguida y todo se hundirá en un aparentemente interminable torpor.

*Frío para encajar con las noticias sobre Lampadas.*

Uno de los resultados de aquel brusco cambio del clima era la bruma. Pudo verla disiparse al mismo tiempo que cesaba el breve revolotear de la nieve. Un clima muy confuso. Habían alcanzado el punto de condensación en la temperatura del aire y la bruma se asentaba en los lugares húmedos. Derivaba muy cerca del suelo como un tul que flotaba por entre los árboles desprovistos de hojas de los huertos como un gas venenoso.

Todas las hermanas continuaban realizando sus tareas con un cuidado especial, disimulando sus preocupaciones en la mejor medida posible a las no iniciadas, pero su sensación de desánimo estaba allí para que cualquier Reverenda Madre pudiera detectarla. Hacía que todo el mundo se comportara bruscamente, mostrando su mal humor en el Consejo y no cediendo el paso ni un ápice en los pasillos. Todo muy infantil, hasta el punto de que algunas veces se reían de ello, aclarando un poco la atmósfera, pero el frío de un brusco invierno y la amenaza constante de las Honoradas Matres persistía.

*¿Ningún superviviente en absoluto?*

Bellonda agitó negativamente la cabeza en respuesta a la mirada interrogativa de Odrade.

Lampadas... una joya en la red de planetas de la Hermandad, el hogar de su

escuela más apreciada, otra bola de cenizas y rocas semifundidas desprovista de vida. Y el Bashar Alef Burzmali con todas sus fuerzas defensivas cuidadosamente escogidas. ¿*Todos muertos?*

—Todos muertos —dijo Bellonda.

Burzmali, el estudiante favorito del viejo Bashar Teg, desaparecido, y sin que se hubiera ganado nada con ello. Lampadas... su maravillosa biblioteca, sus brillantes maestros, sus estudiantes de primera... todo desaparecido.

—¿Incluso Lucilla? —preguntó Odrade.

La Reverenda Madre Lucilla, vicescanciller de Lampadas, había recibido instrucciones de huir al primer síntoma de problemas, llevándose consigo al mayor número posible de condenadas que pudiera almacenar en sus Otras Memorias.

—Los espías han dicho que todos muertos —insistió Bellonda.

Era una estremecedora señal para las Bene Gesserit supervivientes: «'Vosotras podéis ser las siguientes'.»

¿Cómo podía una sociedad humana ser anestesiada a tamaña brutalidad?, se preguntó Odrade. Visualizó las noticias junto al desayuno en alguna base de las Honoradas Matres: «Hemos destruido otro planeta de la Bene Gesserit. Diez millones de muertos, dicen. Eso hace seis planetas este mes, ¿no? Pásame la crema, por favor, querida.»

Con los ojos casi vidriosos por el horror, Odrade tomó el informe y lo observó. *Del Rabino, no había la menor duda.* Lo volvió a dejar suavemente y miró a sus Consejeras.

Bellonda... vieja, gorda y de tez rojiza, Archivera-Mentat, que ahora llevaba lentes para leer, sin importarle lo que aquello revelaba de ella. Bellonda mostraba sus romos dientes en una amplia mueca que decía más que las palabras. Había visto la reacción de Odrade al informe. Bell discutiría de nuevo acerca de tomar represalias. Era algo de esperar en alguien famosa por su ferocidad natural. Necesitaba ser puesta en modo Mentat para que fuera más analítica.

*A su manera, Bell tiene razón, pensó Odrade. Pero no le va a gustar lo que tengo en mente. Debo ser muy cautelosa con lo que diga ahora. Todavía es demasiado pronto para revelar mi plan.*

—Hay circunstancias en las que la ferocidad puede matar a la ferocidad —dijo Odrade—. Debemos meditar muy cuidadosamente.

*¡Eso es! Eso impedirá el estallido de Bell.*

Tamalane se agitó ligeramente en su silla. Odrade miró a la vieja mujer. Tam, siempre compuesta tras su máscara de paciencia crítica. Un pelo de nieve sobre un estrecho rostro:

La apariencia de la sabiduría de la edad. Odrade penetró la máscara de Tam hasta su extrema severidad, la pose que decía que le disgustaba todo lo que veía y oía.

En contraste con la blandura superficial de la carne de Bell, había una solidez ósea en Tamalane. Siempre mantenía su compostura, sus músculos tan bien tonificados como era posible. En sus ojos, sin embargo, había algo que desmentía aquello: *una sensación de retirarse, de apartarse de la vida*. Oh, seguía observando, pero algo había iniciado ya la retirada final. La famosa inteligencia de Tamalane se había convertido en una especie de astucia, confiando más en las observaciones y en las decisiones pasadas que en lo que veía en el presente inmediato.

*Tenemos que empezar a preparar un reemplazo. Creo que será Sheeana. Sheeana es peligrosa para nosotras pero muestra grandes promesas. Y Sheeana lleva sangre de Dune.*

Odrade fijó su atención en las hirsutas cejas de Tamalane. Tendían a colgar sobre sus párpados en un desorden que era una ocultación. *Sí. Sheeana para reemplazar a Tamalane.*

Conociendo los complicados problemas que tenían que resolver, Tam aceptaría la decisión. En el momento de anunciarla, Odrade sabía que lo único que tendría que hacer sería desviar la atención de Tam hacia la enormidad de su situación.

*¡La voy a echar en falta, maldita sea!*

## Capítulo VI

*No puedes conocer la historia a menos que conozcas como se movieron sus líderes en sus corrientes. Cada líder requiere intrusos para perpetuar su liderazgo. Examinad mi carrera: yo fui un líder y un intruso. No supongáis que simplemente creé una iglesia-Estado. Esa fue mi función como líder, y copié modelos históricos. Las artes bárbaras de mi tiempo me revelan como un intruso. La poesía favorita: la épica. El ideal dramático popular: el heroísmo. Las danzas: violentamente abandonadas. Estimulantes para hacer que el pueblo sintiera que yo tomaba de ellos. ¿Qué es lo que tomé? El derecho a elegir un papel en la historia.*

***Leto II (El Tirano) — Traducción de Vether Bebe***

*¡Voy a morir!, pensó Lucilla.*

*¡Por favor, queridas hermanas, no dejéis que eso ocurra antes de que transmita la preciosa carga que llevo en mi mente!*

*¡Hermanas!*

La idea de familia era raramente expresada entre las Bene Gesserit, pero allí estaba. En un sentido genético, *existían* relaciones familiares. Y debido a las Otras Memorias, sabían a menudo dónde. No necesitaban términos especiales tales como «prima segunda» o «tía abuela». Veían los lazos familiares del mismo modo que una tejedora ve su tela. Sabían cómo la trama y la urdimbre creaban el *tejido*. He aquí una palabra mejor que Familia: era el tejido de la Bene Gesserit lo que formaba la Hermandad, pero era el antiguo instinto familiar el que proporcionaba la urdimbre.

Lucilla pensaba ahora en sus hermanas únicamente como una Familia. La Familia necesitaba lo que ella transportaba.

*¡Fui una estúpida buscando refugio en Gammu!*

Pero su dañada no-nave no hubiera podido ir mucho más lejos. ¡Qué diabólicamente extravagantes habían sido las Honoradas Matres! El odio que implicaba aquello la aterraba.

Sembrando todas las rutas de escape en torno a Lampadas con trampas mortales, diseminando pequeños no-globos por todo el perímetro del Pliegue espacial, cada uno de ellos conteniendo un proyector de campo y un arma láser para activar el contacto. Cuando el láser golpeaba el generador Holzmann en el no-globo, una reacción en cadena liberaba la energía nuclear. Entrabas en el campo de la trampa, y una devastadora explosión te englobaba silenciosamente. ¡Costoso pero efectivo! Un número suficiente de tales explosiones, e incluso una gigantesca nave de la Cofradía se convertiría en un retorcido pecio en el vacío. El sistema de análisis defensivo de su nave había captado la naturaleza de la trampa tan solo cuando ya era demasiado tarde,

pero pese a todo había sido afortunada, supuso.

No se sintió tan afortunada mientras miraba afuera por la ventana del segundo piso de aquella aislada granja en Gammu. La ventana estaba abierta, y la brisa de la tarde le traía el inevitable olor a petróleo, algo sucio en el humo de un fuego allí afuera. Los Harkonnen habían dejado tan profundamente su marca de petróleo en aquel planeta que jamás podría ser extirpada.

Su contacto allí era un doctor Suk jubilado, pero ella sabía mucho más de él, algo tan secreto que tan sólo un número limitado de personas en la Bene Gesserit lo compartían. Aquel conocimiento tenía una clasificación especial:

*Los secretos de los cuales no debemos hablar, ni siquiera entre nosotras mismas, puesto que podrían dañarnos. Los secretos que no transmitimos de Hermana a Hermana en la participación de nuestras vidas porque no constituyen un sendero abierto. Los secretos que no nos atrevemos a saber hasta que surge la necesidad.* Lucilla lo había conocido a raíz de unas veladas observaciones de Odrade.

—¿Sabes una cosa interesante en Gammu? Hummm, existe allí toda una sociedad basada en el hecho de que todos sus miembros comen alimentos consagrados. Una costumbre traída por inmigrantes que nunca fueron asimilados. Se mantienen encerrados en sí mismos, no aceptan matrimonios con gente de fuera de su círculo, cosas así. Por supuesto, despiertan la habitual basura mítica: comentarios, rumores. Sirven para aislarlos aún más. Lo cual es precisamente lo que quieren.

Lucilla sabía de una antigua sociedad que encajaba perfectamente en esta descripción. Se sintió curiosa. La sociedad que tenía en mente había muerto supuestamente poco después de la Segunda Migración Interestelar. Una discreta búsqueda en los Archivos despertó aún más su curiosidad. Estilos de vida, descripciones deformadas por los rumores de rituales religiosos —especialmente los candelabros—, y el mantenimiento de días especiales sagrados con prohibición de realizar en ellos ningún trabajo. ¡Y estaban no sólo en Gammu! Las casuales observaciones de Odrade se tiñeron con el color de algo profundamente secreto.

Una mañana, aprovechándose de una tranquilidad poco común, Lucilla entró en el cuarto de trabajo de Odrade para probar su «conjetura proyectiva», algo en lo que no se podía confiar tanto como en su equivalente Mentat pero más que una teoría.

—Sospecho que tienes una nueva misión para mí.

—He observado que has estado pasando un cierto tiempo en los Archivos.

—Me parecía algo provechoso a lo que dedicarme por el momento.

—¿Haciendo conexiones?

—Una conjetura. —*Esa sociedad secreta en Gammu... son judíos, ¿verdad?*

—Puede que necesites información especial a causa del lugar donde vamos a enviarte. —De una forma extremadamente casual.

Lucilla se dejó caer en la silla-perro de Bellonda sin esperar a ser invitada a ello.

Odrade tomó un estilo, escribió algo en una hoja desechable, y se la pasó a Lucilla de una forma que quedaba oculta a los com-ojos.

Lucilla comprendió la alusión y se inclinó sobre el mensaje, manteniéndolo cerca bajo el escudo de su propia cabeza.

«Tu conjetura es correcta. Debes morir antes que revelarla. Ese es el precio de su cooperación, una señal de gran confianza.» Lucilla hizo pedazos el mensaje.

Odrade utilizó la identificación de ojo y palma para abrir el panel en la pared a sus espaldas. Tomó de allí un pequeño cristal riduliano y se lo tendió a Lucilla. Era cálido, pero Lucilla notó un estremecimiento. ¿Qué podía ser tan secreto? Odrade extrajo el cono de seguridad de debajo de su mesa de trabajo y lo situó en posición.

Lucilla dejó caer el cristal en su receptáculo con mano temblorosa y colocó el cono sobre su cabeza. Las palabras se formaron inmediatamente en su cerebro, una sensación oral de acentos extremadamente antiguos que pudo reconocer:

—La gente que ha llamado tu atención son los judíos. Tomaron una decisión defensiva hace eones. La solución a los recurrentes pogroms fue desaparecer de la escena pública. El viaje espacial hizo esto no sólo posible sino también atractivo. Se ocultaron en incontables planetas, realizaron su propia Dispersión, y probablemente tengan planetas donde solamente vivan ellos. Eso no quiere decir que hayan abandonado con el tiempo sus antiguas prácticas, en las que eran maestros por pura necesidad de supervivencia. La antigua religión persiste con toda seguridad, aunque ligeramente alterada. Es probable que un rabino de los tiempos antiguos no se sintiera fuera de lugar tras el menorá del Sabbat en una casa judía de nuestra época. Pero su sentido del secreto es tal que podrías estar trabajando durante toda una vida al lado de un judío sin llegar a sospecharlo nunca. Ellos lo llaman «Cobertura Completa», aunque conocen muy bien sus peligros.

Lucilla aceptó aquello sin discutir. Algo que fuera tan secreto debía ser percibido necesariamente como peligroso por cualquiera que sospechara de su existencia. *«¿Pero para qué más mantienen el secreto, eh? ¡Respóndeme a eso!»*

El cristal continuó vertiendo sus secretos en su consciencia:

—Ante la amenaza de ser descubiertos, tienen una reacción estándar. «Buscamos la religión de nuestras raíces. Es un revival, que nos trae de vuelta lo mejor de nuestro pasado.»

Lucilla conocía aquel esquema. Siempre había «locos revivalistas». Era algo que garantizaba descorazonar cualquier curiosidad. *«¿Esos? oh, no son más que otro puñado de revivalistas.»*

—El sistema de enmascaramiento —prosiguió el cristal— no tuvo éxito con nosotras. Tenemos bien registrada nuestra propia herencia judía y un nutrido grupo de Otras Memorias para contarnos las razones de su secreto. No alteramos la situación hasta que yo, Madre Superiora durante y después de la batalla de Corrin —*¡muy*

*antigua, por supuesto!*—, vi que nuestra Hermandad necesitaba una sociedad secreta, un grupo que en un determinado momento pudiera responder a nuestras peticiones de ayuda.

Lucilla sintió un asomo de escepticismo. *¿Peticiones?*

La hacía mucho tiempo desaparecida Madre Superiora había anticipado el escepticismo.

—En ocasiones, hacemos peticiones que ellos no pueden evitar. Pero también ellos nos hacen peticiones a nosotras.

Lucilla se sintió inmersa en la mística de aquella sociedad clandestina. Era algo más que ultrasecreto. Sus torpes preguntas a los Archivos habían despertado principalmente rechazos.

—¿Judíos? ¿Qué es eso? Oh, sí... una antigua secta. Busca por ti misma. No tenemos tiempo para investigaciones religiosas sin objeto.

El cristal tenía más que impartir:

—Los judíos se sienten divertidos y a veces consternados por lo que interpretan como copias nuestras de sus esquemas. Nuestros archivos genéticos dominados por las líneas femeninas para controlar el esquema de emparejamientos son vistos como judíos. Tú eres judío tan sólo si tu madre era judía.

*El chico que conoce a su padre es un chico listo*, pensó Lucilla. Era divertido. A menudo las Reverendas Madres no conocían a sus padres ni siquiera después de la Agonía. La memoria debía ser lanzada hacia adelante y organizada, rompiendo a veces las barreras. La Memoria Selectiva era una realidad aunque todo lo demás fuera un caos en una nueva Reverenda Madre.

—El título trae emparejado consigo un gran significado, pero no es una licencia a la omnipotencia —la habían advertido las Censoras.

El cristal llegó a su conclusión:

—La diáspora será recordada. Mantener todo esto secreto es algo que toca nuestro más profundo sentido del honor.

Lucilla alzó el cono de encima de su cabeza.

—Eres una buena elección para una misión extremadamente delicada en Lampadas —había dicho Odrade, devolviendo el cristal a su escondrijo.

*Esto es el pasado y probablemente esté muerto. ¡Mira dónde me ha llevado la «delicada misión» de Odrade!*

Desde su ventajosa posición en la granja en Gammu, Lucilla observó un enorme transporte lleno de productos penetrar en la propiedad. Hubo un rumor de actividad bajo ella. Aparecieron trabajadores de todos lados para acudir al encuentro del gran transporte lleno de verduras. Captó el penetrante olor de los jugos que rezumaban de los tallos recién cortados.

Lucilla no se movió de la ventana. Su anfitrión le había proporcionado ropas del

lugar... una larga túnica de tela gris y una pañoleta azul brillante para cubrir su pelo color arena. Era importante no hacer nada que pudiera llamar una indeseada atención hacia ella. Había visto a otras mujeres detenerse para contemplar los trabajos de la granja. Su presencia allí podía ser tomada como curiosidad.

Era un transporte enorme, cuyos suspensores trabajaban a toda potencia bajo la carga de los productos apilados ya en sus secciones articuladas. El operador permanecía de pie en una cabina transparente en su parte frontal, las manos sobre las palancas, los ojos fijos al frente. Mantenía las piernas abiertas, ligeramente recostado en su red inclinada de apoyo, tocando la barra energética con su cadera izquierda. Era un hombre robusto, de rostro oscuro y lleno de arrugas, el pelo semicanoso. Su cuerpo era una extensión de la máquina... la guía de sus poderosos movimientos. Alzó brevemente la mirada hacia Lucilla cuando pasó delante de ella, luego la devolvió a su camino hacia la gran zona de carga delimitada por los edificios de abajo.

*Construido dentro de su máquina, pensó. Aquello decía algo acerca de la forma en que los humanos eran adaptados a las cosas que hacían. Lucilla sintió una fuerza debilitante en aquel pensamiento. Si te adaptabas demasiado a una cosa, otras habilidades se atrofiaban. Nos convertimos en lo que hacemos.*

Se imaginó de pronto a sí misma como otro operador en alguna gran máquina, no muy diferente de aquel hombre en el transporte.

*Avanzamos con majestuosa determinación, cada una inclinada hacia un rumbo secreto. Del mismo modo que se inclina este operador, así avanza el rumbo. La culpa de todo lo que ocurre puede echársele al Destino. Una de las funciones más útiles del Destino, o de Dios. Si las cosas van mal siempre tienes a alguien aparte de a ti mismo a quien echar la culpa. Los chivos expiatorios prestos a ser sacrificados, la forma mortal de los antiguos dioses. ¿Y en qué soy yo mejor que un conductor de verduras?*

¡Autocompasión! Qué fácil era caer en esa trampa.

La enorme máquina pasó delante de ella alejándose del patio, sin que su operador se dignara dirigirle otra mirada. La había visto una vez. ¿Para qué volver a mirar?

Sus anfitriones habían hecho una juiciosa elección con aquel escondite, pensó. Una zona escasamente poblada, con trabajadores en los que se podía confiar en las intermediaciones, y muy poca curiosidad en la gente que pasaba. El trabajo duro no animaba la curiosidad. Había notado el carácter de la zona cuando había sido traída allí. Era por la tarde, y la gente se encaminaba ya de vuelta a sus casas. Podías medir la densidad urbana de una zona cuando terminaba el trabajo. Si la gente se iba pronto a la cama te hallabas en una región poco densamente poblada. La actividad nocturna indicaba que la gente permanecía inquieta, agitada por el prurito de la convicción interna de que había otras personas activas y vibrando demasiado cerca.



*¿Qué es lo que me ha arrastrado hasta este estado introspectivo?*

En la primera retirada de la Hermandad, antes de los peores y más furiosos ataques de las Honoradas Matres, Lucilla había experimentado dificultad en llegar a aceptar la creencia de que «alguien ahí afuera está persiguiéndonos con la intención de matarnos».

¡Pogrom! Así lo había llamado el Rabino antes de marcharse aquella mañana, «para ver lo que puedo hacer por vos».

Sabía que el Rabino había elegido aquella palabra de antiguos y amargos recuerdos, pero desde su primera experiencia en Gammu antes de aquel *pogrom* no había sentido Lucilla un tal confinamiento a unas circunstancias que no podía controlar.

*Entonces también era una fugitiva.*

La actual situación de la Hermandad tenía algunas semejanzas con la que habían sufrido bajo el Tirano, excepto que el *Dios Emperador* no había obviamente intentado nunca (en retrospectiva) exterminar a la Bene Gesserit, tan sólo controlarla. ¡Y ciertamente la había controlado!

*¿Dónde está ese condenado Rabino?*

Era un hombre robusto y fuerte con unas gafas pasadas de moda. Un amplio rostro tostado por mucho sol. Pocas arrugas pese a la edad que ella podía leer en su voz y movimientos. Las gafas centraban la atención sobre unos profundos ojos marrones que la observaban con una peculiar intensidad. *¿No podemos desligarnos lo suficiente de esta condenada religión como para utilizar los ajustes médicos habituales para ver los problemas? En los casos extremos, siempre hay contactos a los que recurrir. O tal vez este sea un pequeño gesto de su parte, algo para decir: «No me gustan todas estas estupideces técnicas.»*

*Aunque dijo que había sido un doctor Suk. Ahora retirado, pero sin embargo...*

—Honoradas Matres —había dicho (exactamente allí mismo, en aquella habitación superior de desnudas paredes) cuando ella le hubo explicado su difícil situación—. ¡Oh, Dios mío! Eso es complicado.

Lucilla había esperado aquella respuesta y, más aún, podía ver que él lo sabía.

—Hay un Navegante de la Cofradía aquí en Gammu ayudando a los que os buscan —dijo el hombre—. Es uno de los Edric, muy poderoso, me han dicho.

—Llevo la sangre de Siona. No puede verme.

—Ni a mí ni a ninguno de mi gente y por la misma razón. Nosotros los judíos nos ajustamos a muchas necesidades, ¿sabéis?

—Ese Edric es un gesto —dijo ella—. Puede hacer poco.

—Pero lo han traído. Me temo que no haya ninguna forma de poder sacaros sana y salva del planeta.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Veremos. Mi gente no está totalmente desprovista de recursos, ¿sabéis?

Lucilla reconoció sinceridad y preocupación por ella. El hombre hablaba tranquilamente de resistir a los halagos sexuales de las Honoradas Matres, «haciéndolo tan discretamente que no despertamos sus sospechas».

—Iré a susurrar algunas cosas en algunos oídos —dijo.

Se sintió extrañamente reconfortada por aquello. A menudo había algo fríamente remoto y cruel en caer en manos de las profesiones médicas. Se tranquilizó a sí misma con el conocimiento de que los Suks estaban condicionados para permanecer alertas a tus necesidades, mostrando siempre toda su compasión y apoyo (*todas esas cosas que pueden quedar a un lado en las emergencias*). Había notado esa desfavorable característica incluso entre las Hermanas que se convertían en Suks: una postura objetiva que embotaba su sensibilidad clínica.

Era por eso por lo que las Censoras decían a menudo que sus responsabilidades desembocaban rápidamente a su fin (a veces incluso violento), «siempre que, por supuesto, sus memorias puedan ser Compartidas».

*Exactamente mi problema actual.*

Redobló sus esfuerzos por recuperar la calma, enfocándolos en el mantra personal que había conseguido en el *solo de la educación para la muerte*.

*Si tengo que morir, debo tener en cuenta una lección trascendental. Debo marcharme con serenidad.*

Aquello ayudó, pero aún se sentía temblorosa. El Rabino hacía mucho que se había ido. Algo iba mal.

*¿Hice bien confiando en él?*

El hombre había hablado mucho de comprensión y conocimiento. *Entendimiento*. Era una actitud ante la cual se enseñaba a las Bene Gesserit la desconfianza. «El entendimiento arroja tachuelas en vuestro camino». Un pronto entendimiento era algo de lo más peligroso, y podía ser también tremendamente doloroso. Pero siempre había el señuelo de la *comprensión*. Erigía opacas pantallas ante el conocimiento. «No comprendas nada. Todo entendimiento es temporal».

Pese a una creciente sensación de fatalidad, Lucilla se obligó a practicar la ingenuidad Bene Gesserit mientras revisaba su encuentro con el Rabino. Sus Censoras llamaban a aquello «la inocencia que surge naturalmente con la inexperiencia, una condición que se confunde a menudo con la ignorancia». Todo tipo de cosas fluyeron dentro de su ingenuidad. Era algo parecido a lo que hacía un Mentat. La información entraba sin ningún prejuicio. «Eres un espejo en el cual se refleja el universo. Ese reflejo es toda tu experiencia. Las imágenes saltan de tus sentidos. Surgen las hipótesis. Importantes incluso cuando son erróneas. Este es el caso excepcional en el que más de una cosa errónea puede producir decisiones en las que se puede confiar.»

—Somos vuestros voluntarios servidores —había dicho el Rabino.

Eso era suficiente como para alertar a una Reverenda Madre.

Las explicaciones del cristal de Odrade parecieron de pronto inadecuadas. *Siempre se trata de un asunto de beneficios.* Aceptó aquello como algo cínico pero fruto de una enorme experiencia. Los intentos de arrancar aquella mala hierba del comportamiento humano se habían estrellado siempre contra las rocas de la dedicación. Los sistemas socialistas y comunistas tan sólo habían cambiado las ventanillas donde se medían los beneficios. Enormes burocracias administrativas... las ventanillas significaban poder.

Lucilla se advirtió a sí misma que las manifestaciones eran siempre las mismas. ¡Mira la enorme granja de este Rabino! ¿Un plácido retiro para un Suk? Había visto algo de lo que había detrás de todo aquello: sirvientes, ricos aposentos. Y debía haber más. No importaba el sistema, siempre era lo mismo: las mejores comidas, magníficas amantes, viajes sin restricciones, magníficos lugares de vacaciones.

*Empieza a resultar muy cansado cuando lo has visto tan a menudo como lo hemos visto nosotras.*

Se daba cuenta de que su mente estaba poniéndose nerviosa, pero se sentía impotente para impedirlo. *El dinero y otras medidas de cambio en mitad de un juego interminable. Bienes negociables. La melange puede dominar todo eso de nuevo. En Dune era el agua. La supervivencia. El auténtico fondo de cualquier sistema es siempre la supervivencia.*

*Y yo amenazo la supervivencia del Rabino y su gente.*

La había halagado. *Hay que tener siempre cuidado de aquellos que nos halagan, arrimándose a todo el poder que supuestamente poseemos. ¡Qué halagador descubrir grandes multitudes de sirvientes aguardando y ansiosos de hacer nuestra voluntad! Qué terriblemente debilitador.*

*El error de las Honoradas Matres.*

*¿Qué es lo que está retrasando al Rabino?*

¿Estaba viendo todo lo que podía conseguir para la Reverenda Madre Lucilla? Siempre aquellas consideraciones económicas que incumbían a cuestiones de energía. *Hay una gran cantidad de energía visible en esta granja. ¿Cuánta gente? ¿Cuántos hombres-hora? Un concepto atroz. Reduce a los humanos al nivel de los animales. Los equipara a los caballos de fuerza. Hombres de fuerza, caballos de fuerza... ¿cuál es la diferencia excepto la energía aplicada?*

Lucilla refrenó sus pensamientos. La diferencia residía en lo que hacía la Bene Gesserit, el constante debatirse por perfeccionar la sociedad humana. Los animales salvajes se dedicaban a la muerte y al canibalismo sin pensar en ello. *Consciencia.* Ese era el nombre del constante desafío. *¿De qué soy consciente?* Ahí estaba su palanca: aunque apilaras unos sobre otros todos los «peores tiempos», los humanos

cometían menos actos de violencia que los animales salvajes.

*Somos un tipo distinto de animal. Es su crueldad consciente la que ofende más. La bestialidad consciente. La exultante crueldad que se recrea en producir dolor por el simple placer de contemplarlo. Sadismo. El animal sin inteligencia en las profundidades.*

El gusano que conservaba la perla de gran valor era tan sólo una metáfora para describir al animal en todos los seres humanos. Y ella no había visto ninguna crueldad exultante en el Rabino. Aquello la tranquilizaba.

Una puerta sonó abajo, haciendo retemblar el suelo bajo sus pies. Qué primitiva era aquella gente. ¡Escaleras! Lucilla se volvió al tiempo que se abría la puerta. Entró el Rabino, trayendo consigo un intenso olor a melange. Se detuvo junto a la puerta, estudiando su talante.

—Perdonad mi tardanza, querida dama. Fui llamado para ser interrogado por Edric, el Navegante de la Cofradía.

Aquello explicaba el olor a especia. Los Navegantes permanecían siempre bañados en el gas naranja de la melange, hasta el punto que sus rasgos quedaban a menudo ocultos por la neblina de los vapores. Lucilla casi podía visualizar la pequeña V de la boca del Navegante y el feo faldón de su nariz. Boca y nariz parecían pequeños en el gigantesco rostro de un Navegante con sus pulsantes sienes. Sabía lo amenazado que debía haberse sentido el Rabino escuchando el sonsonete del ulular de la voz del Navegante emparejado a la mecatraducción simultánea al impersonal galach.

—¿Qué deseaba?

—A vos.

—¿Acaso...?

—No lo sabe seguro, pero estoy convencido que sospecha de nosotros. De todos modos, sospecha de todo el mundo.

—¿Os han seguido?

—No necesariamente. Pueden encontrarme en cualquier momento que deseen.

—¿Qué vamos a hacer? —Se dio cuenta de que hablaba demasiado rápido, con una voz demasiado fuerte.

—Mi querida dama... —Se acercó tres pasos, y ella observó el sudor que perlaba su frente y nariz. Miedo. Podía olerlo.

—Bien, ¿de qué se trata?

—El aspecto económico tras las actividades de las Honoradas Matres... Las hemos encontrado muy interesantes.

Aquellas palabras cristalizaron los temores de Lucilla. *¡Lo sabía! ¡Está vendiéndome!*

—Como sabéis muy bien las Reverendas Madres, siempre hay grietas en los

sistemas económicos.

—¿Sí? —muy cautelosamente.

—La supresión incompleta del comercio de cualquier producto incrementa siempre los beneficios del comerciante, especialmente los beneficios de los últimos distribuidores. —Su voz era ominosamente vacilante—. Ese es el error de pensar que puedes controlar los narcóticos indeseados deteniéndolos en tus fronteras.

¿Qué estaba intentando decirle? Sus palabras describían hechos elementales conocidos incluso para las acólitas. El incremento de los beneficios era siempre usado para comprar rutas de entrada seguras más allá de los guardias fronterizos, a menudo comprando a los propios guardias.

*¿Ha comprado a servidores de las Honoradas Matres? Estoy segura de que no cree poder hacerlo con la suficiente seguridad.*

Aguardó mientras él ordenaba sus pensamientos, formando a todas luces una presentación que creía poder ganar la aceptación de ella.

¿Por qué dirigía su atención hacia los guardias fronterizos? Eso era lo que había hecho, con toda seguridad. Los guardias siempre tenían preparada una racionalización para traicionar a sus superiores, por supuesto. «Si no lo hago yo, lo hará cualquier otro». Estaba además el ineludible hecho de que los guardias se volvían muy pronto cínicos con el conocimiento de la forma en que sus superiores eran quienes primero elegían lo que deseaban guardarse para sí mismos. Todo aquello estaba basado principalmente en la tributación.

Deja pasar solamente aquellas cosas sobre las que puedas cargar tranquilamente un impuesto sin preocupar a aquellos que te apoyan.

(Es decir, aquellas cosas sobre las cuales era posible recaudar el impuesto).

Los contrabandistas eran meros moscardones en todo aquel asunto. El objetivo real era mantener a un mínimo manejable las importaciones no deseadas.

—Siempre hay los comisionistas del poder —dijo el Rabino.

Ella pensó que iba a decir algo más pero, de nuevo, el hombre vaciló.

*¿Los comisionistas del poder?* La gente en la cúspide sabía muy bien que no se podían erigir barreras perfectas en sus fronteras. De todos modos, sabían que podían conseguir un respaldo importante a su propio empleo prometiendo barreras perfectas. Otra gran ilusión. Los guardias sabían que habría muy pocos de ellos si se permitía a los artículos indeseados cruzar las fronteras sin ninguna interferencia excepto un control mínimo.

*¿Soy yo un artículo indeseado?*

Se atrevió a tener esperanzas.

El Rabino carraspeó. Era evidente que había encontrado las palabras que deseaba y las había colocado en su orden correspondiente.

—No creo que haya ninguna forma de sacaros de Gammu viva.

No había esperado una condena tan franca.

—Pero...

La información que lleváis con vos, en cambio, es otro asunto.

¡Así que eso era lo que había tras aquel enfoque de las fronteras y los guardias!

—No comprendéis, Rabino. Mi información no es tan sólo unas cuantas palabras y algunas advertencias. —Se golpeó la frente con un dedo—. Aquí hay muchas vidas preciosas, gran cantidad de experiencias irreemplazables, unos conocimientos tan vitales que...

—Ahhh, pero si lo comprendo, querida dama. Nuestro problema es que vos no comprendéis.

*¡Siempre esas referencias a la comprensión!*

—Es de vuestro honor de lo que dependo en este momento —dijo el hombre.

*¡Ahhh, la legendaria honestidad y confianza de la Bene Gesserit cuando hemos empeñado nuestra palabra!*

—Sabéis que moriré antes que traicionaros —dijo ella.

El abrió las manos en un gesto amplio y casi impotente.

—Tengo plena confianza en ello, querida dama. La cuestión no es de traición, sino de algo que nunca antes hemos revelado a vuestra Hermandad.

—¿Qué estáis intentando decirme? —Muy perentoriamente, casi con la Voz (que le habían advertido no intentara usar con aquellos judíos).

—Debo arrancaros una promesa. Necesito vuestra palabra de que no os volveréis contra nosotros a causa de lo que voy a revelaros. Tenéis que prometerme aceptar mi solución a vuestro dilema.

—¿Sin saber cuál es?

—Simplemente porque yo os lo pido y os aseguro que hacemos honor a nuestro compromiso con vuestra Hermandad.

Lo miró fijamente, intentando ver a través de aquella barrera que el hombre había levantado entre los dos. Sus reacciones superficiales podían leerse, pero no aquello misterioso que había bajo su inesperado comportamiento.

El Rabino aguardó a que aquella temible mujer alcanzara su decisión. Las Reverendas Madres siempre lo ponían nervioso. Sabía cuál debía ser su decisión, y sentía lástima por ella. Se daba cuenta de que ella podía leer esa lástima en su expresión. Sabían tanto y tan poco. Sus poderes eran manifiestos. ¡Y su conocimiento del Israel Secreto tan peligroso!

*Tenemos con ellas esta deuda, sin embargo. No pertenece a los Elegidos, pero una deuda es una deuda. El honor es el honor. La verdad es la verdad.*

La Bene Gesserit había preservado al Israel Secreto en muchas horas de necesidad. Y un pogrom era algo que su pueblo conocía sin demasiadas explicaciones. El pogrom era algo que embebía la psique del Israel Secreto. Y gracias

a lo *Inexpresable*, el pueblo elegido nunca olvidaría. No más de lo que ellas pudieran olvidar.

La memoria, mantenida fresca a través del ritual diario (con énfasis periódicos en la participación comunal), arrojaba un halo resplandeciente sobre lo que el Rabino sabía que debía hacer. ¡Y esta pobre mujer! Ella también estaba atrapada por las memorias y las circunstancias.

*¡En el caldero! ¡Los dos estamos en él!*

—Tenéis mi palabra —dijo Lucilla.

El Rabino se volvió hacia la única puerta de la habitación y la abrió. Una mujer vieja llevando una larga túnica marrón permanecía de pie al otro lado. Entró a un gesto del Rabino. Llevaba el pelo del color de la madera vieja atado en un moño en la parte de atrás de su cabeza. Su rostro era reseco y arrugado, tan oscuro como las almendras tostadas. ¡Los ojos, sin embargo! ¡Totalmente azules! Y aquella dureza de acero dentro de ellos...

—Esta es Rebecca, una de las nuestras —dijo el Rabino—. Como sin duda podéis ver, ha hecho algo peligroso.

—La Agonía —susurró Lucilla.

—Lo hizo hace mucho, y nos sirve bien. Ahora os servirá a vos.

Lucilla tenía que estar segura.

—¿Puedes Compartir?

—Nunca lo he hecho, mi dama, pero sé lo que es. —Mientras hablaba, Rebecca se acercó a Lucilla y se detuvo cuando estaban casi tocándose.

Se inclinaron la una hacía la otra hasta que sus frentes entraron en contacto. Sus manos se adelantaron y se posaron en los ofrecidos hombros de la otra.

Mientras sus mentes encajaban, Lucilla forzó la proyección de un pensamiento:

—¡Debes transmitir esto a mis Hermanas!

—Lo prometo, mi dama.

No podía haber engaño en su fusión total de las mentes, su definitiva sinceridad accionada por la inminencia y la certeza de la muerte o la venenosa esencia de melange que los antiguos Fremen habían llamado correctamente «la pequeña muerte». Lucilla aceptó la promesa de Rebecca. Aquella loca Reverenda Madre de los judíos empeñaba su vida en su palabra. ¡Y algo más! Lucilla jadeó cuando lo vio. El Rabino tenía intención de venderla a las Honoradas Matres. El conductor del transporte de productos agrícolas había sido uno de sus agentes enviado para confirmar que había realmente una mujer con la descripción de Lucilla en la granja. *¡Nada más retorcido que eso!*

La sinceridad de Rebecca no dejó escapatoria a Lucilla:

«Es la única forma en que podemos salvarnos y mantener nuestra credibilidad».

¡De modo que era por eso por lo que el Rabino le había hecho pensar en guardias

y en intermediarios del poder! *Sagaz, sagaz. Y yo he aceptado como él sabía que lo haría.*



## Capítulo VII

*No podéis manipular una marioneta con tan sólo una cuerda.*

### *El látigo Zensunni*

La Reverenda Madre Sheeana estaba de pie junto a su tarima de escultura, con su moldeador de uñas grises en forma de garras cubriendo sus manos como unos exóticos guantes. El negro sensiplaz en la tarima había estado tomando forma bajo sus manos durante casi una hora. Se sentía cerca de la creación que busca la realización, y que brotaba de un lugar salvaje en su interior. La intensidad de la fuerza creativa hacía temblar su piel, y se preguntaba si los que pasaban por el salón a su derecha no lo captarían. La ventana septentrional de su sala de trabajo dejaba pasar una luz grisácea a sus espaldas, y la ventana occidental resplandecía con el naranja del atardecer del desierto.

Prester, la asistente menor de Sheeana allá en la Estación de Vigilancia del Desierto, se había detenido en el umbral hacía unos minutos, pero toda la estación sabía muy bien que era mejor no interrumpir a Sheeana en su trabajo.

Retrocediendo un paso, Sheeana apartó un mechón de pelo castaño con reflejos de sol de su frente con el dorso de una mano. El negro plaz se erguía frente a ella como un desafío, con sus curvas y planos casi encajando con la forma que ella sentía en su interior.

*Vengo aquí a crear cuando mis miedos son mayores*, pensó. Aquel pensamiento ahogó sus impulsos creativos, y redobló sus esfuerzos para completar la escultura. Sus garrudas manos moldeadoras se clavaron y rasgaron el plaz, y la negra forma siguió cada intrusión como una ola agitada por un enloquecido viento.

La luz de la ventana del norte iba disminuyendo, y los automatismos la compensaron con un globo amarillo-grisáceo que flotaba en una esquina del techo, pero no era lo mismo. ¡No era lo mismo!

Sheeana se apartó de su trabajo. Cerca... pero no lo suficientemente cerca. Casi podía tocar la forma dentro de ella y sentirla agitarse en su pugna por nacer. Pero el plaz no se ajustaba a ella. Un rasgante golpe con su mano derecha lo redujo a una informe masa negra en la tarima.

¡Maldición!

Se quitó bruscamente los moldeadores y los dejó caer en un estante junto a la tarima de escultura. El horizonte más allá de la ventana occidental seguía mostrando una débil franja anaranjada. Desvaneciéndose aprisa, del mismo modo que ella sentía desvanecerse su ansia creadora.

Avanzó a largas zancadas hacia la ventana de poniente, a tiempo para ver regresar

a los últimos equipos de búsqueda del día. Sus luces de aterrizaje eran aleteantes luciérnagas allá al sur, donde se había establecido un aeródromo temporal en el sendero de las avanzantes dunas. Podía ver por la forma lenta en que descendían los tópteros que no habían encontrado manchas de especia u otros signos de que los gusanos de arena estuvieran al fin desarrollándose a partir de las truchas de arena plantadas allí.

*Soy la pastora de unos gusanos que tal vez nunca lleguen.*

La ventana le devolvió un oscuro reflejo de sus rasgos. Podía ver claramente dónde la Agonía de la Especia había dejado sus marcas. La esbelta muchacha expósita de bronceada piel de Dune se había convertido en una mujer alta, más bien austera. Pero su cabello castaño aún insistía en escapar de la apretada toca en su nuca. Y podía ver el salvajismo de siempre en sus ojos totalmente azules. Otros podían verlo también. Y ése era el problema, la fuente de algunos de sus miedos.

Parecía no haber freno para la Missionaria en su preparación para *nuestra Sheeana*.

Si los gigantescos gusanos de arena se desarrollaban... ¡Shai-Hulud regresaría! Y la Missionaria Protectora de la Bene Gesserit estaba preparada para lanzarla hacia una desprevenida humanidad preparada para la adoración religiosa. El mito convertido en realidad... exactamente del mismo modo en que ella intentaba convertir aquella escultura en una realidad.

¡La Sagrada Sheeana! ¡El Dios Emperador es su esclavo! ¡Ved como los sagrados gusanos de arena la obedecen! ¡Leto ha regresado!

¿Influenciaría aquello a las Honoradas Matres? Probablemente. Al menos le rendían un hipócrita servicio al Dios Emperador en su nombre de Guldur.

Aunque no era probable que siguieran a la «Sagrada Sheeana» excepto en hazañas sexuales. Sheeana sabía muy bien que su propio comportamiento sexual, ultrajante incluso para los estándares de la Bene Gesserit, era una forma de protesta contra aquel papel que la Missionaria intentaba imponerle. La excusa de que ella tan sólo pulía a los machos entrenados en el sometimiento sexual por Duncan Idaho era tan sólo eso... una excusa.

*Bellonda sospecha.*

La Mentat Bell era un peligro constante para las hermanas que se salían de la norma. Y ésa era una de las importantes razones por las cuales Bell mantenía su poderosa posición en el Alto Consejo de la Hermandad.

Sheeana se apartó de la ventana y se dejó caer sobre el cubrecama naranja y ocre de su camastro. Directamente frente a ella, un enorme dibujo en blanco y negro mostraba a un gigantesco gusano cerniéndose sobre una pequeña figura humana.

*Así es como eran y como nunca volverán a ser. ¿Qué era lo que yo intenté decir con ese dibujo? Si lo supiera tal vez fuera capaz de completar la escultura de plaz.*

Había sido peligroso desarrollar un lenguaje de las manos secreto con Duncan. Pero había cosas que la Hermandad no podía saber... todavía no.

*Puede que haya una vía de escape para nosotros dos.*

¿Pero dónde podían ir? Aquél era un universo acosado por las Honoradas Matres y otras fuerzas. Era un universo de planetas dispersos, poblados en su mayor parte por seres humanos que tan sólo deseaban vivir sus vidas en paz... aceptando la guía de la Bene Gesserit en algunos lugares, contorsionándose bajo la represión de las Honoradas Matres en muchas regiones, la mayor parte de ellos deseando gobernarse a sí mismos de la mejor manera posible, el perenne sueño de la democracia, y luego estaban siempre los desconocidos. ¡Y siempre la lección de las Honoradas Matres! Los indicios facilitados por Murbella decían que las Habladoras Pez y las Reverendas Madres habían formado in extremis a las Honoradas Matres. ¡La democracia de las Habladoras Pez se había convertido en la Autocracia de las Honoradas Matres! Los indicios eran demasiado numerosos como para ignorarlos. ¿Pero por qué habían enfatizado las compulsiones inconscientes con sus sondas-T, su inducción celular, y sus proezas sexuales?

¿Dónde está el mercado que acepta talentos fugitivos?

Este universo ya no poseía ni una sola bolsa. Se definía más bien una especie de tela de araña subterránea. Era extremadamente liberal, basada en viejos compromisos y acuerdos temporales.

Odrade había dicho en una ocasión:

—Se parece a un viejo traje con remiendos y bordes deshilachados.

La estrechamente ligada red comercial de la CHOAM del Antiguo Imperio ya no existía. Ahora había cabos sueltos y piezas dispersas que eran mantenidas juntas con los lazos más precarios. La gente trataba aquellos restos con desprecio, añorando siempre los buenos viejos días.

*¿Qué clase de universo nos aceptaría como meros fugitivos y no como la Sagrada Sheeana y su consorte?*

Pero Duncan no era un consorte. Ese había sido el plan original de la Bene Gesserit:

—Atad a Sheeana a Duncan. Lo controlamos a él, y él puede controlarla a ella.

Murbella cortó en seco ese plan. *Y fue una buena cosa para nosotros dos. ¿Quién necesita una obsesión sexual?* Pero Sheeana se había visto obligada a admitir que experimentaba unos sentimientos extrañamente confusos hacia Duncan Idaho. El lenguaje de las manos, los contactos corporales. ¿Y qué podían decirle a Odrade cuando venía a fisgonear? No si, sino cuando.

—Hablamos de las formas en que Duncan y Murbella puedan escapar de vos, Madre Superiora. Hablamos de otras formas de restaurar las memorias de Teg. Hablamos de nuestra propia rebelión privada contra la Bene Gesserit. ¡Sí, Darwi

Odrade! Vuestro antiguo estudiante se ha vuelto un rebelde contra vos.

Sheeana admitía también unos confusos sentimientos hacia Murbella.

*Ella domesticó a Duncan cuando yo tal vez hubiera fallado.*

La Honorada Madre cautiva era un estudio fascinante... y a veces divertido. Ahí estaban aquellos versos satíricos colgados en la pared del comedor de las acólitas de la nave.

*¡Hey, Dios! Espero que estés ahí.*

*Quiero que oigas la plegaria que te dirijo a ti.*

*Esa imagen tallada que tanto me ensimisma:*

*¿Eres realmente tú, o soy yo misma?*

*Bien, de todos modos, aquí la tienes:*

*Por favor haz que mantenga lúcidas mis sienes.*

*Ayúdame a superar todos mis errores,*

*Haz que no se conviertan en horrores,*

*Sino en ejemplos de perfección*

*Para las Censoras de mi sección;*

*Y así se expanda mi cordura,*

*Como el pan bajo la levadura.*

*Por la razón que más se te acomode,*

*Hazme ese favor, ¿no te jode?*

El subsiguiente enfrentamiento con Odrade, captado por los com-ojos, había sido algo digno de ver.

—Murbella. ¿Tú? —La voz de Odrade había sonado estridente.

—Me temo que sí. —Sin la menor contricción.

—¿Y por qué? —Aún estridente.

—¿Por qué no? —Desafiante.

—¡Es una burla a la Missionaria! No protestes. Esa era tu intención.

—¡Son tan malditamente presuntuosas!

Sheeana no podía hacer otra cosa más que simpatizar con ella cuando pensaba en aquella confrontación. La rebelde Murbella era todo un síntoma. ¿Qué es lo que fermenta en ti hasta que te ves obligada a notarlo?

*He luchado precisamente así contra la eterna disciplina:*

*«Eso te hará fuerte, niña.»*

¿Era Murbella como una niña? ¿Qué presiones la habían moldeado? La vida era siempre una reacción a las presiones. Algunos se dedicaban a las distracciones fáciles y eran moldeados por ellas: los poros hinchados y enrojecidos por los excesos. Baco

los miraba de soslayo. La lujuria marcaba sus rasgos. Una Reverenda Madre lo sabía reconocer tras milenios de observación. *Somos moldeados por las presiones, nos resistamos o no a ellas.* Presiones y moldeo... eso era la vida. *Y creo nuevas presiones con mi secreto desafío.*

Dado el actual estado de alerta de la Hermandad a todas las amenazas, probablemente el lenguaje de las manos con Duncan fuera algo fútil.

Sheeana inclinó la cabeza y contempló la masa negra en la tarima de escultura.

*Pero persistiré. Crearé mi propia afirmación de mi vida. ¡Crearé mi propia vida! ¡Maldita sea la Bene Gesserit!*

*Y perderé el respeto de mis Hermanas.*

Había algo antiguo en la respetuosa conformidad a la que se veían forzadas. Habían conservado aquella característica de su más antiguo pasado, tomándola regularmente para pulir y efectuar las necesarias reparaciones que el tiempo requería de todas las creaciones humanas. Y ahí estaba hoy, mantenida en una muda reverencia.

*Sin embargo tú eres una Reverenda Madre, y eso es cierto desde todos los puntos de vista.*

Sheeana sabía que iba a verse obligada a probar aquella antigua característica hasta sus límites, con toda seguridad hasta romperla. Y esa forma de plaz negro intentando salir del lugar salvaje en su interior era tan sólo un elemento de lo que sabía que tenía que hacer. Llamémosle rebelión, llamémoslo con cualquier otro nombre, la fuerza que sentía en su pecho no podía ser negada.

## Capítulo VIII

*Limitate a la observación, y siempre dejarás de lado el objetivo de tu propia vida. Ese objetivo puede ser enunciado de esta forma: vive la mejor vida que te sea posible. La vida es un juego cuyas reglas aprendes si saltas a ella y la juegas a fondo. De otro modo, serás atrapada en equilibrio precario, viéndote sorprendida constantemente por los cambios del juego. Los no jugadores gimen y se quejan a menudo de que la suerte siempre pasa de largo por su lado. Se niegan a ver que pueden crear algo de su propia suerte.*

**Darwi Odrade**

—¿Has estudiado la última grabación del com-ojo de Idaho? —preguntó Bellonda.

—¡Más tarde! ¡Más tarde! —Odrade se dio cuenta de que se sentía susceptible, y de que había saltado ante la pertinente pregunta de Bell.

Las presiones confinaban más y más a la Madre Superiora estos días. Siempre había intentado hacer frente a sus deberes con una actitud de amplios intereses. Cuantas más cosas le interesaban, más ampliamente podía escrutar, y eso le permitía a todas luces conseguir más datos utilizables.

Usar los sentidos los mejoraba. Sustancia, eso era lo que sus inquisitivos intereses deseaban. Sustancia. Era como perseguir comida para apagar una profunda hambre.

Pero sus días estaban empezando a ser duplicados de aquella mañana. Su afición a las inspecciones personales era bien conocida, pero las paredes de aquella sala de trabajo la aprisionaban. Debía permanecer allí donde pudiera ser localizada. No solamente localizada, sino capaz de despachar comunicaciones y gente al instante.

La presión era también de tiempo.

*¡Maldita sea! Yo crearé el tiempo. ¡Necesito hacerlo!*

Le habían informado que Sheeana decía:

—Estamos viviendo unos días prestados.

¡Muy poético! Pero de muy poca ayuda frente a las pragmáticas demandas. Tenían que Dispersar tantas células Bene Gesserit como fuera posible antes de que cayera el hacha. Ninguna otra cosa tenía tanta prioridad. El tejido de la Bene Gesserit estaba desgarrándose, enviado a destinos que nadie en la Casa Capitular podía llegar a conocer. A veces, Odrade veía aquel fluir como hilachas y residuos. Partían ondulando en sus no-naves, con un stock de truchas de arena en sus bodegas, y las tradiciones Bene Gesserit, sus enseñanzas y sus memorias como guía. Pero la Hermandad había hecho lo mismo hacía mucho tiempo, en la primera Dispersión, y nadie entonces había vuelto ni enviado un mensaje. Nadie. Nadie. Tan sólo habían

regresado las Honoradas Matres. Si alguna vez habían sido Bene Gesserit, se dijo, ahora no eran más que una terrible distorsión, ciegamente suicida.

*¿Seremos alguna vez un todo de nuevo?*

Odrade bajó la vista al trabajo que tenía sobre su mesa: más mapas de selección. ¿Dónde enviar lo que quedaba? Había poco tiempo para hacer una pausa e inspirar profundamente. La Otra Memoria de su difunta predecesora, Taraza, emergió con un enérgico:

—¡Te lo dije! ¿Ves por todo lo que tuve que pasar?

*Y yo me pregunté en una ocasión si había espacio en la cúspide del poder.*

Puede que hubiera espacio en la cúspide del poder (como le gustaba decir a sus acólitas), pero raras veces había tiempo.

Cuando pensaba en la primordialmente pasiva población no Bene Gesserit de «ahí afuera», Odrade a veces la envidiaba. Se les permitía tener sus ilusiones. Qué consuelo. Podías pretender que tu vida duraría siempre, que mañana sería mejor, que los dioses en sus cielos cuidaban atentamente de ti.

Se retiró de aquel lapso sintiéndose disgustada consigo misma. El ojo no cegado por las nubes era mejor, no importaba lo que viera.

—He estudiado los últimos informes de Idaho —dijo, mirando a la paciente Bellonda que aguardaba al otro lado de la mesa.

—Tiene unos instintos interesantes —dijo Bellonda.

Odrade pensó en aquello. Pocas cosas escapaban a los com-ojos que poblaban la no-nave. La teoría del Consejo acerca del ghola-Idaho era cada día menos una teoría y más una convicción. ¿Cuántas memorias de las vidas seriadas de Idaho contenía aquel ghola?

—Tam está teniendo dudas acerca de sus hijos —dijo Bellonda—. ¿No poseerán talentos peligrosos?

Aquello era de esperar. Los tres hijos que Murbella había dado a Idaho en la no-nave les habían sido retirados a su nacimiento. Los tres estaban siendo observados cuidadosamente mientras se desarrollaban. ¿Poseían aquella sorprendente rapidez de reacción que desplegaban las Honoradas Matres? Era demasiado pronto para decirlo. Era algo que se desarrollaba con la pubertad —según Murbella.

Su cautiva Honorada Madre aceptó que le quitaran sus hijos con furiosa resignación. Idaho, sin embargo, mostró muy poca reacción. Extraño. ¿Acaso había algo que le proporcionaba una visión más amplia de la procreación? ¿Una visión casi Bene Gesserit?

—Otro programa genético de la Bene Gesserit —se había burlado él.

Odrade dejó que sus pensamientos fluyeran. ¿Era en realidad una actitud Bene Gesserit lo que veían en Idaho? La Hermandad decía que los lazos emocionales eran antiguos detritus... importantes para la supervivencia humana en sus días, pero

innecesarios ya para los planes Bene Gesserit.

*Instintos.*

Cosas que surgían con el óvulo y la esperma. A menudo vitales y densos: «¡Es la especie hablándote, tonta!»

*Amores... descendencia... hambres...* Todas aquellas motivaciones inconscientes impulsando a un comportamiento específico. Era peligroso entrometerse con tales asuntos. Las Amantes Procreadoras lo sabían, aunque lo hicieran. El Consejo discutía aquello periódicamente, y ordenaba una cuidadosa vigilancia de sus consecuencias.

—Has estudiado las grabaciones. ¿Es ésa toda la respuesta que voy a obtener?

Casi una súplica, algo desusado en Bellonda.

*¡Bell sabe lo que estoy haciendo!, pensó Odrade. Debo componer con cuidado mi respuesta. No puedo decir nada sin que sea interpretado a través del filtro universal de la Bene Gesserit, todo sometido a sospecha, y siempre con esa pregunta jamás expresada: ¿Qué es lo que quiere decir en realidad?*

La grabación del com-ojo que tanto interés había despertado en Bellonda era de Idaho preguntándole a Murbella acerca de las técnicas de adicción sexual de las Honoradas Matres. *¿Por qué?* Sus habilidades paralelas procedían del condicionamiento tleilaxu impreso en sus células en el tanque axlotl. Las habilidades de Idaho se habían originado como un esquema inconsciente semejante al instinto, pero el resultado era en la práctica indistinguible del efecto de una Honorada Madre: un éxtasis amplificado hasta que eliminaba toda la razón y ligaba a su víctima a la fuente de tal recompensa.

Murbella había llegado tan lejos solamente en una exploración verbal de sus habilidades. La obvia furia residual de Idaho la había convertido en una adicta con las mismas técnicas que a ella le habían enseñado a usar. Sabía que él había conseguido aquello en respuesta a desencadenantes tleilaxu. Eso había dirigido parte de la reprimida furia de ella hacia la Bene Gesserit. Bell pensaba que aquello podía ser útil cuando consiguieran desviar la atención de Murbella hacia Scytale.

—Murbella se bloquea cuando Idaho pregunta los motivos —dijo Bellonda.

*Sí. He visto eso.*

—¡Podría matarte y tú lo sabes! —había dicho Murbella.

La grabación del com-ojo los mostraba en la cama en los aposentos de Murbella en la no-nave, recién acabada de saciar su mutua adicción. El sudor brillaba en la piel desnuda. Murbella permanecía tendida con una toalla azul cruzando su frente, sus verdes ojos fijos en los com-ojos. Parecía estar mirando directamente a los observadores. Había pequeñas motas anaranjadas en sus ojos. Motas de furia del almacenamiento residual en su cuerpo de la especie sustituta que empleaban las Honoradas Matres. Ahora tomaba melange... y no había síntomas adversos.

Idaho permanecía tendido a su lado, su negro pelo revuelto en torno a su rostro,



un agudo contraste con la blanca almohada debajo de su cabeza. Sus ojos estaban cerrados, pero sus párpados temblaban. Levemente. No comía lo suficiente pese a los tentadores platos enviados por el propio chef de Odrade. Sus altos pómulos se marcaban fuertemente. Su rostro se había vuelto anguloso en los años de su confinamiento.

Odrade sabía que la amenaza de Murbella se basaba en su habilidad física, pero era psicológicamente falsa. *¿Matar a su amante? ¡Muy poco probable!*

Bellonda estaba siguiendo la misma línea de pensamiento.

—¿Qué estaba haciendo cuando demostró su rapidez física? Hemos visto eso antes.

—Sabe que estamos observando.

Los com-ojos mostraban a Murbella desafiando el agotamiento post-coito y saltando de la cama. Moviéndose a una velocidad vertiginosa (mucho más rápido de lo que hubiera conseguido nunca una Bene Gesserit), lanzó una tremenda patada con su pie derecho, deteniendo el golpe tan sólo a unos milímetros de la cabeza de Idaho.

A su primer movimiento, Idaho abrió los ojos. La observó sin miedo, sin moverse en lo más mínimo.

*¡Ese golpe! Mortal si llega a su destino.* Sólo necesitabas verlo una vez para temerlo. Murbella se movía sin recurrir a su córtex central. Al estilo de los insectos, un ataque desencadenado por los nervios hasta el límite de ignición de los músculos.

—¿Has visto? —Murbella bajó su pie y lo miró intensamente.

Idaho sonrió.

Observándolo, Odrade se recordó que la Hermandad tenía a tres de los hijos de Murbella, todos hembras. Las Amantes Procreadoras estaban excitadas. A su debido tiempo, las Reverendas Madres nacidas de esta línea genética podrían competir con esa habilidad de las Honoradas Matres.

*Un tiempo del que probablemente no dispongamos.*

Pero Odrade compartía la excitación de las Amantes Procreadoras. ¡Esa velocidad! ¡Añadida al adiestramiento nervio-músculo, a los grandes recursos prana-bindu de la Hermandad! Lo que podía crear aquello permanecía inexpresable en su interior.

—Hizo eso para nosotras, no para él —dijo Bellonda.

Odrade no estaba segura. Murbella se resentía de la constante vigilancia ejercida sobre ella, pero había llegado a acostumbrarse al hecho. Muchas de sus acciones ignoraban obviamente el hecho de que había gente detrás de los com-ojos. Aquella grabación la mostraba regresando a su lugar en la cama al lado de Idaho.

—He restringido el acceso a esa grabación —dijo Bellonda—. Algunas acólitas han empezado a mostrarse turbadas.

Odrade asintió. *Adicción sexual.* Ese aspecto de las habilidades de las Honoradas

Matres creaba inquietantes oleajes en la Bene Gesserit, especialmente entre las acólitas. Muy sugerente. Y la mayor parte de las Hermanas en la Casa Capitular sabían que la Reverenda Madre Sheeana, la única entre ellas, practicaba algunas de esas técnicas, desafiando el miedo general de que eso podía debilitarlas.

—*¡No debemos convertirnos en Honoradas Matres!* —Bell estaba diciendo constantemente eso. *Pero Sheeana representa un significativo vector de control. Nos enseña algo sobre Murbella.*

Una tarde, encontrando a Murbella sola en sus apartamentos en la no-nave y obviamente relajada, Odrade había intentado una pregunta directa.

—Antes de Idaho, ¿ninguna de vosotras intentó nunca, digámoslo así, «unirse a la diversión»?

Murbella había retrocedido con furioso orgullo.

—¡Me atrapó por accidente!

*El mismo tipo de furia que mostró ante las preguntas de Idaho.* Recordando esto, Odrade se inclinó sobre la mesa de trabajo y reclamó la grabación original.

—Observa lo furiosa que se pone —dijo Bellonda—. Una orden en hipnotrante contra responder a tales cuestiones. Apostaría en ello mi reputación.

—Todo eso procede de la Agonía de la Especia —dijo Odrade.

—¡Si alguna vez han llegado a ella!

—Se supone que el hipnotrante es nuestro secreto.

Bellonda rumió la obvia deducción: *Ninguna de las Hermanas que enviamos en la Dispersión original regresó nunca.*

Estaba escrito con grandes letras en sus mentes: «¿Creó la Bene Gesserit a las Honoradas Matres?» Muchas lo sugerían. Entonces, ¿por qué habían recurrido a esclavizar sexualmente a los machos? Los charloteos históricos de Murbella no eran satisfactorios. Todo aquello iba en contra de las enseñanzas de la Bene Gesserit.

—Tenemos que aprender —insistió Bellonda—. Lo poco que sabemos es muy inquietante.

Odrade reconoció la inquietud. ¿Hasta qué punto era una tentación aquella habilidad? No se atrevía a imaginarlo. Las acólitas se quejaban de que soñaban en convertirse en Honoradas Matres. Bellonda estaba preocupada con razón.

Crea y/o despierta unas fuerzas tan desenfrenadas, y levantarás fantasías carnales de enorme complejidad. Puedes conducir a tu antojo poblaciones enteras tirando de sus deseos, de la proyección de sus fantasías.

*Ese fue el terrible poder que las Honoradas Matres se atrevieron a usar.* Dejemos que se sepa que poseen la llave del éxtasis cegador, y habrán ganado la mitad de la batalla. El simple indicio de la existencia de algo así, ése era el principio de la rendición. La gente al nivel de Murbella en aquella otra Hermandad puede que no comprendiera aquello, pero las de la cúspide... ¿Era posible que simplemente

utilizaran ese poder sin ver o ni siquiera sospechar su profunda fuerza? *Si ése fuera el caso, ¿cómo se dejaron tentar nuestras primeras Dispersas a este callejón sin salida?*

Tiempo atrás, Bellonda había ofrecido su hipótesis:

Una Honorada Madre con una Reverenda Madre cautiva hecha prisionera en aquella primera Dispersión. «Bienvenida, Reverenda Madre. Nos gustaría que fuerais testigo de una pequeña demostración de nuestros poderes.» Interludio de demostración sexual seguido por un despliegue de la velocidad física de la Honorada Madre. Luego... retirada de la melange e inyección del sustituto basado en la adrenalina mezclado con una hipnodroga. En ese hipotético trance, la Reverenda Madre quedaría imprimada sexualmente.

Aquello, acoplado a la agonía selectiva de la carencia de melange (sugirió Bell) podía hacer que la víctima renegara de sus orígenes.

*¡El destino nos ayude! ¿Eran todas las Honoradas Matres originales Reverendas Madres? ¿Debemos atrevernos a probar esta hipótesis sobre nosotras mismas? ¿Qué podemos aprender de ello de ese par en la no-nave?*

Había dos fuentes de información allí ante los atentos ojos de la Hermandad, pero aún no habían encontrado la llave.

*Hombre y mujer ya no son solamente compañeros progenitores, ya no son un apoyo y un consuelo mutuo. Algo nuevo ha sido añadido. Las apuestas han aumentado.*

En la grabación del com-ojo que se proyectaba sobre la mesa de trabajo, Murbella dijo algo que llamó toda la atención de la Madre Superiora.

—¡Las Honoradas Madres conseguimos esto por nosotras mismas! No podemos hacer responsable a nadie de ello.

—¿Has oído eso? —preguntó Bellonda.

Odrade agitó secamente la cabeza, manteniendo toda su atención en aquel intercambio verbal.

—No puedes decir lo mismo de mí —objetó Idaho.

—Esta es una disculpa vacía —acusó Murbella—. ¡Fuiste condicionado por los teilaxu a atrapar a la primera Imprimadora que encontraras!

—Y a matarla —corrigió Idaho—. Eso es lo que pretendían.

—Pero ni siquiera intentaste matarme. Lo cual no quiere decir que hubieras podido conseguirlo.

—Fue entonces cuando... —Idaho se interrumpió con una involuntaria mirada a los com-ojos que estaban grabando.

—¿Qué iba a decir aquí? —saltó Bellonda—. ¡Tenemos que descubrirlo!

Pero Odrade prosiguió con su silenciosa observación de la pareja cautiva. Murbella demostró una sorprendente perspicacia.

—¿Crees que me atrapaste debido a algún accidente en el cuál no estabas implicado?

—Exacto.

—¡Pero veo algo en ti que se corresponde a ello! No seguiste simplemente con tu condicionamiento. Actuaste hasta el máximo de tus límites.

Una mirada hacia adentro veló los ojos de Idaho. Echó la cabeza hacia atrás, tensando los músculos de su pecho.

—¡Esa es una expresión Mentat! —acusó Bellonda.

Todos los analistas de Odrade sugerían aquello, pero aún tenían que conseguir una admisión de Idaho. Si era un Mentat, ¿por qué retenía aquella información?

*Debido a las demás cosas implicadas en tales habilidades. Nos teme, y con razón.*

—Improvisaste, y mejoraste lo que los tleilaxu te hicieron —dijo Murbella burlonamente—. ¡Había algo en ti que no se quejó tampoco!

—Así es como se enfrenta a sus propios sentimientos de culpabilidad —dijo Bellonda—. Tiene que creer que es cierto, o Idaho no hubiera sido capaz de atraparla.

Odrade frunció los labios. La proyección mostraba a un Idaho divertido.

—Quizá a los dos nos ocurrió lo mismo.

—Tú no puedes culpar a los tleilaxu, y yo no puedo culpar a las Honoradas Matres.

Tamalane entró en el cuarto de trabajo y se dejó caer en su silla-perro al lado de Bellonda.

—Veo que también te interesa. —Hizo un gesto hacia las figuras proyectadas.

Odrade cerró el proyector.

—He estado inspeccionando nuestros tanques axlotl —dijo Tamalane—. Ese maldito Scytale ha retenido información vital.

—No hay ningún fallo en nuestro primer ghola, ¿no? —preguntó Bellonda.

—Nada que nuestros Suks puedan descubrir.

—Scytale tiene que guardarse siempre algunos ases en la manga para poder negociar con ellos —dijo Odrade con tono suave.

—Es un asunto desagradable —se quejó Tamalane.

Odrade no pudo hacer otra cosa más que asentir. La información iba goteando lentamente de su cautivo tleilaxu. *Nosotras preguntamos y Scytale revela... hasta sus límites negociables.*

Ambas partes compartían una fantasía: Scytale estaba pagando a la Bene Gesserit su rescate de las Honoradas Matres y su refugio en la Casa Capitular. Pero cada Reverenda Madre que lo estudiaba sabía que algo más movía al último Maestro tleilaxu.

*Hábil, hábil, la Bene Tleilax. Mucho más hábil de lo que sospechábamos. Y nos han manchado con sus tanques axlotl. La misma palabra «tanque»... otro de sus*

*engaños. Nos imaginamos contenedores de cálido líquido amniótico, cada tanque el foco de una compleja maquinaria para duplicar (de una forma sutil, discreta y controlable) el trabajo del seno. ¡El tanque es correcto, de acuerdo! Pero mira lo que contiene.*

La solución tleilaxu era directa: utiliza el original. La naturaleza ya lo había hecho a lo largo de eones. Todo lo que necesitaba hacer la Bene Tleilax era añadir su propio sistema de control, su propia forma de duplicar la información almacenada en la célula.

—El Lenguaje de Dios —lo llamaba Scytale. *El Lenguaje de Shaitan era más apropiado.*

*Realimentación.* La célula dirigía su propio seno. Eso era más o menos lo que hacía un óvulo fertilizado, de todos modos. Los tleilaxu simplemente lo habían refinado.

—¿Acaso el nacimiento original no se halla ya en la célula?

Scytale siempre formulaba sus preguntas de una forma esquiva y retorcida.

Odrade dejó escapar un suspiro, despertando agudas miradas de sus compañeras. *¿Tiene nuevos problemas la Madre Superiora?*

*Las revelaciones de Scytale me inquietan. Y lo que esas revelaciones nos han hecho. Oh, cómo retrocedimos ante la «degradación». Luego vinieron las racionalizaciones. ¡Y sabíamos que eran racionalizaciones! «Si no hay otro camino. Si produce los gholas que necesitamos tan desesperadamente. Es probable que encontremos voluntarias.» ¡Y las encontramos! ¡Voluntarias!*

—¿Qué cantidad y qué tipo de planificación entra en la creación de una Honorada Madre? Eso es lo que debemos averiguar —interpuso Bellonda.

*Bell sabe lo que me preocupa, y le importa menos que a mí pensar en ello.*

La mirada de Odrade se posó en el rostro de Bellonda, y luego escrutó las paredes de la estancia. *¿Qué es lo que estoy buscando? Qué fría es la luz esta mañana.*

Aquella había sido una pregunta de Bellonda-la-Amante-Procreadora. Deseaba saber lo parecidas que eran las Honoradas Matres a las Bene Gesserit en el poderoso moldear del potencial humano.

Odrade se sintió cínica respecto a la pregunta.

*¿Qué planificación se centró en mi persona?*

A menudo le gustaba pensar en sí misma como en una planificación en el ciclo sexual de la humanidad. Una Reverenda Madre había sido enviada a seducir y a procrear con el difunto Bashar Miles Teg. Resultado: una Darwi Odrade, otra rama en la larga línea Atreides cuyas grabaciones Bellonda guardaba tan cuidadosamente. Bell pensaba en aquello como en una parte esencial de un férreamente controlado plan de procreación.

*Pero siempre se producen accidentes, Bell.*

La *planificación* llamada Darwi Odrade poseía un secreto factor de azar que complacía a Odrade. *La cualidad de ser único es algo de lo que no hay que burlarse nunca, ni siquiera cuando toma la forma de un Muad'Dib o de su hijo, el Tirano.*

*Darwi Odrade, una planificación única. ¿Y qué puedo hacer con esa unicidad? ¿Cómo avanzará ese cuidadoso plan?*

Era ese sempiterno viejo argumento acerca del Libre Albedrío. Los Mentats aguzaban sus habilidades en él o se veían embotados por él y desechados. *Tendemos a ignorarlo.*

—¡Estás ensimismada! —gruñó Tamalane. Miró a Bellonda, empezó a decir algo, y se lo pensó mejor.

El rostro de Bellonda adoptó una expresión hermética, algo que acompañaba frecuentemente a sus más sombríos estados de ánimo (y sus estados de ánimo variaban constantemente, pese a su adiestramiento y pese a sus negativas). Su voz fue apenas algo más que un susurro gutural.

—Soy de la opinión de que eliminemos cuanto antes a Idaho. Y en cuanto a ese monstruo tleilaxu...

—¿Por qué hacer una sugerencia así con un eufemismo? —preguntó Tamalane.

—¡Matémoslo entonces! Y el tleilaxu debería ser sometido a toda la persuasión que nosotras...

—¡Callaos, las dos! —Ordenó Odrade.

Apretó por un momento ambas palmas contra su frente y, mirando al ventanal, vio que fuera caía una helada lluvia. El Control del Clima estaba cometiendo más errores. No podías culparles por ello, pero no había nada que los seres humanos odiasen más que lo impredecible. «*¡Deseamos que sea natural!*» *Signifique eso lo que signifique.*

Con la llegada de esos pensamientos, Odrade anheló una existencia confinada al orden que tanto la complacía: un paseo ocasional por los huertos. Disfrutaba con ellos en cualquier estación. Una tranquila velada con unos amigos, el toma y daca de las conversaciones inquisitivas con aquellos hacia los que sentía un afecto especial. *¿Afecto?* Sí. La Madre Superiora se atrevía a mucho... incluso a amar la compañía. Y las buenas comidas con bebidas escogidas para realzar los sabores. Deseaba aquello también. Qué espléndido era jugar con el paladar. Y más tarde... sí, más tarde... un cálido lecho con un gentil compañero sensible a sus necesidades del mismo modo que ella era sensible a las de él.

La mayor parte de aquello era imposible, por supuesto. ¡Responsabilidades! Qué enorme palabra. Cómo quemaba.

—Siento hambre —dijo Odrade—. ¿Ordeno que sirvan aquí la comida?

Bellonda y Tamalane se la quedaron mirando.

—Sólo son las once y media —se quejó Tamalane.

—¿Sí o no? —insistió Odrade.

Bellonda y Tamalane intercambiaron una mirada en privado.

—Como tú quieras —dijo Bellonda.

Había un dicho en la Bene Gesserit (sabía Odrade) acerca de que la Hermandad funcionaba mucho mejor cuando el estómago de la Madre Superiora estaba satisfecho. Aquello inclinó la balanza.

Odrade pulsó el intercom de su cocina privada.

—Comida para tres, Duana. Que sea algo especial. Elige tú misma.

Sonriendo de la manera más cálida posible, Odrade dijo:

—Me complace que las dos podáis compartir conmigo el talento culinario de Duana.

Tamalane no cambió de expresión. Bellonda se alzó de hombros.

*Pero es una artista en la cocina, y ambas lo saben*, pensó Odrade. Su chef era una Reverenda Madre fracasada, una a la que se le había negado la Agonía debido a una imperfección metabólica de naturaleza genética... algo simple de ajustar para un Suk pero que sería un terrible impedimento en la Agonía. Duana compensaba aquello siendo la mejor en lo que más le atraía... cocinar.

La comida, cuando llegó, contenía un plato que a Odrade le gustaba particularmente, ternera al horno con verduras. Duana tenía un toque delicado con las hierbas, un poco de romero en la ternera, las verduras no demasiado cocidas. Soberbio.

Odrade saboreó cada bocado. Las otras dos comieron mustiamente, del plato a la boca, del plato a la boca.

*¿Es ésta una de las razones por las cuales soy la Madre Superiora y ellas no?*

Mientras una acólita retiraba los restos de la comida, Odrade volvió a una de sus cuestiones favoritas:

—¿Cuáles son las habladurías en las salas comunales y entre las acólitas?

Recordaba de sus propios días de acólita cómo había estado pendiente de las palabras de las mujeres más viejas, esperando oír siempre grandes verdades y no obteniendo casi nunca más que chismorreos acerca de la Hermana Tal-y-Tal o los últimos problemas de la Censora X. Ocasionalmente, sin embargo, las barreras caían, y fluían datos importantes.

—Demasiadas acólitas hablan de su deseo de partir en nuestra Dispersión —gruñó Tamalane—. Las ratas y el barco que se hunde, diría yo.

—Últimamente se ha despertado un gran interés en los Archivos —dijo Bellonda—. Las Hermanas más enteradas acuden en busca de confirmación... si tal y tal acólita poseen una fuerte marca genética de Siona.

Odrade encontró aquello interesante. Su antepasada Atreides común de los eones del Tirano, Siona Ibn Fuad al-Seyefa Atreides, había impartido a sus descendientes su habilidad que la ocultaba de los buscadores prescientes.

Todas las personas que caminaban abiertamente por la Casa Capitular compartían aquella ancestral protección.

—¿Una fuerte marca? —preguntó Odrade—. ¿Dudan que estén protegidas?

—Desean asegurarse —gruñó Bellonda—. Y ahora, ¿podemos volver a Idaho? Tiene y no tiene la marca genética. Eso me preocupa. ¿Por qué algunas de sus células no tienen la marca de Siona? ¿Es eso también cosa de los tleilaxu?

—Duncan conoce el peligro y no es un suicida —dijo Odrade.

—No sabemos lo que es —se quejó Bellonda.

—Probablemente un Mentat, y todas nosotras sabemos lo que eso puede significar —dijo Tamalane.

—Entiendo por qué retenemos a Murbella —dijo Bellonda—. Posee valiosa información. Pero Idaho y Scytale...

—¡Ya basta! —restalló Odrade—. ¡Incluso los perros guardianes pueden excederse ladrando!

Bellonda aceptó aquello con un gruñido. *Perros guardianes*. Aquel término Bene Gesserit para designar la constante monitorización, por parte de las Hermanas para ver lo que hacías, no caía en saco roto. Era muy exasperante para las acólitas, pero era simplemente una parte más de la vida para las Reverendas Madres.

Odrade se lo había explicado a Murbella una tarde, las dos solas en una sala de entrevistas de grises paredes en la no-nave. De pie muy juntas, la una frente a la otra. Los ojos a un mismo nivel. Algo completamente informal e íntimo. Excepto la presencia de los com-ojos a todo su alrededor.

—Perros guardianes —dijo Odrade, respondiendo a una pregunta de Murbella—. Significa que somos moscardones mutuos. No lo hagas más de lo que es. Muy raramente picamos, nos limitamos a zumbiar. Una sola palabra suele ser suficiente.

Murbella, frunciendo su ovalado rostro en una mueca de desagrado, sus grandes ojos verdes muy abiertos, pensó obviamente que Odrade se refería a alguna señal común, una palabra o un dicho que las Hermanas utilizaban en tales situaciones.

—¿Qué palabra?

—¡Cualquier palabra, maldita sea! Cualquiera es adecuada. Es como un reflejo mutuo. Compartimos un «tic» común que no nos irrita. Le damos la bienvenida porque nos mantiene sobre nuestros pies.

—¿Y seguiréis vigilándome si me convierto en una Reverenda Madre?

—Queremos a nuestros perros guardianes. Seríamos débiles sin ellos.

—Suenan opresivo.

—Nosotras no lo consideramos así.

—Pienso que es repelente. —Miró a las brillantes lentes en el techo—. Como esos malditos com-ojos.

—Cuidamos de nosotras mismas, Murbella. Una vez seas una Bene Gesserit,



tendrás asegurada la protección durante toda tu vida.

—Un nicho confortable. —Burlonamente.

—Algo completamente distinto —dijo con suavidad Odrade—. Deberás enfrentarte a constantes desafíos durante toda tu vida. Tendrás que pagarle a la Hermandad sus servicios hasta el límite de tus habilidades.

—¡Perros guardianes!

—Siempre cuidamos las unas de las otras. Algunas de las que nos hallamos en puestos de poder podemos ser autoritarias a veces, incluso familiares, pero tan sólo hasta un punto cuidadosamente medido según las exigencias del momento.

—Pero nunca cálidas o tiernas, ¿eh?

—Esa es la regla.

—¿Afecto quizá, pero no amor?

—Te he explicado la regla. —Y Odrade pudo ver claramente la reacción en el rostro de Murbella: *¡Eso es! ¡Me exigirán que renuncie a Duncan!*

—Así que no hay amor entre las Bene Gesserit. —Qué tristeza en su tono. Aún no había esperanza para Murbella.

—El amor es algo que ocurre —dijo Odrade—, pero mis Hermanas lo tratan como aberraciones.

—¿Así que lo que yo siento por Duncan es una aberración?

—Y las Hermanas intentarán tratarla.

—¡Tratarla! ¡Aplicar terapia correctiva a los afligidos!

—El amor es considerado un síntoma de podredumbre en las Hermanas.

—¡Veo síntomas de podredumbre en ti!

Como si estuviera siguiendo los pensamientos de Odrade, Bellonda la extrajo de su ensoñación.

—¡Esa Honorada Madre nunca se entregará a nosotras!

—Bellonda se secó un poco de salsa de la comida de la comisura de su boca—. Estamos malgastando nuestro tiempo intentando enseñarle nuestra manera.

*Al menos Bell ya no llama a Murbella «ramera», pensó Odrade. Eso es un progreso.*

## Capítulo IX

*Todos los gobiernos sufren de un problema recurrente: el poder atrae a las personalidades patológicas. El poder no es entonces corruptible. Esa gente tiene tendencia a emborracharse de violencia, a condición que se convierta rápidamente en adicta a él.*

### ***Misionaria Protectiva, Texto QIV (decto)***

Rebecca se arrodilló en el suelo de losas amarillas tal como se le había ordenado que hiciera, sin atreverse a alzar la vista hacia la Gran Honorada Madre sentada tan remotamente alta, tan peligrosa. Dos horas había aguardado Rebecca allí, casi en el centro de una enorme estancia, mientras la Gran Honorada Madre y sus compañeras comían, servidas por obsequiosos asistentes. Rebecca observó con cuidado los modales de los asistentes y los emuló.

Los globos oculares aún le dolían de los trasplantes que le había efectuado el Rabino hacía menos de un mes. Esos ojos mostraban ahora un iris azul y una esclerótica blanca, sin el menor rastro de la Agonía de la Especia en su pasado. Era una defensa temporal. En menos de un año, los nuevos ojos volverían a traicionarla con un azul total.

Calculaba que el dolor en sus ojos iba a ser el último de sus problemas. Un implante orgánico alimentaba su cuerpo con cantidades dosificadas de melange, ocultando su dependencia. La reserva estaba prevista para que le durara unos seis días. Si aquellas Honoradas Matres la retenían más tiempo que eso, su ausencia la sumergiría en una agonía que haría que la original pareciera suave en comparación. Lo más inmediatamente peligroso era el shere, que era dosificado en su cuerpo junto con la especia. Si esas mujeres lo detectaban, seguramente entrarían en sospechas.

*Lo estás haciendo bien. Ten paciencia.* Era una de las Otras Memorias de la horda de Lampadas. La voz resonó con suavidad en su cabeza. Sonaba como si fuera Lucilla, pero Rebecca no podía estar segura.

Se había convertido en una voz familiar en los meses desde la Participación, cuando se había anunciado a sí misma como «Portavoz de tu Mohalata». *Esas rameras no pueden alcanzar nuestros conocimientos. Recuerda eso y deja que te dé valor.*

La presencia de las Otras Dentro de Ella que no restaban nada de su atención hacia lo que ocurría a su alrededor era algo que la llenaba de maravilla. *Lo llamamos Simulflujo*, había dicho la Portavoz. *El Simulflujo multiplica tu consciencia.* Cuando había intentado explicarle aquello al Rabino, éste había reaccionado furioso.

—¡Has sido impregnada con pensamientos impuros!

Habían permanecido hasta muy entrada la noche en el estudio del Rabino. «Robándole tiempo a los días que tenemos concedidos», lo había llamado él. El estudio era una habitación subterránea, con las paredes cubiertas con viejos libros, cristales ridulianos, rollos de papel. La habitación estaba protegida de las sondas por los mejores artilugios ixianos, que habían sido modificados por su propia gente para mejorarlos.

En tales ocasiones se le permitía sentarse al lado de su escritorio mientras él se reclinaba en una vieja silla. Un globo flotando bajo a su lado arrojaba una antigua luz amarilla sobre su barbudo rostro, lanzando destellos en las gafas que llevaba casi como un distintivo de su oficio.

Rebecca fingió confusión.

—Pero vos dijisteis que se nos había pedido que salváramos este tesoro de Lampadas. ¿No ha sido la Bene Gesserit honesta con nosotros?

Vio la preocupación en los ojos del Rabino.

—Oíste a Levi hablar ayer de las cuestiones que fueron planteadas aquí. ¿Por qué acudió a nosotros la bruja Bene Gesserit? Eso es lo que preguntaron.

—Nuestra historia es consistente y creíble —protestó Rebecca—. Las Hermanas nos enseñaron caminos que ni siquiera una Decidora de Verdad puede penetrar.

—No sé... no sé. —El Rabino agitó pesarosamente la cabeza—. ¿Qué es una mentira? ¿Qué es verdad? ¿No nos condenamos a nosotros mismos a través de nuestras bocas?

—¡Es contra el pogrom contra lo que resistimos, Rabino! —Aquello normalmente reforzaba su resolución.

—¡Cosacos! Sí, tienes razón, hija. Ha habido cosacos en todas las épocas, y nosotros no somos los únicos que hemos sentido sus látigos y sus espadas cuando penetraban en los poblados con el asesinato en el corazón.

Era extraño, pensó Rebecca, cómo el Rabino conseguía dar la impresión de que aquellos acontecimientos habían ocurrido recientemente y que sus ojos los habían visto. Nunca perdonar, nunca olvidar. Lidiche fue ayer. Qué poderoso era en la memoria del Israel Secreto. ¡Pogrom! Casi tan poderoso en su continuidad como esas presencias Bene Gesserit que ella llevaba ahora consigo en su consciencia. Casi. A eso era a lo que se resistía el Rabino, se dijo.

—Temo que seas apartada de nosotros —dijo el Rabino—. ¿Qué te he hecho? ¿Qué he hecho? Y todo en nombre del honor.

Miró a los instrumentos en la pared de su estudio que informaban de las acumulaciones nocturnas de energía procedentes de los molinos de viento de eje vertical situados en torno a la granja. Los instrumentos decían que las máquinas no dejaban de zumbar ahí arriba, almacenando energía para el mañana. Ese era un regalo de la Bene Gesserit: la libertad de Ix. La independencia. Una palabra muy peculiar.

Sin mirar a Rebecca, dijo:

—Encuentro eso de las Otras Memorias muy difícil, y siempre ha sido así. La memoria debería traer la sabiduría, pero no lo hace. Es la forma cómo ordenamos la memoria y dónde aplicamos nuestro conocimiento.

Se volvió y la miró, escrutando su rostro sumido en las sombras.

—¿Qué es lo que dice esa que hay dentro de ti? ¿Esa que crees que es Lucilla?

Rebecca pudo ver que al Rabino le complacía pronunciar el nombre de Lucilla. Si Lucilla podía hablar a través de una hija del Israel Secreto, entonces aún vivía y no había sido traicionada.

Rebecca bajó los ojos mientras hablaba.

—Dice que tenemos esas imágenes, sonidos y sensaciones internos que acuden a nuestra demanda o aparecen por sí mismos en momentos de necesidad.

—¡Necesidad, sí! ¿Y qué es eso excepto informes de los sentidos de carnes que pueden haber sido lo que tú no serías nunca y pueden haber hecho cosas ofensivas a Dios?

*Otros cuerpos, otras memorias*, pensó Rebecca. Una vez experimentado aquello, sabía que nunca lo abandonaría voluntariamente. *Quizá me he convertido realmente en una Bene Gesserit. Eso es lo que teme, por supuesto.*

—Te diré una cosa —dijo el Rabino—. Esta «intersección crucial de conciencias vivientes», como la llaman, no es nada a menos que tú conozcas cómo tus propias decisiones salen de ti como hilos para unirse a las vidas de los demás.

—Para ver nuestras propias acciones en las reacciones de los otros, sí, así es como lo ven las Hermanas.

—Eso es sabiduría. ¿Qué es lo que dice la dama que buscan?

—Influencia en la maduración de la humanidad.

—Hummm. Y considera que los acontecimientos no están más allá de su influencia, simplemente más allá de sus sentidos. Eso es casi sabio. Pero la madurez... ahhh, Rebecca. ¿Debemos interferir con un plan superior? ¿Tienen derecho los seres humanos a establecer límites a la naturaleza de Yaweh? Creo que Leto II comprendió eso. Esta dama que hay en ti reniega de ello.

—Ella dice que fue un maldito tirano.

—Lo fue, pero han habido tiranos sabios antes de él, e indudablemente habrá más después de nosotros.

—Lo llaman Shaitan.

—Tenía los poderes de Satán. Comparto su temor hacia eso. No era tan presciente como vinculante. Fijaba la forma de lo que veía.

—Eso es lo que dice la dama. Pero dice que es el grial de su Hermandad lo que él preservaba.

—Vuelven a ser de nuevo casi sabias.

Un gran suspiro agitó el pecho del Rabino, y miró una vez más a los instrumentos en su pared. *Energía para el mañana.*

Volvió su atención a Rebecca. Estaba cambiada. No podía evitar el darse cuenta de ello. Se había vuelto muy parecida a las Bene Gesserit. Era comprensible. Su mente estaba llena con toda aquella *gente* de Lampadas. Pero no eran tampoco el cerdo sacrificial que es llevado hasta el mar con toda su brujería con él. *Y yo no soy otro Jesús.*

—Eso que te dijeron acerca de la Madre Superiora Odrade... que a menudo maldice a sus propias Archiveras y a los Archivos con ellas. ¡Qué cosa! ¿Acaso los Archivos no son como los libros en los cuales preservamos nuestra sabiduría?

—¿Entonces yo soy una Archivera, Rabino?

Su pregunta lo confundió, pero al mismo tiempo iluminó el problema. Sonrió.

—Te diré algo, hija. Admito una cierta simpatía hacia esta Odrade. Siempre hay algo refunfuñante en los Archiveros.

—¿Es eso sabiduría, Rabino? —¿Con qué timidez lo preguntó!

—Créeme, hija, lo es. Los Archiveros suprimen muy cuidadosamente hasta el más pequeño asomo de juicio. Una palabra detrás de otra. ¡Una tal arrogancia!

—¿Cómo juzgan con las palabras que usan, Rabino?

—Ahhh, un poco de sabiduría llega a ti, hija. Pero esas Bene Gesserit no han conseguido la sabiduría, y es su grial lo que se lo impide.

Pudo verlo en su rostro. *Intenta armarme con dudas contra esas vidas que llevo en mi interior.*

—Déjame decirte algo acerca de la Bene Gesserit —murmuró él. Pero entonces no le vino nada a la mente. Ninguna palabra, ningún consejo sabio. Esto no le había ocurrido desde hacía años. Había tan sólo un camino abierto ante él: hablar con el corazón.

—Quizá han permanecido demasiado tiempo en el camino de Damasco sin un rayo cegador de iluminación, Rebecca. Las he oído decir que actúan en beneficio de la Hermandad. De alguna forma, no puedo ver eso en ellas, ni creo que el Tirano lo viera.

Cuando Rebecca iba a responder, la detuvo alzando una mano.

—¿Una humanidad madura? ¿Ese es su grial? ¿No es el fruto maduro que es arrancado y comido?

En el suelo del Gran Salón en Conexión, Rebecca recordó aquellas palabras, viendo su personificación no en las vidas que preservaba sino en las acciones de sus captoras.

La Gran Honorada Madre había terminado de comer. Se secó las manos en la túnica de una asistenta.

—Haced que se acerque —dijo la Gran Honorada Madre con un gesto.

El dolor traspasó el hombro izquierdo de Rebecca, y cayó de rodillas hacia adelante. La llamada Logno había acudido por detrás de ella tan furtivamente como un cazador y había clavado una pica eléctrica en la carne de la cautiva.

Las risas resonaron en toda la estancia.

Rebecca se puso tambaleante en pie y avanzó por delante de la pica hasta el pie de la escalinata que conducía hasta la Gran Honorada Madre, donde la pica la detuvo.

—¿De rodillas! —Logno remarcó la orden con otro aguijonazo.

Rebecca se dejó caer de rodillas y miró al frente, a lo alto de la escalinata. Las baldosas amarillas mostraban pequeñas ralladuras. De alguna forma, aquellas imperfecciones la alegraron.

—Déjala, Logno —dijo la Gran Honorada Madre—. Quiero respuestas, no gritos. —Luego, a Rebecca—. ¡Mírame, mujer!

Rebecca alzó los ojos y miró fijamente a aquel rostro mortal. Qué rostro más poco notable para albergar una tal amenaza. Con unos rasgos tan... tan poco pronunciados. Casi liso. Y una figura tan pequeña. Aquello amplificó el peligro que sentía Rebecca. Qué poderes debía poseer aquella pequeña mujer para gobernar a una gente tan terrible.

—¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó la Gran Honorada Madre.

Con sus tonos más obsequiosos, Rebecca dijo:

—Me han dicho, oh, Gran Honorada Madre, que deseabais que volviera a contaros la ciencia de los Decidores de Verdad y otros asuntos de Gammu.

—¡Estuviste casada con un Decidor de Verdad! —Era una acusación.

—Está muerto, Gran Honorada Madre.

—¡No, Logno! —Las palabras iban dirigidas a la ayudante, que se había inclinado hacia adelante con la pica—. Esta escoria no conoce nuestras formas de actuar. Apártate a un lado, Logno, donde no me irrite tu impetuosidad. —Luego, a Rebecca, la Gran Honorada Madre gritó—: ¡Me hablarás solamente en respuesta a mis preguntas o cuando yo lo ordene, escoria!

Rebecca se contrajo ligeramente.

La Portavoz susurró en la cabeza de Rebecca: *Eso fue casi la Voz. Ve con cuidado.*

¡La Voz! Aquella habilidad de controlar a los demás simplemente a través de las entonaciones vocales adecuadas a la debilidad observada en el oponente era un recurso de las Bene Gesserit que había llenado de desánimo a Rebecca. Rebajaba a la persona a la que manipulabas.

—¿Has conocido alguna vez a esas que se llaman a sí mismas Bene Gesserit? —preguntó la Gran Honorada Madre.

¡Vaya pregunta!

—Todo el mundo se ha encontrado alguna vez con las brujas, Gran Honorada Madre.

—¿Qué sabes de ellas?

*Así que es por eso por lo que me han traído aquí.*

—Sólo lo que he oído, Gran Honorada Madre.

—¿Son valientes?

—Se dice que siempre intentan evitar los riesgos, Gran Honorada Madre.

*Eres tan valiosa como una de nosotras, Rebecca. Ese es el esquema de esas ramerías. Las bolas ruedan hacia sus canales apropiados. Creen que no te gustamos.*

—¿Son ricas esas Bene Gesserit? —preguntó la Gran Honorada Madre.

El Rabino le había advertido que le formularían aquella pregunta.

—Todo aquello que mide el poder... lo desean. Por eso tienen sus ojos puestos en nosotros.

Ya no se trataba de una simple bolsa. Podía definirse, dijo, como una especie de red subterránea. Pero sus nudos estaban ligados de una forma extremadamente suelta, basada en antiguos compromisos y acuerdos temporales.

—Algo parecido a un viejo traje con los bordes deshilachados y remiendos en los agujeros.

Lampadas estuvo de acuerdo. Ya no era la tensamente sujeta red comercial del Antiguo Imperio. La gente llevaba encima el viejo traje, tratándolo con el desprecio de la familiaridad, anhelando siempre algo nuevo. Pero no el nuevo que traían esas Honoradas Matres. No ése.

—Creo que las brujas son pobres al lado de vos, Honorada Madre —aseguró Rebecca.

—¿Por qué dices eso? ¡No hables solamente para complacerme!

—Pero Honorada Madre, ¿podrían enviar las brujas una gran nave de Gammu hasta aquí tan sólo para traerme? ¿Y dónde están las brujas ahora? Se ocultan de vos.

—Sí, ¿dónde están? —preguntó la Honorada Madre.

Rebecca se alzó de hombros.

—¿Estabas en Gammu cuando el que ellas llamaban Bashar huyó de nosotras? —preguntó la Honorada Madre.

*Sabe que estabas.*

—Estaba, Gran Honorada Madre, y oí las historias. No las creo.

—¡Crearás lo que nosotras te digamos que creas, escoria! ¿Qué historias oíste?

—Que se movía con una velocidad que el ojo ni siquiera podía captar. Que mató a muchas... a mucha gente con tan sólo sus manos. Que robó una no-nave y huyó a la Dispersión.

—Puedes creer que huyó, escoria. —*¡Mira cómo tiene miedo! No puede ocultar los temblores.*

—Háblame de los Decidores de Verdad —ordenó la Gran Honorada Madre.

—Gran Honorada Madre, no comprendo a los Decidores de Verdad. Solamente

conozco las palabras de mi Sholem, de mi esposo. Puedo repetirlas si lo deseáis.

La Gran Honorada Madre meditó aquello, mirando a uno y otro lado a sus ayudantes y consejeros, que estaban empezando a mostrar signos de aburrimiento. *¿Por qué simplemente no mata a esa escoria?*

Rebecca, viendo la violencia en los ojos que la miraban naranjas, se acurrucó dentro de sí misma. Pensó en su esposo por su nombre cariñoso, Shoel, y sus palabras la confortaron. Había mostrado el «talento adecuado» cuando era aún un niño. Algunos lo llamaban instinto, pero Shoel nunca había utilizado aquella palabra.

—Confía en lo que sienten tus entrañas. Eso es lo que decían siempre mis maestros.

Era una expresión tan realista que decía que normalmente servía para echar a aquellos que acudían en busca del «misterio esotérico».

—No hay ningún secreto —había dicho Shoel—. Sólo entrenamiento y trabajar duro, como en todo lo demás. Ejercitas lo que llaman pequeña percepción, la habilidad de detectar variaciones muy pequeñas en las reacciones humanas.

Rebecca podía ver esas pequeñas reacciones en aquellas que la miraban. *Me quieren muerta. ¿Por qué?*

La Portavoz tenía su opinión. *A la más grande le gusta mostrar su poder sobre las demás. No hará lo que las otras desean sino lo que cree que no desean.*

—Gran Honorada Madre —aventuró Rebecca—, sois tan ricas y poderosas. A buen seguro tendréis algún humilde empleo donde yo pueda permanecer a vuestro servicio.

—¿Deseas entrar a mi servicio? —*¡Qué sonrisa de fiera!*

—Me haría muy feliz, Gran Honorada Madre.

—No estoy aquí para hacerte feliz.

Logno avanzó un paso.

—Entonces hacednos feliz a nosotras, Dama. Dejad que nos divirtamos un poco con...

—¡Silencio! —*Ahhh, eso fue un error, llamarla por su nombre íntimo aquí ante las demás.*

Logno retrocedió y casi dejó caer la pica.

La gran Honorada Madre clavó fijamente sus ojos en Rebecca, con una mirada naranja.

—Volverás a tu miserable existencia en Gammu, escoria. No te mataré. Eso sería un acto de piedad. Ahora que has visto lo que podemos ofrecerte, vive tu vida sin ello.

—¡Gran Honorada Madre! —protestó Logno—. Tenemos sospechas acerca de...

—Yo tengo sospechas acerca de ti, Logno. ¡Devuélvela, y viva! ¿Me has oído? ¿Piensas que somos incapaces de encontrarla si alguna vez tenemos necesidad de



ella?

—No, Gran Honorada Madre.

—Estaremos vigilándote, escoria —dijo la Gran Honorada Madre.

*¡Un cebo! Piensa en ti como en alguien que le permitirá capturar una presa más grande. Qué interesante. Tiene cabeza, y la utiliza pese a su naturaleza violenta. De modo que así es cómo alcanzó el poder.*

Durante todo el camino de regreso a Gammu, confinada en un hediondo compartimiento en una nave que en su tiempo había servido a la Cofradía, Rebecca consideró su situación. Seguro que no había engañado a las ramera. Aunque... quizá sí. Sumisión, temor. *Se recrean en tales cosas.*

Sabía que aquello procedía tanto de la cualidad de Decidor de Verdad de Shoel como de las consejeras de Lampadas.

—Acumulas un montón de observaciones pequeñas, captadas pero nunca traídas a la consciencia —había dicho Shoel—. Al acumularse te dicen cosas, pero no en un lenguaje como los que habla la gente. No. No es necesario el lenguaje.

Había pensado que aquella era una de las cosas más extrañas que jamás hubiera oído. Pero eso era antes de su propia Agonía. En la cama por la noche, confortados por la oscuridad y el contacto de la carne amada, habían actuado en silencio, pero habían compartido palabras también.

—El lenguaje es para nosotros una obstrucción —había dicho Shoel—. Todo lo que haces es aprender a leer tus propias reacciones. A veces, puedes encontrar palabras para describirlo... a veces... no.

—¿Ninguna palabra? ¿Ni siquiera para las preguntas?

—Quieres palabras, ¿no? ¿Cuáles? Confianza. Creencia. Verdad. Honestidad.

—Esas son palabras buenas, Shoel.

—Pero les falta la marca. No se puede depender de ellas.

—Entonces, ¿de qué dependes tú?

—De mis propias reacciones internas. Me leo a mí mismo, no a la persona que hay frente a mí. Siempre reconozco una mentira porque siempre deseo volverle la espalda al mentiroso.

—¡De modo que así es como lo haces! —Puñeando su desnudo brazo.

—Otros lo hacen de distinta manera. Oí a una persona decir que reconocía siempre una mentira porque sentía deseos de tomar al mentiroso del brazo y caminar un trecho con él, consolándole. Puede que pienses que es una tontería, pero funciona.

—Creo que es muy sabio, Shoel. —El amor hablaba por su boca. No sabía realmente lo que él quería decir.

—Mi precioso amor —dijo él, cobijando la cabeza de ella en su brazo—. Los Decidores de Verdad poseen un Sentido de la Verdad que, una vez despertado, funciona constantemente. Por favor, no me digas que soy sabio cuando es el amor el

que habla por ti.

—Lo siento, Shoel. —Le gustaba el olor de su brazo, y enterró su cabeza en el hueco interno de su codo, haciéndole cosquillas—. Pero quiero saber todo lo que tú sabes.

El atrajo su cabeza hacia una posición más cómoda.

—¿Sabes lo que decía mi instructor de Tercer Grado? Decía: ¡No sepas nada! Aprende a ser totalmente ingenuo.

Ella se mostró desconcertada.

—¿Nada en absoluto?

—Acércate a todo como si fueras una pizarra vacía, sin nada sobre ti o dentro de ti. Cualquier cosa que venga se escribirá en ella por sí misma.

Rebecca empezó a comprender.

—Nada que interfiera.

—Correcto. Tú eres el ignorante salvaje original, absolutamente no sofisticado hasta el punto de haber regresado a la sofisticación definitiva. Lo descubrirás sin haberlo buscado, podrías decir.

—Bien, eso es sabio, Shoel. Apostaría a que eras el mejor estudiante que hubieran tenido nunca, el más rápido y...

—Pensé que era una interminable estupidez.

—¡No es cierto!

—Hasta que un día leí una pequeña contracción en mí. No era el movimiento de un músculo o alguna otra cosa que cualquiera pudiese detectar. Simplemente una... una contracción.

—¿Dónde?

—En ningún lugar que pueda describir. Pero mi instructor de Cuarto Grado me había preparado para ello. «Sujétalo con manos suaves. Delicadamente.» Uno de los estudiantes pensó que se refería a tus auténticas manos. Oh, cómo nos reímos.

—Eso fue cruel. —Acarició su mejilla, y notó las nacientes cerdas de su oscura barba—. Era tarde, pero no sentía sueño.

—Supongo que fue cruel. Pero cuando vino la contracción, la reconocí. Nunca antes había sentido nada así. Me sorprendió también, porque al reconocerla entonces, supe que había estado allí todo el tiempo. Era algo familiar. Era la contracción de mi Sentido de la Verdad.

Ella tuvo la sensación de que podía notar el Sentido de la Verdad agitándose también dentro de ella. La sensación de maravilla en su voz despertó algo.

—Entonces fue mío —dijo él—. Me pertenecía, y yo le pertenecía a él. Sabía que nunca más volveríamos a separarnos.

—Debió ser algo maravilloso. —Había asombro y envidia en su voz.

—¡No! Había algo en él que odié. Ver a alguna gente de esa forma es como verla

eviscerada, con sus entrañas colgando.

—¡Eso es horrible!

—Sí, pero hay compensaciones, amor. Encuentras a gente que es como maravillosas flores tendidas hacia ti por un niño inocente. Inocencia. Mi propia inocencia responde y mi Sentido de la Verdad se ve fortalecido. Eso es lo que tú has hecho por mí, amor.

La no-nave de las Honoradas Matres llegó a Gammu, y la hicieron bajar al Campo de Aterrizaje en la lanzadera de los desechos. Fue eliminada junto con la basura y los excrementos de la nave, pero no le importó. *¡Estoy en casa! Estoy en casa, y Lampadas sobrevive.*

El Rabino, sin embargo, no compartió su entusiasmo.

Se sentaron una vez más en su estudio, pero ahora ella se sentía más familiarizada con sus Otras Memorias, mucho más confiada. El podía darse cuenta de ello.

—¡Eres más parecida a ellas que nunca! Esto es impuro.

—Rabino, todos nosotros tenemos antepasados impuros. Me siento afortunada conociendo a algunos de los míos.

—¿Qué significa esto? ¿Qué estás diciendo?

—Todos nosotros somos descendientes de gente que hizo cosas horribles, Rabino. No nos gusta pensar en los bárbaros que forman parte de nuestros antepasados, pero están ahí.

—¡Tonterías!

—Las Reverendas Madres pueden rastrearlos a todos, Rabino. Recuerda, son los vencedores los que engendran. ¿Comprendes?

—Nunca te había oído hablar de una forma tan franca. ¿Qué ha ocurrido contigo, hija?

—Sobreviví, sabiendo que a veces la victoria se consigue a un precio moral.

—¿Qué significa eso? Son palabras impuras.

—¿Impuras? Barbarismo no es ni siquiera la palabra adecuada para algunas de las cosas impuras que hicieron nuestros antepasados. Los antepasados de todos nosotros, Rabino.

Vio que lo que acababa de decir le había dolido, y notó la crueldad de sus propias palabras, pero no podía detenerlas. ¿Cómo podía él escapar a la verdad de lo que ella estaba diciendo? Era un hombre honorable.

Habló con una mayor suavidad, pero sus palabras se clavaron aún más profundamente en él.

—Rabino, si compartieras el testimonio de algunas de las cosas que las Otras Memorias me han forzado a conocer, verías que hay nuevas palabras para lo impuro. Algunas de las cosas que han hecho nuestros antepasados superan las peores etiquetas que puedas imaginar.

—Rebecca... Rebecca... Conozco necesidades de...

—¡No busques excusas acerca de «necesidades de los tiempos»! Tú, un Rabino, deberías saberlo mejor que nadie. ¿Cuándo no disponemos de un sentido moral? Sólo que a veces no escuchamos.

El se cubrió el rostro con las manos, oscilando hacia adelante y hacia atrás en la vieja silla, que crujía quejumbrosamente.

—Rabino, siempre te he amado y respetado. Pasé por la Agonía por ti. Compartí Lampadas por ti. No niegues lo que he aprendido de todo ello.

El bajó sus manos.

—No lo niego, hija. Pero permíteme mi dolor.

—Aparte todas esas realizaciones, Rabino, lo primero a lo que debemos enfrentarnos más inmediatamente y sin dudar es que no existen los inocentes.

—¡Rebecca!

—Culpabilidad quizá no sea la palabra adecuada, Rabino, pero nuestros antepasados hicieron cosas por las cuales hay que pagar.

—Eso lo comprendo, Rebecca. Hay un equilibrio que...

—No me digas que comprendes cuando sé que no es así.

—Se puso en pie y lo miró fijamente—. No es un balance el libro que tienes que corregir. ¿Hasta cuán atrás en el tiempo quieres ir?

—Rebecca, soy tu Rabino. No debes hablar de esta forma, especialmente conmigo.

—Cuanto más atrás vayas, Rabino, peores son las atrocidades y más alto el precio. Tú no puedes ir tan lejos, pero yo me veo obligada a ello.

Volviéndose, se marchó, ignorando la súplica en su voz, la forma dolorosa en que pronunciaba su nombre. Mientras cerraba la puerta, lo oyó decir:

—¿Qué es lo que hemos hecho? Israel, ayúdala.

## Capítulo X

*La redacción de la historia es principalmente un proceso de diversión. La mayor parte de los relatos históricos distraen la atención de las secretas influencias que se hallan detrás de los grandes acontecimientos.*

***El Bashar Teg***

Cuando fue dejado a sus propios recursos, Idaho se dedicó a explorar a menudo su no-nave prisión. Vio y aprendió tanto acerca de aquel artefacto ixiano. Era una cueva de maravillas.

Hizo una pausa en su incansable caminar vespertino por sus aposentos y observó los pequeños com-ojos encajados en la brillante superficie del marco de una puerta. Estaban observándole. Tenía la extraña sensación de verse a sí mismo a través de aquellos ojos inquisitivos. ¿Qué pensaban las hermanas cuando lo observaban? El fornido niño ghola del hacía tanto tiempo desaparecido Alcázar de Gammu se había convertido en un larguirucho hombre: piel y pelo oscuros. Su pelo era más largo que cuando había entrado en aquella no-nave el último día de Dune.

Los ojos Bene Gesserit miraban debajo de la piel. Estaba seguro de que sospechaban que era un Mentat, y temía la forma en que podían interpretar aquello. ¿Cómo podía un Mentat esperar el ocultar indefinidamente ese hecho a una Reverenda Madre? ¡Tonterías! Sabía que sospechaban ya que era un Decidor de Verdad.

Hizo un gesto con la mano a los com-ojos y dijo:

—Me siento inquieto. Creo que voy a explorar.

Bellonda odiaba las ocasiones en que adoptaba aquella actitud burlona hacia la vigilancia. No le gustaba que merodeara por la nave. Y no intentaba ocultárselo. Podía ver la informada pregunta en sus ceñudos rasgos cada vez que se encontraban: *¿Está buscando una forma de escapar?*

*Es exactamente lo que estoy haciendo, Bell, pero no en la forma que tú sospechas.*

La no-nave se le presentaba con unos límites fijos: el campo de fuerza exterior donde no podía penetrar, algunas zonas de maquinaria donde (le habían dicho) el impulsor había sido temporalmente desarmado, algunos aposentos custodiados (podía mirar en ellos pero no entrar), la armería, la sección reservada al tleilaxu cautivo, Scytale. Ocasionalmente se encontraba con Scytale en alguna de las barreras, y entonces se miraban el uno al otro a través del campo de silencio que los mantenía aparte. Luego estaba la barrera de la información... secciones de las grabaciones de la nave que no respondían a sus preguntas, respuestas que sus guardianes no daban.

Dentro de esos límites se hallaba toda una vida de cosas que ver y aprender, incluso una vida de trescientos años estándar que podía razonablemente esperar.

*Si las Honoradas Matres no nos encuentran.*

Idaho se veía a sí mismo como la presa que estaban buscando, deseándole más de lo que deseaban a las mujeres de la Casa Capitular. No se hacía ilusiones acerca de lo que le harían los cazadores. Sabían que estaba aquí. Los hombres a los que entrenaba en el dominio sexual y enviaba a hostigar a las Honoradas Matres... esos hombres incitaban a las cazadoras.

Qué furia debió haberse desencadenado cuando supieron lo de Murbella. ¿Una Honorada Madre siendo instruida en la manera Bene Gesserit? Una clara intención de dominarla, de convertirla en una Reverenda Madre y aprender todos los secretos de las Honoradas Matres.

Como siempre, una guerra tanto de mentes como de cuerpos.

Murbella se lo tomó con una sorprendente calma.

—Nos hallamos en una escuela especial, Duncan. La mayor parte de las escuelas son una especie de prisión.

*Ella cree que convertirse en una Reverenda Madre es su llave a la libertad. Ahhh, mi amor, qué shock te espera.*

No se atrevía a discutir eso con ella. Demasiado revelador para las observadoras. Cuando las Hermanas supieran de la habilidad de su Mentat, se darían cuenta inmediatamente de que su mente llevaba los recuerdos de más de una vida ghola. *El original no tenía ese talento.* Sospechaban que era un latente Kwisatz Haderach. Mira cómo te racionan tu melange. Estaban claramente aterradas ante la idea de repetir el error que habían cometido con Paul Atreides y su hijo el Tirano. *¡Tres mil quinientos años de esclavitud!*

Pero tratar con Murbella requería la consciencia Mentat. Se enfrentaba a cada encuentro con ella sin esperar conseguir respuestas entonces ni luego. Era un típico enfoque Mentat: concéntrate en las preguntas. Los Mentats acumulaban preguntas de la misma forma que otros acumulaban respuestas. Las preguntas creaban sus propios esquemas y sistemas. Esto producía las *formas* más importantes. Mirabas a tu universo a través de esquemas creados por ti mismo... compuestos todos ellos de imágenes, palabras y etiquetas (todo temporal), mezcladas con impulsos sensoriales que reflejaban al exterior su constitución interna de la misma forma que la luz era reflejada por las superficies brillantes.

El instructor Mentat original de Idaho había formado las palabras temporales para esa primera construcción tentativa:

—Observa los movimientos consistentes contra tu pantalla interna.

De ese primer baño en los poderes Mentats, Idaho podía rastrear el crecimiento de una sensibilidad a los cambios en sus propias observaciones, siempre *empezando* a

ser Mentat.

*La vieja idea de «cambiar tu mente» llevada a una nueva sofisticación.*

Bellonda era su prueba más severa. Temía su penetrante mirada y sus restallantes preguntas. Mentat sondeando a Mentat. Enfrentaba sus incursiones delicadamente, con reserva y paciencia. *¿Qué es lo que persigues ahora?*

Como si no lo supiera.

Llevaba la paciencia como una máscara. Pero el miedo acudía de una forma natural, y no había ningún daño en mostrarlo. Bellonda no ocultaba sus deseos de verlo muerto. Sus encuentros eran un duelo de esgrima a muerte. Habilidad chocando contra habilidad.

Idaho aceptaba el hecho de que pronto los observadores verían tan sólo una fuente posible a las habilidades que se veía obligado a utilizar.

*¡No es solamente un Decidor de Verdad!*

Las habilidades auténticas de un Mentat residían en esa *construcción* mental a la que llamaban «la gran síntesis». Requería una paciencia que los no-Mentats ni siquiera imaginaban que fuera posible. Las escuelas Mentat la definían como una perseverancia. Tú eras un rastreador primitivo, capaz de leer señales minúsculas, pequeños cambios en el entorno, y seguir hacia dónde conducían. Al mismo tiempo, permanecías abierto a los amplios movimientos a todo tu alrededor y dentro de ti. Esto producía una ingenuidad, la postura básica Mentat, semejante a la de los Decidores de Verdad pero mucho más extensa.

—Te abres a todo lo que el universo pueda hacer —le había dicho su primer instructor—. Tu mente no es una computadora; es una herramienta sintonizada a responder a todo lo que tus sentidos desplieguen.

Idaho había reconocido siempre cuando los sentidos de Bellonda estaban abiertos. La mujer permanecía allí, la mirada ligeramente introspectiva, y él sabía que su mente anidaba pocas ideas preconcebidas. Su defensa residía en el fallo básico de ella: abrir los sentidos requería un idealismo del que Bellonda carecía. No formulaba las mejores preguntas, y él se cuestionaba por qué. ¿Utilizaba Odrade un Mentat imperfecto? Eso contradecía sus otros logros.

*Busco las preguntas que forman las mejores imágenes.*

Haciendo esto, nunca pensabas en ti mismo como en alguien listo, nunca pensabas que tenías *la* fórmula que proporcionaba *la* solución. Permanecías tan sensible a las nuevas preguntas como lo eras a los nuevos esquemas. Probando, comprobando, modelando y remodelando. Un proceso constante, que nunca se detenía, nunca se sentía satisfecho. Era tu pavana particular, similar a la de los otros Mentats, pero que llevaba siempre tu postura y tus pasos únicos.

*«Nunca eres auténticamente un Mentat. Es por eso por lo que lo llamamos la Meta Interminable.»* Las palabras de sus maestros estaban grabadas a fuego en su

consciencia.

A medida que iba acumulando observaciones de Bellonda, fue empezando a apreciar un punto de vista de aquellos grandes Maestros Mentat que le habían enseñado: «Las Reverendas Madres no hacen los mejores Mentats.»

Ninguna Bene Gesserit parecía capaz de extirparse completamente de ese vínculo absoluto al que se ataban con la consecución de la Agonía de la Especia: la lealtad a su Hermandad.

Sus maestros le habían advertido contra los absolutos. Creaban una seria imperfección en un Mentat.

Cualquier cosa que hagas, cualquier cosa que sientas y digas es experimento. No deducción final. Nada se detiene hasta que llega la muerte, y quizá ni siquiera entonces, porque cada vida crea interminables ondulaciones. La inducción irrumpe dentro de ti y te sensibilizas a ello. La deducción acarrea ilusiones de absolutos. ¡Patea la verdad y despedázala!

Las preguntas de Bellonda acerca de Murbella le decían que la Hermandad la consideraba como una cornucopia de información acerca de las Honoradas Matres. Cuando Bellonda tocó las relaciones entre él y Murbella, vio ante sí vagas respuestas emocionales. *¿Diversión? ¿Celos?* Podía aceptar la diversión (e incluso los celos) acerca de las compulsivas exigencias sexuales de su mutua adicción. *(¿Es realmente tan grande el éxtasis?)*

Lo observaban todo. Y podía imaginar sus comentarios:

—*¿Veis cómo se resisten, pero no pueden evitar el contacto sexual?*

Bellonda parecía extrañamente susceptible a la inquietud mental. Lo reconocía en ella debido a que podía ver la misma susceptibilidad en sí mismo. *El espejo se ve en el espejo.*

Vagó aquella tarde por sus aposentos sintiéndose desplazado, como si acabara de llegar allí y no aceptara todavía aquellas estancias como su hogar. *Esto es la emoción hablándome.*

A lo largo de los años de su confinamiento, aquellos aposentos habían adquirido una apariencia de estar habitados. Aquella era su caverna, la suite del antiguo supercarguero: amplias habitaciones con paredes ligeramente curvadas... el dormitorio, la biblioteca y cuarto de trabajo, la sala de estar, un baño de cerámica verde con sistemas de lavado secos y húmedos, y un amplio salón de prácticas que compartía con Murbella para los ejercicios.

Las habitaciones poseían una colección única de artefactos y señales de su presencia: aquella mecedora situada con el ángulo preciso en relación con la consola y el proyector que lo unían a los sistemas de la nave, aquellas grabaciones ridulianas en aquella mesita baja. Y había manchas que indicaban ocupación... esa mancha oscura sobre la mesa de trabajo. Un poco de comida derramada había dejado una



señal indeleble.

Había pocos ruidos allí que no pudiera identificar a algún nivel de consciencia. Aquel hormigueo era su consola recordándole que la había dejado activada. Los fibrosos extremos del proyector resplandecían verdes.

Se dirigió, inquieto, hacia su dormitorio. La luz era más suave. Su habilidad en identificar lo familiar abarcaba también los olores. Había un olor como a saliva en la cama... el flotante residuo de la colisión sexual de la noche pasada.

*Esta es la palabra adecuada: colisión.*

El aire de la no-nave —filtrado, reciclado y suavizado— lo irritaba a menudo. Ninguna abertura del laberinto de la no-nave al mundo exterior permanecía nunca abierta demasiado tiempo. A veces permanecía sentado, oliendo, con la esperanza de detectar un débil aroma de aire que no hubiera sido ajustado a las demandas de su prisión.

*¡Hay una forma de escapar!*

Salió de sus aposentos y vagó corredor abajo, tomó la caída al final del pasillo, y emergió en el nivel inferior de la nave.

*¿Qué está ocurriendo realmente ahí afuera en ese mundo abierto al cielo?*

Lo poco que Odrade le había contado acerca de los acontecimientos lo llenaba de temores y atrapantes sentimientos. *¡No hay sitio para echar a correr! ¿Soy lo bastante juicioso como para compartir mis temores con Sheeana? Murbella simplemente se echó a reír. «Te protegeré, mi amor. Las Honoradas Matres no me harán ningún daño». Otro falso sueño.*

*Pero Sheeana... qué rápidamente captó el lenguaje de las manos y penetró en el espíritu de mi conspiración. ¿Conspiración? No... dudo que ninguna Reverenda Madre actúe alguna vez contra sus hermanas. Incluso Dama Jessica volvió a ellas al final. Pero no le pediré a Sheeana que actúe contra la Hermandad, tan sólo que nos proteja de la locura de Murbella.*

El enorme poder de los cazadores hacía predecible la destrucción. Un Mentat no podía dejar de contemplar su disruptiva violencia. También habían traído algo consigo, algo extraño y apenas insinuado de allá de la Dispersión. ¿Qué eran esos *Futars* que Odrade había mencionado tan casualmente? *¿Parte humanos, parte bestias?* Esa había sido la suposición de Lucilla. *¿Y dónde está Lucilla?*

Se dio cuenta que se hallaba en la Gran Cala, el enorme espacio de un kilómetro de largo donde habían transportado al último gigantesco gusano de arena de Dune hasta la Casa Capitular. La zona olía todavía a especia y arena, llenando su mente con el lejano y muerto pasado. Sabía por qué acudía tan a menudo a la Gran Cala, haciéndolo a veces sin siquiera pensar en ello, como había sucedido ahora. Lo atraía y lo repelía a la vez. La ilusión de ilimitado espacio con rastros de polvo, arena y especia traía consigo la nostalgia de perdidas libertades. Pero había algo más. Era

algo que le ocurría siempre.

*¿Ocurrirá hoy?*

Sin advertencia, la sensación de hallarse en la Gran Cala se desvanecía. Luego... la red resplandeciendo en un cielo derretido. Era consciente, cuando llegaba la visión, de que no estaba viendo en realidad una red. Su mente traducía lo que los sentidos no podían definir.

*Una resplandeciente red ondulando como una infinita aurora boreal.*

Entonces la red se abría y podía ver a dos personas... un hombre y una mujer. Qué ordinarios parecían, y sin embargo qué extraordinarios. Unos abuelos con ropas antiguas: un mono con peto para el hombre y una larga túnica con un pañuelo en la cabeza para la mujer. ¡Trabajando en un jardín de flores! Pensaba que tenía que haber algo más en aquella ilusión. *Estoy viendo esto pero no es realmente lo que veo.*

Finalmente, siempre terminaban dándose cuenta de su presencia. Oía sus voces.

—Está aquí de nuevo, Marty —decía el hombre, llamando la atención de la mujer hacia Idaho.

—Me pregunto cómo puede ver a través —rumió Marty en una ocasión—. No parece posible.

—Se ha puesto muy delgado, creo. Me pregunto si sabe el peligro.

*Peligro.* Esa era la palabra que siempre lo arrancaba de la visión.

—¿Hoy no estás en tu consola?

Por el espacio de un instante, Idaho pensó que se trataba de la visión, la voz de aquella extraña mujer, luego se dio cuenta de que era Odrade. Su voz llegaba desde atrás, muy cerca. Se dio la vuelta y vio que había olvidado cerrar la esclusa. Ella lo había seguido a la Cala, siguiendo suavemente sus pasos, evitando los lugares donde aún quedaba un poco de arena que hubiera chirriado bajo Sus pies y traicionado su aproximación.

Parecía cansada e impaciente. *¿Por qué cree que debería estar en mi consola?*

Como si estuviera pensando en responder a su pregunta, Odrade dijo:

—Te encuentro tan a menudo junto a tu consola últimamente. ¿Qué es lo que estás buscando, Duncan?

El agitó la cabeza, sin responder. *¿Por qué me siento de pronto en peligro?*

Era un raro sentimiento en compañía de Odrade. Podía recordar otras ocasiones, sin embargo. Una vez, cuando ella había mirado suspicazmente a sus manos en el campo de su consola. *Miedo asociado con mi consola. ¿Tanto revela mi hambre Mentat de datos? ¿Sospechan que he ocultado aquí mi yo íntimo?*

—¿Acaso no puedo tener intimidad en absoluto? —Rabia y agresividad.

Ella agitó lentamente la cabeza de uno a otro lado, como si dijera: «Tú puedes hacerlo mejor que eso.»

—Esta es vuestra segunda visita hoy —acusó él.

—Debo decirte que te ves muy bien, Duncan. —Más circunloquios.

—¿Eso es lo que dicen vuestras observadoras?

—No seas mezquino. Vine a charlar con Murbella. Ella me dijo que estabas aquí abajo.

—¡Como si necesitárais que ella os lo dijese!

—Mucho de lo que haces es fastidioso, Duncan. —¡Una clara irritación, y de una Reverenda Madre! —Supongo que sabéis que Murbella está embarazada de nuevo.

—¿Estaba intentando aplacarla con eso?

—Por lo cual nos sentimos agradecidas. He venido a decirte que Sheeana quiere visitarte otra vez.

*¿Por qué debería anunciar eso Odrade?*

Las palabras de la mujer lo llenaron con imágenes de la expósita de Dune que se había convertido en una completa Reverenda Madre. (La más joven que nunca hubiera habido, decían). Sheeana, su confidente, allá afuera vigilando a aquel gran gusano. ¿Se habría perpetuado finalmente a sí mismo? ¿Por qué tendría que interesarse Odrade en la visita de Sheeana?

—Sheeana quiere discutir acerca del Tirano contigo.

Vio la sorpresa que aquello producía en el hombre.

*¡Maldita sea!* Odrade siempre utilizaba un muy bien planeado modo de acercarse a él. Tenía en mente algo especial, otro esquema Bene Gesserit. ¿Deseaban su *punto de vista masculino*, como ella había dicho tantas veces? ¿Pero qué era, en nombre de todos los falsos dioses de la Missionaria, un punto de vista masculino?

La Madre Superiora estaba mostrándose extremadamente cautelosa con él. Eso estaba claro.

*¿Sheeana?*

Lo necesitaban para algo. Podía sentirlo. Pero estaba tratando con profesionales definitivas en motivaciones humanas. *¿Qué están haciendo? Manteniendo con vida a la Bene Gesserit, por supuesto. Manipulando todo lo no Bene Gesserit a su alrededor hasta donde pueden. Comisionistas del poder. Árbitros. Conservadoras de datos desde hace mucho. No olvides nunca las Otras Memorias.*

—¿Qué puedo añadir yo al conocimiento de Sheeana de Leto II? —preguntó él—. Es una Reverenda Madre.

—Tú conociste íntimamente a los Atreides.

*Ahhh. Está dando caza al Mentat.*

—Pero decís que desea discutir sobre Leto, y no es correcto pensar en él como en un Atreides.

—Oh, pero lo era. Refinado en algo más elemental que nadie antes que él, pero uno de nosotros, al fin y al cabo.

*¡Uno de nosotros!* Le estaba recordando que ella también era una Atreides.

¡Recordándole su eterna deuda a la familia!

—Si vos lo decís.

—¿No crees que deberíamos terminar de jugar a este estúpido juego?

La cautela se apoderó de él. Se dio cuenta de que ella lo veía. Las Reverendas Madres eran tan malditamente sensitivas. La miró, sin atreverse a hablar, sabiendo que ya le había dicho demasiado.

—Creemos que recuerdas más de una vida ghola. —Y, cuando él siguió sin responder—. ¡Vamos, vamos, Duncan! ¿Eres un Mentat?

Por la forma en que habló, tanto una acusación como una pregunta, él comprendió que el disimulo había terminado. Fue casi un alivio.

—¿Y si lo soy?

—Los tleilaxu mezclaron las células de más de un ghola Idaho cuando te desarrollaron.

¡Ghola Idaho! Se negó a pensar en sí mismo con esa abstracción.

—¿Por qué tan de pronto resulta tan importante Leto para vosotras? —No escapándosele la admisión en esa respuesta.

—Nuestro gusano se ha convertido en truchas de arena.

—¿Están creciendo y propagándose?

—Al parecer.

—Al menos que las contengáis o las eliminéis, la Casa Capitular puede convertirse en otro Dune.

—Tú lo habías previsto, ¿verdad?

—Leto y yo juntos.

—Así que recuerdas varias vidas. Fascinante. Esto te convierte en algo parecido a nosotras. —¡Qué inmutable era su mirada!

—Muy diferente, creo. —*¡Tengo que rechazar esa senda!*

—¿Adquiriste las memorias durante tu primer encuentro con Murbella?

*¿Quién lo sospechó? ¿Lucilla? Estaba aquí y pudo sospecharlo, confiando luego sus sospechas a sus Hermanas.* Tenía que poner al descubierto aquella terrible consecuencia.

—¡No soy otro Kwisatz Haderach!

—¿No lo eres? —Estudiado objetivamente. Ella permitió que aquello quedara bien claro por sí mismo, una crueldad, pensó él.

—¡Vos sabéis que no lo soy! —Estaba luchando por su vida y lo sabía. No tanto con Odrade como con aquellas otras que observaban y revisaban las grabaciones de los com-ojos.

—Háblame de tus memorias seriales. —Era una orden de la Madre Superiora. No había escapatoria a ello.

—Conozco todas esas... vidas. Es como una sola vida.

—Esa acumulación puede ser muy valiosa para nosotras, Duncan. ¿Recuerdas también los tanques axlotl?

La pregunta envió sus pensamientos a los brumosos sondeos que habían hecho que imaginara extrañas cosas acerca de los tleilaxu.... grandes montones de carne humana blandamente visibles a los imperfectos ojos recién nacidos, imágenes turbias y confusas, cuasi-memorias de emerger por los canales del nacimiento. ¿Cómo podía eso encajar con tanques?

—Scytale nos ha proporcionado los conocimientos necesarios para construir nuestro propio sistema axlotl —dijo Odrade.

¿Sistema? Una interesante palabra.

—¿Significa eso que también duplicáis la producción de especia tleilaxu?

—Scytale negocia para obtener más que lo que vamos a darle. Pero la especia llegará a su tiempo, de una forma u otra.

Odrade se oyó a sí misma hablar con firmeza, y se preguntó si él detectaría la inseguridad. *Puede que no tengamos tiempo.*

—Las Hermanas que Dispersáis están cojas —dijo Duncan, dándole a Odrade una pequeña muestra de consciencia Mentat—. Estáis echando mano de vuestras reservas de especia para proveerlas, y esas tienen que ser finitas.

—Poseen nuestro conocimiento axlotl y truchas de arena.

Se sintió enmudecido por la sorpresa ante la posibilidad de incontables Dunes siendo reproducidos en un universo infinito.

—Resolverán el problema del suministro de melange con tanques o gusanos o ambas cosas —dijo ella. Esto era algo que podía decir con sinceridad. Procedía de expectativas científicas. Una entre aquellos Dispersos grupos de Reverendas Madres debería conseguirlo.

—Los tanques —dijo Duncan—. Tengo extraños... sueños. Casi dijo «meditaciones».

—Y es lógico. —Brevemente, le contó cómo era incorporada la carne femenina.

—¿Para conseguir la especia también?

—Creemos que sí.

—¡Repugnante!

—Eso es juvenil —se burló ella.

En tales momentos él la odiaba intensamente. Una vez le había reprochado la forma en que las Reverendas Madres se apartaban del «flujo común de las emociones humanas», y ella le había dado idéntica respuesta.

¡Juvenil!

—Para lo cual probablemente no hay remedio —dijo—. Un desagradable rasgo de mi carácter.

—¿Estás pensando discutir de moralidad conmigo?

Creyó oír irritación en su voz.

—Ni siquiera la ética. Trabajamos bajo reglas distintas.

—Las reglas son a menudo una excusa para ignorar la compasión.

—¿Oigo un débil eco de consciencia en una Reverenda Madre?

—Deplorable. Mis Hermanas me exiliarían si pensaran que me gobernaba la conciencia.

—Podéis ser aguijoneadas, pero no gobernadas.

—¡Muy bien, Duncan! Me gustas mucho más cuando eres abiertamente un Mentat.

—Desconfío de vuestros gustos.

Ella se echó a reír.

—¡Cuánto te pareces a Bell!

El la miró en silencio, sumergido por su risa en un repentino conocimiento de la forma de escapar de sus guardianes, extirparse de las constantes manipulaciones de la Bene Gesserit, y vivir su propia vida. La salida no residía en la maquinaria sino en los fallos de la Hermandad. Los absolutos por los cuales creían que estaban rodeadas y sostenidas... ¡ese era el camino de salida!

*¡Y Sheeana lo sabe! Ese es el cebo que hace bailar delante de mí.*

Al ver que Idaho no hablaba, Odrade dijo:

—Cuéntame acerca de esas otras vidas.

—Falso. Pienso en ellas como una vida continuada.

—¿Sin muertes?

Dejó que se formulara en silencio una respuesta. Memorias seriadas: las muertes eran tan informativas como las vidas. ¡Muerto tantas veces por el propio Leto!

—Las muertes no interrumpen mis memorias.

—Una extraña forma de inmortalidad —dijo ella—. ¿Sabes que los Maestros tleilaxu se recrean a sí mismos? Pero tú... ¿qué esperan conseguir, mezclando diferentes gholas en una sola carne?

—Preguntádselo a Scytale.

—Bell estaba segura de que eras un Mentat. Se sentirá encantada.

—Creo que no.

—Yo haré que se sienta encantada. ¡Oh! Tengo tantas preguntas, que no estoy segura de por dónde empezar. —Lo estudió, la mano izquierda apoyada en su barbilla.

*¿Preguntas?* Las demandas Mentat fluyeron a través de la mente de Idaho. Dejó que las preguntas que se había formulado tantas veces avanzaran por sí mismas, formando sus esquemas. *¿Qué buscan los tleilaxu en mí?* No podían haber incluido células de todos sus yoes ghola para esta encarnación. Sin embargo... tenía todas las memorias. ¿Qué lazo cósmico acumulaba todas esas vidas en este único yo? ¿Era ésta

la clave a las visiones que le perseguían en la Gran Cala? En su mente se formaban semimemorias: su cuerpo en un cálido fluido, alimentado por tubos, masajeado por máquinas, sondeado y cuestionado por observadores tleilaxu. Sintió murmuradas respuestas de semidurmientes yoes. Las palabras no tenían significado. Era como si escuchara un idioma desconocido procedente de sus propios labios, pero sabía que era vulgar galach.

El alcance de lo que había sentido en las acciones tleilaxu lo maravillaba. Investigaban un cosmos que nadie excepto la Bene Gesserit se había atrevido nunca a tocar. El que la Bene Tleilax hiciera aquello por razones egoístas no le restaba ningún mérito. Los interminables renacimientos de los Maestros tleilaxu eran una recompensa que merecía el atrevimiento.

Sirvientes Danzarines Rostro listos para copiar cualquier vida, cualquier mente. El alcance del sueño tleilaxu era algo tan asombroso como los propios logros de la Bene Gesserit.

—Scytale admite memorias de los tiempos de Muad'Dib —dijo Odrade—. Algún día tendrías que comparar notas con él.

—Ese tipo de inmortalidad es algo que puede ser negociado —advirtió él—. ¿Puede venderla a las Honoradas Matres?

—Puede. Vamos. Volvamos a tus aposentos.

En su cuarto de trabajo, ella le hizo un gesto en dirección a la silla de su consola, y él se preguntó si seguía aún detrás de sus secretos. Odrade se inclinó sobre él para manipular los controles. El proyector encima de sus cabezas produjo una especie de desierto hasta un horizonte de rodantes dunas.

—¿La Casa Capitular? —dijo ella—. Una enorme franja en torno a nuestro ecuador.

—¿Por qué me reveláis esto ahora?

—Nuestros días de engañarnos los unos a los otros han pasado.

La excitación se apoderó de él.

—Truchas de arena, habéis dicho. ¿Pero hay algún nuevo gusano?

—Sheeana los espera pronto.

—Requieren una gran cantidad de especia como catalizador.

—Hemos esparcido una gran cantidad de especia ahí afuera. Leto te habló de la catálisis, ¿verdad? ¿Qué otra cosa recuerdas de él?

—Me mató tantas veces que hay un dolor cuando pienso en ello.

Ella disponía de las grabaciones de Dar-es-Balat en Dune para confirmarlo.

—Sé que te mataste tú mismo algunas veces. ¿Él te echaba simplemente de su lado cuando ya no le servías?

—A veces cumplía con las expectativas y entonces se me concedía una muerte natural.

—¿Valía todo ello su Senda de Oro?

*No comprendemos su Senda de Oro ni las fermentaciones que produjo. Lo dijo.*

—Interesante la elección de la palabra. Un Mentat piensa en los eones del Tirano como una fermentación.

—Que entró en erupción con la Dispersión.

—Conducida también por los Tiempos de Hambruna.

—¿Creéis que él no anticipó las hambrunas?

Ella no respondió, mantenida en silencio por el punto de vista Mentat de él. *La Senda de Oro: la humanidad «entrando en erupción» en el universo... nunca más confinada a un solo planeta y confinada a un único destino. Todos nuestros huevos ya no en un mismo cesto.*

—Leto pensaba en toda la humanidad como en un solo organismo —dijo él.

—Pero nos alistó a todos en su sueño, contra nuestra voluntad.

—Vosotros los Atreides siempre hacéis esto.

*¡Vosotros los Atreides!*

—¿Entonces has pagado tu deuda hacia nosotros?

—Yo no he dicho eso.

—¿Captas mi actual dilema, Mentat?

—¿Cuánto tiempo llevan trabajando las truchas de arena?

—Más de ocho años estándar.

—¿Cuán rápido está creciendo nuestro desierto?

*¡Nuestro desierto!* Hizo un gesto hacia la proyección.

—Es más de tres veces más grande de lo que era antes de las truchas de arena.

—¡Tan aprisa!

—Sheeana espera ver pequeños gusanos cualquier día.

—Tienden a no salir a la superficie hasta que alcanzan unos dos metros.

—Eso es lo que dice ella.

El habló con todo meditativo:

—Cada uno de ellos con una perla de la consciencia de Leto en su interminable sueño.

—Eso es lo que él dijo, y nunca mintió acerca de tales cosas.

—Sus mentiras eran más sutiles. Como las de una Reverenda Madre.

—¿Nos acusas de mentir?

—¿Por qué desea verme Sheeana?

—¡Mentats! Pensáis que vuestras preguntas son respuestas. —Odrade agitó la cabeza en burlón desaliento—. Tiene que aprender tanto como sea posible acerca del Tirano como centro de adoración religiosa.

—¡Dioses de las profundidades! ¿Por qué?

—El culto de Sheeana se ha difundido. Está por todo el Antiguo Imperio y más



allá, llevado por los sacerdotes supervivientes de Rakis.

—De Dune —la corrigió él—. No penséis en él como Arrakis o Rakis. Nubla vuestra mente.

Ella aceptó su corrección. Ahora era un completo Mentat, de modo que Odrade aguardó pacientemente.

—Sheeana hablaba a los gusanos de arena de Dune —dijo él—. Y ellos le respondían. —Se enfrentó a su interrogadora mirada—. Uno de vuestros viejos trucos con vuestra Missionaria Protectora, ¿eh?

—El Tirano es conocido como Dur y Guldur en la Dispersión —dijo ella, alimentando su ingenuidad Mentat.

—Tenéis una misión peligrosa para ella. ¿Lo sabe?

—Lo sabe, y tú puedes hacerla menos peligrosa.

—Entonces abre tu sistema de datos para mí.

—¿Sin límites? —¡Sabía lo que iba a decir Bell de aquello!

El asintió, incapaz de permitirse la esperanza de que ella pudiera aceptar. *¿Sospecha lo desesperadamente que deseo esto?* Era un dolor allá donde mantenía su conocimiento de cómo podía escapar. *¡Acceso sin trabas a la información! Ella pensará que deseo la ilusión de la libertad.*

—¿Serás mi Mentat, Duncan?

—¿Qué otra elección tengo?

—Discutiré tu petición en el Consejo y te daré nuestra respuesta.

*¿Es la puerta de escape abriéndose?*

—Tengo que pensar como una Honorada Madre —dijo él, hablando a los com-  
ojos y a los perros guardianes que revisarían luego su petición.

—¿Quién mejor que uno que vive con Murbella puede hacerlo? —preguntó ella.

## Capítulo XI

*La corrupción lleva infinitos disfraces.*

***Thu-zen tleilaxu***

*No saben ni lo que pienso ni lo que puedo hacer*, meditó Scytale. *Sus Decidoras de Verdad no pueden leer en mí.* Eso, al menos, era algo que había salvado del desastre... el arte del engaño aprendido de sus Danzarines Rostro perfeccionados.

Avanzó blandamente por su zona de la no-nave, observando, catalogando, midiendo. Cada mirada sopesaba a la gente y a los lugares con una mente adiestrada a ver fallos.

Cada Maestro tleilaxu había sabido que algún día Dios le impondría una tarea para probar sus compromisos.

*¡Muy bien!* Aquello sí era una tarea. Las Bene Gesserit, que proclamaban que compartían su Gran Creencia, juraban en falso. No eran limpias. Y él ya no disponía de compañeros para purificarle a su regreso de lugares alienígenas. Había sido arrojado al universo powindah, hecho prisionero por servidores de Shaitan, perseguido por rameras de la Dispersión. Pero ninguna de esas diabólicas criaturas conocía sus recursos. Ninguna sospechaba cómo le ayudaría Dios en aquellas circunstancias extremas.

*¡Me purificaré yo mismo, Dios!*

Cuando las mujeres de Shaitan lo habían arrancado de las manos de las rameras, prometiendo refugio y «toda la ayuda necesaria», él había sabido que no hablaban con la verdad.

*Cuanto mayor es la prueba, mayor es mi fe.*

Hacía tan sólo unos minutos, había observado a través de una brillante barrera cómo Duncan Idaho daba su paseo matutino por el largo corredor. El campo de fuerza que los mantenía separados impedía el paso de los sonidos, pero Scytale vio los labios de Idaho moverse, y leyó la maldición.

*Maldíceme, ghola, pero nosotros te hicimos y aún podemos utilizarte.*

Dios había introducido un *Sagrado Accidente* en el plan tleilaxu para este ghola, pero Dios siempre tenía amplios designios. Era tarea de los fieles encajar en los planes de Dios y no pedirle a Dios que siguiera los designios de los humanos.

Scytale se dedicó a su prueba, renovando su sagrado compromiso. Fue hecho sin palabras, a la antigua manera del S'tori Bene Tleilax. «Para alcanzar el S'tori no es necesario ningún conocimiento. El S'tori existe sin palabras, sin siquiera un nombre.»

La magia de su Dios era su único puente. Scytale sentía esto muy profundamente. Siendo el más joven Maestro en el más alto kehl, había sabido desde el principio que

sería elegido para esta tarea definitiva. Ese conocimiento era una de sus fuerzas, y lo sabía cada vez que miraba a un espejo. *¡Dios nos formó para engañar a los powindah!* Su delgada e infantil apariencia estaba contenida en una piel gris cuyos pigmentos metálicos bloqueaban las sondas escrutadoras. Su diminuta forma distraía a aquellos que lo veían y ocultaba los poderes que había acumulado en las seriales encarnaciones ghola. Tan sólo la Bene Gesserit arrastraba consigo memorias más antiguas, pero sabía que el mal las guiaba.

Scytale se frotó el pecho, recordándose a sí mismo que lo que estaba oculto allí lo estaba con una habilidad tan grande que ni siquiera una cicatriz señalaba el lugar. Cada Maestro llevaba sus riquezas allí... una cápsula de entropía nula conservando las células germinales de una multitud: compañeros Maestros del kehl central, Danzarines Rostro, especialistas técnicos y otros que sabía iban a ser atractivos a las mujeres de Shaitan... ¡y a tantos enclenques powindah! Paul Atreides y su bienamada Chani estaban ahí. (¡Oh, lo que había costado todo esto hurgando las ropas de los muertos en busca de células al azar!) El original Duncan Idaho estaba ahí, con otros predilectos Atreides... el Mentat Thufir Hawat, Gurney Halleck, el Naib Fremen Stilgar... los suficientes siervos y esclavos potenciales como para poblar un universo tleilaxu.

El súmmum de los súmmums en el tubo de entropía nula, aquellos que anhelaba traer a la existencia, le hacían contener el aliento cada vez que pensaba en ellos. ¡Danzarines Rostro perfectos! Mímicos perfectos. Grabadores perfectos de la personalidad de una víctima. Capaces de engañar incluso a las brujas de la Bene Gesserit. Ni siquiera el shere podía impedirles el capturar la mente de otro.

El tubo que consideraba como su última fuerza en los tratos. Nadie debía saber de él. Por ahora, catalogaba fallos.

Había los suficientes huecos en las defensas de la no-nave como para sentirse satisfecho. En sus vidas seriales, había recopilado habilidades de la misma forma que sus compañeros Maestros recopilaban chucherías agradables. Siempre lo habían considerado demasiado serio, pero ahora había hallado el lugar y el tiempo para la vindicación.

El estudio de la Bene Gesserit siempre le había atraído. A lo largo de los eones, había adquirido todo un cuerpo de conocimientos sobre ella. Sabía que contenía mitos e informaciones erróneas, pero la fe en los propósitos de Dios le aseguraba la visión de que seguiría sirviendo a la Gran Creencia, no importaban los rigores de la Sagrada Prueba.

*¿No envió Dios a su profeta a Rakis, para probarnos y enseñarnos?*

Había muchas cosas que evaluar en las mujeres de Shaitan, y se vio a sí mismo en posición de ampliar sus conocimientos, refinándolos para los propósitos de Dios.

Parte de su catálogo Bene Gesserit estaba etiquetado como «Típico», a causa de

la frecuente observación: «¡Eso es típico de ellas!»

Las cosas *típicas* lo fascinaban.

Era *típico* para ellas el tolerar un comportamiento burdo pero no amenazador en otros, que no aceptarían en ellas mismas. «Los estándares de la Bene Gesserit son más altos.» Scytale había oído esto incluso de algunos de sus difuntos compañeros.

—Poseemos el don de vernos a nosotras mismas tal como nos ven los demás —había dicho Odrade en una ocasión.

Scytale incluía esto entre lo *típico*, pero sus palabras no concordaban con la Gran Creencia. ¡Sólo Dios sabía cuál era tu yo definitivo! El alarde de Odrade tenía el sonido de la arrogancia.

—Ellas no cuentan mentiras casuales. La verdad les sirve mejor.

A menudo se preguntaba acerca de eso. La propia Madre Superiora lo citaba como una regla de la Bene Gesserit. Quedaba el hecho de que las brujas parecían sostener una cínica forma de verdad. Ella se atrevía a decir que era Zensunni. *¿Qué verdad? ¿Modificada en qué forma? ¿En qué contexto?*

La tarde anterior estaban sentados en los aposentos de él en la no-nave. *¡Una prisión con barrotes que Dios puede separar!*

El había pedido «una consulta sobre problemas mutuos», su eufemismo para un trato. Estaban solos excepto los com-ojos y el ir y venir de las atentas Hermanas.

Sus aposentos eran bastante confortables: tres estancias de paredes de plaz de un sedante color verde, una suave cama, sillas reducidas para que encajaran con su diminuto cuerpo.

Se trataba de una no-nave ixiana, y estaba seguro de que sus guardianes no sospechaban lo mucho que él sabía de ella. *Tanto como los ixianos*. Máquinas ixianas a todo su alrededor, pero ningún ixiano a la vista. Dudaba que hubiera un solo ixiano en la Casa Capitular. Las brujas eran célebres por ocuparse ellas mismas del mantenimiento.

Odrade avanzó y habló lentamente, observándole con cuidado. «*No son impulsivas*». Uno oía esto a menudo.

Ella le preguntó si estaba cómodo, y parecía preocupada por él. *El comportamiento subordinado te disminuye*. Scytale había visto esto en una copia de la Coda Bene Gesserit. Encajaba con la Sabiduría Popular acerca de las brujas.

*Entonces, ¿y sus tan temidos castigos?* Los tleilaxu habían sufrido más de una vez bajo el látigo de la Bene Gesserit.

Odrade respondía a sus preguntas con una disertación:

—Los castigos son administrados únicamente para enseñar una lección valiosa. ¿Qué bien causa el castigo si únicamente provoca dolor?

—¿Una prueba para la extinción? —sondeó Scytale.

—Vamos, vamos —reprendió ella—. ¿Acaso no os hemos preservado de esa

extinción?

El suspiró profundamente.

—Así parece. —Miró con ojos escrutadores la sala de estar a su alrededor.

—No veo ixianos.

Ella frunció los labios con desagrado.

—¿Es para eso para lo que pedisteis una consulta?

*¡Por supuesto que no, bruja! Simplemente practico mis artes de distracción. No esperarás que mencione cosas que deseo mantener ocultas. Además, ¿por qué debería llamar vuestra atención hacia los ixianos cuando sé que es muy poco probable que haya ningún intruso peligroso caminando libremente por vuestro maldito planeta? Ahhh, la muy vanagloriada conexión ixiana que nosotros los tleilaxu mantuvimos durante tanto tiempo. ¡Tú lo sabes! Hicisteis a Ix memorable más de una vez.*

¡Las mujeres de Shaitan cerraban las obvias aberturas de seguridad, pero eran ciegas a lo obvio!

Los tecnócratas de Ix podían dudar en irritar a la Bene Gesserit, pensó, pero serían extremadamente cuidadosos en no despertar las iras de las Honoradas Matres. El comercio secreto quedaba indicado por la presencia de esta no-nave, pero el precio debió haber sido ruinoso y los circunloquios excepcionales. Muy detestables, esas rameras de la Dispersión. También ellas debían necesitar a Ix, suponía. E Ix podía desafiar secretamente a las rameras para hacer un trato con la Bene Gesserit. Pero los límites eran angostos y las posibilidades de traición muchas.

Esos pensamientos lo confortaron mientras negociaba. Odrade, de un humor susceptible, lo puso nervioso varias veces con silencios durante los cuales le miraba de aquella inquietante forma Bene Gesserit.

Podía darse cuenta de que ella lo encontraba repulsivo... la forma en que su mirada se fijaba secuencialmente en cada uno de sus rasgos. Sabía lo que ella estaba pensando. *Una figura de elfo con un rostro estrecho y unos ojos maliciosos. Con patas de gallo. Su mirada descendió: una boca pequeña con afilados dientes y unos caninos puntiagudos.*

Scytale sabía que era una figura surgida de las más peligrosamente inquietantes mitologías de la humanidad. Odrade debía estar preguntándose: *¿Por qué la Bene Tleilax eligió esta apariencia física en particular, cuando con su control de la genética hubieran podido concederse una forma más impresionante?*

*¡Por la simple razón de que te inquieta, sucia powindah!*

—Aquellos que no pueden aprender terminarán cayendo al borde del camino —dijo ella—. Arrojados por cosas a las que no pueden enfrentarse dentro de sí mismos. Un proceso de deshierbado en todas esas vidas.

*Oh, qué cierto es eso, bruja.*

—¿Ninguna indulgencia para los accidentes? —preguntó con astucia. Los Sagrados Accidentes formaban una parte integrante de la Gran Creencia.

—Los accidentes ocurren. ¿Pero qué es lo que enseñan los accidentes? —Y ella misma respondió a su pregunta—: Sé adaptable. Sé fuerte. Estáte preparado a los cambios, a lo nuevo. Acumula muchas experiencias.

—¿Es eso lo que hacéis vosotras en las Otras Memorias? —Muy suavemente, dándose cuenta de que ella interpretaría aquello como un elemento más de su astucia habitual. *Qué poco sabéis vosotras, pobres powindah, de lo que hemos acumulado.*

La respuesta de ella lo tranquilizó:

—No permitimos mezclarnos con nuestros pasados. Solamente interpretamos.

Aquello tenía el sonido característico del pensamiento Mentat, pero ella se negó a ampliarlo cuando él planteó más preguntas.

Estaban intentando confundirlo.

Pensó en otra cosa *típica*: «Las Bene Gesserit raras veces levantan polvo.»

Scytale había visto el polvo levantado por algunas de las consecuencias de muchas acciones Bene Gesserit. *¡Mira lo que le ocurrió a Dune! Ardió en cenizas porque vosotras, mujeres de Shaitan, elegisteis aquel sagrado lugar para desafiar a las ramera. Incluso los restos de vuestro Profeta desaparecieron en busca de su recompensa. ¡Murió todo el mundo!*

Y ni siquiera se atrevía a contemplar sus propias pérdidas. Ningún planeta tleilaxu había escapado al destino de Dune. *¡La Bene Gesserit causó eso!* Y él tenía que soportar su tolerancia... un refugiado con solamente Dios para apoyarle.

Preguntó a Odrade acerca del *polvo levantado* en Dune.

—Sabréis eso solamente cuando nos hallemos in extremis.

—¿Es por eso por lo que atraéis la violencia de esas ramera?

Ella se negó a discutir aquello.

Uno de los difuntos compañeros de Scytale había dicho:

—La Bene Gesserit deja rastros rectilíneos. Puedes pensar que son complejas, pero cuando miras fijamente su forma de actuar descubres que es lisa.

Ese compañero y todos los demás habían sido masacrados por las ramera. Lo único que sobrevivía de ellos se hallaba en las células en una cápsula de entropía nula. ¡Lo suficiente para la sabiduría de un Maestro muerto!

Odrade deseaba más información técnica acerca de los tanques axlotl. ¡Ohhh, con qué habilidad fraseó sus preguntas!

¿Era un error proporcionarles incluso un conocimiento limitado? Ahora se dio cuenta de que les había dicho mucho más que los desnudos detalles biotécnicos a los que se había confinado al principio. Definitivamente habían deducido la forma en que los Maestros habían creado una limitada inmortalidad... con un ghola de reemplazo creciendo siempre en los tanques. ¡Eso también se había perdido! Deseaba gritárselo

en su frustrada rabia.

*Preguntas... obvias preguntas.*

Paraba sus preguntas con redundantes argumentos acerca de «mi necesidad de sirvientes Danzarines Rostro y mi propia consola conectada al sistema de la nave.»

Ella no dejaba de mostrarse astutamente obstinada, sondeando sin cesar en busca de más conocimientos acerca de los tanques.

—La información para producir melange a partir de vuestros tanques podría inducirnos a ser más liberales con nuestro huésped.

*¡Nuestros tanques! ¡Nuestro huésped!*

Aquellas mujeres eran como una pared de plástiacero. Nada de tanques para su uso personal. *Todo ese poder tleilaxu desaparecido.* Era un pensamiento lleno de lamentos de autocompasión. Se tranquilizó recordándose: a buen seguro Dios estaba probando sus recursos. *Ellas creen que me tienen en una trampa.* Pero sus restricciones dolían. ¿Nada de sirvientes Danzarines Rostro? Muy bien. Buscaría otros sirvientes. No Danzarines Rostro.

Scytale sintió la profunda angustia de sus muchas vidas cuando pensó en sus perdidos Danzarines Rostro... sus mutables esclavos. *¡Malditas sean esas mujeres y su pretensión de que han compartido la Gran Creencia! Omnipresentes acólitas y Reverendas Madres siempre merodeando por los alrededores. ¡Espías! Y com-ojos por todas partes. Opresivo.*

No creía que las brujas fueran sencillas de comprender. Complejidad, ese era su sello distintivo. Se decía (¡Lo decían ellas de sí mismas!) que empleaban la complejidad «de vez en cuando» debido a las barreras en su camino. ¡Más engaños!

—A menudo utilizamos la solución del Nudo Gordiano —alardeaba Odrade—. Uno ni siquiera ve el cuchillo, pero la cuerda de la complejidad está atada formando un nudo terrible, y todos saben que hemos sido nosotras quienes lo hemos cortado.

Nunca eran tan simples como eso.

A su primera llegada a la Casa Capitular, había captado una cautela en sus carceleros, una especie de intimidación que se hacía muy intensa cuando sondeó las características de su Orden. Más tarde, llegó a ver todo aquello como un círculo defensivo, todas ellas enfrentándose al exterior en previsión de cualquier amenaza. *Todo lo que es nuestro es nuestro. ¡Tú no puedes entrar!*

Scytale reconoció en aquello una postura paterna, un punto de vista materno hacia la humanidad: «¡Comportaos bien u os castigaremos!» Y los castigos Bene Gesserit eran realmente algo digno de ser evitado.

Mientras Odrade seguía exigiendo más de lo que él estaba en condiciones de dar, Scytale clavó su atención en un *típico* que estaba seguro que era cierto: *Ellas no pueden amar.* Pero se sentía obligado a estar de acuerdo con aquello... Ni el amor ni el odio eran puramente racionales. Pensó en tales emociones como en una oscura

fuelle ensombreciendo el aire a todo su alrededor, un primitivo surtidor que arrojaba insospechados seres humanos.

*¡Cómo habla esta mujer!* La observó, sin escucharla realmente. ¿Cuáles eran sus imperfecciones? ¿Era una debilidad el que evitaran la música? ¿Temían el secreto desplegar de las emociones? La aversión parecía hallarse fuertemente condicionada.

—Todo ello evoca memorias inútiles —decía Odrade.

El condicionamiento no siempre tenía éxito. En sus muchas vidas había visto a brujas que parecían gozar de la música. Cuando preguntó a Odrade, ella se acaloró, y él sospechó una deliberada exhibición para confundirle.

—¡No podemos distraernos!

—¿Nunca repetís las grandes ejecuciones musicales en vuestras memorias? Me han dicho que en los tiempos antiguos...

—¿Qué utilidad tiene la música interpretada por instrumentos que son desconocidos para la mayoría de la gente?

—Oh. ¿Cuáles instrumentos son esos?

—¿Dónde podéis encontrar hoy un piano? —*De nuevo esa falsa cólera*—. Instrumentos terribles de afinar, y más difíciles aún de tocar.

*Qué hermosamente protesta.*

—Nunca había oído hablar de ese... ese... ¿piano, habéis dicho? ¿Es como el baliset?

—Primos lejanos. Pero sólo puede ser afinado a una clave aproximada. Una idiosincrasia del instrumento.

—¿Por qué resaltáis este... este piano?

—Porque a veces pienso que es malo que ya no dispongamos de él. Producir la perfección a través de las imperfecciones es, después de todo, la mayor de las formas artísticas.

Scytale sintió una profunda debilidad. Sus palabras encajaban tan limpiamente con su afirmación de que la Bene Gesserit buscaba tan sólo perfeccionar la sociedad humana. ¡De modo que pensaba que podía enseñarle! Otro *típico*: «Se ven a sí mismas como maestras.»

Cuando expresó sus dudas acerca de esta afirmación, ella dijo:

—Naturalmente, creamos presiones en las sociedades a las que influenciamos. Lo hacemos de forma que podamos dirigir esas presiones.

—Encuentro esto discordante —se quejó él.

—¿Por qué, Maestro Scytale? Es un esquema muy común. Los gobiernos lo hacen a menudo a fin de producir violencia contra blancos escogidos. ¡Vosotros mismos lo hacéis! Y ved lo que habéis conseguido.

*¡Así que se atreve a afirmar que los tleilaxu trajeron esta calamidad sobre ellos mismos!*



—Seguimos la lección del Gran Mensajero —dijo, utilizando el Islamiyat para nombrar al Profeta Leto II. Las palabras sonaron extrañas en sus labios, pero fue tomado por sorpresa. Ella sabía muy bien cómo reverenciaban todos los tleilaxu al Profeta.

*¡Pero he oído a esas mujeres llamarle el Tirano!*

Aún hablando el Islamiyat, ella preguntó:

—¿Acaso no es Su finalidad el desviar la violencia, produciendo una lección que posea valor para todos?

*¿Se está burlando de la Gran Creencia?*

—Es por eso por lo que lo aceptamos —dijo ella—. No actuaba según nuestras reglas, pero actuaba hacia nuestra misma finalidad.

*¡Aquella mujer se atrevía a decir que había aceptado al Profeta!*

No lo estaba desafiando, aunque la provocación era grande. Algo delicado, el punto de vista de una Reverenda Madre sobre ella misma y su comportamiento. Sospechaba que estaban constantemente reajustando esos puntos de vista, sin saltar nunca demasiado lejos en ninguna dirección. Nada de odio ni de amor hacia sí mismas. Confianza, sí. Una enloquecedora confianza en sí mismas. Pero eso no requería ni odio ni amor. Solamente una cabeza fría, cada juicio listo para ser corregido, exactamente como ella afirmaba. Es algo que raramente requiere alabanzas. *¿Un trabajo bien hecho? Bien, ¿qué otra cosa esperabas?*

—El adiestramiento Bene Gesserit fortalece el carácter. —Ese era el más conocido *típico* de la Sabiduría Popular. Intentó iniciar una discusión con ella al respecto.

—¿No es el condicionamiento de las Honoradas Matres el mismo que vosotras? ¡Mirad a Murbella!

—¿Son generalidades lo que deseáis, Scytale? —*¿Había regocijo en su tono?*

—Una colisión entre dos sistemas de condicionamiento, ¿no es eso una buena forma de contemplar esta confrontación? —aventuró él.

—Y el más poderoso emergerá con la victoria, por supuesto. —*¡Definitivamente burlándose!*

—¿No es así como funciona siempre? —Con irritación no bien refrenada.

—¿Tiene una Bene Gesserit que recordarle a un tleilaxu que las sutilezas son otro tipo de arma? ¿No habéis practicado vos el engaño? ¿Una fingida debilidad para hacer desviar la atención de vuestros enemigos y conducirlos a trampas? Las vulnerabilidades pueden ser creadas.

*¡Por supuesto! Ella sabe de los eones de engaños de los tleilaxu, creando una imagen de inepta estupidez.*

—¿De modo que así es como esperáis tratar a vuestros enemigos?

—Pretendemos castigarlos, Scytale.

*!Qué implacable determinación!*

Nuevas cosas que había aprendido de la Bene Gesserit lo llenaban de recelos.

Odrade, llevándolo a un bien custodiado paseo una tarde de frío invierno por los alrededores de la nave (con fornidas Censoras a tan sólo un paso detrás de él), se detuvo para contemplar una pequeña procesión que venía de Central.

Cinco mujeres Bene Gesserit, dos de ellas acólitas por sus atuendos blancos, pero las otras tres con lisas ropas de color gris eran desconocidas para él. Conducían una carreta hacia los huertos. Un frío viento sopló entre ellos. Unas cuantas hojas secas fueron arrancadas de las oscuras ramas. La carreta llevaba un largo bulto envuelto en telas blancas. ¿Un cuerpo? Tenía su forma.

Cuando preguntó, Odrade le regaló con un relato detallado de las prácticas funerarias de la Bene Gesserit.

Si había algún cuerpo que enterrar, se hacía con el desapego habitual que veía ahora. Ninguna Reverenda Madre había tenido nunca un funeral o había deseado que se perdiera el tiempo con rituales. ¿Acaso su memoria no vivía en sus Hermanas?

Él empezó a decir que aquello era irreverente, pero ella lo interrumpió.

—¡Dado el fenómeno de la muerte, todos los lazos de la vida son temporales! Nosotras modificamos un poco eso en las Otras Memorias. Vosotros hacéis algo similar, Scytale. Y ahora incorporamos algunas de vuestras habilidades en nuestro saco de trucos. ¡Oh, sí! Así es como pensamos de tales conocimientos. Simplemente modifican el esquema.

—¡Una práctica irreverente!

—No hay nada de irreverente en ella. Van a la tierra, donde al menos se convertirán en fertilizante. —Y siguió describiendo la escena sin darle una posibilidad de efectuar más protestas.

Siempre empleaban esta misma rutina que observaban ahora, dijo. Una gran barrena mecánica era llevada al huerto, donde taladraba un agujero de tamaño conveniente en la tierra. El cadáver, envuelto en aquella tela barata, era enterrado verticalmente, y un árbol plantado encima suyo. Los huertos eran plantados con los árboles formando como una rejilla, con un cenotafio en un rincón donde eran registradas las localizaciones de los enterrados. Vio el cenotafio cuando ella se lo señaló, una cosa cuadrada y verde de unos tres metros de alto.

—Creo que este cuerpo que va a ser enterrado está allá por el C-21 —dijo ella, observando trabajar la barrena mientras el grupo fúnebre aguardaba, reclinado contra la carreta—. Ese fertilizará un manzano. —¡Y sonó profanamente feliz al decirlo!

Mientras observaban a la barrena retirarse y la carreta ser inclinada para descargar el cuerpo y deslizarlo dentro del agujero, Odrade empezó a tararear.

Scytale se sintió sorprendido.

—Decíais que la Bene Gesserit evitaba la música.

—Sólo es una vieja cantinela apropiada. —La cantó lentamente para él, explicando las antiguas referencias: «Las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo, si los Camellos no te recogen, las Fátimas lo harán.»

—¿Nuestros antepasados inhalaban humo de esas Fátimas que describís? Un narcótico, por supuesto.

—Un narcótico mortal: nicotina. Era una adicción tan extendida y una tal dependencia burocrática en lo que a impuestos se refiere que prosiguió durante siglos. —Sonrió—. Esa era una canción de guerra. Una forma de reírle a la cara a la muerte. Exactamente a nuestra manera.

La Bene Gesserit seguía siendo un rompecabezas y, más que nunca, veía la debilidad de los *típicos*. Por ejemplo, ahí estaba la afirmación de todo lo que hacían sin necesidad de la ayuda de sistemas burocratizados y mantenimiento de grabaciones. Excepto los Archivos de Bellonda, por supuesto, y cada vez que él los mencionaba, Odrade decía: «¡El cielo nos guarde!» o algo parecido.

—¿Y cómo os mantenéis sin oficiales ni grabaciones? —Se sentía profundamente desconcertado.

—Si una cosa necesita hacerse, la hacemos. ¿Enterrar a una hermana? —Señaló hacia la escena en el huerto, donde habían sido traídas palas y la tierra había sido apretada sobre la tumba—. Así es como se hace, y siempre hay alguien alrededor que es responsable. Ellas saben quiénes son.

¿Por qué seguía manteniendo su atención centrada en aquel enterramiento? ¿Era una amenaza? Intentó desviarse hacia otros asuntos, pero ella siguió inmovible.

—La meten en el agujero. Echan tierra por encima. Mañana habrá un nuevo árbol en este lugar. —Odrade lo miró de frente, con aquellos duros e intensos ojos Bene Gesserit—.

Arboles sanos, frutos abundantes: ¡la muerte al servicio de la vida!

—¿Quién... quién cuida de este desagradable...?

—¡No es desagradable! Forma parte de nuestra educación. Generalmente lo supervisan Hermanas fracasadas. Las acólitas hacen el trabajo.

—¿Acaso no...? Quiero decir, ¿no es desagradable para ellas? Hermanas fracasadas, decís. Y acólitas. Suena más como un castigo que...

—¡Un castigo! Vamos, vamos, Scytale. ¿Sólo tenéis una canción que cantar? —Señaló hacia el grupo funerario—. Después de su aprendizaje, toda nuestra gente acepta voluntariamente sus trabajos.

—Pero no... ahhh, la burocracia...

—¡No somos estúpidas!

De nuevo no comprendió, pero ella respondió a su silencioso desconcierto.

—Seguro que sabéis que las burocracias se convierten siempre en voraces aristocracias después de alcanzar el poder del mando.

Tenía dificultad en ver la relevancia. ¿Estaba conduciéndole hacia algún sitio en particular?

Cuando siguió en silencio, ella dijo:

—Las Honoradas Matres tienen todas las marcas de la burocracia. Ministras de esto, Grandes Honoradas Matres de aquello, unas pocas llenas de poder en la cima y muchas funcionarias debajo.

Obviamente ella veía aquello como una debilidad, pero Scytale no consiguió ver esa debilidad y, si lo era, cómo explotarla.

—Están llenas ya de hambres adolescentes —dijo Odrade, como si aquello lo explicara todo. Y cuando él no respondió—: Voraces predadoras que nunca consideran el cómo exterminan a su presa. Una estrecha relación: reduce el número de aquellos de quienes te alimentas y verás desmoronarse toda tu estructura.

Consideró difícil creer que las brujas vieran realmente así a las Honoradas Matres, y lo dijo.

—Si sobrevivís, Scytale, veréis mis palabras convertirse en realidad. Grandes gritos de rabia de esas mujeres que no han pensado en la necesidad de frenarse. Muchos nuevos esfuerzos para arrancar lo máximo posible de sus presas. ¡Capturar todo lo que puedan de ellas! ¡Estrujarlas más duro! Eso sólo significará una exterminación más rápida. Idaho dice que se hallan ya en el estadio de regreso a la muerte.

—¿El ghola dice esto? —*¡Así pues, lo está usando como un Mentat!*— ¿Dónde obtenéis estas ideas? Seguro que no se originan en vuestro ghola. —*¡Sigue creyendo que es vuestro!*

—Él simplemente confirmó nuestra afirmación. Un ejemplo en las Otras Memorias nos alertó.

—¿Oh? —Esa cosa de las Otras Memorias le preocupaba. ¿Podían asegurar que era cierta? Las memorias de sus propias vidas múltiples eran de enorme valor. Pidió confirmación.

—Recordamos la relación entre un animal comestible llamado conejo de las nieves y un felino predador llamado lince. La población de felinos siempre crecía para seguir a la población de los conejos, y luego el exceso de felinos sobrealimentados traía al cabo del tiempo a los predadores otra vez al hambre y de vuelta a la muerte.

—De vuelta a la muerte... un término interesante.

—Descriptivo para lo que pretendemos con las Honoradas Matres.

Cuando terminó su encuentro (sin que él ganara nada), Scytale se sintió más confundido que nunca. ¿Era esa precisamente la intención de Odrade? ¡Aquella maldita mujer! No podía estar seguro de nada de lo que decía.

Cuando ella lo devolvió a sus aposentos en la nave, Scytale permaneció durante

largo tiempo mirando a través de la barrera del campo al largo corredor donde a veces Idaho y Murbella pasaban en dirección a su sala de prácticas. Sabía que debía ser allí, al otro lado de aquella enorme arcada al fondo. Siempre salían de allí sudando y respirando pesadamente.

Ninguno de sus compañeros prisioneros apareció, aunque estuvo acechando durante más de una hora.

*¡Utiliza al ghola como un Mentat! Eso quiere decir que él tiene acceso a la consola de los sistemas de la nave. Seguro que ella no le privaría a su Mentat de sus datos. De alguna manera, tengo que ingeniármelas para conocer íntimamente a ese Idaho. Siempre está el lenguaje del silbido que imprimimos en todos los gholas. No debo parecer demasiado ansioso. Una pequeña concesión en las negociaciones, quizá. Una queja de que mis aposentos son demasiado reducidos. Se darán cuenta de que esa prisión me irrita.*

## Capítulo XII

*La educación no es un sustituto para la inteligencia. Esa elusiva cualidad es definida tan sólo en parte por la habilidad en resolver rompecabezas. Es en la creación de nuevos rompecabezas que reflejen lo que tus sentidos informan, que completas la definición.*

### **Texto Uno Mentat (decto)**

Trajeron a Lucilla a presencia de la Gran Honorada Madre en una jaula tubular... una jaula dentro de una jaula. Una red de hilo shiga la mantenía confinada en el centro del dispositivo.

—Soy la Gran Honorada Madre —la saludó la mujer sentada en el enorme sillón negro. *Pequeña de estatura, leotardos rojos y dorados*—. La jaula es para tu protección en caso que intentaras utilizar la Voz. Somos inmunes. Nuestra inmunidad toma la forma de un reflejo. Matamos. Un cierto número de vosotras habéis muerto de esta forma. Conocemos la Voz y la utilizamos. Recuérdalo cuando te suelte de tu jaula. —Agitó las manos hacia los servidores que habían traído la jaula—. ¡Iros! ¡Iros!

Lucilla miró a la habitación que la rodeaba. Sin ventanas. Casi cuadrada. Iluminada por unos cuantos globos plateados. Paredes verdes, duras. Un típico lugar de interrogatorio. En algún lugar alto. Habían traído su jaula en un nultubo poco después del amanecer.

Un panel detrás de la Gran Honorada Madre se abrió a un lado, y una jaula más pequeña entró deslizándose en la habitación, accionada por un oculto mecanismo. La jaula era cuadrada, y en ella había de pie lo que al principio creyó que era un hombre desnudo, hasta que se volvió y la miró.

*¡Un Futar!* Tenía un rostro ancho, y pudo ver claramente sus caninos.

—Quiero frotos espalda —dijo el Futar.

—Sí, querido. Te frotaré la espalda más tarde.

—Quiero comer —dijo el Futar. Miró con ojos brillantes a Lucilla.

—Más tarde, querido.

El Futar siguió estudiando a Lucilla.

—¿Tú Adiestradora? —preguntó.

—¡Por supuesto que no es una Adiestradora!

—Quiero comer —insistió el Futar.

—¡Más tarde, he dicho! Por ahora, límitate a sentarte aquí y ronronea para mí.

El Futar se acuclilló en su jaula, y de su garganta brotó un sonido retumbante.

—¿No son dulces cuando ronronean? —Evidentemente la Gran Honorada Madre

no esperaba una respuesta.

La presencia del Futar desconcertó a Lucilla. Se suponía que aquellas cosas cazaban y mataban Honoradas Matres. De todos modos, estaba enjaulado.

—¿Dónde lo capturaste? —preguntó Lucilla.

—En Gammu. —No se dio cuenta de lo que había revelado.

*Y esto es Conexión*, pensó Lucilla. Lo había reconocido desde el transbordador la noche antes.

El Futar dejó de ronronear.

—Comida —gruñó.

A Lucilla le hubiera gustado comer algo. No le habían dado nada en tres días, y se había visto obligada a suprimir los retortijones del hambre. Pequeños sorbos de agua de un litrojon dejado en la jaula la ayudaban, pero ahora ya casi estaba vacío. Los sirvientes que la habían traído se habían reído de su petición de comida.

—¡A Futars gusta comida delgada!

Era la ausencia de melange lo que más la atormentaba. Había empezado a sentir los primeros dolores aquella mañana.

*Tengo que matarme pronto.*

La horda de Lampadas suplicó para que resistiera. *Sé valiente. ¿Qué ocurrirá si una Reverenda Madre nos falla?*

*La Reina Araña. Así es como Odrade llama a esta mujer.*

La Gran Honorada Madre seguía estudiándola, la mano apoyada en su barbilla. Era una barbilla débil. En un rostro sin rasgos positivos, la mirada se veía atraída por lo negativo.

—Al final perderás, ya lo sabes —dijo la Gran Honorada Madre.

—Silbando más allá de la tumba —dijo Lucilla, y luego tuvo que explicar la expresión.

Hubo una educada muestra de interés en el rostro de la Gran Honorada Madre. *Qué interesante.*

—Cualquiera de mis ayudantes podría haberte matado inmediatamente por decir eso. Esta es una de las razones por las cuales estamos solas. Siento curiosidad por saber por qué has dicho una cosa así.

Lucilla contempló al acucillado Futar.

—Los Futars no se producen de la noche a la mañana. Son creados genéticamente a partir del stock de animales salvajes con una finalidad.

—¡Cuidado! —Chispas naranjas llamearon en los ojos de la Honorada Madre.

—Generaciones de desarrollo dieron como resultado la creación de los Futars —dijo Lucilla.

—¡Los cazamos para nuestro placer!

—Y el cazador se convierte en el cazado.

La Gran Honorada Madre saltó sobre sus pies, los ojos completamente naranjas. El Futar se agitó y empezó a lloriquear. Le hizo un gesto con una mano al enjaulado animal.

—Todo está bien, querido. Pronto comerás, y luego yo te frotaré la espalda.

El Futar reanudó su ronroneo.

—Así que crees que volvimos aquí como refugiados —dijo la gran Honorada Madre—. ¡Sí! No pretendas negarlo.

—Los gusanos se dan a menudo la vuelta —dijo Lucilla.

—¿Los gusanos? ¿Te refieres a esas monstruosidades que destruimos en Rakis?

Se sintió tentada de aguijonear a aquella Honorada Madre y despertar una respuesta espectacular. Alármala lo suficiente, y seguro que matará.

*¡Por favor, Hermana!, suplicó la horda de Lampadas. Resiste.*

*¿Creéis que puedo escapar de este lugar?* Aquello las silenció, excepto una débil protesta. *¡Recuerda! Somos la antigua muñeca: siete veces abajo, ocho veces arriba.* Apareció con una bamboleante imagen de una pequeña muñeca roja, con un sonriente rostro de Buda y las manos apoyadas sobre su prominente barriga.

—Obviamente te estás refiriendo a los remanentes del Dios Emperador —dijo Lucilla—. Yo tenía otra cosa en mente.

La Gran Honorada Madre se tomó su tiempo considerando aquello. El naranja desapareció de sus ojos.

*Está jugando conmigo, pensó Lucilla. Tiene intención de matarme y darme como comida a su animalito de compañía.*

*¡Pero piensa en la información táctica que puedes proporcionar si conseguimos escapar!*

*¡Nosotras!* Pero no había forma de evitar la exactitud de aquella protesta. Habían traído su jaula del transbordador mientras aún era de día. Las inmediaciones del cubil de la Reina Araña estaban bien planeadas para dificultar el acceso, pero la planificación divertía a Lucilla. Una planificación muy antigua, totalmente pasada de moda. Estrechos lugares en las inmediaciones con torres de observación proyectándose del suelo como tristes setas grises sostenidas en los lugares adecuados por sus micelios. Bruscos recodos en los puntos críticos. Ningún vehículo terrestre normal podría tomar esos recodos a una cierta velocidad.

Había mención de todo aquello en el estudio crítico de Teg sobre Conexión, recordó. Defensas absurdas. Uno sólo tenía que traer equipo pesado o atacar esas burdas instalaciones de cualquier otra forma y las tendría completamente aisladas. Estaban conectadas subterráneamente, por supuesto, pero esto podía eliminarse mediante explosivos. Lígalos, córtalos de su fuente, y caerán en pedazos. *¡No más preciosa energía llegando por vuestros tubos, idiotas!* Una visible sensación de seguridad, y las Honoradas Matres creyéndoselo. *¡Para sentirse tranquilas! Sus*



defensores podían gastar grandes cantidades de energía en inútiles despliegues para proporcionar a esas mujeres una falsa sensación de seguridad.

*¡Los pasillos! Recuerda los pasillos.*

Sí, los pasillos de aquel gigantesco edificio eran enormes, a fin de que pudieran pasar por ellos los gigantes tanques en los que los Navegantes de la Cofradía se veían obligados a vivir cuando estaban en la superficie de un planeta. Sistemas de ventilación a lo largo de los salones, en la parte baja, para arrojar la mezcla necesaria del gas de melange. Podía imaginar esclusas abriéndose y cerrándose con vibrantes reverberaciones. A los hombres de la Cofradía nunca habían parecido importarles los ruidos fuertes. Las líneas de transmisión de energía para los sensores móviles eran gruesas serpientes negras ondulando por los pasillos y metiéndose en casi todas las habitaciones que había visto. Los Navegantes podían husmear por todos los lugares que quisieran.

Mucha de la gente a la que vio llevaba pulsores direccionales para guiarse. Incluso las Honoradas Matres. Así que se perdían allí. Todo el mundo bajo aquel enorme techo con sus fálicas torres. ¿Lo encontraban atractivo los nuevos residentes? Fuertemente aislados de la cruda realidad exterior (a la que nadie de la gente importante salía nunca excepto para matar cosas o contemplar a los esclavos en sus divertidos trabajos y juegos). Pero a través de todo aquello, había visto una mezquindad que hablaba de un mínimo de gasto de mantenimiento. *No están cambiando mucho. El plano terrestre de Teg aún es exacto.*

*¿Ves lo valiosas que pueden ser tus observaciones?*

La gran Honorada Madre se agitó, extrayéndose de su meditación.

—Es simplemente posible que decida después de todo permitirte vivir. Siempre que satisfagas algo de mi curiosidad, por supuesto.

—¿Cómo sabes que no voy a responder a tu curiosidad con un grumo de pura mierda?

Las vulgaridades divertían a la Gran Honorada Madre. Casi se echó a reír. Aparentemente nadie la había advertido que tomara precauciones contra las Bene Gesserit cuando recurrieran a la vulgaridad. La motivación de todo aquello podía ser algo inquietante. *Nada de Voz, ¿eh? ¿Acaso cree que es mi único recurso?* La Gran Honorada Madre había dicho lo suficiente y había reaccionado lo suficiente como para dar a cualquier Reverenda Madre algo seguro por donde agarrarla. Las señales de cuerpo y palabra siempre traían consigo más información de la necesaria para la comprensión. Era una inevitable información extra que estudiar y almacenar con toda la demás.

—¿Nos encuentras atractivas? —preguntó la Gran Honorada Madre.

*Extraña pregunta.*

—La gente de la Dispersión posee toda ella un cierto atractivo —dijo. *Dejemos*

que piense que he visto a muchas de ellas, incluyendo a sus enemigas—. Sois exóticas, en el sentido de extrañas y nuevas.

—¿Y nuestras proezas sexuales?

*He dicho «exóticas», Madame Araña, no «eróticas».*

—Hay un aura en ello, naturalmente. Algo excitante y magnético para muchos.

—Pero no para ti.

*¡Ve a su barbilla!* Era una sugerencia de la horda. *¿Porque no?*

—He estado estudiando tu barbilla, Gran Honorada Madre.

—¿De veras? —Sorprendida.

—Es sin la menor duda la barbilla de tu infancia, y deberías sentirte tremendamente orgullosa de este parecido de juventud.

*No complacida en absoluto, pero incapaz de demostrarlo. Golpea a la barbilla de nuevo.*

—Apuesto a que tus amantes te besan a menudo la barbilla —dijo Lucilla.

Ahora furiosa, e incapaz todavía de reflejarlo. *¡Amenázame! ¡Adviérteme que no use la Voz!*

—Quiero besar barbilla —dijo el Futar.

—He dicho que luego, querido. ¡Ahora cállate!

*Emprendiéndola con su propio animalito.*

—Pero tienes preguntas que quieres hacerme —dijo Lucilla. La dulzura personificada. Otra señal de advertencia fácilmente distinguible. *Soy una de esas que derrama azúcar sobre todo. «¡Qué encantador! Qué agradables momentos los que paso contigo. ¡Es todo tan maravilloso! Si fueras algo más lista para no estropearlo todo. Fácilmente. Rápidamente.» Pon tu propio adverbio.*

La gran Honorada Madre intentó durante un tiempo recuperar la compostura. Se daba cuenta de que había sido situada en desventaja, pero no podía decir cómo. Cubrió el momento con una sonrisa enigmática, luego.

—Pero dije que te soltaría. —Apretó algo en el lado de su sillón, y una sección de la jaula tubular se corrió a un lado, llevándose la red de hilo shiga con ella. Al mismo instante, una silla baja se alzó de un panel en el suelo directamente frente a ella y a menos de un paso de distancia.

Lucilla se sentó en la silla, con las rodillas tocando casi a su inquisidora. *Los pies. Recuerda que matan con los pies.* Flexionó sus dedos, notando que habían estado comprimiendo sus manos en puños. ¡Malditas tensiones!

—Tendrías que comer y beber algo —dijo la Gran Honorada Madre. Pulsó otra cosa en el lado de su sillón. Ahora fue una bandeja lo que se alzó del suelo al lado de Lucilla... plato, cuchara, un vaso lleno de un líquido rojo. *Mostrándome sus juguetes.*

Lucilla tomó su vaso.

*¿Veneno? Huélelo primero.*

Probó la bebida. ¡Té-estim y melange! *Estoy hambrienta.*

Lucilla devolvió el vaso vacío a la bandeja. El estim en su lengua olía fuertemente a melange. *¿Qué está haciendo? ¿Cortejándome?* Lucilla sintió un flujo de alivio ante la especia. El plato contenía alubias con salsa picante. Las comió después de probar el primer bocado en busca de aditivos no deseados. Ajo en la salsa. Se sintió suspendida por una brevísima fracción de segundo de la Memoria de este ingrediente... un ingrediente especial para la cocina exquisita, específico contra licántropos, un posible tratamiento para la flatulencia.

—¿Encuentras agradable tu comida?

Lucilla se secó la barbilla.

—Muy buena. Tienes que felicitar a tu chef. —*Nunca felicites al chef en un establecimiento privado. Los chefs pueden ser reemplazados. La anfitriona es irremplazable*—. El toque del ajo es encantador. —*Ya basta de distracciones. Este no es momento para recopilar el pasado de los usuarios del ajo.*

—Hemos estado estudiando algunas de las bibliotecas salvadas de Lampadas. —Exultante: *¿Ves lo que habéis perdido?*—. Tan poco de interés enterrado entre toda aquella cháchara.

*¿Desea que seas su bibliotecaria?* Lucilla aguardó en silencio.

—Algunas de mis ayudantes piensan que puede haber indicios de la localización del nido de vuestras brujas ahí, o al menos una forma de eliminarlos rápidamente. ¡Tantos idiomas!

*¿Necesita una traductora? ¡Sé obtusa!*

—¿Qué es lo que te interesa?

—Muy poco. ¿Cómo puede ser posible el necesitar relatos del Yihad Butleriano?

—Ellos también destruyeron bibliotecas.

—Y ese antiguo... ¿Cuál era su nombre? Oh, sí: Karl Marx. ¿Qué posible significado pueden tener sus escritos en nuestros días?

*Está dando vueltas en torno a lo que sea que le interesa. Ofrécele un pequeño discurso.*

—Karl Marx cometió el mismo error que cometen la mayoría de los hombres celosos: pensar que todo lo que él odiaba era malo y que merecía los mejores correctivos. Nunca se enfrentó al hecho de que los celos y el odio son en sí mismos el problema. La primera corrección ha de producirse dentro de uno mismo.

—¡Otra de vuestras ilusiones de brujas!

—Nadie es inmune a la ilusión, Gran Honorada Madre. Sin embargo, sí puedes fortalecerte contra la desilusión.

—¡No te hagas la condescendiente conmigo!

*Es más aguda de lo que pensábamos. Sigue mostrándote obtusa.*

—Creía que era yo el objeto de condescendencia.

—¡Escúchame, bruja! Crees que puedes ser insensible en defensa de tu nido, pero no comprendes lo que significa ser realmente insensible.

—No creo que me hayas dicho todavía cómo puedo satisfacer tu curiosidad.

—¡Es vuestra ciencia lo que queremos, bruja! —Bajó un poco su voz—. Seamos razonables. Con tu ayuda, podemos conseguir la utopía.

*Y conquistar todos vuestros enemigos y lograr un orgasmo cada vez.*

—¿Crees que la ciencia posee las llaves a la utopía?

—Y a una mejor organización de nuestros asuntos.

*Recuerda: la burocracia aumenta el conformismo... Eleva esa «fatal estupidez» al status de religión.*

—Una paradoja, Gran Honorada Madre. La ciencia tiene que ser innovadora. Trae consigo el cambio. Por eso la ciencia y la burocracia sostienen una lucha constante.

*¿Acaso conoce sus raíces?*

—¡Pero piensa en el poder! ¡Piensa en lo que puedes controlar! —*No las conoce.*

Las suposiciones de la Honorada Madre acerca del control fascinaban a Lucilla. Controlabas tu universo; no te balanceabas con él. Mirabas hacia afuera, nunca hacia adentro. No te adiestrabas a sentir tus propias y sutiles respuestas, sino que producías músculos (fuerzas, poderes) para superar todo lo que definías como un obstáculo. ¿Eran ciegas esas mujeres?

Cuando Lucilla no dijo nada, la Honorada Madre continuó:

—Hallamos mucho en la biblioteca acerca de la Bene Tleilax.

*Incluso los tleilaxu vieron la falacia del «control».*

—Os unisteis a la Bene Tleilax para muchos proyectos, bruja. Múltiples proyectos: cómo anular la invisibilidad de una no-nave, cómo penetrar los secretos de la célula viva, vuestra Missionaria Protectora, y algo llamado «El Lenguaje de Dios»

*¡Aquí está! ¡Eso es lo que le interesa!*

Lucilla exhibió una tensa sonrisa. ¿Temían que pudiera haber algo bueno allí, en algún lugar? *¡Déjase probar un poco! Sé sincera.*

—No nos unimos a los tleilaxu en ninguno de ellos. Tu gente ha interpretado mal lo que ha encontrado. ¿Te preocupas acerca de ser tratada con aire condescendiente? ¿Cómo crees que se sentiría Dios al respecto? Esa es la función de la Missionaria. Los tleilaxu sólo tienen una religión.

—¿Vosotras organizáis religiones?

—En absoluto. La aproximación organizativa a la religión es siempre como una disculpa. Nosotras nunca nos disculpamos.

—Estás empezando a aburrirme. ¿Por qué hemos encontrado tan poco acerca del Dios Emperador? —¡Lanzándose a fondo!

*¡Está acalorándose de nuevo!*

—Quizá vuestra gente lo destruyó.

—Ahhh, entonces tenéis un interés hacia él.

*¡Y tú también, Madame Araña!*

—Había supuesto, Gran Honorada Madre, que Leto II y su Senda de Oro eran temas de estudio en muchos de vuestros centros académicos.

*¡Eso fue cruel!*

—¡Nosotras no tenemos centros académicos! *¿Lo ves?*

—Encuentro sorprendente tu interés por él.

—Un interés casual, nada más.

*¡Y ese Futar saltó de un roble golpeado por un rayo!*

—Nosotras llamamos a su Senda de Oro «el juego de los papelitos». Arrojó sus papelitos para que siguiéramos su rastro a los vientos infinitos y dijo: «¿Veis?, así son las cosas». Eso es la Dispersión.

—Algunas prefieren llamarlo la Búsqueda.

*Y vosotras lo llamáis el imperio que perdisteis.*

—¿Podía predecir realmente nuestro futuro? ¿Es eso lo que os interesa? —  
*¡Diana!*

La gran Honorada Madre tosió en su mano.

—Decimos que Muad'Dib creaba el futuro. Leto II lo descreaba.

—Pero si yo pudiera saber...

—¡Por favor! ¡Gran Honorada Madre! La gente que pide que el oráculo prediga su vida lo que desea saber realmente es dónde está enterrado el tesoro.

—¡Por supuesto!

—¿Conocer todo tu futuro y que nada te sorprenda nunca? ¿Es eso?

—Más o menos con esas palabras.

—Tú no deseas el futuro, tú deseas extenderte hacia la eternidad.

—No hubiera podido decirlo mejor.

—¡Y decías que yo te aburría!

—¿Qué?

*Naranja en sus ojos. Cuidado.*

—¿Ninguna otra sorpresa, nunca? ¿Qué puede ser más aburrido?

—Ahhh... ¡Oh! Pero no es eso lo que quiero decir.

—Entonces me temo no comprender lo que quieres, Gran Honorada Madre.

—No importa. Volveremos a ello mañana. *¡Un aplazamiento!*

La Gran Honorada Madre se puso en pie.

—Vuelve a tu jaula.

—¿Comida? —El Futar sonó plañidero.

—Tengo alguna maravillosa comida para ti abajo, querido. Luego te frotaré la espalda.

Lucilla entró en su jaula. La Gran Honorada Madre echó uno de los almohadones

de la silla tras ella.

—Utiliza esto contra el hilo shiga. ¿Ves lo amable que puedo llegar a ser?

La puerta de la jaula se cerró con un clic.

El Futar con su otra jaula retrocedió hacia la pared. El panel se cerró tras él.

—Se ponen tan inquietos cuando tienen hambre —dijo la Honorada Madre. Abrió la puerta de la habitación y se volvió por un momento hacia Lucilla—. No serás molestada aquí. Voy a negar el permiso a que nadie más pueda entrar en esta habitación.

## Capítulo XIII

*Muchas cosas que hacemos de una forma natural se vuelven difíciles únicamente cuando intentamos convertirlas en temas intelectuales. Es posible saber tanto acerca de un tema que te vuelvas completamente ignorante.*

### **Texto Dos Mentat (dicto)**

Periódicamente, Odrade acudía a cenar con las acólitas y sus Censoras-Observadoras, los más inmediatos guardianes en esta *prisión mental* de la que muchas de ellas no escaparían nunca.

Lo que pensaban y hacían realmente las acólitas informaba a las profundidades de la consciencia de la Madre Superiora de lo bien que funcionaba la Casa Capitular. Las acólitas respondían con sus humores y presentimientos más directamente que las Reverendas Madres. Las Hermanas completas eran muy buenas en no dejar traslucir sus malos momentos. No intentaban ocultar lo esencial, pero cualquiera podía irse a pasear a un huerto o cerrar una puerta y apartarse así de la vista de los perros guardianes.

No así las acólitas.

Había poco tiempo libre en Central por aquellos días. Incluso los comedores tenían un flujo constante de ocupantes, no importaba la hora que fuera. Los turnos de trabajo se habían visto trastocados, y era fácil para una Reverenda Madre ajustar sus ritmos circadianos a la nueva distribución del tiempo. Odrade no podía malgastar energías en tales ajustes. En la comida de la noche, hacía una pausa en la puerta del salón de las Acólitas y escuchaba el repentino silencio.

Incluso la forma en que llevaban la comida a sus bocas decía algo. ¿Dónde iban sus ojos mientras los palillos avanzaban hacia sus bocas? ¿Se metían la comida entre los dientes con un seco movimiento y masticaban rápidamente antes de tragar de forma convulsiva? Allí había una que no dejaba de mirar furtivamente a todos lados. Estaba incubando preocupaciones. ¿Y aquella otra pensativa de ahí que parecía como si a cada bocado se estuviera preguntando cómo ocultaban el veneno en toda aquella basura? Había una mente creativa detrás de aquellos ojos. Habría que probarla para una posición de mayor responsabilidad.

Odrade entró en el salón.

El suelo formaba un amplio tablero de ajedrez, plaz blanco y negro, virtualmente inrrayable. Las acólitas decían que el dibujo era para que las Reverendas Madres lo utilizaran como tablero de juego. «Sitúa a una de nosotras aquí y a otra allí y algunas otras a lo largo de esa línea central. Muévelas así... la que gane se queda con todo.»

Odrade ocupó una silla cerca del extremo de una mesa al lado de las ventanas que

daban al oeste. Las acólitas le hicieron sitio, con movimientos apenas perceptibles.

Aquel salón formaba parte de la construcción más antigua de la Casa Capitular. Construido de madera, con espaciadas vigas sobre sus cabezas, enormemente gruesas y pesadas, pintadas de negro mate. Tenían unos veinticinco metros de largo, sin ningún ensamblaje. En algún lugar en la Casa Capitular había una plantación de robles genéticamente desarrollados tendiéndose hacia la luz del sol en sus ordenadas hileras y recibiendo todos los cuidados del mundo. Árboles que se alzaban al menos treinta metros sin ninguna rama, y con más de dos metros de diámetro. Habían sido plantados cuando fue construido este salón, reemplazos para esas vigas cuando la edad las debilitara. Se suponía que las vigas durarían mil novecientos años estándar.

Odrade no sabía exactamente dónde habían sido plantados los reemplazos... en algún lugar en el hemisferio septentrional. Simplemente sabía de su existencia y su situación general. Se trataba de un detalle administrativo que no tenía por qué preocupar a una Madre Superiora. Se preguntaba, sin embargo, cómo estarían resistiendo los árboles los cambios climáticos. ¿Estaban muy cerca del avanzante desierto?

Esa exquisita atención a los detalles, una huella distintiva de las intrusiones de la Bene Gesserit en cualquier planeta, tranquilizaba a Odrade. Un detalle valioso en cualquier ecosistema interconectado y cuidadosamente monitorizado era que mantenía bajo el nivel de polución. El veneno de una criatura podía ser el alimento de otra. Muchos nichos: sustento mutuo.

Cuán cuidadosamente observaban a la Madre Superiora las acólitas a su alrededor, sin aparentar siquiera que la estaban mirando directamente.

Odrade volvió la cabeza para observar el ocaso por las ventanas que daban al oeste. *De nuevo polvo*. La creciente intrusión del desierto inflamaba el sol poniente y lo hacía resplandecer como unas distantes ascuas que podían estallar en un fuego incontrolable en cualquier momento.

Odrade reprimió un suspiro. Pensamientos como aquél recreaban su pesadilla: *el abismo... la cuerda floja*. Sabía que si cerraba los ojos podría sentirse oscilando en la cuerda. ¡El perseguidor con el hacha estaba cerca!

Las acólitas que comían cerca de ella se agitaron nerviosamente como si captaran su inquietud. Quizá lo hicieran. Odrade oyó el roce de las telas y eso la extrajo de su pesadilla. Se había sensibilizado a una nueva nota en los sonidos de Central. Había un ruido raspante detrás de los movimientos más comunes... esa silla siendo desplazada detrás de ella... el abrirse de aquella puerta de la cocina. Chirridos raspantes. Los equipos de limpieza se quejaban de la arena y del «maldito polvo».

Odrade miró por la ventana a la fuente de aquella irritación: el viento del sur. Una opaca neblina, de un color entre tostado y marrón tierra, tendía como una cortina sobre el horizonte. Tras el viento, se encontraban acumulaciones de polvo en las



esquinas de los edificios y en los lados al socaire de las colinas. Desprendían un olor como a pedernal, algo alcalino que irritaba el olfato.

Bajó los ojos a la mesa cuando una acólita encargada del servicio colocó frente a ella su comida.

Odrade se dio cuenta de que disfrutaba de aquel cambio de las comidas rápidas en su cuarto de trabajo y su comedor privado. Cuando comía sola ahí arriba, las acólitas traían su comida tan silenciosamente y retiraban los platos con tan discreta eficiencia que a veces se sorprendía al descubrir su mesa de nuevo limpia. Aquí, la cena era bullicio y conversación. En sus aposentos, el chef Duana llegaba cloqueando:

«No estáis comiendo lo suficiente.» Por lo general Odrade hacía caso de aquellas advertencias. Los perros guardianes tenían su utilidad.

La comida de esta noche era slig (cerdo) con salsa de soja y melaza, con un mínimo de melange, y un toque de albahaca y limón. Judías verdes frescas cocidas al dente con pimientos. Rojizo zumo de uva para beber. Tomó un bocado de slig para probarlo y lo encontró pasable, un poco demasiado hecho para su gusto. Las acólitas del chef no lo habían hecho demasiado mal.

*Entonces, ¿por qué esta sensación de estar ya cansada de esas comidas?*

Tragó, y su hipersensibilidad identificó aditivos. Aquella comida no estaba allí únicamente para restaurar las energías de la Madre Superiora. Alguien en la cocina había pedido su lista diaria de nutrición y había ajustado aquel plato de acuerdo con ella.

*La comida es una trampa, pensó. Más adicciones.* No le gustaban las arteras formas en que los chefs de la Casa Capitular ocultaban las cosas que ponían en la comida «por el bien de los comensales». Sabían, por supuesto, que una Reverenda Madre podía identificar ingredientes y ajustar su metabolismo en consonancia, hasta unos ciertos límites.

Ahora la debían estar observando, preguntándose cómo juzgaría la Madre Superiora el menú de esta noche.

En algún lugar tenía que triunfar la pureza del sabor, pensó Odrade. Incluso a expensas de lo que los chefs llamaban «alimentación».

Mientras comía, escuchó a las otras comensales. Ninguna interfería con ella... ni física ni vocalmente. Los sonidos habían vuelto casi a lo que eran antes de su entrada. Las agitadas lenguas cambiaban siempre ligeramente su tono cuando ella entraba, y luego proseguían a un volumen más bajo.

*Dedicado a la Madre Superiora.*

Había una pregunta no formulada en todas aquellas activas mentes que tenía a su alrededor: *¿Por qué está aquí esta noche?*

Odrade captó un suave temor reverente en algunas cercanas comensales, una reacción que la Madre Superiora empleaba a veces en su ventaja. Temor reverente,

con algo más. Las acólitas susurraban entre sí (al menos así informaban las Censoras): «Tiene a Taraza.» Con lo cual querían decir que Odrade poseía a su difunta predecesora como Primaria. Las dos constituían una pareja histórica, un estudio que era exigido a las postulantes.

*Dar y Tar, toda una leyenda ya.*

Incluso Bellonda (la querida y vieja perversa Bellonda) acudía evasivamente a Odrade a causa de esto. Pocos ataques frontales, muy poco estruendo en sus discusiones acusatorias. Taraza se había llevado la fama de salvar a la Hermandad. Eso había silenciado mucha oposición. Taraza había dicho que las Honoradas Matres eran esencialmente bárbaras y que su violencia, aunque no totalmente desviable, podía ser dirigida a sangrientos despliegues. Los acontecimientos habían verificado más o menos aquello.

*Correcto hasta cierto punto, Tar. Ninguna de nosotras anticipó la extensión de su violencia.*

La verónica clásica de Taraza (qué adecuada la imagen taurina) había conducido a las Honoradas Matres a tales episodios de carnicería que el universo bullía con potenciales defensores de sus brutalizadas víctimas.

*Hemos trasladado la naturaleza de las decisiones individuales a una nueva arena.*

La importancia de las palabras para describir las necesidades se desvanecía cada vez más en el entorno a cada día que pasaba. No solamente las palabras, sino los lenguajes que controlaban la sintonización de los pensamientos. El lenguaje no podía avanzar por sí mismo, ni podía ser extirpado de la gente que lo hacía moverse y lo cambiaba. Tan sólo los individuos podían echarse a un lado y prescindir de las palabras.

*¿Es ahí donde puedo influenciar nuestro destino?*

El destino humano no había sido nunca completamente manejable. Y en un universo Disperso, ese hecho se convertía en una peligrosa realidad.

*¿Qué puedo hacer para defendernos?*

No era tanto que los planes defensivos fueran inadecuados. Pero podían volverse irrelevantes.

*Eso, por supuesto, es lo que busco. Debemos purificarnos y prepararnos para un supremo esfuerzo.*

Bellonda se había burlado de esa idea.

—¿Para nuestra desaparición? ¿Es para eso para lo que debemos purificarnos?

Bellonda se mostraría ambivalente cuando descubriera lo que planeaba la Madre Superiora. La Bellonda perversa aplaudiría. La Bellonda Mentat pediría un aplazamiento «hasta un momento más propicio».

*Pero yo buscaré mi propio camino particular pese a lo que mis Hermanas*

piensen.

Y muchas Hermanas pensaban que Odrade era la más extraña Madre Superiora que jamás hubieran aceptado. Más exaltada con la mano izquierda que con la derecha. *Con Taraza como Primaria. Yo estaba ahí cuando tú moriste, Tar. No habla nadie más para recoger tu persona. ¿Elevación por accidente?*

Muchas desaprobaban a Odrade. Pero cuando brotaba la oposición, volvían al «Taraza es la Primaria... la mejor Madre Superiora de nuestra historia».

¡Divertido! Su Taraza Interior era la primera en echarse a reír y preguntar: *¿Por qué no les hablas de mis errores, Dar?*

*Especialmente acerca de la forma en que te juzqué mal a ti.*

Odrade masticó reflexivamente un bocado de slig.

*Voy retrasada en mi visita a Sheeana. Tan al sur en el desierto y tan pronto. Hay que preparar a Sheeana para reemplazar a Tam.*

El cambiante paisaje llenó los pensamientos de Odrade. Más de mil quinientos años de ocupación Bene Gesserit de la Casa Capitular. *Señales de nosotras por todas partes.* No sólo en bosquecillos especiales o en viñedos y huertos. Lo que debía hacer a la psique colectiva el ver producirse tantos cambios en su entorno familiar.

La acólita sentada al lado de Odrade emitió de pronto un suave carraspeo. ¿Pretendía dirigirse a la Madre Superiora? Una rara ocurrencia. La joven siguió comiendo sin decir nada.

Los pensamientos de Odrade volvieron al viaje en perspectiva al desierto. Sheeana no debía ser advertida de nada. *Debo estar segura de que es la que necesitamos.* Había preguntas que Sheeana tenía que contestar.

Odrade sabía que se encontraría con paradas de inspección en su camino. En las Hermanas, en la vida vegetal y animal, en los mismos cimientos de la Casa Capitular, vería cambios importantes y cambios sutiles, cosas que retorcerían la ostentosa serenidad de una Madre Superiora. Incluso Murbella, que muy raramente salía de la no-nave (y nunca sin guardias), notaba esos cambios.

Aquella misma mañana, sentada con la espalda apoyada en su consola, Murbella había escuchado con una nueva atención a Odrade, de pie frente a ella. Había una desacostumbrada agudeza mental en la cautiva Honorada Madre. Su voz traicionaba dudas y juicios desequilibrados.

—*¿Todo es transitorio, Madre Superiora?*

—Ese es el conocimiento impreso en ti por las Otras Memorias. Ningún planeta, ningún mar ni tierra firme, ninguna parte de ningún país, existe para siempre.

—*¡Un pensamiento morboso!* —Rechazo.

—Allá donde estemos, no somos más que administradores.

—Un punto de vista que no sirve para nada. —Vacilante, preguntándose por qué la Madre Superiora elegía aquel momento para decir tales cosas.

—He oído a las Honoradas Matres hablando a través de ti. Te han proporcionado sueños de codicia, Murbella.

—¡Eso es lo que vos decís! —Profundamente resentida.

—Las Honoradas Matres creen que pueden comprar una seguridad infinita: un pequeño planeta, ya sabes, lleno de una población servil.

Murbella hizo una mueca.

—¡Más planetas! —restalló Odrade—. ¡Siempre más y más y más! Es por eso por lo que han vuelto como un enjambre.

—Hay poco botín en este Antiguo Imperio.

—¡Excelente, Murbella! Estás empezando a pensar como una de nosotras.

—¡Y eso me convierte en *nada*!

—¿Ni carne ni pescado, sino tu auténtico yo? Incluso así, sigues siendo tan sólo una administradora. ¡Cuidado, Murbella! Si piensas que posees algo, es como si estuvieras andando sobre arenas movedizas.

Aquello provocó un fruncimiento de ceño. Había que hacer algo respecto a la forma en que Murbella dejaba que sus emociones afloraran tan abiertamente a su rostro. Aquí era permisible, pero algún día...

—Así que no puede tenerse nada con seguridad. ¡Y qué! —Amargamente.

—Dices algunas de las palabras correctas, pero no creo que hayas hallado todavía un lugar en ti misma donde puedas permanecer el resto de tu vida.

—¿Hasta que un enemigo me halle y me mate?

*¡El adiestramiento de las Honoradas Matres se adhiere como la cola! Pero ella habló con Duncan la otra noche de una forma que me dice que está preparada. La pintura de Van Gogh, creo, la ha sensibilizado. Lo oí en su voz. Debo revisar esa grabación.*

—¿Quién querría matarte, Murbella?

—¡Vos no habéis presenciado nunca el ataque de una Honorada Madre!

—Creo que he afirmado ya el hecho básico que más preocupa a la Bene Gesserit: ningún lugar es eternamente seguro.

—¡Otra de vuestras condenadamente inútiles lecciones!

En el salón de las acólitas, Odrade recordó que no había encontrado tiempo para revisar aquella grabación del com-ojo de Duncan y Murbella. Casi se le escapó un suspiro. Lo disimuló con una tos. Nunca dejes que las jóvenes vean inquietud en una Madre Superiora.

*¡He de acudir al desierto y a Sheeana! Una gira de inspección tan pronto como encuentre tiempo para ello. ¡Tiempo!*

La acólita sentada al lado de Odrade carraspeó de nuevo. Odrade la observó periféricamente... rubia, un corto vestido negro orlado de blanco... Tercer Grado Intermedio. Ningún movimiento de la cabeza hacia Odrade, ninguna mirada de

soslayo.

*Esto es lo que encontraré en mi gira de inspección: miedos. Y en el paisaje, esas cosas que siempre vemos cuando andamos cortos de tiempo: árboles sin podar porque los podadores se han ido... acosados por nuestra Dispersión; ido a sus tumbas, ido a lugares desconocidos, quizá incluso al peonaje. ¿Veré las Extravagancias arquitectónicas volverse atractivas a causa de hallarse inacabadas, tras haberse ido sus constructores? No. No nos dedicamos mucho a las Extravagancias.*

Las Otras Memorias contenían ejemplos que deseaba poder encontrar: antiguos edificios más hermosos porque estaban incompletos. Un constructor en bancarrota, un dueño irritado con su amante... Algunas cosas eran más interesantes debido a eso: viejas paredes, viejas ruinas. La escultura del tiempo.

*¿Qué diría Bell si ordenara una Extravagancia en mi huerto favorito?*

La acólita al lado de Odrade dijo:

—¿Madre Superiora?

*¡Excelente! Encuentran tan pocas veces el coraje.*

—¿Sí? —Levemente inquisitiva. *Será mejor que sea importante.* ¿Lo entendería? Lo entendió.

—Me entrometo, Madre Superiora, debido a la urgencia y debido a que sé de vuestro interés por las plantaciones.

*¡Soberbio!* Aquella acólita tenía gruesas piernas, pero eso no se extendía a su mente. Odrade la miró en silencio.

—Soy la que está haciendo el mapa para vuestro dormitorio, Madre Superiora.

Así que era una adepta de confianza, una persona a la que se le había encomendado un trabajo para la Madre Superiora. Mejor aún.

—¿Tendré pronto mi mapa?

—Dos días, Madre Superiora. Estoy ajustando proyecciones superponibles donde señalaré el avance diario del desierto.

Un breve asentimiento. Aquello estaba en la orden original: una acólita para mantener el mapa al corriente. Odrade deseaba despertar cada mañana con su imaginación encendida por aquella cambiante visión, dejando que aquella fuera la primera cosa que se imprimiera en su consciencia al levantarse.

—He dejado un informe en vuestra mesa de trabajo esta mañana, Madre Superiora. «Cuidado de los huertos». Quizá no lo hayáis visto.

Odrade había visto únicamente la etiqueta. Había vuelto tarde de los ejercicios, ansiosa por visitar a Murbella. ¡Dependía tanto de Murbella!

—Las plantaciones en torno a Central deben ser abandonadas, o de otro modo hay que tomar medidas para sostenerlas —dijo la acólita—. Esta es la base del informe.

Odrade frunció los labios. *Esta tiene acceso a los datos del Control del Clima.*

*¡Naturalmente! Le son necesarios para marcar mi mapa.* Y todas ellas sabían lo que sentía la Madre Superiora hacia sus preciosos huertos. ¿Salvarlos? Era una decisión que sólo Odrade podía tomar, y la acólita, con toda razón, le había hecho ver el asunto.

—Repite el informe palabra por palabra. —*Una Acólita de Tercer Grado Intermedio tiene que ser capaz de hacer eso.*

Caía la noche, y se encendieron las luces mientras Odrade escuchaba. Conciso. Incluso sucinto. El informe llevaba consigo una nota de advertencia que Odrade reconoció procedente de Bellonda. No había ninguna firma de Archivos, pero las previsiones meteorológicas venían a través de Archivos, y aquella acólita había empleado algunas de las palabras originales.

Una vez terminado el informe, la acólita guardó silencio.

*¿Qué debo responder?* Huertos, pastos y viñedos no eran simplemente una barrera contra intrusiones extrañas, agradables decoraciones en el paisaje. Sostenían la moral y la mesa de la Casa Capitular.

*Sostienen mi moral.*

Con qué quietud aguardaba aquella acólita. Un pelo rubio ensortijado y un rostro redondo. Una agradable expresión, pese a una boca demasiado grande. Tenía comida en su plato, pero no estaba comiendo. Las manos descansaban sobre su regazo. *Estoy aquí para servirlos, Madre Superiora.*

No era necesario hablar más. La acólita no seguiría insistiendo a menos que la necesidad lo requiriera. Sería un error ignorar el informe. Lo mejor que podía hacer un gobierno era establecer un buen ejemplo. Los malos ejemplos daban nacimiento a una mala población. Un hecho tan antiguo como las más antiguas memorias de la Hermandad. Básico: *Las mejores enseñanzas se dan con el ejemplo.* «Mira, así es: transmítelo», decía la anticuada expresión. *Y hazlo tú mismo.*

Qué arcaicas eran aquellas expresiones. Aquel momento no requería expresiones arcaicas. Eso podía crear fantasías.

Mientras Odrade componía su respuesta, se interpuso un recuerdo... un antiguo incidente similfluyendo sobre las observaciones inmediatas. Recordó su curso de adiestramiento con ornitópteros. *Dos estudiantes acólitas con un instructor, a mediodía, muy altos sobre las tierras pantanosas de Lampadas.* Había sido emparejada con la acólita más inepta que podía haber sido aceptada por la Hermandad. Obviamente una elección genética. Las Amantes Procreadoras la deseaban por una característica que querían fuera transmitida a su descendencia. *¡Por supuesto, no se trataba ni de equilibrio emocional ni de inteligencia!* Odrade recordaba su nombre: Linchine.

Linchine le había gritado al instructor:

—¡Conseguiré hacer que este condenado tóptero vuele!

Y durante todo el tiempo, un cielo y un paisaje de árboles y pantanos junto a un lago girando constantemente los marearon a todos. *Así era como parecía: nosotros estacionarios, y todo el mundo girando.* Linchine equivocándose cada vez. Cada movimiento creando peores giros.

El instructor la apartó de los mandos accionando el interruptor que solamente él podía alcanzar. No habló hasta que estuvieron volando en línea recta y nivelados.

—No hay ninguna forma de que podáis pilotar esto, mi dama. ¡Nunca! No poseéis las reacciones correctas. Hay que empezar a adiestrar a aquellos que son como vos antes de la pubertad.

—¡No es cierto! ¡No es cierto! Pilotaré esta condenada cosa. —Mientras accionaba con sus manos los inútiles controles.

—Habéis sido eliminada, mi dama. ¡Estáis en tierra!

Odrade respiró más tranquila, dándose cuenta de que durante todo el tiempo había sabido que Linchine podía haberlos matado a todos.

Volviéndose hacia Odrade, que estaba en la parte de atrás, Linchine gritó:

—¡Díselo! ¡Dile que tiene que obedecer a una Bene Gesserit!

Apelando al hecho de que Odrade, muchos años antes que Linchine, desplegaba ya un aire de mando.

Odrade permaneció sentada en silencio, con los rasgos inmutables.

*El silencio es a menudo lo mejor que se puede decir,* había garabateado en una ocasión alguna Bene Gesserit con sentido del humor en el cristal de un baño. Odrade encontró entonces, y muchas veces después, que aquél era un buen consejo.

Obligándose a volver a las necesidades de la acólita en el comedor, Odrade se preguntó por qué aquel recuerdo había acudido a ella espontáneamente en aquel momento. Tales cosas nunca ocurrían sin una finalidad. *Ahora no conviene el silencio, eso es evidente. ¿El humor? ¡Sí!* Ese era el mensaje. El humor de Odrade (aplicado más tarde) le había enseñado a Linchine algo acerca de sí misma. *El humor bajo la tensión.*

Odrade sonrió a la acólita a su lado en el comedor.

—¿Te gustaría ser un caballo?

—¿Qué? —La palabra brotó de ella por efecto de la sorpresa, pero respondió a la sonrisa de la Madre Superiora. Nada alarmante en ello. Siempre cálida. Todo el mundo decía que la Madre Superiora permitía los afectos.

—No comprendes, por supuesto —dijo Odrade.

—No, Madre Superiora —Siempre sonriendo, paciente.

Odrade permitió que su mirada investigara el joven rostro. Claros ojos azules, aún no tocados por el invasor azul de la Agonía de la Especia. Una boca casi como la de Bell, pero sin su perversidad. Músculos en los que se podía confiar, e inteligencia en la que se podía confiar. Debía ser buena anticipando las necesidades de la Madre

Superiora. Lo atestiguaban el encargo de su mapa y ese informe. Sensitiva. Encajaba con su inteligencia superior. No era probable que llegara hasta la misma cumbre, pero siempre estaría en posiciones clave, donde sus cualidades serían imprescindibles.

*¿Por qué me he sentado al lado de ésta?*

Odrade seleccionaba con frecuencia una compañera en particular en sus visitas a la hora de las comidas. Principalmente acólitas. Podían ser tan reveladoras. Los informes llegaban a menudo al cuarto de trabajo de la Madre Superiora: observaciones personales de Censoras acerca de una u otra acólita. Pero a veces, Odrade elegía un sitio por ninguna razón que pudiera explicar. *Como he hecho esta noche. ¿Por qué ésta?*

Raramente se producía una conversación a menos que la Madre Superiora la iniciara. Normalmente era una iniciación de pura cortesía, dando pie a asuntos más íntimos. Otras a su alrededor escuchaban ávidamente.

En tales momentos, Odrade empleaba a menudo una actitud de serenidad casi religiosa. Relajaba a las nerviosas. Las acólitas eran... bien, acólitas, pero la Madre Superiora era la bruja suprema de todas ellas. El nerviosismo era algo natural.

Alguien detrás de Odrade susurró:

—Esta noche es a Streggi a quien tiene sobre las ascuas. *Sobre las ascuas*. Odrade conocía la expresión. Era usada ya en sus días de acólita. Así que se llamaba Streggi. Bien. *Dejémoslo así por ahora. Los nombres traen magia consigo*.

—¿Te gusta la cena de esta noche? —preguntó Odrade.

—Es aceptable, Madre Superiora. —Una intentaba no dar falsas opiniones, pero Streggi estaba confusa por el giro de la conversación.

—Para mi gusto la han cocinado un poco demasiado —dijo Odrade.

—Sirviendo a tantas, no pueden complacer a todo el mundo, Madre Superiora. —*Así que defiende a sus compañeras de la cocina de esta noche*.

—Y no complacen a nadie —dijo Odrade.

—Sirviendo a tantas, ¿cómo pueden complacer a todo el mundo, Madre Superiora?

*Dice lo que siente, y lo dice bien*.

—Tu mano izquierda está temblando —dijo Odrade.

—Estoy algo nerviosa con vos, Madre Superiora. Y acabo de venir de la sala de prácticas. Hoy ha sido un día muy cansado.

Odrade analizó los temblores.

—Has estado practicando el alzar cosas con un solo brazo.

—¿Era doloroso también en vuestros días, Madre Superiora? —(¿En esos tiempos antiguos?)

—Tan doloroso como hoy. El dolor enseña, me decían. Eso suavizó las cosas. Experiencias compartidas, el murmurar acerca de las Censoras.



—No comprendo lo de los caballos, Madre Superiora. —Streggi miró su plato—. Esto no puede ser carne de caballo. Estoy segura de que...

Odrade rió en voz alta, atrayendo sorprendidas miradas. Apoyó una mano en el brazo de Streggi y redujo su risa a una suave sonrisa.

—Gracias, querida. Nadie me había hecho reír así en años. Espero que esto sea el inicio de una larga y alegre amistad.

—Gracias, Madre Superiora, pero yo...

—Te explicaré lo del caballo: es un chiste privado mío, y no pretende hacer burla de ti. Quiero que lleves a un niño sobre tus hombros, que lo hagas avanzar más rápidamente de lo que pueden hacerlo sus propias piernas.

—Como vos queráis, Madre superiora. —Ninguna objeción, ninguna otra pregunta. Las preguntas estaban ahí, por supuesto, pero las respuestas vendrían en su momento, y Streggi lo sabía.

*Tiempo de magia.*

Retirando su mano, Odrade preguntó:

—¿Cuál es tu nombre?

—Streggi, Madre Superiora. Aloana Streggi.

—Estate tranquila, Streggi. Veré los huertos. Los necesitamos tanto para nuestra moral como para nuestra comida. Preséntate esta noche a Reasignación. Diles que te quiero en mi cuarto de trabajo mañana a las seis de la mañana.

—Allí estaré, Madre Superiora. ¿Debo seguir marcando vuestro mapa? —Mientras Odrade se levantaba para marcharse.

—Por ahora, Streggi. Pero pide a Reasignación una nueva acólita y empieza a adiestrarla. Pronto vas a estar demasiado atareada como para seguir con el mapa.

—Gracias, Madre Superiora. El desierto está creciendo muy aprisa.

Las palabras de Streggi le proporcionaron a Odrade una cierta satisfacción, despejando la melancolía que se había apoderado de ella durante la mayor parte del día.

El ciclo estaba otorgando otra posibilidad, girando una vez más como si se sintiera impulsado a actuar de acuerdo con esas fuerzas subterráneas llamadas «vida» y «amor» y otras etiquetas innecesarias.

*Así gira. Así se renueva. Magia. ¿Qué brujería puede apartar tu atención de este milagro?*

En su cuarto de trabajo, redactó una orden para Clima, luego silenció los instrumentos de su oficina y se dirigió a la ventana mirador. La Casa Capitular resplandecía con un rojo pálido en medio de la noche, reflejando las luces al nivel del suelo en las bajas nubes. Aquello proporcionaba una apariencia romántica a los techos y paredes. Odrade lo rechazó con rapidez.

¿Romanticismo? Oh, no. No había nada romántico, en absoluto, en lo que había

hecho en el Comedor de las Acólitas.

*Finalmente lo he hecho. Me he comprometido. Ahora, Duncan debe restaurar las memorias del Bashar. Una delicada misión.*

Siguió mirando a la noche, suprimiendo los retortijones de su estómago.

*No sólo me he comprometido, sino que he comprometido lo que queda de mi Hermandad. De modo que así es como se siente una, Tar.*

*Así es como se siente una, y tu plan es engañoso.*

Estaba empezando a llover. Odrade lo sentía en el aire que llegaba a través de los ventiladores en torno a la ventana. No tenía ninguna necesidad de leer el Informe del Control del Clima. Raramente lo hacía en estos días, de todos modos. ¿Por qué preocuparse?

Pero el informe de Streggi llevaba consigo una fuerte advertencia.

La lluvia estaba empezando a hacerse rara allí, y cuando se producía era bienvenida. Las hermanas salían para caminar bajo ella pese al frío. Había un toque de tristeza en el pensamiento. Cada lluvia que veía traía la misma pregunta:

*¿Es ésta la última?*

La gente de Clima hacía cosas heroicas para contener un desierto en expansión y aumentar las zonas irrigadas. Odrade no sabía cómo se las habían arreglado para cumplir con su orden produciendo aquella lluvia. Dentro de no mucho tiempo, serían incapaces de obedecer tales órdenes, incluso de la Madre Superiora. *El desierto triunfará, porque eso es lo que hemos puesto en marcha.*

Abrió los paneles centrales de su ventana. El viento se había detenido a aquel nivel. Del mismo modo que las nubes que se movían sobre su cabeza. El viento, a mayores alturas, estaba arrastrándolo todo consigo. Había como una sensación de urgencia en el clima. El aire era helado. De modo que habían tenido que hacer ajustes en la temperatura para conseguir aquel asomo de lluvia. Cerró la ventana, sin sentir ningún deseo de salir fuera. La Madre Superiora no tenía tiempo de jugar al juego de la *última lluvia*. Una lluvia cada vez. Y siempre, ahí afuera, el desierto avanzando inexorablemente hacia ellas.

*Bien, podemos trazar mapas y esperar. ¿Pero qué hay del cazador detrás mío... la figura de la pesadilla con el hacha? ¿Qué mapa me dice dónde está esta noche?*

## Capítulo XIV

*La religión (emulación de los adultos por los niños) enquistas las mitologías pasadas: suposiciones, ocultas hipótesis de confianza en el universo, pronunciamientos hechos en busca de poder personal, todo ello mezclado con jirones de ilustración. Y siempre un mandamiento no formulado: ¡No harás preguntas! Rompemos diariamente este mandamiento. Nuestro trabajo es el enjaezamiento de la imaginación humana a nuestra más profunda creatividad.*

***Credo Bene Gesserit***

Murbella permanecía sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la sala de prácticas, sola, temblando tras el esfuerzo. La Madre Superiora había estado allí aquella tarde, hacía apenas una hora. Y, como ocurría a menudo, Murbella sentía como si hubiera sido abandonada en un sueño febril.

Las palabras de Odrade al irse reverberaban en el sueño:

—La lección más dura de aprender para una acólita es que siempre tiene que ir hasta el límite. Tus habilidades te llevarán más lejos de lo que imaginas. No imagines, pues. ¡Extiéndete!

*¿Cuál es mi respuesta? ¿Que fui enseñada a engañar?*

Odrade había hecho algo para sacar a la superficie los esquemas de la infancia y la educación de una Honorada Madre. *Aprendí a engañar cuando era una niña. Cómo estimular una necesidad y atraer la atención.* Luego los esquemas se ampliaban. Cuanto más mayor se hacía una, más fácil era el engaño. Había aprendido que la gente grande a su alrededor era exigente. *Regurgitaba bajo demanda. Eso era lo que llamaban «educación».* ¿Por qué era la Bene Gesserit tan notablemente diferente en sus enseñanzas?

—No te pido que seas honesta conmigo —había dicho Odrade—. Sé honesta contigo misma.

Murbella desesperaba de desenterrar alguna vez todos los engaños de su pasado. *¿Por qué debería? ¡Más engaños!*

—¡Maldita seas, Odrade!

Sólo después de que hubieron brotado las palabras se dio cuenta de que las había pronunciado en voz alta. Fue a llevarse una mano a la boca, y abortó el movimiento. Febrilmente, dijo:

—¿Cuál es la diferencia?

—Las burocracias educacionales embotan la sensibilidad indagadora de los niños. —Odrade, explicándose—. Los jóvenes deben ser desalentados. Nunca les dejes saber el bien que pueden hacer. Eso trae consigo el cambio. Gasta montones de

tiempo de comité hablando acerca de cómo tratar a los estudiantes excepcionales. No pierdas ningún tiempo tratando de cómo el maestro convencional se siente amenazado por los talentos en ciernes y los aplasta debido a un deseo profundamente arraigado de sentirse superior y seguro en un entorno seguro.

*Estaba hablando de las Honoradas Matres.*

*¿Maestros convencionales?*

Eso era: tras esa fachada de sabiduría, las Bene Gesserit eran no convencionales. A menudo no pensaban en la enseñanza; simplemente actuaban.

*¡Dioses! ¡Deseo ser como ellas!*

El pensamiento la impresionó, y saltó en pie, lanzándose a una rutina de adiestramiento para muñecas y brazos.

La realización la mordió más profundamente que nunca.

No deseaba decepcionar a esas maestras. *Sinceridad y honestidad*. Todas las acólitas oían eso.

—Herramientas básicas de aprendizaje —decía Odrade. Distraída por sus pensamientos, Murbella perdió el equilibrio y cayó violentamente, y se puso en pie frotándose un arañado hombro.

Al principio había pensado que la protesta Bene Gesserit tenía que ser una mentira. *Estoy siendo tan sincera contigo que tengo que hablarte de mi constante honestidad*.

Pero las acciones confirmaban su afirmación. La voz de Odrade persistía en el sueño febril:

—Así es como tú juzgas.

Poseían algo en la mente, en la memoria, y un equilibrio del intelecto, que ninguna Honorada Madre había poseído nunca. Este pensamiento la hizo sentir pequeña. *Introduce corrupción*. Era como puntos avinagrados en sus febriles pensamientos.

*¡Pero tengo talento! Se requería talento para llegar a ser una Honorada Madre.*

*¿Tengo que seguir pensando en mi misma como en una Honorada Madre?*

Las Bene Gesserit sabían que no se había entregado completamente a ellas. *¿Qué habilidades poseo que ellas puedan desear? No las habilidades del engaño.*

—*¿Concuerdan las acciones con las palabras? Esa es la medida de vuestra integridad. Nunca os confináis a las palabras.*

Murbella apoyó las manos en sus oídos. *¡Cállate, Odrade!*

—*¿Cómo separa una Decidora de Verdad la sinceridad de un juicio más fundamental?*

Murbella dejó caer las manos a sus costados. *Quizá esté realmente enferma*. Barrió la larga habitación con su mirada. No había nadie allí para pronunciar aquellas palabras. Sin embargo, era la voz de Odrade.

—Si te convences a ti misma, sinceramente, puedes decir auténticos disparates (maravillosa y antigua palabra: *paladéala*), absolutas necedades en cada palabra, y ser creída. Pero no por una de nuestras Decidoras de Verdad.

Los hombros de Murbella se estremecieron. Empezó a vagar sin rumbo fijo por la sala de prácticas. ¿No había ningún lugar dónde escapar?

—Contempla las consecuencias, Murbella. Así es como averiguas las cosas que funcionan. Eso es lo que son nuestras tan alardeadas verdades por todas partes.

¿Pragmatismo?

Idaho la encontró en aquel momento, y respondió a la extraviada mirada de sus ojos.

—¿Qué ocurre?

—Creo que estoy enferma. Realmente enferma. Creí que era algo que me había hecho Odrade, pero...

Apenas tuvo tiempo de sujetarla mientras caía.

—¡Ayuda!

Por una vez se alegró de la presencia de los com-ojos. En menos de un minuto había una Suk con ellos. Se inclinó sobre Murbella, allá donde Idaho la sujetaba en el suelo.

El examen fue breve. La Suk, una vieja Reverenda Madre de cabellos grises con el tradicional diamante grabado en su frente, se alzó y dijo:

—Agotamiento. No está intentando descubrir sus límites, está yendo más allá de ellos. La enviaremos de vuelta a una clase de sensibilización antes de permitirle continuar. Enviaré a las Censoras.

Odrade encontró a Murbella en las Dependencias de las Censoras aquella tarde, tendida en una cama, con dos Censoras turnándose en verificar las respuestas de sus músculos. Un pequeño gesto, y dejaron a Odrade a solas con Murbella.

—Intenté evitar el complicar las cosas —dijo Murbella. *Sinceridad y honestidad.*

—El intentar evitar complicaciones a veces las crea. —Odrade se dejó caer en una silla al lado de la cama y apoyó una mano sobre el brazo de Murbella. Los músculos se estremecieron bajo su mano—. Nosotras decimos: «Las palabras son lentas, los sentimientos más rápidos.» —Odrade se retiró un poco—. ¿Qué decisiones has estado tomando?

—¿Me permitís tomar decisiones?

—No te burles. —Alzó una mano para impedir ser interrumpida—. No tomé lo bastante en cuenta tu condicionamiento anterior. Las Honoradas Matres te dejaron prácticamente incapaz de tomar decisiones.

—¿Es eso cierto? —Aún susceptible ante las críticas a sus *anteriores hermanas.*

—Típico de las sociedades hambrientas de poder. Enseñan a su gente a retirarse siempre. «¡Las decisiones traen malos resultados!» Enseñan a evitarlas.

—¿Qué tiene que ver eso con mi desmoronamiento? —Resentida.

—¡Murbella! Los peores productos de lo que estoy describiendo son casi como niños de pecho... no pueden tomar decisiones acerca de nada, o las dejan hasta el último segundo posible y luego saltan a ellas como animales desesperados.

—¡Vos me dijisteis que fuera hasta el límite! —casi un lamento.

—Tus límites, Murbella. No los míos. No los de Bell o de cualquier otra. Los tuyos.

—He decidido que quiero ser como vos. —Muy débilmente.

—¡Maravilloso! No creo que haya intentado nunca suicidarme. Especialmente cuando estaba embarazada.

Pese a sí misma, Murbella sonrió.

Odrade se puso en pie.

—Duerme. Mañana vas a ir a una clase especial, mientras nosotras trabajamos sobre tu habilidad en mezclar tus decisiones con tu sensibilidad hacia tus límites. Recuerda lo que te dije. Cuidamos de ti.

—¿Soy de las vuestras? —Casi un susurro.

—Desde que repetiste el juramento ante las Censoras. —Odrade apagó las luces al irse. Murbella la oyó hablar con alguien antes de que la puerta se cerrara—: Dejad de ocuparos de ella. Necesita descanso.

Murbella cerró los ojos. El sueño febril había desaparecido, pero en su lugar quedaban sus propios recuerdos.

—Soy una Bene Gesserit. Existo solamente para servir.

Se oyó a sí misma diciéndole esas palabras a las Censoras, pero la memoria les dio un énfasis que no estaba en el original.

*Ellas sabían que estaba siendo cínica.*

¿Qué era lo que podía ocultarse a aquellas mujeres?

Notó la recordada mano de la Censora sobre su frente, y oyó las palabras que no habían tenido ningún significado hasta aquel momento.

*—Estoy ante la sagrada presencia humana. Del mismo modo que ahora, así estaré algún día. Rezo a tu presencia que así sea. Permite que el futuro permanezca incierto porque es la tela donde recibir nuestros deseos. Así se enfrenta la condición humana a su perpetua tabula rasa. No poseemos más que este momento en el que nos dedicamos constantemente a la sagrada presencia que compartimos y creamos.*

Convencional, pero no convencional. Se dio cuenta de que no había estado preparada ni física ni emocionalmente para ese momento. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

## Capítulo XV

*Las leyes supresoras tienden a fortalecer lo que prohíben. Este es el punto preciso sobre el cual todos los legalistas de nuestra historia han basado su seguridad en el trabajo.*

***Coda Bene Gesserit***

Es sus incansables merodeos por Central (infrecuentes en estos días, pero más intensos debido a ello), Odrade buscaba señales de negligencia, y especialmente zonas de responsabilidad que estuvieran funcionando demasiado bien.

La *Perro Guardián Jefe* tenía su propia opinión al respecto:

—Mostradme una operación que funcione completamente sin problemas y os mostraré a alguien que está encubriendo errores. Los auténticos barcos cabecean.

Decía esto a menudo, y se había convertido en una frase identificadora que las hermanas (e incluso algunas acólitas) empleaban para hacer sus comentarios acerca de la Madre Superiora.

—Los auténticos barcos cabecean. —Suaves risas. Bellonda acompañaba a Odrade en la inspección de primera hora de la mañana de hoy, sin mencionar el que «una vez al mes» se había alargado a «una vez cada dos meses»... si era posible. Su inspección llevaba una semana suplementaria de retraso. Bell deseaba utilizar este tiempo para lanzar sus advertencias sobre Idaho. Y había arrastrado a Tamalane con ella, aunque se suponía que Tam debía estar revisando las realizaciones de las Censoras en aquellos momentos.

*¿Dos contra una?*, se preguntó Odrade. No creía que Bell o Tam sospecharan lo que pretendía la Madre Superiora. Bien, ya saldría a la superficie, como lo había hecho el plan de Taraza. *A su debido tiempo, ¿eh, Tar?*

Bellonda aún no había mencionado a Idaho. Aguardaba «el momento adecuado». Se estaba acercando. Bell había ido a la no-nave ayer, y había tenido una larga sesión con Idaho y Murbella.

Caminaron por los corredores, sus negras túnicas siseando con urgencia, sus ojos perdiéndose muy poco. Todo era familiar, y sin embargo buscaban cosas que fueran nuevas. Odrade llevaba su Oído-C sobre su hombro izquierdo como un lastre de buceo mal colocado.

*Nunca estés fuera de alcance de las comunicaciones en estos días.*

Entre telones en cualquier centro Bene Gesserit estaban los servicios de apoyo: hospitales-clínicas, cocinas, morgue, control de desechos, sistemas de reciclado (anexionados a alcantarillado y desechos), transporte y comunicaciones, aprovisionamiento de las cocinas, salas de adiestramiento y mantenimiento físicos,

escuelas para acólitas y postulantes, aposentos para todas las denominaciones, centros de reunión, y muchas otras cosas. El personal cambiaba a menudo debido a la Dispersión y al traslado de gente a nuevas responsabilidades, todo ello de acuerdo con la sutil consciencia Bene Gesserit. Pero las tareas y los lugares para ellas permanecían.

Mientras avanzaban rápidamente de una zona a la siguiente, Odrade habló de la Dispersión de la Hermandad, sin intentar ocultar su desánimo ante la «familia atómica» en que se habían convertido.

—¡Espacio vital! No más límites, nunca más. ¡Traslada tus muebles a ese enorme espacio abierto, humanidad! Arréglalo como tú quieras.

—Entonces, ¿por qué las Honoradas Matres acuden a quitarnos nuestros lugares? —quiso saber Tam.

La pregunta era casi una súplica. *¿Cómo, por favor, amueblarías tu universo si fueras una Honorada Madre?* Las Honoradas Matres llevaban un «mobiliario» desconocido en sus mentes.

—Encuentro difícil contemplar a la humanidad esparciéndose por un universo ilimitado —dijo Tam—. Las posibilidades...

—Es un juego de números infinitos. —Odrade dio un paso más largo para salvar un bordillo roto—. Eso tendría que ser reparado. Hemos estado jugando al juego del infinito desde que aprendimos a saltar por los Pliegues espaciales.

No había la menor alegría en Bellonda.

—¡No es ningún juego!

Odrade podía apreciar los sentimientos de Bellonda. *Nunca hemos visto el espacio vacío. Siempre más galaxias. Tam tiene razón. Es intimidante cuando enfocas tu atención a esa Senda de Oro.*

Los recuerdos de exploraciones daban a la Hermandad una base estadística, pero poco más que eso. Tantos planetas habitables en un conglomerado en particular y, además de éstos, un esperado número adicional que podían ser terraformados.

—¿Qué es lo que está evolucionando ahí afuera? —preguntó Tamalane.

Una pregunta a la que no podían responder. Pregunta lo que puede producir el Infinito, y la única respuesta posible es: «Nada».

*Cualquier bien, cualquier mal; cualquier bien, cualquier mal.*

—¿Y si las Honoradas Matres están huyendo de algo? —preguntó Odrade—. ¿No es una interesante posibilidad?

—Esas especulaciones son inútiles —murmuró Bellonda—. Ni siquiera sabemos si los Pliegues del espacio nos introducen a un universo o a muchos... o a un número infinito de burbujas que se expanden y se colapsan.

—¿Acaso el Tirano comprendió eso algo mejor que nosotras? —preguntó Tamalane.



Hicieron una pausa mientras Odrade miraba en una habitación donde cinco acólitas Adelantadas y una Censora estudiaban una proyección de los almacenamientos regionales de melange. El cristal que contenía la información creaba una intrincada danza en el proyector, saltando en su rayo como una pelota en una fuente. Odrade observó el resumen y se volvió antes de fruncir el ceño. Tam y Bell no vieron la expresión de Odrade. *Tenemos que empezar a limitar el acceso a los datos de la melange. Son demasiado deprimentes para la moral.*

*¡Administración!* Todo recaía sobre la Madre Superiora.

Delega demasiado a la misma gente, y caerás en la burocracia.

Odrade sabía que dependía demasiado de su sentido interno de la administración. Un sistema frecuentemente probado y revisado, utilizando la automatización solamente allá donde era esencial. «La maquinaria», lo llamaban. Cuando se convertían en Reverendas Madres, todas ellas poseían alguna sensibilidad a «la maquinaria», y tendían a utilizarla sin hacer preguntas. Ahí residía el peligro. Odrade presionaba para constantes mejoras (incluso pequeñas) a fin de introducir cambios en sus actividades. ¡Al azar! Sin ningún esquema en absoluto que otros pudieran descubrir y utilizar contra ellas. Era posible que una sola persona no apreciara tales cambios en el transcurso de una vida, pero las diferencias al final de largos períodos de tiempo eran a buen seguro mensurables.

El grupo de Odrade descendió al nivel del suelo y penetró en la principal arteria de Central. «La Vía», la llamaban las Hermanas. Y algunas la completaban, como queriendo hacer un inconcreto chiste particular: «La Vía Bene Gesserit».

La Vía enlazaba la plaza contigua a la torre de Odrade con los arrabales del sur de la zona urbana... —recta como el rayo de una pistola láser, casi doce kilómetros de edificios altos y bajos. Los bajos tenían todos algo en común: habían sido edificadas con la suficiente solidez como para ser expandidos hacía arriba.

Odrade hizo señales a un transporte abierto con asientos vacíos, y las tres se apiñaron en un espacio donde pudieran seguir hablando. Las fachadas de La Vía tenían un atractivo pasado de moda, pensó Odrade. Edificios como aquellos, con sus altas ventanas rectangulares de aislante plaz, habían enmarcado las «Vías» Bene Gesserit a lo largo de buena parte de la historia de la Hermandad. En el centro había una larga hilera de olmos genéticamente controlados a fin de que presentaran un perfil alto y estrecho. Los pájaros anidaban en ellos, y la mañana resplandecía con aleteantes puntos rojos y anaranjados... oropéndolas, tanagras.

*¿Es un esquema peligroso para nosotras el preferir este ambiente familiar?*

Odrade les hizo bajar del transporte en Senda Torcida, pensando en la forma en que el humor Bene Gesserit se desplegaba en todos esos curiosos nombres. Haciendo broma con las calles. Senda Torcida se llamaba así debido a que los cimientos de uno de sus edificios habían cedido ligeramente, dando a aquella estructura una apariencia

curiosamente beoda. Era el único miembro del grupo que se salía de la línea.

*Como la Madre Superiora. Sólo que ellas aún no lo saben.*

Su Oído-C zumbó cuando llegaron al Callejón de la Torre.

—¿Madre Superiora? —Era Streggi. Sin dejar de caminar, Odrade dio la señal de que estaba en línea—. Pedisteis un informe sobre Murbella. La Central Suk dice que está en condiciones para iniciar las clases asignadas.

—Entonces que se las asignen. —Siguieron caminando por el Callejón de la Torre: todo edificios de un solo piso.

Odrade lanzó una breve mirada a los bajos edificios de ambos lados de la calle. A uno de ellos se le habían añadido dos pisos. Puede que algún día hubiera una auténtica Torre allí, y el chiste (si es que había alguno) fuera abandonado.

De todos modos se discutía que los nombres eran solamente una conveniencia, y que podían disfrutar de aquel aventurarse a lo que era un tema delicado para la Hermandad.

Uno raras veces se reía con una Reverenda Madre, y nunca de ella. Podías sonreír ligeramente si te decían que te reunieras con la Reverenda Madre tal en el Camino del Árbol Socarrón. En consecuencia, las Hermanas raras veces analizaban los nombres que sus predecesoras habían dado a las calles y callejones y edificios. Eran como otro idioma, fragmentos de un pasado que seguía en uso debido a que un cambio sería algo demasiado brusco (como ese edificio torcido en Senda Torcida), y además esos eran los nombres que utilizaba todo el mundo. ¿Por qué complicar las cosas pidiéndole a toda la gente que aprendiera otros nombres?

*Este es uno de nuestros esquemas. Quizá no peligroso, mientras lo limitemos a nuestros propios lugares.*

Odrade se detuvo bruscamente en una concurrida acera y se volvió hacia sus compañeras.

—¿Qué diríais si sugiriera que denomináramos las calles y las plazas con los nombres de las Hermanas partidas?

—¡Hoy estás llena de tonterías! —acusó Bellonda.

—No han partido —dijo Tamalane.

Odrade prosiguió su errante caminar. Había esperado aquello. Casi podía oír los pensamientos de Bell: *¡Llevamos a las «partidas» con nosotras en nuestras Otras Memorias!*

Odrade no deseaba discutir allí al aire libre, pero pensaba que su idea era meritoria. Algunas Hermanas habían muerto sin Compartir. Las Líneas Principales de la Memoria resultaban duplicadas, pero perdías un hilo y esto terminaba con toda una sección. Schwangyu, del Alcázar de Gammu, había desaparecido de esa forma, muerta por las Honoradas Matres atacantes. Claro que quedaban muchas memorias para eternizar sus buenas cualidades... y sus complejidades. Una vacilaba en decir

que sus errores enseñaban más que sus éxitos.

Bellonda aceleró su paso para caminar al lado de Odrade en una calle relativamente vacía.

—Tengo que hablar de Idaho. Un Mentat, sí, pero esas memorias múltiples ¡Supremamente peligrosas!

Estaban pasando por delante de una morgue, el fuerte olor a antisépticos se notaba incluso en plena calle. La entrada en forma de gran arco permanecía abierta.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Odrade, ignorando la ansiedad de Bellonda.

—Una Censora de la Sección Cuatro y un hombre de mantenimiento de las plantaciones —dijo Tamalane. Tam siempre sabía aquellas cosas.

Bellonda se enfureció al sentirse ignorada, y no hizo ningún intento por ocultarlo.

—¿Quieres centrarte en lo importante?

—¿Qué es lo importante? —preguntó Odrade. Muy suavemente.

Emergieron a la terraza sur y se detuvieron en el pretil de piedra para contemplar las plantaciones... los viñedos y los huertos. La luz matutina tenía un halo de polvo que no se parecía en nada a las brumas creadas por la humedad.

—¡Sabes qué es lo importante! —Bell no iba a dejarse desviar.

Odrade contempló la vista, apretándose contra las piedras. El pretil estaba frío. La bruma ahí afuera era de distinto color, pensó. La luz del sol llegaba a través del polvo con un espectro reflexivo distinto. Más fuerte e intensa. Absorbida de un modo distinto. La aureola más densa. El polvo y la arena en suspensión se metían por todas las hendiduras de la misma forma que el agua, pero el raspar y el chirriar traicionaban su fuente. Lo mismo ocurría con la persistencia de Bell. No había lubricación.

—Esa es la luz del desierto —dijo Odrade, señalando.

—Deja de eludirme —gruñó Bellonda.

Odrade eligió no responder. La polvorienta luz era algo clásico, pero no tranquilizador en la forma de los viejos pintores y sus brumosas mañanas.

Tamalane se situó al lado de Odrade.

—Es hermoso, a su manera —dijo. El tono remoto que empleó indicaba que estaba efectuando comparaciones con sus Otras Memorias similares a las de Odrade.

*Si es así como fuiste condicionada a buscar la belleza.* Pero algo muy profundo dentro de Odrade dijo que no era la belleza lo que estaba anhelando.

En los someros terrenos pantanosos bajo ellas, donde en un tiempo se habían plantado verduras, había ahora una sequedad y una sensación de la tierra siendo destripada, de la misma forma que los antiguos egipcios habían preparado su muerte... secando la materia esencial, preservándola para la eternidad. *El desierto como dueño de la muerte, envolviendo la tierra en natrón, embalsamando nuestro hermoso planeta con todas sus joyas ocultas.*

Bellonda permanecía al lado de ellas, murmurando y agitando la cabeza,

negándose a ver en lo que su planeta iba a convertirse.

Odrade casi se estremeció en un repentino acceso de simulflujo. La memoria la inundó: volvió a verse a sí misma registrando las ruinas del Sietch Tabr, descubriendo los cadáveres embalsamados por el desierto de los piratas de la especie allá donde sus asesinos los habían dejado.

*¿Qué es el Sietch Tabr ahora? Una masa fundida y solidificada y sin nada que señale su orgullosa historia. Las Honoradas Matres, asesinas de la historia.*

—Si no tienes intención de eliminar a Idaho, entonces debo protestar de que lo utilices como Mentat.

¡Bell era una mujer tan exigente! Odrade observó que estaba mostrando más que nunca su edad. Llevando montadas sobre su nariz incluso ahora unas gafas para leer. Aumentaban el tamaño de sus ojos hasta darle la apariencia de un pez. La utilización de gafas no era una las más sutiles prótesis que decían algo acerca de ella. Alardeaba de una contradictoria vanidad que anunciaba: «Soy más grande que los artificios que mis menguantes sentidos requieren.»

Bellonda se sintió positivamente irritada por la Madre Superiora.

—¿Por qué me estás mirando de esta forma?

Odrade, atrapada por la brusca consciencia de una debilidad en su Consejo, desvió su atención hacia Tamalane. El cartílago nunca dejaba de crecer, y esto había aumentado el tamaño de las orejas, nariz y barbilla de Tam. Algunas Reverendas Madres ajustaban esto mediante el control de su metabolismo, o se sometían periódicamente a corrección quirúrgica. Tam no se inclinaba ante ninguna de tales vanidades.

—*Así es como soy. Tómame o déjame.*

*Mis consejeras son demasiado viejas. Y yo... yo debería ser más joven y fuerte para llevar todos esos problemas sobre mis hombros. ¡Oh, maldito sea este lapso de autocompasión!*

Sólo un supremo peligro: una acción contra la supervivencia de la Hermandad.

*Lo que no podemos permitirnos es la autopiedad o, en cuanto a eso, la autoindulgencia. Ahora que las Honoradas Matres han demostrado que una Reverenda Madre puede morir tan fácilmente como cualquiera, tienen que existir mejores razones para nuestras acciones.*

—¡Duncan es un soberbio Mentat! —Odrade habló con toda la fuerza de su posición—. Pero no utilizo a ninguno de vosotros más allá de vuestras capacidades.

Bellonda guardó silencio. Conocía las debilidades de un Mentat.

¡*Mentats!*!, pensó Odrade. Eran como Archivos andantes, pero cuando más necesitabas respuestas ellos se sumían en preguntas.

—No necesito otro Mentat —dijo Odrade—. ¡Necesito un inventor!

*Dejemos que Bell mastique un poco esto.* Inspiración, eso era lo que requería la

Hermanidad. Algo subterráneo cuya labor exacta nunca se había sometido a una autopsia clínica. El racionalismo podía matar, y todas ellas lo sabían. *¡Ni siquiera podríamos plantar un árbol frutal sobre ello!*

Cuando vio que Bellonda seguía sin hablar, prosiguió:

—Estoy liberando su mente, no su cuerpo.

—¡Insisto en un análisis antes de que le abras todas las fuentes de datos!

Considerando la posición habitual de Bellonda, aquello era suave. Pero Odrade no confiaba en ello. Detestaba esas sesiones... interminables repeticiones de informes de los Archivos. Bellonda gozaba con ellas. ¡La Bellonda de la minuciosidad Archivera y las aburridas excursiones a los detalles irrelevantes! ¿A quién le importaba si la Reverenda Madre X prefería la leche desnatada en sus gachas?

Odrade se volvió de espaldas a Bellonda y miró al cielo meridional. *¡Polvo! ¡No hacemos más que cribar polvo!* Bellonda estaría flanqueada por sus ayudantas. Odrade sintió el tedio con sólo imaginarlo.

—¡Puede confiarse en esto! —dirían las ayudantas con cada uno de sus gestos. Como si estuvieran escribiendo sus preciosas palabras del mismo modo que lo haría un antiguo escribiente sentado ante su alta mesa, mirando a sus libros de contabilidad a través de sus medias gafas. Complacidas miradas de sabiduría hacia todos sus interlocutores.

—No más análisis —dijo Odrade, más secamente de lo que había pretendido. Pero los Archivos estaban rebosantes de datos inaccesibles. ¿Seguros? ¿De confianza? ¿Quién lo sabía? ¿Exhaustivamente preparados? ¡Seguro! Exhaustivos de contemplar también. Pequeñas acumulaciones de datos tras datos tras datos.

—Tengo un punto de vista que exponer. —Bellonda sonó dolida.

*¿Un punto de vista? ¿Acaso no somos más que ventanas sensoriales sobre nuestro universo, cada una de ellas con un solo punto de vista?*

Instintos y memorias de todos tipos... incluso Archivos... ninguna de esas cosas hablaban por sí mismas excepto a través de apremiantes intrusiones. Ninguna arrastraba consigo ningún peso hasta que era formulada en una consciencia viva. Pero fuera lo que fuese lo que producía la formulación, torcía las escalas. *¡Todo orden es arbitrario!* ¿Por qué este dato antes que algún otro? Cualquier Reverenda Madre sabía que los acontecimientos ocurrían en su propio fluir, en su propio entorno relativo. ¿Por qué no podía una Reverenda Madre Mentat actuar a partir de ese conocimiento?

—¿Rechazas el consejo? —Esa era Tamalane. ¿Se estaba colocando del lado de Bell?

—¿Cuándo he rechazado nunca el consejo? —Odrade dejó bien claro que se sentía ultrajada—. Estoy negándome a otro de los tiovivos archiveros de Bell.

—Entonces, en realidad... —intervino rápidamente Bellonda.

—¡Bell! ¡No me hables de realidad! —¡Dejemos que se empape en eso! ¡Reverenda Madre y Mentat! *No existe la realidad. Sólo nuestro propio orden impuesto sobre todo. Un dictamen básico Bene Gesserit.*

Había ocasiones (y esa era una de ellas) en las que Odrade deseaba haber nacido en una era anterior... una matrona romana en la larga paz de los aristócratas, o una consentida victoriana. Pero estaba atrapada por el tiempo y las circunstancias.

*¿Atrapada para siempre?*

*Hay que enfrentarse a esa posibilidad.* Era probable que la Hermandad tuviera solamente un futuro confinado a secretos escondites, siempre temiendo ser descubierta. El futuro de los perseguidos. *Y aquí en Central puede que no se nos conceda más de un error.*

—¡Ya he tenido bastante de esta inspección! —Odrade llamó a un transporte privado y regresó apresuradamente a su cuarto de trabajo.

*¿Qué haremos si los cazadores caen sobre nosotras aquí?*

Cada una de ellas tenía su propio escenario, una pequeña obrita llena de reacciones planeadas. Pero cada Reverenda Madre era lo suficientemente realista como para saber que su obrita podía ser más un impedimento que una ayuda.

En el cuarto de trabajo, la luz de la mañana revelaba con duras líneas todo lo que había a su alrededor. Odrade se dejó caer en su silla y aguardó a que Tamalane y Bellonda ocuparan también sus asientos.

No más de aquellas malditas sesiones de análisis. Necesitaba realmente acceso a algo mejor que los Archivos, mejor que cualquier otra cosa que hubieran utilizado antes. Inspiración. Odrade se frotó las piernas, sintiendo que sus músculos temblaban. Hacía días que no dormía bien. Aquella inspección la había dejado frustrada.

*Un error puede acabar con nosotras, y estoy a punto de embarcarme en una decisión sin vuelta atrás.*

*¿Estoy siendo demasiado engañosa?*

Sus consejeras argumentaban contra las soluciones engañosas. Decían que la Hermandad tenía que avanzar con paso firme y seguro, conociendo por anticipado el terreno que tenía delante. Todo lo que hacían debía hallarse equilibrado contra el desastre que las aguardaba al menor paso en falso.

*Y yo estoy en la cuerda floja sobre el abismo.*

¿Tenían espacio para experimentar, para probar posibles soluciones? Todas jugaban a aquel juego. Bell y Tam comprobaban un constante fluir de sugerencias, pero nada más efectivo que su atómica Dispersión.

—Tenemos que estar preparadas para matar a Idaho al menor signo de que es un Kwisatz Haderach —dijo Bellonda.

—¿No tenéis nada que hacer? ¡Salid de aquí, las dos!

Mientras se ponían en pie, el cuarto de trabajo en torno a Odrade adquirió un

aspecto extraño. ¿Qué era lo que iba mal? Bellonda la miró con aquella horrible expresión de censura. Tamalane parecía más juiciosa de lo que probablemente podía serlo.

*¿Qué ocurre con esta habitación?*

Un cuarto de trabajo era algo reconocido por los humanos por su función desde la historia preespacial. ¿Qué era lo que parecía tan extraño? Una mesa de trabajo era una mesa de trabajo, y las sillas se hallaban en sus posiciones convenientes. Bell y Tam preferían sillas-perro. Sospechaba que todo aquello que parecía raro a las más antiguas de las Otras Memorias coloreaba su visión. Los cristales ridulianos resplandecían extrañamente, con la luz pulsando y parpadeando en ellos. Los mensajes danzando encima de la mesa podían ser sorprendentes. Los instrumentos de su trabajo aparecían como algo completamente extraño a cualquier humano antiguo que compartiera su consciencia.

*Pero me siento extraña a mí misma.*

—¿Te encuentras bien, Dar? —La voz de Tam sonó con preocupación.

Odrade agitó una mano para que se fueran, pero ninguna de las dos mujeres se movió.

Estaban ocurriendo cosas en su mente cuya culpa no podía imputarse a las largas horas y al insuficiente descanso. No era la primera vez que sentía que trabajaba en medio de un entorno extraño. La noche anterior, mientras comía algo en su mesa, cuya superficie estaba llena de órdenes de asignaciones como ahora, se había encontrado de pronto simplemente sentada contemplando un trabajo inacabado.

¿Qué Hermanas podían ser asignadas a qué puestos en aquella terrible Dispersión? ¿Cómo podían mejorar las posibilidades de supervivencia de las pocas truchas de arena que las Hermanas Dispersas se llevaban consigo? ¿Cuál era una provisión adecuada de melange? ¿Había que aguardar a la posibilidad de que Scytale fuera inducido a decirles cómo producían la especia los tanques axlotl?

Odrade recordaba que la sensación extraña le había ocurrido mientras masticaba un bocadillo. Lo había mirado, abriéndolo ligeramente. *¿Qué es eso que estoy comiendo?* Higadillos de pollo y cebolla en un trozo del mejor pan de la Casa Capitular.

Analizando sus propias rutinas, eso formaba parte de esta extraña sensación.

—Pareces enferma —dijo Bellonda.

—Sólo cansancio —mintió Odrade. Sabían que estaba mintiendo, pero ¿quién se atrevería a contradecirla?—. Vosotras dos también tenéis que estar agotadas. —Con afecto en su tono.

Bell no se sintió satisfecha.

—¡Das un mal ejemplo!

—¿Quién? ¿Yo? —Bell no había perdido totalmente el sentido de la ironía.

—¡Sabes condenadamente bien que sí!

—Está hablando de tus despliegues de afecto —dijo Tamalane.

—Incluso hacia Bell.

—¡No quiero tu maldito afecto! Es perjudicial.

—Solamente si dejo que gobierne mis decisiones, Bell. Solamente entonces.

La voz de Bellonda descendió a un ronco susurro.

—Algunas piensan que eres una romántica peligrosa, Dar. Ya sabes lo que eso puede producir.

—Aliar a las Hermanas para otras cosas además de para nuestra supervivencia. ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡A veces me produces dolor de cabeza, Dar!

—Es mi deber y mi derecho producirte dolores de cabeza. Cuando tu cabeza deja de dolerte, te vuelves descuidada. Los afectos te preocupan, pero los odios no.

—Conozco mis imperfecciones.

*No podrías ser una Reverenda Madre y no conocerlas.*

El cuarto de trabajo se había vuelto de nuevo un lugar familiar, pero ahora Odrade conocía una fuente de sus extrañas sensaciones. Estaba pensando en aquel lugar como en parte de la antigua historia, viéndolo como lo vería cuando llevara desaparecido mucho tiempo. Como sería a buen seguro si su plan tenía éxito. Sabía lo que tenía que hacer ahora. Era el momento de revelar el primer paso.

*Con cuidado.*

*Sí, Tar. Soy tan cautelosa como tú lo fuiste.*

Tam y Bell podían ser viejas, pero sus mentes eran agudas cuando la necesidad lo requería.

—Bell, ¿sigues insistiendo en que no castigemos a los cazadores, violencia por violencia?

—No podemos atrevemos a encender ese fuego. Todavía no.

—Pero tampoco podemos atrevemos a permanecer sentadas aquí estúpidamente aguardándoles a que nos encuentren. Lampadas y nuestros otros desastres nos cuentan lo que ocurrirá cuando lleguen. Cuando, no si.

Mientras hablaba, Odrade sintió el abismo entre ellas, el cazador de la pesadilla con el hacha más cerca que nunca. Deseaba sumergirse en la pesadilla, volver allí para identificar a quien la acosaba, pero no se atrevía. Ese había sido el error del Kwisatz Haderach.

*Tú no ves ese futuro, tú lo creas.*

Tamalane quería saber por qué Odrade había sacado a relucir este tema.

—¿Has cambiado de opinión, Dar?

—Nuestro ghola-Teg tiene diez años.

—Demasiado joven para que intentemos restaurar sus memorias originales —dijo



Bellonda.

Odrade inspiró profundamente y bajó la vista hacia su mesa de trabajo. Finalmente había llegado. Aquella otra y lejana mañana, cuando había extraído al bebé ghola de su obsceno «tanque», había notado aquel momento aguardándola. Incluso entonces había sabido que iba a poner a prueba a aquel ghola antes de tiempo. Pese a los lazos de sangre.

Inclinándose debajo de su mesa, Odrade tocó un campo de llamada. Sus dos consejeras permanecieron aguardando de pie, en silencio. Sabían que iba a decir algo importante.

Una de las cosas de las que podía estar segura una Madre Superiora era de que sus Hermanas la escuchaban siempre con la mayor atención, con una intensidad que hubiera halagado a alguien más apegado al ego que una Reverenda Madre.

—Política —dijo Odrade.

¡Aquello hizo restallar su atención! Una palabra cargada. Cuando entrabas en la política de la Bene Gesserit, clasificando tus poderes en orden a su impulso ascensional hacia la eminencia, te convertías en un prisionero de la responsabilidad. Te lastrabas con deberes y decisiones que te ataban a las vidas de aquellos que dependían de ti. Esto era lo que ataba realmente a la Hermandad a su Madre Superiora. Esa palabra decía a las consejeras y a los perros guardianes que la Primera-Entre-Las-Iguals había llegado a una decisión.

Todas ellas oyeron el suave sonido de pasos de alguien llegando ante la puerta del cuarto de trabajo. Odrade tocó la placa blanca en el extremo derecho de su mesa. La puerta tras ella se abrió, y Streggi apareció al otro lado, aguardando las órdenes de la Madre Superiora.

—Tráelo —dijo Odrade.

—Sí, Madre Superiora. Casi desapasionadamente. Una acólita muy prometedora, aquella Streggi.

Desapareció de la vista, y regresó conduciendo a Miles Teg de la mano. El pelo del muchacho era muy rubio, pero estriado con mechones más oscuros que indicaban que el color se haría más fuerte cuando madurara. Su rostro era afilado, con la nariz apenas empezando a mostrar aquella angulosidad de halcón tan característica de los machos Atreides. Sus azules ojos se movieron alertas, escrutando habitación y ocupantes con una expectante curiosidad.

—Espera afuera, Streggi, por favor.

Odrade aguardó a que se cerrara la puerta.

El niño se quedó observando a Odrade sin el menor signo de impaciencia.

—Miles Teg, ghola —dijo Odrade—. Recuerdas a Tamalane y a Bellonda, por supuesto.

Teg favoreció a ambas mujeres con una breve mirada, pero siguió en silencio,

indiferente a todas luces ante la intensidad de su inspección.

Tamalane frunció el ceño. Se había mostrado en desacuerdo desde un principio a llamar a aquel niño ghola. Los gholas crecían a partir de las células de un cadáver. Este era un clon, del mismo modo que Scytale era un clon.

—Voy a enviarlo a la no-nave con Duncan y Murbella —dijo Odrade—. ¿Quién mejor que Duncan para restaurar las memorias originales de Miles?

—Justicia poética —admitió Bellonda. No formuló en voz alta sus objeciones, aunque Odrade sabía que aparecerían apenas el muchacho se hubiera ido. ¡Demasiado joven!

—¿Qué significa justicia poética? —preguntó Teg. Su voz tenía una cualidad aguda.

—Cuando el Bashar estaba en Gammu, él restauró las memorias originales de Duncan.

—Es algo realmente doloroso.

—Duncan lo consideró así.

*Algunas decisiones tienen que ser despiadadas.*

Odrade consideró aquello una gran barrera a aceptar el hecho de que podías tomar tus propias decisiones. Algo que no había necesitado explicar a Murbella.

*¿Cómo ablandar el golpe?*

Había veces en que no podías ablandarlo; de hecho, en las que era más compasivo arrancar los vendajes para acelerar la agonía.

—¿Puede este... este Duncan Idaho, devolverme realmente mis memorias de... de antes?

—Puede y lo hará.

—¿No estamos precipitándonos demasiado? —preguntó Tamalane.

—He estado estudiando informes del Bashar —dijo Teg—. Fue un famoso militar y un Mentat.

—Y tú estás orgulloso de ello, supongo. —Bell estaba trasladando sus objeciones al muchacho.

—No especialmente. —Le devolvió la mirada, sin vacilar en lo más mínimo—. Pienso en él como en otra persona. Interesante, sin embargo.

—Como otra persona —murmuró Bellonda. Miró a Odrade con mal disimulada desaprobación—. ¡Le estás dando la enseñanza más profunda!

—Como hizo su auténtica madre.

—¿La recordaré? —preguntó Teg.

Odrade le dirigió una sonrisa conspiradora, la misma que habían compartido a menudo en sus paseos por los huertos.

—La recordarás.

—¿Todo?

—Lo recordarás todo de tu vida... tu esposa, tus hijos, las batallas. Todo.

—¡Hazlo salir! —dijo Bellonda.

El niño sonrió y miró a Odrade, aguardando su orden.

—Muy bien, Miles —dijo Odrade—. Dile a Streggi que te lleve a tus nuevos aposentos en la no-nave. Más tarde vendré y te presentaré a Duncan.

—¿Puedo ir sobre los hombros de Streggi?

—Pídeselo a ella.

Impulsivamente, Teg se lanzó hacia Odrade, se alzó sobre la punta de sus pies, y besó su mejilla.

—Espero que mi auténtica madre fuera como vos. Odrade palmeó su hombro.

—Fue muy parecida a mí. Ahora vete. Cuando la puerta se cerró tras él, Tamalane dijo:

—¡No le has dicho que eres una de sus hijas!

—Todavía no.

—¿Se lo dirá Idaho?

—Si es conveniente.

Bellonda no estaba interesada en detalles insignificantes.

—¿Qué es lo que estás planeando, Dar?

Tamalane respondió por ella:

—Una fuerza de castigo mandada por nuestro Bashar Mentat. Esto es obvio.

*¡Tragó el anzuelo!*

—¿Eso es todo? —quiso saber Bellonda.

Odrade les dedicó una dura sonrisa.

—Teg fue el mejor que tuvimos nunca. Si alguien puede castigar a nuestros enemigos...

Tamalane.

—No me gusta la influencia que puede tener Murbella sobre él —dijo Bellonda.

—¿Cooperará Idaho? —preguntó Tamalane.

—Hará lo que le pida un Atreides.

Odrade dijo aquello con mayor confianza de la que sentía, pero las palabras abrieron su mente a otra fuente de sensaciones extrañas.

*¡Estoy viéndonos tal como nos ve Murbella! ¡Al menos puedo pensar como una Honorada Madre!*

## Capítulo XVI

*No enseñamos historia: recreamos la experiencia. Seguimos la cadena de consecuencias... las huellas de la bestia en su bosque. Mirad detrás de nuestras palabras y veréis el amplio recorrido del comportamiento social que ningún historiador ha tocado jamás.*

### ***Panoplia Propheticus de la BG***

Scytale silbaba mientras caminaba corredor abajo frente a sus aposentos, realizando sus ejercicios de la tarde. Arriba y abajo. Silbando.

*Acostúmbrales a oírte silbar.*

Mientras silbaba, compuso una cantinela que iba con el sonido: «La esperma tleilaxu no habla.» Las palabras giraron una y otra vez en su mente. No podían utilizar sus células para tender un puente sobre el abismo genético y aprender sus secretos.

*Tienen que venir a mí con regalos.*

Odrade se había parado a verle, «en mi camino a conferenciar con Murbella». Con frecuencia le mencionaba a la Honorada Madre cautiva. Aquello tenía una finalidad, pero no tenía ninguna idea de cuál podía ser. ¿Una amenaza? Siempre era posible. Al final le sería revelado.

—Espero que no sintáis miedo —le había dicho Odrade.

Habían permanecido de pie junto a su dispensador de alimentos mientras él aguardaba a que apareciera su comida. El menú no era nunca completamente de su agrado, pero sí aceptable. Hoy había pedido pescado. No había modo de decir qué forma adoptaría.

—¿Miedo? ¿De vos? Ahhh, querida Madre Superiora, soy inapreciable para vos, vivo. ¿Por qué tendría que sentir miedo?

—Mi Consejo se reserva su juicio sobre vuestras últimas peticiones.

*Esperaba eso.*

—Es un error ponerme trabas —dijo—. Limita vuestras posibilidades. Os debilita.

El componer aquellas palabras le había tomado varios días de planificación. Aguardó su efecto.

—Depende de cómo pretenda uno emplear la herramienta, Maestro Scytale. Algunas herramientas se rompen cuando no las utilizas correctamente.

*¡Maldita seas, bruja!*

Sonrió, mostrando sus afilados caninos.

—¿Probando el camino a la extinción, Madre Superiora?

Ella efectuó una de sus raras incursiones al humor.

—¿Realmente esperáis que os fortalezca? ¿Para qué estáis negociando ahora, Scytale?

*Así que ya no soy Maestro Scytale. ¡Golpéala con el plano de la hoja!*

—Estáis Dispersando a vuestras Hermanas, esperando que algunas escapen a la destrucción. ¿Cuáles son las consecuencias económicas de vuestra histérica reacción?

*¡Consecuencias! Siempre hablan de consecuencias.*

—Negociamos tiempo, Scytale. —Muy solemne.

Concedió a aquello un silencioso momento de reflexión. Los com-ojos estaban observándoles. ¡Nunca lo olvides! *¡Economía, bruja! ¿A quién y qué compramos y vendemos?* Aquel nicho junto al dispensador de la comida era un extraño lugar para negociar, pensó. Un mal manejo de la economía. Los tratos, las sesiones de planeo y estrategia, debían efectuarse tras puertas cerradas, en altas habitaciones con vistas que no distrajeran a sus ocupantes de los negocios que tenían entre manos.

Las memorias seriales de sus muchas vidas no aceptarían eso. *Necesidad. Los humanos conducen sus asuntos de negocios allá donde pueden... en las cubiertas de barcos en alta mar, en chillonas calles llenas de presurosos empleados, en los espaciosos salones de una bolsa tradicional sin otra cosa que ver que la información bursátil fluyendo encima de sus cabezas.*

La planificación y la estrategia podían venir de aquellas altas estancias, pero su evidencia era como la información común de la bolsa... todo allí para ver.

*Así que deja que los com-ojos observen.*

—Tengo que recordarme constantemente que ya no sois joven —dijo Odrade.

El se sintió momentáneamente desconcertado, y se preguntó si había conseguido ocultarlo. *¿Leen las mentes?*

—¿Qué intenciones tenéis hacia mí, Madre Superiora?

—Manteneros vivo y fuerte.

*Cuidado, cuidado.*

—Pero no dejarme mano libre.

—¡Scytale! ¿Habláis de economía y luego deseáis algo gratis?

—¿Pero mis fuerzas son importantes para vos?

—¡Podéis creerlo!

—No confío en vos.

El dispensador de alimentos eligió aquel momento para regurgitar su comida: un pescado blanco salteado con una delicada salsa. Olía a hierbas. Agua en un vaso alto, un débil aroma a melange. Una ensalada verde. *Uno de sus mejores esfuerzos.* Notó la salivación en su boca.

—Disfrutad de vuestra comida, Maestro Scytale. No hay nada en ella que pueda perjudicaros. ¿No es eso una muestra de confianza?

Al ver que él no respondía nada, añadió:

—¿Qué prueba de confianza debo daros en nuestra negociación?

*¿A qué juego está jugando ahora?*

—Vos me decís lo que pretendéis para las Honoradas Matres, pero no me decís lo que pretendéis para mí. —Sabía que su voz sonaba como un lamento. Inevitable.

—Pretendo que las Honoradas Matres sean conscientes de su mortalidad.

—¡Y lo mismo pretendéis conmigo!

¿Era satisfacción lo que había en sus ojos?

—Scytale. —*Qué suave su voz*—. La gente de la que tenéis constancia está escuchando realmente. Os oyen. —Miró a su bandeja—. ¿Os gustaría algo especial?

Se compuso lo mejor que pudo.

—Una pequeña bebida estimulante. Ayuda cuando tengo que pensar.

—Por supuesto. Veré que os sea proporcionada inmediatamente. —Desvió su atención del nicho a la habitación principal de sus aposentos. Él observó los lugares donde ella se detenía, mientras la mirada de la mujer lo recorría todo de punto en punto, de cosa en cosa.

*Todo está en su lugar, bruja. No soy un animal en su cueva. Las cosas tienen que estar donde corresponde, donde pueda encontrarlas sin tener que buscar. Sí, son plumas estim lo que hay al lado de mi silla. De modo que utilizo plumas estim. Pero evito el alcohol. ¿Lo observas?*

El estimulante, cuando llegó, sabía a una hierba amarga que necesitó un momento para identificar. Casmina. Un fortalecedor de la sangre genéticamente modificado de la farmacopea de Gammu.

¿Estaba pretendiendo recordarle Gammu? ¿Eran tan tortuosas aquellas brujas!

Hurgándole irónicamente con la cuestión de la economía. Sintió el espoleo de aquello mientras giraba al extremo del corredor y proseguía su ejercicio con un paso vivo hacia sus aposentos. ¿Qué clase de adhesivo mantenía ahora unidos los pedazos del Antiguo Imperio? Muchas cosas, algunas pequeñas y algunas grandes, pero sobre todo la economía. Líneas de conexión consideradas a menudo como conveniencias. ¿Y eso era lo que les impedía desaparecer de la existencia saltando en pedazos? La Gran Convención. «Haces saltar a alguien en pedazos y todos nos unimos para hacerte saltar en pedazos a ti.»

Se detuvo delante de su puerta, inmovilizado de pronto por un pensamiento.

¿Era eso? ¿Cómo podía el castigo ser suficiente para detener a los codiciosos powindah? ¿Habían encontrado alguna cola compuesta por cosas intangibles? ¿La censura de tus semejantes? ¿Pero qué ocurría si tus semejantes saltaban ante la más insignificante obscenidad? No podías hacer nada. Y eso decía algo acerca de las Honoradas Matres. Seguro que lo hacía.

Anheló una cámara sagra en la cual desnudar su alma.

*¿El Yaghist se ha ido! ¿Soy yo el último Masheikh?*

Sentía su pecho vacío. Respirar constituía un esfuerzo. Quizá fuera mejor negociar más abiertamente con las mujeres de Shaitan.

*¡No! ¡Ese es el propio Shaitan tentándome!*

Entró en sus habitaciones con un estado de ánimo purificado.

*Debo hacer que paguen. Hacer que paguen caro. Caro, caro, caro.* Cada *caro* acompañado de un paso hacia su silla. Cuando se sentó, su mano derecha se tendió automáticamente hacia una pluma estim. Pronto sintió su mente avanzando a toda velocidad, sus pensamientos lanzados en maravillosa formación.

*No sospechan lo bien que conozco la nave ixiana. Está aquí en mi cabeza. Aquí en mi cabeza. Aquí en mi cabeza.*

Pasó la siguiente hora decidiendo cómo registraría aquellos momentos cuando llegara la ocasión de contar a sus compañeros cómo había triunfado sobre los powindah. *¡Con la ayuda de Dios!*

Serían palabras resplandecientes, llenas con drama y las tensiones de su prueba. La historia, después de todo, era siempre escrita por los vencedores.

## Capítulo XVII

*Dicen que la Madre Superiora no puede descuidar nada... un aforismo sin sentido hasta que captas su otro significado: soy la servidora de todas mis Hermanas. No puedo pasar demasiado tiempo en generalizaciones ni en trivialidades. La Madre Superiora debe desplegar una acción perspicaz a fin de evitar que una sensación de desasosiego penetre en los rincones más alejados de nuestro orden.*

**Darwi Odrade**

Algo de lo que Odrade llamaba «mi yo servidor» iba con ella mientras recorría los salones de Central aquella mañana, convirtiendo aquello en su ejercicio en vez de perder tiempo en la sala de prácticas. *¡Un malhumorado servidor!* No le gustaba lo que veía.

*Estamos demasiado férreamente atadas a nuestras dificultades, casi incapaces de separar los problemas insignificantes de los grandes.*

¿Qué le había ocurrido a su consciencia?

Aunque algunos lo negaban, Odrade sabía que existía una consciencia Bene Gesserit. Pero la habían retorcido y remodelado de una forma que no era fácilmente reconocible.

Se sentía reacia a mezclarse con aquello. Las decisiones tomadas en nombre de la supervivencia, la Missionaria (¡sus interminables discusiones jesuíticas!)... todo divergía de algo mucho más exigente que el juicio humano. El Tirano había sabido aquello.

Ser humano, esa era la salida. Pero antes de que pudieras ser humano, tenías que sentirlo muy profundo en tus entrañas.

¡No había respuestas clínicas! Todo se reducía a una engañosa simplicidad cuya compleja naturaleza no aparecía hasta que la aplicabas.

*Como yo.*

Mirabas dentro de ti misma, y descubrías quién y qué creías que eras. Ninguna otra cosa servía.

*Así pues, ¿qué soy yo?*

—*¿Quién hace esa pregunta?* —Era un golpe lacerante de las Otras Memorias, atravesándola de parte a parte.

Odrade se rió en voz alta, y una Censora llamada Praska que pasaba en aquel momento la contempló asombrada. Odrade le hizo un gesto con la mano a Praska y dijo:

—Es bueno estar viva. Recuerda eso.



Praska consiguió esbozar una ligera sonrisa antes de seguir hacia sus asuntos.

Odrade se detuvo en la puerta de una de las salas de adiestramiento de postulantes. Estaban iniciando la serie de rigurosos ejercicios de posturas que fijarían en sus consciencias el lugar y función de cada músculo. Unos ejercicios dolorosísimos, recordó Odrade, observando cómo las jóvenes temblaban en sus tensas posiciones.

*Así que quién pregunta: ¿qué soy yo?*

Una peligrosa pregunta. Formularla la situaba en un universo donde nada era completamente humano. Nada encajaba con la cosa indefinida que ella buscaba. A todo su alrededor, payasos, animales salvajes y muñecos reaccionaban a la acción de ocultos hilos. Sentía los hilos que tiraban de *ella* poniéndola en movimiento.

Odrade continuó a lo largo del corredor hacia el tubo que la conduciría hacia arriba hasta sus aposentos.

*Hilos.* ¿Qué ocurría con el óvulo? Hablamos irreflexivamente de «la mente en sus inicios». ¿Pero qué era yo antes de que las presiones de la vida me modelaran?

No era suficiente buscar algo «natural». No. «Noble Salvaje.» Había visto multitud de ellos a lo largo de su vida. Los hilos que tiraban de ellos eran completamente visibles para una Bene Gesserit.

Odrade pulsó la llamada de la puerta del tubo y aguardó. Un zumbido le indicó que estaba en servicio. Se volvió y miró hacia atrás, hacia la habitación donde las postulantes estaban dando los primeros pasos en su sendero. *Son tan preciosas.*

Sintió a la supervisora dentro de ella. Fuerte hoy. Era una fuerza que ella a veces desobedecía o evitaba. La supervisora decía: «Fortalece tus talentos. No fluyas blanda con la corriente. ¡Nada! Úsalo o piérdelo.»

Con una jadeante sensación cercana al pánico, se dio cuenta de que apenas había retenido su humanidad, que había estado a punto de perderla.

*¡He estado intentando pensar demasiado duro como una Honorada Madre! Manipulando y maniobrando a todo el que me era posible. ¡Y todo en nombre de la supervivencia de la Bene Gesserit!*

Bell decía que no había límites más allá de los cuales la Hermandad se negara a ir para preservar a la Bene Gesserit. Había una pequeña parte de verdad en su jactancia, pero era la verdad de todas las jactancias. Había por supuesto cosas que una Reverenda Madre no haría para salvar a la Hermandad.

*No bloquearíamos la Senda de Oro del Tirano.*

La supervivencia de la humanidad tomaba precedencia sobre la supervivencia de la Hermandad. *O de otro modo nuestro Grial de madurez humana carecería de sentido.*

Pero oh, los peligros del liderazgo en una especie tan ansiosa de que se le diga lo que debe hacer. Cuán poco sabían de lo que creaban con sus demandas. Los líderes

cometían errores. Y esos errores, amplificados por los números que les seguían sin ser cuestionados, avanzaban inevitablemente hacia grandes desastres.

*Comportamiento de lemming.*

Era cierto que sus Hermanas la observaban cuidadosamente. Todos los gobiernos necesitaban permanecer bajo sospecha durante su época de poder, incluido el de la propia Hermandad. *¡No confíes en el gobierno! ¡Ni siquiera en el mío!*

*En este mismo momento me están observando. Muy poco escapa a mis Hermanas. Sabrán mi plan a su debido tiempo.*

Requería una constante limpieza mental enfrentarse al hecho de su gran poder sobre la Hermandad. *No busco este poder. Fue arrojado sobre mí.* Y pensó: *El poder atrae a lo corruptible. Sospecha de todo el que lo busque.* Sabía que las posibilidades de que esa gente fuera susceptible a la corrupción o casi abocada a ella eran grandes.

Odrade tomó nota mental de escribir y transmitir un memorándum Coda a los Archivos. (¡Dejemos que Bell lo sude!): «Debemos garantizar el poder sobre nuestros asuntos únicamente a aquellos que se muestran reacios a sujetarlo y solamente bajo condiciones que incrementen la reclusión.»

*¡Una perfecta descripción de la Bene Gesserit!*

—¿Te encuentras bien, Dar? —Era la voz de Bellonda desde la puerta del tubo al lado de Odrade—. Pareces... extraña.

—Simplemente estaba pensando en algo que tengo que hacer. ¿Sales?

Bellonda la observó con una escrutadora atención mientras intercambiaban sus lugares. El campo del tubo capturó a Odrade y la arrastró fuera de aquella mirada interrogadora.

Odrade emergió al corredor que conducía a su cuarto de trabajo.

*No sujetas fieramente tu humanidad; la observas con ojo benévolo.*

Muchas cosas que había hecho encajaban con los estándares de la supervisora, pero había fuerzas en las experiencias de la Bene Gesserit que la empujaban más y más lejos de la piedra imán central de la humanidad.

Odrade entró en su cuarto de trabajo y vio su mesa apilada con cosas que sus ayudantes creían que solamente ella podía resolver.

*Piedra imán. El alma llamándola. Supervisora, Alma, una sensación de equilibrio.* Siempre había algo que juzgaba lo que ella hacía, fuera lo que fuese.

*Política,* recordó mientras se sentaba a su mesa y se preparaba a enfrentarse a sus responsabilidades. Tam y Bell la habían oído claramente el otro día, pero tan sólo tenían una muy vaga idea de lo que podían preguntar para saber más. Estaban preocupadas y cada vez más vigilantes. *Como debe ser.*

Casi cualquier tema tenía elementos políticos, pensó. A medida que eran purificadas las emociones, las fuerzas políticas avanzaban más y más a un primer término. Esto ponía una etiqueta de *¡mentira!* a esa vieja estupidez acerca de

«separación de iglesia y estado». Nada más susceptible de calor emocional que la religión.

*No es extraño que desconfiemos de las emociones.*

No todas las emociones, por supuesto. Solamente aquellas a las que no puedes escapar en momentos de necesidad: amor, odio. Permite un poco de cólera algunas veces, pero mantenla atada corta. Esa era la creencia de la Hermandad. ¡Una absoluta estupidez!

La Senda de Oro del Tirano hacía su error intolerable. La Senda de Oro dejaba a la Bene Gesserit en unas perpetuas aguas estancadas. ¡No puedes administrar el Infinito!

La pregunta recurrente de Bell no tenía respuesta.

—¿Qué es lo que quiere que hagamos realmente? —*¿Hacia qué acciones está manipulándonos? (¡Como nosotras manipulamos a los demás!)*

*¿Por qué busco significados allá donde no hay ninguno? ¿Seguirías un camino que sabes que no conduce a ninguna parte?*

¡La Senda de Oro! Un camino trazado en la imaginación. *¡El Infinito no está en ninguna parte!* Y la mente finita se desengañaba. Era aquí donde los Mentats encontraban *proyecciones* mutables, produciendo siempre más preguntas que respuestas. Era el vacío grial de aquellos que, con la nariz pegada a un círculo infinito, buscaban «la respuesta a todas las cosas».

*Buscando a su propio tipo de dios.*

Halló difícil censurarlos. La mente retrocedía frente al infinito. ¡El Vacío! Los alquimistas de todas las épocas eran como harapientos buscadores inclinados sobre sus fardos, diciendo:

—Tiene que haber orden aquí, en algún lugar. Si sigo buscando, estoy seguro de que lo encontraré.

Y durante todo el tiempo, el único orden era el orden que ellos mismos creaban.

*¡Ahhh, Tirano! Compañero bromista. Tú lo viste. Dijiste:*

*«Crearé el orden para que vosotros lo sigáis. Este es el sendero. ¿Lo veis? ¡No! No miréis hacia ahí. Ese es el camino del Emperador-Sin-Ropas (una desnudez evidente tan sólo a los niños y a los locos). Mantened vuestra atención hacia donde yo la dirijo. Esta es mi Senda de Oro. ¿No creéis que es un hermoso nombre? Aquí está todo lo que existe y todo lo que llegará a existir nunca.»*

*Tirano, no eras más que otro payaso. Señalándonos ese interminable reciclado de células de esa perdida y solitaria bola de suciedad en nuestro pasado común.*

*Tú sabías que el universo humano nunca podría ser más que comunidades y débil pegamento para mantenerlas unidas cuando nos Dispersamos. Una tradición de origen común tan lejos en nuestro pasado que las imágenes de ella llevadas por los descendientes están en su mayor parte distorsionadas. Las Reverendas Madres llevan*

*el original, pero nosotras no podemos forzarlo a la gente que no lo desea. ¿Lo ves, Tirano? Te oímos: «¡Dejad que vengan preguntando! Entonces, y sólo entonces...»*

*¡Y fue por eso por lo que nos conservaste, maldito bastardo Atreides! Es por eso por lo que tenemos que ponernos a la obra.*

Pese al peligro para su sentido de la humanidad, sabía que seguiría insinuándose en las formas de actuar de las Honoradas Matres. *Tengo que pensar como ellas piensan.*

El problema de los cazadores: predador y presa lo comparten. No se trata de una aguja en un pajar. Es más bien una cuestión de seguir el rastro por un terreno cubierto con lo familiar y lo no familiar. Las supercherías Bene Gesserit aseguraban que lo familiar causara a las Honoradas Matres al menos tantas dificultades como lo no familiar.

*¿Pero qué han hecho ellas por nosotras?*

La comunicación interplanetaria trabajaba para los cazados. Limitada durante milenios por la economía. No había mucha, excepto entre la Gente Importante y los Comerciantes. Importante significaba lo que siempre había significado: ricos, poderosos; banqueros, oficiales, mensajeros. «Importante» etiquetaba muchas categorías... negociadores, artistas, personal médico, técnicos hábiles, espías, y otros especialistas. No era muy distinto de todos modos de los días de los Maestros Masones en la Vieja Tierra. Principalmente se trataba de una diferencia de número, calidad y sofisticación. Los límites eran para algunos tan transparentes como siempre lo habían sido.

Consideraba importante revisar ocasionalmente aquello. Buscando imperfecciones.

La gran masa de la humanidad atada a los planetas hablaba del «silencio del espacio», dando a entender que no podían permitirse el coste de un tal viaje o comunicación. La mayor parte de la gente sabía que las noticias que recibían a través de esta barrera estaban gobernadas por intereses especiales. Siempre había sido así.

En un planeta, el terreno y el evitar las radiaciones detectables dictaban los sistemas de comunicaciones utilizados: tubos, mensajeros, líneas de luz, impulsos nerviosos y muchas otras permutaciones. El secreto y la codificación eran importantes, no sólo entre los planetas sino en ellos.

Odrade veía esto como un sistema que las Honoradas Matres podían interceptar si encontraban un punto de entrada. Los cazadores tenían que empezar descifrando el sistema, pero luego: ¿dónde se originaba el rastro a la Casa Capítular?

No-naves imposibles de rastrear, máquinas ixianas, y Navegantes de la Cofradía... todo contribuía al manto de silencio que se extendía entre los planetas excepto para unos pocos privilegiados. ¡No des a los cazadores puntos de partida!

Fue una sorpresa, pues, cuando una envejecida Reverenda Madre de un planeta de

castigo Bene Gesserit apareció en el cuarto de trabajo de la Madre Superiora poco después de la pausa de la comida. Archivos la identificó: *Nombre, Dortujla. Enviada a una condena especial hacía años por una infracción imperdonable*. Las Memorias decían que se había tratado de un asunto amoroso de algún tipo. Odrade no inquirió detalles. Algunos de ellos fueron ofrecidos, de todos modos. (¡Bellonda interfiriendo de nuevo!) Había habido una tormenta emocional en el momento del destierro de Dortujla, observó Odrade. Su amante había efectuado inútiles intentos por impedir la separación.

Odrade apeló a las habladurías acerca de la desgracia de Dortujla. «¡El crimen de Jessica!» Llegó información muy valiosa vía habladurías. ¿Era el demonio el que había empujado a Dortujla? No importaba. No por el momento. Lo más importante era: *¿Por qué está ahora aquí? ¿Por qué se ha arriesgado a un viaje que puede conducir a las cazadoras hasta nosotras?*

Odrade se lo preguntó a Streggi cuando ésta anunció la llegada. Streggi no lo sabía.

—Dice que lo que debe revelar es sólo para vuestros oídos, Madre Superiora.

—¿Sólo para mis oídos? —Odrade casi lanzó una risita. Nada más inapropiado que aquella expresión, teniendo en cuenta la constante monitorización (vigilancia era un término mejor) a la que era sometida, con cualquier acción de la Madre Superiora constantemente grabada por una serie de hermanas para quienes la palabra «cualquier» llevaba implícita una intensidad que pocas personas fuera de la Bene Gesserit sospechaban que fuera posible. «Metavigilancia» era la etiqueta aceptada. ¡Sin intrusiones físicas, sin embargo!

—*Nada debe obstaculizar a la Madre Superiora en sus funciones esenciales. Ninguna irritación excepto aquellas empleadas para mantenerla alerta.*

—¿No ha dicho esa Dortujla por qué está aquí?

—Las que me dijeron que os interrumpiera, Madre Superiora, dijeron que creían que debíais recibirla.

Odrade frunció los labios. El hecho de que la Reverenda Madre exiliada hubiera penetrado hasta tan lejos despertó su curiosidad. Una Reverenda Madre persistente podía cruzar las barreras ordinarias, pero estas barreras no eran ordinarias. Las razones de Dortujla por venir hasta allí ya habían sido dichas. Otras las habían escuchado y la habían dejado pasar. Era evidente que Dortujla no había confiado en los ardides Bene Gesserit para persuadir a sus Hermanas. Eso hubiera traído un inmediato rechazo. ¡No había tiempo para tales estupideces! Así que había seguido la cadena de mando. Su acción hablaba de una cuidadosa misión, un mensaje dentro de cualquiera que fuese el mensaje que traía.

—Hazla entrar.

Dortujla había envejecido tranquilamente en su remoto planeta. Revelaba sus

años principalmente en las ligeras arrugas en torno a su boca. La capucha de su túnica ocultaba su pelo, pero los ojos que observaban desde aquel marco eran brillantes y alertas.

—¿Por qué estás aquí? —El tono de Odrade decía: «Será mejor para ti que se trate de algo realmente importante.»

La historia de Dortujla fue concisa y directa. Ella y tres Reverendas Madres asociadas habían hablado con una banda de Futars de la Dispersión. El puesto de Dortujla había sido descubierto, y se le pidió que transmitiera un mensaje a la Casa Capitular. Dortujla había filtrado la petición a través de una Decidora de Verdad, dijo, recordando a la Madre Superiora que incluso en los planetas remotos podía encontrarse *algo* de talento. Juzgando que el mensaje era honesto, y de acuerdo con sus Hermanas, Dortujla había actuado con rapidez, aunque por supuesto sin olvidar la cautela.

—Fui despachada en nuestra propia no-nave. —Esa fue la forma cómo lo dijo. La nave, explicó, era pequeña, del tipo contrabandista—. Una sola persona puede manejarla.

El núcleo del mensaje era fascinante. Los Futars deseaban aliarse con las Reverendas Madres en oposición a las Honoradas Matres. De cuántas fuerzas disponían esos Futars era algo difícil de decir, afirmó Dortujla.

—Se negaron a decírmelo cuando se lo pregunté.

Odrade había oído muchas historias acerca de los Futars. ¿Matadores de Honoradas Matres? Había razones para creerlo, pero las hazañas de los Futars eran confusas, especialmente en los relatos procedentes de Gammu.

—¿Cuántos había en aquel grupo?

—Dieciséis Futars y cuatro Adiestradores. Así es como se llamaban a sí mismos: Adiestradores. Y dicen que las Honoradas Matres poseen una peligrosa arma que tan sólo pueden utilizar una vez.

—Tú sólo habías mencionado al principio a los Futars. ¿Quiénes son los Adiestradores? ¿Y qué es eso acerca de esa arma secreta?

—Me había reservado el mencionarlos. Parecían ser humanos, dentro de las variables observadas en la Dispersión: tres hombres y una mujer. En cuanto al arma, no quisieron decir más.

—¿Parecen realmente humanos?

—Eso es algo muy subjetivo, Madre Superiora. Mi primera impresión fue que eran Danzarines Rostro, cosa que resultaba bastante extraña, puesto que no podía aplicarse ninguno de los criterios. Feromonas negativas. Gestos, expresiones... todo negativo.

—¿Cómo surgió entonces esa primera impresión?

—No puedo explicarlo.

—¿Qué hay de los Futars?

—Concordaban con las descripciones. Humanos en su apariencia exterior, pero con una indudable ferocidad. Orígenes felinos, juzgué.

—Eso es lo que han dicho otros.

—Hablan, pero con un galach abreviado. Como si las palabras salieran a estallidos de sus bocas, diría. «¿Cuándo comemos?» «Tú dama hermosa.» «Quiero rascar cabeza.» «¿Siento aquí?» Parecían responder inmediatamente a los Adiestradores, pero sin tenerles miedo. Tuve la impresión de que entre Futars y Adiestradores había un respeto y un aprecio mutuos.

—Conociendo los riesgos, ¿por qué creíste que era lo bastante importante el traer ese mensaje de inmediato?

—Son gente de la Dispersión. Su oferta de alianza es una apertura hacia los lugares en donde se originaron las Honoradas Matres.

—Preguntaste acerca de ello, por supuesto. Y de las condiciones en la Dispersión.

—Ninguna respuesta.

Una simple afirmación del hecho. Una no podía burlarse de la Hermana exiliada, no importaba la nube que arrastrara de su pasado. Eran indicadas más preguntas. Odrade las hizo, observando atentamente las respuestas, estudiando la vieja boca abrirse púrpura y cerrarse rosa como un fruto algo pasado.

Algo en el servicio de Dortujla, quizá los largos años de penitencia, la habían suavizado, pero el núcleo de dureza Bene Gesserit permanecía intocado. Hablaba con una vacilación natural. Sus gestos eran suavemente fluidos. Miró a Odrade con benevolencia. (*Esa era la imperfección que sus Hermanas condenaban: el cinismo Bene Gesserit mantenido a raya.*)

Dortujla interesaba a Odrade. Habló de Hermana a Hermana, con una mente fuerte y bien asentada tras sus palabras. Una mente endurecida por la adversidad en los años en un puesto de castigo. Haciendo ahora lo que podía para borrar esa mancha de su juventud. Sin intentar parecer oportunista ni al tanto de todo. Un informe limitado a lo esencial. Que supieran que era plenamente consciente, dentro de sus límites, de las necesidades. Dispuesta a someterse a las decisiones de la Madre Superiora y consciente de lo peligroso de aquella visita, pero convencida aún de que «vos debíais recibir esta información».

—Estoy convencida de que no es una trampa.

El comportamiento de Dortujla estaba por encima de todo reproche. Una mirada directa, unos ojos y un rostro adecuadamente compuestos, pero ningún intento de ocultación. Una hermana podía leer a través de esta máscara para una correcta evaluación. Dortujla había actuado a partir de una sensación de urgencia. En una ocasión había sido una estúpida, pero ya no era ninguna estúpida.

¿Cuál era el nombre de su planeta castigo?

El proyector de la mesa de trabajo lo mostró: Buzzell.

Aquel nombre despertó una sensación de alerta en Odrade. ¡*Buzzell!* Sus dedos danzaron en la consola, confirmando recuerdos. Buzzell: en su mayor parte océano. Frío. Muy frío. Escarpadas islas, ninguna de ellas mayor que una no-nave grande. Hubo un tiempo en que la Bene Gesserit había considerado Buzzell un castigo. Propósito de la lección: «Cuidado, muchacha, o serás enviada a Buzzell.» Odrade recordó entonces la otra clave: soopiedras. Buzzell era el lugar donde habían naturalizado aquella criatura monópoda marina, el cholistes, cuyo escoriado caparazón producía maravillosos tumores, una de las más valiosas joyas del universo.

Las soopiedras.

Dortujla llevaba una de ellas apenas visible encima del pliegue de su cuello. La luz del cuarto de trabajo se reflejaba en ella en una elegante mezcla de intenso verde mar y malva. Era más grande que un ojo humano, exhibiéndose allí como una declaración de riqueza. Probablemente pensaban poco en tales decoraciones en Buzzell. Las recogían en las playas. Claro que todas aquellas soopiedras eran propiedad de la Bene Gesserit, por supuesto. La Madre Superiora sólo tenía que adelantar una mano y decirle:

—Dámela.

Odrade guardó silencio.

Soopiedras. Eso era significativo. Para los planes de la Bene Gesserit, Dortujla había tenido frecuentes tratos con contrabandistas (como lo atestiguaba su posesión de aquella no-nave). Esto tenía que ser tratado con cuidado. No importaba la discusión Hermana-a-Hermana, seguían siendo la Madre Superiora y una Reverenda Madre de un planeta castigo.

Contrabando. Un grave crimen para las Honoradas Matres y otros que no se habían enfrentado al hecho de unas leyes cuyo cumplimiento no podían exigir. El Pliegue espacial no había cambiado el contrabando, simplemente había hecho más fáciles las pequeñas intrusiones. No-naves más diminutas. ¿Hasta qué punto podían hacerse más pequeñas? Un hueco en los conocimientos de Odrade. Archivos lo llenó:

«Diámetro, 140 metros.»

Bastante pequeña, pues. Las soopiedras eran una carga con un atractivo natural. El Pliegue espacial era una barrera económica crítica: ¿Cuál era el valor de un carguero en relación a su tamaño y masa? Podías gastar muchos solares transportando una carga grande. Soopiedras... una palabra magnética para los contrabandistas. También tenían un interés particular hacia las Honoradas Matres. ¿Simple economía? Siempre un gran mercado. Tan atractivo para los contrabandistas como la melange, ahora que la Cofradía se mostraba tan liberal al respecto. La Cofradía siempre había acumulado generaciones de especia en almacenes dispersos e (indudablemente) muchas otras acumulaciones secretas.



*¡Piensan que pueden comprar la inmunidad de manos de las Honoradas Matres!* Pero eso ofrecía algo que tenía la sensación de que podía ser convertido en una ventaja. En su loca furia, las Honoradas Matres habían destruido Dune, la única fuente natural conocida de melange. Aún sin pensar en las consecuencias (extraño, eso), habían eliminado a los tleilaxu cuyos tanques axlotl habían inundado el Antiguo Imperio con especia.

*Y tenemos criaturas capaces de recrear Dune. También es probable que tengamos al único Maestro tleilaxu vivo. Y encerrada en la mente de Scytale... la forma de convertir los tanques axlotl en una cornucopia de melange. Si podemos conseguir que lo revele.*

El problema inmediato era Dortujla. La mujer exponía sus ideas con una concisión que las hacía creíbles. Los Adiestradores y sus Futars, decía, estaban inquietos por algo que no querían revelar. Dortujla había sido lo suficientemente juiciosa como para no intentar la persuasión Bene Gesserit. No había forma de decir cómo podía reaccionar a ella la gente de la Dispersión. ¿Pero qué les inquietaba?

—Alguna amenaza distinta de las Honoradas Matres —sugirió Dortujla. No aventuró más que el hecho de que la posibilidad estaba ahí y tenía que ser considerada.

—Lo esencial es que dicen que desean una alianza —observó Odrade.

«Una causa común para un problema común», era la forma en que lo habían expresado. Pese al Sentido de la Verdad, Dortujla aconsejaba solamente una cautelosa exploración de la oferta.

¿Por qué habían acudido a Dortujla? ¿Porque las Honoradas Matres habían dejado a Buzzell de lado o lo habían juzgado algo insignificante en su furioso barrer?

—No es probable —dijo Dortujla.

Odrade estuvo de acuerdo. Dortujla, no importaba lo mugriento que hubiera sido su puesto original, comandaba ahora una valiosa propiedad y, mucho más importante aún, era una Reverenda Madre con una no-nave para llevarla a la Madre Superiora. Conocía la localización de la Casa Capitular. Lo cual no serviría de nada a los cazadores, por supuesto. Sabían que una Reverenda Madre se mataría antes de traicionar ese secreto.

Los problemas traían consigo problemas. Pero primero, un poco de fraternal compartir. Dortujla estaba segura de efectuar una correcta interpretación de los motivos de la Madre Superiora. Odrade derivó la conversación hacia motivos personales.

Funcionó bien. Dortujla se mostró claramente divertida, pero dispuesta a hablar.

Las Reverendas Madres en los puestos solitarios tendían a poseer lo que las Hermanas llamaban «otros intereses». En épocas anteriores se les llamaba hobbies, pero la atención dedicada a los intereses era a menudo extrema. Odrade consideraba

aburridos la mayor parte de los *intereses*, pero resultaba significativo que Dortujla llamara al suyo un hobby. *¿Ha dicho que coleccionaba monedas antiguas?*

—¿De qué tipo?

—Tengo dos griegas primitivas de plata, y un óbolo de oro en perfecto estado.

—¿Auténticas?

—Son reales. —Dando a entender que las había verificado a través de sus Otras Memorias para autenticarlas. Fascinante. Ejercía sus habilidades de una forma fortalecedora, incluido su hobby. La historia interna y externa coincidían.

—Todo esto es muy interesante, Madre Superiora —dijo finalmente Dortujla—. Aprecio vuestra seguridad de que seguimos siendo Hermanas y considero que vuestro interés en la pintura antigua es un hobby parecido al mío. Pero las dos sabemos por qué me he arriesgado a venir aquí.

—Los contrabandistas.

—Por supuesto. Las Honoradas Matres no pueden haber ignorado mi presencia en Buzzell. Los contrabandistas se venden al mejor postor. Debemos suponer que ellas habrán sacado todo el provecho posible de su valioso conocimiento acerca de Buzzell, las soopiedras, y una Reverenda Madre residente con algunas ayudantes. Y no debemos olvidar que los Adiestradores me encontraron.

*¡Maldita sea!*, pensó Odrade. *Dortujla es el tipo de consejera que me gusta tener a mi lado. Me pregunto cuántos otros de esos tesoros enterrados están ahí afuera, perdidos por motivos insignificantes. ¿Por qué echamos a un lado tan a menudo a nuestros mejores talentos? Es una antigua debilidad de la cual la Hermandad aún no ha conseguido liberarse.*

—Creo que hemos aprendido algo valioso acerca de las Honoradas Matres —dijo Dortujla.

No había necesidad de ningún asentimiento allí. Aquello era el núcleo de lo que Dortujla había traído a la Casa Capitular. Los voraces cazadores habían llegado en enjambre al Antiguo Imperio, matando y quemando allá donde sospechaban la presencia de efectivos Bene Gesserit. Pero los cazadores no habían tocado Buzzell, pese a que su localización debía ser conocida.

—¿Por qué? —preguntó Odrade, poniendo en palabras lo que estaba en sus mentes.

—Nunca hagas daño a tu propio nido —dijo Dortujla.

—¿Crees que están ya en Buzzell?

—Todavía no.

—Pero crees que Buzzell es un lugar que desean.

—Primera proyección.

Odrade simplemente se la quedó mirando. ¡Así que Dortujla tenía otro *hobby*! Se sumergía en las Otras Memorias, revivía y perfeccionaba los talentos almacenados

allí. ¿Quién podía culparla por ello? El tiempo debía arrastrarse penosamente en Buzzell.

—Una recapitulación Mentat —acusó Odrade.

—Sí, Madre Superiora. —Muy débilmente. Se suponía que las Reverendas Madres solamente podían bucear de esta forma en las otras Memorias con permiso de la Casa Capitular, y solamente con la guía y el apoyo de otras Hermanas compañeras. Así pues Dortujla seguía siendo una rebelde. Seguía sus propios deseos de la misma forma en que lo había hecho con su prohibido amante. ¡Bien! La Bene Gesserit necesitaba de tales rebeldes.

Odrade se sintió regocijada pensando en la reacción de Bellonda. Evidentemente, Bell estaba monitorizándolas. Hermanas desobedientes... algo muy peligroso. Bell entraría allí más tarde como una tromba, llena de advertencias y admoniciones.

—Desean Buzzell sin ningún daño —dijo Dortujla.

—¿Un mundo acuático?

—Sería un hogar conveniente para sus servidores anfibios. No los Futars ni los Adiestradores. Los he estudiado muy cuidadosamente.

La evidencia sugería un plan de las Honoradas Matres de traer servidores esclavizados, anfibios quizá, a recolectar soopiedras. Era posible que las Honoradas Matres tuvieran esclavos anfibios. El conocimiento que había producido a los Futars podía crear también muchas formas de vida sintiente.

—Esclavos, un peligroso desequilibrio —dijo Odrade.

Dortujla exhibió entonces su primera emoción intensa una profunda revulsión que convirtió su boca en una apretada línea.

Odrade se sintió complacida. Dortujla había abandonado las habituales reservas. Se había establecido una confianza mutua. *¡La repetición de las estupideces históricas nos revoluciona a todas!*

Era un esquema que la Hermandad había reconocido hacía mucho tiempo: el inevitable fracaso de la esclavitud y el peonaje. Creabas una reserva de odio. Implacables enemigos. Si no tenías esperanzas de exterminar a todos esos enemigos, no te atrevías a intentarlo. Templabas tus esfuerzos con la seguridad de que la opresión haría más fuertes a tus enemigos. Los oprimidos *tendrían* su día, y que el cielo ayudara al opresor cuando ese día llegara. Era una hoja de doble filo. El oprimido siempre aprendía del opresor y copiaba de él. Cuando se volvían las tornas, quedaba montado el escenario para otra ronda de venganza y violencia... con los papeles invertidos. E invertidos e invertidos hasta la náusea.

—¿Nunca madurarán? —preguntó Odrade.

Dortujla no tenía ninguna respuesta, pero hizo una inmediata sugerencia:

—Tengo que regresar a Buzzell.

Odrade consideró aquello. Una vez más, la exiliada Reverenda Madre iba por

delante de la Madre Superiora. Por desagradable que fuera la decisión, ambas sabían que era su mejor movimiento. Los Futars y los Adiestradores regresarían. Más importante aún, con un planeta que las Honoradas Matres deseaban, eran muchas las posibilidades de que fueran observados visitantes de la Dispersión. Las Honoradas Matres tendrían que hacer algún movimiento, y ese movimiento podía revelar mucho acerca de ellas.

—Por supuesto, piensan que Buzzell es el cebo para una trampa —dijo Odrade.

—Puedo dejar saber que fui exiliada allí por mis Hermanas —dijo Dortujla—. Es algo que puede verificarse.

—¿Utilizarte a ti como cebo?

—Madre Superiora, ¿qué ocurriría si pudieran ser inducidas a parlamentar?

—¿Con nosotras? —*¡Qué idea más sorprendente!*

—Sé que no poseen una historia de negociaciones razonables, pero pese a todo...

—¡Es brillante! Pero hagámoslo más tentador aún. Digamos que estoy convencida de que debemos acudir a ellas con una proposición de sometimiento de la Bene Gesserit.

—¡Madre Superiora!

—No tengo intención de rendirme. ¿Pero qué mejor forma de conseguir parlamentar con ellas?

—Buzzell no es un buen lugar para un encuentro. Nuestras comodidades son muy pocas.

—Ocupan Conexión en gran número. Si sugirieran Conexión como lugar de encuentro, ¿podrías dejarte persuadir?

—Requeriría una cuidadosa planificación, Madre Superiora.

—Oh, *muy* cuidadosa. —Los dedos de Odrade aletearon en su consola—. Sí, esta noche —dijo, respondiendo a una visible pregunta, y luego, dirigiéndose a Dortujla por encima de la atestada mesa—: Quiero que te reúnas con mi Consejo y con las demás antes de tu regreso. Te daremos instrucciones detalladas, pero te doy mi seguridad personal de que tendrás una misión abierta. Lo más importante es conseguir de ellas un encuentro en Conexión... y espero que te des cuenta de lo que me desagrada utilizarte como cebo.

Cuando vio que Dortujla permanecía profundamente sumida en sus pensamientos y no respondía, Odrade añadió:

—Puede que ignoren nuestros avances y te eliminan. De todos modos, eres el mejor cebo que tenemos.

Dortujla demostró que aún tenía sentido del humor.

—No me gusta mucho la idea de engancharme yo misma al anzuelo, Madre Superiora. Por favor, mantened las cosas bien sujetas. —Se puso en pie y, con un preocupado vistazo al trabajo acumulado sobre la mesa de Odrade, añadió—: Tenéis

mucho que hacer, y me temo que os he retenido mucho más allá de la hora de la comida.

—Comeremos juntas aquí, Hermana. Por el momento, tú eres más importante que ninguna otra cosa.

## Capítulo XVIII

*Todos los estados son abstracciones.*

*Octun Politicus, Archivos BG*

Lucilla tomó la precaución de no familiarizarse demasiado con aquella habitación verde intenso y la recurrente presencia de la Gran Honorada Madre. Aquello era Conexión, el cuartel general de las que buscaban el exterminio de la Bene Gesserit. Este era el enemigo. Llevaba diecisiete días allí.

El infalible reloj mental que había empezado a tictaquear durante la Agonía de la Especia le dijo que se había adaptado a los ritmos circadianos del planeta. Se despertaba al amanecer. No había forma de decir cuándo iban a traerle algo de comer. La Honorada Madre la tenía confinada a una sola comida al día.

*Tratándome como un animal. ¡Ahí tienes tu hueso!*

Y siempre aquel Futar en su jaula. Un recordatorio:

*Ambos enjaulados. Así es como tratamos a los animales peligrosos. Puede que los dejemos salir ocasionalmente para estirar sus piernas y darnos un poco de placer, pero después siempre vuelven a la jaula.*

Cantidades mínimas de melange en la comida. No para mostrarse cicateras. No con su salud. Una pequeña muestra de «lo que podría ser tuyo si simplemente te mostraras razonable».

*¿Cuándo vendrá hoy?*

Las llegadas de la Honorada Madre no obedecían a ningún esquema de tiempo. ¿Apariciones al azar para confundir a la cautiva? Probablemente. El tiempo de una comandante debía estar lleno de exigencias. Encaja al peligroso animalillo en un esquema regular siempre que te sea posible.

*Puede que sea peligrosa, Dama Araña, pero no soy tu animalillo.*

Lucilla captaba la presencia de dispositivos de vigilancia, cosas que hacían más que proporcionar estímulos para los ojos. Dispositivos que miraban *dentro* de la carne, sondeando en busca de armas ocultas, comprobando el funcionamiento de los órganos. *¿Lleva extraños implantes? ¿Y órganos adicionales añadidos quirúrgicamente a su cuerpo?*

*Nada de eso, Madame Araña. Confiamos en cosas que aparecen con el nacimiento.*

Lucilla sabía cuál era su peligro más inmediato... que se sintiera inadecuada en aquellas condiciones. Sus captoras la habían colocado en una terrible desventaja, pero no habían destruido sus capacidades Bene Gesserit. Moriría antes de que el shere de su cuerpo se viera reducido hasta el punto de traicionarla. Tenía aún su mente... y la

horda de Lampadas.

*Y leemos en ti, Reina Araña. Eres un palimpsesto desplegado ante nosotras, y vemos escrito en él lo que has intentado borrar.*

El panel del Futar se abrió, y la jaula con éste apareció deslizándose. Así pues, la Reina Araña estaba en camino. Desplegando amenazas por anticipado, como siempre. *Hoy viene más pronto. Más pronto que nunca.*

—Buenos días, Futar —dijo Lucilla con un tono alegre.

El Futar la miró, pero no habló.

—Debes odiar el estar encerrado en esta jaula —dijo Lucilla.

—No gusta jaula.

Había determinado ya que esas criaturas poseían hasta un cierto grado una facilidad de lenguaje, pero su extensión seguía escapándosele.

—Supongo que también te mantiene hambriento. ¿Te gustaría comerme?

—Comer. —Una clara muestra de interés.

—Me gustaría ser tu Adiestrador.

—¿Tú Adiestrador?

—¿Me obedecerías si lo fuera?

El pesado sillón de la Reina Araña se alzó de su escondite debajo del suelo. Todavía no había ninguna señal de ella, pero cabía suponer que escuchaba esas conversaciones.

El Futar miró a Lucilla con una peculiar intensidad.

—Los Adiestradores, ¿os mantienen enjaulados y hambrientos?

—¿Adiestradores? —claras inflexiones en la pregunta.

—Quiero que mates a la Gran Honorada Madre. —Eso no sería ninguna sorpresa para ellas.

—¡Matar Dama!

—Y te la comas.

—Dama veneno. —Rechazo.

*Ooooh. ¡Esa es una interesante información!*

—No es venenosa. Su carne es igual que la mía.

El Futar se acercó a ella hasta los límites de la jaula. Su mano izquierda tiró hacia abajo de su labio inferior. Dejó al descubierto allí el violento rojo de una cicatriz, con toda la apariencia de una quemadura.

—Mira veneno —dijo, dejando caer su mano.

*Me pregunto cómo consiguió eso.* No había en ella ningún efluvio de veneno. Carne humana más una droga basada en la adrenalina para producir ojos naranja en respuesta a la furia... y esas otras respuestas que Murbella había revelado. Un sentimiento de absoluta superioridad. *Un efecto asesino sin hachís, una vida algo más larga. ¿Cuánto más larga?* Murbella no lo sabía. *¿Un veneno para otros? No es*

*probable.*

¿Hasta cuán lejos llegaba la comprensión de un Futar?

—¿Era un veneno amargo?

El Futar hizo una mueca y escupió.

*La acción es más rápida y más poderosa que las palabras.*

—¿Odias a tu Dama? —Caninos desnudos.

—¿Le tienes miedo? —Una sonrisa.

—Entonces, ¿por qué no la matas?

—Tú no Adiestradora.

*¡Necesita una orden de matar de un Adiestrador!*

La Gran Honorada Madre entró y se dejó caer en su sillón.

Lucilla volvió a dar a su voz un agudo tono de alegría.

—Buenos días, Dama.

—No te he dado permiso para que me llames así. —En voz muy baja, y con leves atisbos de puntos naranja en sus ojos.

—El Futar y yo hemos estado charlando un poco.

—Lo sé. —Más naranja en sus ojos—. Y si me lo has estropeado...

—Pero Dama...

—¡No me llames así! —Levantándose de su silla, los ojos llameando naranja.

—Vamos, siéntate —dijo Lucilla—. Esta no es forma de conducir un interrogatorio. —Sarcasmo, un arma peligrosa.

—Dijiste ayer que querías continuar nuestra discusión sobre política.

—¿Cómo sabes qué hora es? —Reclinándose de nuevo en su sillón, pero con los ojos aún llameando.

—Todas las Bene Gesserit tenemos esta habilidad. Podemos sentir los ritmos de cualquier planeta cuando llevamos un cierto tiempo, muy poco, en él.

—Un extraño talento.

—Cualquiera puede conseguirlo. Es un asunto de sensibilizarse.

—¿Puedo yo aprenderlo? —Con el naranja desvaneciéndose.

—He dicho *cualquiera*. Aún sigues siendo humana, ¿no? —*Una pregunta que todavía no ha sido contestada completamente.*

—¿Por qué dices que vosotras las brujas no tenéis ningún gobierno?

*Quiere cambiar de tema. Nuestras habilidades la inquietan.*

—Eso no es lo que he dicho. No tenemos ningún gobierno *convencional*.

—¿Ni siquiera un código social?

—No existe ningún código social que abarque todas las necesidades. Un crimen en una sociedad puede ser una exigencia moral en otra sociedad.

—La gente siempre tiene gobiernos. —El naranja había desaparecido casi por completo. *¿Por qué le interesa tanto esto?*



—La gente tiene política. Te dije eso ayer. Política: el arte de aparecer sincero y completamente abierto mientras ocultas tanto como te sea posible.

—Así que vosotras, las brujas, ocultáis.

—Yo no he dicho eso. Cuando decimos «política», es una advertencia para nuestras Hermanas.

—Te creo. Los humanos siempre crean alguna forma de...

—¿Acuerdo?

—¡Una palabra tan buena como cualquier otra! —*Esto la enfurece.*

—Estás inquiriendo conforme al sistema, le deis el nombre que le deis a los ejecutivos, legisladores, judicatura... jueces, jurados, las trampas del control humano desde tiempo inmemorial.

—Vosotras también lo tenéis. ¡Lo sé! —*Sois como nosotras.*

Cuando Lucilla no respondió a eso, la Gran Honorada Madre se inclinó hacia adelante.

—¡Estás ocultando!

—¿No está en mi derecho el ocultarte cosas que pueden ayudarte a derrotarnos?  
—*¡Ahí va un jugoso bocado de cebo!*

—¡Por supuesto! —Reclinándose con una mirada de satisfacción.

—Sin embargo, puesto que no te creo capaz de comprender, ¿por qué no revelarlo?

*¡Hazlo bailar delante de ella!*

—Olvidaré el insulto. —*¡Prosigue!*

—Vosotras pensáis que los nichos de autoridad están siempre ahí para ser llenados, y no veis lo que eso dice acerca de mi Hermandad.

—Oh, por favor, dímelo. —*Torpe con su sarcasmo.*

—Vosotras creéis que todo esto se conforma a unos instintos que retroceden hasta los días tribales y más atrás aún. Jefes y Ancianos. La Madre Misterio y el Consejo. Y antes de eso, el Hombre Fuerte (o la Mujer) que procuraba que todo el mundo tuviera comida, que todos estuvieran resguardados por el fuego y la boca de la caverna.

—Nunca pensé en ello de esa forma, pero tiene sentido.

*¿Lo tiene realmente?*

—Oh, de acuerdo. La evolución de las formas se despliega de una manera muy clara, un desarrollo secuencial que cualquier Reverenda Madre puede desplegar ante sí a través de las Otras Memorias.

*No le gusta cuando hablas de nuestras habilidades.*

—¡Evolución, bruja! Una cosa amontonada encima de otra.

*Evolución. ¿Te das cuenta de cómo restalla ante las palabras clave?*

—Es una fuerza que puede ser sometida a control volviéndola sobre sí misma.

*¡Control! Observa el interés que has despertado. Le encanta esta palabra.*

—¡Así que fabricáis leyes exactamente igual que todo el mundo!

—Regulaciones quizá, pero ¿no es todo temporal?

—¿Cuál es la diferencia entre una regulación y una ley?

—¿Cómo las definimos?

—Por supuesto. —Intensamente interesada.

—Pero vuestra sociedad es administrada por burócratas que saben que no pueden aplicar ni la más ligera imaginación a lo que hacen.

—¿Constituye eso una diferencia? —*Realmente desconcertada. Observa su ceño fruncido.*

—Sólo para ti, Honorada Madre.

—¡Gran Honorada Madre! —*¡Cuan susceptible!*

—¿Por qué no me permites que te llame Dama?

—No somos íntimas.

—El Futar, ¿es un íntimo?

—¡Deja de cambiar de tema!

—Quiero limpiar dientes —dijo el Futar.

—¡Tú cállate! —Llameando realmente.

El Futar se sentó con las piernas cruzadas pero no se amedrantó.

La Gran Honorada Madre volvió sus ojos naranja hacia Lucilla.

—¿Y los burócratas?

—Estaba explicando que no tienen espacio de maniobra porque esa es la forma en que sus superiores engordan. Los botes que no cabecean ofrecen los mejores banquetes. Si no puedes ver la diferencia entre regulación y ley, ambas tienen la fuerza de la ley.

—No veo la diferencia. —*No sabe lo que está revelando.*

—Las leyes llevan consigo el mito de un cambio obligado. Un nuevo y brillante futuro aparecerá a causa de esta o esa ley. La ley refuerza el futuro. Las regulaciones se da por sentado que refuerzan el pasado.

—¿Se da por sentado? —*Tampoco le gusta esa palabra.*

—En cada caso, la acción es ilusoria. Como nombrar un comité para estudiar un problema. Cuanta más gente hay en el comité, más prejuicios se aplican al problema.

*¡Cuidado! Está pensando realmente en esto, aplicándolo a sí misma.*

Lucilla alzó el tono de su voz a una modulación más razonable.

—Vives en un pasado embellecido e intentando comprender un futuro que no reconoces.

—Nosotras no creemos en la presciencia. —*¡Sí cree! Al fin. Es por eso por lo que nos mantiene vivas.*

—Dama, por favor. Siempre hay algo equilibrado en confinarse una dentro de un

apretado círculo de leyes.

*¡Ve con cuidado! No se refrenará si la sigues llamando Dama.*

La silla de la Gran Honorada Madre crujió cuando ésta se agitó en ella.

—¡Pero las leyes son necesarias!

—¿Necesarias? Eso es peligroso.

—¿Cómo?

*Tranquila. Se siente amenazada.*

—Las posturas necesarias te impiden adaptarte. Inevitablemente, crecen de forma inestable, inclinándose e inclinándose en un ángulo cada vez más acusado hasta que terminan derrumbándose. Es como los banqueros pensando que compran el futuro. «¡El poder en mi tiempo!» «¡Al diablo con mis descendientes!»

*¡No digas eso! Mírala. Está reaccionando fuera de los esquemas de la locura normal. Dale otra pequeña muestra de tu perspicacia.*

—Las Honoradas Matres se originaron como terroristas. Los burócratas primero, y el terror como vuestra arma elegida.

—Cuando la tienes en tus manos, utilízala. Pero nosotras somos rebeldes. ¿Terroristas? Eso es demasiado caótico.

*Le gusta esa palabra, caos. Lo define todo desde fuera. Ni siquiera pregunta cómo conoces sus orígenes. Acepta nuestras misteriosas habilidades.*

—¿No es extraño, Dama... —*Ninguna reacción; continúa...*— la forma en que todos los rebeldes caen demasiado pronto en los viejos esquemas si consiguen la victoria? No es tanto una trampa en el camino de todos los gobiernos como una ilusión que aguarda a cualquiera que consigue el poder.

—¡Ja! Y pensaba que ibas a decirme algo nuevo. Eso ya lo sabemos: «El poder corrompe. El poder absoluto corrompe absolutamente.»

—Falso, Dama. Algo más sutil pero mucho más penetrante: El poder atrae a lo corruptible.

—¿Te atreves a acusarme de ser corrupta?

*¡Vigila sus ojos!*

—¿Yo? ¿Acusarte? La única que puede hacer eso eres tú misma. Yo simplemente te ofrezco la opinión Bene Gesserit.

—¡Y no me dices nada! Sigues ocultando.

—Sin embargo creemos que existe una moralidad por encima de cualquier ley, que debe permanecer vigilando sobre todos los intentos de regulación sin cambio.

*Has utilizado ambas palabras en una misma frase y ni siquiera se ha dado cuenta.*

—El poder siempre actúa, bruja. Esa es la ley.

—Y los gobiernos que se perpetúan a sí mismos el tiempo suficiente bajo esa creencia siempre terminan ahogados por la corrupción.

—¡Moralidad!

*No es un sarcasmo muy bueno, especialmente cuando se halla a la defensiva.*

—Realmente he intentado ayudarte, Dama. Las leyes son peligrosas para todo el mundo... tanto inocentes como culpables. No importa si te crees poderosa o impotente. No poseen una comprensión humana en y de sí mismas.

—¡No existe la comprensión humana!

*Nuestra pregunta ha sido contestada. No es humana. Háblale ahora a su lado inconsciente. Está completamente abierta.*

—Las leyes siempre tienen que ser interpretadas. El sujeto a la ley no desea libertad para la compasión. No quiere disponer de espacio. ¡La ley es la ley!

—¡Lo es! —*Muy a la defensiva.*

—Esa es una idea peligrosa, sobre todo para el inocente. La gente sabe esto por instinto y se resiente de tales leyes. Se hacen pequeñas cosas, a menudo de forma inconsciente, para incapacitar a «la ley» y a aquellos que tratan con aquella estupidez.

—¿Cómo te atreves a llamarla estupidez? —Medio alzándose de su sillón y volviendo a sentarse.

—Oh, sí. Y la ley, personificada por todos aquellos medios de vida que dependen de ella, se convierte en resentidas palabras enjuiciadoras como las mías.

—¡Con toda razón, bruja! —*Pero no te dice que te calles.*

—«¡Más leyes!», dices. «¡Necesitamos más leyes!» Así que creas nuevos instrumentos de no compasión e, incidentalmente, nuevos nichos de empleo para aquellos que alimentan el sistema.

—Esa es la forma en que siempre ha sido y siempre será.

—Falso de nuevo. Es como un rondó. Gira y gira hasta que hiere a la persona equivocada en el grupo equivocado. Entonces obtienes la anarquía. El caos. —*¿La ves sobresaltarse?*—. Rebeldes, terroristas, crecientes estallidos de furiosa violencia. ¡Un yihad! Y todo ello debido a que creaste algo no humano.

*La mano en su mejilla. ¡Observa eso!*

—¿Cómo hemos ido a parar tan lejos de la política, bruja? ¿Era ésa tu intención?

—¡No nos hemos alejado ni una fracción de milímetro!

—Supongo que vas a decirme que vosotras las brujas practicáis una forma de democracia.

—Con una agudeza que no puedes llegar a imaginar.

—Pruébamelo. —*Piensa que voy a revelarle un secreto. Revélale uno.*

—La democracia es susceptible de ser desencaminada a través de chivos expiatorios exhibidos ante el electorado. Toma los ricos, los codiciosos, los criminales, el líder estúpido, y así hasta la náusea.

—Tú crees lo mismo que nosotras. —*¡Yo! Con qué desesperación desea que seamos como ella.*

—Has dicho que erais burócratas que os habíais rebelado. Conoces el fallo. Una burocracia demasiado cargada en su cúspide que el electorado no pueda tocar siempre se expande hasta los límites de energía del sistema. La roba de los viejos, de los retirados, de todo el mundo. Especialmente de aquellos que en una ocasión fueron llamados la clase media porque allí era donde se originaba la mayor parte de la energía.

—¿Piensas en nosotras como en... clase media?

—No pensamos en vosotras de ninguna manera en particular. Pero las Otras Memorias nos cuentan los fallos de la burocracia. Presumo que tenéis alguna forma de servicio civil para las «órdenes inferiores».

—Cuidamos de nosotras mismas. —*Eso es un detestable eco.*

—Entonces sabéis lo que esto diluye el voto. Síntoma principal: la gente no vota. El instinto le dice que es inútil.

—¡La democracia es una idea estúpida, de todos modos!

—Estamos de acuerdo. Es propensa a la demagogia. Es una enfermedad a la cual es vulnerable el sistema electoral. Sin embargo, los demagogos son fáciles de identificar. Hacen un montón de gestos y hablan con ritmos de púlpito, utilizando palabras que resuenan a fervor religioso y a sinceridad temerosa de Dios.

*¡Está riendo!*

—La sinceridad sin nada detrás necesita tanta práctica, Dama. La práctica puede ser siempre detectada.

—¿Por las Decidoras de Verdad?

*¿Veis como se inclina hacia adelante? La tenemos de nuevo.*

—Por cualquiera que haya aprendido los signos: Repetición. Grandes intentos de mantener tu atención sobre las palabras. No tienes que prestar atención a las palabras. Observa lo que hace la persona. De esa forma aprenderás los motivos.

—Entonces no tenéis una democracia. —*Cuéntame más secretos de la Bene Gesserit.*

—Y sin embargo la tenemos.

—Creí que habías dicho...

—La guardamos bien, vigilando las cosas que acabo de describir. Los peligros son grandes, pero también lo son las recompensas.

—¿Sabes lo que me has dicho? ¡Que sois un puñado de estúpidas!

—¡Dama encantadora! —dijo el Futar.

—¡Cállate o te envío de vuelta a la horda!

—Tú no amable, Dama.

—¿Ves lo que has hecho con él, bruja? ¡Me lo has arruinado!

—Supongo que siempre habrá otros.

*Ohhhh. Observa esa sonrisa.*

Lucilla copió exactamente la sonrisa, acompañando su respiración a la de la Gran Honorada Madre. *¿Ves lo parecidas que somos? Por supuesto, he intentado hacerte daño. ¿Tú no hubieras hecho lo mismo en mi lugar?*

—Así que sabéis cómo conseguir que una democracia haga lo que vosotros queréis. —Una expresión de satisfacción maliciosa.

—La técnica es sutil, pero sencilla. Creas un sistema donde la mayor parte de la gente esté insatisfecha, vaga o profundamente.

*Así es como ella lo ve. Observa cómo va asintiendo al ritmo de tus palabras.*

Lucilla se acompasó al ritmo de los asentimientos de la cabeza de la Gran Honorada Madre.

—Esto crea un cada vez más amplio sentimiento de vindicativa rabia. Entonces proporcionas blancos para esta rabia a la medida de tus necesidades.

—Una táctica diversiva.

—Yo prefiero pensar en ella como en una distracción. No les des tiempo a preguntarse. Entierra tus errores en más leyes. Trafica con la ilusión. Tácticas de toreo.

—¡Oh, sí! ¡Eso es bueno! —*Casi está alegre. Dale mis capotazos.*

—Agita la capa. Cargarán automáticamente, y se quedarán confusos cuando descubran que no hay ningún matador detrás de ella. Eso atonta al electorado del mismo modo que atonta al toro. Poca gente utilizará inteligentemente su voto la próxima vez.

—¡Y es por eso por lo que lo hacemos!

*¡Lo hacemos! ¿Se está escuchando a sí misma?*

—Entonces lleva al apático electorado contra la barrera. Hazlo sentirse culpable. Mantenlo atontado. Aliméntalo. Diviértelo. ¡No lo agotes!

—¡Oh, no! Nunca hay que agotarlo.

—Déjale saber que le aguarda el hambre si no se mantiene en la línea. Permítele que eche un vistazo a lo aburrido de los cabeceos de un bote. —*Gracias, Madre Superiora. Es una imagen apropiada.*

—¿No dejas que el toro alcance a algún ocasional matador?

—¡Por supuesto! ¡Adelante! ¡Coge a ése! Luego espera que se aplaquen las risas.

—¡Sabía que vosotras no permitiríais una democracia!

—¿Por qué no me crees? —*¡Estás tentando al destino!*

—Porque tienes que permitir el voto abierto, los jurado y los jueces, y...

—Nosotros los llamamos Censores. Una especie de Jurado General.

*Ahora la has desconcertado.*

—¿Y nada de leyes... regulaciones, o como demonios lo llames?

—¿No he dicho ya que las definíamos separadamente? Regulación... pasado. Ley... futuro.

—¡De algún modo limitas a esos... a esos Censores!

—Pueden llegar libremente a cualquier decisión que deseen, de la misma forma que lo hace un jurado. ¡Que se cumpla la ley!

—Es una idea inquietante. —*Está inquieta, realmente. Mira lo apagados que están sus ojos.*

—La primera regla de nuestra democracia: nada de leyes restringiendo a los jurados. Tales leyes son estúpidas. Es sorprendente lo estúpidos que pueden volverse los humanos cuando actúan en pequeños grupos autosuficientes.

—Me estás llamando estúpida, ¿no es así?

*Atención al naranja.*

—Parece existir una regla de la naturaleza que dice que es casi imposible el que unos grupos autosuficientes actúen juiciosamente.

—¡Juiciosamente! ¡Lo sabía!

*Esa es una sonrisa peligrosa. Ve con cuidado.*

—Significa fluir con las fuerzas de la vida, ajustar tus acciones de tal modo que la vida pueda continuar.

—Con la mayor cantidad de felicidad para el mayor número de individuos, por supuesto.

*¡Rápido! ¡Hemos sido demasiado listas! ¡Cambia de tema!*

—Ese fue un elemento que el Tirano dejó fuera de su Senda de Oro. No tuvo en cuenta la felicidad, tan sólo la supervivencia de la humanidad.

*¡Hemos dicho que cambies de tema! ¡Mírala! ¡Está furiosa!*

La Gran Honorada Madre dejó caer la mano de su barbilla.

—Y yo que iba a invitarte a nuestra orden, a hacerte una de nosotras. A soltarte.

*¡Salte de esto! ¡Rápido!*

—No hables —dijo la Honorada Madre—. Ni siquiera abras la boca.

*¡Intenta algo!*

—Ayudarías a Logno o a alguna de las otras, ¡y cualquiera de ellas ocuparía pronto mi sitio! —Miró al Futar sentado sobre sus piernas—. ¿Comida, querido?

—No comer encantadora dama.

—¡Entonces arrojaré sus huesos a la horda!

—Gran Honorada Madre...

—¡Te he dicho que no hablaras! Te *atreviste* a llamarme Dama.

Estuvo fuera de su sillón en un abrir y cerrar de ojos. La puerta de la jaula de Lucilla se abrió con un resonante golpe contra la pared. Lucilla intentó esquivar, pero el hilo shiga le impidió todo movimiento. Ni siquiera vio el pie que impactó contra su sien.

Mientras moría, la consciencia de Lucilla se llenó con un grito de rabia... la horda de Lampadas dando salida a emociones que había mantenido confinadas a lo largo de

muchas generaciones.



## Capítulo XIX

*Algunos nunca participan. Para ellos la vida simplemente ocurre. Siguen adelante con poco más que una torpe persistencia y se resisten con furia o violencia a todas las cosas que pueden elevarlos por encima de las ilusiones de seguridad llenas de resentimiento.*

**Alma Mavis Taraza**

Adelante y atrás, adelante y atrás. A lo largo de todo el día, adelante y atrás. Odrade pasaba de una grabación de los com-ojos a otra, buscando, indecisa, intranquila. Primero una mirada a Scytale, luego al joven Teg allá con Duncan y Murbella, luego una larga mirada a través de la ventana mientras pensaba en el último informe de Burzmali desde Lampadas.

¿Cuánto tendrían que esperar aún para restaurar las memorias del Bashar? ¿Obedecería un ghola restaurado?

*¿Por qué no he recibido ninguna otra noticia del Rabino? ¿Debemos empezar la Extremis Progressiva, Compartiendo entre nosotras tanto como nos sea posible?* El efecto sobre la moral podía ser devastador.

Las grabaciones eran proyectadas encima de su mesa mientras ayudantes y consejeras entraban y salían. Interrupciones necesarias. Firmad esto. Aprobad eso. ¿Restricción de melange para este grupo?

Bellonda estaba allí, sentada ante la mesa. Había dejado de preguntar qué buscaba Odrade, y simplemente la observaba con aquella firme mirada suya. Despiadada.

Habían discutido acerca de si una nueva población de gusanos de arena en la Dispersión podría restablecer la maligna influencia del Tirano. Aquel *sueño interminable* en cada fantasma de futuros gusanos seguía preocupando a Bell. Pero la población misma decía que la presa del Tirano sobre su destino había terminado.

Había sido una larga discusión.

—¿Acaso no conocemos sus poderes?

—¡Crecimiento exponencial de la humanidad!

—¡Kwisatz Haderach!

*Ahí está: nuestra bestia negra. El control de nuestro futuro.*

Ya casi anochecía, se dio cuenta Odrade. Las luces se habían encendido automáticamente sin que ella se diera cuenta. Se puso en pie y se dirigió hacia la ventana mirador, haciendo una pausa para tocar el busto de Chenoeh al pasar. *¿Qué hubieras hecho tú si no hubieras muerto en la Agonía, Chenoeh?*

Bellonda se volvió para observar esos movimientos.

Tamalane había acudido un poco antes buscando algún informe de Bellonda. Con

una nueva acumulación de Archivos fresca en su mente, Bellonda se había lanzado a una diatriba acerca de los cambios de población de la Hermandad, del drenaje de los recursos.

—¡Sin mencionar las no-naves! ¡Esa Dispersión nos somete a los contratos de servicios con la Ix por centenares de Años Standard!

*Puede que no dispongamos de esos centenares de Años Estándar, Bell. Puedo sentir al cazador con el hacha acercándose cada vez más.*

Tam tenía algo que decir:

—Somos un último recurso.

—¡Tonterías! —se burló Bellonda.

Había que ponerlo en términos de el-superviviente-lo-toma-todo.

Tamalane prefirió dejarlo así, con las grabaciones aún en las manos.

Odrade miró por la ventana mientras el atardecer se deslizaba sobre el paisaje. Se iba haciendo oscuro por momentos, y las sombras se iban apoderando imperceptiblemente de todo. Cuando se hizo completamente de noche, se dio cuenta de las luces allá a lo lejos en las casas de las plantaciones. Sabía que aquellas luces habían sido encendidas mucho antes, pero tuvo la sensación de que la noche creaba las luces. Alguna se apagaba ocasionalmente a medida que la gente se trasladaba de uno a otro lado. *Si no hay gente... no hay luces. No se debe malgastar energía.*

Unas luces parpadeantes llamaron por un momento su atención. Una variación sobre la antigua pregunta acerca de un árbol cayendo en medio del bosque: ¿Había sonido si nadie lo oía? Odrade votaba del lado de aquellos que decían que las vibraciones existían, aunque ningún sensor las registrara.

*¿Hay sensores secretos siguiendo nuestra Dispersión? ¿Qué nuevos talentos e invenciones utilizan los de la Primera Dispersión?*

Bellonda le había concedido ya bastante silencio.

—Dar, estás enviando señales de inquietud por toda la Casa Capitular.

Odrade aceptó aquello sin ningún comentario.

—Sea lo que fuere que estás haciendo, está siendo interpretado como indecisión.

—*Qué triste suena Bell*—. Grupos importantes están discutiendo si reemplazarte. Las Censoras están votando.

—¿Sólo las Censoras?

—Dar, ¿realmente saludaste a Praska el otro día y le dijiste que era bueno estar vivas?

—Lo hice.

—¿Qué has estado haciendo?

—Reevaluando. ¿Ninguna noticia aún de Dortujla?

—¡Hoy has preguntado eso una docena de veces ya! —Bellonda hizo un gesto hacia la mesa de trabajo—. Sigues volviendo una y otra vez al último informe de

Burzmali desde Lampadas. ¿Algo que a mí se me pasó por alto?

—¿Por qué nuestros enemigos se aferran a Gammu? Dímelo, Mentat.

—¡Poseo insuficientes datos, y tú lo sabes!

—Burzmali no era Mentat, pero su cuadro de los acontecimientos posee una fuerza persistente, Bell. Me digo a mí misma, bien, después de todo, era el estudiante favorito del Bashar. Es comprensible que Burzmali mostrara características de su maestro.

—Ya basta con esto, Dar. ¿Qué es lo que ves en el informe de Burzmali?

—Llena un cuadro vacío. No completamente, pero... es incitante la forma en que no deja de referirse a Gammu. Muchas fuerzas económicas tienen poderosas conexiones allí. ¿Por qué esos hilos no son cortados por nuestros enemigos?

—Obviamente se hallan en ese mismo sistema.

—¿Qué ocurriría si montáramos un ataque general sobre Gammu?

—Nadie desea hacer negocios en un entorno violento. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—En parte.

—Los principales grupos de ese sistema económico probablemente desearían trasladarse. Otro planeta, otra población servil.

—¿Por qué?

—Podrían predecir con más fiabilidad. Podrían incrementar las defensas, por supuesto.

—Esta alianza que sentimos allí, Bell... pueden redoblar sus esfuerzos por descubrirnos y eliminarlos.

—Ciertamente.

El tenso comentario de Bellonda forzó hacia afuera los pensamientos de Odrade. Alzó su mirada a las distantes montañas tonsuradas de nieve resplandeciendo a la luz de las estrellas. ¿Podían llegar los atacantes desde esa dirección?

La fuerza de ese pensamiento podría haber embotado un intelecto menor. Pero Odrade no necesitaba la Letanía Contra el Miedo para permanecer con la cabeza clara. Tenía una fórmula más sencilla.

*Enfréntate a tus miedos o treparán a tu espalda.*

Su actitud era directa: las cosas más terribles en el universo procedían de las mentes humanas. La pesadilla (el caballo blanco de la extinción de la Bene Gesserit) poseía formas a la vez míticas y reales. El cazador con el hacha podía golpear mente o carne. Pero tú no podías huir de los terrores de la mente.

*¡Enfréntate a ellos!*

¿Cómo podía hacerlo en aquella oscuridad? No a aquel cazador sin rostro con su hacha, no a la caída en el abismo desconocido (ambas cosas visibles a su pizca de talento), sino a las muy tangibles Honoradas Matres y a quien fuera que las apoyaba.

*Y no me atrevo a usar ni siquiera mi pequeña presciencia para guiarnos. Puedo encerrar nuestro futuro en una forma inmutable. Muad'Dib y su Tirano hijo hicieron eso, y el Tirano pasó tres mil quinientos años desenmarañándonos.*

Unas movientes luces a media distancia atrajeron su atención. Campesinos trabajando hasta tarde, podando las arboledas como si aquellos venerables árboles pudieran durar siempre. Los ventiladores le lanzaban un débil olor a humo de los fuegos donde eran quemados los restos de la poda. Muy atentos a tales detalles, los campesinos Bene Gesserit. Nunca dejaban la madera muerta por ahí para atraer a parásitos que podían dar el siguiente paso hacia los árboles vivos. Limpios y eficientes. Planifica por anticipado. Mantén tu hábitat. Este momento es parte de la eternidad.

*¿Nunca dejar por ahí la madera muerta?*

*¿Era Gammu madera muerta?*

—¿Qué hay en los huertos que tanto te fascina? —quiso saber Bellonda.

—Me relajan —dijo Odrade sin volverse.

Hacía tan sólo dos noches, había salido a caminar por entre ellos, en un tiempo frío y vigorizante, con un toque de humedad muy cerca del suelo. Sus pies agitaban hojas. Un débil olor a descomposición allá donde los restos de la lluvia se habían aposentado en lugares cálidos y resguardados. Un olor más bien atractivo, como de marisma. Vida en su fermento habitual incluso a ese nivel. Las ramas vacías sobre ella se tendían en dirección a las estrellas. Deprimientes en realidad, si las comparabas con la primavera o el tiempo de la recolección. Pero hermosas en su actitud. Una vez más la vida aguardando la llamada para entrar en acción.

—¿No estás preocupada acerca de las Censoras? —preguntó Bellonda.

—¿Cómo votarán, Bell?

—Está muy reñido.

—¿Las seguirán otras?

—Hay preocupación acerca de vuestras decisiones. Sus consecuencias.

Bell era muy buena en eso: un gran número de datos en unas pocas palabras. La mayor parte de las decisiones Bene Gesserit se movían a través de un triple laberinto: Efectividad, Consecuencias y (lo más vital), Quién Puede Cumplir las Órdenes. Encajabas actos y personas con gran cuidado, con una precisa atención a los detalles. Esto tenía una gran influencia en la Efectividad, y eso, a su vez, mandaba a las Consecuencias. Una buena Madre Superiora podía seguir su camino a través de laberintos de decisiones en cuestión de segundos. Entonces había vida en Central. Los ojos brillaban. Corría de boca en boca que «Ha actuado sin vacilar.» Eso creaba confianza entre las acólitas y otras estudiantes. Las Reverendas Madres (especialmente las Censoras) aguardaban a evaluar las Consecuencias.

Odrade habló tanto a su reflejo en la ventana como a Bellonda.

—Incluso una Madre Superiora debe tomarse su tiempo.

—¿Pero qué te ha sumido en esa agitación?

—¿Estás dándome prisas, Bell?

Bellonda se echó hacia atrás en su silla-perro como si Odrade la hubiera empujado.

—La paciencia es algo extremadamente difícil en estos tiempos —dijo Odrade—. Pero elegir el momento adecuado influencia mis elecciones.

—¿Qué es lo que pretendes con nuestro nuevo Teg? Esa es la pregunta que debes responder.

—Si nuestros enemigos se fueran de Gammu, ¿dónde irían, Bell?

—¿Piensas atacarlos allí?

—Empujarlos un poco.

Bellonda habló muy suavemente:

—Es un fuego peligroso de encender.

—Necesitamos algo nuevo sobre lo que negociar.

—¡Las Honoradas Matres no negocian!

—Pero sus asociados sí, creo. ¿Se trasladarán a... digamos, Conexión?

—¿Qué hay tan interesante en Conexión?

—Las Honoradas Matres tienen allí su base principal. Y nuestro bienamado Bashar mantenía un dossier-memoria del lugar en su preciosa mente Mentat.

—Ohhhhhh. —Era tanto un suspiro como una palabra.

Tamalane entró en aquel momento y solicitó atención permaneciendo silenciosamente en pie hasta que Odrade y Bellonda la miraron.

—Las Censoras apoyan a la Madre Superiora. —Tamalane alzó un dedo de larga uña—. ¡Por un voto!

Odrade suspiró.

Dinos, Tam, la Censora a la que saludé en el pasillo, Praska, ¿cómo votó?

—Votó a tu favor.

Odrade dirigió una tensa sonrisa a Bellonda.

—Envía espías y agentes, Bell. Debemos hostigar a las cazadoras para que se encuentren con nosotras en Conexión.

Bell le devolvió la mirada, pero no desafiante. Las decisivas órdenes de la Madre Superiora tenían un gran peso. Cabía suponer ahora que Odrade habla estado elaborando un plan. Todas ellas aceptaban que la fuerza de la Bene Gesserit residía en esta habilidad de vencer los problemas, de considerarlos desde todos los ángulos, incluso desde la perspectiva del enemigo. Era un pragmatismo que a menudo utilizaban los Mentats como *Proyección de Base*, con lo pragmático elevado a alturas sofisticadas.

*Bell deducirá mi plan por la mañana.*

Cuando Bellonda y Tamalane se hubieron ido, murmurando entre sí, con preocupación en el sonido de sus voces, Odrade salió al corto pasillo que conducía a sus aposentos privados. El pasillo se hallaba patrullado por sus habituales acólitas y Reverendas Madres servidoras. Unas pocas acólitas le sonrieron. Así que la noticia del voto de las Censoras había llegado a ellas. Otra crisis superada.

Odrade cruzó su sala de estar hasta su celda dormitorio, donde se echó sobre su camastro completamente vestida. Un único globo bañaba la habitación con una pálida luz amarilla. Su mirada fue más allá del mapa del desierto hasta la pintura de Van Gogh con su marco protector y funda en la pared a los pies del camastro.

*Casitas en Cordeville.*

Un mapa mejor que el que señalaba el crecimiento del desierto, pensó. *Me recuerda, Vincent, de dónde vine y lo que aún puedo hacer.*

Aquel día la había vaciado. Había ido más allá de la fatiga a un lugar donde la mente se veía atrapada en prietos círculos.

*¡Responsabilidades!*

La estaban acosando, y sabía que podía mostrarse de lo más desagradable cuando se veía cercada por los deberes. Obligada a gastar energías simplemente para mantener un parecido de tranquilidad. *Bell vio esto en mí.* Era enloquecedor. La Hermandad se veía bloqueada a cada paso que daba, convertida en algo casi ineficiente.

*Proporcionamos los mejores doctores Suk, los mejores Decidores de Verdad, los mejores negociadores...*

Alejó aquello de su cabeza. *¡Unos pensamientos peligrosos!* Un riesgo constante para la Bene Gesserit. Nunca debilites a la humanidad tomando sobre ti todas las responsabilidades. ¿Lo mejor? ¿Qué era lo mejor cuando se hallaban ante un peligro de exterminación?

*¿Cómo puedo examinar a las Honoradas Matres con la suficiente objetividad y penetrar pese a todo en sus psiques?*

Cerró los ojos e intentó construir una imagen de una comandante Honorada Madre a quien dirigirse. *Vieja... empinada en el poder. Nervuda. Fuerte y con esa cegadora rapidez que poseen.* No había ningún rostro en ella; nada, excepto el cuerpo visualizado, permanecía en la mente de Odrade.

Formando en silencio sus palabras, Odrade habló a la Honorada Madre sin rostro.

—Es difícil para nosotras permitir que cometáis vuestros errores. Los maestros siempre encuentran esto difícil. Sí, nos consideramos maestras. No enseñamos tanto a individuos como a especies. Proporcionamos lecciones para todo. Si veis al Tirano en nosotras, estáis en lo cierto.

La imagen en su mente no respondió.

*¿Cómo podían enseñar los maestros cuando no podían emerger de donde estaban*

ocultos? Burzmali muerto, el ghola Teg una cantidad desconocida. Odrade sentía que invisibles presiones convergían en la Casa Capitular, No era extraño que las Censoras hubieran votado. Una tela de araña envolvía la Hermandad. Sus hilos las retenían firmemente. Y en algún lugar en aquella tela, había agazapada una comandante Honorada Madre sin rostro.

La Reina Araña.

Su presencia era conocida por las acciones de sus esbirros. Un hilo trampa de su tela temblaba, y los atacantes se lanzaban contra las enredadas víctimas, locamente violentos, despreocupados de cuántos de los suyos morían o de cuántos masacraban.

Alguien mandaba la búsqueda: la Reina Araña.

*¿Es eso cuerdo bajo nuestros estándares? ¿A qué horribles peligros he enviado a Dortujla?*

Las Honoradas Matres iban más allá de la megalomanía. Hacían que el Tirano apareciera como un ridículo pirata en comparación. Leto II, al menos, había sabido lo que sabía la Bene Gesserit: cómo mantener el equilibrio sobre la punta de la espada, consciente de que te verías mortalmente cortado de todo cuando te deslizaras de esa posición. *El precio que pagas por aferrar tal poder.* Las Honoradas Matres ignoraban este inevitable destino, tajando y cercenando a su alrededor como un gigante presa de una terrible histeria.

Nada se les había opuesto nunca antes con éxito, y ellas habían elegido responder ahora con la rabia asesina de los locos furiosos. La histeria por elección. Deliberada.

*¿Porque dejamos a nuestro Bashar en Dune para que gastara su lamentable fuerza en una defensa suicida? Sin tener en cuenta el número de Honoradas Matres que mató. Y Burzmali en la muerte de Lampadas. Seguramente las cazadoras notaron este espoleo. Sin mencionar los machos adiestrados por Idaho que enviamos para transmitir a las Honoradas Matres sus técnicas de esclavitud sexual. ¡Y a los hombres!*

¿Era eso bastante para despertar una tal rabia? Posiblemente. ¿Pero y las historias acerca de Gammu? ¿Había desplegado Teg un nuevo talento que había aterrorizado a las Honoradas Matres?

*Si restauramos las memorias de nuestro Bashar, debemos observarlo cuidadosamente.*

¿Podría retenerlo una no-nave?

¿Qué era lo que hacía realmente a las Honoradas Matres tan reactivas? Querían sangre. Nunca traigas a esa gente malas noticias. No era sorprendente que sus secuaces se comportaran de una forma frenética. Una persona poderosa y asustada podía matar al portador de malas noticias. Mejor pues no traer malas noticias. Era preferible morir en la batalla.

La gente de la Reina Araña iba más allá de la arrogancia. Mucho más allá. No era

posible ninguna censura. Era como reprender a una vaca por comer hierba. La vaca se justificaría mirándote con sus ojos soñadores, inquiriendo: «¿No es eso lo que se supone que tengo que hacer?»

*Conociendo las probables consecuencias, ¿por qué prendemos la mecha? No somos como la persona que golpea un objeto redondo y gris con un palo y descubre que el objeto era un nido de avispas. Sabíamos lo que golpeábamos. Ninguna de nosotras cuestionó el plan de Taraza. ¿Lo ves, Tar? Tu error. Y yo no puedo hacer nada mejor que seguir tus órdenes.*

La Hermandad se enfrentaba a un enemigo cuya deliberada política era la violencia histórica. «¡Nos lanzaremos furiosamente!»

¿Y qué ocurriría si las Honoradas Matres se encontraban con una dolorosa derrota? ¿En qué se convertiría entonces su histeria?

*Lo temo.*

¿Se atrevería la Hermandad a alimentar este fuego?

*¡Debemos hacerlo!*

La Reina Araña redoblaría sus esfuerzos por localizar la Casa Capitular. La violencia podía escalar hasta un estadio aún más repulsivo. ¿Y qué, entonces? ¿Sospecharían las Honoradas Matres que todo el mundo simpatizaba con la Bene Gesserit? ¿No se volverían entonces contra los mismos que las apoyaban? ¿Contemplantarían el quedarse solas en un universo desprovisto de otra vida sintiente? Lo más probable era que esto ni siquiera hubiera pasado por sus mentes.

*¿Cuál es tu aspecto, Reina Araña? ¿Cómo piensas?*

Murbella decía que no conocía a su comandante suprema, ni siquiera a las subcomandantes de su Orden de Hormu. Pero Murbella había proporcionado una sugestiva descripción de los aposentos de una subcomandante. Informativa. ¿Qué es lo que una persona llama su hogar? ¿Qué es lo que mantiene cerca para compartir los pequeños rasgos hogareños de la vida?

*La mayor parte de nosotras elegimos a nuestros compañeros y entorno de modo que nos reflejen a nosotras mismas.*

—Una de sus sirvientes personales me llevó una vez a su zona privada —dijo Murbella—. Alardeando, demostrándome que tenía acceso al sancta sanctorum. La zona pública era limpia y ordenada, pero las habitaciones privadas eran un desorden... ropas caídas allá donde habían sido tiradas, tarros de ungüento abiertos, la cama por hacer, comida secándose en platos en el suelo. Le pregunté por qué no habían limpiado todo aquel desorden. Me dijo que no era su trabajo. La que limpiaba no podía entrar en aquellas dependencias hasta el anochecer.

*Vulgaridades secretas.*

Una persona así debía poseer una mente que encajaba con aquella exhibición privada.



Odrade abrió de pronto los ojos. Los enfocó en la pintura de Van Gogh. *Elegida por mí.* Creaba tensiones en el largo lapso de historia humana que las Otras Memorias no podían conseguir. *Me has enviado un mensaje, Vincent. Y gracias a ti, no voy a cerrar mis oídos... o enviar inútiles mensajes de amor a quienes no les importa. Eso es lo menos que puedo hacer en honor a ti.*

La celda dormitorio tenía un olor familiar, una picante pungencia de claveles reventones. El perfume floral preferido de Odrade. Las ayudantas lo mantenían allí como un entorno nasal.

*¿Mi propia verdad?*

Cerró los ojos una vez más, y sus pensamientos volvieron de golpe a la Reina Araña. Odrade sintió que aquel ejercicio creaba otra dimensión en aquella mujer sin rostro.

*Riqueza.*

Murbella decía que una comandante Honorada Madre sólo tenía que dar una orden, y le era traída cualquier cosa que deseara.

—¿Cualquier cosa?

Murbella describió algunos ejemplos que conocía: groseramente deformados compañeros sexuales, empalagosos dulces, orgías emocionales desencadenadas por actuaciones de extraordinaria violencia.

*¡Larga vida a los romanos!*

—Siempre están buscando extremos.

Los informes de espías y agentes confirmaban los semiadmirativos relatos de Murbella.

—Todo el mundo dice que tienen derecho a gobernar.

*Esas mujeres evolucionaron de una burocracia autocrática.*

Gran parte de la evidencia lo confirmaba. Murbella hablaba de lecciones de historia que decían que las primitivas Honoradas Matres llevaban a cabo investigaciones para conseguir un dominio sexual sobre sus poblaciones, «cuando los impuestos se convirtieron en algo demasiado amenazador para aquellos a los que gobernaban».

*¿Un derecho a gobernar?*

Odrade no tenía la impresión de que aquellas mujeres insistieran en un tal derecho. No. Suponían que su derecho nunca sería cuestionado. ¡Nunca! Nada de decisiones equivocadas. Pasar por alto las consecuencias. Nunca había ocurrido.

Odrade se sentó erguida en su camastro, sabiendo que había encontrado la iluminación que estaba buscando.

*Los errores nunca se producen.*

Eso requería un enorme saco de inconsciencia para contenerlo. ¡Una consciencia muy minúscula, luego asomarse a un tumultuoso universo que ellas mismas habían

creado!

*¡Ohhhh, encantador!*

Odrade llamó a su asistente de noche, una acólita de primer grado, y le pidió té de melange conteniendo un peligroso estimulante, algo para ayudarla a retrasar las exigencias del cuerpo que quería dormir. Pero a un cierto coste.

La acólita dudó antes de obedecer. Regresó al cabo de un momento con un tazón humeante sobre una pequeña bandeja.

Odrade había decidido hacía mucho tiempo que el té de melange hecho con el agua muy fría de la Casa Capitular poseía un sabor que se abría camino hasta las profundidades de su psique. El amargo estimulante la privaba de ese refrescante sabor y mordisqueaba su consciencia. La noticia debía estar corriendo entre aquellas que estaban de guardia. *Preocupación, preocupación, preocupación.* ¿Iban a votar otra vez las Censoras?

Sorbió lentamente el líquido, dando al estimulante tiempo para actuar. *Las mujeres condenadas rechazan la última comida. Beben té.*

Finalmente, puso a un lado el vacío tazón y pidió ropas de abrigo. «Voy a ir a dar un paseo por los huertos». La asistente de noche no hizo ningún comentario. Todo el mundo sabía que a menudo iba a pasear por los huertos, incluso de noche.

—Dice que le ayuda a pensar.

El paseo alarmaría a los perros guardianes tanto como el estimulante. Las Reverendas Madres no recurrían a menudo a tales cosas.

Al cabo de pocos minutos se hallaba en el estrecho sendero vallado que conducía a su huerto favorito, iluminando su camino con un mini-globo fijado a su hombro derecho al extremo de una corta cuerda. Una pequeña horda del negro ganado de la Hermandad se acercó a la valla al lado de Odrade y la contempló mientras pasaba. Ella observó los húmedos hocicos, inhaló el intenso aroma de alfalfa en sus alientos, e hizo una pausa. Las vacas olisquearon y captaron las feromonas que les decían que debían aceptarla.

Retrocedieron para seguir comiendo el forraje apilado cerca de la valla por los cuidadores.

Volviéndose de espaldas al ganado, Odrade contempló los deshojados árboles al otro lado de los pastos. Su mini-globo trazaba un círculo de luz amarilla que enfatizaba la quietud invernal.

Pocos comprendían el porqué aquel lugar la atraía. No era suficiente decir que los turbados pensamientos se calmaban allí. Ni siquiera en invierno, con la helada crujendo bajo sus pies. Aquel huerto era un silencio duramente conseguido entre tormentas. Extinguió su mini-globo y dejó que sus pies siguieran el camino familiar en la oscuridad. Ocasionalmente, alzaba la vista a la luz de las estrellas silueteadas por las ramas sin hojas. *Tormentas.* Sentía aproximarse una que ningún meteorólogo

podía anticipar. *Las tormentas engendran tormentas. La rabia engendra rabia. La venganza engendra venganza. Las guerras engendran guerras.*

El viejo Bashar había sido un maestro rompiendo círculos. ¿Tendría el ghola ese mismo talento?

Qué peligrosa apuesta.

Odrade volvió la vista hacia el ganado, manchas oscuras bajo la luz de las estrellas, con pequeñas nubecillas de vapor ascendiendo lentamente. Se habían agrupado apiñadamente para mantener el calor, y pudo oír un chirrido familiar mientras rumiaban su comida.

*Debo ir hacia el sur, al desierto. Enfrentarme a Sheeana. Las truchas de arena prosperan. ¿Por qué no hay gusanos?*

Habló en voz alta al ganado reunido junto a la cerca:

—Comed vuestra hierba. Se supone que esto es lo que tenéis que hacer.

Si algún perro guardián de los que estaban espiándola captaba esta observación, Odrade sabía que iba a tener serios problemas para explicarla.

*Pero he visto a través del corazón de mi enemigo, y siento lástima por él.*

## Capítulo XX

*Para conocer bien una cosa, debes conocer sus límites. Tan sólo cuando es llevada más allá de su tolerancia puede ser vista su auténtica naturaleza.*

***La Regla Amtal***

*No dependas solamente de la teoría si está en juego tu vida.*

***Comentario Bene Gesserit***

Duncan Idaho permanecía de pie casi en el centro de la sala de prácticas de la nonave, y a tres pasos del niño ghola. Sofisticados instrumentos de adiestramiento estaban al alcance de la mano, algunos agotadores, otros peligrosos.

El niño parecía digno de admiración y confianza aquella mañana.

*¿Lo comprendo mejor porque yo también soy un ghola? Una suposición cuestionable. Este ghola ha sido elaborado de una forma muy diferente a la diseñada para mí. ¡Diseñada! El término exacto.*

La Hermandad había copiado tanto de la infancia original de Teg como le había sido posible. Incluso un adorable joven compañero para que ocupara el lugar del hacía mucho tiempo perdido hermano. ¡Y Odrade proporcionándole la enseñanza profunda! Como hizo la auténtica madre de Teg.

Idaho recordaba al viejo Bashar cuyas células habían producido aquel niño. Un hombre pensativo cuyos comentarios tenían que ser atendidos. Con apenas un ligero esfuerzo, Idaho podía recordar los modales y palabras del hombre:

—El auténtico guerrero comprende a menudo a su enemigo mejor que comprende a sus amigos. Una trampa peligrosa si dejas que la comprensión conduzca a la simpatía como hará, de una forma natural, si la dejas sin conducir.

Era difícil pensar en la mente que había detrás de esas palabras como algo latente en algún lugar en aquel niño. El Bashar había sido tan agudo, enseñando acerca de simpatías, aquel largo día en el Alcázar de Gammu.

—*La simpatía hacia el enemigo... una debilidad a la vez de la policía y de los ejércitos. Más peligrosas son las simpatías inconscientes que te dirigen a conservar a tu enemigo intacto debido a que el enemigo es tu justificación de la existencia.*

—¿Señor?

¿Cómo podía esa aguda voz infantil convertirse en el tono de mando del viejo Bashar?

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué estáis de pie ahí, mirándome?

—Llamaban al Bashar «la Vieja Fiabilidad». ¿Lo sabías?

—Sí, señor. He estudiado la historia de su vida.

¿Era él ahora «la Joven Fiabilidad»? ¿Por qué deseaba Odrade que sus memorias originales fueran restauradas tan pronto?

—Debido a que el Bashar, toda la Hermandad, han estado excavando en las Otras Memorias, revisando sus puntos de vista de la historia. ¿Te dijeron eso?

—No, señor. ¿Es importante para mí saberlo? La Madre Superiora dijo que vos adiestraríais mis músculos.

—Recuerdo que te gustaba beber Marinete Daniano, un coñac muy fino.

—Soy demasiado joven para beber, señor.

—Eras un Mentat. ¿Sabes lo que eso significa?

—Lo sabré cuando restauréis mis memorias, ¿no?

Ningún respetuoso *señor*. Llamando al orden al maestro para que no se demorara con retrasos indeseados.

Idaho sonrió, y obtuvo otra sonrisa por respuesta. Un muchacho encantador. Era fácil sentir hacia él un afecto natural.

—Ve con cuidado con él —había dicho Odrade—. Encandila.

Por alguna razón que no se preocupó en explorar, Idaho recordó el resumen que le había hecho Odrade antes de traer al niño. Obviamente había estado hurgando en los conceptos Bene Gesserit de la educación, pero había algo más que eso.

—Puesto que cada individuo es explicable en definitiva en relación a su yo —dijo—, la formación de ese yo exige nuestro mayor cuidado y atención.

—¿Es eso necesario con un ghola?

Habían permanecido aquella noche en el salón de Idaho, con Murbella como una fascinada oyente.

—Recordará todo lo que tú le enseñes.

—Entonces tendremos poco que hacer preparando el original.

—¡Cuidado, Duncan! Dale una mala época a un niño impresionable, enséñale a ese niño que no tiene que confiar en nadie, y crearás un suicida... un suicida rápido o lento, eso no constituye ninguna diferencia.

—¿Olvidáis que conocí al Bashar?

—¿Recuerdas, Duncan, cómo eran las cosas antes de que tus memorias fueran restauradas?

—Sabía que el Bashar podía hacerlo, y lo consideraba como mi salvación.

—Y así es como él te ve a ti. Es un tipo de confianza muy especial.

—Lo trataré honestamente.

—Puede que pienses que actúas con honestidad, pero te aconsejo que mires muy profundamente dentro de ti mismo cada vez que te enfrentes cara a cara con esta confianza.

—¿Y si cometo un error?

—Lo corregiremos en la medida de lo posible. —Alzó un momento la vista hacia los com-ojos, luego volvió a posarla en él.

—¡Sé que estaréis observándonos!

—No permitas que esto te inhiba. No estoy intentando hacer que te sientas tímido. Sólo cauteloso. Y recuerda que mi Hermandad posee eficientes métodos de curación.

—Seré cauteloso.

—Puede que recuerdes que fue el Bashar quien dijo: «La ferocidad que desplegamos ante nuestros adversarios está siempre templada por la lección que esperamos enseñarles.»

—No puedo pensar en él como en un adversario. El Bashar fue uno de los hombres más excelentes que nunca haya conocido.

—Magnífico. Lo deposito en tus manos.

Y allí estaba el niño ahora, en la sala de prácticas, sintiéndose algo más que un poco impaciente por las vacilaciones de su maestro.

—Señor, ¿forma parte de una lección el estar simplemente de pie aquí? Sé que a veces...

—No te muevas.

Teg adoptó una actitud militar de firmes. Nadie le había enseñado aquello. Procedía de sus memorias originales. Idaho se sintió de pronto fascinado por aquel atisbo del Bashar.

*¡Sabían que iba a atraparme de este modo!*

Nunca subestimes la persuasión de las Bene Gesserit. Puedes encontrarte haciendo cosas por ellas sin saber las presiones que han sido aplicadas. ¡Sutiles y condenadas! Había compensaciones, por supuesto. Vivías tiempos interesantes, como decía la antigua maldición/bendición. Considerándolo todo, decidió Idaho, prefería los tiempos interesantes, aún esos tiempos, a todo lo demás.

Inspiró profundamente.

—Restaurar tus memorias originales causará dolor... físico y mental. En algunos aspectos, los dolores mentales son los peores. Tengo que prepararte para ellos.

Firmes todavía. Ningún comentario.

—Empezaremos sin armas, utilizando una hoja imaginaria en tu mano derecha. Esta es una variación de las «cinco actitudes». Cada respuesta surge antes de ser necesitada. Deja caer los brazos a tus lados y relájate.

Avanzando hasta situarse detrás de Teg, Idaho sujetó el brazo derecho del niño por debajo del codo y le demostró los primeros movimientos.

—Cada atacante es una pluma flotando en un sendero infinito. A medida que la pluma se acerca, es desviada y extirpada. Tu respuesta es como un soplo de aire enviando hacia un lado la pluma.

Idaho se echó unos pasos a un lado y observó mientras Teg repetía los

movimientos, corrigiendo con un seco golpe cualquier músculo desobediente.

—¡Deja que sea tu cuerpo quien haga el entrenamiento! —cuando Teg le preguntó por qué hacía aquello.

En un período de descanso, Teg quiso saber lo que quería dar a entender Idaho por «dolores mentales»

—Posees muros ghola-implantados en torno a tus memorias originales. En el momento adecuado, algunas de esas memorias fluirán de vuelta. No todas las memorias serán agradables.

—La Madre Superiora dice que el Bashar restauró vuestras memorias.

—¡Dioses de las profundidades, niño! ¿Por qué lo sigues llamando «el Bashar»? ¡Eres tú!

—Pero yo todavía no lo sé.

—Presentas un problema especial. Para el despertar de un ghola, debería haber una memoria de la muerte de su antecesor. Pero las células que se utilizaron para ti no llevan consigo ningún recuerdo de la muerte.

—Pero el... el Bashar está muerto.

—¡El Bashar! Sí, está muerto. Sentirás eso cuando más duela, y sabrás que *tú* eres el Bashar.

—¿Podéis devolverme realmente esas memorias?

—Si puedes soportar el dolor. ¿Sabes lo que te dije cuando tú restauraste mis memorias? Dije: «¡Atreides! ¡Sois todos tan condenadamente iguales!»

—¿Vos me... odiabais?

—Sí, y tú te sentías disgustado contigo mismo por lo que tenías que hacerme. ¿Te da eso alguna idea de lo que yo debo hacer?

—Sí, señor. —Muy bajo.

—La Madre Superiora dice que no debo traicionar tu confianza... aunque tú traicionaste la mía.

—¿Pero yo restauré vuestras memorias?

—¿Ves lo fácil que resulta pensar en ti mismo como en el Bashar? Estabas bloqueado. Y si, tú restauraste mis memorias.

—Eso es todo lo que deseaba.

—Si tú lo dices.

—La... Madre Superiora dice que vos sois un Mentat. ¿Ayudará eso... y el que yo fuera también un Mentat?

—La lógica dice: «Sí». Pero nosotros los Mentats tenemos un proverbio que dice que la lógica se mueve ciegamente. Y somos conscientes de que hay una lógica que te pateaba fuera del nido y al caos.

¡Sé lo que significa el caos! —Muy orgulloso de sí mismo.

—Así lo pensaba.

—¡Y confío en vos!

—¡Escúchame! Somos servidores de la Bene Gesserit. Las Reverendas Madres no edificaron su orden sobre la confianza.

—¿No debo confiar en... la Madre Superiora?

—Dentro de unos ciertos límites, aprenderás y lo apreciarás. Por ahora, te advierto que la Bene Gesserit actúa bajo un sistema de *desconfianza* organizada. ¿Te han enseñado algo acerca de la democracia?

—Sí, señor. Es cuando tú votas para...

—¡Es cuando tú desconfías de alguien con poder sobre ti! Las hermanas lo saben muy bien. No confíes demasiado.

—Entonces, ¿no debo confiar tampoco en vos?

—La única confianza que puedes depositar en mí es la de que haré todo lo posible por restaurar tus memorias originales.

—Entonces no me importa lo mucho que duela. —Alzó la vista hacia los ojos, sabedor de que desearían ver plenamente su expresión—. ¿No les importa que vos digáis esas cosas de ellas?

—Sus sentimientos hacia un Mentat se limitan únicamente a sus datos.

—¿Eso significa hechos?

—Los hechos son frágiles. Un Mentat puede verse enmarañado por ellos. Demasiados datos *seguros*. Es como la diplomacia. Necesitas unas cuantas buenas mentiras para sostener tus proyecciones.

—Me siento... confuso. —Utilizó vacilante la palabra, inseguro de que fuera eso lo que quería decir.

—En una ocasión le dije eso a la Madre Superiora. Ella respondió: «He estado comportándome mal.»

—¿Se supone acaso que vuestra misión es... confundirme?

—Siempre que te enseñe algo. —Y cuando Teg siguió pareciendo desconcertado, Idaho añadió—: Déjame contarte una historia.

Teg se sentó inmediatamente en el suelo, una acción que revelaba que Odrade utilizaba muy a menudo la misma técnica. Bien. Teg era ya receptivo.

—En una de mis vidas, tuve un perro que odiaba las almejas —dijo Idaho.

—He comido almejas. Proceden del Gran Mar.

—Sí. Bien, mi perro odiaba las almejas porque una de ellas había tenido la temeridad de escupirle en un ojo. Eso pica. Pero lo peor de todo es que fue un inocente agujero en la arena el que produjo el escupitajo. No había ninguna almeja visible.

—¿Qué es lo que hizo vuestro perro? —Inclinándose hacia adelante, la barbilla apoyada en un puño.

—Desenterró a la ofensora y me la trajo. —Idaho sonrió—. Lección uno: no dejes



que lo desconocido te escupa al ojo.

Teg se echó a reír y aplaudió.

—Pero míralo desde el punto de vista del perro. ¡Ve detrás del escupidor! Luego... gloriosa recompensa: el dueño se siente complacido.

—¿Desenterró vuestro perro más almejas?

—Cada vez que íbamos a la playa. Iba gruñendo detrás de todas las escupidoras, y el dueño las recogía, para no ser vistas de nuevo más que como conchas vacías con una pizca de carne aún sujeta a veces en su interior.

—Os las comíais.

—Míralo tal como lo veía el perro. Las escupidoras recibían así su castigo. Había descubierto una forma de librar al mundo de unas cosas ofensivas, y el dueño se sentía complacido con él.

Teg demostró su perspicacia:

—Así pues, ¿las Hermanas piensan en nosotros como si fuéramos perros?

—En un cierto sentido. No lo olvides nunca. Cuando vuelvas a tus habitaciones, busca «lesa majestad». Ayuda a situar nuestras relaciones con nuestras Dueñas.

Teg alzó la vista hacia los com-ojos, y luego miró de nuevo a Idaho, pero no dijo nada.

Idaho desvió su atención hacia la puerta detrás de Teg y dijo:

—Esa historia era para ti también.

Teg saltó en pie, volviéndose y esperando ver a la Madre Superiora. Pero tan sólo era Murbella.

Estaba reclinada contra la pared, al lado de la puerta.

—A Bell no va a gustarle que hables de este modo de la Hermandad —dijo.

—Odrade me dijo que tenía mano libre. —Miró a Teg—. ¡Ya hemos perdido bastante tiempo con historias! Déjame ver si tu cuerpo ha aprendido algo.

Una extraña sensación de excitación se había apoderado de Murbella cuando entró en la zona de adiestramiento y vio a Duncan con el niño. Estuvo observando durante un tiempo, consciente de que estaba viéndolo bajo una nueva luz, casi Bene Gesserit. Las instrucciones de la Madre Superiora eran evidentes en la sinceridad de Duncan con Teg. Era una sensación extremadamente extraña aquella nueva consciencia, como si hubiera dado todo un paso adelante en relación con sus anteriores asociadas. La sensación tenía un punzante ángulo de pérdida.

Murbella se descubrió echando en falta extrañas cosas de su vida anterior. No la caza en las calles, buscando nuevos machos que cautivar y traer bajo el control de las Honoradas Matres. Los poderes que brotaban de crear adictos sexuales habían perdido su sabor bajo las enseñanzas Bene Gesserit y sus experiencias con Duncan. Admitía echar en falta un elemento de ese poder, sin embargo: la sensación de pertenecer a una fuerza que nada podía detener.

Era algo a la vez abstracto y específico. No las recurrentes conquistas, sino la expectativa de la inevitable victoria que llegaba en parte de la droga que compartía con las Hermanas Honoradas Matres. A medida que la necesidad se desvanecía en el pozo de la melange, veía la vieja adicción desde una perspectiva distinta. Los químicos Bene Gesserit, rastreando el sustituto de la adrenalina a partir de muestras de su sangre, lo tenían dispuesto por si ella lo necesitaba. Ella sabía que no. Otra ausencia la atormentaba. No los machos cautivados, sino el constante fluir de otros nuevos. Algo en su interior le decía que aquello había desaparecido para siempre. Nunca volvería a experimentarlo. El nuevo conocimiento había cambiado su pasado.

Aquella mañana había merodeado por los corredores entre sus aposentos y la sala de prácticas, con el deseo de observar a Duncan con el niño, con el temor de que su presencia pudiera interferir. Aquel merodear era algo que hacía a menudo esos días, tras las más agotadoras de sus lecciones matutinas con una maestra Reverenda Madre. Los pensamientos de las Honoradas Matres estaban mucho con ella en aquellos momentos.

No podía escapar de su sensación de pérdida. Era un vacío tal que se preguntaba si alguna vez algo podría llenarlo. La sensación era peor que la de envejecer. Envejecer como una Honorada Madre había ofrecido sus compensaciones. Los poderes acumulados en esa Hermandad tenían tendencia a crecer rápidamente con la edad. No aquí. Aquí era una pérdida *absoluta*.

*He sido derrotada.*

Las Honoradas Matres nunca contemplaban la derrota. Murbella se sentía forzada a ello. Sabía que las Honoradas Matres resultaban a veces muertas por sus enemigos. Esos enemigos siempre pagaban su acción. Era la ley: planetas enteros arrasados para castigar a un ofensor.

Murbella sabía que las Honoradas Matres buscaban la Casa Capitular. Como un asunto de antiguas lealtades, era consciente de que debería ayudar a esas buscadoras. La intensidad de su derrota personal residía en el hecho de que no deseaba que la Bene Gesserit pagara el precio recordado.

*Las Bene Gesserit son demasiado valiosas.*

Eran infinitamente valiosas para las Honoradas Matres. Murbella dudaba de que ninguna otra Honorada Madre sospechara siquiera eso.

*Vanidad.*

Ese era el juicio que colgaba a sus anteriores Hermanas. *Y a mí misma, de hecho.* Un terrible orgullo. Había crecido del hecho de verse sojuzgadas durante tantas generaciones antes de conseguir su propia ascendencia. Murbella había intentado comunicarle esto a Odrade, recontándoselo de la historia enseñada por las Honoradas Matres.

—El esclavo hace un terrible dueño —dijo Odrade.

Murbella se dio cuenta de que aquél era un esquema de Honorada Madre. Lo había aceptado entonces, pero ahora lo rechazaba, y no podía hallar las razones de este cambio.

*He crecido fuera de esas cosas. Ahora resultarían infantiles para mí.*

Una vez más, Duncan había detenido la sesión de prácticas. Tanto maestro como alumno estaban cubiertos de sudor. Permanecían de pie, jadeando, recuperando el aliento, intercambiando extrañas miradas. ¿Conspiración? El niño parecía extrañamente maduro.

Murbella recordó el comentario de Odrade:

—La madurez impone su propio comportamiento. Una de nuestras lecciones... haz esos imperativos disponibles a tu consciencia. Modifica los instintos.

*Me han modificado, y seguirán haciéndolo aún más.*

Podía ver lo mismo actuando sobre el comportamiento de Duncan con el niño ghola.

—Esta es una actividad que crea muchas tensiones en las sociedades a las que influenciamos —había dicho Odrade—. Eso nos fuerza a constantes ajustes.

*¿Pero cómo pueden ajustarse a mis anteriores Hermanas?*

Odrade revelaba una característica sangre fría cuando se enfrentaba a esta pregunta.

—Tenemos que enfrentarnos a ajustes más importante debido a vuestras actividades pasadas. Lo mismo ocurrió durante el reinado del Tirano.

*¿Ajustes?*

Duncan estaba diciéndole algo al niño. Murbella se acercó para escuchar.

—¿Has sido expuesto a la historia de Muad'Dib? Bien. Eres un Atreides, y eso incluye imperfecciones.

—¿Eso significa errores, señor?

—¡Por supuesto que los significa! Nunca escojas un curso de acción simplemente porque ofrezca la oportunidad de un gesto dramático.

—¿Es así como morí?

*Hace que el niño piense en su anterior yo en primera persona.*

—Sé tú el juez. Pero siempre fue una debilidad Atreides. Cosas, gestos atractivos. Morir entre los cuernos de un gran toro como hizo el abuelo de Muad'Dib. Un gran espectáculo para su pueblo. ¡La base de historias para generaciones enteras! Incluso puedes oír atisbos de ellas a tu alrededor, tras todos esos eones.

—La Madre Superiora me contó esa historia.

—Tu auténtica madre probablemente te la contaría también.

El niño se estremeció.

—Me produce una extraña sensación cada vez que habláis de mi auténtica madre.

—Un reverente temor en su joven voz.

—Las sensaciones extrañas son una cosa; esta lección es otra. Estoy hablándote de algo con una persistente etiqueta: *El Gesto Desiano*. Primero se le llamaba *Atreidesiano*, pero era demasiado largo.

Una vez más, el niño tocó aquel núcleo de consciencia madura.

—Incluso la vida de un perro tiene su precio.

Murbella contuvo el aliento, captando lo que era realmente aquello... una mente adulta en un cuerpo de niño. Desconcertante.

—Tu auténtica madre era Janet Roxbrough, de los Roxbrough de Lernaesus —dijo Idaho—. Era una Bene Gesserit. Tu padre era Loschy Teg, un comisionado de zona de la CHOAM. Dentro de unos pocos minutos voy a mostrarte el cuadro favorito del Bashar en su casa en Lernaesus. Quiero que lo conserves y lo estudies. Piensa en él como en tu lugar favorito.

Teg asintió, pero la expresión en su rostro decía que tenía miedo.

¿Era posible que el gran Guerrero Mentat hubiera conocido el miedo? Murbella agitó la cabeza. Poseía un conocimiento intelectual de lo que Duncan estaba haciendo, pero notaba lagunas en el esquema. Aquello era algo que ella probablemente no llegara a experimentar nunca. ¿Qué sentimiento debía producir... despertar a una nueva vida con las memorias de otra vida completamente intactas? Algo muy diferente de las Otras Memorias de una Reverenda Madre, sospechaba.

—La mente en sus inicios —lo llamaba Duncan—. El despertar de tu Auténtico Yo. Sentí que era sumergido en un universo mágico. Mi consciencia era un círculo y luego un globo. Formas arbitrarias se hicieron transitorias. La mesa no era una mesa. Luego caí en un trance... todo a mi alrededor tenía una cualidad parpadeante. Nada era real. Aquello pasó, y sentí que había perdido la realidad. Mi mesa era de nuevo una mesa.

Ella había estudiado el manual Bene Gesserit «El despertar de las Memorias Originales de un ghola». Duncan estaba apartándose de esas instrucciones. ¿Por qué?

Duncan se apartó del niño y se acercó a Murbella.

—Tengo que hablar con Sheeana —dijo mientras pasaba por su lado—. Tiene que haber una forma mejor.

## Capítulo XXI

*La inteligencia rápida es a menudo una respuesta de reflejo rotuliano y la más peligrosa forma de comprensión. Hace centellear una pantalla opaca sobre tu habilidad de aprender. Los precedentes de criterio de la ley funcionan de este modo, sembrando tu camino de callejones sin salida. Ve con cuidado. No comprendas nada. Toda comprensión es temporal.*

***Fixe Mentat (adacto)***

Idaho, sentado a solas ante su consola, halló una entrada que había almacenado en los sistemas de la nave durante sus primeros días de confinamiento, y se encontró vaciado (aplicó la palabra más tarde) a actitudes y consciencia sensorial de esa época anterior. Ya no era la tarde de un frustrante día en la no-nave. Estaba de vuelta *allí*, tendido entre el *entonces* y el *ahora*, de la misma forma que las vidas ghola seriales unían esta encarnación a su nacimiento original.

Inmediatamente vio que había acudido a llamar a «la red» y al par de viejos definidos por líneas entrecruzadas, cuerpos visibles a través del resplandor de enjoradas cuerdas... verde, azul, dorado, y un plata tan brillante que dolía a los ojos.

Captó una estabilidad casi divina en aquella gente, pero también algo común en ellos. La palabra *ordinario* acudió a su mente. El ahora ya familiar paisaje ajardinado se extendía tras la pareja: macizos de flores (rosas, pensó), ondulantes praderas, altos árboles.

La pareja le devolvía la mirada con una intensidad que hizo que Idaho se sintiera desnudo.

¡Nuevos poderes en la visión! Ya no estaba confinada a la Gran Cala, un imán crecientemente compulsivo atrayéndole hacia allá abajo con tanta frecuencia que sabía que sus perros guardianes empezaban a mostrarse alertas.

*¿Es otro Kwisatz Haderach?*

Había un nivel de sospecha en la Bene Gesserit que podía dar como resultado su muerte si era rebasado. ¡Y ahora lo estaban observando! Preguntas, preocupadas especulaciones. Pese a ello, no podía apartarse de la visión.

¿Por qué le parecía tan familiar aquella vieja pareja? ¿Alguien de su pasado? ¿Familia?

El hojeo Mentat de sus memorias no produjo nada que encajara con la especulación. Rostros redondeados. Barbillas hundidas. Arrugas de grasa en las papadas. Ojos oscuros. La red oscurecía su color. La mujer llevaba un traje largo azul y verde que ocultaba sus pies. Un delantal blanco manchado de verde cubría el vestido desde su amplio seno hasta justo debajo de su cintura. De unas cintas en el

delantal colgaban útiles de jardinería. En su mano izquierda llevaba un desplantador. Su pelo era canoso. Algunos mechones habían escapado del pañuelo verde que cubría su cabeza y se ensortijaban en torno a sus ojos, enfatizando unos rasgos alegres. Parecía... una abuela.

El hombre encajaba con ella como si hubiera sido creado por el mismo artista para hacer conjunto. Un mono de peto sobre un prominente estómago. No llevaba sombrero. Los mismos ojos oscuros con reflejos chispeantes en ellos. Un pelo canoso hirsuto, muy corto, peinado al cepillo.

Exhibía la expresión más benévola que Idaho hubiera visto nunca. Una sonrisa curvada hacia arriba ponía arrugas en las comisuras de su boca. Sujetaba una pala pequeña en su mano izquierda, y en la palma extendida de la derecha mantenía en equilibrio lo que parecía ser una pequeña esfera de metal. La esfera emitía un penetrante silbido que hizo que Idaho se cubriera los oídos con las manos. Aquello no detuvo el sonido. Desapareció por sí mismo. Bajó las manos.

*Rostros tranquilizadores.* Aquel pensamiento despertó las sospechas de Idaho, porque ahora reconocía la familiaridad. Se parecían en cierto modo a unos Danzarines Rostro, incluso en sus narices respingonas.

Se inclinó hacia adelante, pero la visión mantuvo su distancia.

—Danzarines Rostro —susurró.

Red y pareja de viejos desaparecieron.

Fueron reemplazados por Murbella con unos leotardos de prácticas de resplandeciente ébano. Tuvo que tender una mano y tocarla antes de poder creer que estaba realmente allí.

—¡Duncan! ¿Qué te ocurre? Estás empapado de sudor.

—Yo... creo que es algo que los malditos tleilaxu implantaron en mí. No dejo de ver... Creo que son Danzarines Rostro. Ellos... me miran y ahora, además... un silbido. Duele.

Ella alzó la vista hacia los com-ojos, pero no pareció preocupada. Aquello era algo que las hermanas podían saber sin que representara peligros inmediatos... excepto posiblemente para Scytale.

Se acuclilló al lado de él y apoyó una mano en su brazo.

—¿Algo que le hicieron a tu cuerpo en los tanques?

—¡No!

—Pero has dicho...

—Mi cuerpo no es simplemente una nueva maleta para este viaje. Se trata de toda la química y la sustancia que me constituye. Es mi mente la que es distinta.

Aquello la preocupó. Sabía las inquietudes de la Bene Gesserit hacia los talentos incontrolados.

—¡Maldito sea ese Scytale!

—Lo encontraré —dijo él.

Cerró los ojos, y oyó a Murbella ponerse en pie. La mano se retiró de su brazo.

—Quizá no debieras hacer eso, Duncan.

Sonaba como muy lejana.

*Memoria. ¿Dónde habían ocultado lo que fuera, eso tan secreto? ¿Muy profundo en las células originales?* Hasta aquel momento, había pensado en su memoria como en una herramienta Mentat. Podía evocar sus propias imágenes de momentos muy lejanos frente a espejos. De cerca, examinando todas las arrugas de la edad. Mirando a una mujer tras él... dos rostros en el espejo, y su rostro lleno de preguntas.

Rostros. Una sucesión de máscaras, distintas visiones de esta persona a la que llamaba él mismo. Rostros ligeramente desequilibrados. El pelo a veces gris, a veces el ensortijado azabache de su vida actual. A veces burlón, a veces grave y mirando dentro de sí mismo en busca de la sabiduría para enfrentarse a una nueva jornada. En algún lugar en medio de todo aquello yacía una consciencia que observaba y deliberaba. Alguien que tomaba elecciones. Los tleilaxu habían trasteado con ése.

Idaho sintió su sangre bombeando con fuerza, y supo que el peligro estaba presente. Eso era lo que había pretendido experimentar... pero no procedía de los tleilaxu. Había nacido con él.

*Eso es lo que significa estar vivo.*

Ningún recuerdo de sus otras vidas, nada que los tleilaxu le hubieran hecho, nada que hubiera cambiado ni un ápice su más profunda consciencia.

Abrió los ojos. Murbella seguía de pie a su lado, pero su expresión era velada. *De modo que así es su aspecto como Reverenda Madre.*

No le gustó aquel cambio en ella.

—¿Qué ocurre si la Bene Gesserit fracasa? —preguntó.

Cuando ella no respondió, asintió. *Sí. Esa es la peor suposición. El canal de desagüe que desciende por toda la historia de la Hermandad. Y tú no deseas esto, querida.*

Lo pudo ver en su rostro cuando ella se dio la vuelta y se fue.

Alzando la vista hacia los com-ojos, dijo:

—Dar. Necesito hablar con vos, Dar.

Ninguna respuesta de ninguno de los mecanismos a su alrededor. Tampoco había esperado ninguna. Sin embargo, sabía que podía hablarle a ella, y que ella tendría que escuchar.

—He estado enfrentándome a nuestro problema desde la otra dirección —dijo. E imaginó el ajetreado zumbar de las grabadoras mientras hilaban los sonidos de su voz en los cristales ridulianos—. He estado penetrando en las mentes de las Honoradas Matres. Sé que lo he hecho. Murbella resuena.

Aquello las alertaría. El tenía una Honorada Madre propia. Pero «tenía» no era la

palabra adecuada. El no *tenía* a Murbella. Ni siquiera en la cama. Se tenían el uno al otro. Encajaban de la misma forma que aquella pareja de su visión parecía encajar entre sí. ¿Era eso lo que veía ahí? ¿Dos viejos sexualmente adiestrados por las Honoradas Matres?

—Ahora veo otra salida —dijo—. Cómo conquistar a la Bene Gesserit.

Aquello arrojaba el guante.

—Incidentes —dijo. Una palabra que a Odrade le gustaba mucho utilizar.

—Así es como tenemos que ver lo que nos está ocurriendo. Pequeños incidentes. Incluso las peores suposiciones tienen que ser observadas contra esta perspectiva. La Dispersión posee una magnitud que empequeñece todo lo que hacemos.

¡Eso era! Eso demostraba su valor a las Hermanas. Situaba a las Honoradas Matres bajo una perspectiva mejor. Estaban de vuelta en el Antiguo Imperio. Compañeras enanas. Sabía que Odrade lo vería. Bell se lo haría ver.

En algún lugar, ahí afuera en el Infinito Universo, un jurado había dictado su veredicto contra las Honoradas Matres. La ley y sus ejecutores no se habían decantado hacia las cazadoras. Sospechaba que su visión le había mostrado a dos de los jurados. Y si eran Danzarines Rostro, no eran Danzarines Rostro de Scytale. Esas dos personas detrás de la parpadeante red no pertenecían a nadie excepto a sí mismos.



## Capítulo XXII

*Las mayores imperfecciones de un gobierno surgen del temor a efectuar cambios internos radicales aún cuando sea claramente visible su necesidad.*

**Darwi Odrade**

Para Odrade, la primera melange de la mañana era siempre distinta. Su carne respondía como alguien muerto de hambre aferrando una dulce y jugosa fruta. Luego seguía la lenta, penetrante y dolorosa restauración.

Aquello era lo más temible de la adicción a la melange.

Permaneció de pie junto a la ventana de su dormitorio, aguardando a que el efecto siguiera su curso. El Control del Clima, observó, había conseguido otra lluvia matutina. El paisaje parecía recién lavado, con todo sumergido en una romántica bruma, todos los bordes difusos y reducidos a lo esencial, como antiguas memorias. Abrió la ventana. El frío y húmedo aire sopló en su rostro, trayendo recuerdos en torno a ella del mismo modo que uno se pone unas ropas familiares.

Inspiró profundamente. ¡Los olores después de la lluvia! Recordó lo esencial de la vida amplificado y suavizado por la caída del agua, pero esas lluvias eran distintas. Dejaban un aroma residual a pedernal que podía captar. A Odrade no le gustaba. El mensaje no era de cosas limpias sino de vida resentida, deseando que toda lluvia fuera detenida y encerrada lejos. Aquella lluvia ya no suavizaba y traía plenitud. Traía consigo la inescapable consciencia del cambio.

Odrade cerró la ventana. Inmediatamente estuvo de vuelta a los olores familiares de sus aposentos, y a ese constante olor a shere del implante dosificador necesario exigido a todo el mundo que conocía la localización de la Casa Capitular. Oyó a Streggi entrar, el suave sonido del mapa del desierto siendo cambiado.

*Fui afortunada descubriendo a Streggi. El reemplazo al que está adiestrando no es tan bueno, sino tan sólo «adecuado».*

Había un sonido de eficiencia en los movimientos de Streggi. Semanas de cercana asociación habían confirmado el primer juicio de Odrade. Se podía confiar en ella. No era brillante, pero sí soberbiamente sensitiva a las necesidades de la Madre Superiora. Bastaba observar con qué discreción se movía. Transfiere la sensibilidad de Streggi a las necesidades del joven Teg, y tendremos la altura y la movilidad requeridas. *¿Un caballo? Mucho más.*

La asimilación de la melange por parte de Odrade alcanzó su punto máximo y recedió. El reflejo de Streggi en la ventana la mostró aguardando a que le fueran ordenadas sus tareas. Sabía que esos momentos habían de ser dedicados a la especia. Empezaría a enfrentarse a los problemas del día en el momento en que entrara en su

misteriosa intensificación.

*Me gustaría que ella también se vertiera.*

La mayoría de las Reverendas Madres seguían las enseñanzas y raramente pensaban en su especia como en una adicción. Odrade sabía cada mañana lo que representaba su ritual. Tomabas tu especia durante el día a medida que tu cuerpo la exigía, siguiendo un esquema de adiestramiento primario: dosificación mínima, sólo lo suficiente para estimular el sistema metabólico y conducirlo al máximo de eficiencia. Las necesidades biológicas se mezclaban mucho más fácilmente con la melange. La comida sabía mejor. De no mediar un accidente o un asalto fatal, vivías mucho más tiempo del que vivirías sin ella. Pero te convertías en una adicta.

Sintiendo su cuerpo restaurado, Odrade parpadeó y examinó a Streggi. La curiosidad acerca del ritual matutino era evidente en ella. Hablando al reflejo de Streggi en la ventana, Odrade dijo:

—¿Has aprendido algo acerca de la abstinencia de melange?

—Sí, Madre Superiora.

Pese a las advertencias de mantener la consciencia de la adicción en una clave baja, nunca estaba más lejos que de un parpadeo de Odrade, y sentía los resentimientos acumulados. Las preparaciones mentales de cuando acólita (firmemente impresas en la Agonía) se habían visto erosionadas por las Otras Memorias y la acumulación del tiempo. La advertencia: «La abstinencia extirpa algo esencial de tu vida y, si ocurre en tu madurez, puede llegar a matarte», tenía tan poco significado ahora.

Streggi mostró impaciencia con un carraspeo. Una costumbre que debería ser corregida.

—La abstinencia posee un intenso significado para mí —dijo Odrade—. Soy una de esas para quienes la melange matutina es dolorosa. Estoy segura de que te han dicho que esto suele ocurrir a veces.

—Lo lamento, Madre Superiora.

Odrade estudió el mapa. Mostraba un largo dedo de desierto penetrando hacia el norte, y una pronunciada ampliación de las tierras secas hacia el sudeste de Central, donde Sheeana tenía su estación. Finalmente, Odrade volvió su atención a Streggi, que estaba observando a la Madre Superiora con un nuevo interés.

*¡Alucinada por los pensamientos del lado oscuro de la especia!*

—La cualidad única de la melange es raramente tenida en cuenta en nuestra época —dijo Odrade—. Todos los antiguos narcóticos a los cuales se han aficionado los humanos poseen en común un notable factor... todos excepto la especia. ¿Sabes cuáles es?

—Yo... nosotras nunca...

—¡En común, Streggi! Nicotina, cocaína, heroína, morfina, polvo de ángel (¡qué

nombre horrible!), los incontables conocidos por sus iniciales... todos ellos conducen a vidas más cortas y dolorosas.

—Oh, entiendo. Se nos ha explicado eso, Madre Superiora.

—Pero probablemente no se te ha hablado de un hecho del ejercicio del poder que puede resultar oscurecido por nuestra preocupación por las Honoradas Matres. Hay una codicia de energía en los gobiernos (sí, incluso en el nuestro) que puede hacerte caer en una trampa.

—Las Censoras nos hablan de la energía de...

—¡Las palabras no son suficientes, Streggi! Si me sirves, lo sentirás en tus entrañas porque cada mañana me observarás sufrir. Permite que ese conocimiento se hunda profundamente en ti, esta trampa mortal. No te conviertas en una indiferente aprietabotones, atrapada en un sistema que desplaza la vida con una indiferencia hacia la muerte de la forma en que lo hacen las Honoradas Matres. Recuerda: los narcóticos aceptables pueden ser tasados para que paguen sueldos o de otro modo creen trabajos para funcionarios despreocupados.

—Pero la melange...

—¡La especia! Cada lado apoyando al otro mientras nos tambaleamos hacia la extinción.

Streggi estaba desconcertada.

—Pero la melange amplía nuestras vidas, incrementa la salud y despierta los apetitos hacia...

Se detuvo ante el ceño fruncido de Odrade.

*¡Salido directamente del Manual de las Acólitas!*

—Tiene ese otro lado, Streggi, y puedes verlo en mí. El Manual de las Acólitas no miente. Pero la melange es un narcótico, y nosotras nos convertimos en unas adictas.

—Sé que sus efectos no son buenos para todo el mundo, Madre Superiora. Pero vos habéis dicho que las Honoradas Matres no la...

—El sustituto que emplean reemplaza la melange con muy pocos beneficios excepto impedir las agonías y la muerte de la abstinencia. Es paralelamente adictivo.

—Entonces, la cautiva...

—Murbella lo utilizaba, y ahora utiliza la melange. Son intercambiables. Interesante, ¿no?

—Yo... supongo que aprenderé más sobre esto. Observo, Madre Superiora, que vos nunca las llamáis ramera.

—¿Como lo hacen las acólitas? Ahhh, Streggi. Bellonda ha sido una mala influencia. Oh, reconozco las presiones —se apresuró a decir cuando Streggi empezó a protestar—. Las acólitas sienten la amenaza. Miran a la Casa Capitular y piensan en ella como en su fortaleza durante la larga noche de las ramera.

—Algo así, Madre Superiora. —Muy vacilante.

—Streggi, este planeta es tan sólo otro lugar temporal. Hoy iremos al sur e imprimiremos eso en ti. Busca a Tamalane, por favor, y dile que haga los arreglos que discutimos para nuestra visita a Sheeana. No le hables a nadie más de eso.

—Sí, Madre Superiora. Queréis decir que os acompañare...

—Te quiero a mi lado. Dile a la que estás adiestrando que por el momento se queda totalmente a cargo de mi mapa.

Cuando Streggi se hubo ido, Odrade pensó en Sheeana e Idaho. *Ella quiere hablar con él y él quiere hablar con ella.*

El análisis de los com-ojos indicaba que los dos conversaban a veces con el lenguaje de las manos mientras ocultaban la mayor parte de sus movimientos con sus cuerpos. Tenía la apariencia de un antiguo lenguaje de batalla Atreides. Odrade reconoció parte de él, pero no lo suficiente como para determinar el contenido. Bellonda deseaba una explicación de Sheeana. «¡Secretos!» Odrade era más cautelosa. «Déjales seguir un poco. Quizá salga algo interesante de todo ello.»

*¿Qué es lo que quiere Sheeana?*

Fuera lo que fuese lo que Duncan tenía en mente, estaba relacionado con Teg. Crear el dolor necesario para que Teg recobrara sus memorias originales iba en contra de la disposición de Duncan.

Odrade había notado esto cuando había interrumpido a Duncan ante su consola ayer.

—Llegáis tarde, Dar. —Sin alzar la vista de lo que fuera que estuviese haciendo. *¿Tarde? Apenas había pasado el mediodía.*

La había estado llamando frecuentemente Dar durante los últimos años, un agujoneo, un recordatorio de que se resentía de su existencia de pez en un acuario. El agujoneo irritaba a Bellonda, que discutía contra «esas malditas familiaridades». A Bellonda la llamaba «Bell», por supuesto. Duncan era generoso con su agujoneo.

Recordando esto, Odrade hizo una pausa antes de entrar en su cuarto de trabajo. Duncan había estrellado su puño contra el sobre de la mesa al lado de su consola.

—¡Tiene que haber una forma mejor para Teg!

*¿Una forma mejor? ¿Qué es lo que tiene en mente?*

Un movimiento al final del corredor, más allá del cuarto de trabajo, la sacó de sus reflexiones. Streggi, regresando de Tamalane. Streggi entró en la Sala de Guardia de las acólitas. *Para avisar a su reemplazo con el mapa del desierto.*

Un montón de grabaciones de Archivos aguardaba sobre la mesa de Odrade. ¡Bellonda! Miró al montón. No importaba cuánto intentara delegar, siempre había aquel residuo organizado que sus consejeras insistían en que tan sólo la Madre Superiora podía manejar. Buena parte de aquel nuevo lote era consecuencia de la petición de Bellonda de «sugerencias y análisis».

—Debemos buscar activamente nuevas ideas. ¡Nuestras decisiones afectan al

destino mismo de la Hermandad!

*El destino. Qué pequeña y triste palabra.*

Tras revisar el montón, Odrade exhibió su mal humor echándolo a un lado. *¡Estiércol de granja picoteado por las gallinas! Ni una buena idea. Ni siquiera nada sugerente.*

«No dejar rastros, no dejar indicios», advertía uno de los *análisis*. Suspiró. *¿Meter nuestros cuellos aún más adentro? ¿Imitar a la tortuga?*

¡Bellonda se estaba volviendo positivamente maligna! *¡Ella y su gente están intentando controlarme inundándome con trivialidades!*

Un típico truco de Archivos. Al menos, deseaban que ella pensara que era típico. ¡No evites los chismes de las hermanas sobre tu comportamiento! Oh, no. Los perros guardianes tenían que saber todo lo que hace una hermana.

Odrade pulsó su consola.

—¡Bell!

La voz de una subalterna de Archivos respondió:

—¿Madre Superiora?

—¡Envía a Bell aquí! ¡La quiero delante de mí tan rápido como sus gordas piernas puedan trasladarla!

Fue menos de un minuto. Bellonda se detuvo delante de la mesa de trabajo como una casta acólita. Todas conocían aquel tono en la voz de la Madre Superiora.

Odrade tocó el montón encima de su mesa y retiró su mano como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Qué es todo eso, en nombre de Shaitan?

—Lo hemos considerado significativo para...

—¿Crees que tengo que verlo todo y a todos? ¿Dónde están las notas resumen? Este es un trabajo chapucero. ¡Bell! Yo no soy estúpida, y tú tampoco. Pero esto... delante de esto...

—He delegado tanto como...

—¿Delegado? ¡Mira esto! ¿Qué debo ver y qué puedo delegar? ¡Ni una nota resumen!

—Haré que eso sea corregido inmediatamente.

—Por supuesto que lo harás, Bell. Porque Tam y yo vamos a ir hoy al sur, en una gira de inspección por sorpresa, y a visitar a Sheeana. Y mientras estoy fuera, tú te sentarás en mi silla. ¡Verás lo que te *gusta* este diluvio diario!

—¿Estarás fuera de contacto con...?

—Tendré una línea de luz y un Oído-C en todo momento.

Bellonda respiró más tranquila.

—Sugiero, Bell, que vuelvas a Archivos y pongas a alguien con responsabilidad al cargo de aquello. Que me maldiga si no estáis empezando a actuar como

burócratas. ¡Cubriendo vuestros culos!

—Los barcos auténticos cabecean, Dar.

¿Estaba Bell intentando tomarse aquello por la vía del humor? ¡No todo estaba perdido!

Cuando Bellonda se hubo ido, Odrade contempló aquella estancia donde tantas decisiones se habían tomado. *Estamos volviéndonos chapuceras*. El miedo a las emociones —su propia supresión— creaba un peligroso abismo.

*Debo recordarle a Bell que la burocracia odia las emociones ¡interfieren con la correcta administración de las reglas!*

*Era algo completamente natural que las leyes no tuvieran sentimientos*, pensó Odrade. *¡Y eso nos pone en peligro!* Los buenos burócratas emulaban las reglas, no a sus semejantes. Los mejores burócratas alcanzaban una fría inhumanidad. «La compasión no se halla en la descripción de mi trabajo.» Ese era el camino a la promoción.

Odrade agitó una mano sobre su proyector, y ahí estaba Tamalane en la Sala de Transporte.

—¿Tam?

—¿Sí? —Sin volver la cabeza de una lista de tareas.

—¿Cuándo podemos irnos?

—Dentro de dos horas.

—Lláname cuando estés lista. Oh, y Streggi viene con nosotros. Hazle sitio. — Odrade cortó la comunicación antes de que Tamalane pudiera responder.

Había cosas que debían hacerse, Odrade lo sabía muy bien. Tam y Bell no eran las únicas fuentes de preocupación de la Madre Superiora.

*Nos quedan dieciséis planetas... y eso incluye Buzzell, un lugar definitivamente en peligro. ¡Sólo dieciséis!* Empujó ese pensamiento a un lado. No había tiempo para él. La compasión drenaba también las energías.

*Murbella. Tendría que llamarla y... No. Eso puede esperar. ¿El nuevo Consejo de Censoras? Dejemos que Bell se ocupe de eso. ¿La desbandada de las comunidades?*

El sifonear personal a una nueva Dispersión había forzado las consolidaciones. *¡Permanecer por delante del desierto!* Era deprimente, y no se sentía con fuerzas para enfrentarse hoy a ello. *Siempre me siento inquieta antes de un viaje.*

Bruscamente, Odrade huyó del cuarto de trabajo y echó a andar sin rumbo fijo por los pasillos, observando cómo se realizaban las tareas, deteniéndose en las puertas, comprobando lo que leían las estudiantes, cómo se comportaban en sus eternos ejercicios prana-bindu.

—¿Qué estás leyendo aquí? —preguntó a una joven acólita de segundo grado ante un proyector en una habitación medio a oscuras.

—Los diarios de Tolstoi, Madre Superiora.

Aquella mirada de complicidad en los ojos de la acólita decía: «¿Vos tenéis estas palabras directamente en vuestras Otras Memorias?» ¡La pregunta estaba ahí en la punta de la lengua de la muchacha! Siempre estaban intentando esos insignificantes gambitos cuando la atrapaban a solas.

—¡Tolstoi era un nombre de *familia*! —restalló Odrade—. Al mencionar sus diarios, supongo que te refieres al conde Leo Nicolaievich.

—Sí, Madre Superiora. Avergonzadamente consciente de la censura.

Suavizándose, Odrade citó una frase a la muchacha:

—«No soy un río, soy una red.» Dijo esas palabras en Yasnaia Poliana cuando tenía solamente doce años. No las encontrarás en sus diarios, pero probablemente son las palabras más significativas que pronunciara nunca.

Odrade se alejó antes de que la acólita pudiera darle las gracias. *¡Siempre enseñando!*

Vagabundeó entonces hasta las cocinas principales y las inspeccionó, repasando los bordes interiores de los alineados calderos en busca de huellas de grasa, notando la forma cautelosa con que incluso el maestro chef observaba su avance.

La cocina humeaba con agradables aromas de los preparativos de la comida. Había un reconfortante sonido de cortar y picar y remover, pero las bromas habituales se interrumpieron a su entrada.

Odrade no encontró nada que requiriera una queja seria (aunque habían sido demasiado generosos con la sal en la sopa, y había un poco de perejil picado derramado por el suelo sin que nadie le hubiera prestado atención). El subchef observó su mirada al perejil, e hizo un gesto a una postulante para que lo limpiara. Odrade se alegró de no tener que censurar a nadie. Hacía más fácil su próximo movimiento.

Recorrió el largo mostrador con sus ajetreados cocineros hasta la plataforma elevada del maestro chef. Era un hombre grande y fornido de prominentes pómulos, con un rostro tan enrojecido como las carnes sobre las cuales señoreaba. Odrade no dudaba de que era uno de los más grandes chefs de la historia. Su nombre encajaba con él: Plácido Salat. Se había ganado un lugar cálido en sus pensamientos por varias razones, incluido el hecho de que había adiestrado a su chef particular. Visitantes de importancia en los tiempos anteriores a las Honoradas Matres habían efectuado una gira por las cocinas y habían podido probar sus especialidades.

—¿Puedo presentaros a nuestro jefe de chefs, Plácido Salat?

Su buey plácido (las minúsculas eran exigencia suya) era la envidia de muchos. Casi crudo, y servido con una salsa de mostaza a las hierbas y especias que no oscurecía la carne.

Odrade consideraba el plato demasiado exótico, pero nunca había expresado su juicio en voz alta.

Cuando consiguió toda la atención de Salat (tras una breve interrupción para corregir una salsa), Odrade dijo:

—Tengo hambre de algo especial, Plácido.

El hombre reconoció la insinuación. Así era como ella empezaba siempre su petición de su «plato especial».

—Quizá un guiso de ostras —sugirió.

*Es una comedia*, pensó Odrade. Ambos sabían lo que ella deseaba.

—¡Excelente! —admitió, y siguió con la comedia—. Pero tienen que ser tratadas suavemente, Plácido, las ostras no muy cocidas. Y algo de nuestro propio apio en polvo en el caldo.

—¿Y quizá un poco de pimentón picante?

—Siempre lo prefiero así. Ten mucho cuidado con la melange. Un suspiro y no más.

—¡Por supuesto, Madre Superiora! —Haciendo girar los ojos ante el pensamiento de que podía utilizar demasiada melange—. Es demasiado fácil dejar que la especia lo domine todo.

—Cuece las ostras en néctar de almejas, Plácido. Preferiría que te cuidaras tú mismo de ello, agitándolas suavemente hasta que los bordes de las ostras empiecen a curvarse.

—Ni un segundo más, Madre Superiora.

—Calientame al lado un poco de leche con toda su crema. ¡No la hiervas!

Plácido evidenció una dolida sorpresa ante el hecho de que ella pudiera pensar que él iba a hervir la leche para su guiso de ostras.

—Un poco de mantequilla en el bol de servir —dijo Odrade—. Echa el combinado del caldo sobre ella.

—¿Nada de jerez?

—Cuánto me alegra que te ocupes tú personalmente de mi plato especial, Plácido. Había olvidado el jerez. (La Madre Superiora nunca olvidaba nada y los dos lo sabían, pero era un acto requerido en la comedia.)

—Tres onzas de jerez en el caldo de la cocción —dijo él.

—Calientalo para que desprenda el alcohol.

—¡Por supuesto! Pero no debemos arañar los sabores. ¿Deseáis daditos de pan tostado o galletitas saladas?

—Daditos, por favor.

Sentada ante una mesa en un reservado, Odrade comió dos tazones de guiso de ostras, recordando cómo lo había saboreado la Hija del Mar. Papá le había hecho probar por primera vez aquel plato cuando ella era apenas capaz de llevarse la cuchara a la boca. Había hecho él mismo el guiso, su propia especialidad. Odrade se lo había enseñado luego a Salat.



Lo felicitó por el vino.

—Me ha encantado particularmente tu elección de un chablis para acompañamiento.

—Un chablis un poco afrutado, Madre Superiora. Una de nuestras mejores cosechas. Realza admirablemente el sabor de las ostras.

Tamalane la encontró en el reservado. Siempre sabían dónde encontrar a la Madre Superiora cuando la necesitaban.

—Estamos listas. —¿Había desagrado en el rostro de Tam?

—¿Dónde nos pararemos esta noche?

—En Eldio.

Odrade sonrió. Le gustaba Eldio.

*¿Tam complaciéndome porque estoy de un humor crítico? Quizá tengamos un poco de diversión.*

Siguiendo a Tamalane a los muelles de transporte, Odrade pensó en lo poco característico que era que Tam prefiriera viajar por tubo. Los viajes por superficie la irritaban.

—¿Quién desea perder el tiempo a mi edad?

A Odrade no le gustaban los tubos para el transporte personal. ¡Estabas tan encerrada ahí dentro, tan indefensa! Ella prefería la superficie y el aire y utilizaba los tubos únicamente cuando la urgencia requería un medio veloz. No dudaba en absoluto en utilizar tubos más pequeños para comunicaciones y notas. *A las notas no les importa mientras lleguen a su destino.*

Este pensamiento siempre le hacía tomar consciencia de la invisible red que se ajustaba a sus movimientos fuera donde fuese.

En algún lugar en el corazón de las cosas (siempre había un «corazón de las cosas»), un sistema automatizado conducía las comunicaciones y se aseguraba (la mayor parte de las veces) de que las misivas importantes llegaran allá donde eran dirigidas.

Cuando no era necesario el Despacho Privado (todas lo llamaban el DP), podía disponerse de líneas de sonido y visión a través de redes derivadas y líneas de luz. Las comunicaciones fuera del planeta eran otro asunto, especialmente en estos tiempos de persecución. Lo más seguro era enviar a una Reverenda Madre con el mensaje memorizado o un implante distrans. Todos los mensajeros tomaban enormes dosis de shere en estos días. Las Sondas-T podían leer incluso una mente muerta no protegida por el shere. Cada mensaje fuera del planeta iba cifrado, pero un enemigo podía descubrir la clave de un solo uso que lo protegía. Los mensajes fuera del planeta eran un gran riesgo. Quizá era por eso que el Rabino guardaba silencio.

*¿Por qué estoy pensando en tales cosas en este momento?*

—¿Ninguna noticia todavía de Dortujla? —preguntó, mientras Tamalane se

preparaba para entrar en la sala de Despacho donde aguardaban los demás miembros de su grupo. Tanta gente. ¿Por qué tanta?

Odrade vio a Streggi allá delante, al borde del muelle, hablando con una acólita de Comunicaciones. Había al menos otras seis personas de Comunicaciones cerca.

Tamalane se volvió, a todas luces picada.

—¡Dortujla! ¡Todas te hemos dicho que te lo notificaríamos apenas supiéramos algo de ella!

—Sólo estaba preguntando, Tam. Sólo preguntando. Mansamente, Odrade siguió a Tamalane al Despacho.

*Debería instalar un monitor en mi mente y preguntar acerca de todo lo que aparece por ahí.* Las intrusiones mentales siempre tenían tras ellas una buena razón. Aquella era la manera Bene Gesserit, como le recordaba a menudo Bellonda.

Odrade se sorprendió ligeramente entonces, al darse cuenta de que estaba algo más que harta de la manera Bene Gesserit.

*¡Dejemos que Bell se preocupe un poco de estas cosas para variar!*

Aquél era un momento para flotar libre, para responder como un fuego fatuo a las corrientes que se movían a su alrededor.

La Hija del Mar sabía mucho de corrientes.

## Capítulo XXIII

*El tiempo no se cuenta a sí mismo. Sólo tenéis que contemplar un círculo, y eso se hace evidente.*

### ***Leto II (El Tirano)***

—¡Mira! ¡Mira a lo que hemos llegado! —gimió el Rabino. Permanecía sentado con las piernas cruzadas sobre el frío suelo curvado, con su chal echado por encima de su cabeza y casi ocultando su rostro.

La habitación a su alrededor era tan tenebrosa y resonaba con tales ruidos de pequeña maquinaria que lo hacían sentirse débil. ¡Si esos sonidos se detuvieran!

Rebecca permanecía en pie frente a él, las manos apoyadas en las caderas, una expresión de cansada frustración en su rostro.

—¡No te quedes aquí de este modo! —ordenó el Rabino. Alzó la vista hacia ella desde debajo del chal.

—Si te desesperas, ¿no estaremos perdidos? —preguntó ella.

El sonido de su voz enfureció al hombre, y pasó un momento echando la indeseada emoción a un lado.

*¿Se atreve a darme instrucciones? Aunque, ¿no han dicho los hombres sabios que el conocimiento puede llegar de una mala hierba?* Un enorme y estremecido suspiro lo agitó, y dejó caer el chal sobre sus hombros. Rebecca lo ayudó a ponerse en pie.

—Una no-cámara —murmuró el Rabino—. Aquí dentro nos ocultamos de... — Su mirada registró el oscuro techo encima de su cabeza—. Mejor no pronunciarlo ni siquiera aquí.

—Nos ocultamos de lo inexpresable —dijo Rebecca.

—La puerta no puede ser dejada abierta ni siquiera por la Pascua hebrea —dijo él—. ¿Cómo entrará el Extranjero?

—Algunos extranjeros no los queremos —dijo ella.

—Rebecca. —Inclinó la cabeza—. Eres más que una prueba y un problema. Esta pequeña célula del Israel Secreto comparte tu exilio debido a que comprendemos que...

—¡Deja de decir eso! No comprendes nada de lo que me ha ocurrido. ¿Mi problema? —Se inclinó para acercarse un poco más a él—. Mi problema es seguir siendo humana mientras estoy en contacto con todas esas vidas pasadas.

El Rabino retrocedió.

—¿Ya no eres una de nosotros? Entonces, ¿eres una Bene Gesserit?

—Cuando sea una Bene Gesserit, lo sabrás. Me verás mirándome a mi misma como yo me miro a mí misma.

El hombre frunció interrogadoramente las cejas.

—¿Qué estás diciendo?

—¿A qué se parece un espejo, Rabino?

—Hummm. Ahora acertijos. —Pero una débil sonrisa retorció su boca. Una mirada de determinación regresó a sus ojos. Observó la estancia a su alrededor. Eran ocho allí..., más de los que aquel espacio podía contener. ¡Una no-cámara! Había sido construida penosamente con piezas y elementos contrabandeados. Demasiado pequeña. Doce metros y medio de largo. Él mismo la había medido. Una forma como la de un antiguo barril puesto de lado, ovalada en corte transversal y con cierres en forma de medio globo a los extremos. El techo no estaba a más de un metro sobre su cabeza. El punto más amplio allí en el centro tenía tan sólo cinco metros, y la curvatura del suelo y techo lo hacían parecer aún más angosto. Comida seca y agua reciclada. ¿De eso tenían que vivir, y durante cuánto tiempo? Un Año Standard quizá, si no eran hallados. No confiaba en la seguridad de aquel dispositivo. Aquellos sonidos peculiares en la maquinaria.

Había sido a última hora del día cuando se habían arrastrado dentro de aquel agujero. Ahora debía ser oscuro fuera, sin duda. ¿Y quiénes eran el resto de aquella gente? Huidos a cualquier refugio que pudieran encontrar, apelando a antiguas deudas y honorables compromisos por pasados servicios. Algunos sobrevivirían. Quizá ellos sobrevivieran mejor que los demás que había ahí dentro.

La entrada de la no-cámara permanecía oculta debajo de un foso de cenizas con una chimenea autoestable a su lado. El metal de refuerzo de la chimenea contenía hilos de cristal riduliano para transmitir escenas del exterior a aquel lugar. ¡Cenizas! La estancia olía aún a cosas quemadas, y había empezado a adquirir ya un hedor a cloaca de la pequeña cámara de reciclado. ¡Vaya eufemismo para un retrete!

Alguien se acercó por detrás del Rabino.

—Los buscadores se están marchando. Afortunadamente, fuimos avisados a tiempo.

Era Joshua, el que había construido aquella cámara. Era un hombre bajo y delgado con un severo rostro triangular que se estrechaba en una puntiaguda barbilla. Un oscuro pelo caía sobre su amplia frente. Poseía unos ojos castaños muy separados que miraban a aquel mundo con una meditativa reserva que al Rabino no le producía ninguna confianza. *Parece demasiado joven para saber tanto acerca de estas cosas.*

—Así que están marchándose —dijo el Rabino—. Pero volverán. Entonces no pensarás que somos tan afortunados.

—No sospecharán que estamos tan cerca de la granja —dijo Rebecca—. Lo que hacían los buscadores en realidad era saquear.

—Escuchad a la Bene Gesserit —dijo el Rabino.

—Rabino. —¡Había un tono de censura en la voz de Joshua!—. ¿No te he oído

decir muchas veces que los bendecidos son aquellos que ocultan las imperfecciones de los demás incluso de ellos mismos?

—¡Hoy en día todo el mundo es un maestro! —dijo el Rabino—. ¿Pero quién puede decirnos lo que ocurrirá a continuación?

Tenía que admitir la veracidad de las palabras de Joshua, sin embargo. *Es la angustia de nuestra huida lo que me trastorna. Nuestra pequeña diáspora. Pero no nos dispersamos de Babilonia. Nos ocultamos en... ¡en el sótano de un ciclón!*

Aquel pensamiento lo tranquilizó. *Los ciclones pasan.*

—¿Quién está a cargo de la comida? —preguntó—. Debemos racionarla desde un principio.

Rebecca lanzó un suspiro de alivio. El Rabino se hallaba en su peor momento de sus enormes oscilaciones... demasiado emocional o demasiado intelectual. Volvía a dominarse de nuevo. Pronto volvería a ser intelectual. Eso también habría que atemperarlo. La consciencia Bene Gesserit le dio una nueva visión de la gente que la rodeaba. *Nuestra susceptibilidad judía. ¡Mira a los intelectuales!*

Era un pensamiento peculiar de la Hermandad. Las desventajas de alguien confiando demasiado en los logros intelectuales eran amplias. No podía negar toda aquella evidencia de la horda de Lampadas. La portavoz se apresuraba a alardearlo cada vez que ella vacilaba.

Rebecca había llegado casi a gozar de la persecución de esos caprichos de la memoria, ahora que pensaba en ello. Conocer tiempos anteriores la obligaba a negar sus propios tiempos anteriores. Se le había requerido que creyera en demasiadas cosas que ahora sabía que eran tonterías. Mitos y quimeras, impulsos de comportamiento extremadamente infantiles.

—*Nuestros dioses deben madurar a medida que maduramos nosotros.*

Rebeca reprimió una sonrisa. La portavoz hacía aquello tan a menudo con ella... un ligero golpecito en las costillas de alguien que sabía que ibas a apreciarlo.

Joshua había vuelto a sus instrumentos. Vio que alguien estaba revisando el listado de alimentos almacenados. El Rabino observaba todo aquello con su habitual intensidad. Otros se habían envuelto en mantas y estaban durmiendo en los camastros en el extremo más oscuro de la cámara. Viendo todo aquello, Rebecca supo cuál debía ser su función. Librarnos del aburrimiento.

—*¿La conductora de los juegos?*

*A menos que tengas algo mejor que sugerir, no intentes enseñarme acerca de mi propia gente, Portavoz.*

Fuera lo que fuese lo que pudiera decir acerca de aquellas conversaciones internas, no había la menor duda de que todas las piezas estaban conectadas... el pasado con esta habitación, esta habitación con sus proyecciones de las consecuencias. Y eso era un gran don de la Bene Gesserit. *No pienses en «El*

*Futuro». ¿Predestinación? Entonces, ¿qué le ocurre a la libertad que te es dada al nacimiento?*

Rebecca contempló su propio nacimiento bajo una nueva luz. Se había embarcado en un movimiento hacia un destino desconocido. Cargado con peligros y alegrías no vistos. Así habían girado un meandro en el río y se habían encontrado con los atacantes. El siguiente meandro podía revelar una catarata o un tramo de pacífica belleza. Y aquí residía la máxima seducción de la presciencia, la tentación ante la cual habían sucumbido Muad'Dib y su Tirano. *¡El oráculo sabe lo que ha de venir!* La horda de Lampadas la había enseñado a no buscar oráculos. Lo conocido podía acosarla más que lo desconocido. La dulzura de lo nuevo residía en sus sorpresas. ¿Podía ver eso el Rabino?

*—¿Quién nos dirá lo que va a ocurrir a continuación? —pregunta.*

*¿Es eso lo que quieres saber, Rabino? No te gustará lo que vas a oír. Te lo garantizo. Por el momento el oráculo habla de que tu futuro es igual a tu pasado. Cómo bostezarás en tu aburrimiento. Nada nuevo, nunca. Todo viejo en este instante de revelación.*

*—¡Pero no es eso lo que yo deseaba! —puedo oírte decir.*

*Nada de brutalidad, nada de salvajismo, ninguna tranquila felicidad ni explosiva alegría puede llegarte inesperadamente. Como un tren tubo alejándose en esta gusanera, tu vida tomará velocidad hasta su momento final de confrontación. Como una polilla en el vagón, agitarás tus alas contra los lados y le pedirás al Destino que te deje salir. «¡Permite que el tubo emprenda un mágico cambio de dirección! ¡Permite que pase algo nuevo! ¡No dejes que las terribles cosas que he visto venir ocurran!».* Bruscamente, vio que aquello tenía que haber sido obra de Muad'Dib. ¿A quién había lanzado sus plegarias?

*—¡Rebecca! —Era el Rabino, llamándola.*

Se dirigió hacia donde estaba él ahora, al lado de Joshua, contemplando el oscuro mundo de afuera de su cámara tal como era revelado en la pequeña proyección encima de los instrumentos de Joshua.

*—Está viniendo una tormenta —dijo el Rabino—. Joshua piensa que convertirá en cemento el foso de cenizas.*

*—Eso es bueno —dijo ella—. Es por eso por lo que la construimos aquí y dejamos que volvieran a cubrirla cuando entramos.*

*—¿Pero cómo lo haremos para salir?*

*—Tenemos herramientas para eso —dijo ella—. Y aún sin herramientas, siempre tenemos nuestras manos.*

## Capítulo XXIV

*Un importante concepto guía a la Missionaria Protectiva: la instrucción de las masas con finalidades concretas. Esto se halla firmemente asentado en nuestra creencia de que el objetivo de cualquier discusión debe ser el cambiar la naturaleza de la verdad. En tales asuntos, preferimos la utilización del poder antes que el de la fuerza.*

### **La Coda**

Para Duncan Idaho, la vida en la no-nave había adquirido el aspecto de un juego peculiar desde el advenimiento de su visión y sus intuiciones acerca del comportamiento de una Honorada Madre. La entrada de Teg en el juego era un movimiento de diversión, no sólo la introducción de otro jugador.

Aquella mañana se detuvo al lado de su consola y reconoció en aquel juego elementos paralelos a los de su propia infancia ghola en el Alcázar Bene Gesserit de Gammu, con el viejo Bashar como maestro de armas-guardián.

#### *Educación.*

Esa había sido una preocupación primaria entonces, del mismo modo que lo era ahora. Así como las guardianas, muy discretas en la no-nave pero siempre allí, como lo habían estado en Gammu. O los omnipresentes dispositivos espía, diestramente camuflados y fundidos con la decoración. Se había convertido en un experto en evadirlos en Gammu. Aquí, con la ayuda de Sheeana, había elevado la evasión a un refinado arte.

La actividad a su alrededor estaba reducida a un ligero fondo. Las guardianas no llevaban armas. Pero eran en su mayor parte Reverendas Madres con unas cuantas acólitas de último grado. No creían que necesitaran armas.

Algunas cosas en la no-nave contribuían a una ilusión de libertad, principalmente su tamaño y complejidad. La nave era grande, sin poder determinar hasta qué punto, aunque tenía acceso a muchas cubiertas y corredores que se prolongaban por más de un millar de pasos.

Tubos y túneles, accesos que lo llevaban sobre conductos a suspensor, ascensores y caídas, pasillos convencionales y amplios corredores con esclusas que siseaban al abrirse al tacto (o permanecían selladas: *¡Prohibido!*)... todo era un lugar que mantener en la memoria, empezando allí en su propio césped, exclusivo para él de una forma completamente distinta de la que lo era para sus guardianas.

La energía requerida para hacer descender la nave hasta el planeta y mantenerla en él hablaba de un importante compromiso. La Hermandad no podía calcular el coste de una forma normal. El contador del tesoro de la Bene Gesserit no trabajaba

simplemente con cifras monetarias. No con solares u otras monedas semejantes. Sus cuentas eran contabilizadas en gente, en alimentos, en pagos que se extendían a veces por milenios, en pagos a menudo en especies... tanto materiales como lealtades.

*¡Paga, Duncan! ¡Te están presentando su factura!*

Esta nave no era solamente una prisión. Había considerado varias proyecciones Mentat. Primero: era un laboratorio donde las Reverendas Madres buscaban una forma de anular la habilidad de una no-nave de confundir los sentidos humanos.

*El tablero de juego de una no-nave... un refugio y un rompecabezas. ¿Todo ello para confinar a tres prisioneros? No. Tenía que haber otras razones.*

El juego poseía reglas secretas, algunas de las cuales solamente podía suponer. Pero se había sentido tranquilizado cuando Sheeana había penetrado en el espíritu de todo aquello. *Sabía que ella había de tener sus propios planes. Resultaba obvio cuando empezó a practicar las técnicas de las Honoradas Matres. ¡Puliendo a mis aprendices!*

Sheeana deseaba información íntima acerca de Murbella y de mucho más... sus recuerdos de gente que él había conocido en sus muchas vidas, especialmente recuerdos del Tirano.

*Y yo deseo información acerca de la Bene Gesserit.*

La Hermandad lo mantenía con una actividad mínima. Frustrándole a incrementar sus habilidades Mentat. Él no estaba en el corazón de aquel gran problema que sentía fuera de la nave. Incitantes fragmentos llegaban hasta él cuando Odrade le daba atisbos de sus preocupaciones a través de sus preguntas.

¿Suficiente para ofrecer nuevas premisas? No sin acceso a los datos que su consola se negaba a desplegar.

¡Era también su problema, malditas fueran! Estaba en una caja dentro de su caja. Todos estaban atrapados.

Odrade había permanecido al lado de su consola una tarde, haría una semana o así, y le había asegurado imperturbable que las fuentes de datos de la Hermandad estaban «completamente abiertas» para él. Allí mismo había permanecido, de espaldas contra la mesa, ligeramente apoyada en ella, los brazos cruzados sobre su pecho. Su parecido al Miles Teg adulto era a veces misterioso. Incluso aquella necesidad (¿era una compulsión?) de permanecer de pie mientras hablaba. También le disgustaban las sillas-perro.

Él sabía que poseía una comprensión muy aleatoria de los motivos y los planes de ella. Pero no confiaba en ellos. No después de Gammu.

Añagaza y cebo. Así era como lo habían utilizado. Tenía suerte de no haber seguido el mismo camino que Dune... un cascarón muerto. Consumido por la Bene Gesserit.

Cuando empezaba a agitarse de esta forma, Idaho prefería desplomarse en la silla



ante su consola. A veces permanecía sentado durante horas, inmóvil, con su mente intentando encuadrar complejidades de los poderosos recursos de datos de la nave. El sistema podía identificar a cualquier humano en ella. *De modo que posee monitores automáticos.* Tenía que saber quién estaba hablando, haciendo peticiones, asumiendo el mando temporal.

*Los circuitos de vuelo desafían mis intentos de romper sus cerrojos. ¿Desconectados?* Eso era lo que decían sus guardianas. Pero la forma que tenía la nave de identificar a quien pulsaba los circuitos... sabía que la clave estaba allí.

¿Podría ayudar Sheeana? Era una apuesta peligrosa confiar demasiado en ella. A veces, cuando ella lo observaba ante su consola, le recordaba a Odrade. *Sheeana fue una estudiante de Odrade.* Ese era un recuerdo desembriagador.

¿Cuál era su interés en cómo utilizaba él los sistemas de la nave? ¡Como si necesitara preguntar!

Durante aquel tercer año allí había conseguido que el sistema ocultara datos sólo para él, haciéndolo con sus propias claves. Para frustrar a los atentos com-ojos, ocultó sus acciones a plena vista. Obvias inserciones para recuperación posterior, pero con un segundo mensaje cifrado. Fácil para un Mentat, y útil principalmente como un truco, explorando los potenciales de los sistemas de la nave. Había metido sus datos en un curso al azar, dejándolos a sus propios medios y sin esperanzas de recuperación.

Bellonda sospechó, pero cuando le preguntó al respecto él simplemente sonrió.

*Oculto mi historia, Bell. Mis vidas seriales como ghola... todas ellas, hasta el no-ghola original. Cosas íntimas que quiero recordar acerca de esas experiencias: un lugar donde vaciar mis memorias más intensas.*

Sentado ahora ante la consola, experimentó sentimientos entremezclados. El confinamiento lo amargaba. No importaba el tamaño y la riqueza de su prisión, seguía siendo una prisión. Había sabido durante algún tiempo que muy probablemente podría escapar, pero Murbella y su creciente conocimiento acerca del gran problema lo retenían. Se sentía tanto un prisionero de sus pensamientos como del elaborado sistema representado por las guardianas y aquel monstruoso utensilio. La no-nave era un utensilio, por supuesto. Una herramienta. Una forma de moverse sin ser visto en un peligroso universo. Un medio de ocultarte tú y tus intenciones incluso de los buscadores prescientes.

Con los acumulados talentos de muchas vidas, miró a su alrededor a través de una pantalla de sofisticación e ingenuidad. Los Mentats cultivaban la ingenuidad. Pensando, averiguabas algo que era una forma segura de cegarte. No era el crecer lo que lentamente aplicaba frenos al aprender (a los Mentats se les enseñaba), sino una acumulación de «cosas que sé».

Nuevas fuentes de datos que la Hermandad le había abierto (si podía confiar en

ellas) planteaban preguntas. ¿Cómo estaba organizada la oposición a las Honoradas Matres en la Dispersión? Obviamente había grupos (vacilaba en llamarlos poderes) que perseguían a las Honoradas Matres de la misma forma que las Honoradas Matres perseguían a las Bene Gesserit. También las mataban, si uno aceptaba la evidencia de Gammu.

¿Futars y Adiestradores? Efectuó una Proyección Mentat: una rama colateral tleilaxu en la primera Dispersión se había dedicado a la manipulación genética. Aquellos dos que había visto en su visión, ¿eran los que habían creado a los Futars? ¿Podían aquella pareja ser Danzarines Rostro? ¿Independientes de los Maestros tleilaxu? No todo era singular en la Dispersión.

¡Maldita sea! Necesitaba acceso a más datos, a fuentes poderosas. Sus fuentes actuales no eran ni siquiera remotamente adecuadas. Aquella consola, una herramienta con finalidades limitadas, podía ser adaptada a más amplias exigencias, pero sus adaptaciones cojeaban. ¡Necesitaba dar zancadas de Mentat!

*Me obligan a cojear, y esto es un error. ¿No confía Odrade en mí? ¡Ella es una Atreides, maldita sea! Sabe lo que le debo a su familia.*

*¡Más de una vida, y la deuda nunca ha sido pagada!*

Sabía que estaba impacientándose. Tenía la sensación de que no había nada en absoluto de interés en la nave. Fuera. Ahí era donde debía dirigir su atención.

Nunca le dejarían salir. Su mezcla de genes de Siona y no-Siona les preocupaba. Lo notaba en las extrañas formas en que lo empleaban. Ocasionalmente, era llamado para dar conferencias a grupos de acólitas y Reverendas Madres. No creía que esas conferencias revelaran cosas nuevas y sorprendentes acerca de las Honoradas Matres y sus técnicas sexuales. Todo aquello no era más que fachada, una representación.

—Este es nuestro ghola-Mentat domesticado. ¡Observad como actúa!

¿Cómo seleccionaban a sus audiencias? ¿Designando a las asistentes? ¿O simplemente poniendo un anuncio? *«El Mentat dará esta noche una conferencia sobre eso y eso otro. Todas aquellas que estén interesadas pueden asistir. Den su nombre a la Censora X para facilitar las previsiones del número de asientos.*

La asistencia variaba. A veces eran solamente diez o doce. En una ocasión se encontró ante una audiencia de más de un millar. Se habían visto obligados a celebrar la conferencia en la Gran Cala.

Se sentía aún impaciente. De pronto, su mente se encerró en aquello. ¡Un Mentat impacientándose! Una señal de que permanecía de pie al borde de un descubrimiento importante. *¡Una Proyección Vital!* ¿Algo que no le habían dicho acerca de Teg?

—¡Preguntas! Se sentía flagelado por una serie de preguntas sin respuesta.

*¡Necesito perspectiva!* No necesariamente un asunto de distancia. Podías ganar perspectiva desde dentro si tus preguntas llevaban consigo unas cuantas distorsiones.

Sintió que en algún lugar en las experiencias Bene Gesserit (quizá incluso en los

celosamente guardados Archivos de Bell) había algunas de las piezas que faltaban. ¡Bell apreciaría aquello! Un compañero Mentat debía saber de la excitación de un tal momento. Sus pensamientos eran como teselas, todas ellas a mano y listas para encajar formando un mosaico. No era un asunto de soluciones.

Podía oír a su primer maestro Mentat, las palabras resonando en su mente:

—*Ensambla tus preguntas en equilibrio y arroja tus datos temporales a un lado de la escala o al otro. Las soluciones desequilibran cualquier situación. Los desequilibrios revelan lo que buscas.*

¡Sí! Conseguir desequilibrios con preguntas sensibilizadas era un acto de malabarismo Mentat.

¿Dónde estaban las piezas que faltaban? Tal vez lo que necesitaba pudiera encontrarse en el folklore de la Bene Gesserit, si sabía buscarlo. Ese «¡Oh, por cierto!» que los humanos iban recopilando como de pasada.

Algo que había dicho Murbella la noche antes... ¿Qué? Estaban en la cama. Recordaba haber mirado la hora proyectada en el techo: las 9:47. Y había pensado: *Esa proyección gasta energía.*

Casi podía sentir el fluir de la energía de la nave, ese gigantesco recinto desgajado del Tiempo. Maquinaria sin fricción para crear una presencia mimética que ningún instrumento podría distinguir del entorno natural. Excepto por ahora cuando estaba a la expectativa, escudada no de los ojos sino de la presciencia.

Murbella a su lado: otro tipo de energía, conscientes ambos de la fuerza que intentaba juntarlos. ¡La energía necesaria para suprimir ese magnetismo mutuo! La atracción sexual construyendo y construyendo y construyendo.

*Murbella hablando.* Sí, eso era. Extrañamente autoanalítica. Enfocaba su nueva vida con una nueva madurez, una consciencia Bene Gesserit realzada y la confianza de que algo de una gran fuerza estaba desarrollándose en ella.

Cada vez que reconocía aquel cambio Bene Gesserit se sentía triste. *Cada vez está más cerca el día de nuestra separación.*

Pero Murbella estaba hablando.

—Ella —(Odrade era a menudo «ella») no deja de pedirme que evalúe mi amor por ti.

Recordando aquello, Idaho se permitió volver atrás.

—Ha intentado lo mismo conmigo.

—¿Y tú qué le dijiste?

—*Odi et amo. Escrucior.*

Ella se alzó sobre un codo y le miro.

—¿Qué idioma es ese?

—Uno muy antiguo que Leto me enseñó una vez.

—Traduce. —Perentorio. Su viejo yo de Honorada Madre.

—La odio y la amo. Desgarrador.

—¿Realmente me odias? —Incrédula.

—Lo que odio es sentirme atado de esta forma, no el dominio sobre mi yo.

—¿Me abandonarías si pudieras?

—Deseo que la decisión se presente momento a momento. Quiero control sobre ella.

—Es un juego en el que una de las piezas no puede ser movida.

¡Ahí estaba! Sus palabras.

Recordándolo, Idaho no sintió ninguna exaltación, sino como si bruscamente acabara de abrir los ojos tras un largo sueño. *Un juego en el que una de las piezas no puede ser movida. Un juego.* Su visión de la no-nave y lo que la Hermandad hacía allí.

Había más en el cambio.

—La nave es nuestra escuela especial —dijo Murbella.

Tuvo que estar de acuerdo. La Hermandad reforzaba sus capacidades Mentat para reflejar datos y exhibir los conflictivos. Captó a dónde podía conducir aquello, y sintió un terrible miedo.

—*Despejas los pasos nerviosos. Bloqueas fuera distracciones e inútiles vagabundeos mentales.*

Redirigías tus respuestas hacia aquel peligroso modo que a todo Mentat se le advertía que debía evitar. «Puedes perderte ahí.»

Los estudiantes eran llevados a ver vegetales humanos «Mentats fracasados», mantenidos con vida para demostrar el peligro.

Qué tentador, sin embargo. Podías captar el poder en aquel modo. *Nada oculto. Todas las cosas conocidas.*

Conocidas para aquellos desperdiciados cuerpos humanos inmóviles en sus colchones, con un débil olor a úlceras y orines en torno a ellos.

En medio de aquel miedo, con Murbella volviéndose hacia él en la cama, sintió las tensiones sexuales volverse casi explosivas.

*Todavía no. ¡Todavía no!*

Uno de ellos había dicho algo más. ¿Qué? Había estado pensando acerca de los límites de la lógica como una herramienta para exponer los motivos de la Hermandad.

—¿Intentas analizarlas a menudo? —preguntó Murbella.

Era extraño que preguntara aquello, como haciéndose eco de sus pensamientos no expresados. Negaba que leyera las mentes.

—Tan sólo te leo a ti, ghola mío. Porque tú eres mío, ¿sabes?

—Y viceversa.

—Cierto también. —Casi burlándose, pero cubriendo algo mucho más profundo y

convulsionado.

Había un peligro latente en cualquier análisis de la psique humana, y así lo dijo.

—Pensar que saber por qué te comportas como lo haces te proporciona todo tipo de excusas para comportarte de una forma extraordinaria.

*¡Excusas para comportarte de una forma extraordinaria!* He ahí otra pieza en su mosaico. Más parte del juego, pero esos tantos eran culpables y censurables.

La voz de Murbella era casi meditativa.

—Supongo que puedes racionalizar casi cualquier cosa basándola en algún trauma.

—¿Racionalizar cosas como quemar planetas enteros?

—Hay una especie de autodeterminación brutal en eso. *Ella* dice que efectuar determinadas elecciones afirma la psique y te proporciona una sensación de identidad en la que puedes confiar bajo tensión. ¿No estás de acuerdo, Mentat mío?

—El Mentat no es tuyo. —Sin fuerza en su voz.

Murbella se echó a reír y se dejó caer sobre su almohada.

—¿Sabes lo que desean las Hermanas de nosotros, Mentat mío?

—Desean nuestros hijos.

—Oh, mucho más que eso. Desean nuestra participación voluntaria en su sueño.

*¡Otra pieza del mosaico!*

¿Pero qué otra que una Bene Gesserit conocía ese sueño?

Las Hermanas eran actrices, siempre representando, permitiendo que muy poco que fuera real se asomara a través de sus máscaras. La auténtica persona estaba encerrada dentro y era reclamada al exterior tan sólo cuando era necesario.

—¿Por qué conservará ella esa vieja pintura? —preguntó Murbella.

Idaho sintió que los músculos de su estómago se contraían. Odrade le había traído una holograbación de la pintura que conservaba en su dormitorio. *Casitas en Cordeville, por Vincent Van Gogh*. Despertándole en su cama a alguna hora intempestiva de la noche, haría casi un mes.

—Me preguntaste por mi contacto con la humanidad, y aquí está. —Depositando el holo frente a sus ojos nublados por el sueño. Él se sentó en la cama y contempló aquello, intentando comprender. ¿Qué le ocurría a Odrade? Sonaba tan excitada.

Ella dejó el holo entre sus manos mientras encendía todas las luces, dando a la habitación una realidad de formas duras e inmediatas, todo vagamente mecánico, en la forma en que uno lo esperaría en una no-nave. ¿Dónde estaba Murbella? Se habían ido a dormir juntos.

Se concentró en el holo y lo sujetó de una forma inexplicable, como fuera un vínculo de unión con Odrade. *¿Su contacto con su humanidad?* El holo estaba frío bajo sus manos. Ella lo volvió a tomar y lo apoyó en la mesilla de noche, donde él siguió contemplándolo mientras ella encontraba una silla y se sentaba a su cabecera.

¿Sentarse? ¿Algo la impulsaba a estar cerca de él!

—Fue pintado por un loco en la Vieja Tierra —dijo Odrade, acercando su mejilla a él mientras ambos contemplaban la copia del cuadro—. ¡Míralo! Un momento humano encapsulado.

*¿En un paisaje? Si, maldita sea. Ella tenía razón.*

Siguió contemplando el holo. *¡Esos maravillosos colores!* No eran simplemente los colores. Era la totalidad.

—La mayor parte de los artistas modernos se reirían de la forma en que creó eso —dijo Odrade.

*¿No podía guardar silencio mientras él lo miraba?*

—Fue un ser humano el que efectuó el registro definitivo de esta escena —dijo Odrade—. La mano humana, el ojo humano, la esencia humana, enfocados en la consciencia de una persona que probaba sus límites.

*¡Probaba sus límites! Más para el mosaico.*

—Van Gogh hizo eso con los materiales y el equipo más primitivos. —Sonaba casi ebria—. ¡Pigmentos que un hombre de las cavernas hubiera reconocido! Pintado sobre una tela que pudo haber sido tejida con sus propias manos. Es posible que construyera él mismo sus pinceles con unos cuantos pelos de la piel de un animal y ramillas recogidas del bosque. —Tocó la superficie del holo, y su dedo puso una sombra entre los altos árboles—. El nivel cultural era burdo según nuestros estándares, pero ¿ves lo que produjo?

Idaho tuvo la sensación de que tenía que decir algo, pero las palabras no brotaron. ¿Dónde estaba Murbella? ¿Por qué no estaba allí?

Odrade se echó hacia atrás, y sus siguientes palabras ardieron dentro de él.

—Esa pintura dice que no puedes suprimir lo incontrollado, lo único, que *siempre* ocurrirá entre los humanos, no importa lo que intentemos evitarlo.

Idaho extirpó su mirada del holo y la fijó en los labios de Odrade mientras ésta hablaba.

—Vincent nos dijo algo importante acerca de nuestros semejantes en la Dispersión.

*¿Ese pintor muerto hace tanto tiempo? ¿Acerca de la Dispersión?*

—Han hecho cosas ahí afuera y están haciendo cosas que nosotros ni siquiera podemos imaginar. ¡Cosas sorprendentes! El tamaño explosivo de esa población Dispersa lo garantiza.

Murbella entró en la habitación detrás de Odrade, atándose el cinturón de una ligera bata blanca, descalza. Su pelo estaba húmedo de la ducha. De modo que ahí era donde había ido.

—¿Madre Superiora? —La voz de Murbella era soñolienta.

Odrade habló por encima de su hombro, sin volverse del todo.

—Las Honoradas Matres piensan que pueden anticipar y controlar todo lo que se aparte de la norma. Qué tontería. Ni siquiera pueden controlarlo en ellas mismas.

Murbella se dirigió a los pies de la cama y miró interrogativamente a Idaho.

Cree que ha entrado en medio de una conversación.

—Equilibrio, esa es la clave —dijo Odrade.

Idaho mantuvo su atención en la Madre Superiora.

—Los humanos pueden mantener su equilibrio sobre extrañas superficies —dijo Odrade—. Incluso en las impredecibles. A eso le llaman «mantener el tono». Los grandes músicos saben de eso. Los que practicaban el surf en Gammu cuando yo era niña sabían de eso. Algunas olas los volcaban, pero estaban preparados para ello. Volvían a subir, y seguían.

Sin ninguna razón que pudiera explicar, Idaho pensó en otra cosa que Odrade había dicho:

—No tenemos cosas guardadas en la buhardilla. Lo reciclamos todo.

*Reciclo. Ciclo. Fragmentos de círculo. Piezas de mosaico.*

Estaba cazando al azar, y lo sabía. No a la manera Mentat. Reciclar, sin embargo... las otras Memorias no eran pues una buhardilla llena de trastos, sino algo que ellas consideraban como algo que se reciclaba constantemente. Eso significaba que utilizaban su pasado tan sólo para cambiarlo y renovarlo.

*Mantener el tono.*

Una extraña alusión por parte de alguien que afirmaba que evitaba la música.

Recordando, captó aquel mosaico mental. Se había convertido en un desorden. Nada encajaba en ninguna parte. Piezas al azar que probablemente no encajarían nunca en absoluto.

¡Pero lo hicieron!

La voz de la Madre Superiora seguía sonando en su memoria. *Así que hay más.*

—La gente que sabe esto va hasta su mismo corazón —dijo Odrade—. Te advierten que no puedes pensar en lo que estás haciendo. Esa es una forma segura de fracasar. ¡Simplemente hazlo!

*No pienses. Hazlo. Captó la anarquía. Aquellas palabras lo arrojaron de vuelta a recursos distintos a los del adiestramiento Mentat.*

*¡El engaño Bene Gesserit!* Ella había hecho aquello deliberadamente, sabiendo el efecto. ¿Dónde estaba el afecto que él sentía a veces irradiar de ella? ¿Podía esa mujer sentir preocupación por el bienestar de alguien al que trataba de esta forma?

Cuando Odrade los dejó (apenas se dio cuenta de su marcha), Murbella se sentó en la cama y alisó su bata en torno a sus rodillas.

*Los humanos pueden mantenerse en equilibrio sobre extrañas superficies.* Movimientos en su mente: las piezas del mosaico intentando hallar relaciones.

Captó una nueva marejada en el universo. ¿Aquellas dos personas desconocidas

en su visión? Formaban parte de él. Lo sabía sin ser capaz de decir por qué. ¿Era eso lo que afirmaba la Bene Gesserit? «Modificamos viejas modas y antiguas creencias.»

—¡Mírame! —dijo Murbella.

¿*La Voz*? No, pero ahora estaba seguro de que ella la había intentado, y que no le había dicho que ellas estaban adiestrándola en su brujería.

Vio la extraña mirada en los verdes ojos de ella, una mirada que le decía lo que pensaba de sus antiguas asociadas.

—Nunca intentes ser más listo que la Bene Gesserit, Duncan.

¿*Hablando para los com-ojos*?

No podía estar seguro. Era la inteligencia tras los ojos de ella lo que lo atraía esos días. Podía sentirla crecer allí, como si sus maestras estuvieran hinchando un balón y el intelecto de Murbella se expandiera de la misma forma que un abdomen se expandía con una nueva vida.

¡*La Voz*! ¿Qué le estaban haciendo?

Aquella era una pregunta estúpida. Sabía lo que le estaban haciendo. Estaban apartándola de él, haciendo de ella una Hermana. *Ya no más mi amante, mi maravillosa Murbella*. Una Reverenda Madre, remotamente calculadora en todo lo que hiciera. Una *bruja*. ¿Quién podía amar a una bruja?

*Yo podría. Y siempre lo haré.*

—Te sujetan por tu lado ciego para utilizarte para sus propósitos —dijo Duncan.

Pudo ver que sus palabras causaban efecto. Ella había despertado a aquella trampa tras el hecho. ¡Las Bene Gesserit eran tan malditamente listas! La habían seducido atrayéndola a su trampa, ofreciéndole pequeños destellos de cosas tan magnéticas como la fuerza que la ataba a él. Aquello no podía producir más que irritación a una Honorada Madre.

*¡Atrapamos a otras! ¡Ellas no nos atrapan a nosotras!*

Pero esto había sido hecho por la Bene Gesserit. Se hallaban en una categoría distinta. Casi Hermanas. ¿Por qué negarlo? Y ella deseaba sus habilidades. Deseaba pasar la prueba y adquirir todas las enseñanzas que podía sentir latiendo justo al otro lado de las paredes de la nave. ¿No se daba cuenta del porqué ellas aún la seguían sometiendo a prueba?

*Saben que aún sigue debatiéndose en su trampa.*

Murbella se quitó la bata y se deslizó dentro de la cama a su lado. Sin tocarse. Pero manteniendo esa cálida sensación de proximidad entre sus cuerpos.

—Originalmente pretendían que yo controlara a Sheeana para ellas —dijo Duncan.

—¿Como me controlas a mí?

—¿Te controlo?

—A veces pienso que eres un cómico, Duncan.



—Si no puedo reírme de mí mismo estoy realmente perdido.

—¿Reírte de tus pretensiones humorísticas también?

—Esas las primeras. —Se volvió hacia ella y apoyó su mano formando copa sobre el pecho izquierdo de ella, sintiendo endurecerse el pezón bajo su palma—. ¿Sabes?, nunca fui destetado.

—¿Nunca, en todas esas...?

—Ni una sola vez.

—Debí haberlo sospechado. —Una sonrisa aleteó en sus labios, y bruscamente los dos estaban riendo a carcajadas, aferrándose fuertemente el uno al otro, incapaces de contenerse.

Finalmente, Murbella dijo:

—Maldito sea, maldito sea, maldito sea.

—¿Maldito sea quién? —mientras su risa menguaba y se apartaban el uno del otro, forzando la separación.

—No quién, qué. ¡Maldito sea el destino!

—No creo que al destino le importe.

—Te quiero, y no se supone que tenga que ser así si quiero ser una Reverenda Madre como corresponde.

El odiaba aquellas excursiones bordeando la autocompasión. *¡Entonces tómalo a broma!*

—Tú nunca has sido nada como corresponde. —Masajeó el ligero abultamiento de su abdomen.

—¡Soy como corresponde!

—Esa es una palabra que dejaron fuera cuando te fabricaron.

Ella apartó sus manos y se sentó para mirarlo.

—Se supone que las Reverendas Madres no aman nunca.

—Sé eso. —*¿Es tan evidente mi angustia?*

Ella se sentía demasiado atrapada por sus propias preocupaciones.

—Cuando pase por la Agonía de la Especia...

—¡Amor! No me gusta la idea de la agonía asociada contigo, en ninguna de sus formas.

—¿Cómo puedo evitarlo? Ya estoy lanzada. Muy pronto me harán aumentar aún más la velocidad. Entonces voy a ir muy rápida.

El sintió deseos de volverse, pero los ojos de ella lo retuvieron.

—De veras, Duncan. Puedo sentirlo. En un cierto modo, es como un embarazo. Llega un momento en el que es demasiado peligroso abortar. Tienes que seguir adelante.

—¡Así pues, nos queremos el uno al otro! Obligando a sus pensamientos a trasladarse de un peligro al siguiente.

—Y ellas nos lo prohíben.

El alzó la vista hacia los com-ojos.

—Los perros guardianes están observándonos, y tienen colmillos.

—Lo sé. Ahora les estoy hablando a ellos. Mi amor hacia ti no es una imperfección. Su frialdad es la imperfección. Son exactamente iguales que las Honoradas Matres!

*Un juego donde una de las piezas no puede ser movida.*

Deseaba gritarlo, pero las oyentes detrás de los com-ojos oirían más que palabras. Murbella tenía razón. Era peligroso pensar que podías engañar a las Reverendas Madres.

Algo veló los ojos de Murbella cuando lo miró de nuevo.

—Qué extraño parecías hace apenas un momento. —Reconoció en ella a la Reverenda Madre que podía llegar a ser.

*¡Huye de ese pensamiento!*

Meditar acerca de lo extraño de las memorias de él distraía a veces a Murbella. Pensó que sus anteriores encarnaciones lo hacían en cierto modo similar a una Reverenda Madre.

—He muerto tantas veces.

—¿Lo recuerdas? —La misma pregunta cada vez.

El agitó la cabeza, sin atreverse a decir nada que los perros guardianes pudieran interpretar.

*No las muertes y los nuevos despertares.*

Todo eso se había convertido en algo aburrido a causa de la repetición. A veces ni siquiera se había molestado en incluirlo en su almacén secreto de datos. No... lo que importaba era los encuentros únicos con otros seres humanos, la larga colección de rostros conocidos.

Esto era algo que Sheeana decía que quería de él.

—Trivialidades íntimas. Es el material que todo artista desea.

Sheeana no sabía lo que pedía. Todos aquellos vívidos encuentros habían creado nuevos significados. Esquemas dentro de esquemas. Cosas minúsculas adquirirían una intensidad que desesperaba de compartir con nadie... ni siquiera con Murbella.

*El contacto de una mano en mi brazo. El rostro sonriente de un niño. El brillo de los ojos de un atacante.*

Incontables cosas mundanas. Una voz familiar diciendo:

—Si esta noche intento apoyar un pie en el suelo me caeré. No me pidas que me mueva.

Todo aquello había pasado a formar parte de él. Estaba ligado a su carácter. La vida lo había cimentado inextricablemente a él, sin que pudiera explicárselo a nadie.

Sin mirarle, Murbella dijo:

—Hubo muchas mujeres en esas vidas tuyas.

—Nunca las he contado.

—¿Las amaste?

—Están muertas, Murbella. Todo lo que puedo prometer es que no son fantasmas celosos en mi pasado.

Murbella apagó los globos. El cerró los ojos, y sintió la oscuridad envolverle mientras ella se deslizaba entre sus brazos. La abrazó fuertemente, sabiendo que ella lo necesitaba, pero sintiendo que su mente seguía sus propios caminos.

Un antiguo recuerdo extrajo una frase de un maestro Mentat:

—*La mayor relevancia puede hacerse irrelevante en el espacio de un latido del corazón. Los Mentats deberían contemplar esos momentos con alegría.*

No sintió ninguna alegría.

Todas aquellas vidas seriales seguían dentro de él como un desafío a las relevancias Mentat. Un Mentat penetraba en aquel universo fresco a cada instante. Nada viejo, nada nuevo, nada pegado con antiguos adhesivos, nada realmente conocido. Tú eras la red, y existías solamente para examinar lo que habías atrapado en ella.

*¿Qué es lo que no pasó entre sus mallas? ¿Qué densidad utilicé en este asunto?*

Este era el punto de vista Mentat. Pero no había ninguna forma en la que los tleilaxu hubieran podido incluir todas aquellas células de los Idaho-gholas para recrearlo. Tenía que haber lagunas en su colección serial de células. Había identificado muchas de aquellas lagunas.

*Pero no hay lagunas en mis memorias. Las tengo todas.*

Era una red lanzada fuera del Tiempo. *Así es como puedo ver a la gente de esa visión... la red.* Era la única explicación que la consciencia Mentat podía proporcionarle, y si la Hermandad lo sospechaba, se sentiría aterrada. No importaba cuántas veces lo negara, dirían: «¡Otro Kwisatz Haderach! ¡Matadlo!»

*¡Así que trabaja para ti mismo, Mentat!*

Sabía que tenía en su poder la mayor parte de las piezas del mosaico, pero aún no encajaban en aquel ensamblaje, ¡Ajá!, de importantes preguntas Mentat.

*Un juego donde una de las piezas no puede ser movida.*

*Disculpas por un comportamiento extraordinario.*

—*Desean nuestra participación voluntaria en su sueño.*

*¡Prueba los límites!*

*Los humanos pueden mantener el equilibrio sobre extrañas superficies.*

*Mantén el tono. No pienses. Hazlo.*

## Capítulo XXV

*El mejor arte imita la vida de una forma compulsiva. Si imita un sueño, debe ser un sueño de vida. De otro modo, no hay ningún lugar donde podamos conectarnos. Nuestras conexiones no encajan.*

**Darwi Odrade**

Mientras viajaban hacia el sur a través del desierto, a primera hora de la mañana, Odrade encontró el paisaje campesino turbadoramente cambiado con respecto a su anterior inspección, hacía tres meses. Se sintió justificada por haber elegido vehículos terrestres. El paisaje enmarcado en el grueso plaz que los protegía del polvo revelaba más detalles a aquel nivel.

*Mucho más seco todo.*

El grupo viajaba en un vehículo relativamente ligero... Sólo quince pasajeros, incluido el conductor. Accionado a suspensores, y con un sofisticado motor a reacción cuando no se hallaban directamente sobre el suelo. Capaz de unos buenos trescientos kilómetros por hora sobre carretera vitrificada en buen estado. Su escolta (excesivamente grande, gracias al desmedido celo de Tamalane) les seguía en otro vehículo que llevaba también ropas de recambio, así como un buen surtido de comida y bebidas para las paradas en el camino.

Streggi, sentada al lado de Odrade y detrás del conductor, dijo:

—¿No podríamos hacer que lloviera un poco aquí, Madre Superiora?

Odrade apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea. El silencio era la mejor respuesta.

Habían partido tarde. Todos se habían reunido ya en el muelle de carga, y estaban listos para irse, cuando llegó un mensaje de Bellonda. ¡Otro informe de desastre que requería la atención de la Madre Superiora en el último minuto!

Era una de esas ocasiones en las que Odrade sentía que el único papel posible que le quedaba era el de intérprete oficial. Caminar hasta el borde del escenario y decirles lo que significaba:

—Hoy, Hermanas, hemos sabido que las Honoradas Matres han destruido otros cuatro de nuestros planetas. Todo eso hemos perdido.

*Sólo nos quedan doce planetas (incluido Buzzell), y el cazador sin rostro con el hacha está mucho más cerca.*

Odrade sentía el abismo abriendo sus fauces bajo ella.

Bellonda había recibido la orden de retener aquellas últimas malas noticias hasta un momento más apropiado.

Odrade miró a través de la ventana de su lado. ¿Cuál era un momento apropiado

para tales noticias?

Llevaban avanzando hacia el sur desde hacía un poco más de tres horas, con la carretera vitrificada al quemador extendiéndose ante ellos como un río verde. Su serpentear les conducía por entre colinas de alcornoques que se extendían hasta el horizonte cercado por montañas. Se había dejado que los alcornoques crecieran enanos en plantaciones menos regimentadas que los huertos. Ascendían por las colinas en serpenteantes hileras. La plantación original había sido diseñada en terrazas, cuyos contornos oscurecidos ahora por una alta hierba amarronada aún eran visibles en algunos lugares.

—Aquí cultivamos trufas —dijo Odrade.

Streggi tenía más malas noticias.

—Me han dicho que las trufas tienen problemas, Madre Superiora. No llueve lo suficiente.

¿*No más trufas?* Odrade dudó, al borde de enviar a una acólita de Comunicaciones de vuelta a su punto de origen para pedirle al Control del Clima si aquella sequía podía ser corregida.

Se reclinó en su asiento, sin hablar. ¿*Complejidades!* Era tan fácil verse burlada por ellas. Un sendero tan enmarañado que eras incapaz de ver ninguna salida. ¿*Entonces córtalo!* Sigue el ejemplo de Alejandro cuando se enfrentó a las complejidades gordianas. Alejandro y su hábil cuchillo. ¿O era una espada? No sintió deseos de indagar en busca de una mayor exactitud. Otras cosas exigían su atención.

—¿Por qué no han segado esa hierba debajo de los robles? Hubiéramos debido almacenarla para alimentar al ganado durante el invierno. Mis órdenes fueron explícitas.

La gente a su alrededor retrocedió un poco ante su tono. Odrade podía ser cáustica cuando se irritaba. *Mirad como trató a Tam esta mañana.* Todas sabían qué era lo que más rápidamente la irritaba: la ocultación de los errores. Alguien iba a ser llamado al orden porque aquella hierba no había sido almacenada.

*A la Madre Superiora no se le escapa nunca nada.*

Miró hacia atrás a sus ayudantes. Tres hileras, cuatro personas en cada hilera, especialistas para ampliar sus poderes de observación y cumplir sus órdenes. ¡Y aquel otro vehículo que les seguía! Uno de los más grandes de su tipo en la Casa Capitular. ¡Treinta metros de largo, al menos! ¡Atestado de gente! El polvo torbellineaba a su alrededor.

Tamalane solía acatar las órdenes de Odrade. La Madre Superiora sabía ser punzante cuando se irritaba, y todo el mundo lo sabía. Tam había traído a demasiada gente en aquella ocasión, pero Odrade lo había descubierto demasiado tarde como para hacer cambios.

—¡Esto no es una inspección! ¡Es una maldita invasión! *Sigue mis directrices,*

*Tam. Se trata de un pequeño drama político. Hace más fácil la transición.*

Volvió su atención al conductor, el único hombre en aquel vehículo. Clairby, un experto en transporte, pequeño y avinagrado. Rostro fruncido, piel del color de la tierra recién mojada. El conductor favorito de Odrade. Rápido, seguro, y consciente de los límites de su máquina.

Coronaron la cresta de una colina y los alcornoques se hicieron más espaciados, siendo reemplazados al frente por plantaciones de frutales rodeando una comunidad.

Hermosa a aquella luz, pensó Odrade. Edificios bajos de blancas paredes y techos de tejas anaranjadas. Al final de la ladera se abría una calle de entrada formando un umbrío arco, y alineada detrás, la alta estructura central conteniendo las oficinas regionales.

Aquella vista tranquilizó a Odrade. La comunidad mostraba un aspecto próspero, ablandado por la distancia y por una neblina que se alzaba de los huertos que la rodeaban. Las ramas aún estaban desnudas por el invierno, pero seguramente eran capaces de al menos otra cosecha.

La Hermandad exigía una cierta belleza en sus entornos, se recordó a sí misma. Un regalo que había proporcionado sostén a sus sentidos sin restar nada a las necesidades del estómago. Comodidades allá donde eran posibles... ¡pero no demasiadas!

Alguien detrás de Odrade dijo:

—Creo que algunos de estos árboles están empezando a echar hojas.

Odrade echó una mirada más atenta. ¡Sí! Pequeños asomos de verde en oscuros botones. El invierno había recedido allí. El Control del Clima, debatiéndose por mantener la sucesión de las estaciones, no podía evitar ocasionales errores. El creciente desierto estaba creando allí temperaturas más altas demasiado pronto: sorprendentes zonas de calor habían ocasionado que las plantas echaran hojas o brotes justo en el momento de una brusca helada. La muerte de plantaciones enteras se estaba convirtiendo en algo demasiado común.

Un Consejero de Campo había extraído el antiguo término «Verano Indio» para un informe ilustrado con proyecciones de un huerto en plena floración siendo asaltado por la nieve. Odrade notó que su memoria se agitaba ante las palabras del consejero.

*Verano Indio. ¡Qué apropiado!*

Sus consejeras, compartiendo aquella pequeña visión del trabajo de su planeta, reconocían la metáfora de una merodeante helada avanzando sobre las ruedas de un calor inapropiado: una inesperada revivificación de un clima cálido, un tiempo en que los incursos podían atosigar a sus vecinos.

Recordando aquello, Odrade sintió el frío del hacha del cazador. *¿Cuán pronto?* No se atrevió a buscar la respuesta. *¡No soy un Kwisatz Haderach!*

Se sintió cercana a la autocompasión. *¿Por qué yo? ¿Por qué recae todo esto sobre mis hombros? ¿Por qué debo ser yo la que camine por la cuerda floja cruzando el abismo?*

Las Otras Memorias no le dejaron continuar con aquello. Ácidos comentarios brotaron de las muertas que experimentaban la vida a través de sus sentidos.

—*¡Fue tu propia elección, Hermana! ¿Y quién mejor?*

Sin volverse, Odrade se dirigió a Streggi:

—Este lugar, Pondrille, ¿has estado alguna vez ahí?

—No era mi centro de postulante, Madre Superiora, pero supongo que es similar.

Sí, todas esas comunidades eran muy parecidas: compuestas en su mayor parte por estructuras bajas construidas en mitad de jardines y huertos, centros escolares para adiestramiento especializado. Era un sistema de cribado para Hermanas en perspectiva, la red con la malla más fina en el camino hacia Central.

Alguna de esas comunidades, como Pondrille, se concentraban en endurecer a quienes tenían a su cargo. Cada día enviaban a las mujeres durante largas horas a efectuar trabajos manuales. Manos que se ensuciaban con tierra y se manchaban con el zumo de los frutos y que raramente se ajarían en tareas tan sucias durante todo el resto de sus vidas.

Ahora que habían salido del polvo, Clairby abrió la ventanilla. ¡Entró calor! ¿Qué estaba haciendo el Control del Clima?

Dos edificios al extremo de Pondrille se habían unido al nivel del primer piso cruzando la calle por encima, formando un largo túnel. Todo lo que se necesitaba, pensó Odrade, era un rastrillo para duplicar una de esas puertas de entrada a las ciudades de la historia preespacial. Los caballeros con armadura no hallarían extraño el polvoriento calor de aquella entrada. Estaba definida con plaspiedra, un material visualmente idéntico a la piedra. Las aberturas de los com-ojos de encima eran seguramente los lugares donde los guardianes permanecían vigilando.

La larga y umbría entrada a la comunidad estaba limpia, observó. El olfato rara vez se veía asaltado por olor a podredumbre u otros olores ofensivos en las comunidades Bene Gesserit. No había barrios bajos. Pocos tullidos cojeando por las aceras. Mucha carne saludable. Una buena administración cuidaba de mantener una población sana y feliz.

*Tenemos a nuestros impedidos, sin embargo. Y no todos ellos impedidos físicamente.*

Clairby estacionó el vehículo justo al lado de la desembocadura de la umbría calle, y salieron. El vehículo de Tamalane se detuvo detrás de ellos.

Odrade había esperado que aquella entrada les proporcionara un poco de alivio al calor, pero la perversidad de la naturaleza había convertido el lugar en un horno, y la temperatura era en realidad más alta allí. Se alegró de cruzar a la clara luz de la plaza

central, donde el sudor de su cuerpo secándose le proporcionó unos pocos segundos de frescor.

La ilusión de alivio pasó bruscamente cuando el sol abrasó su cabeza y hombros. Se vio obligada a apelar a su control metabólico para ajustar su calor corporal.

El agua chapoteaba en un espejeante círculo en la plaza central, una indiferente exhibición que pronto llegaría a su fin.

*Dejémosla por ahora. ¡Hay que tener moral!*

Oyó a sus compañeras siguiéndola, con los habituales gruñidos contra «permanecer demasiado tiempo sentada en una misma posición». Pudieron ver una delegación de bienvenida avanzando apresuradamente desde el extremo más alejado de la plaza. Odrade reconoció a Tsimpay, la responsable de Pondrille, al frente.

Las ayudantes de la Madre Superiora avanzaron hacia las baldosas azules de la fuente en la plaza... todas excepto Streggi, que permaneció al lado de Odrade. El grupo de Tamalane también se sentía atraído por la chapoteante agua.

*Nuestra propia forma de Extravagancia*, pensó Odrade. Fuentes. Las encontrabas a menudo allá donde las avenidas de la Bene Gesserit se cruzaban. Nunca una estatua ni una reliquia del pasado.

*No son para nosotras los recordatorios casuales de nuestras predecesoras famosas. Tan sólo el busto de Chenoeh en su nicho en mi pared.*

La Hermandad efectuaba sus propias elecciones en estos asuntos, pensó, pero la excitación de la historia estaba allí. Las Reverendas Madres sentían su historia con una tal inmediatez que ésta creaba sus propios esquemas, sus propias leyendas y mitos. Una parte tan antigua del sueño humano no podía ser completamente desechada nunca.

*Campos fértiles y agua discurriendo al aire libre... agua clara y potable en la que puedas hundir tu rostro para aliviar tu sed.*

Por supuesto, eso era lo que algunos de los componentes de su grupo estaban haciendo precisamente en la fuente. Sus rostros brillaban con la humedad.

La delegación de Pondrille se detuvo cerca de Odrade, aún en las baldosas azules de la fuente en la plaza. Tsimpay llevaba consigo a otras tres Reverendas Madres y cinco acólitas de grado superior.

Todas cerca de la Agonía aquellas acólitas, pensó Odrade. Todas mostrando su concienciación de la inminente prueba en la franqueza de sus miradas.

Tsimpay era alguien a quien Odrade veía muy de tanto en tanto en Central, a donde acudía a veces como maestra. Su aspecto era el apropiado a su condición: pelo castaño tan oscuro que parecía negro rojizo a aquella luz. El estrecho rostro era casi yermo en su austeridad. Sus rasgos más sobresalientes se centraban en el azul total de sus ojos bajo unas densas cejas.

—Nos alegramos de veros, Madre Superiora. —Sonaba como si realmente lo



sintiera.

Odrade inclinó la cabeza, un gesto mínimo. *Te he oído. ¿Por qué te sientes tan feliz de verme?*

Tsimpay comprendió. Hizo un gesto a una alta Reverenda Madre de chupadas mejillas a su lado.

—¿Recordáis a Fali, nuestra Amante de los Huertos? Fali acaba de acudir a mí con una delegación de jardineros. Una seria queja.

El curtido rostro de Fali parecía un poco grisáceo. *¿Exceso de trabajo?* Poseía una boca delgada sobre una afilada barbilla. Suciedad bajo sus uñas. Odrade notó aquello con aprobación. *No teme los trabajos duros.*

*Una delegación de jardineros.* Así que había una escalada de quejas. Debía tratarse de algo serio. No era propio de Tsimpay molestar con cosas triviales a la Madre Superiora.

—Oigámosla —dijo Odrade.

Con una mirada a Tsimpay, Fali se lanzó a una detallada exposición, proporcionando incluso las cualificaciones de los líderes de la delegación. Todos ellos buena gente, por supuesto.

Odrade reconoció el esquema. Había habido conferencias relativas a esta inevitable consecuencia, y Tsimpay había asistido a algunas de ellas. ¿Cómo podías explicarle a tu gente que un distante gusano de arena (quizá aún ni siquiera existente) exigía este cambio? ¿Cómo podías explicarles a los granjeros que *no* era un asunto de «solamente un poco más de lluvia», sino que era algo que iba hasta el mismo corazón del clima total del planeta? Más lluvia aquí podía significar una desviación de los vientos a gran altitud. Esos a su vez podían cambiar las cosas en algún otro lugar; causar sirocos cargados de humedad que podían ser no sólo molestos sino también peligrosos. Era demasiado fácil desembocar en grandes tornados si insertabas las condiciones erróneas. El clima de un planeta no era algo sencillo que podía resolverse con unos cuantos ajustes. *Como yo he pedido algunas veces.* Cada vez era una ecuación total la que debía ser analizada.

—El planeta es quien emite el voto final —dijo Odrade. Era un antiguo recordatorio de la Hermandad sobre la falibilidad humana.

—¿Sigue teniendo Dune un voto? —preguntó Fali. Había más amargura en la pregunta de la que Odrade había anticipado.

—Siento el calor. Vimos las hojas de vuestras plantaciones mientras veníamos —dijo Odrade. *Sé que eso te preocupa, Hermana.*

—Perderemos parte de la cosecha este año —dijo Fali. Había acusación en sus palabras: *¡Es culpa tuya!*

—¿Qué le dijiste a tu delegación? —quiso saber Odrade.

—Que el desierto debe crecer, y que el Control del Clima ya no puede efectuar

todos los ajustes que necesitamos.

Cierto. La respuesta convenida. Inadecuada, como lo era a menudo la verdad, pero era todo lo que tenían por el momento. Pronto tendría que hacerse algo. Pero mientras tanto, más delegaciones y pérdidas de cosechas.

—¿Tomaréis el té con nosotras, Madre Superiora? —intervino Tsimpay, la diplomática. *¿Ves cómo se van intensificando las cosas, Madre Superiora? Fali volverá ahora a cuidar de sus frutas y verduras. El lugar que le corresponde. El mensaje ya ha sido entregado.*

Streggi carraspeó.

*¡Ese maldito gesto debería ser suprimido!* Pero el significado era claro. Streggi había sido puesta al cuidado del horario de su programa. *Tenemos que irnos.*

—Hemos salido tarde —dijo Odrade—. Nos hemos parado solamente para estirar un poco las piernas y ver si tienes algún problema que no puedas resolver por ti misma.

—Podemos arreglárnoslas con los jardineros, Madre Superiora.

El seco tono de Tsimpay decía mucho más, y Odrade casi sonrió.

*Inspecciona si quieres, Madre Superiora. Mira por todas partes. Encontrarás Pondrille en buen orden Bene Gesserit.*

Odrade echó un vistazo al vehículo de Tamalane. Parte de la gente estaba regresando ya al aire acondicionado de su interior. Tamalane permanecía de pie junto a la portezuela, atenta a todo lo que se decía junto a la fuente.

—He oído buenos informes de ti, Tsimpay —dijo Odrade—. Puedes arreglártelas sin nuestra interferencia. Naturalmente, no deseo molestarte con un séquito que es a todas luces demasiado grande. —Esto último lo suficientemente alto como para que todo el mundo pudiera oírlo.

—¿Dónde pasaréis la noche, Madre Superiora?

—En Eldio.

—Hace algún tiempo que no he estado allí, pero he oído decir que el mar es mucho más pequeño.

—Los informes aéreos confirman lo que has oído. No necesitan que se les advierta de lo que se les viene encima, Tsimpay. Ya lo saben. Tuvimos que prepararles para esta invasión.

La Amante de los Huertos Fali dio un pequeño paso adelante.

—Madre Superiora, si tan sólo pudiéramos conseguir...

—Dile a tus jardineros, Fali, que tienen una elección. Pueden gruñir y aguardar aquí hasta que las Honoradas Matres lleguen para esclavizarlos, o pueden elegir ir a la Dispersión.

Odrade regresó a su vehículo y se sentó, con los ojos cerrados, hasta que oyó sellarse las portezuelas y estuvieron de nuevo en camino. Finalmente, abrió los ojos.

Ya habían salido de Pondrille, y cruzaban las diáfanas extensiones del anillo sur de huertos. Había un cargado silencio a sus espaldas. Las Hermanas están sumidas en profundas preguntas acerca del comportamiento de su Madre Superiora. Un encuentro insatisfactorio. Las acólitas, naturalmente, captaban aquel estado de ánimo. Streggi parecía sombría.

Aquel clima exigía una explicación. Las palabras ya no podían contentar las quejas. Los buenos días eran medidos por estándares cada vez más inferiores. Todo el mundo conocía la razón, pero los cambios seguían siendo un punto focal. Visible. No podías quejarte acerca de la Madre Superiora (¡no sin una buena causa!), pero podías gruñir acerca del tiempo.

*¿Por qué tiene que hacer tanto frío hoy? ¿Por qué hoy, cuando yo he de estar fuera? Hacía calor hace un momento cuando salimos, pero mira ahora. ¡Y yo sin ropas adecuadas!*

Streggi deseaba hablar. *Bien, para eso la traje.* Pero se había vuelto casi parlanchina a medida que la forzada intimidad había erosionado su reverente admiración hacia la Madre Superiora.

—Madre Superiora, he estado buscando en mis manuales una explicación a...

—¡Cuidado con los manuales! —¿Cuántas veces en su vida había oído o dicho aquellas palabras?—. Los manuales crean hábitos.

A Streggi le habían sermoneado mucho acerca de los hábitos. La Bene Gesserit los tenía, por supuesto... esas cosas que el folklore preservaba como «¡Típico de las Brujas!» Pero los esquemas que permitían a los demás predecir el comportamiento... eso era algo que tenía que ser ejercido muy cautelosamente.

—Entonces, ¿por qué tenemos manuales, Madre Superiora?

—Los tenemos principalmente para desaprobarlos. La Coda es para las novicias y otro adiestramiento primario.

—¿Y las historias?

—Nunca ignores la banalidad de las historias grabadas. Como Reverenda Madre, aprenderás de nuevo la historia en cada movimiento.

—La verdad es una copa vacía. —Muy orgullosa de su recordado aforismo.

Odrade casi sonrió.

*Streggi es una joya.*

Era un pensamiento cauteloso. Algunas piedras preciosas podían ser identificadas por sus impurezas. Los expertos cartografiaban las impurezas dentro de las piedras. Una huella dactilar secreta. La gente era también así. A menudo la conocías por sus defectos. La resplandeciente superficie te decía tan poco. Una buena identificación requería que miraras muy profundo en su interior y vieras las impurezas. *Allí* estaba la calidad de la gema en su entidad total. ¿Qué hubiera sido Van Gogh sin impurezas?

—Entonces, todas las historias que estudiamos...

—¡Cuidado, Streggi!

La acólita conocía aquel tono.

En sus momentos más intencionales, la voz de Odrade se volvía cremosa, apremiante, y con sonidos suavemente articulados que fluían de ella como de una gran jarra donde sólo se ha almacenado lo mejor.

—Este es un comentario de cinismo perceptivo, Streggi, cosas que se dicen *acerca* de la historia, que deberían ser guías para vosotras antes de la Agonía. Después, dispondréis de vuestro propio cinismo.

—Entonces, ¿no hay ningún valor en absoluto en las historias? —Streggi parecía ultrajada, como si pensara que había malgastado todas aquellas horas de estudio.

—Descubriréis vuestros propios valores más tarde. Por ahora, las historias revelan datos y te dicen que ocurrió algo. Las Reverendas Madres buscan los *algo* y aprenden los prejuicios de los historiadores.

—¿Eso es todo? —Profundamente ofendida. *¿Por qué malgastan mi tiempo de esa forma?*

—Muchas historias carecen en su mayor parte de valor debido a los prejuicios, han sido escritas para complacer a un poderoso grupo o a otro. Aguarda a que tus ojos te sean abiertos, querida. Nosotras somos los mejores historiadores. Nosotras estuvimos ahí.

—¿Y mis puntos de vista cambiarán diariamente? —Muy introspectiva.

—Esa es una lección que el Bashar nos recordó que mantuviéramos siempre fresca en nuestras mentes. El pasado tiene que ser constantemente reinterpretado por el presente.

—No estoy segura de que vaya a gustarme eso, Madre Superiora. Tantas decisiones morales.

Ahhh, esta joya había visto hasta el fondo del corazón y decía lo que pensaba como una auténtica Bene Gesserit. Había brillantes facetas entre las impurezas de Streggi.

Odrade miró de reojo a la pensativa acólita. Hacía mucho tiempo, la Hermandad había decretado que cada Hermana debía tomar sus propias decisiones morales. *Nunca sigas a un líder sin hacerte tus propias preguntas.* Era por eso que el condicionamiento moral de las jóvenes tenía una tan alta prioridad.

*Es por eso por lo que nos gusta conseguir a nuestras Hermanas prospectivas tan jóvenes. Y puede que sea también por eso por lo que una imperfección moral se ha insinuado en Sheeana. La conseguimos demasiado tarde. ¿De qué hablarán tan secretamente ella y Duncan con sus manos?*

—Las decisiones morales siempre son fáciles de reconocer —dijo Odrade—. Se hallan allá donde abandonas tu interés propio.

*Sí, y el sistema educativo que fracasó en proporcionar unos cimientos morales-*

*éticos estaba alimentando a unas fuerzas que podían destruirlo.*

Streggi observó a Odrade con temerosa admiración.

—¡El valor que debe necesitar eso!

—¡No valor! Ni siquiera desesperación. Lo que hacemos es, en su sentido más básico, algo natural. Las cosas se hacen porque no hay otra elección.

—A veces hacéis que me sienta ignorante, Madre Superiora.

—¡Excelente! Este es el principio de la sabiduría. Hay muchas formas de ignorancia, Streggi. La más baja es seguir tus propios deseos sin examinarlos. A veces, lo hacemos inconscientemente. Afila tu sensibilidad. Sé consciente de lo que haces inconscientemente. Pregúntate siempre: «Cuando hice eso, ¿qué era lo que estaba intentando conseguir?»

Tras un largo silencio, Streggi dijo:

—Encuentro difícil no odiar a los historiadores que...

—Ese fue el fallo del Tirano, Streggi. Mató a algunos de ellos, ya sabes.

Streggi guardó de nuevo silencio.

Coronaron la cresta de la última colina antes de Eldio, y Odrade agradeció un momento de reflexión.

Alguien tras ella murmuró:

—Ahí está el mar.

—Párate aquí —ordenó Odrade al conductor cuando se acercaron a una amplia curva que dominaba el mar. Clairby conocía el lugar y estaba preparado para ello. Odrade le pedía a menudo que se detuviera allí. Detuvo el vehículo allá donde ella deseaba. El aparato crujió cuando se asentó sobre el suelo. Oyeron al otro vehículo pararse detrás, una voz exclamando en voz alta a sus compañeras:

—¡Mirad eso!

Eldio se extendía a la izquierda de Odrade y lejos allá abajo: delicados edificios, algunos alzándose sobre el suelo sobre esbeltas columnas, con el viento pasando por debajo y a través de ellos. Estaba lo suficientemente al sur y mucho menos alto que Central, por lo que era mucho más cálido. Pequeños molinos de viento de eje vertical, parecidos a juguetes desde aquella distancia, giraban en las esquinas de los edificios de Eldio para suministrar energía adicional a la comunidad. Odrade se los indicó a Streggi.

—Los consideramos como una importante independencia del sometimiento a una compleja tecnología controlada por otros.

Mientras hablaba, Odrade desvió su atención hacia la derecha. *¡El mar!* Era un terriblemente condensado resto de la en sus tiempos gloriosa extensión. La Hija del Mar odió lo que veía.

Un cálido vapor se alzaba del mar. El suave púrpura de las secas colinas trazaba una imprecisa línea del horizonte en el extremo más alejado del agua. Vio que el

Control del Clima había introducido un viento para dispersar el saturado aire. El resultado era una quebrada línea de olas golpeando contra los guijarros debajo de su ventajoso punto de observación.

Odrade recordó que allí había habido una hilera de poblados de pescadores. Ahora que el mar había retrocedido, los poblados se extendían a media ladera. En su tiempo, los poblados habían sido una nota de color a lo largo de la orilla. Gran parte de su población había sido absorbida por la nueva Dispersión. La gente que se había quedado había construido una vía de ferrocarril para transportar sus botes a y desde el agua.

Aprobó aquello y lo deploró al mismo tiempo. Conservación de la energía. El conjunto de aquella situación la golpeó bruscamente como algo triste... como una de aquellas instalaciones geriátricas del Antiguo Imperio donde la gente aguardaba la muerte.

*¿Cuánto falta para que este lugar muera?*

—¡El mar es tan pequeño! —Era una voz desde la parte de atrás del vehículo. Odrade la reconoció. Una de las encargadas de Archivos. *Una de las condenadas espías de Bell.*

Inclinándose hacia adelante, Odrade dio unos golpecitos a Clairby en el hombro.

—Llévanos hasta el lado de la orilla, esa cala que hay casi inmediatamente debajo de nosotros.

—¿No hasta la aldea? (¿Por qué utilizaba Clairby ese término arcaico? ¿Para hacerse notar ante la Madre Superiora?)

—Quiero nadar en nuestro mar, Clairby, mientras aún existe.

Streggi y otras dos acólitas se le unieron en las cálidas aguas de la calita. Las otras pasearon por la orilla u observaron aquella extraña escena desde los vehículos.

*¡La Madre Superiora nadando desnuda en el mar!*

A la Hija del Mar no le importaba. Permaneció flotando en aquella última gran masa de agua que quedaba en la Casa Capitular, recapturando aquellas recalcitrantes sensaciones de sus anteriores experiencias marítimas.

*Gammu... muy lejos y hace mucho tiempo.*

Sintió la energizante agua a su alrededor. Necesitaba nadar porque tenía que tomar decisiones de mando.

¿Cuánto de este último gran mar podían permitirse mantener durante estos últimos días de la vida templada de su planeta? El desierto estaba aproximándose... el *desierto total* que lo convertiría en un sosias del perdido Dune. *Si el portador del hacha nos da tiempo.* Sentía la amenaza muy cerca y el abismo muy profundo. *¡Maldito sea este talento salvaje! ¿Por qué tengo que saberlo?*

Lentamente, la Hija del Mar y los movimientos de las olas restablecieron su sentido del equilibrio. Aquella masa de agua era una gran complicación... mucho

mayor que los dispersos mares y lagos más pequeños. La humedad se alzaba de él en cantidades significativas. Energía para cambiar desviaciones indeseadas en las apenas controlables operaciones del Control del Clima. Sí, este mar aún alimentaba a la Casa Capitular. Era una ruta de comunicación y transporte. Los transportes marítimos eran más baratos. Había que equilibrar el coste de la energía contra otros elementos en su decisión. Pero el mar desaparecería. Eso era seguro. Poblaciones enteras enfrentadas a nuevos desplazamientos.

Los recuerdos de la Hija del Mar interferían. Nostalgia. Bloqueaban los caminos hacia un juicio adecuado. *¿Cuán rápido debe desaparecer el mar?* Esa era la cuestión. Todos los inevitables traslados y reasentamientos aguardaban esa decisión.

*Pero será hecho rápidamente. El dolor ha de ser barrido a nuestro pasado. ¡Sigamos adelante con ello!*

Nadó hasta aguas someras y alzó la vista hacia la desconcertada Tamalane. La parte inferior de la túnica de Tam tenía un color más oscuro que el resto a causa de una inesperada ola. Odrade alzó la cabeza por encima de la suave resaca.

—¡Tam! Elimina el mar tan rápido como sea posible. Haz que Control del Clima prepare un plan acelerado de deshidratación. Alimentos y Transporte deberán ajustarse a él. Aprobaré el plan final tras nuestra acostumbrada revisión.

Tamalane se dio la vuelta sin decir nada. Hizo un gesto a las Hermanas apropiadas para que la acompañaran, observando tan sólo una vez a la Madre Superiora mientras lo hacía. *¿Lo ves? ¡Tenía razón trayéndome conmigo a la gente necesaria!*

Odrade salió el agua. La arena húmeda crujió bajo sus pies. *Pronto será arena seca.* Se vistió sin molestarse en secarse antes. La ropa se pegó incómodamente a su piel pero la ignoró, ascendiendo por la playa y alejándose de las otras, sin volverse para mirar al mar.

*Los recuerdos de la memoria deben ser sólo eso. Cosas para ser traídas ocasionalmente a la superficie a fin de evocar pasadas alegrías. Ninguna alegría puede ser permanente. Todo es transitorio. «Esto también pasará» es algo que se aplica a todo nuestro universo viviente.*

Cuando la playa se convirtió en tierra arcillosa poblada con algunas pocas plantas dispersas, se volvió al fin y contempló el mar al que acababa de condenar.

*¿Te das cuenta, Alejandro? Yo ni siquiera he necesitado una espada. Unas cuantas palabras lo consiguieron.*

Sólo la vida en sí importaba, se dijo a sí misma. Y la vida no podía proseguir sin confiar en la procreación.

*Supervivencia. Nuestros hijos deben sobrevivir. ¡La Bene Gesserit debe sobrevivir!*

Ningún hijo individualizado era más importante que la totalidad. Aceptó eso,

reconociéndolo como la voz de las especies hablándole desde lo más profundo de su yo, aquel yo con el cual había entrado primero en contacto como la Hija del Mar.

Odrade permitió a la Hija del Mar que oliera por última vez el salado aire mientras regresaban a sus vehículos y se preparaban para seguir el camino hasta Eldio. Se sintió más calmada por momentos. Ese equilibrio esencial, una vez aprendido, no requería de ningún mar para mantenerlo.



## Capítulo XXVI

*Desarraiga tus preguntas de su suelo, y podrás ver sus colgantes raíces. ¡Más preguntas!*

**Mentat Zensufi**

Dama estaba en su elemento.

*¡La Reina Araña!*

Le gustaba el título que le daban las brujas. Aquél era el corazón de su tela, su nuevo centro de control en Conexión. El exterior del edificio aún no encajaba con ella.

Demasiado de la complacencia de la Cofradía en su diseño. Conservador.

Pero el interior había empezado a adquirir una familiaridad que la relajaba. Casi podía imaginar que nunca había abandonado Dur, que no había habido ni Futars ni el desgarrador regreso al Antiguo Imperio.

Permanecía de pie en la puerta abierta de la Sala de Asambleas, mirando al Jardín Botánico. Logno aguardaba cuatro pasos tras ella. *No demasiado cerca de mí, Logno, o tendré que matarte.*

Aún había rocío en el césped más allá del enlosado donde, cuando el sol se hubiera alzado lo suficiente, los sirvientes distribuirían confortables sillas y mesas. Había ordenado a Clima un día soleado, y sería mejor que lo produjeran. El informe de Logno era interesante. Así que la vieja bruja había regresado a Buzzell. Y estaba furiosa también. Excelente. Sabía a todas luces que estaba siendo vigilada, y había visitado a su bruja suprema para ser retirada de Buzzell, para obtener refugio. Y éste le había sido negado.

*No les importa que destruyamos sus miembros con tal de que su cuerpo central permanezca oculto.*

Hablando por encima del hombro a Logno, Dama dijo:

—Tráeme a esa vieja bruja. Y a todas sus ayudantes.

Mientras Logno se volvía para obedecer, Dama añadió:

—Y empieza a hacer pasar hambre a algunos Futars. Los quiero hambrientos.

—Sí, Dama.

Alguien ocupó la posición abandonada por Logno. Dama no se volvió para identificar a la reemplazante. Siempre había las suficientes auxiliares para llevar las órdenes necesarias. Una era completamente igual a otra excepto en lo referente a la amenaza. Logno era una constante amenaza. *Me mantiene alerta.*

Dama inhaló profundamente el fresco aire. Iba a ser un buen día precisamente porque eso era lo que ella deseaba. Reunió sus memorias secretas y dejó que la

apaciguaran.

*¡Bendito sea Guldur! Hemos hallado el lugar para reconstruir nuestra fuerza.*

La consolidación del Antiguo Imperio estaba produciéndose tal como había sido planeada. No podían quedar muchos nidos de brujas ahí afuera y, una vez localizada aquella maldita Casa Capitular, sus miembros podrían ser destruidos a placer.

Ahora Ix. Esto era un problema. *Quizá no hubiera debido matar a esos dos científicos ixianos ayer.*

Pero los estúpidos se habían atrevido a exigir de ella «más información». ¡A exigir! Y tras decir que aún no habían hallado ninguna solución para rearmar El Arma. Por supuesto, ellos no sabían que era un arma. ¿O sí? No podía estar segura. De modo que había sido una buena idea matar a esos dos después de todo. Enseñarles una lección.

*Traednos respuestas, no preguntas.*

Le gustaba el orden que ella y sus Hermanas estaban creando en el Antiguo Imperio. Hasta entonces había sido demasiado vagar, demasiadas culturas diferentes, demasiadas religiones inestables.

*La adoración a Guldur les servirá como nos sirve a nosotras.*

No sentía ninguna afinidad mística hacia su religión. Era un instrumento útil de poder. Las raíces eran bien conocidas: Leto II, aquél al que las brujas llamaban «El Tirano», y su padre, Muad'Dib. Ambos consumados rompedores del poder. Había montones de células cismáticas, pero podían ser extirpadas. La esencia era mantenida. Era una máquina bien lubricada.

*El laissez-faire oligárquico no es para nosotras.*

Todo reducido a una esencia manejable. Política. ¿Quién detenta el poder? Conspiraciones por todas partes, naturalmente. Incluso allí, en el núcleo. Todo llevado con un falso aire de comportamiento abierto y de acatamiento a «lo bueno de nuestro orden». Nada más insidioso en el universo, y nada más aparente para una Gran Honorada Madre atenta.

*La tiranía de la minoría envuelta en la máscara de la mayoría.*

Eso era lo que la bruja Lucilla había reconocido. No había ninguna forma de dejarla con vida tras descubrir que sabía cómo manipular las masas. Los nidos de brujas tenían que ser hallados y quemados. La capacidad de percepción de Lucilla no era evidentemente un ejemplo aislado. Sus acciones traicionaban las enseñanzas de una escuela. ¡Eso era lo que enseñaban! ¡Estúpidas! Tenías que administrar la realidad o las cosas escapaban realmente fuera de control.

Logno regresó. Dama podía reconocer siempre el sonido de sus pasos. Furtivos.

—La vieja bruja será traída de Buzzell —dijo Logno—. Y sus ayudantas.

—No olvides los Futars.

—He dado las órdenes, Dama.

*¡Una voz untuosa! Te gustaría darme de alimento a la horda, ¿no es así, Logno?*

—Y refuerza la seguridad en las jaulas, Logno. Otros tres de ellos escaparon la pasada noche. Estaban vagando por el jardín cuando desperté.

—Me lo comunicaron, Dama. Han sido asignados más guardias a las jaulas.

—Y no me digas que son inofensivos sin un Adiestrador.

—No creo en ello, Dama.

*Y por una vez dice la verdad. Los Futars la aterran. Bien.*

—Creo que tenemos nuestro poder de base, Logno. —Dama se volvió, observando que Logno había traspasado al menos en dos milímetros la zona de peligro. Logno se dio cuenta también de ello y retrocedió. *Tan cerca como quieras de frente y donde pueda verte, Logno, pero no a mis espaldas.*

Logno vio el destello naranja en los ojos de Dama y casi se arrodilló. *Realmente le tiemblan las rodillas.*

—¡Todo mi interés es servirlos, Dama!

*Tu interés es reemplazarme, Logno.*

—¿Qué hay de esa mujer de Gammu? Un extraño nombre. ¿Cuál es?

—Rebecca, Dama. Ella y algunos de sus compañeros nos han... ahhh, eludido temporalmente. Los encontraremos. No pueden abandonar el planeta.

—Crees que hubiéramos debido retenerla aquí, ¿no?

—¡Fue sagaz pensar en ella como en un cebo, Dama!

—Sigue siendo un cebo. Esa bruja que encontramos en Gammu no fue a ellos por accidente.

—Sí, Dama.

*¡Sí, Dama! Pero el tono servil en la voz de Logno era regocijante.*

—¡Bien, sigue con ello!

Logno desapareció discretamente.

Siempre había aquellas pequeñas células de violencia potencial agrupándose secretamente en algún lugar. Edificando sus mutuas acusaciones de odio, zumbando de un lado para otro para desorganizar las ordenadas vidas de su alrededor. Alguien tenía que actuar siempre para arreglar las cosas luego. Dama suspiró. Las tácticas del terror eran tan... tan temporales.

Éxito, ese era el peligro. Les había costado un imperio. Si agitabas tu éxito en torno tuyo como una bandera alguien deseaba siempre echársete encima. ¡Celos!

*Conservaremos más celosamente nuestro éxito esta vez.*

Cayó en una semiensoñación, alerta aún a los sonidos a sus espaldas, pero saboreando las evidencias de nuevas victorias que le habían sido mostradas aquella mañana. Le gustaba paladear silenciosamente sobre su lengua los nombres de los planetas cautivos.

*Wallach, Kronin, Reenol, Ecaz, Bela Tegeuse, Gammu, Gamont, Niushe...*

## Capítulo XXVII

*Los humanos nacen con una susceptibilidad hacia el más persistente y debilitador mal del intelecto: el autoengaño. El mejor de todos los mundos posibles y el peor obtienen su espectacular coloración de ello. Por todo lo que podemos determinar, no existe ninguna inmunidad natural. Se requiere una constante alerta.*

### **La Coda**

Con Odrade lejos de Central (y probablemente tan sólo por un corto tiempo), Bellonda supo que era necesaria una acción rápida. *¡Ese maldito Mentat-ghola es demasiado peligroso para vivir!*

El grupo de la Madre Superiora apenas estaba fuera de su vista en el creciente ocaso cuando Bellonda ya estaba de camino hacia la no-nave.

No era propio de Bellonda una meditativa aproximación a través del anillo de huertos. Ordenó espacio en un tubo, sin ventanillas, automático, y rápido. Odrade también tenía observadoras que podían enviar mensajes indeseados.

Por el camino, Bellonda revisó su evaluación de las muchas vidas de Idaho, una grabación que había mantenido preparada en Archivos para una recuperación rápida. En el original y en los gholas primitivos, su carácter había sido dominado por la impulsividad. Rápido en el odio, rápido en la lealtad. Más tarde, los gholas-Idaho templaron eso con cinismo, pero la impulsividad subyacente permanecía. El tirano lo había llamado muchas veces a la acción. Bellonda reconocía un esquema.

Podía ser aguijoneado por el orgullo.

Su largo servicio al Tirano la fascinaba. No sólo había sido varias veces un Mentat, sino que había evidencias de que había sido un Decidor de Verdad en más de una encarnación.

La apariencia de Idaho reflejaba lo que veía en sus grabaciones. Interesantes líneas de carácter, una expresión en torno a los ojos y un rictus en su boca que encajaban con su desarrollo interno.

¿Por qué no aceptaba Odrade el peligro que representaba este hombre? ¡Los poderes de un Decidor de Verdad unidos a los de un Mentat de potencial desconocido! Dejemos que actúe una sola vez traicionando habilidades proscritas, y nadie en la Hermandad podrá ignorar el peligro. Ni siquiera Odrade. *¡No más Kwisatz Haderachs para mantenernos esclavizadas!*

Bellonda había notado frecuentes celos cuando Odrade hablaba de Idaho con un alarde tal de sus emociones.

—Piensa de una forma clara y directa. Hay una exigente meticulosidad en su mente. Es restaurativa. Me gusta, aunque reconozco que es algo trivial para

influenciar mis decisiones.

¡Admite su influencia!

Bellonda encontró a Idaho solo y sentado ante su consola. Su atención estaba fija en una imagen lineal que reconoció: ¡los esquemas operativos de la no-nave! Borró la proyección cuando la vio.

—Hola, Bell. Os estaba esperando.

Tocó el campo de su consola, y se abrió una puerta tras él. El joven Teg entró y ocupó una posición cerca de Idaho, mirando silenciosamente a Bellonda.

Idaho no la invitó a sentarse ni buscó una silla para ella, obligándola a traer una del dormitorio y colocarla frente a él. Cuando se hubo sentado, él le devolvió una mirada de cauteloso humor.

Bellonda seguía desconcertada por su saludo. *¿Por qué me esperaba?*

El respondió a su no formulada pregunta:

—Dar se proyectó hace poco, y me dijo que salía a ver a Sheeana. Sabía que vos no ibais a perder tiempo en acudir a mí cuando ella se hubiera ido.

¿Una simple proyección Mentat o...?

—¡Ella te advirtió!

—Falso.

—¿Qué secretos compartís tú y Sheeana? —Exigiendo.

—Ella me usa de la forma que vosotras deseáis que me use.

—¡La Missionaria!

—¡Bell! Dos Mentats juntos. ¿Debemos jugar a esos juegos estúpidos?

Bellonda inspiró profundamente y buscó ponerse en modo Mentat. No era fácil bajo aquellas circunstancias, con aquel niño mirándola, con el regocijo en el rostro de Idaho. ¿Estaba desplegando Odrade una insospechada astucia? ¿Trabajando contra una Hermana con su gholá?

Idaho se relajó cuando vio la intensidad Bene Gesserit convertirse en aquel desdoblado foco del Mentat.

—Desde hace mucho tiempo sé que me deseáis muerto, Bell.

*Sí... mis temores han sido claramente legibles.*

Se había acercado mucho allí, pensó él. Bellonda había acudido a él con muerte en su mente, con un pequeño drama para crear «la necesidad» completamente preparado. Conservaba pocas ilusiones acerca de su habilidad para enfrentarse a ella en un entorno de violencia. Pero la Bellonda-Mentat observaría antes de actuar.

—Es irrespetuosa la forma en que utilizas nuestros nombres de pila —dijo ella, aguijoneándole.

—Una diferente aceptación, Bell. Vos ya no sois una Reverenda Madre y yo ya no soy «el gholá». Somos dos seres humanos con problemas comunes. No me diréis que no sois consciente de ello.

Ella miró a su alrededor al cuarto de trabajo.

—Si me esperabas, ¿por qué no está aquí Murbella?

—¿Para obligarla a mataros para protegerme?

Bellonda admitió aquello. *La maldita Honorada Madre probablemente me mataría, pero entonces...*

—La enviaste lejos para protegerla.

—Tengo un protector mejor. —Idaho hizo un gesto hacia el niño.

*¿Teg? ¿Un protector? Había esas historias de Gammu acerca de él. ¿Sabe Idaho algo?*

Deseaba preguntárselo, pero ¿se atrevería a arriesgarse a una diversión? Las vigilantas recibirían un claro escenario de peligro.

—¿Él? ¿Cómo puede...?

—¿Serviría a la Bene Gesserit si os viera matarme?

Cuando ella no respondió, dijo:

—Poneos en mi lugar, Bell. Soy un Mentat atrapado no sólo en vuestra trampa sino en la de las Honoradas Matres.

—¿Es eso todo lo que eres, un Mentat?

—No. Soy un experimento tleilaxu, pero no veo el futuro. No soy un Kwisatz Haderach. Soy un Mentat con memorias de muchas vidas. Vosotras, con vuestras Otras Memorias... pensad en la palanca que esto me proporciona.

Mientras él estaba hablando, Teg se inclinó hacia la consola al lado de Idaho. La expresión del niño era de curiosidad, pero Bellonda no vio miedo de ella.

Idaho hizo un gesto hacia el foco de proyección encima de su cabeza, motas plateadas danzando allá, listas para crear sus imágenes.

—Un Mentat ve sus relés producir discrepancias... escenas invernales en verano, brillar el sol cuando sus visitantes llegan en medio de la lluvia... ¿No esperáis que desestime vuestros pequeños dramas?

Ella oyó el compendio Mentat. Hasta allí, compartían una enseñanza común. Dijo:

—Naturalmente, te dijiste a ti mismo que no debías minimizar el Tao.

—Me hice otras preguntas. Las cosas que ocurren juntas pueden tener lazos subterráneos que las unan. ¿Qué es causa y qué es efecto cuando te enfrentas a ello simultáneamente?

—Tuviste buenos maestros.

—Y no solamente en una vida. Teg se inclinó hacia ella.

—¿Realmente habéis venido aquí a matarlo?

No tenía ningún sentido mentir.

—Sigo pensando que es demasiado peligroso. —¡Dejemos que los perros guardianes discutan eso!

—¡Pero él va a devolverme mis memorias!

—Bailarines sobre una misma pista, Bell —dijo Idaho—. Tao. Puede que no parezca que bailamos juntos, puede que no utilicemos los mismos pasos o ritmos, pero hemos sido vistos juntos.

Ella empezó a sospechar dónde podía estarla conduciendo él, y se preguntó si era posible que existiera alguna otra forma de destruirlo.

—No sé de qué estáis hablando —dijo Teg.

—Interesantes coincidencias —dijo Idaho.

Teg se volvió hacia Bellonda.

—¿Quizá vos queráis explicaros, por favor?

—Él está intentando decirme que nos necesitamos el uno al otro.

—Entonces, ¿por qué no lo dice así?

—Es más sutil que eso, muchacho. —Y pensó: *La grabación tiene que mostrarme haciendo mis advertencias a Idaho*—. El morro del asno no causa la cola, Duncan, no importa las veces que veas al animal pasar por delante de esa estrecha rendija vertical limitando tu visión de él.

Idaho sostuvo sin pestañear la dura y fija mirada de Bellonda.

—Dar vino aquí en una ocasión con un ramillete de flores de manzano, pero mi proyección me mostraba la época de la recolección.

—¡Eso son acertijos! —dijo Teg, palmeando.

Bellonda recordó la grabación de aquella visita. Precisos movimientos por parte de la Madre Superiora.

—¿No sospechaste un invernadero?

—¿O que ella deseaba simplemente complacerme?

—¿Se supone que yo también tengo que pensar algo? —preguntó Teg.

Tras un largo silencio, mirada de Mentat clavada en mirada de Mentat, Idaho dijo:

—Hay anarquía tras mi confinamiento, Bell. Discusiones en vuestros altos consejos.

—Puede haber deliberación y juicio incluso en la anarquía —dijo ella.

—¡Sois una hipócrita, Bell!

Ella se echó hacia atrás como si él la hubiera golpeado, un movimiento puramente involuntario que la sorprendió por la forzada reacción. ¿*La Voz*? No... algo que iba mucho más profundo. Se sintió de pronto aterrada de aquel hombre.

—Encuentro maravilloso que un Mentat y una Reverenda Madre puedan ser unos tales hipócritas —dijo él.

Teg tiró del brazo de Idaho.

—¿Os estáis peleando?

Idaho apartó la mano.

—Sí, nos estamos peleando.

Bellonda no podía apartar su mirada de Idaho. Deseaba dar media vuelta y huir. ¿Qué estaba haciendo aquel hombre? ¡Aquello había ido completamente mal!

—¿Hipócritas y criminales entre vosotras? —preguntó él.

Una vez más, Bellonda recordó los com-ojos. ¡Estaba jugando no sólo con ella sino también con las observadoras! Y haciéndolo con un cuidado exquisito. Se sintió repentinamente llena de admiración por aquel logro, pero esto no alivió su miedo.

—Me pregunto si vuestras Hermanas os toleran. —¡Los labios del hombre se movieron con una precisión tan delicada!—. ¿Sois un mal necesario? ¿Una fuente de datos valiosos y, ocasionalmente, buen consejo?

Ella consiguió hablar.

—¿Cómo te atreves? —Gutural, y conteniendo toda su alardeada malignidad.

—Puede ser que así fortalezcáis a vuestras Hermanas. —Una voz llana, sin el menor cambio de tono—. Los lazos débiles crean lugares que otros deben reforzar, y eso fortalece a esos otros.

Bellonda se dio cuenta de que apenas conseguía mantenerse en modo Mentat. ¿Sería cierto algo de aquello? ¿Era posible que la Madre Superiora la viera de aquel modo?

—Vinisteis con una desobediencia criminal en mente —dijo Idaho—. ¡Todo en nombre de la necesidad! Un pequeño drama para los com-ojos, demostrando que no teníais otra elección.

Bellonda halló de nuevo sus palabras, restaurando sus habilidades Mentat. ¿Estaba haciendo él aquello conscientemente? Se sintió fascinada por la necesidad de estudiar sus actitudes al mismo tiempo que sus palabras. ¿La estaba leyendo realmente tan bien? La grabación de este encuentro podía ser mucho más valiosa que su pequeña representación. ¡Y el resultado no sería distinto!

—¿Crees que los deseos de la Madre Superiora son ley? —preguntó.

—¿Realmente pensáis que no soy observador? —Agitando una mano hacia Teg, que iba a interrumpir—. ¡Bell! Sed solamente un Mentat.

—Te he oído. —*¡Y también muchas otras!*

—Estoy profundizando en vuestro problema.

—¡Yo no he te traído ningún problema!

—Pero lo tenéis. Lo tenéis, Bell. Puede que lo olvidéis por la forma en que lo parceláis, pero yo lo veo.

Bellonda recordó bruscamente a Odrade diciendo:

—¡No necesito un Mentat! Necesito un inventor.

—Vosotras... me... necesitáis —dijo Idaho—. Vuestro problema se halla aún dentro de su cascarón, pero el meollo está ahí y tiene que ser extraído.

—¿Por qué deberíamos necesitarte?

—Necesitáis mi imaginación, mi inventiva, todas esas cosas que me mantuvieron



con vida frente a la ira de Leto.

—Has dicho que te mató tantas veces que habías perdido la cuenta.

*¡Trágate tus propias palabras, Mentat!*

Él le dedicó una sonrisa exquisitamente controlada, tan precisa que ni ella ni los com-ojos podían equivocarse respecto a su significado.

—¿Pero cómo podéis confiar en mí, Bell?

*¡Se está condenando a sí mismo!*

—Sin algo nuevo estáis perdidas —dijo Idaho—. Sólo es un asunto de tiempo, y todas vosotras lo sabéis. Quizá no en esta generación. Quizá ni siquiera en la próxima. Pero inevitablemente.

Teg tiró bruscamente de la manga de Idaho.

—El Bashar podría ayudar, ¿no?

Así que el niño escuchaba realmente. Idaho palmeó el brazo de Teg.

—El Bashar no es suficiente. —Luego, a Bellonda—: Los dos rebuscamos en el mismo cubo. ¿Debemos ladrarnos sobre el mismo hueso?

—Eso ya lo has dicho antes. —*E indudablemente seguirás diciéndolo.*

—¿Aún Mentat? —preguntó él—. ¡Entonces descartad el drama! Apartad el halo de romanticismo de nuestro problema.

*¡Dar es la romántica! ¡No yo!*

—¿Qué hay de romántico —preguntó él— en las pequeñas bolsas de Dispersas Bene Gesserit aguardando a ser masacradas?

—¿Crees que ninguna va a escapar?

—Estáis sembrando el universo con enemigos —dijo Duncan—. ¡Estáis alimentando a las Honoradas Matres!

Ella era completamente (y solamente) Mentat entonces, forzada a igualar su habilidad ghola con otra habilidad. ¿Drama? ¿Romanticismo? El cuerpo estaba sumergido en la forma de actuación Mentat. Los Mentats utilizan el cuerpo, no dejan que interfiera.

—Ninguna de las Reverendas Madres que habéis Dispersado ha regresado nunca ni ha enviado un mensaje —dijo Idaho—. Habéis intentado tranquilizaros a vosotras mismas diciendo que solamente las Dispersas saben donde fueron. ¿Cómo podéis ignorar el mensaje que enviaron en este otro hecho? ¿Por qué ninguna intentó comunicarse con la Casa Capitular?

*¡Está reprendiéndonos a todas, maldito sea! Pero tiene razón.*

—¿He planteado vuestro problema en su forma más elemental?

*¡Una pregunta Mentat!*

—Cuanto más simple es la pregunta, más simple es la proyección —admitió ella.

—Éxtasis sexual amplificado: ¿imprimación Bene Gesserit?

—¿Murbella? —Un desafío en una sola palabra. *¡Valora a esa mujer a la que*

*dices que quieres!*

—Están condicionadas contra alzar su propio goce a niveles adictivos, pero son vulnerables.

—Ella niega que sus conocimientos estén basados en fuentes Bene Gesserit.

—Tal como ha sido condicionada a hacer.

—En cambio, ¿un ansia de poder?

—Al menos, habéis hecho una pregunta pertinente. —Y, cuando ella no respondió, dijo—: Mater Felicissima. —Dirigiéndose a ella por el antiguo término reservado a los miembros del Consejo Bene Gesserit.

Ella sabía por qué lo había hecho, y sintió que la palabra producía el efecto deseado. Ahora se sentía firmemente equilibrada, una Reverenda Madre Mentat rodeada por el *Mohalata* de su propia Agonía de la Especia... esa unión de Otras Memorias benignas protegiéndola de la dominación de los antepasados malignos.

*¿Cómo ha sabido hacer eso?* Cada observadora detrás de los com-ojos estaría haciéndose esa pregunta. *¡Por supuesto! El Tirano lo adiestró así, una y otra vez. ¿Qué es lo que estamos haciendo aquí? ¿Cuál es este talento que la Madre Superiora se atreve a emplear? Peligroso, sí, pero mucho más valioso de lo que sospechaba. ¡Por los dioses creados por nosotras! ¿Es la herramienta que nos ha de liberar?*

Qué tranquila estaba. Idaho sabía que la había atrapado.

—En una de mis vidas, Bell, visité vuestra casa Bene Gesserit en Wallach IX, y allí hablé con una de vuestras antepasadas, Tersius Helen Anteac. Dejad que ella os guíe, Bell. Ella sabe.

Bellonda sintió el familiar estímulo en su mente. *¿Cómo podía saber él que Anteac era mi antepasada?*

—Fui a Wallach IX siguiendo las órdenes del Tirano —dijo Duncan—. ¡Oh, sí! A menudo pensaba en él como el Tirano. Mis órdenes eran suprimir la escuela Mentat que vosotras creíais que habíais ocultado allí.

El simulflujo de Anteac se interpuso: *Te mostraré ahora el acontecimiento del que habla.*

—Piensa —dijo él—. Yo, un Mentat, obligado a suprimir una escuela que adiestraba a la gente de la forma en que yo había sido adiestrado. Sabía el porqué él lo había ordenado, por supuesto, y vosotras también.

El simulflujo rezumó a través de su consciencia: *La Orden de los Mentats, fundada por Gilbertus Albans; refugio temporal con la Bene Tleilax, que esperaba incorporarlos a la hegemonía tleilaxu; diseminada en incontables «escuelas semilla»; suprimida por Leto II porque formaban un núcleo de oposición independiente; diseminada en la Dispersión tras la Hambruna.*

—Mantuvo a algunos de los más selectos maestros en Dune, pero la cuestión de Anteac os obliga a afrontar ahora el porqué no vinieron aquí. ¿Dónde fueron vuestras

hermanas, Bell?

—No tenemos forma de saberlo todavía, ¿verdad? —Miró a la consola de él con una nueva consciencia. Era un error bloquear una mente así. Si tenían que usarla, debían usarla totalmente.

—Incidentalmente, Bell —mientras ella se ponía en pie para marcharse—. Las Honoradas Matres podrían ser un grupo relativamente pequeño.

¿Pequeño? ¿Sabía él la forma en que estaba siendo abrumada la Hermandad, en terrible número, planeta tras planeta?

—Todos los números son relativos. ¿Hay algo en el universo realmente inamovible? Nuestro Antiguo Imperio puede que sea un último refugio para ellas, Bell. Un lugar donde ocultarse e intentar reagruparse.

—Sugeriste antes eso... a Dar.

*No Madre Superiora. No Odrade. Dar.* Idaho sonrió.

—Y quizá pudiéramos ayudar con Scytale.

—¿Pudiéramos?

—Murbella para reunir la información. Yo para evaluarla.

No le gustó la sonrisa que eso produjo.

—¿Qué es exactamente lo que estás sugiriendo?

—Dejemos vagar nuestra imaginación, y modelemos nuestros experimentos en consecuencia. ¿De qué serviría incluso un no-planeta si alguien pudiera atravesar su escudo?

Ella miró al niño. ¿Conocía Idaho su sospecha de que el Bashar había visto las no-naves? ¡Naturalmente! Un Mentat con sus habilidades... indicios y detalles encajados en una proyección maestra.

—Requeriría toda la energía de un sol G-3 para escudar cualquier planeta medianamente habitable. —Seca y muy fría la forma en que lo miraba.

—Nada es imposible en la Dispersión.

—Pero no dentro de nuestras actuales posibilidades. ¿Tienes algo menos ambicioso?

—Revisad vuestros marcadores genéticos en las células de vuestra gente. Buscad esquemas comunes en la herencia Atreides. Puede que ahí haya talentos que nunca hayáis ni siquiera sospechado.

—Tu inventiva imaginación no deja de dar saltos hacia todos lados.

—De los soles G-3 a la genética. Puede que existan factores comunes.

¿Por qué esas locas sugerencias? ¿No-planetas y gente para quien los escudos prescientes son algo transparente? ¿Qué es lo que está haciendo?

No la halagaba en absoluto que él hablara tan sólo en beneficio de ella. Siempre estaban los com-ojos.

Idaho guardó silencio, un brazo pasado negligentemente por los hombros del

niño. ¡Los dos observándola! ¿Un desafío?

*¡Sé un Mentat si puedes!*

*¿No-planetas?* A medida que aumentaba la masa de un objeto, la energía necesaria para anular la gravitación cruzaba umbrales emparejados con los números primos. Los no-escudos se encontraban con aún mayores barreras de energía. Otra magnitud de incremento exponencial. ¿Estaba sugiriendo Idaho que alguien en la Dispersión podía haber hallado una forma de bordear el problema? Se lo preguntó.

—Los ixianos no han penetrado el concepto de unificación de Holzmann —dijo él—. Simplemente lo utilizan... una teoría que funciona incluso aunque tú no la comprendas.

*¿Por qué dirige mi atención hacia la tecnocracia de Ix?* Los ixianos tenían los dedos metidos en demasiados pasteles como para que la Bene Gesserit confiara siquiera un poco en ellos.

—¿No os sentís curiosas acerca del porqué el Tirano nunca eliminó Ix? —preguntó Duncan. Y cuando ella siguió mirándole—: Únicamente los frenó. Se sentía fascinado por la idea de hombre y máquina inextricablemente ligados, cada uno probando los límites del otro.

—¿Cyborgs?

—Entre otras cosas.

¿Conocía Idaho el residuo de revulsión dejado por el Yihad Butleriano incluso entre las Bene Gesserit? ¡Alarmante! La convergencia de lo que cada uno —humano y máquina— podían hacer. Considerando las limitaciones de la máquina, eso era una sucinta descripción de la miopía ixiana. ¿Estaba diciendo Idaho que el Tirano había suscrito la idea de la Inteligencia Mecánica? ¡Estupideces! Se apartó de él.

—Os estáis yendo demasiado pronto, Bell. Deberíais sentiros más interesada en la inmunidad de Sheeana a la esclavitud sexual. Los jóvenes que envié para pulir *no* han sido imprimados, ni tampoco ella. Sin embargo, ninguna Honorada Madre es más que una adepta.

Bellonda veía ahora el valor que Odrade había situado sobre su gholá. *¡Inapreciable! Y yo hubiera podido matarlo.* La proximidad de aquel error la llenó de desánimo.

Cuando llegó a la puerta, él la detuvo una vez más.

—Los Futars que vi en Gammu... ¿Por qué nos dijeron que cazaban y mataban Honoradas Matres? Murbella no sabe nada de eso.

Bellonda se marchó sin mirar atrás. Todo lo que había aprendido hoy acerca de Idaho incrementaba su peligro... pero tenían que vivir con él... por ahora.

Idaho inspiró profundamente y miró al desconcertado Teg.

—Gracias por estar aquí, y aprecio el hecho de que permanecieras silencioso frente a una gran provocación.

—¿Ella os hubiera matado... realmente?

—Si tú no hubieras ganado para mí esos primeros segundos, hubiera podido hacerlo.

—¿Por qué?

—Tiene la idea equivocada de que yo puedo ser un Kwisatz Haderach.

—¿Como Muad'Dib?

—Y su hijo.

—Bien, ahora ya no os hará daño.

Idaho miró a la puerta por la que había desaparecido Bellonda. Un aplazamiento. Eso era todo lo que había conseguido. Quizá ya no fuera más *simplemente* un engranaje en las maquinaciones de otros. Habían conseguido una nueva relación, una que podía mantenerlo con vida si la explotaba cuidadosamente. Los lazos emocionales nunca habían figurado en ella, ni siquiera con Murbella... no con Odrade. Muy en lo profundo, Murbella odiaba tanto el lazo sexual como él mismo. Odrade podía acudir a los antiguos lazos de la lealtad Atreides, pero uno no podía confiar en las emociones de una Reverenda Madre.

*¡Atreides!* Miró a Teg, viendo los parecidos familiares empezar a insinuarse en el aún inmaduro rostro.

*¿Y qué he conseguido realmente con Bell?* Ya no era probable que siguieran proporcionándole falsos datos. Podía confiar hasta un cierto punto en lo que le decía una Reverenda Madre, tiéndolo con la consciencia de que cualquier ser humano podía cometer errores.

*No soy el único en una escuela especial. ¡Las Hermanas se hallan ahora en mi escuela!*

—¿Debo ir a buscar a Murbella? —preguntó Teg—. Prometió enseñarme a luchar con los pies. No creo que el Bashar aprendiera nunca eso.

—¿Quién no lo aprendió nunca?

Con la cabeza baja, avergonzado:

—Yo nunca lo aprendí.

—Murbella está en la sala de prácticas. Ve allá. Pero déjame a mí contarle lo de Bellonda.

El aprendizaje nunca terminaba en un entorno Bene Gesserit, pensó Idaho mientras observaba marcharse al niño. Pero Murbella tenía razón cuando decía que estaban aprendiendo cosas útiles tan sólo de las Hermanas.

Este pensamiento agitó recelos. Vio una imagen en su memoria: Scytale de pie detrás de la barrera del campo en un corredor. ¿Qué era lo que estaba aprendiendo su compañero cautivo? Idaho se estremeció. Pensar en los tleilaxu siempre evocaba recuerdos de Danzarines Rostro. Y eso evocaba la habilidad de los Danzarines Rostro de «reimprimir» las memorias de cualquiera al que mataran. Esto lo llenó a su vez de

miedo a sus visiones. ¿Danzarines Rostro?

*Y yo soy un experimento tleilaxu.*

Aquello no era algo que se atreviera a explorar con una Reverenda Madre, o ni siquiera al alcance de la vista o del oído de una.

Salió entonces a los pasillos y se dirigió a los aposentos de Murbella, donde se instaló en una silla y examinó los residuos de una lección que ella había estudiado. La Voz. Ahí estaba el registro de tonos que había utilizado para hacer resonar sus experimentos vocales. El arnés respiratorio para forzar las respuestas prana-bindu estaba tirado sobre una silla, hecho un montón, descuidadamente olvidado. Tenía malos hábitos de los días de las Honoradas Matres.

Murbella lo encontró allí cuando regresó. Llevaba unos ajustados leotardos blancos manchados de sudor, y sentía prisa por quitarse aquellas ropas y ponerse cómoda. El la detuvo en su camino a la ducha, utilizando uno de los trucos que había aprendido.

—He descubierto algo que no sabía acerca de la Hermandad.

—¡Cuéntame! —Era *su* Murbella quien lo pedía, el sudor brillando en su ovalado rostro, sus verdes ojos admirativos. *¡Mi Duncan ha visto de nuevo a través de ellas!*

—Un juego donde una de las piezas no puede ser movida —le recordó él. *¡Dejemos que los perros guardianes tras los com-ojos jueguen un poco con eso!—*. No sólo esperan que las ayude a crear una nueva religión en torno a Sheeana, *nuestra participación voluntaria en su sueño*, sino que se supone que debo ser su tábano, su consciencia, haciendo que se cuestionen sus propias excusas acerca del *comportamiento extraordinario*.

—¿Ha estado aquí Odrade?

—Bellonda.

—¡Duncan! Esa es peligrosa. Nunca deberías verla a solas.

—El chico estaba conmigo.

—¡No lo dijo!

—Obedecía órdenes.

—¡De acuerdo! ¿Qué ocurrió?

Le hizo un breve relato, describiendo incluso las expresiones faciales y las demás reacciones de Bellonda. (¡Y no se lo pasarían en grande los perros guardianes tras los com-ojos con aquello!).

Murbella se mostró furiosa.

—¡Si te hace algún daño, nunca volveré a cooperar con ninguna de ellas!

*En la misma diana, querida. ¡Consecuencias! Vosotras las brujas Bene Gesserit deberíais reexaminar con gran cuidado vuestro comportamiento.*

—Aún apesto de la sala de prácticas —dijo Murbella—. Ese chico. Es rápido. Nunca había visto a un niño tan brillante.

El se puso en pie.

—Ven, te frotaré la espalda.

En la ducha, la ayudó a sacarse los sudados leotardos, sus manos frías sobre la piel femenina. Pudo ver cómo a ella le gustaba aquel contacto.

—Tan suave, y sin embargo tan fuerte —susurró Murbella.

*¡Dioses de las profundidades!* La forma cómo lo miraba, como si pudiera devorarlo.

Por una vez, los pensamientos de Murbella acerca de Idaho estaban desprovistos de autoacusación. *No recuerdo ningún momento en el que me haya despertado y haya dicho:*

«*Lo quiero*» No, aquel sentimiento había ido abriéndose camino hacia una adicción más y más profunda hasta que, como un hecho consumado, tenía que ser aceptado en cada momento de la vida. Como el respirar... o los latidos de un corazón. *¿Una imperfección? ¡La Hermandad está equivocada!*

—Frótame la espalda —dijo Murbella, y se echó a reír cuando el chorro de la ducha empapó las ropas de él. Lo ayudó a desvestirse también, y allí en la ducha ocurrió una vez más: la incontrolable compulsión, aquella mezcla macho-hembra que lo borraba todo excepto las sensaciones. Tan sólo después pudo ella recordar y decirse a sí misma: *Conoce todas mis técnicas*. Pero era algo más que técnicas. *¡Desea complacerme! ¡Queridos Dioses de Dur! ¡Jamás fui tan afortunada!*

Se sujetó al cuello del hombre mientras él la sacaba de la ducha y la dejaba caer, aún mojada, sobre la cama. Ella lo atrajo a su lado, y allí permanecieron tendidos los dos, inmóviles, restaurando sus energías.

Finalmente, ella susurró:

—Así que la Missionaria utilizará a Sheeana.

—Muy peligroso.

—Pone a la Hermandad en una posición expuesta. Creo que ellas siempre intentaron evitarlo.

—Desde mi punto de vista, es absurdo.

—¿Porque pretenden que controles a Sheeana?

—¡Nadie puede controlarla! Quizá nadie deba hacerlo, nunca. —Alzó la vista hacia los com-ojos—. ¡Hey, Bell! Tenéis a más de un tigre por la cola.

Bellonda, de vuelta a los Archivos, se detuvo ante la puerta de Grabación Com-Ojos y lanzó una pregunta con la mirada a la Madre Observadora.

—De nuevo en la ducha —dijo la Madre Observadora—. Empieza a hacerse aburrido, al cabo de un tiempo.

—¡Participación Mística! —dijo Bellonda, y se dirigió a largas zancadas a sus aposentos, su mente irritada por las cambiadas percepciones que necesitaban reorganizarse. *¡Es mejor Mentat que yo!*

*¡Estoy celosa de Sheeana, maldita sea! ¡Y él lo sabe!*

¡Participación Mística! La orgía como elemento energizador. El conocimiento sexual de las Honoradas Matres estaba teniendo sobre la Bene Gesserit un efecto parecido a aquella primitiva inmersión en el éxtasis compartido. Damos un paso hacia él y otro paso alejándonos.

¡Solo saber que esta cosa existe! Repelente, peligroso... y sin embargo magnético.

*¡Y Sheeana es inmune! ¡Maldita sea! ¿Por qué tenía que habérselo recordado Idaho precisamente ahora?*



## Capítulo XXVIII

*Dadme el juicio de mentes equilibradas antes que leyes. Códigos y manuales crean un comportamiento esquematizado. Todo comportamiento esquematizado tiende a seguir adelante de forma incuestionada, acumulando impulso destructivo.*

**Darwi Odrade**

Tamalane apareció en los aposentos de Odrade en Eldio poco antes del amanecer, trayendo noticias acerca del camino que aún les faltaba.

—La arena ha hecho que la carretera sea peligrosa o intransitable en seis lugares al otro lado del mar. Dunas muy grandes.

Odrade acababa de completar su régimen diario: una mini-Agonía de especia seguida por ejercicio y una ducha fría. La celda para huéspedes de Eldio tenía solamente una silla mecedora (conocían sus preferencias), y se había sentado en ella para aguardar a Streggi y su informe matutino.

El rostro de Tamalane tenía un aspecto cetrino a la luz de los dos plateados globos que iluminaban la estancia, pero su satisfacción era inconfundible. *¡Si me hubieras escuchado desde un principio!*

—Consíguenos tópteros —dijo Odrade.

Tamalane se marchó, obviamente decepcionada ante la suave reacción de la Madre Superiora.

Odrade indicó a Streggi:

—Comprueba rutas alternativas. Encuentra un camino siguiendo el lado occidental del mar.

Streggi se marchó apresuradamente, casi colisionando con Tamalane, que regresaba.

—Lamento informarte que Transportes no puede proporcionarnos inmediatamente los suficientes tópteros. Están realojando cinco comunidades al este de nosotras. Probablemente podremos disponer de ellos al mediodía.

Todas sabían que Tam utilizaba ese tono remilgado cuando deseaba regañar a Odrade por una mala planificación.

—¿No hay ninguna terminal de observación al borde de ese avance del desierto al sur? —preguntó Odrade.

—La primera obstrucción se halla precisamente más allá de ese punto. — Tamalane parecía aún muy complacida consigo misma.

—Haz que los tópteros se reúnan con nosotras ahí —dijo Odrade—. Saldremos inmediatamente después del desayuno.

—Pero Dar...

—Dile a Clairby que hoy vas a ir conmigo. ¿Si, Streggi? —La acólita permanecía aguardando en la puerta detrás de Tamalane.

La forma en que encajó sus hombros mientras se marchaba indicaba que Tamalane no se tomaba la nueva disposición de los asientos como un perdón. *¡Sobre ascuas!* Pero el comportamiento de Tam encajaba con sus necesidades.

—Podemos llegar hasta la terminal de observación —dijo Streggi, indicando lo que había oído—. Agitaremos mucho polvo y arena, pero no habrá problemas.

—Entonces desayunemos rápido.

Cuanto más se acercaban al desierto, más inhóspito era el paisaje, y Odrade lo comentó mientras avanzaban hacia el sur.

Dentro de un radio de un centenar de kilómetros del último borde del desierto del que habían sido informados, vieron señales de comunidades desarraigadas y trasladadas a latitudes más frías. Cimientos desnudos, paredes no recuperables dañadas en el desmantelamiento y dejadas atrás. Tuberías cortadas a nivel de los cimientos. Demasiado costoso desenterrarlas. La arena cubriría todo aquello haciéndolo desaparecer de la vista en muy poco tiempo.

Allí no disponían de ninguna Muralla Escudo como habían tenido en Dune, observó Odrade a Streggi. Algún día, muy pronto, la población de la Casa Capitular se trasladaría a las regiones polares y sondearía el hielo para obtener agua.

—¿Es cierto, Madre Superiora —preguntó alguien en la parte de atrás, junto a Tamalane— que se está construyendo ya equipo para la recolección de especia?

Odrade se volvió en su asiento. La pregunta procedía de una miembro de Comunicaciones, una acólita de último grado: una mujer mayor con las arrugas de la responsabilidad profundamente grabadas en su frente; hosca y mirando siempre de soslayo a causa de las largas horas frente a su equipo.

—Debemos estar preparadas para los gusanos —dijo Odrade.

—Si vienen —dijo Tamalane.

—¿Has caminado alguna vez por el desierto, Tam? —preguntó Odrade.

—Estuve en Dune. —Una seca respuesta.

—¿Pero fuiste al desierto profundo?

—Sólo algunos cortos viajes cerca de Keen.

—No es lo mismo. —Una seca respuesta merecía una igualmente seca contrarrespuesta.

—Las Otras Memorias me dicen todo lo que necesito saber. —Eso era para las acólitas.

—No es lo mismo, Tam. Tienes que hacerlo por ti misma. Hay una sensación muy curiosa en Dune, sabiendo que en cualquier momento puede aparecer un gusano y tragarte.

—He oído acerca de vuestra... proeza en Dune.

*Proeza. No «experiencia». Proeza. Muy exacta en su censura. Muy propio de Tam. «Bell le ha transmitido demasiado de ella misma», dirán algunas.*

—Caminar en ese tipo de desierto te cambia, Tam. Las Otras Memorias se hacen más claras. Una cosa es rozar las experiencias de un antepasado Fremen. Otra muy distinta caminar tú misma por allí como un Fremen, aunque tan sólo sea unas cuantas horas.

—No me gustaría.

Demasiado para el espíritu aventurero de Tam. Todo el mundo en el vehículo pudo verlo bajo esta luz. La noticia se difundiría.

*¡Sobre ascuas, evidentemente!*

Pero ahora el cambio a Sheeana en el Consejo (*si encaja*) tendría una explicación más fácil. *¡Y maldita la necesidad de nuestros pequeños dramas!*

Comieron al aire libre en la terminal de observación, y contemplaron las primeras dunas desde una marchita colina poblada de hierba seca.

La terminal era una extensión de sílice fundido, verde y vitrificado, con burbujas de calor bajo su superficie. Odrade se detuvo en el borde vitrificado y notó cómo la hierba bajo sus plantas moría en grupos, con la arena invadiendo ya las laderas inferiores de aquella en un tiempo verdeante colina. Había nuevas plantaciones de barrilla (efectuadas por la gente de Sheeana, dijo uno de los miembros de la comitiva de Odrade) formando una grisácea pantalla al azar a lo largo de los avanzantes dedos del desierto. Una guerra silenciosa. La vida basada en la clorofila luchando en retaguardia contra la arena.

Una duna baja se alzaba muy cerca de la terminal a su derecha. Haciendo un gesto con la mano para que los demás no la siguieran, Odrade trepó la arenosa colina, y exactamente al otro lado de su masa se hallaba el desierto de sus recuerdos.

*De modo que esto es lo que estamos creando.*

No había señales de vida. No miró hacia atrás, a las cosas vivas que se debatían desesperadamente contra las invasoras dunas, sino que mantuvo su atención enfocada hacia el horizonte ante ella. Era desde el borde desde donde los observadores vigilaban el desierto. Cualquier cosa que se moviera en aquella seca extensión era potencialmente peligrosa.

*¡Mantén tu atención allá donde corresponde! Mira al frente. No mires atrás.*

Cuando regresó junto a los demás, mantuvo su mirada fija por un tiempo en la vitrificada superficie que rodeaba la terminal.

La vieja acólita de Comunicaciones se acercó a Odrade con una petición del Control del Clima.

Odrade la examinó. Concisa e ineludible. No había nada repentino acerca de los cambios en aquellas palabras. Pedían más equipo de superficie. Todo aquello no procedía de la brusquedad de una tormenta accidental sino de una decisión de la

Madre Superiora.

*¿Ayer? ¿Fue tan sólo ayer cuando decidí acelerar el proceso de desaparición del mar?*

El Control del Clima comparaba el desierto a un cáncer en pleno desarrollo.

La banalidad de aquella comparación ofendía a Odrade. ¡Por supuesto que era un cáncer! Otro tipo de célula estaba apoderándose del futuro de la Casa Capitular.

¡Contables! Podía olerlo en aquel informe. ¡Archiveras y Contables! Útiles a veces, pero Odrade aborrecía su necesidad.

Devolvió el informe a la acólita de Comunicaciones y miró más allá de ella, a la extensión vitrificada rodeada de arena.

—Petición aprobada. —Luego dijo—: Me entristece ver todos esos edificios desaparecer ahí atrás.

La acólita se alzó de hombros. *¡Se alzó de hombros!* Odrade sintió como si la abofetearan. (¡Y eso enviaría estremecidas preocupaciones a través de toda la Hermandad!) Odrade se volvió de espaldas a la mujer.

*¿Qué puedo decirle? Hemos estado cinco veces en esta situación a lo largo de la vida de nuestras más viejas hermanas. Y ésta se alza de hombros.*

Sin embargo... según algunos estándares, sabía que las instalaciones de la Hermandad apenas habían alcanzado la madurez. El plaz y el plasiacero tendían a mantener una ordenada relación entre edificios y sus emplazamientos. *Fijos en el paisaje y en la memoria.* Pueblos y ciudades no se sometían fácilmente a otras fuerzas... excepto a los antojos humanos. *Otra fuerza natural.*

El concepto de respeto a la edad era extraño, decidió. Los seres humanos lo llevaban consigo desde su nacimiento. Lo había visto en el viejo Bashar cuando hablaba de las pertenencias de su familia en Lernaes.

—Lo hemos mantenido todo con la misma decoración que dejó mi madre.

Continuidad. ¿Podría el ghola revivido revivir también esos sentimientos?

*Así es como han sido siempre los míos.*

Eso proporcionaba una pátina peculiar cuando «los míos» eran antepasados unidos por la sangre.

*Observa durante cuánto tiempo persistimos nosotros los Atreides en Caladan, restaurando el viejo castillo, puliendo profundas tallas en la antigua madera. Equipos enteros de sirvientes para que el viejo y crujiente lugar se conservara a un nivel de apenas tolerable funcionalidad.*

Pero esos sirvientes no consideraban que su trabajo fuera inútil. Había como un sentido de privilegio en su labor. Las manos que pulían la madera casi la acariciaban.

—Antigua. Lleva mucho tiempo con los Atreides.

La gente y sus artefactos. Tuvo la sensación de que los instrumentos formaban parte de ella misma.

*—Soy mejor debido a este palo en mi mano... debido a esta lanza afilada al fuego para matar mi comida... debido a este refugio contra el frío... debido a mi sótano de piedra para almacenar nuestra comida para el invierno... debido a este rápido barco de vela... este gigantesco transatlántico... esta nave de metal y cerámica que me lleva al espacio...*

Esos primeros aventureros humanos al espacio... qué poco sospechaban hasta dónde podía llegar a extenderse su viaje. ¡Qué aislados estaban en esos antiguos tiempos! Pequeñas cápsulas de atmósfera apta para la vida unidas a abrumadoras fuentes de datos mediante primitivos sistemas de transmisión. Soledad. Vacio. Limitadas oportunidades para cualquier cosa excepto sobrevivir. Mantener el aire limpio. Asegurar el agua potable. Ejercitarse para evitar la debilitación de la ausencia de peso. Permanecer activo. Una mente sana en un cuerpo sano. ¿Qué era una mente sana, de todos modos?

—¿Madre Superiora?

¡De nuevo aquella maldita acólita de Comunicaciones!

—¿Sí?

—Bellonda informa que os diga inmediatamente que ha llegado una mensajera de Buzzell. Vinieron unos desconocidos y se llevaron a todas las Reverendas Madres.

Odrade se volvió en redondo.

—¿Ese es todo su mensaje?

—No, Madre Superiora. Los desconocidos son descritos como mandados por una mujer. La mensajera dice que tenía la apariencia de una Honorada Madre, pero no llevaba sus ropas.

—¿Nada de Dortujla ni de las demás?

—No se les dio ninguna oportunidad, Madre Superiora. La mensajera es una acólita de Primer Grado. Vino en la pequeña no-nave siguiendo órdenes explícitas de Dortujla.

—Dile a Bell que no debe permitir marcharse a esa acólita. Posee información peligrosa. Instruiré a una mensajera cuando regrese. Tiene que ser una Reverenda Madre. ¿Has comprendido?

—Por supuesto, Madre Superiora. —Dolida ante la insinuación de una duda.

¡Estaba ocurriendo! Odrade contuvo con dificultad su excitación.

*Han mordido el anzuelo. Ahora... ¿han quedado enganchadas en él?*

*Dortujla hizo algo peligroso confiando de esa forma en una acólita. Conociendo a Dortujla, debe tratarse de una acólita extremadamente segura. Dispuesta a matarse si era capturada. Tengo que ver a esa acólita. Puede estar preparada para la Agonía. Y quizá ése es un mensaje que me envía Dortujla. Debe ser como ella.*

Bell estaría ardiendo, por supuesto. ¡Qué estupidez confiar en alguien de una estación de castigo!

Odrade llamó a un equipo de Comunicaciones.

—Conectad con Bellonda.

El proyector portátil no era tan claro como una instalación fija, pero Bell y su entorno eran reconocibles.

*Sentada en mí mesa como si le perteneciera. ¡Excelente!*

Sin darle a Bellonda tiempo para uno de sus estallidos, Odrade dijo:

—Determina si esa mensajera acólita está preparada para la Agonía.

—Lo está. —*¡Dioses de las profundidades! Eso fue muy sucinto para Bell.*

—Entonces encárgate de ello. Quizá pueda ser nuestra mensajera.

—Ya ha sido hecho.

—¿Con éxito?

—Mucho.

*En nombre de todos los demonios, ¿qué le ha ocurrido a Bell? Está actuando de una forma extraordinariamente extraña. Nunca había sido así. ¡Duncan!*

—Oh, y Bell, quiero que Duncan tenga una línea abierta a los Archivos.

—Lo hice esta mañana.

*Bien, bien. El contacto con Duncan está teniendo sus efectos.*

—Hablaré contigo después de haber visto a Sheeana.

—Dile a Tam que ella tenía razón.

—¿Acerca de qué?

—Solamente díselo.

—Muy bien. Debo admitir, Bell, que no puedo sentirme más satisfecha de la forma en que estás conduciendo las cosas.

—Después de la forma en que tú me has conducido a mí, ¿cómo podía fallar?

Bellonda estaba sonriendo realmente cuando cortó la conexión. Odrade se volvió para encontrarse con Tamalane de pie tras ella.

—¿Razón en qué, Tamalane?

—En que se han producido más contactos entre Idaho y Sheeana de los que habíamos sospechado. —Tamalane se acercó a Odrade y bajó la voz—. No la sientes en mi silla sin descubrir lo que mantienen en secreto.

—Me doy cuenta de que conoces mis intenciones, Tam. Pero... ¿tan transparente soy?

—En algunas cosas, Dar.

—Me siento afortunada de tenerte como amiga.

—Tienes otros apoyos. Cuando votaron las Censoras, fue tu creatividad la que trabajó en tu favor. «Inspirada», fue la forma en que lo dijo una de tus defensoras.

—Entonces sabes que tengo a Sheeana en mente cada vez que tomo una de mis *inspiradas* decisiones.

—Por supuesto.

Odrade señaló a Comunicaciones que desconectara el proyector y se dirigió hacia el borde de la zona vitrificada.

*Imaginación creativa.*

Conocía los entremezclados sentimientos de sus asociadas.

*¡Creatividad!*

Siempre peligrosa para el poder atrincherado. Siempre apareciendo con algo nuevo. Las cosas nuevas podían destruir el puño de la autoridad. Incluso la Bene Gesserit se aproximaba a la creatividad con recelos. Mantener una quilla nivelada inspiraba a algunas a echar a un lado a las balanceadoras de barco. Ese era un elemento detrás del envío de Dortujla. El problema era que las creativas tendían a dar la bienvenida a las aguas estancadas. Lo llamaban *intimidación*. Había sido necesaria una gran fuerza de voluntad para enviar a Dortujla.

*Pórtate bien, Dortujla. Sé el mejor cebo que hayamos utilizado nunca.*

Los tópteros llegaron entonces... dieciséis, con sus pilotos mostrando su desagrado ante aquella misión adicional tras todos los problemas que habían tenido hasta entonces. *¡Trasladar comunidades enteras!*

Con un humor frágil, Odrade observó a los tópteros posarse en la dura superficie vitrificada, replegando las alas en sus alvéolos... cada aparato un adormecido insecto.

*Un insecto diseñado a su propia imagen por un robot loco.*

Cuando estuvieron en el aire, con Streggi sentada una vez más al lado de Odrade, Streggi dijo:

—¿Veremos gusanos de arena?

—Es posible. Pero aún no hay informes de ellos.

Streggi se reclinó en su asiento, decepcionada por la respuesta, pero incapaz de plantear otra pregunta al respecto. La verdad podía ser perturbadora a veces, y habían depositado tantas esperanzas en su apuesta evolutiva, pensó Odrade.

*De otro modo, ¿para qué destruir todo lo que amamos en la Casa Capitular?*

Como la mayor parte de las acólitas a su nivel, Streggi conocía «la herramienta de la sinceridad». Le había sido proporcionada con una razón en la que podía depositar su confianza:

—*Porque la honestidad corta las barreras de la atención inmadura.*

Llegaban a esperar respuestas directas, comentarios exactos, y eso mantenía alto su interés. Las acólitas aprendían que la civilización zozobraba en eufemismos, alusiones, circunloquios y claras mentiras enmascaradas por rostros sonrientes. Ese era un error que raramente cometía la Hermandad con su propia gente.

*Cometemos otros errores.*

El simulflujo intervino con una imagen de un muy antiguo cartel formando un arco sobre una estrecha entrada en un edificio de ladrillo rosa: HOSPITAL PARA ENFERMOS INCURABLES.

¿Era ahí donde se encontraba la Hermandad? ¿O era que habían tolerado demasiados fracasos? La intrusión de las Otras Memorias tenía que tener una finalidad.

*¿Fracasos?*

Odrade extrajo aquel pensamiento: *Si es necesario, tenemos que pensar en Murbella como en una Hermana.* No era que la Honorada Madre fuera un fracaso incurable. Pero era una inadaptada, y había iniciado muy tarde el adiestramiento profundo.

Qué silenciosas estaban todas a su alrededor, contemplando a través de las ventanillas la arena barrida por el viento... dunas como dorsos de ballenas dejando paso a veces a secos oleajes. El sol de primera hora de la tarde apenas había empezado a proporcionar una suficiente vista lateral como para definir el paisaje cercano. El polvo oscurecía el horizonte al frente. Odrade se acurrucó en su asiento y durmió.

*He visto esto antes. He sobrevivido a Dune.*

La agitación cuando descendieron y trazaron círculos sobre la Estación de Vigilancia del Desierto de Sheeana la despertó.

*La Estación de Vigilancia del Desierto. Aquí estamos de nuevo. Realmente no le hemos dado ningún nombre... del mismo modo que no le hemos dado ningún nombre a este planeta. ¡Casa Capitular! ¿Qué tipo de nombre es ése? ¡Estación de Vigilancia del Desierto! Una descripción, no un nombre. Acentuar lo temporal.*

Mientras descendían, vio confirmaciones de su pensamiento. La sensación de alojamiento temporal era amplificada por la espartana brusquedad de todas las líneas. Ninguna curva, ninguna suavidad en ningún ángulo. *Esto se une aquí y eso otro se encaja allí.* Todo unido entre sí por conectores de quita y pon.

Fue un aterrizaje más bien brusco, y el piloto les dijo:

—Bien, ahí estáis, y buena diversión.

Odrade se dirigió inmediatamente a la habitación siempre reservada para ella e hizo llamar a Sheeana. Alojamientos temporales: otro cubículo espartano con un duro camastro. Dos sillas esta vez. Una ventana mirando hacia el oeste, a desierto. La naturaleza temporal de esas habitaciones arañaba su piel. Cualquier cosa de aquel lugar podía ser desmantelada en horas y trasladada a cualquier otro lugar. Se lavó la cara en el cuarto de baño anexo, resintiendo todos sus movimientos. Había dormido en una mala postura en el tóptero, y su cuerpo se quejaba.

Algo refrescada, se dirigió a la ventana, agradeciendo que el equipo de construcción hubiera incluido aquella torre: diez pisos, y aquél era el noveno. Sheeana ocupaba el último piso, una ventaja para hacer lo que el nombre del lugar describía.

Mientras aguardaba, Odrade hizo los preparativos necesarios. *Abrir la mente.*



*Verter los prejuicios.*

Las primeras impresiones cuando llegara Sheeana debían ser percibidas con ojos ingenuos. Los oídos no tenían que estar preparados para una voz en particular. El olfato no debía esperar olores recordados.

*Yo la elegí. Yo, su primera maestra, soy susceptible a errores.*

Odrade se volvió hacia un sonido en la puerta. Streggi.

—Sheeana acaba de regresar del desierto y está con su gente. Ruega a la Madre Superiora que se reúna con ella en sus aposentos superiores, que son más confortables.

Odrade asintió.

Los aposentos de Sheeana en el piso superior tenían la misma apariencia prefabricada por todos lados. Un refugio apresuradamente construido frente al desierto. Una amplia habitación, seis o siete veces el tamaño del cubículo para los huéspedes, pero que era a la vez dormitorio y lugar de trabajo. Ventanas a dos lados... oeste y norte. Odrade se sintió impresionada por la mezcla de lo funcional y lo no funcional.

Sheeana había conseguido que sus aposentos reflejaran su personalidad. Un camastro Bene Gesserit estándar había sido recubierto con un cobertor naranja y ocre oscuro.

El dibujo en blanco y negro de un gusano, erguido y con todos sus cristalinos dientes desplegados, llenaba una de las paredes. Lo había dibujado la propia Sheeana, confiando en sus Otras Memorias y en su infancia en Dune para que guiaran su mano.

Decía algo acerca de Sheeana el que no hubiera intentado algo más ambicioso... a todo color quizá, y con un fondo tradicional de desierto. Tan sólo el gusano y un asomo de arena bajo él, con una pequeña figura humana embozada en primer término.

*¿Ella misma?*

Una admirable moderación y un constante recordatorio del porqué estaba allí. Una profunda impresión de la naturaleza.

*¿La naturaleza no crea mal arte?*

Era una afirmación demasiado fácil como para aceptarla.

*¿Qué es lo que entendemos por «naturaleza»?*

Había visto salvajismos atrozmente naturales: árboles quebradizos con el aspecto de haber sido bañados en un triste pigmento verde y abandonados al borde de la tundra para que se secaran hasta convertirse en horribles parodias. Algo repelente. Resultaba difícil imaginar que tales árboles tuvieran alguna finalidad. Y gusanos ciegos... con legamosas pieles amarillas. ¿Dónde estaba el arte en ellos? Un lugar de parada temporal en el viaje de la evolución hacia algún otro lugar. ¿Marcaba alguna diferencia la intervención de los seres humanos? ¡Sligs! La Bene Tleilax había

producido algo repelente allí.

Admirando el dibujo de Sheeana, Odrade decidió que algunas combinaciones ofendían algunos sentidos humanos en particular. Los sligs como alimento eran deliciosos. Las combinaciones más horribles pulsaban experiencias ancestrales. Las experiencias juzgaban.

*¡Malo!*

*Mucho de lo que consideramos como ARTE complace nuestros deseos de seguridad. ¡No me ofendáis! Sé lo que puedo aceptar.*

¿Cómo complacía aquel dibujo los deseos de seguridad de Sheeana?

*El gusano de arena: un poder ciego guardando ocultas riquezas. Una habilidad artística en el campo de la belleza mística.*

Se decía que Sheeana bromeaba acerca de su misión:

—Soy pastora de unos gusanos que tal vez nunca lleguen a existir.

Y aunque aparecieran, podían pasar años antes de que ninguno alcanzara el tamaño señalado en su dibujo. ¿Era su voz la que parecía brotar de la pequeña figura frente al gusano?

*Este llegará a tiempo.*

Un olor a melange inundaba la habitación, más fuerte de lo habitual en los aposentos de una Reverenda Madre. Odrade pasó una escrutadora mirada por el mobiliario: sillas, mesa de trabajo, iluminación por globos anclados... todo colocado donde pudiera servir con una mayor ventaja.

¿Pero qué era ese extrañamente modelado montón de plaz negro en el rincón? ¿Otro trabajo de Sheeana?

Aquellos aposentos eran propios de Sheeana, decidió Odrade. Había poco más que el dibujo para recordar sus orígenes, pero la vista desde cualquier ventana hubiera podido ser la de Dar-es-Balat, allá en lo más profundo de las secas tierras de Dune.

Un ligero sonido de roce de telas en la puerta alertó a Odrade. Se volvió, y allí estaba Sheeana. Casi tímida la forma en que miró a su alrededor desde la puerta antes de entrar en presencia de la Madre Superiora.

El movimiento como palabras: «*Así que vino a mis aposentos. Bien. Cualquier otra quizá se hubiera mostrado negligente ante mi invitación.*»

Los alertados sentidos de Odrade hormiguearon con la presencia de Sheeana. La Reverenda Madre más joven que jamás hubieran tenido. A menudo pensabas en ella como en la *Tranquila Pequeña Sheeana*. No siempre había sido tranquila y ya no era pequeña, pero la etiqueta había quedado. Ni siquiera era tímida, pero frecuentemente se mantenía quieta como un roedor aguardando al extremo de un campo a que el campesino se marche, para lanzarse como una centella sobre los granos caídos.

Sheeana entró en la habitación y se detuvo a menos de un paso de Odrade.

—Hemos permanecido mucho tiempo separadas, Madre Superiora.

La primera impresión de Odrade se vio extrañamente trastocada.

*¿Sinceridad y ocultación?*

Sheeana permanecía tranquilamente receptiva.

Aquella descendiente de Siona Atreides había desarrollado un interesante rostro bajo la pátina Bene Gesserit. La madurez había trabajado en ella de acuerdo con los designios tanto de la Hermandad como Atreides. Las señales de muchas decisiones firmemente tomadas. La esbelta expósita de oscura piel y pelo castaño con mechones dorados por el sol se había convertido en aquella equilibrada Reverenda Madre. La piel seguía siendo oscura a causa de las largas horas al aire libre. El pelo seguía teniendo mechones de sol. Los ojos, sin embargo... poseían el acerado azul total que decía: «He pasado por la Agonía.»

*¿Qué es lo que capto en ella?*

Sheeana vio la expresión en el rostro de Odrade (¡la ingenuidad Bene Gesserit!), y supo que aquella era la durante tanto tiempo temida confrontación.

*¡No puede haber defensa excepto mi verdad, y espero que se detenga antes de la completa confesión!*

Odrade observó a su antigua estudiante con un exquisito cuidado, con todos los sentidos abiertos.

*¡Miedo! ¿Qué es lo que siento? ¿Algo cuando ella habla?*

La firmeza en la voz de Sheeana había sido modelada en el poderoso instrumento que Odrade había anticipado en su primer encuentro. La naturaleza original de Sheeana (¡una naturaleza Fremen, si es que había alguna!) había sido flexionada y redirigida. Ese núcleo de vengatividad había sido pulido. Su capacidad de amor y odio estaba refrenada por firmes riendas.

*¿Por qué tengo la impresión de que desea abrazarme?*

Odrade se sintió repentinamente vulnerable.

*Esta mujer se ha metido dentro de mis defensas. Ya no hay forma de excluirla totalmente de allí, nunca.*

Vino a su mente el juicio de Tamalane:

*—Es una de esas que se mantiene en sí misma. ¿Recuerdas la Hermana Schwangyu? Como ella, pero mejor. Sheeana sabe lo que está haciendo. Tenemos que vigilarla atentamente. Sangre Atreides, ya sabes.*

*—Yo también soy Atreides, Tam.*

*—¡No creas que lo olvidamos nunca! ¿Piensas que simplemente permaneceríamos ociosas si la Madre Superiora decidiera procrear por iniciativa propia? Hay límites a nuestra tolerancia, Dar.*

—Realmente, hace mucho tiempo que te debía esta visita, Sheeana.

El tono de Odrade alertó a Sheeana. Le devolvió de pronto la mirada con esa

expresión que la Hermandad llamaba la «placidez BG», y que probablemente era la cúspide de la placidez en todo el universo, una máscara absoluta e impenetrable de lo que ocurría tras ella. No era simplemente una barrera, era una *nada*. Era imposible atravesar aquella máscara. Era, en sí misma, una traición. Sheeana se dio cuenta inmediatamente de ello y respondió con una carcajada.

—¡Sabía que acudiríais sondeando! El lenguaje de las manos con Duncan, ¿correcto? —*¡Por favor, Madre Superiora! Acepta esto.*

—Todo, Sheeana.

—Él desea algo que los rescate en caso de un ataque de las Honoradas Matres.

—¿Eso es todo? —*¿Me toma por una completa estúpida?*

—No. Desea información acerca de nuestras intenciones... y lo que estamos haciendo para enfrentarnos a la amenaza de las Honoradas Matres.

—¿Qué es lo que le has dicho?

—Todo lo que he podido. —*La verdad es mi única arma. ¡Tengo que desviarla!*

—¿Tiene influencia sobre ti, Sheeana?

—¡Sí!

—Sobre mí también.

—¿Pero no sobre Tam y Bell?

—Mis informantes me dicen que ahora Bell lo tolera.

—¿Bell? ¿Tolerante?

—La juzgas mal, Sheeana. Es una imperfección en ti. —*Está ocultando algo. — ¿Qué es lo que has hecho, Sheeana?*

—Sheeana, ¿crees que podrías trabajar con Bell?

—¿Porque yo la atosigo? —*¿Trabajar con Bell? ¿Qué es lo que pretende? ¡No que Bell encabece este maldito proyecto de la Missionaria!*

Un débil rictus curvó hacia arriba las comisuras de la boca de Odrade. *¿Otra jugarreta? ¿Puede ser eso?*

Sheeana era un tema principal en las habladurías de los comedores de Central. Historias de cómo atosigaba a las Amantes Procreadoras (especialmente a Bell), y elaboradamente detallados relatos de seducciones, acompañados de comparaciones procedentes de Murbella con las Honoradas Matres, que eran más especiados que la comida. Odrade había oído retazos de la última de esas historias hacía tan sólo dos días: «Y ella dijo, "Utilicé el método *Déjale portarse mal*. Es muy efectivo con los hombres que creen que son ellos quienes te están conduciendo por el jardín de rosas."»

—¿Atosigar? ¿Es eso lo que haces, Sheeana?

—Una palabra apropiada: remodelarlos empujándolos en contra de su inclinación natural. —En el mismo instante en que las palabras hubieron brotado de su boca, Sheeana se dio cuenta de que había cometido un error.

Odrade notó la repentina rigidez. *¿Remodelar?* Su rostro se volvió hacia aquel extraño montón de plaz negro en el rincón. Se lo quedó mirando con una intensidad que la sorprendió. Bebió aquella visión. Sondeó en busca de una coherencia, algo que le hablara. *Nada respondió, ni siquiera cuando sondeó hasta el límite. ¡Y ésa es su finalidad!*

—Se llama «Vacío» —dijo Sheeana.

—¿Es tuyo? —*Por favor, Sheeana. Di que lo hizo algún otro. El que lo hizo ha desaparecido en un lugar a dónde no puedo seguirlo.*

—Lo hice una noche, hará una semana.

*¿Es plaz negro lo único que remodelas?*

—Un fascinante comentario sobre el arte en general.

—¿Y no sobre el arte de forma específica?

—Tengo un problema contigo, Sheeana. Alarmas a algunas Hermanas. —*Y a mí. Hay un lugar salvaje en ti que no hemos descubierto. Los genes indicadores Atreides que Duncan nos dijo que buscáramos están en tus células. ¿Qué es lo que te hacen?*

—¿Alarmo a mis Hermanas?

—Especialmente cuando recuerdan que eres la más joven que haya sobrevivido nunca a la Agonía.

—Excepto las Abominaciones.

—¿Es eso lo que eres?

—¡Madre Superiora! —*Ella nunca me ha hecho daño deliberadamente, excepto como una lección.*

—Pasaste por la Agonía como un acto de desobediencia.

—¿No diréis más bien que pasé por ella contra los consejos más maduros? —*El humor la distrae a veces.*

Prester, la acólita ayudanta de Sheeana, llegó a la puerta y rascó suavemente en la pared al lado de ella hasta llamar su atención.

—Dijisteis que os avisara inmediatamente cuando regresaran los equipos de búsqueda.

—¿Qué han informado?

*¿Alivio en la voz de Sheeana?*

—El equipo ocho desea que reviséis sus registros.

—¡Siempre desean eso!

Su voz tenía una forzada frustración.

—¿Deseáis examinar los registros conmigo, Madre Superiora?

—Aguardaré aquí.

—No va a tomar mucho tiempo.

Cuando se hubieron marchado, Odrade se dirigió hacia la ventana occidental: una clara vista por encima de los tejados del nuevo desierto. Había pequeñas dunas allí.

El atardecer iba declinando, y aquel seco calor recordaba tanto a Dune.

*¿Qué es lo que está ocultando Sheeana?*

Un joven, apenas más que un muchacho, estaba tomando el sol desnudo en un tejado vecino, vuelto boca arriba sobre una colchoneta verde mar, con una toalla dorada cruzada sobre su rostro. Su piel tenía un moreno dorado del sol que hacía juego con la toalla y su vello púbico. La brisa alzó ligeramente un extremo de la toalla. Una mano lánguida se alzó y la devolvió a su sitio.

*¿Cómo puede permanecer inactivo así? ¿Un trabajador nocturno? Probablemente.*

Allí no se alentaba la inactividad, y aquel muchacho estaba haciendo alarde de ella. Odrade sonrió para sí misma. Cualquiera podía ser disculpado con la suposición de que era un trabajador nocturno. Podía confiar en esa suposición. El truco consistía en permanecer fuera de la vista de aquellos que sabían que no era así.

*No preguntaré. La inteligencia merece algunas recompensas. Y, después de todo, puede que se trate realmente de un trabajador nocturno.*

Alzó su mirada. Un nuevo esquema surgía en aquel lugar: atardeceres exóticos. Una delgada franja naranja se extendía a lo largo del horizonte, más abultada allá donde el sol acababa de sumergirse tras la tierra. El azul plateado encima del naranja iba haciéndose más oscuro sobre su cabeza. Había visto aquello muchas veces en Dune. No se molestó en explorar las explicaciones meteorológicas. Mejor dejar que los ojos absorbieran aquella belleza transitoria; mejor permitir que oídos y piel captaran la repentina quietud que descendería sobre aquellas tierras en la rápida oscuridad después de que el naranja se desvaneciera.

Casi marginalmente, vio al joven recoger colchoneta y toalla y desaparecer tras un ventilador.

Un sonido de pasos corriendo en el pasillo tras ella. Sheeana entró casi sin aliento.

—¡Han encontrado una masa de especia a unos treinta kilómetros al nordeste de nosotras! ¡Pequeña, pero compacta!

Odrade no se atrevió a tener esperanzas.

—¿Puede tratarse de una acumulación producida por el viento?

—No es probable. He instalado una vigilancia permanente sobre ella. —Sheeana miró hacia la ventana junto a la cual estaba Odrade. *Ha visto a Trebo. Quizá...*

—Antes te pregunté, Sheeana, si podrías trabajar con Bell. Era una pregunta importante. Tam se está haciendo muy vieja y deberá ser reemplazada pronto. Tiene que haber una votación, por supuesto.

—¿Yo? —Fue algo totalmente inesperado.

—Eres mi primera elección. —*Imperativo. Te quiero cerca, donde pueda mantenerte constantemente vigilada.*

—Pero yo pensé... Quiero decir, el plan de la Missionaria...

—Eso puede esperar. Y tiene que haber alguien más que pueda pastorear los gusanos... si esa masa de especia es lo que esperamos.

—¿Oh? Sí... Hay varios de los nuestros, pero ninguno que... ¿No deseáis comprobar si los gusanos siguen respondiéndome?

—Trabajar en el Consejo no interferirá con eso.

—Yo... Podéis ver que estoy sorprendida.

—Yo hubiera dicho impresionada. Cuéntame, Sheeana, ¿qué es lo que te interesa realmente en estos días?

*Aún sondeando. ¡Trebo, ayúdame ahora!*

—Asegurarme de que el desierto crece bien. —*¡La verdad!*—. Y mi vida sexual, por supuesto. ¿Visteis al joven en el tejado de ahí al lado? Trebo, uno nuevo que me envió Duncan para pulir.

Incluso después de que Odrade se hubiera ido, Sheeana no dejó de preguntarse por qué aquellas palabras habían despertado un tal alborozo. La Madre Superiora había sido desviada, por supuesto.

Ni siquiera había sido necesario malgastar su posición de reserva... la verdad:

—*Hemos estado discutiendo la posibilidad de que yo pueda Imprimir a Teg y restaurar de esta forma las memorias del Bashar.*

Había evitado la confesión completa. *La Madre Superiora no ha sabido que yo he hallado la forma de reactivar nuestra no-nave prisión y neutralizar las minas que Bellonda puso en ella.*

## Capítulo XXIX

*Ningún edulcorante cubrirá algunas formas de amargura. Si sabe amargo, escúpelo. Eso es lo que hicieron nuestras primeras antepasadas.*

### ***La Coda***

Murbella se levantó en plena noche para proseguir un sueño pese a estar completamente despierta y consciente de su entorno: Duncan dormido a su lado, el débil zumbido de la maquinaria, la cronoproyección en el techo. Ella insistía en que Duncan se quedara por la noche, temerosa de estar sola. Él lo achacaba a su cuarto embarazo.

Se sentó en el borde de la cama. La habitación tenía un aspecto espectral a la débil luz del crono. Las imágenes del sueño persistían.

Duncan gruñó y se volvió hacia ella. Un brazo se tendió por encima de sus piernas.

Murbella sintió que la intrusión mental de él no formaba parte del sueño pero poseía algunas de sus características. Era cosa de las enseñanzas Bene Gesserit. Ellas y sus malditas sugerencias acerca de Scytale y... ¡y todo! Precipitaban unos movimientos que ella no podía controlar.

Esta noche estaba perdida en un loco mundo de palabras. La causa era clara. Aquella mañana Bellonda había enseñado a Murbella a hablar nueve idiomas, y había conducido a la suspicaz acólita por un sendero mental llamado «Herencia Lingüística». Pero la influencia de Bell en aquella locura nocturna no proporcionaba ninguna escapatoria.

Una pesadilla. Ella era una criatura de tamaño microscópico atrapada en un enorme lugar lleno de ecos etiquetado con letras gigantescas, se volviera hacia donde se volviera: «Depósito de Datos». Palabras animadas con mandíbulas que no dejaban de hacer muecas y temibles tentáculos la rodeaban.

¡Bestias predatoras, y ella era su presa!

Despierta, y sabiendo que estaba sentada en el borde de la cama con el brazo de Duncan cruzado sobre sus piernas, seguía viendo las bestias. La obligaban a retroceder. *Sabía* que estaba retrocediendo pese a que su cuerpo no se movía. La empujaban hacia algún terrible desastre que ella no podía ver. ¡No podía volver la cabeza! No solamente veía a aquellas criaturas (ocultaban partes de su dormitorio), sino que las oía en una cacofonía de sus nueve idiomas.

¡*Van a despedazarme!*

Aunque no podía volverse, sentía lo que había detrás de ella: más dientes y garras. ¡Amenazas a todo su alrededor! Si la cercaban, saltarían sobre ella y estaría



perdida.

*Vencida. Muerta. Víctima. Cautiva de la tortura. Caza no vedada.*

Se sintió vencida por la desesperación. ¿Por qué Duncan no se despertaba y la salvaba? Su brazo era un peso de plomo, parte de la fuerza que la sujetaba y permitía que aquellas criaturas se arracimaran a su alrededor y la condujeran hacia su extraña trampa. Tembló. La transpiración brotó por todos sus poros. ¡Horribles palabras! Se unían en gigantescas combinaciones. Una criatura con una boca llena de colmillos parecidos a navajas avanzó directamente hacia ella, y vio más palabras en la oscuridad de sus abiertas fauces.

*Mira arriba.*

Murbella se echó a reír. No podía controlarse. *Mira arriba. Vencida. Muerta. Víctima...*

Sus risas despertaron a Duncan. Se sentó, activó un globo bajo, y se la quedó mirando. Que desgreñado estaba tras su anterior colisión sexual.

Su expresión vagó entre el regocijo y la irritación por haber sido despertado.

—¿De qué te estás riendo?

Sus risas murieron en jadeos. Le dolían los costados. Temía que su sonrisa tentativa iniciara un nuevo espasmo.

—Oh... ¡oh! ¡Duncan! ¡La colisión sexual!

El sabía que aquél era el término mutuo con el que designaban la adicción que los unía, pero ¿por qué eso la hacía reír?

Su desconcertada expresión le pareció ridícula a Murbella.

Entre jadeos, dijo:

—Dos palabras más. —Y tuvo que cubrirse la boca con una mano para impedir otro estallido.

—¿Qué?

Su voz era la cosa más divertida que ella hubiera oído nunca. Tendió una mano hacia él y agitó la cabeza.

—Ohhh... ohhh...

—Murbella, ¿qué te ocurre?

Ella solamente pudo seguir agitando la cabeza.

Él intentó una sonrisa tentativa. La acarició, y ella se reclinó contra él.

—¡No! —cuando la mano derecha del hombre empezó a explorar su cuerpo—. Sólo quiero estar cerca.

—Mira la hora que es. —Alzó su barbilla hacia la proyección del techo—. Casi las tres.

—Era tan curioso, Duncan.

—¿Y si me lo cuentas?

—Cuando recupere el aliento.

El la depositó sobre su almohada.

—Somos como un maldito matrimonio viejo. Historias curiosas en medio de la noche.

—No, querido, somos diferentes.

—Una cuestión de grado, nada más.

—De calidad —insistió ella.

—¿Qué era eso tan curioso?

Ella le contó su pesadilla y la influencia de Bellonda.

—Zensunni. Una técnica muy antigua. Las Hermanas la utilizan para librarte de las conexiones de un trauma. Palabras que desencadenan respuestas inconscientes.

El miedo volvió.

—Murbella, ¿por qué estás temblando?

—Las maestras de las Honoradas Matres nos advertían de que podían ocurrir cosas terribles si caíamos en manos Zensunni.

—¡Tonterías! Yo pasé por lo mismo como Mentat.

Sus palabras conjuraron otro fragmento de sueño. Una bestia con dos cabezas. Ambas bocas abiertas. Palabras en ellas. En la de la izquierda, «Una palabra», y en la de la derecha, «conduce a otra.»

La hilaridad desplazó al miedo. Recedió sin una risa.

—¡Duncan!

—Hummmmm. —Un distanciamiento Mentat en el sonido.

—Bell dijo que la Bene Gesserit utiliza las palabras como armas... la Voz. «Instrumentos de control», las llamó.

—Una lección que tienes que aprender casi por instinto. Ellas nunca confiarán en ti para el adiestramiento profundo hasta que aprendas esto.

*Y tampoco confiarán en ti luego.*

Ella se apartó de él y contempló el com-ojo que brillaba en el techo junto a la proyección de la hora.

*Sigo estando a prueba.*

Era consciente de que sus maestras discutían privadamente acerca de ella. Las conversaciones cesaban cuando ella se acercaba. Se la quedaban mirando de aquella manera tan especial suya, como si ella fuera un espécimen interesante.

La voz de Bellonda resonaba en su mente.

Los zarcillos de la pesadilla. Era medía mañana, y el sudor de sus ejercicios llenaba su nariz con su penetrante olor. Como alumna sometida a prueba, a los correspondientes tres pasos de la Reverenda Madre. La voz de Bell:

—Nunca seas una experta. Eso te ata demasiado corto.

*Todo esto porque le pregunté si no había palabras para guiar a la Bene Gesserit.*

—Duncan, ¿por qué mezclan el adiestramiento mental con el físico?

—Cuerpo y mente se refuerzan el uno al otro. —Soñoliento. *¡Maldito sea! Se está volviendo a dormir.*

La voz de Bell:

—No existe el «nosotras no razonamos nuestros porqués» en la Bene Gesserit. Razonamiento... un tema extremadamente delicado. Parecido a racionalización. Sepáralos cuidadosamente los dos. No pienses que puedes ocultarte cosas a ti misma.

*O a las Reverendas Madres.*

Murbella sabía que podía ocultar muy poco de sus maestras o de los com-ojos. Durante sus primeros años de cautividad, había practicado engaños y tomado secretas precauciones. Pero un día se había dado cuenta de que las propias precauciones traicionaban lo que pretendía ocultar. Había sabido entonces que cualquier concesión que hiciera para conseguir las habilidades de las Bene Gesserit era posible que nunca fuera suficiente. Eso le hizo desear aún más aquellos talentos.

Sacudió a Duncan por el hombro.

—Si las palabras son malditamente tan poco importantes, ¿por qué hablan tanto acerca de disciplina?

Esquemas —murmuró él—. Una palabra sucia.

—¿Qué? —Lo agitó más bruscamente.

El se volvió de espaldas sobre la cama, agitando silenciosamente los labios. Luego:

—Disciplina igual a esquemas igual a camino equivocado. Dicen que todos nosotros somos creadores naturales de esquemas... creo que eso significa «orden» para ellas.

—¿Por qué es eso tan malo?

—Les proporciona a otros el asidero para destruirnos o atraparnos... en cosas que nosotros no vamos a cambiar.

—Estás equivocado en lo de la mente y el cuerpo.

—¿Hummm?

—Hay presiones uniendo una y otro.

—¿No es eso lo que he dicho? ¡Hey! ¿Vamos a hablar o a dormir o qué?

—No más «o qué». No esta noche.

Un profundo suspiro alzó el pecho del hombre.

—No han hecho esto para mejorar mi salud —dijo ella.

—Nadie ha dicho que lo hicieran.

—Eso viene después, tras la Agonía. —Murbella sabía que él odiaba que le recordaran aquella mortífera prueba, pero no había forma de evitarlo. La perspectiva llenó su mente.

—¡Está bien! —El se sentó en la cama, puñeó la almohada hasta darle la forma que quería, y se reclinó en ella para estudiar a la mujer—. ¿Qué es lo que pasa?

—¡Son tan malditamente listas con sus palabras-arma! Ella te trajo a Teg y te dijo que eras enteramente responsable de él.

—¿No lo crees?

—El piensa en ti como en su padre.

—No exactamente.

—No, pero... ¿pensaste tú lo mismo acerca del Bashar?

—¿Cuando él restauró mis memorias? Sí.

—Sois un par de huérfanos intelectuales, siempre buscando unos padres que no están aquí. El no tiene ni la más remota idea del daño que vas a hacerle.

—Eso tiende a escindir la familia.

—Así que odias al Bashar que hay en él y te alegras de hacerle daño.

—Yo no he dicho eso.

—¿Por qué es tan importante?

—¿El Bashar? Es un genio militar. Siempre haciendo lo inesperado. Confunde a sus enemigos apareciendo donde jamás esperan que esté.

—¿Acaso esto no puede hacerlo cualquiera?

—No de la forma en que lo hace él. Inventa tácticas y estrategias. ¡Simplemente así! —hizo chasquear sus dedos.

—Más violencia. Como las Honoradas Matres.

—No siempre. El Bashar consiguió una reputación venciendo sin luchar.

—He visto las historias.

—No las creas.

—Pero tú acabas de decir...

—Las historias se centran en las confrontaciones. Hay alguna verdad en ellas, pero ocultan cosas más persistentes que siguen adelante pese a todas las revueltas.

—¿Cosas más persistentes?

—¿Qué dice la historia de la mujer en los arrozales tirando de su carabao y su arado mientras su esposo está ahí afuera en algún lugar, probablemente reclutado contra su voluntad, llevando un arma?

—¿Por qué es eso más persistente y más importante que...?

—Sus hijos en casa necesitan comida. Su hombre está fuera arrastrado por esa perenne locura. Alguien tiene que arar. Esa es la auténtica imagen de la persistencia humana.

—Suenas tan amargo... Encuentro todo esto extraño.

—¿Teniendo en cuenta mi *historia* militar?

—Bueno, sí, el énfasis de la Bene Gesserit en... en su Bashar y en sus tropas de élite, y...

—¿Piensas que ellas son simplemente gente orgullosa de sí misma lanzada a una orgullosa violencia? ¿Que simplemente pasarán por encima de la mujer con su arado?

—¿Por qué no?

—Porque hay muy poco que escape de ellas. Las violentas pasan *por encima* de la mujer con el arado y ni siquiera ven que han tocado una realidad básica. Una Bene Gesserit nunca pasaría por alto una cosa así.

—De nuevo: ¿por qué no?

—Los orgullosos poseen una visión limitada debido a que cabalgan sobre una realidad muerta. La mujer y el arado son una realidad viva. Sin una realidad viva no existe humanidad. Mi Tirano vio esto. Las Hermanas lo bendijeron por ello mientras lo maldecían.

—De modo que tú eres un participante voluntario en su sueño.

—Sospecho que lo soy. —Sonó sorprendido.

—¿Y estás siendo completamente honesto con Teg?

—Él pregunta, yo le proporciono respuestas sinceras. No creo en convertir la violencia en curiosidad.

—¿Y tienes responsabilidad absoluta sobre él?

—Eso no es exactamente lo que ella dijo.

—Ahhh, amor mío. No es *exactamente* lo que ella dijo.

Llamas a Bell hipócrita, y no incluyes a Odrade. Duncan, si tan sólo supieras...

—¡Puesto que estamos ignorando los com-ojos, escúpelo!

—Mentiras, engaños, perversidades...

—¡Hey! ¿La Bene Gesserit?

—Tienen esa vieja excusa venerable: La Hermana A lo hace, así que si yo lo hago también no es tan malo. Dos crímenes se cancelan el uno al otro.

—¿Qué crímenes?

Ella dudó. *¿Debo decírselo? No. Pero él espera alguna respuesta.*

—¡Bell se siente encantada de que los papeles hayan sido invertidos entre tú y Teg! Está anticipando ese dolor.

—Quizá debamos decepcionarla. —Supo que había sido un error decir aquello tan pronto como lo hubo pronunciado. *Demasiado pronto.*

—¡Justicia poética! —Murbella se sentía encantada.

*¡Desvíalas!*

—No están interesadas en la justicia. En la imparcialidad, sí. Tienen su homilía: «Aquellos contra quienes es pasado juicio deben aceptar su imparcialidad.»

—Así que te condicionan a aceptar su juicio.

—Hay pretextos en cualquier sistema.

—¿Sabes, querido? Las acólitas aprenden cosas.

—Por eso precisamente son acólitas.

—Quiero decir que hablamos entre nosotras.

—¿Nosotras? ¿Tú eres una acólita? ¡Tú eres una prosélita!

—Sea lo que sea, he oído historias. Puede que tu Teg no sea lo que parece.

—Habladurías de acólitas.

—Hay historias acerca de Gammu, Duncan.

La miró. ¿*Gammu*? Nunca podía pensar en aquel planeta con otro nombre distinto al original: Giedi Prime. El infierno Harkonnen.

Murbella tomó su silencio como una invitación a proseguir.

—Dicen que Teg se movía más rápido de lo que el ojo podía ver, que...

Probablemente él mismo inició esas historias. Algunas Hermanas no las descartan. Están tomándoselo con calma. Quieren ser precavidas.

—¿No has aprendido nada acerca de Teg de tus preciosas *historias*? Sería típico de él iniciar tales rumores. Hace a la gente cautelosa.

—Pero recuerda que yo estaba en Gammu entonces. Las Honoradas Matres estaban muy trastornadas. Furiosas. Algo iba mal.

—Por supuesto. Teg hizo lo inesperado. Las sorprendió. Robó una de sus naves. —Palmeó la pared a su lado—. Esta.

—La Hermandad tiene también sus terrenos prohibidos, Duncan. Siempre me están diciendo que aguarde a la Agonía. ¡Todo resultará claro entonces! ¡Malditas sean!

—Suenan como si te estuvieran preparando para las enseñanzas de la Missionaria. Religiones preparadas para finalidades específicas y para poblaciones selectas.

—¿No ves nada malo en ello?

—Moralidad. No discuto eso con una Reverenda Madre.

—¿Por qué no?

—Las religiones zozobran tras chocar con esa roca. La BG no.

*Duncan, ¡si tan sólo conocieras su moralidad!*

—Les irrita que sepas tanto acerca de ellas.

—Bell deseaba matarme simplemente por eso.

—¿No crees que Odrade es igual de mala para ti?

—¡Qué pregunta! —¿*Odrade*? *Una terrible mujer si te extiendes en sus habilidades. Atreides, total y absolutamente. He conocido a Atreides y Atreides. Esta es primero Bene Gesserit. Teg es el Atreides ideal.*

—Odrade me dijo que confía en tu lealtad para con los Atreides.

—Soy leal al honor de los Atreides, Murbella. —*Y tomo mis propias decisiones morales... acerca de la Hermandad, acerca de este niño que han depositado a mi cuidado, acerca de Sheeana y... y acerca de mi amada.*

Murbella se le acercó, su pecho rozó el brazo el hombre, y susurró en su oído:

—¡A veces mataría a todas las que encontrara a mi alcance!

*¿Acaso cree que no pueden oírla? Se sentó erguido en la cama, atrayéndola en su movimiento.*

—¿Qué se supone que debes hacer?

—Ella quiere que me trabaje a Scytale.

*Que me trabaje.* Un eufemismo de Honorada Madre. *Bueno, ¿por qué no? Ella «se había trabajado» a montones de hombres antes de que entrara en colisión conmigo.* Pero tuvo una antigua reacción de esposo. No sólo eso... ¿Scytale? ¿Un maldito tleilaxu?

—¿La Madre Superiora? —Tenía que estar seguro.

—Ella, la única. —Casi alegre ahora que se había quitado aquel peso de encima.

—¿Cuál fue tu reacción?

—Ella dice que fue idea tuya.

—¿Mía...? ¡En absoluto! Yo sugerí que podíamos intentar extraer de él información, pero...

—Ella dice que es algo habitual para la Bene Gesserit, del mismo modo que lo es para las Honoradas Matres. Procrear con éste. Seducir a aquél. Todo en un solo día de trabajo.

—He preguntado por tu reacción.

—Revulsión.

—¿Por qué? —*Conociendo tus antecedentes...*

—Es a ti a quien quiero, Duncan, y... y mi cuerpo es... es para proporcionarte placer... solamente a ti...

—Somos un viejo matrimonio, y las brujas están intentando separarnos.

Sus palabras prendieron en él una clara visión de Dama Jessica, amante de su hacía mucho tiempo muerto Duque y madre de Muad'Dib. *Yo la amaba. Ella no me amaba a mí, pero...* La expresión que veía ahora en los ojos de Murbella era la misma que había visto en los ojos de Jessica cuando miraba al Duque: un amor ciego e inmutable. Lo que más temía la Bene Gesserit. Jessica había sido más suave que Murbella. Dura en su interior, sin embargo. Y Odrade... Odrade era dura toda ella, de la cabeza a los pies. Puro plastiaceró.

*¿«Trabajarse» a Scytale?*

¿Podía ser maliciosa Odrade? Tan sólo si le proporcionaba algún servicio a aquel núcleo de plastiaceró. Eso era muy propio de la Bene Gesserit. Aplastaría cualquier cosa que no sirviera a las necesidades de su Hermandad.

¿Y las veces que había sospechado que compartía emociones humanas? La forma en que habló del Bashar cuando supieron que el viejo había muerto en Dune.

—*Era mi padre, ¿sabes?*

En sus aposentos, aquella memorable tarde, él sentado y ella de pie con la espalda apoyada contra la pared y los brazos cruzados sobre su pecho. Con su parecido al Bashar más intenso de lo que nunca había visto.

—Entonces, ¿por qué lo dejasteis morir?

—¿Estás acusándome, Duncan?

—¡Lo siento! No me está permitido acusaros.

—Disfrutas con esas peleas ocasionales conmigo, ¿verdad? —Con un filo de navaja en su voz.

Le estaba diciendo que le permitía ser periódicamente impertinente. Peleas controladas. Sin perder nunca la compostura. Conteniendo las palabras más duras.

Murbella lo extrajo de su ensoñación.

—Puedes compartir su sueño, sea el que sea, pero...

—¡Creced, humanos!

—¿Qué?

—Ese es su sueño. Empezar a actuar como adultos y no como niños furiosos en el patio de juegos de una escuela.

—¡Mamá lo sabe muy bien!

—Sí... creo que sí lo sabe.

—¿Es así como las ves realmente? ¿Incluso cuando las llamas brujas?

—Es una buena palabra. Las brujas hacen cosas misteriosas.

—¿No crees que se trata del largo y severo adiestramiento, más la especia y la Agonía?

—¿Qué tienen que ver con ello las creencias? Lo desconocido crea su propia mística.

—¿Pero no crees que ellas engañan a la gente para que haga lo que ellas desean?

—¡Por supuesto que lo hacen!

—Las palabras como armas, la Voz, las Imprimadoras.

—Ninguna tan hermosa como tú.

—¿Qué es la belleza, Duncan?

—Hay estilos en la belleza, por supuesto.

—Exactamente lo que dice ella. «Estilos basados en raíces procreadoras enterradas tan profundamente en nuestra psique racial que no nos atrevemos a extirparlas.» Así que han pensado en interferir aquí, Duncan.

—¿Y pueden atreverse a cualquier cosa?

—Ella dice: «No distorsionaremos nuestra progenie sumergiéndola en lo que juzgamos que no es humano.» Ellas juzgan, ellas condenan.

El pensamiento de las figuras desconocidas en su visión, Danzarines Rostro. Y preguntó:

—¿Como los amorales tleilaxu? Amorales... no humanos.

Casi puedo oír los engranajes girando en la cabeza de Odrade. Ella y sus Hermanas... observan, escuchan, miden cada respuesta, lo calculan todo.

*¿Es eso lo que quieres, querida?* Se sentía atrapado. Ella tenía razón y él estaba equivocado. ¿El fin justifica los medios? ¿Cómo podía justificar el perder a



Murbella?

—¿Las consideras amorales? —preguntó.

Era como si ella no le hubiera oído.

—Siempre preguntándose a sí mismas qué decir a continuación para obtener la respuesta deseada.

—¿Qué respuesta? —¿Acaso ella no oía su dolor?

—¡Nunca lo sabes hasta que es demasiado tarde! —Se volvió y lo miró—. Exactamente como las Honoradas Matres. ¿Sabes cómo me atraparon las Honoradas Matres?

El no pudo evitar ser consciente de lo ávidamente que los perros guardianes iban a aferrarse a las siguientes palabras de Murbella.

—Fui arrancada de las calles tras un barrido de las Honoradas Matres. Creo que el barrido fue motivado precisamente por mí. Mi madre era una gran belleza, pero también era demasiado vieja para ellas.

—¿Un barrido? —*Los perros guardianes querrán que pregunte.*

—Barren toda una zona, y la gente desaparece. Ni un cuerpo, nada. Familias enteras se desvanecen. Es explicado como un castigo debido a que la gente complota contra ellas.

—¿Qué edad tenías entonces?

—Tres... quizá cuatro años. Estaba jugando con unas amigas en una plaza al aire libre bajo unos árboles. De pronto hubo mucho ruido y gritos. Nos ocultamos en un agujero tras unas rocas.

Se vio prendido por una tremendamente realista visión de aquel drama.

—El suelo se estremeció. —Su mirada se volvió hacia sus propios recuerdos—. Explosiones. Al cabo de un rato todo volvió a quedar tranquilo, y nos asomamos. Toda la esquina donde había estado mi casa no era más que un agujero.

—¿Quedaste huérfana?

—Recuerdo a mis padres. Él era un hombre grande, robusto. Creo que mi madre era sirvienta en algún lugar. Llevaban uniformes para tales trabajos, y la recuerdo a ella con uniforme.

—¿Cómo puedes estar segura de que tus padres fueron muertos?

—El barrido es todo lo que sé seguro, pero siempre son iguales. Ellas gritando, y la gente corriendo por todas partes. Nosotras estábamos aterradas.

—¿Por qué crees que el barrido fue por causa tuya?

—Ellas hacen ese tipo de cosas.

*Ellas.* Qué victoria iban a apoyar las observadoras en esa sola palabra.

Murbella estaba aún profundamente hundida en sus recuerdos.

—Creo que mi padre se negó a sucumbir a una Honorada Madre. Eso era siempre considerado como peligroso. Un hombre grande, apuesto... fuerte.

—Así que las odias.

—¿Por qué? —Realmente sorprendida ante su pregunta—. Sin eso, yo nunca hubiera llegado a ser una Honorada Madre.

Su insensibilidad lo impresionó.

—¡Esto es lo mismo que decir que valía cualquier cosa el conseguirlo!

—Amor, ¿lamentas lo que me trajo a tu lado?

¡*Touché!*

—¿Pero no hubieras deseado que ocurriera de alguna otra manera?

—Ocurrió.

Un absoluto fatalismo. Nunca lo hubiera sospechado en ella. ¿Se trataba de un condicionamiento de las Honoradas Matres, o de algo que le habían hecho las Bene Gesserit?

—Eras solamente un valioso añadido a sus establos.

—Exacto. Seductoras, así nos llamaban. Reclutábamos machos valiosos.

—Y tú lo hiciste.

—Les pagué varias veces su inversión.

—¿Te das cuenta de cómo interpretarán eso las Hermanas?

—No hagas algo grande de eso.

—Así pues, ¿estás dispuesta realmente a *trabajarte* a Scytale?

—Yo no he dicho eso. Las Honoradas Matres me manipularon sin mi consentimiento. Las Hermanas me necesitan y desean utilizarme del mismo modo. Mi precio puede que sea demasiado alto.

Duncan tuvo dificultades para pronunciar la siguiente palabra.

—¿Precio?

Ella lo miró con ojos llameantes.

—Tú, tú formas parte de mi precio. No el trabajarme a Scytale.

—¡Y más de su famosa sinceridad acerca del porqué me necesitan!

—Cuidado, amor. Pueden decírtelo.

Ella clavó en él una mirada casi Bene Gesserit.

—¿Cómo puedes restaurar las memorias de Teg sin dolor?

¡*Maldita sea!* Y justo cuando pensaba que estaban libres de aquello. No había escapatoria. Pudo ver en sus ojos que ella lo sospechaba.

Murbella lo confirmó.

—Puesto que yo no aceptaría, estoy segura de que lo has discutido con Sheeana.

Solamente pudo asentir. Murbella había ido mucho más allá en el camino de la Hermandad de lo que él había sospechado. Y ella sabía cómo sus múltiples memorias ghola habían sido restauradas por su *Imprimación*. De pronto la vio como una Reverenda Madre, y deseó echarse a gritar contra aquello.

—¿Cómo te hace esto diferente de Odrade? —preguntó.

—Sheeana fue adiestrada como una Imprimadora. —Sus palabras sonaron vacías incluso mientras las pronunciaba.

—¿Eso es distinto de mi adiestramiento? —Acusadoramente.

La rabia llameó en él.

—¿Prefieres el dolor? ¿Como Bell?

—¿Tú prefieres la derrota de la Bene Gesserit? —Con voz untuosa.

Duncan oyó el distanciamiento en su tono, como si ella se hubiera retirado ya al frío modo observativo de la Hermandad. ¡Estaban congelando a su amorosa Murbella! Pero aún quedaba esa vitalidad. Le desgarraba. Ella desprendía un aura de salud, especialmente en el embarazo. Vigor e ilimitada alegría de vivir. Resplandecía en ella. Las Hermanas tomarían aquello y lo empañarían.

Ella permaneció inmóvil bajo su escrutadora mirada.

Desesperado, él se preguntó qué podía hacer.

—Había esperado que fuéramos abriéndonos más con el tiempo —dijo ella. Otra sonda Bene Gesserit.

—Estoy en desacuerdo con muchas de sus acciones, pero no desconfío de sus motivos —dijo él.

—Sabré sus motivos si sobrevivo a la Agonía.

Él se mantuvo completamente inmóvil, atrapado por la realización de que ella podía no sobrevivir. ¿La vida sin Murbella? Un bostezante vacío más profundo que cualquier otra cosa que jamás hubiera imaginado. Nada en sus muchas vidas podía ser comparado con aquello. Sin una volición consciente, adelantó una mano y acarició la espalda de la mujer. Una piel tan suave, y sin embargo elástica.

—Te quiero demasiado, Murbella. Esa es mi Agonía.

Ella se estremeció bajo su contacto.

Duncan se descubrió nadando en sentimentalismo, construyendo una imagen de dolor hasta que recordó las palabras de un maestro Mentat acerca de «orgías emocionales»: —*La diferencia entre sentimiento y sentimentalismo es fácil de ver. Cuando evitas matar al animalillo de alguien en la calzada, eso es sentimiento. Si te desvías bruscamente para evitar al animalillo y eso hace que mates a varios peatones, eso es sentimentalismo.*

Ella tomó la mano que la acariciaba y la apretó contra sus labios.

—Palabras más cuerpo, mejor que una sola de las dos cosas —murmuró él.

Sus palabras la hundieron de vuelta a la pesadilla, pero ahora entró en ella con una venganza, consciente de las palabras como instrumentos. Estaba henchida con un alivio especial por la experiencia, dispuesta a reírse de sí misma.

Mientras exorcizaba la pesadilla, se le ocurrió que nunca había visto a una Honorada Madre reírse de sí misma.

Sujetando la mano del hombre, miró a Duncan. Hubo un aleteo Mentat de sus

párpados. ¿Se daba cuenta de lo que acababa de experimentar? ¡Libertad! Ya no era cuestión de cómo se había visto confinada y conducida a inevitables canales por su pasado. Por primera vez desde que había aceptado la posibilidad de que podía convertirse en una Reverenda Madre, captaba lo que eso podía significar. Se sintió asustada e impresionada.

*¿No hay nada más importante que la Hermandad?*

Hablaban de un juramento, algo más misterioso que las palabras de la Censora en la iniciación de una acólita.

*Mi juramento a las Honoradas Matres era sólo palabras. Un juramento a la Bene Gesserit no puede ser más.*

Recordó a Bellonda gruñendo que los diplomáticos eran elegidos por su habilidad en mentir.

—*¿Quieres ser otro diplomático, Murbella?*

No se trataba de que los juramentos fueran hechos para ser rotos. ¡Qué infantil! La amenaza del patio de juegos de la escuela: «*¡Si rompes tu palabra, yo romperé la mía! ¡Nyaa, nyaa, nyaaaaa!*»

Inútil preocuparse por los juramentos. Era mucho más importante descubrir ese lugar dentro de ella misma donde vivía la libertad. Era un lugar donde siempre había algo escuchando. La mano de Duncan contra sus labios, murmuró:

—Escuchan. Oh, cómo escuchan.

## Capítulo XXX

*No participes en ningún conflicto contra fanáticos a menos que puedas difundirlo. Opón una religión con otra religión solamente si tus pruebas (milagros) son irrefutables o si puedes mezclarlas de una forma tal que los fanáticos te acepten como alguien inspirado por dios. Esta ha sido durante mucho tiempo la barrera a la ciencia asumiendo un manto de revelación divina. La ciencia es tan obviamente obra del hombre. Los fanáticos (y hay muchos fanáticos sobre un tema u otro) deben saber dónde estás tú, pero más importante aún, deben reconocer quién susurra en tu oído.*

### ***Misionaria Protectora, Enseñanza Primaria***

El fluir del tiempo importunaba a Odrade tanto como la consciencia constante de la aproximación de los cazadores. Los años pasaban tan rápidamente que los días se hacían imprecisos. ¡Dos meses de discusiones para conseguir la aprobación de Sheeana como sucesora de Tam!

Bellonda había montado una constante guardia cada vez que Odrade había estado ausente, como había hecho hoy, instruyendo a un nuevo remanente de Bene Gesserits que era enviado a la Dispersión. El Consejo seguía con aquello, aunque con reluctancia. La sugerencia de Idaho de que se trataba de una estrategia fútil había enviado olas de shock a través de toda la Hermandad. Las instrucciones llevaban consigo ahora nuevos planes defensivos para «lo que podáis encontrar».

Cuando Odrade entró en el cuarto de trabajo a última hora de la tarde, Bellonda se hallaba sentada ante la mesa. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos mostraban esa dura mirada que adquirirían cuando suprimía el cansancio. Con Bell allí, los resúmenes diarios incluían agudos comentarios.

—Han aprobado a Sheeana —dijo, tendiendo un pequeño cristal a Odrade—. El apoyo de Tam lo consiguió. Y el nuevo de Murbella nacerá dentro de ocho días, o eso es lo que dicen las Suk.

Bell tenía poca fe en los doctores Suk.

*¿El nuevo? ¡Bell podía ser tan condenadamente impersonal respecto a la vida!* Odrade sintió que su pulso se aceleraba ante la perspectiva.

*Cuando Murbella se recupere del parto... la Agonía. Está preparada.*

—Duncan se muestra extremadamente nervioso —dijo Bellonda, abandonando la silla.

*¡Todavía Duncan! Esos dos se están volviendo notablemente familiares.*

Bell aún no había terminado.

—Y antes de que lo preguntes, ni una palabra de Dortujla.

Odrade ocupó su silla tras la mesa y sopesó el cristal del informe en su palma. La

acólita de confianza de Dortujla, ahora la Reverenda Madre Fintil, no correría el riesgo del viaje en la no-nave o cualquier otro de los medios de comunicación que habían preparado simplemente para impresionar a una Madre Superiora. Ninguna noticia significaba que el cebo estaba aún ahí afuera... o se había perdido.

—¿Le has dicho a Sheeana que ha sido confirmada? —preguntó Odrade.

—Te lo he dejado a ti. Vuelve a estar retrasada en su informe diario. No es correcto en alguien que está ya en el Consejo.

Así que Bell seguía desaprobando el nombramiento.

Los mensajes diarios de Sheeana habían adquirido la forma de una nota repetitiva: «*Ninguna señal de gusano. Masa de especia intacta.*»

Todo aquello en lo que habían depositado sus esperanzas permanecía terriblemente suspendido de la nada. Y los cazadores de la pesadilla se arrastraban cada vez más cerca. Las tensiones se acumulaban. Explosivo.

—Has visto muchas veces esa conversación entre Duncan y Murbella —dijo Bellonda—. ¿Es eso lo que Sheeana estaba ocultando, y si es así, por qué?

—Teg era mi padre.

—¡Qué delicadeza! ¡Una Reverenda Madre tiene escrúpulos en imprimir al gholá del padre de la Madre Superiora!

—Ella fue mi estudiante personal, Bell. Siente preocupaciones hacia mí que tú no puedes sentir. Además, no es solamente un gholá, es un niño.

—¡Tenemos que estar seguras de ella!

Odrade vio el nombre formarse en los labios de Bellonda, pero permaneció sin ser pronunciado. «Jessica».

¿*Otra Reverenda Madre imperfecta?* Bell tenía razón, debían asegurarse con Sheeana. *Es mi responsabilidad.* Una visión de la negra escultura de Sheeana parpadeó en la consciencia de Odrade.

—El plan de Idaho posee un cierto atractivo, pero... —Bellonda dudó.

Odrade expresó en voz alta sus temores:

—Pero es un niño todavía, su crecimiento es incompleto. El dolor de la restauración habitual de las memorias podría aproximarse a la Agonía. Podría alienarle. Pero esto...

—Controlarlo con una Imprimadora: esta parte la apruebo. ¿Pero y si eso no restaura sus memorias?

—Seguimos teniendo el plan original. Y *tuvo* ese efecto en Idaho.

—Fue diferente con él, pero la decisión puede esperar. Estás retrasada para tu encuentro con Scytale.

Odrade sopesó el cristal.

—¿El resumen diario?

—Nada que no hayas visto ya muchas veces. —Viniendo de Bell, era casi una

nota de preocupación.

—Lo traeré aquí. Haz que Tam esté esperando, y tú entra luego con algún pretexto.

Scytale ya casi se había acostumbrado a aquellas salidas de la nave, y Odrade observó aquello en su actitud casual cuando emergieron del transporte al sur de Central.

Era más que un paseo y ambos lo sabían, pero ella había convertido aquellas excursiones en algo regular, una repetición pensada para apaciguarlo. *Rutina. Tan útil en ocasiones.*

—Muy amables esos paseos por vuestra parte —dijo Scytale, mirando a ambos lados—. El aire es más seco de lo que recuerdo. ¿Dónde vamos esta tarde?

*Qué pequeños son sus ojos cuando los entrecierra contra el sol.*

—A mi cuarto de trabajo. —Hizo una seña hacia los edificios de Central, a medio kilómetro al norte. Hacía fresco bajo un cielo de primavera sin nubes y los cálidos colores de los tejados, las luces empezaban a encenderse en la torre, guiños que tenían una promesa de alivio contra el frío viento que acompañaba a casi todos los anocheceres aquellos días.

Con una atención periférica, Odrade observó cuidadosamente al tleilaxu que tenía a su lado. ¡Tanta tensión! Podía sentirla también en las Reverendas Madres y acólitas guardianas que caminaban cerca detrás suyo, todas ellas elegidas especialmente por Bellonda.

*Necesitamos a este pequeño monstruo, y él lo sabe. ¡Y seguimos sin saber la extensión de las habilidades tleilaxu! ¿Qué talentos ha acumulado? ¿Por qué sondea con una indiferencia tan aparente un posible contacto con sus compañeros prisioneros?*

Los tleilaxu hicieron al ghola-Idaho, se recordó a sí misma. ¿Habían ocultado cosas secretas en él?

Odrade encontraba a Scytale vagamente repulsivo. *¿Por qué eligieron ser tan grises? Sus conocimientos genéticos hubieran podido proporcionarles una apariencia mucho más aceptable. Aquello era deliberado. Desean agitar antiguos miedos.*

—Soy sólo un mendigo que ha acudido a vuestra puerta, Madre Superiora —dijo Scytale con aquella gimoteante voz de elfo—. Nuestro planeta está en ruinas, mi pueblo ha sido completamente masacrado. ¿Por qué tengo que acudir a vuestros aposentos?

—Para negociar en un entorno más placentero.

—Sí, el ambiente en la nave es excesivamente confinado. Pero no comprendo por qué siempre abandonamos el vehículo tan lejos de Central. ¿Por qué tenemos que caminar?

—Lo considero refrescante.

Scytale miró a su alrededor, a las plantaciones.

—Agradable, pero completamente frío, ¿no creéis?

Odrade miró al sur. Aquellas laderas meridionales estaban plantadas con viñedos, las crestas y las más frías laderas septentrionales estaban reservadas a los huertos. Eran uvas mejoradas, aquellos viñedos. Desarrolladas por los jardineros Bene Gesserit. Viejas cepas, cuyas raíces «se hundían hasta el infierno», donde (según la antigua superstición) robaban el agua de las almas que allí ardían. Los lagares estaban bajo tierra, del mismo modo que las bodegas y las cavas de envejecimiento. Nada que estropear el paisaje de viñedos tendidos en ordenadas hileras, plantadas a la suficiente distancia las unas de las otras como para que los equipos de vendimia pudieran trabajar cómodamente.

*¿Agradable para él?* Dudaba que Scytale viera algo agradable allí. Estaba adecuadamente nervioso, tal como ella deseaba que estuviera, preguntándose a sí mismo: *¿Por qué ha elegido realmente esa mujer hacerme caminar a través de este rústico entorno?*

Irritaba a Odrade el que no se atrevieran a utilizar elementos de persuasión Bene Gesserit más poderosos sobre aquel hombrecillo. Pero estaba de acuerdo con el consejo que decía que si esos esfuerzos fracasaban, no iban a tener una segunda oportunidad. Los tleilaxu habían demostrado que morirían antes que entregar ningún conocimiento secreto (y sagrado).

—Hay cosas que me desconciertan —dijo Odrade, abriéndose camino entre un montón de útiles agrícolas mientras hablaba—. ¿Por qué insistís en tener a vuestros propios Danzarines Rostro *antes* de consentir a nuestras peticiones? ¿Y a qué se debe vuestro interés en Duncan Idaho?

—Mi querida dama, no tengo compañeros en mi soledad. Eso responde a ambas preguntas. —Se frotó con aire ausente el pecho, allá donde llevaba oculta la cápsula de entropía nula.

*¿Por qué se frota aquí con tanta frecuencia? Era un gesto sobre el que tanto ella como las analistas se habían sentido desconcertadas. No hay ninguna cicatriz, ninguna inflamación de la piel. Quizá tan sólo un remanente de su infancia. ¡Pero eso fue hace tanto tiempo! ¿Un fallo en su reencarnación?* Nadie podía saberlo. Y esa piel gris tenía una pigmentación metálica que resistía los instrumentos de sondeo. Seguro que había sido sensibilizado a los rayos más intensos y sabía que habían sido utilizados sobre él. No... ahora era cuestión de diplomacia. *¡Maldito sea este pequeño monstruo!*

Scytale se preguntó: ¿Acaso esa hembra powindah no posee simpatías naturales sobre las que yo pueda actuar? Lo *típico* era algo ambivalente en esa pregunta.

—El Welht de Jandola ya no existe —dijo. Miles de millones de nosotros fueron



masacrados por esas ramera. Hemos sido destruidos hasta los más lejanos confines del Yaghist, y sólo quedo yo.

*Yaghist*, pensó ella. *La tierra de los no gobernados*. Era una palabra reveladora en el Islamiyat, el lenguaje de la Bene Tleilax.

En ese idioma, dijo:

—La magia de nuestro Dios es nuestro único puente.

Exigió una vez más compartir su Gran Creencia, el ecumenismo Sufí-Zensunni que había difundido la Bene Tleilax. Hablaba el lenguaje sin ningún fallo, conocía las palabras adecuadas, pero él captaba falsedades. *¡Llama «Tirano» al Mensajero de Dios, y desobedece los preceptos más básicos!*

¿Dónde se reunían aquellas mujeres en kehl para sentir la presencia de Dios? Si hablaban realmente el lenguaje de Dios, tenían que saber ya que estaban buscándolo con burdos regateos.

Mientras ascendían la última cuesta hacia la pavimentada pista de aterrizaje de Central, Scytale apeló a Dios en busca de ayuda. *¡La Bene Tleilax reducida a esto! ¿Por qué nos has sometido a una tal prueba? Somos los últimos legalistas del Shariat y yo, el último Maestro de mi gente, debo buscar respuestas de Ti, Dios, cuando Tú ya no puedes hablarme en kehl.*

Una vez más en un perfecto Islamiyat, Odrade dijo:

—Fuisteis traicionados por vuestra propia gente, aquella a la que enviasteis a la Dispersión. Ya no tenéis más hermanos Malik, sólo hermanas.

*Entonces, ¿dónde está tu cámara sagra, engañosa powindah? ¿Dónde está ese lugar profundo y sin ventanas donde sólo los hermanos pueden entrar?*

—Esto es algo nuevo para mí —dijo. ¿Hermanas Malik? Esas dos palabras han sido siempre autoexclusivas. Las Hermanas no pueden ser Malik.

—Waff, vuestro difunto Mahai y Abdl, tuvo problemas a causa de eso. Y condujo a vuestro pueblo casi a la extinción.

—¿Casi? ¿Sabéis de supervivientes? —No pudo disimular la excitación en su voz.

—No Maestros... pero he oído de algunos Domel, y todos en manos de las Honoradas Matres.

Se detuvo donde la esquina de un edificio ocultaba de su vista el sol en su ocaso durante algunos pasos y, aún en el lenguaje secreto de los tleilaxu, dijo:

—El sol no es Dios.

*¡El alba y el ocaso gritan el Mahai!*

Scytale sintió tambalearse su fe mientras la seguía dentro de un pasaje en arco entre dos edificios cuadrados. Sus palabras eran adecuadas, pero solamente el Mahai y Abdl debía pronunciarlas. En el oscuro pasaje, con el sonido de los pasos de su escolta muy cerca detrás de ellos, Odrade lo confundió diciendo:

—¿Por qué no decís las palabras que corresponden? ¿No sois el último Maestro? ¿No os hace esto Mahai y Abdl?

—No fui elegido por los hermanos Malik. —Sonó débil incluso para él.

Odrade llamó a un elevador y se detuvo junto a la entrada del tubo. En un detalle de sus Otras Memorias, encontró el kehl y su derecho al ghufran como algo familiar... palabras susurradas en medio de la noche por amantes de mujeres muertas hacía mucho tiempo. «Y luego nosotros...» «Y así pronunciamos esas sagradas palabras...» ¡*Ghufran!* La aceptación y la readmisión de alguien que se había aventurado entre los powindah, con el que había regresado pidiendo perdón por haber estado en contacto con los inimaginables pecados de los extranjeros. ¡*El Masheikh se ha reunido en kehl y ha sentido la presencia de su Dios!*

El tubo se abrió. Odrade hizo un gesto a Scytale hacia dos guardias que había delante. Mientras el hombre pasaba, ella pensó: *Tiene que ofrecernos algo pronto. No podemos seguir jugando nuestro pequeño juego hasta el fin que él desea.*

Tamalane permanecía de pie junto al ventanal, vuelta de espaldas a la puerta, cuando Odrade y Scytale entraron en el cuarto de trabajo. La luz del atardecer iluminaba sesgadamente los tejados. El brillo desaparecía al cabo de poco y dejaría detrás una sensación de contraste, una noche más oscura debido a ese último resplandor a lo largo del horizonte.

A la lechosa luz, Odrade despidió a los guardias con un gesto, notando su reluctancia. Bellonda les había indicado que se quedaran, obviamente, pero no iban a desobedecer a la Madre Superiora. Señaló una silla-perro al otro lado de la de ella y aguardó a que él se sentara. Scytale miró suspicazmente a Tamalane antes de sentarse, pero lo disimuló diciendo:

—¿Por qué no hay luces?

—Este es un interludio de relajación —dijo ella. *¡Y sé que la oscuridad te inquieta!*

Permaneció un momento de pie tras su mesa, identificando puntos de referencia en la penumbra, el brillo de una serie de cosas dispuestas a su alrededor para convertir aquel lugar en algo suyo: el busto de Chenoeh, desaparecida hacía tanto tiempo, en su nicho al lado de la ventana, y allá en la pared a su derecha, un paisaje pastoral de las primeras migraciones humanas al espacio, un montón de cristales ridulianos sobre la mesa, y el plateado reflejo de su luz de sobremesa concentrando la débil iluminación de las ventanas.

*Ya ha ardido lo suficiente.*

Tocó una placa en su consola. Una serie de globos situados estratégicamente en las paredes y el techo cobraron vida. Tamalane se volvió en redondo, haciendo sonar deliberadamente sus ropas. Se detuvo dos pasos detrás de Scytale, la imagen de un ominoso misterio Bene Gesserit.

Scytale se sobresaltó ligeramente ante el movimiento de Tamalane, pero se mantuvo sentado inmóvil. La silla-perro era un poco demasiado grande para él, y parecía casi como un niño sentado allí.

—Las Hermanas que os rescataron —dijo Odrade— dijeron que mandabais una no-nave en Conexión y os preparabais para dar el primer salto por el Pliegue espacial cuando atacaron las Honoradas Matres. Acudíais a vuestra nave en un deslizador monoplaza, dijeron, y os alejasteis justo a tiempo antes de las explosiones. ¿Detectasteis a los atacantes?

—Sí. —Con reluctancia en su voz.

—Y sabíais que podían localizar a la no-nave a partir de vuestra trayectoria. Así que huisteis, dejando que vuestros hermanos fueran destruidos.

Scytale habló con la absoluta amargura del testigo de una tragedia.

—Antes, cuando partimos de Tleilax, vimos iniciarse el ataque. Nuestras explosiones para destruir todo lo que pudiera tener valor para los atacantes y los quemadores procedentes del espacio crearon el holocausto. Entonces huimos también.

—Pero no directamente a Conexión.

—En todos los lugares que buscamos, los atacantes habían estado antes que nosotros. Ellos tenían las cenizas, pero yo tenía nuestros secretos. —*¡Recuérdale que todavía tienes algo de valor para negociar!* Golpeó su cabeza con un dedo índice.

—Buscasteis refugio con la Cofradía o la CHOAM en Conexión —dijo Odrade—. Fue una suerte que nuestra nave espía estuviera allí para detectaros antes de que el enemigo pudiera reaccionar.

—Hermana... —*¡Qué difícil esa palabra!*—... si es que sois realmente mi hermana en kehl, ¿por qué no me proporcionáis sirvientes Danzarines Rostro?

—Siguen habiendo muchos secretos entre nosotros, Scytale. ¿Por qué, por ejemplo, estabais abandonando Bandalong cuando llegaron los atacantes?

*¡Bandalong!*

El nombre de la gran ciudad Tleilax estrujó su pecho, y sintió pulsar la cápsula de entropía nula, como si deseara liberarse de su precioso contenido. *La perdida Bandalong. Nunca más volver a ver la ciudad de cielos de cornalina, nunca más sentir la presencia de los hermanos, de los pacientes Domel y...*

—¿Os encontráis mal? —preguntó Odrade.

—¡Me siento enfermo ante lo que he perdido! —Oyó el siseo de ropas a sus espaldas, y sintió a Tamalane más cerca.

¡Qué opresivo era aquel lugar!—. ¿Por qué está ella detrás de mí?

—Soy la servidora de mis Hermanas, y ella está aquí para observarnos a los dos.

—Habéis tomado algunas de mis células, ¿verdad? ¡Estáis haciendo crecer un Scytale de reemplazo en vuestros tanques!

—Por supuesto que lo estamos haciendo. No pensaréis que las Hermanas vamos a dejar que el último Maestro termine aquí, ¿verdad?

—¡Ningún ghola mío hará algo que yo no haría! —*¡Y no llevará ningún tubo de entropía nula!*

—Lo sabemos. —*¿Pero qué es lo que no sabemos?*

—Esto no es ninguna negociación —se quejó el tleilaxu.

—Me juzgáis mal, Scytale. Sabemos cuándo mentís y cuándo ocultáis algo. Empleamos sentidos que otros no emplean.

¡Eso era cierto! Detectaban cosas por los olores del cuerpo, por los pequeños movimientos de los músculos, por expresiones que uno no podía reprimir.

*¿Hermanas? ¡Esas criaturas son powindah! ¡Todas ellas!*

—Estabais en Lashkar —aguijoneó Odrade.

*¡Lashkar!* Cómo le gustaría estar en Lashkar *aquí*. Guerreros Danzarines Rostro, ayudantes Domel... ¡eliminando a aquel abominable demonio! Pero no se atrevía a mentir. Aquella que había detrás de él debía ser probablemente una Decidora de Verdad. La experiencia de muchas vidas le decía que las Decidoras de Verdad Bene Gesserit eran las mejores.

—Yo mandaba una fuerza de Khasadars. Buscábamos una horda de Futars para nuestra defensa.

*¿Horda?* ¿Sabían los tleilaxu algo acerca de los Futars que no había sido revelado a la Hermandad?

—Ibais preparados para la violencia. ¿Supieron algo las Honoradas Matres de vuestra misión, y la cercenaron? Creo que es probable.

—¿Por qué las llamáis Honoradas Matres? —Su voz trepó hasta casi un chirrido.

—Porque así es como se llaman ellas mismas. —*Muy tranquilo ahora. Déjala que hierva en sus propios errores.*

*¡Tiene razón! Fuimos traicionados.* Un amargo pensamiento. Lo mantuvo cerca de él, preguntándose cómo responder. *¿Una pequeña revelación? Nunca existe ninguna revelación pequeña con esas mujeres.*

Un suspiro agitó su pecho. La cápsula de entropía nula y su precioso contenido. Su preocupación más importante. *Cualquier cosa* que le diera acceso a sus propios tanques axlotl.

—Los descendientes de la gente que enviamos a la Dispersión regresaron con algunos Futars cautivos. Una mezcla de humanos y felinos, como indudablemente sabéis. Pero no se reproducen en nuestros tanques. Y antes de que pudiéramos determinar por qué, los que nos fueron traídos murieron. —*¡Los traidores solamente nos trajeron dos! Hubiéramos debido sospechar.*

—No os trajeron muchos Futars, ¿verdad? Hubierais debido sospechar que se trataba de un cebo.

*¿Lo ves? ¡Eso es lo que hacen con las pequeñas revelaciones!*

—¿Por qué los Futars no cazan y matan a las Honoradas Matres en Gammu? —Era una pregunta de Duncan, y merecía una respuesta.

—Nos dijeron que no habían recibido órdenes. No matan sin órdenes. —*Ella sabe ya esto. Está probándome.*

—También los Danzarines Rostro matan siguiendo órdenes —dijo Odrade—. Incluso os matarían a vos si vos se lo ordenarais. ¿No es así?

—Esa orden es reservada para mantener nuestros secretos alejados de las manos de los enemigos.

—¿Es por eso por lo que deseáis a vuestros propios Danzarines Rostro? ¿Nos consideraréis a nosotras enemigas?

Antes de que pudiera componer una respuesta, la figura proyectada de Bellonda apareció encima de la mesa, a tamaño natural y parcialmente translúcida, con danzantes cristales de los Archivos a sus espaldas.

—¡Urgente de Sheeana! —dijo Bellonda—. La explosión de especia se ha producido. ¡Gusanos de arena! —La figura se volvió y miró a Scytale, con los ojos coordinando perfectamente sus movimientos—. ¡Así que habéis perdido un elemento de negociación, Maestro Scytale! ¡Tenemos al fin nuestra especia! —La figura proyectada se desvaneció con un audible *clic* y un débil olor a ozono.

—¡Estáis intentando engañarme! —estalló Scytale.

Pero la puerta a la izquierda de Odrade se abrió. Entró Sheeana, remolcando una pequeña plataforma a suspensor de no más de dos metros de largo. Sus lados transparentes reflejaron los globos del cuarto de trabajo con pequeños estallidos de luz amarilla. ¡Algo se retorció en la plataforma!

Sheeana se echó a un lado sin hablar, ofreciéndoles una visión total del contenido de la plataforma. ¡Tan pequeño! El gusano tenía menos de la mitad de la longitud de su contenedor, pero era perfecto en todos sus detalles, tendido allí en su somero lecho de dorada arena.

Scytale no pudo contener un jadeo de reverente admiración. ¡El Profeta!

La reacción de Odrade fue pragmática. Se inclinó hacia la plataforma, observando el interior de la boca en miniatura. ¿El ardiente resoplar de los grandes fuegos internos de un gusano reducidos a esto? ¡Qué miserable imitación!

Los cristales de sus dientes destellaron cuando el gusano alzó sus segmentos frontales.

El gusano giró interrogativamente su cabeza a derecha e izquierda. Todos vieron tras los dientes el fuego en miniatura de su extraña química.

—Miles de ellos —dijo Sheeana—. Acudieron a la explosión de especia como han hecho siempre.

Odrade guardó silencio. *¡Lo hemos conseguido!* Pero aquél era el momento de

triunfo de Sheeana. *Dejemos que lo disfrute.* Scytale nunca había parecido tan derrotado.

Sheeana abrió la plataforma y alzó al gusano fuera de ella, sujetándolo como si fuera un niño pequeño. El gusano permaneció quieto en sus brazos.

Odrade inspiró profundamente, satisfecha. *Sigue controlándolos.*

—Scytale —dijo.

El tleilaxu no podía apartar su mirada del gusano.

—¿Seguís sirviendo al Profeta? —preguntó Odrade—. ¡Aquí lo tenéis!

Él no supo qué responder. ¿Era realmente el Profeta redivivo? Deseaba negar su primera respuesta adorativa, pero sus ojos no se lo permitían:

—Mientras vos estabais en nuestra estúpida misión, vuestra *egoísta* misión, ¡nosotras estábamos sirviendo al Profeta! Rescatamos a este último superviviente y lo trajimos aquí. ¡La Casa Capitular será otro Dune!

Se sentó, y unió sus manos ante ella, dedo contra dedo. Bell estaba observando la escena a través de los com-ojos, por supuesto. Una observación Mentat sería valiosa. Deseaba que Idaho estuviera observando también. Pero podía ver luego un holo. Resultaba muy claro para ella que Scytale había visto a la Bene Gesserit únicamente como un instrumento para restaurar su preciosa civilización tleilaxu. ¿Iba a forzarle este desarrollo a revelar secretos más profundos acerca de sus tanques? ¿Qué ofrecería?

—Necesito tiempo para pensar. —Había un temblor en su voz.

—¿Acerca de qué necesitáis pensar?

No respondió, sino que mantuvo su atención alucinadamente fija en Sheeana, que estaba devolviendo el pequeño gusano a su plataforma. Lo acarició una vez más antes de cerrar la tapa.

—Decidme, Scytale —insistió Odrade—. ¿Cómo puede existir algo que tengáis que reconsiderar? ¡Este es nuestro Profeta! Decís que servís a la Gran Creencia. ¡Entonces servidla!

Pudo ver disolverse los sueños del tleilaxu. *Sus propios Danzarines Rostro para imprimir las memorias de aquellos a quienes maten, copiando la forma y las actitudes de cada una de sus víctimas.* Nunca había esperado engañar a una Reverenda Madre... pero las acólitas y los simples trabajadores de la Casa Capitular... ¡todos los secretos que había esperado adquirir, perdidos! Perdidos con tanta seguridad como los carbonizados cascarones de los planetas tleilaxu.

*Nuestro Profeta, ha dicho ella.* Volvió unos impresionados ojos hacia Odrade, pero sin enfocarlos. *¿Qué puedo hacer? Esas mujeres ya no me necesitan. ¡Pero yo las necesito a ellas!*

—Scytale. —Con cuánta suavidad hablaba—. La Gran Convención ha terminado. Ahí afuera hay un nuevo universo.

Intentó tragar inútilmente saliva. ¿Por qué hablaba ella de la Gran Convención? Sabía que el concepto mismo de violencia había adquirido una nueva dimensión. En el Antiguo Imperio, la Convención había garantizado las represalias contra cualquiera que se atreviese a quemar un planeta atacándolo desde el espacio. Las motivaciones políticas tal vez tentaran a los más temerarios... ¿pero cuándo iban a desencadenarse las represalias de las fuerzas unidas de tus pares? Las no-naves y las ramerías de la Dispersión habían cambiado esto de una forma definitiva.

—Escalada de violencia, Scytale. —La voz de Odrade era casi un susurro—. Nosotras *Dispersaremos* núcleos de ira.

Finalmente consiguió enfocar la mirada en ella. ¿Qué está diciendo?

—Todo el odio almacenado contra las Honoradas Matres —dijo Odrade. *Tú no eres el único que ha sufrido pérdidas, Scytale. En una ocasión, cuando surgieron problemas en nuestra civilización, brotó el grito: «¡Traed a una Reverenda Madre!» Las Honoradas Matres impiden eso. Y los mitos han sido recompuestos. Se ha arrojado una luz dorada sobre nuestro pasado. «Era mejor en los viejos días, cuando la Bene Gesserit podía ayudarnos. ¿Dónde acudes en busca de Decidoras de Verdad de confianza en estos días? ¿De árbitros? ¡Esas Honoradas Matres nunca han oído esa palabra! Las Reverendas Madres siempre fueron comedidas. Hay que decir eso de ellas.*

Cuando Scytale no respondió, siguió:

—¡Creo que lo que puede ocurrir es que esa ira se desencadene en un Yihad!

Cuando él siguió sin hablar, añadió:

—Vos lo habéis visto. Tleilaxu, Bene Gesserit, sacerdotes del Dios Dividido, y quién sabe cuántos más... todos cazados como animales salvajes.

—¡No pueden matarnos a todos! —Un grito agónico.

—¿No pueden? Vuestros Dispersos hicieron causa común con las Honoradas Matres. ¿Es un refugio lo que buscabais en la Dispersión?

*Y aquí aparece otro sueño: pequeños núcleos de tleilaxu, persistentes como supurantes heridas, aguardando el día de la Gran Revivificación de Scytale.*

—La gente se hace más fuerte bajo la opresión —dijo pero no había fuerza en sus palabras—. ¡Incluso los Sacerdotes de Rakis están hallando agujeros en los que esconderse! —Palabras desesperadas.

—¿Quién dice esto? ¿Algunos de vuestros *amigos* que han regresado?

Su silencio fue toda la respuesta que necesitaba Odrade.

—La Bene Tleilax ha matado a Honoradas Matres, y ellas lo saben —dijo, martilleando el clavo—. No se sentirán satisfechas hasta vuestro total exterminio.

—¡Y el vuestro!

—Somos asociados por necesidad, si no por las creencias compartidas. —Lo dijo en el más puro Islamiyat, y vio la esperanza aflorar en los ojos del tleilaxu. *Kehl* y

*Shariat pueden tomarse aún en su antiguo significado entre gente que compone sus pensamientos en el Lenguaje de Dios.*

—¿Asociados? —Débil, y extremadamente tentativo.

Ella adoptó una nueva franqueza.

—En algunos aspectos, esta es una base en la que puede confiarse más que en cualquier otra para una acción común. Cada uno de nosotros sabe lo que el otro desea. Un designio intrínseco: Examínalo todo a través de eso y es probable que ocurra algo en lo que puedas confiar.

—¿Y qué es lo que deseáis de mí?

—Ya lo sabéis.

—Cómo conseguir los mejores tanques, sí. —Agitó la cabeza, obviamente inseguro. ¡Los cambios que implicaban sus demandas!

Odrade se preguntó si se atrevería a flagelarlo con una ira abierta. ¡Era tan denso! Pero se hallaba muy cerca del pánico. Los viejos valores habían cambiado. Las Honoradas Matres no eran la única fuente de inquietud. ¡Scytale ni siquiera sabía la magnitud de los cambios que habían infringido sus propios Dispersos!

—Los tiempos están cambiando —dijo Odrade.

*Cambio, qué palabra más inquietante, pensó él.*

—¡Tengo que disponer de mis propios ayudantes Danzarines Rostro! ¿Y mis propios tanques? —Casi suplicando.

—Mi Consejo y yo lo estudiaremos.

—¿Qué es lo que hay que estudiar? —Devolviéndole sus propias palabras.

—Vos solamente necesitáis vuestra propia aprobación. Yo necesito la aprobación de otros. —Le dirigió una hosca sonrisa—. De modo que tenéis tiempo para pensar. —Odrade hizo una inclinación de cabeza a Tamalane, que llamó a los guardias.

—¿De vuelta a la no-nave? —Lo dijo desde la puerta, una figura diminuta entre los corpulentos guardias.

—Pero esta noche conduciréis vos durante todo el camino.

Scytale dirigió una última mirada ansiosa al gusano antes de irse.

Cuando Scytale y guardias se hubieron ido, Sheeana dijo:

—No teníais derecho a presionarlo así. Estuvo al borde del pánico.

Entró Bellonda.

—Quizá hubiera sido mejor simplemente matarlo.

—¡Bell! Consigue el holo y examina de nuevo nuestro encuentro. ¡Esta vez como Mentat!

Aquello la detuvo.

Tamalane dejó escapar una risita.

—Os alegráis demasiado del desconcierto de vuestra Hermana, Tam —dijo Sheeana.



Tamalane se alzó de hombros, pero Odrade se sintió encantada. *¿No más incordio por parte de Bell?*

—Cuando hablaste de la Casa Capitular convirtiéndose en otro Dune fue cuando se inició el pánico —dijo Bellonda, con su más distante voz de Mentat.

Odrade había visto la reacción, pero aún no había efectuado la asociación. Ese era el valor de un Mentat: esquemas y sistemas, construyendo bloques. Bell captaba un esquema en el comportamiento de Scytale.

—Me pregunto a mí misma: ¿Está todo convirtiéndose en realidad una vez más? —dijo Bellonda.

Odrade lo captó al instante. Algo extraño acerca de lugares perdidos. Mientras Dune había sido un planeta conocido y lleno de vida, existía una firmeza histórica acerca de su presencia en el Registro Galáctico. Podías señalar a una proyección y decir: «Este es Dune. En un tiempo llamado Arrakis y, posteriormente, Rakis. Y Dune por su carácter de desierto total en los días de Muad'Dib.»

Destruye el lugar, sin embargo, y una pátina mitológica vituperará la proyectada realidad. A su debido tiempo, tales lugares se volvían totalmente místicos. *Arturo y su Mesa Redonda. Camelot, donde solamente llueve de noche. ¡Un Control del Clima excelente para aquellos días!*

Pero ahora había aparecido un nuevo Dune.

—El poder del mito —dijo Tamalane.

Ahhh, sí. Tam, cercana ya su partida de la carne, era más sensible a la elaboración de los mitos. El misterio y el secreto, herramientas de la Missionaria, habían sido utilizados también en Dune por Muad'Dib y el Tirano. Las semillas habían sido plantadas. Incluso con los sacerdotes del Dios Dividido partidos hacia su propia perdición, los mitos de Dune proliferaban.

—Melange —dijo Tamalane.

Las demás Hermanas en el cuarto de Trabajo supieron inmediatamente lo que quería decir. Podía inyectarse una nueva esperanza a la Dispersión de la Bene Gesserit.

—¿Por qué nos desean muertas y no cautivas? —dijo Bellonda—. Eso es algo que siempre me ha desconcertado.

Era posible que las Honoradas Matres no desearan a *ninguna* Bene Gesserit viva... solamente el conocimiento de la especie, quizá. Pero habían destruido Dune. Habían destruido a los tleilaxu. Había que pensar con cautela en aceptar cualquier confrontación con la Reina Araña... contando con que Dortujla tuviera éxito.

—¿Acaso no existen los rehenes útiles? —preguntó Bellonda.

Odrade vio la expresión en los rostros de sus Hermanas. Estaban siguiendo un mismo sendero, como si todas ellas pensarán con una sola mente. Las lecciones ofrecidas por las Honoradas Matres, dejando pocos supervivientes, lo único que

conseguían era que la oposición potencial se volviera más cautelosa. Invocaban una regla de silencio en la cual las amargas memorias se convertían en amargos mitos. Las Honoradas Matres eran como los bárbaros de cualquier época: sangre en vez de rehenes. Golpeaban con un maligno azar.

—Dar tiene razón —dijo Tamalane—. Hemos estado buscando aliados demasiado cerca de casa.

—Los Futars no se crearon a sí mismos —dijo Sheeana.

—Los que los crearon esperan controlarnos —dijo Bellonda. Había el claro sonido de la Proyección Primaria en su voz—. Esa es la vacilación que oyó Dortujla en los Adiestradores.

Allí estaba, y se enfrentaron a ello con todos sus peligros. Procedía de la gente (como siempre). La gente... los contemporáneos. Se aprendían cosas valiosas de la gente que vivía en tu propia época y de los conocimientos que acarreaban consigo de sus pasados. Las Otras Memorias no eran el único vehículo de la historia.

Odrade tuvo la impresión de haber llegado a casa tras una larga ausencia. Había como una familiaridad en la forma en que las cuatro estaban pensando ahora. Era una familiaridad que trascendía de aquel lugar. La propia Hermandad era el Hogar. No estaban alojadas en un lugar provisional, sino asociadas a él.

Bellonda lo expresó en voz alta por todas ellas.

—Temo que hemos estado trabajando con propósitos equivocados.

—El miedo hace eso —dijo Sheeana.

Odrade no se atrevió a sonreír. Podía ser mal interpretada, y no deseaba tener que explicarse. *¡Dadnos a Murbella como una Hermana y a un Bashar restaurado! ¡Entonces quizá tengamos nuestra posibilidad de luchar!*

En aquel momento, con aquella alentadora sensación en ella, la señal de mensaje cliqueteó. Miró a la superficie de proyección, un puro reflejo, y reconoció la crisis. Una cosa tan pequeña (relativamente), y capaz de precipitar una crisis. Clairby mortalmente herido en un accidente de tóptero. Mortalmente, a menos que... El a menos que le fue explicado detalladamente a ella, y poseía una palabra clave: cyborg. Sus compañeras vieron el mensaje a la inversa, pero todas ellas poseían un buen adiestramiento en la lectura de mensajes a través de espejos. Comprendieron.

*¿Dónde trazamos la línea?*

Bellonda, con sus anticuadas gafas cuando podía disponer de unos ojos artificiales o cualquier otra prótesis, votaba con su cuerpo. *Esto es lo que significa ser humano. Intentas conservarlo en tu juventud y se burla de ti cuando ésta se marcha corriendo. La melange ya es suficiente... y quizá incluso demasiado.*

Odrade reconoció lo que sus propias emociones le estaban diciendo. ¿Pero y la necesidad Bene Gesserit? Bell podía alzar bien alto su voto individual, y todo el mundo lo reconocería, incluso lo respetaría. Pero el voto de la Madre Superiora

arrastraba consigo el de la Hermandad.

*Primero los tanques axlotl y ahora esto.*

La necesidad decía que no podían permitirse el perder especialistas del calibre de Clairby. Ya disponían de demasiados pocos. «La capa se está haciendo delgada» no lo describía. Estaban apareciendo auténticos agujeros. Convertir a Clairby en un cyborg, sin embargo, era hacerlos aún más grandes.

Los Suks estaban preparados. Siempre se requerían «unas medidas precautorias» para alguien irremplazable. ¿*Como una Madre Superiora*? Odrade sabía que había aprobado aquello con sus habituales y cautelosas reservas. ¿Dónde estaban esas reservas ahora?

Cyborg era también una de esas palabras popurrí. ¿A qué nivel se convertían en dominantes las adiciones mecánicas a la carne humana? ¿Cuándo dejaba de ser humano un cyborg? Las tentaciones se intensificaban... «Tan sólo un pequeño ajuste más.» Y era tan fácil *ajustar* hasta que el popurrí se volvía incuestionablemente obediente.

*Pero... ¿Clairby?*

Las condiciones extremas decían: «¡Cyborg!» ¿Estaba tan desesperada la Hermandad? Se vio obligada a responder afirmativamente.

Así estaban las cosas... la decisión no escapaba completamente de sus manos, pero tenía a su disposición las excusas precisas. *La necesidad obliga.*

El Yihad Butleriano había dejado su marca indeleble en los humanos. Lucha y vence... para ellos. Aquella no era más que otra batalla en el eterno conflicto.

Pero también estaba en la balanza la supervivencia de la Hermandad. ¿Cuántos especialistas técnicos quedaban en la Casa Capitular? Sabía la respuesta sin comprobarlo. No los suficientes.

Odrade se inclinó hacia adelante y pulsó transmisión.

—Adelante —dijo.

Bellonda gruñó. ¿*Aprobación o desaprobación*? Nunca podría decirlo. ¡Aquella era la arena de la Madre Superiora, y era ella quien tenía que lidiar allí!

¿*Quién ha ganado esta batalla?*, se preguntó Odrade.

## Capítulo XXXI

*Caminamos por una línea delicada, perpetuando los genes Atreides (Siona) en nuestra población debido a que eso nos oculta de la presciencia. ¡Llevamos al Kwisatz Haderach en esa maleta! La obstinación creó a Muad'Dib. ¡Los profetas hicieron que las predicciones se volvieran ciertas! ¿Nos atreveremos alguna vez a ignorar de nuevo nuestro sentido Tao y abastecer a una cultura que odia el azar y suplica profecías?*

### **Resumen de Archivos (adixto)**

Acababa de amanecer cuando Odrade llegó a la no-nave, pero Murbella ya estaba levantada y trabajando con un mec de adiestramiento cuando la Madre Superiora penetró en la sala de prácticas.

Odrade había caminado el último kilómetro entre anillos de huertos que rodeaban el espaciopuerto. Las nubes nocturnas se habían vuelto diáfanas con la proximidad del amanecer, luego se habían disipado revelando un cielo denso de estrellas.

Reconoció un delicado cambio del clima para obtener otra cosecha de aquella región, pero las decrecientes lluvias apenas bastaban para mantener vivos huertos y pastos.

Mientras caminaba, Odrade se sintió abrumada por la melancolía. El invierno recién transcurrido había sido un duramente conseguido silencio entre tormentas. La vida era un holocausto. Los ansiosos insectos transportando el polen, los frutos y semillas que seguían a las flores. Esos huertos eran una secreta tormenta cuyo poder permanecía oculto en el torrencial fluir de la vida. Pero ohhh, la destrucción. La nueva vida traía consigo el cambio. El Cambiador estaba acercándose, siempre distinto. Los gusanos de arena traían consigo la pureza del desierto del antiguo Dune.

La desolación de aquel poder transformador invadía su imaginación. Podía imaginar aquel paisaje reducido a dunas barridas por el viento, un hábitat para los descendientes de Leto II.

Y las artes de la Casa Capitular sufrirían una mutación... con los mitos de una civilización siendo reemplazados por otros.

El aura de esos pensamientos penetró con Odrade en la sala de prácticas y tiñó su estado de ánimo mientras contemplaba a Murbella completar una ronda de rápidos ejercicios y luego retrocedía unos pasos, jadeante.

Un delgado araño enrojecía el dorso de la mano izquierda de Murbella allá donde había fallado un movimiento con el gran mec. El adiestrador automático permanecía inmóvil en el centro de la habitación como un pilar dorado, agitando sus armas adentro y afuera... tanteantes mandíbulas de un rabioso insecto.

Murbella llevaba unos ajustados leotardos verdes, y la piel de su cuerpo que quedaba al descubierto relucía con sudor. Incluso con el prominente redondeamiento de su embarazo, su línea era graciosa. Su piel resplandecía de salud. Era algo que procedía de dentro, decidió Odrade, en parte por el mismo embarazo, pero también por algo mucho más fundamental. Era algo que había quedado intensamente grabado en Odrade desde su primer encuentro, algo que había observado Lucilla tras capturar a Murbella y rescatar a Idaho de Gammu. La salud vivía en ella debajo de la superficie como una lente que enfocara la atención en un profundo arroyo de vitalidad.

*¡Debemos conseguirla!*

Murbella vio a su visitante, pero se negó a ser interrumpida.

*Todavía no, Madre Superiora. Mi bebé va a nacer pronto, pero este cuerpo necesita proseguir con sus actividades.*

Odrade vio entonces que el mec estaba simulando irritación, una respuesta programada despertada por la frustración de sus circuitos. ¡Un modo extremadamente peligroso!

—Buenos días, Madre Superiora.

La voz de Murbella brotó modulada por sus ejercicios mientras se retorció y esquivaba con aquella velocidad suya casi cegadora.

El mec fintó y se lanzó contra ella, con sus sensores disparándose y zumbando en un intento de seguir sus movimientos.

Odrade contuvo el aliento. Hablar en aquellos momentos amplificaba el peligro del mec. No podías arriesgarte a distracciones cuando jugabas a un juego tan peligroso como aquél. *¡Ya basta!*

Los controles del mec estaban en un amplio panel verde en la pared a la derecha de la puerta. Los cambios que había efectuado Murbella podían apreciarse en los circuitos... cables colgando, campos de rayos con los cristales de memoria dislocados. Odrade avanzó una mano e inmovilizó el mecanismo.

Murbella se volvió hacia ella.

—¿Por qué cambiaste los circuitos? —preguntó Odrade.

—Para conseguir ira.

—¿Es eso lo que hacen las Honoradas Matres?

—¿Del mismo modo que es inclinada una rama? —Murbella se masajeó la mano herida—. ¿Pero y si la rama sabe la forma en que es inclinada y lo aprueba?

Odrade sintió una repentina excitación.

—¿Lo aprueba? ¿Por qué?

—Porque hay algo... grande en ello.

—¿Mantiene alta tu adrenalina?

—¡Vos sabéis que no es eso! —La respiración de Murbella volvió a la

normalidad. Miró fijamente a Odrade.

—Entonces, ¿qué es?

—Es... sentir el desafío de hacer más de lo que nunca creíste que fuera posible conseguir. Nunca sospechaste que pudieras llegar a esto... hacerlo tan bien y con tanta maestría.

Odrade ocultó su excitación.

*Mens sana corpus sanum. ¡Al fin la tenemos!*

—¿Pero y el precio que pagas por ello? —dijo Odrade.

—¿Precio? —Murbella sonó sorprendida—. Mientras pueda hacerlo, me siento encantada de pagar.

—¿Tomas lo que quieres y pagas por ello?

—Es vuestro mágico cuerno de la abundancia Bene Gesserit: a medida que consigo mayores logros, mi habilidad de pagar se incrementa también.

—Cuidado, Murbella. Ese cuerno de la abundancia, como tú lo llamas, puede convertirse en la caja de Pandora.

Murbella conocía la alusión. Permaneció completamente inmóvil, su atención fija en la Madre Superiora.

—¿Oh? —El sonido apenas escapó de entre sus labios.

—La caja de Pandora libera poderosas distracciones que gastan energías de tu vida. Hablas irreflexivamente de estar «en la caída» y convertirte en una Reverenda Madre, pero sigues sin saber lo que eso significa ni lo que deseamos de ti.

—Entonces nunca fueron nuestras habilidades sexuales lo que deseabais.

Odrade avanzó ocho pasos, de una forma majestuosamente deliberada. Una vez Murbella se había adentrado en aquel tema, no había forma de cortarla de la forma habitual... la discusión interrumpida secamente por la orden perentoria de la Madre Superiora.

—Sheeana ha dominado fácilmente tus habilidades —dijo Odrade.

—¡Así que vais a utilizarla con ese niño!

Odrade captó desagrado. Era un residuo cultural. ¿Cuándo empezó la sexualidad humana? Sheeana, aguardando ahora en los aposentos de guardia de la no-nave, se había visto obligada a enfrentarse a ello.

—*Espero que reconozcáis la fuente de mi reluctancia y el porqué me mantuve tan secreta, Madre Superiora.*

—*¡Reconozco que una sociedad Fremén llenó tu mente con inhibiciones antes de que te tomáramos en nuestras manos!*

Aquello había despejado la atmósfera entre ellas. ¿Pero cómo iba a ser redirigido este intercambio con Murbella? *Debo dejar que vaya desarrollándose mientras busco una salida.*

Habría repeticiones y emergerían salidas irresolutas. El hecho de que casi cada

palabra pronunciada por Murbella pudiera ser anticipada iba a ser una prueba.

—¿Por qué eludís esta forma probada de dominar a otros ahora que decís que la necesitáis con Teg? —preguntó Murbella.

—Esclavos, ¿es eso lo que quieres? —contraatacó Odrade.

Murbella consideró aquello con ojos casi cerrados. *¿Debo considerar a los hombres como nuestros esclavos? Quizá. Produje en ellos períodos de abandono alocadamente desprovistos de todo pensamiento. Unas cimas de éxtasis que ellos nunca habían soñado que fueran posibles. Fui adiestrada para proporcionarles eso y, como consecuencia, someterlos a nuestro control.*

*Hasta que Duncan hizo lo mismo conmigo.*

Odrade vio el encubrimiento en los ojos de Murbella, y reconoció que había cosas en la psique de aquella mujer retorcidas de tal modo que las hacía difíciles de extraer a la luz. *Una ferocidad en lugares hasta donde no hemos llegado.* Era como si la claridad original de Murbella hubiera quedado indeleblemente manchada y luego esa mancha cubierta para ocultarla e incluso ese recubrimiento enmascarado. Había una dureza en ella que distorsionaba pensamientos y acciones. Capa sobre capa sobre capa...

—Tenéis miedo de lo que yo pueda hacer —dijo Murbella.

—Hay verdad en lo que dices —admitió Odrade.

*Honestidad y sinceridad... herramientas limitadas que en estos momentos tienen que ser utilizadas con extrema cautela.*

—Duncan. —La voz de Murbella brotó llana, con nuevas habilidades Bene Gesserit.

—Temo lo que tú compartes con él. ¿No encuentras extraño el hecho de que una Madre Superiora admita el miedo?

—¡Conozco la sinceridad y la honestidad! —Hizo que la sinceridad y la honestidad sonaran repelentes.

—A las Reverendas Madres se les enseña a no abandonar nunca el yo. Somos adiestradas a no sobrecargarnos de esa forma con preocupaciones de otras.

—¿Es eso todo?

—Es algo que penetra muy profundamente y tiene otras ramificaciones. Ser una Bene Gesserit te marca, a su propia manera.

—Sé lo que estáis pidiendo: Elige a Duncan o a la Hermandad. Conozco vuestros trucos.

—Creo que no.

—¡Hay cosas que no haré!

—Cada una de nosotras se halla forzada por un pasado. Yo hago mis elecciones, hago lo que debo porque mi pasado es distinto del tuyo.

—¿Seguiréis adiestrándome pese a lo que os acabo de decir?

Odrade oyó aquello con la receptividad total que esos encuentros con Murbella exigían, cada sentido alerta a cosas no dichas, mensajes que flotaban en los bordes de las palabras como si fueran cilios agitándose allí, tendiéndose para entrar en contacto con un peligroso universo.

*La Bene Gesserit debe cambiar sus caminos. Y aquí hay una que puede guiarnos en ese cambio.*

Bellonda se sentiría aterrada ante la perspectiva. Muchas Hermanas la rechazarían. Pero ahí estaba.

Al ver que Odrade guardaba silencio, Murbella dijo:

—Adiestrar. ¿Es ésa la palabra adecuada?

—Condicionar. Esa puede que te sea más familiar.

—Lo que queréis realmente es unir nuestras experiencias, hacerme lo suficientemente parecida a vos como para que podamos crear una confianza entre nosotras. Eso es lo que hace toda vuestra educación.

*¡No juegues a juegos eruditos conmigo, muchacha!*

—Podríamos fluir en la misma corriente, ¿eh, Murbella?

Cualquier acólita de Tercer Grado se hubiera vuelto lentamente cautelosa oyendo aquel tono de la Madre Superiora. Murbella permaneció impasible.

—Excepto que yo no voy a abandonarle.

—Eso eres tú quien debe decidirlo.

—¿Dejasteis a Dama Jessica decidir?

*Al fin la salida de este callejón sin salida.*

Duncan había animado a Murbella a estudiar la vida de Jessica. *¡Con la esperanza de frustrarnos!* Los holos de aquella proeza habían iniciado severos análisis de multitud de grabaciones.

—Una persona interesante —dijo Odrade.

—¡Amor! Después de todas vuestras enseñanzas, ¡vuestro *condicionamiento*!

—¿No crees que ella se comportó traicioneramente?

—¡Nunca!

*Ahora delicadamente.*

—Pero contempla las consecuencias: un Kwisatz Haderach... ¡y ese nieto, el Tirano! —*Un argumento muy querido al corazón de Bellonda.*

—La Senda de Oro —dijo Murbella—. La supervivencia de la humanidad.

—Los Tiempos de Hambruna y la Dispersión.

*¿Estás observando esto, Bell? No importa. Lo observarás.*

—¡Las Honoradas Matres! —dijo Murbella.

—¿Todo a causa de Jessica? —preguntó Odrade—. Pero Jessica volvió al redil y vivió sus últimos años en Caladan.

—¡Maestra de acólitas!



—También un ejemplo para ellas. ¿Ves lo que ocurre cuando nos desafías? —  
*¡Nos desafías, Murbella! Hazlo más hábilmente que Jessica.*

—¡A veces me repeléis! —Su honestidad natural la obligó a añadir—: Pero sabéis que deseo lo que vosotras poseéis.

*Lo que nosotras poseemos.*

Odrade recordó sus propios primeros encuentros con los atractivos de la Bene Gesserit. Todas las funciones corporales ejecutadas con una exquisita precisión, los sentidos sintonizados para detectar los más pequeños detalles, los músculos adiestrados para actuar con una maravillosa exactitud. Esas habilidades en una Honorada Madre no podían hacer más que añadir una nueva dimensión amplificadas por la velocidad corporal.

—Estáis arrojándolo todo sobre mis espaldas —dijo Murbella—. Intentando forzar mi elección cuando ya la conocéis muy bien.

Odrade guardó silencio. Aquella era una forma antigua de argumentación que los jesuitas habían casi perfeccionado. El simulflujo superponía controvertidos esquemas: dejemos que Murbella se convenza a sí misma. Proporcionémosle tan sólo el más suave de los empujones. Démosle pequeñas excusas que ella misma pueda ampliar.

*¡Pero hazlo rápido, Murbella, por el amor de Duncan!*

—Sois muy lista exhibiendo las ventajas de vuestra Hermandad delante de mis narices —dijo Murbella.

—¡No somos un autoservicio de restaurante!

Una sonrisa indiferente aleteó en los labios de Murbella.

—Tomaré uno de esos y uno de esos otros y creo que me gustará uno de esos pastelillos de crema que hay ahí.

Odrade disfrutó de la metáfora, pero las omnipresentes observadoras tenían sus propios apetitos.

—Una dieta que puede matarte.

—Pero veo vuestras ofertas desplegadas de una forma tan atractiva. ¡La Voz! Qué cosa tan maravillosa habéis cocinado ahí. Tengo este maravilloso instrumento en mi garganta, y vos podéis enseñarme a tocarlo de una forma definitiva.

—Ahora eres un maestro concertista.

—¡Deseo vuestra habilidad para influenciar a aquellos que hay a mi alrededor!

—¿Con qué fin, Murbella? ¿Con qué metas?

—Si como lo que vos coméis, ¿creceré con vuestro tipo de resistencia: plásticero por fuera, y aún más duras por dentro?

—¿Es así como me ves?

—¡El chef en mi banquete! Y tengo que comer todo lo que me traigáis... por mi bien y por el vuestro.

Sonaba casi maníaca. Una extraña persona. A veces parecía ser el más desdichado de los seres, yendo arriba y abajo por sus aposentos como una fiera enjaulada. Esa loca mirada en sus ojos, las motas naranja en las córneas... como ahora.

—¿Sigues negándote a *trabajarte* a Scytale?

—Dejad que lo haga Sheeana.

—¿La adiestrarás?

—¡Y ella utilizará mi adiestramiento sobre el chico!

Se miraron mutuamente, dándose cuenta de que compartían un pensamiento similar. *Esto no es una confrontación porque cada una de nosotras desea a la otra.*

Estaban en una danza, una pavana con una estructura formal que ninguna de las dos podía cambiar. Dentro de la estructura, estaban obligadas a improvisar pasos. Era como una reproducción limitada de las alocadamente arrítmicas danzas rakianas, la base del control de Sheeana sobre los gusanos. La estructura limitaba las cosas que podían decirse, e incluso la excusa: «*Creo que me gustaría decirte otras cosas pero eso no está permitido.*»

—Comunicación limitada —dijo Odrade.

Murbella pensó que aquello podía ser llevado hasta más allá de sus límites, pero entonces se hallarían en otro tipo de negociación, una excursión a lugares donde la Bene Gesserit era experta. *Siempre encuentran un camino.*

*Manos sucias*, pensó Odrade. *Eso es lo que ella teme. Nuestra suciedad en su consciencia.* Era una excelente rama en la cual podían injertar la moralidad Bene Gesserit.

—Estoy atada a vos por lo que vos podéis proporcionarme —dijo Murbella, con voz muy baja—. Pero vos deseáis saber si yo puedo actuar contra eso que me ata.

—¿Puedes?

—No más de lo que podríais vos si las circunstancias lo exigieran.

—¿Crees que alguna vez lamentarás tu decisión?

—¡Por supuesto que lo haré! —¿Qué tipo de pregunta estúpida era aquella? La gente siempre lamentaba cosas. Murbella lo dijo así.

—Lo cual confirma tu honestidad contigo misma. Nos gusta que no huyas bajo falsas banderas.

—¿Vosotras proporcionáis banderas de esa clase?

—Naturalmente que lo hacemos.

—Debéis poseer formas de extirparlas.

—La Agonía hace eso por nosotras. La falsedad no viene a través de la especie. Odrade se dio cuenta de que los latidos del corazón de Murbella se aceleraban.

—¿Y no vais a exigir que abandone a Duncan? —muy agudamente.

—Esa relación presenta dificultades, pero son tus dificultades.

—¿Otra forma de pedirme que lo abandone?

—Acepta la posibilidad, eso es todo.

—No puedo.

—¿No lo harás?

—Quiero decir lo que digo. Soy incapaz.

—¿Y si alguien te mostrara cómo?

Murbella miró fijamente a Odrade a los ojos durante un largo momento, luego:

—Casi he estado a punto de decir que eso me liberaría... pero...

—¿Sí?

—No estaré libre mientras él siga ligado a mí.

—¿Es eso una renuncia de los caminos de las Honoradas Matres?

—¿Renuncia? Una palabra equivocada. Simplemente he crecido más allá de mis anteriores Hermanas.

—¿Tus anteriores Hermanas?

—Siguen siendo mis Hermanas, pero son las Hermanas de mi infancia. A algunas las recuerdo con cariño, otras me desagradan intensamente. Compañeras en un juego que ya no me interesa.

—¿Esa decisión te satisface?

—¿Estáis satisfecha vos, Madre Superiora? Odrade dio una palmada con una no reprimida excitación. ¡Con cuánta rapidez había adquirido Murbella la pronta respuesta Bene Gesserit!

—¿Satisfecha? ¡Qué terrible palabra!

Mientras Odrade hablaba, Murbella se sintió trasladada como en un sueño al borde de un abismo, incapaz de despertar e impedir la caída. Su estómago le dolía con un secreto vacío, y las siguientes palabras de Odrade llegaron desde una distancia llena de ecos.

—La Bene Gesserit lo es todo para una Reverenda Madre. Nunca serás capaz de olvidar eso.

Tan rápidamente como había venido, la sensación de sueño pasó. Las siguientes palabras de la Madre Superiora fueron frías e inmediatas.

—Prepárate para ausentarte a menudo de la nave tan pronto como tu bebé haya nacido. Te sacaremos más a menudo para adiestramiento avanzado.

—Bajo guardia, por supuesto.

—Por ahora. —*Hasta que te enfrentes a la Agonía... vivas o mueras.*

Odrade alzó los ojos hacia los com-ojos del techo.

—Enviad a Sheeana aquí. Empezará inmediatamente con su nueva maestra.

—¡Así que vais a hacerlo! Vais a *trabajaros* a ese niño.

—Piensa en él como en el Bashar Teg —dijo Odrade—. Eso ayuda. —*Y no vamos a darte tiempo a reconsiderarlo.*

—No me resistí a Duncan, y no puedo discutir con vos.

—No discutas tampoco contigo misma, Murbella. Carece de sentido. Teg era mi padre, y pese a todo debo hacer esto.

Hasta aquel momento, Murbella no se había dado cuenta de la fuerza que se ocultaba tras la anterior afirmación de Odrade. *La Bene Gesserit lo es todo para una Reverenda Madre. ¡Que el Gran Dur me proteja! ¿Voy a ser así?*

## Capítulo XXXII

*Somos testigos de una fase transitoria de la eternidad. Ocurren cosas importantes, pero algunas personas nunca se dan cuenta. Intervienen accidentes. Uno no está presente en los episodios. Tiene que depender de los informes. Y la gente cierra sus mentes. ¿Qué tienen de bueno los informes? ¿La historia en un noticiario? ¿Preseleccionada en una conferencia editorial, digerida y excretada por los prejuicios? Los informes que uno necesita raras veces proceden de aquellos que hacen la historia. Diarios, memorias y autobiografías son formas subjetivas de oratoria especial. Los Archivos están atestados con este sospechoso material.*

**Darwi Odrade**

Scytale observó la excitación de los guardias y de los demás cuando alcanzó la barrera al final de su pasillo. El rápido ir y venir de la gente, especialmente a aquella temprana hora del día, había llamado su atención y lo había atraído hasta la barrera. Allí estaba aquella doctora Suk, Jalanto. La reconoció de la vez que Odrade la había enviado a él «porque parecéis enfermo». *¡Otra Reverenda Madre para espiarme!*

*Ahhh, el bebé de Murbella.* Ese era el motivo de las carreras, y de la doctora Suk.

¿Pero por qué todas aquellas otras? Atuendos Bene Gesserit en una abundancia como nunca antes había visto allí. No solamente acólitas. Las Reverendas Madres iban por ahí arriba y abajo en un número tremendamente superior a las otras. Le recordaron grandes pájaros carroñeros. Finalmente apareció una acólita, llevando a un niño sobre sus hombros. Muy misterioso. *¡Si tan sólo tuviera un enlace con los sistemas de la nave!*

Se reclinó contra la pared y aguardó, pero la gente desapareció por varias compuertas y pasos. Algunos de sus destinos podían ser situados con toda seguridad, otros eran un misterio.

¡Por el Sagrado Profeta! Ahí venía la Madre Superiora en persona! Cruzó una gran compuerta por la que habían desaparecido la mayoría de las demás.

Era inútil preguntarle a Odrade la próxima vez que la viera. Ahora lo tenía en su trampa.

*¡El Profeta está aquí y en manos powindah!*

Cuando ya no apareció más gente por el pasillo, Scytale regresó a sus aposentos. El monitor de identificación en su puerta parpadeó a su paso, pero se obligó a no mirarlo. *La ID es la clave.* Con este conocimiento, este fallo en el sistema de control de la nave ixiana lo atraía como una sirena.

*Cuando actúe, no van a darme mucho tiempo.*

Sería un acto de desesperación con la nave y su contenido de rehenes. Segundos

para tener éxito. Quién sabía qué falsos paneles habían sido erigidos, qué compuertas secretas podían alzar aquellas horribles mujeres ante él. No se atrevía a dar ese paso antes de haber agotado todos los otros caminos. Especialmente ahora... con el Profeta restaurado.

*Traicioneras brujas. ¿Qué otras cosas habrán cambiado en esta nave? Un pensamiento inquietante. ¿Sigue siendo aplicable aún mi conocimiento?*

La presencia de Scytale al otro lado de la barrera no se le había escapado a Odrade, pero había otros asuntos que la preocupaban. El alumbramiento de Murbella (le gustaba el antiguo término) había llegado en el momento oportuno.

Odrade deseaba a un distraído Idaho con ella para el intento de Sheeana de restaurar las memorias del Bashar. Idaho se distraía a menudo con los pensamientos de Murbella. Y obviamente Murbella no podía estar con él ahí, no precisamente ahora.

Odrade mantenía una prudente alerta en su presencia. Después de todo, él era un Mentat.

Lo había encontrado de nuevo ante su consola. Mientras emergía del pozo de caída al pasillo de acceso a sus aposentos, oyó el cliqueteo de los relés y ese característico zumbido del com-campo, y supo inmediatamente dónde encontrarlo.

Reveló estar de un extraño humor cuando ella lo llevó a la sala de observación desde donde podrían estudiar a Sheeana y al niño.

*¿Preocupado por Murbella? ¿O por lo que iban a ver ahora?*

La sala de observación era larga y estrecha. Tres hileras de sillas se hallaban situadas frente a la pared de observación de la habitación secreta donde iba a producirse el experimento. La zona de observación había sido dejada en una semipenumbra gris, con tan sólo dos pequeños globos pegados al techo en las esquinas de atrás de las hileras de sillas.

Había presentes dos Suks... aunque Odrade tenía la impresión de que no iban a servir de nada. Jalanto, la Suk a la que Idaho consideraba la mejor, estaba con Murbella.

*Lo cual demuestra nuestra preocupación. Que es auténtica, por otro lado.*

A lo largo de la pared de observación habían sido instalados unos cuantos sillones con reposacabezas. Una compuerta de acceso de emergencia a la otra habitación se hallaba al alcance de la mano.

Streggi trajo al niño por el pasillo exterior, desde donde no podía ver a los observadores, y lo introdujo en la habitación. Esta había sido preparada bajo la dirección de Murbella: un dormitorio, con algunas de sus propias pertenencias traídas de sus aposentos y algunas cosas de los aposentos compartidos por Idaho y Murbella.

La guarida de un animal, pensó Odrade. Había un desaliño en el lugar que procedía de la deliberada negligencia que a menudo podía apreciarse en los aposentos

de Idaho: ropas tiradas sobre cualquier silla, sandalias en un rincón. El colchón era uno que habían utilizado Idaho y Murbella. Inspeccionándolo un poco antes, Odrade había notado aquel olor parecido a la saliva, un íntimo olor sexual. Eso también actuaría inconscientemente sobre Teg.

*Aquí es donde se originan las cosas salvajes, las cosas que no podemos suprimir. Qué osadía, pensar que podemos controlar esto. Pero debemos hacerlo.*

Mientras Streggi desvestía al niño y lo dejaba desnudo sobre el colchón, Odrade observó que su pulso se aceleraba. Incluyó su silla hacia adelante, observando que sus compañeras Bene Gesserit imitaban el mismo compulsivo movimiento.

*Por los dioses, pensó con un estremecimiento. ¿No somos más que voyeurs?*

Tales pensamientos eran necesarios en aquel momento, pero sintió que la degradaban. Que perdía algo en aquella intrusión. Un pensamiento extremadamente no Bene Gesserit. ¡Pero muy humano!

Duncan se había sumergido en un estudiado aire de indiferencia, un fingimiento fácilmente reconocible. Había demasiada subjetividad en sus pensamientos como para funcionar bien como Mentat. Y así era precisamente como ella lo deseaba ahora. Participación Mística. El orgasmo como energizador. Bell lo había reconocido correctamente.

A una de las tres cercanas Censoras, todas ellas elegidas como refuerzo y actuando ostensiblemente con el papel de observadoras, Odrade dijo:

—El ghola desea que sus memorias originales sean restauradas, pero al mismo tiempo lo teme. Esa es la principal barrera que tenemos que superar.

—¡Tonterías! —dijo Idaho—. ¿Sabéis lo que he estado pensando últimamente? Su madre era una de vosotras, y le proporcionó el adiestramiento profundo. ¿Qué posibilidades hay de que no lo protegiera contra vuestras Imprimadoras?

Odrade se volvió bruscamente hacia él. ¿*Mentat*? No, había acudido a su inmediato pasado, reviviéndolo y haciendo comparaciones. Esa referencia a las Imprimadoras, sin embargo... ¿Era así como la primera «colisión sexual» con Murbella había restaurado las memorias de otras vidas-ghola? ¿Una profunda resistencia contra la imprimación?

La Censora a la que Odrade se había dirigido eligió ignorar aquella impertinente interrupción. Había leído el material de Archivos cuando Bellonda la había puesto al corriente. Todas las tres sabían que podían ser llamadas para matar al niño-ghola. ¿Tenía poderes peligrosos para ellas? Las observadoras no lo sabrían hasta que (o a menos que) Sheeana tuviera éxito.

A Idaho, Odrade dijo:

Streggi le ha comunicado el porqué está aquí.

—¿Qué es lo que le ha dicho? —Muy perentorio con la Madre Superiora. Las Censoras lo miraron con ojos llameantes.

Odrade mantuvo su voz con una deliberada suavidad.

—Streggi le ha dicho que Sheeana restauraría sus memorias.

—¿Qué ha dicho él?

—¿Por qué no lo hace Duncan Idaho?

—¿Le ha respondido ella honestamente? —*sintiendo que se aligeraba algo el peso sobre sus espaldas.*

—Honestamente pero sin revelar nada. Streggi le ha dicho que Sheeana disponía de una forma mejor de hacerlo. Y que tú lo habías aprobado.

—¡Miradle! Ni siquiera se mueve. Lo habéis drogado, ¿verdad?

Idaho devolvió a las Censoras su llameante mirada.

—No nos hemos atrevido. Pero está orientado hacia su interior. Recuerdas la necesidad de eso, ¿no?

Idaho se echó hacia atrás en su silla, hundiendo los hombros.

—Murbella no deja de decir: «Es sólo un niño. Es sólo un niño.» Sabéis que nos hemos peleado por ello.

—Encontré tu argumentación pertinente. El Bashar no era un niño. Es al Bashar al que estamos despertando.

Idaho alzó sus dedos cruzados.

—Eso espero.

Ella se echó hacia atrás, contemplando los dedos cruzados.

—No sabía que fueras supersticioso, Duncan.

—Le rezaría a Dur si pensara que eso podía ayudar en algo.

*Recuerda los dolores de su propio despertar.*

—No reveles compasión —murmuró Duncan—. Vuélvete de espaldas a él. Mantenlo enfocado hacia adentro. Deseas su ira.

Esas eran palabras de su propia práctica.

Bruscamente, dijo:

—Puede que esto sea la cosa más estúpida que haya sugerido nunca. Desearía irme y estar con Murbella.

—Estás en buena compañía, Duncan. Y no hay nada que puedas hacer por Murbella en este momento. ¡Mira! —Mientras Teg saltaba del colchón y alzaba la vista hacía los com-ojos del techo.

—¿No hay nadie que venga a ayudarme? —preguntó Teg. Había más desesperación en su voz que la prevista en aquel estadio—. ¿Dónde está Duncan Idaho?

Odrade apoyó una mano en el brazo de Idaho cuando éste se inclinó hacia adelante.

—Quédate donde estás, Duncan. No puedes ayudarlo. Todavía no.

—¿No hay nadie que venga a decirme lo que tengo que hacer? —La joven voz



tenía un tono agudo y solitario—. ¿Qué es lo que vais a hacer vosotros?

Sheeana estaba aguardando, y entró en la estancia por una compuerta oculta detrás de Teg.

—Aquí estoy.

Llevaba solamente una túnica de gasa de color azul pálido, casi transparente. Se pegó a su piel mientras avanzaba para situarse frente al niño.

Teg abrió mucho la boca. ¿Aquella era una Reverenda Madre? Nunca había visto a una vestida de aquella manera.

—¿Tú vas a devolverme mis memorias? —Duda y desesperación.

—Te ayudaré a que vuelvan a ti. —Mientras hablaba, se quitó la túnica de gasa y la echó a un lado. Flotó hasta el suelo como una gran mariposa azul.

Teg se la quedó mirando.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Se sentó a su lado y apoyó una mano en su pene.

La cabeza del niño se inclinó hacia adelante como si alguien se la hubiera empujado desde atrás, y miró la mano de Sheeana mientras una erección se iba formando debajo de ella.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¿No lo sabes?

—¡No!

—El Bashar lo sabría.

Él alzó la vista hacia el rostro de ella, tan cerca.

—¡Tú lo sabes! ¿Por qué no me lo dices?

—¡Yo no soy tus memorias!

—¿Por qué estás canturreando así?

Ella apoyó sus labios contra el cuello de él. El leve canturreo era claramente audible para los observadores. Murbella lo llamaba un intensificador, un realimentador sintonizado a las respuestas sexuales. Fue haciéndose más intenso.

—¿Qué estás haciendo? —Casi un chillido, mientras Sheeana lo sentaba a horcajadas sobre ella. Empezó a balancearse ligeramente, mientras masajeaba la base de su espalda.

—¡Respóndeme, maldita seas! —Un claro chillido.

¿De dónde viene este «maldita seas»? se preguntó Odrade.

Sheeana deslizó al niño dentro de ella.

—¡Esta es tu respuesta!

La boca de Teg moduló un silencioso «Ohhhhhh».

Los observadores la vieron concentrada en los ojos de Teg, pero Sheeana lo observaba con otros sentidos también.

*Nota la tensión de sus muslos, la reveladora pulsación de su nervio vago, y especialmente el oscurecimiento de sus pezones. Cuando lo tengas en este punto, sostenlo hasta que sus pupilas se dilaten.*

—¡Una Imprimadora! —El grito de Teg hizo sobresaltarse a los observadores.

Golpeó los hombros de Sheeana con sus puños. Todos en la pared de observación vieron un aleteo interior en sus ojos mientras se retorció hacia un lado y hacia el otro, con algo nuevo asomándose en él.

Odrade se había puesto en pie.

—¿Ha ido algo mal?

Idaho no se movió de su silla.

—Lo que yo predije.

Sheeana empujó a Teg hacia atrás para escapar de sus engarfiados dedos.

El niño cayó al suelo, y se dio la vuelta con una velocidad tal que impresionó a los observadores. Sheeana y Teg se enfrentaron el uno a la otra durante unos largos momentos. Lentamente, él se enderezó, y solamente entonces se miró a sí mismo. Luego desvió su atención hacia su brazo izquierdo tendido frente a él. Su mirada se alzó hacia el techo, a cada pared de la estancia, una tras otra. Finalmente, volvió a contemplar su cuerpo.

—Por todos los infiernos, ¿qué...? —Todavía una voz aguda e infantil, pero extrañamente madura.

—Bienvenido, Bashar-ghola —dijo Sheeana.

—¡Estabas intentando imprimarme! —Una furiosa acusación—. ¿Crees que mi madre no me enseñó cómo impedirlo? —Una distante expresión apareció en su rostro—. ¿Ghola?

—Algunos prefieren pensar en ti como en un clon.

—¿Quién er...? ¡Sheeana! —Se volvió, mirando a su alrededor por toda la habitación. Había sido seleccionada por sus accesos ocultos, sus compuertas no visibles—. ¿Dónde estamos?

—En la no-nave que llevaste a Dune justo antes de ser muerto allí. —Siempre de acuerdo con las reglas.

—Muerto... —Se miró de nuevo las manos. Los observadores casi podían ver los filtros ghola-impuestos ir cayendo de sus memorias—. ¿Fui muerto... en Dune? —Casi un lamento.

—Heroico hasta el final —dijo Sheeana.

—Los... los hombres que tomé en Gammu... ¿fueron...?

—Las Honoradas Matres hicieron de Dune un ejemplo. Ahora es una esfera carente de vida, carbonizada hasta las cenizas.

La ira rozó sus rasgos. Se sentó y cruzó las piernas, apoyando un apretado puño sobre cada rodilla.

—Sí... Aprendí esto en la historia del... en la mía. —De nuevo miró a Sheeana. Ella permanecía sentada en el colchón, completamente inmóvil. Había en él una inmersión en las memorias que solamente alguien que había pasado por la Agonía podía apreciar. Ahora era necesaria una completa inmovilidad.

—No interfieras, Sheeana —susurró Odrade—. Deja que ocurra. Déjale sacarlo fuera. —Hizo una señal con la mano a las tres Censoras. Estas se dirigieron inmediatamente a la compuerta de acceso, observándola a ella en vez de a la estancia secreta.

—Encuentro extraño considerarme a mí mismo como un tema de historia —dijo Teg. La voz era aún de niño, pero con aquel recurrente sentido de madurez en ella. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

En la sala de observación, Odrade se dejó caer en su silla y preguntó:

—¿Qué has visto, Duncan?

—Cuando Sheeana lo empujó, él se volvió con una rapidez que nunca había visto en nadie excepto en Murbella.

—Más rápido que eso incluso.

—Quizá... debido a que su cuerpo es joven y le hemos proporcionado un adiestramiento prana-bindu.

—Algo más. Tú nos alertaste, Duncan. Algo desconocido en las células marcadoras Atreides. —Miró a las atentas Censoras, y agitó la cabeza. *No. Todavía no.*

—¡Maldita sea esa madre suya! Hipnoinducción para bloquear a una Imprimadora, y jamás nos lo dijo.

—Pero mirad lo que nos dio —dijo Idaho—. Una forma más efectiva de restaurar las memorias.

—¡Hubiéramos debido ver eso por nosotras mismas! —Odrade sintió ira hacia su propia persona—. Scytale afirma que los tleilaxu utilizaban dolor y confrontación. Empiezo a dudar.

—Preguntadle.

—No es tan sencillo. Nuestras Decidoras de Verdad no están seguras de él.

—Es opaco.

—¿Cuándo lo has estudiado?

—¡Dar! Tengo acceso a las grabaciones de los com-ojos.

—Lo sé, pero...

—¡Maldita sea! ¿Por qué no mantenéis vuestros ojos en Teg? ¡Miradlo! ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Odrade volvió inmediatamente su atención al sentado niño.

Teg miraba a los com-ojos, con una expresión de terrible intensidad en su rostro.

Había sido para él como despertar de un sueño en el agotamiento del conflicto,

con una mano amiga sacudiéndolo. ¡Algo necesitaba su atención! Recordaba estar sentado en el centro de mando de la no-nave, con Dar de pie a su lado, con una mano sobre su cuello. ¿Acariciándole? Había algo urgente que hacer. ¿Qué? Su cuerpo sentía que algo no iba bien. Gammu... y ahora estaban en Dune y... Recordaba cosas distintas: ¿una infancia en la Casa Capitular? Dar como... como... Más memorias se entremezclaban. *¡Intentaron imprimarme!*

La consciencia fluyó en torno a este pensamiento como un río discurriendo alrededor de una roca.

—¡Dar! ¿Estás aquí? ¡Estás aquí!

Odrade se echó hacia atrás en su silla y apoyó una mano en su mentón. *¿Y ahora qué?*

—¡Madre! —¡Qué tono acusador!

Odrade tocó una transplaca junto a su silla.

—Hola, Miles. ¿Vamos a dar un paseo por los huertos?

—No más juegos, Dar. Sé por qué me necesitáis. Os advierto, sin embargo: La violencia proyecta al tipo de gente equivocada al poder. ¡Como si vosotras no lo supierais!

—¿Aún leal a la Hermandad, Miles, pese a lo que acabamos de intentar?

Teg miró a la atenta Sheeana.

—Sigo siendo tu perro obediente.

Odrade lanzó una acusadora mirada al sonriente Idaho.

—¡Tú y tus malditas historias!

Volvió su atención a la otra estancia.

—De acuerdo, Miles... no más juegos, pero necesito saber acerca de Gammu. Dicen que te movías más rápido de lo que el ojo podía seguir.

—Cierto. —Con un tono llano e indiferente.

—Y hace un momento...

—Este cuerpo es demasiado pequeño para llevar todo el peso.

—Pero tú...

—Lo utilicé en un solo estallido, y estoy muriéndome de hambre.

Odrade miró a Idaho. Este asintió. *Cierto.*

Ella hizo un gesto a las Censoras para que volvieran de la compuerta. Dudaron antes de obedecer. ¿Qué les diría Bell?

Teg no había terminado.

—¿No crees que tengo mis derechos, hija? ¿Que puesto que se supone que cada individuo es en último término responsable de su propio yo, la formación de ese yo requiere del mayor cuidado y atención?

*¡Esa maldita madre suya se lo enseñó todo!*

—Lo siento, Miles. No sabíamos cómo tu madre te había preparado.

—¿De quién fue esa idea? —Miró a Sheeana mientras hablaba.

—Fue idea mía, Miles —dijo Idaho.

—Oh, ¿también estás aquí? —Más memorias volvieron a él.

—Y recuerdo el dolor que me causaste cuando restauraste mis propias memorias —dijo Idaho.

Aquello pareció calmarlo.

—Está bien, Duncan. No hacen falta disculpas. —Miró a los altavoces que transmitían sus palabras dentro de la estancia—. ¿Cómo es el aire en la cima, Dar? ¿Lo bastante rarificado para ti?

*¡Maldita idea estúpida!*, pensó ella. *Y él lo sabe. No rarificado en absoluto.* El aire era denso con la respiración de las personas que la rodeaban, incluyendo aquellas que deseaban compartir su espectacular presencia, aquellas con ideas (a veces la idea de que ellas serían mejores en su trabajo), aquellas con manos ofrecidas y con manos exigentes. *¡Rarificado, por supuesto!* Sintió que Teg estaba intentando decirle algo. ¿Qué?

—*¡A veces debo ser el autócrata!*

Se oyó a sí misma diciéndole aquello durante uno de sus paseos por los huertos, explicándole lo que era la «autocracia» y añadiendo:

—*Tengo el poder, y debo usarlo. Eso es un terrible lastre para mí.*

*¡Tú tienes el poder, así que úsalo!* Eso era lo que le estaba diciendo su Bashar Mentat. *Mátame o suéltame, Dar.*

Buscó de nuevo ganar tiempo, y supo que él se daría cuenta de ello.

—Miles, Burzmali está muerto, pero mantenía una fuerza de reserva aquí que adiestró él mismo. Lo mejor de...

—*¡No me molestes con detalles triviales!* —*¡Qué voz de mando! Aguda y chillona, pero con todos los demás elementos esenciales en ella.*

Sin que se les dijera, las Censoras regresaron a la compuerta. Odrade les hizo un gesto furioso de que se apartaran de allí. Sólo entonces se dio cuenta de que había llegado a una decisión.

—Devolvedle sus ropas y traedlo —dijo—. Decidle a Streggi que venga.

Las primeras palabras de Teg cuando apareció alarmaron a Odrade y le hicieron pensar si habría cometido un error.

—¿Y si no lucho de la forma en que vosotras queréis?

—Pero dijiste...

—He dicho muchas cosas en mi... en mis vidas. La lucha no refuerza el sentido moral, Dar.

Ella (y Taraza) habían oído hablar al Bashar de este tema en más de una ocasión.

—*La contienda deja un residuo de «come bebe y sé feliz» que a menudo conduce inexorablemente al desmoronamiento moral.*

Correcto, pero ella no sabía lo que él tenía en mente con este recordatorio.

—*Por cada veterano que regresa con una nueva sensación de destino («He sobrevivido; ésa debe ser la finalidad de Dios»)* hay muchos más que vuelven a casa con una amargura apenas contenida, dispuestos a tomar «el camino fácil» porque han visto demasiado de las tensiones de la guerra.

Eran palabras de Teg, pero coincidían con sus creencias.

Streggi entró apresuradamente en la habitación pero, antes de que pudiera hablar, Odrade le hizo un signo de que se situara a un lado y aguardara en silencio.

Por una vez, la acólita tuvo el valor de desobedecer a la Madre Superiora.

—Duncan debería saber que tiene otra hija. Madre y niña están bien y sanas. —Miró a Teg—. Hola, Miles. —Sólo entonces se dirigió a la pared del fondo y se quedó allí aguardando.

*Es mejor de lo que esperaba*, pensó Odrade.

Idaho se relajó en su silla, sintiendo ahora las tensiones de la preocupación que habían interferido con su apreciación de lo que había observado allí.

Teg hizo una inclinación de cabeza hacia Streggi pero habló a Odrade.

—¿Alguna otra palabra para susurrar al oído de Dios? —Era esencial para controlar la atención y contar con el reconocimiento de Odrade—. Si no, estoy realmente muerto de hambre.

Odrade alzó un dedo para hacerle una seña a Streggi, y oyó a la acólita marcharse. *Muy sensitiva a las necesidades de la Madre Superiora... y de Teg.*

Entonces captó hacia dónde estaba dirigiendo Teg su atención y, con aplomo, dijo:

—Quizá esta vez hayas creado realmente una cicatriz.

Un agujón dirigido a los alardes de la Hermandad de que «No permitimos que las cicatrices se acumulen en nuestros pasados. Las cicatrices ocultan a menudo más de lo que revelan.»

—Algunas cicatrices *revelan* más de lo que ocultan —dijo él. Miró a Idaho—. ¿No es cierto, Duncan? —*Un Mentat a otro.*

—Creo que he tropezado con una antigua argumentación —dijo Idaho.

Teg miró a Odrade.

—¿Lo ves, hija? Un Mentat reconoce una vieja argumentación cuando la oye. Vosotras os enorgulleceís de saber lo que se requiere *de vosotras* a cada recodo, ¡pero el monstruo en este recodo en particular es creación vuestra!

—¡Madre superiora! —Era una Censora que no deseaba que se empleara con ella aquel tratamiento.

Odrade la ignoró. Sintió pena, dura y apremiante. Su Taraza Interior le recordó la disputa:

—*Somos moldeadas por asociaciones Bene Gesserit. Nos embotan de una forma*

*peculiar. Oh, cortamos rápida y profundamente cuando debemos, pero ése es otro tipo de embotamiento.*

—No tomaré parte en embotarte a ti —dijo Teg. Así que ella recordó.

Streggi regresó con un guiso en un bol, un caldo amarronado con carne flotando en él. Teg se sentó en el suelo y se lo comió a rápidas cucharadas.

Odrade aguardó en silencio, haciendo girar sus pensamientos a partir del punto donde Teg los había enviado. Las Reverendas Madres se rodeaban con una dura concha contra la cual todas las cosas del exterior (incluidas las emociones) actuaban como proyecciones. Murbella tenía razón, y la Hermandad tenía que volver a aprender las emociones. Si eran tan sólo observadoras, estaban condenadas.

Se dirigió a Teg.

—No te pedimos que nos embotes.

Tanto Teg como Idaho oyeron algo más en su voz. Teg dejó a un lado el bol vacío, pero Idaho fue el primero en hablar.

—Refinadas —dijo.

Teg asintió. Las Hermanas eran raramente impulsivas. Obtenías de ellas reacciones ordenadas incluso en momentos de peligro. Iban más allá de lo que la mayoría de la gente consideraba refinado. No eran impulsadas tanto por sus sueños de poder como por sus propias visiones a largo plazo, algo compuesto por un sentido de la inmediatez y una memoria casi ilimitada. Así que Odrade estaba siguiendo un plan cuidadosamente pensado. Teg observó a las atentas Censoras.

—Estabais preparadas para matarme —dijo.

Ninguna de ellas respondió. No había necesidad. Todas reconocían la Proyección Mentat.

Teg se volvió y miró la estancia donde había recuperado sus memorias. Sheeana se había ido. Más memorias susurraban al borde de la consciencia. Hablarían en su propio momento. Aquel diminuto cuerpo. Aquello era difícil. Y Streggi... Enfocó su atención en Odrade.

—Fuisteis más listas de lo que pensabais. Pero mi madre...

—No creo que ella anticipara esto —dijo Odrade.

—No... no era tan Atreides.

Una palabra electrificante en esas circunstancias, que cargó con un especial silencio la habitación. Las Censoras se acercaron un poco.

*¡Esa madre suya!*

Teg ignoró a las Censoras.

—En respuesta a las preguntas que no has formulado, no puedo explicar lo que me ocurrió en Gammu. Mi velocidad física y mental desafía toda explicación. Teniendo en cuenta el tamaño y la energía, en uno de vuestros latidos de corazón puedo desembarazarme de todos los que hay en esta habitación y hallarme muy lejos

de la nave. Ohhh... —alzó una mano—. Sigo siendo tu obediente perro. Haré lo que tú me pidas, pero quizá no en la forma que imaginas.

Odrade vio consternación en los rostros de sus Hermanas. *¿Qué es lo que he liberado sobre nosotras?*

—Podemos impedir que cualquier cosa viva abandone esta nave —dijo Odrade—. Puedes ser rápido, pero dudo que seas más rápido que el fuego que te envolvería si intentaras abandonarla sin nuestro permiso.

—La abandonaré a su debido tiempo y con vuestro permiso. ¿Cuántas de las tropas especiales de Burzmali tenéis aquí?

—Casi dos millones. —Lo dijo casi sin darse cuenta.

—¡Tantos!

—Teníamos más de dos veces ese número con él en Lampadas cuando las Honoradas Matres lo aniquilaron.

—Vamos a tener que ser más listos que el pobre Burzmali. ¿Me dejas que discuta esto a solas con Duncan? Es para eso para que nos mantienes aquí, ¿no? ¿Nuestra especialidad? —Dirigió una sonriente mirada a los com-ojos sobre su cabeza—. Estoy seguro de que revisaréis con todo cuidado nuestra discusión antes de aprobarla.

Odrade y sus Hermanas intercambiaron miradas. Compartían una no formulada pregunta: *¿Qué otra cosa podemos hacer?*

Mientras se ponía en pie, Odrade miró a Idaho.

—¡He aquí un auténtico trabajo para un Mentat Decidor de Verdad!

Cuando las mujeres se hubieron ido, Teg se dejó caer en una de las sillas y contempló la estancia vacía al otro lado de la pared de observación. Había sido duro allí, y aún sentía su corazón latir acelerado por el esfuerzo.

—Ha sido todo un espectáculo —dijo.

—Los he visto mejores. —Muy secamente.

—Lo que me apetecería ahora es un vaso grande de Marinete, pero dudo que este cuerpo pueda aceptarlo.

—Bell estará aguardando a Dar a su regreso a Central —dijo Idaho.

—¡A los infiernos inferiores con Bell! Tenemos que acabar con esas Honoradas Matres antes de que nos encuentren.

—Y nuestro Bashar tiene exactamente el plan.

—¡Maldito sea ese título!

Idaho inspiró profundamente, impresionado.

—¡Te diré algo, Duncan! —Muy intenso—. En una ocasión, cuando acudía a una importante reunión con unos enemigos potenciales, oí a un ayudante anunciarme. «Ha llegado el Bashar.» Tropecé y estuve a punto de caer, presa del ensimismamiento.

—Ofuscación Mentat.



—Por supuesto que sí. Pero supe que el título me extirpó de algo que no me atrevía a perder. ¿Bashar? ¡Era más que eso! Era Miles Teg, el nombre que mis padres me habían dado.

—¡Estabas en la cadena de nombres!

—Naturalmente, y me di cuenta de que mi nombre se hallaba a una cierta distancia de algo más primordial. ¿Miles Teg? No, yo era algo más básico que eso. Podía oír a mi madre diciendo: «Oh, qué bebé tan maravilloso.» Así que había otro nombre: «Bebé Maravilloso.»

—¿Ahondaste más? —Idaho se sintió fascinado.

—Me sentí atrapado por ello. Nombres conduciendo a nombres conduciendo a nombres conduciendo a ningún nombre. Cuando penetré en aquella importante habitación, no tenía ningún nombre. ¿Te has arriesgado tú alguna vez a eso?

—Una vez. —Una reluctante admisión.

—Todos lo hacemos al menos una vez. Pero allí estaba yo. Había sido debidamente informado. Tenía una referencia de todos los que estaban presentes en aquella mesa... rostros, nombres, títulos, más todos sus antecedentes.

—Pero no estabas realmente allí.

—Oh, podía ver los rostros expectantes midiéndome, preguntándose, preocupándose. ¡Pero no me conocían!

—¿Eso te daba una sensación de gran poder?

—Exactamente como fuimos advertidos en la escuela Mentat. Me pregunté a mí mismo. ¿Es esto la Mente en sus inicios? No te rías. Es una pregunta tentadora.

—¿Así que ahondaste más? —Atrapado por las palabras de Teg, Idaho ignoró los tirones de advertencia al borde de su consciencia.

—Oh, sí. Y me encontré a mí mismo en la famosa «Sala de los Espejos» que nos describieron y de la que nos advirtieron que debíamos huir.

—Así que recordaste cómo salir y...

—¿Recordar? Obviamente tú has estado ahí. ¿Te sacó la memoria?

—Ayudó.

—Pese a las advertencias, me rezagué allí, viendo mi «yo de yoes» e infinitas permutaciones. Reflejos de reflejos hasta el infinito.

—La fascinación del «núcleo del ego». Muy pocos escapan de esa profundidad. Fuiste muy afortunado.

—No estoy seguro de poderlo llamar fortuna. Sabía que tenía que existir una Primera Consciencia, un despertar...

—Que descubre que no es el primero.

—¡Pero yo deseaba un yo en las raíces del yo!

—La gente en aquella reunión, ¿no notó nada raro en ti?

—Supe más tarde que permanecí sentado allí con una expresión pétrea que

ocultaba esa gimnasia mental.

—¿No hablaste?

—Me mostré más bien taciturno. Fue interpretado como «la esperada reticencia del Bashar». Algo más que añadirle a mi reputación.

Idaho empezó a sonreír, y recordó los com-ojos. Vio inmediatamente cómo los perros guardianes interpretarían tales revelaciones. ¡Un talento salvaje en un peligroso descendiente de los Atreides! Las hermanas conocían los espejos. Cualquiera que escapara debía ser sospechoso. ¿Qué era lo que le mostraban los espejos?

Como si hubiera oído la peligrosa pregunta, Teg dijo:

—Estaba atrapado y lo sabía. Podía visualizarme a mí mismo como un extenuado vegetal, pero no me importaba. Los espejos lo eran todo hasta que, como alguien flotando en el agua, vi a mi madre. Tenía más o menos el aspecto que había tenido poco antes de morir.

Idaho inhaló temblorosamente. ¿No se daba cuenta Teg de lo que acababa de decir para que los com-ojos lo registraran?

—Las Hermanas imaginarán ahora que como mínimo soy un Kwisatz Haderach potencial —dijo Teg—. Otro Muad'Dib. ¡Tonterías! Como a ti te gusta tanto decir, Duncan. Ninguno de nosotros se arriesgaría a eso. ¡Sabemos lo que creó, y no somos estúpidos!

Idaho no consiguió tragar saliva. ¿Aceptarían ellas las palabras de Teg? Decía la verdad, pero aún así...

—Ella tomó mi mano —dijo Teg—. ¡Pude sentirlo! Y me condujo directamente al Salón. Yo esperaba que ella se quedara conmigo cuando me descubrí sentado ante la mesa. Mi mano aún hormigueaba con su contacto, pero ella había desaparecido. Lo supe. Simplemente me puse en guardia y me hice cargo de la conferencia. La Hermandad tenía ventajas importantes que ganar allí, y se las gané.

—Algo que tu madre implantó en...

—¡No! La vi de la misma forma que las Reverendas Madres ven sus Otras Memorias. Era su forma de decir: «¿Por qué demonios estás perdiendo el tiempo aquí cuando hay trabajo que hacer?» Nunca me ha abandonado, Duncan. El pasado nunca nos abandona a ninguno de nosotros.

Idaho vio bruscamente la finalidad que había tras las palabras de Teg. *¡Honestidad y sinceridad, por supuesto!*

—¡Tú tienes Otras Memorias!

—¡No! Excepto que todo el mundo las tiene en las emergencias. El Salón de los Espejos era una emergencia, y me permitió ver y sentir la fuente de la ayuda. ¡Pero no voy a volver ahí!

Idaho aceptó aquello. La mayoría de los Mentats arriesgaban el zambullirse una

vez en el Infinito y aprendían la naturaleza transitoria de nombres y títulos, pero el relato de Teg era mucho más que una afirmación acerca del tiempo como un fluir y una escena.

—Supongo que hace ya tiempo que estamos completamente metidos en la Bene Gesserit —dijo Teg—. Deberían saber hasta qué punto pueden confiar en nosotros. Hay trabajo que hacer, y ya hemos perdido bastante tiempo en estupideces.

## Capítulo XXXIII

*Gasta energías en aquello que te hace fuerte. Las energías gastadas en debilidades te arrastran a la fatalidad. (Regla HM.)*

*Comentario Bene Gesserit: ¿Quién juzga?*

### ***La Grabación de Dortujla***

El día del regreso de Dortujla no fue bueno para Odrade. Una conferencia sobre armamento con Teg e Idaho terminó sin alcanzar ninguna decisión. Había sentido el hacha del cazador durante toda la reunión, y supo que aquello había teñido todas sus reacciones.

Luego la sesión de la tarde con Murbella... palabras, palabras, palabras. Murbella se hallaba en medio de una maraña de cuestiones filosóficas. Un callejón sin salida como Odrade nunca había encontrado ninguno.

—Hemos pasado por nuestro cupo correspondiente de filosofías y teorías psicológicas. Hemos examinado sistemas éticos y morales, de justicia y de honestidad... todo el lote. No creemos en absoluto que hayamos agotado esos temas, ni tampoco que todos ellos sean pueriles y desprovistos de utilidad. Pero en general tienen una tendencia a inhibir la acción.

Odrade sintió que estas palabras que le había dicho a Murbella acudían de vuelta a su cabeza para atormentarla mientras permanecía de pie, al anochecer, en el extremo más occidental del perímetro pavimentado de Central. Era uno de sus lugares favoritos, pero la presencia de Bellonda inmóvil a su lado privaba a Odrade de gozar de la anticipada quietud.

Sheeana las encontró allí y preguntó:

—¿Es cierto que le habéis dado a Murbella libertad por toda Central?

—¡Vaya! —Aquél era uno de los más profundos temores de Bellonda.

—Bell —cortó secamente Odrade, señalando al anillo de plantaciones—. En esa pequeña elevación de ahí no hemos plantado árboles. Deseo que ordenes un Pabellón en ese lugar, según mis indicaciones. Un mirador, con enrejado de celosía.

No hubo entonces forma de parar a Bellonda. Raras veces la había visto Odrade tan exasperada. Y cuanto más despotricaba Bellonda, más obstinada se volvía Odrade.

—¿Deseas... un mirador? ¿En esa plantación? ¿Y en qué otra cosa querrás malgastar nuestras energías? ¡Un Pabellón! Realmente es una idea propia de tu...

Era una discusión estúpida. Ambas sabían mucho de ello. La Madre Superiora no podía ser la primera en ceder, y Bellonda raras veces cedía en nada. Incluso cuando Odrade guardó silencio, Bellonda siguió cargando contra unas murallas vacías. Al

final, cuando las energías de Bellonda se agotaron, Odrade dijo:

—Me debes una espléndida cena, Bell. Procura que sea la mejor que puedas arreglar.

—¿Que te debo...? —Bellonda empezó a espumear.

—Una oferta de paz —dijo Odrade—. Quiero que sea servida en mi mirador... mi Estúpido Pabellón.

Cuando Sheeana se echó a reír, Bellonda se vio obligada a unirse a ella, pero con un cierto helor. Sabía reconocer cuando había sido derrotada, aunque le pesara.

—Todo el mundo lo verá y dirá: «Mirad lo confiada que está la Madre Superiora» —dijo Sheeana.

—¡Entonces lo quieres para mantener alta la moral! —A esas alturas, Bellonda hubiera aceptado casi cualquier justificación.

Odrade miró a Sheeana con ojos radiantes. *¡Mi querida y lista pequeña!* Sheeana no sólo había dejado de atosigar a Bellonda, sino que había emprendido la tarea de reforzar la autoestima de la vieja mujer siempre que le era posible. Bell lo sabía, por supuesto, y ahí se planteaba una de las inevitables preguntas Bene Gesserit: *¿Por qué?*

Reconociendo las sospechas, Sheeana dijo:

—Realmente estamos discutiendo acerca de Miles y Duncan. Y yo, por una vez, estoy cansada de ello.

—¡Si tan sólo supiera lo que estás haciendo realmente, Dar! —dijo Bellonda.

—¡La energía tiene sus propios esquemas, Bell!

—¿Qué quieres decir? —Completamente desconcertada.

—Van a encontrarnos, Bell. Y sé cómo.

Bellonda jadeó.

—Somos esclavas de nuestros hábitos —dijo Odrade—. Esclavas de las energías que creamos. ¿Pueden los esclavos conseguir por la fuerza la libertad? Bell, tú conoces el problema tan bien como yo.

Por una vez, Bellonda no se mostró desconcertada.

Odrade la miró fijamente.

Orgullo, eso era lo que veía Odrade cuando miraba a sus Hermanas y sus entornos. La dignidad era tan sólo una máscara. No había auténtica humildad. En vez de ello, había aquella visible conformidad, un auténtico esquema Bene Gesserit que, en una sociedad consciente del peligro de los esquemas, sonaba como un estruendoso bocinazo de advertencia.

El argumento que había utilizado Odrade con Murbella dio una vuelta completa.

—*Hay un componente inconsciente en todo comportamiento humano. Las palabras intentan enmascararlo. A menudo es mejor observar lo que hace la gente e ignorar lo que dice. Las discordancias entre comportamiento y palabras son*

*extremadamente reveladoras. La acción habla por sí misma.*

Sheeana estaba confusa.

—¿Hábitos?

—Tus hábitos siempre te persiguen. El yo que tú construyes te perseguirá también. Un fantasma vagando a tu alrededor en busca de tu cuerpo, ansioso por poseerte. Somos adictas al yo que construimos. Esclavas de lo que hemos hecho. ¡Somos adictas a las Honoradas Matres, y ellas a nosotras!

—¡Otro poco más de tu condenado romanticismo! —dijo Bellonda.

—Sí, soy una romántica... de la misma forma que lo era el Tirano. Se sensibilizó a sí mismo a la forma prefijada de su creación. Yo soy sensitiva a su trampa presciente.

*Pero oh, qué cerca está el cazador, y qué profundo es el abismo.*

Bellonda no se sintió apaciguada.

—Has dicho que sabías cómo iban a encontrarnos.

—Sólo tienen que reconocer sus propios hábitos y... ¿Sí? —A una acólita mensajera que apareció procedente de un pasadizo cubierto detrás de Bellonda.

—Madre Superiora, es la Reverenda Madre Dortujla. La Madre Fintil la ha traído al Campo de Aterrizaje y estarán aquí dentro de una hora.

—¡Llévala a mi cuarto de trabajo! —Odrade miró a Bellonda con ojos casi salvajes—. ¿Ha dicho algo?

—La Madre Dortujla está enferma —dijo la acólita.

*¿Enferma? Qué cosa más extraordinaria de decir de una Reverenda Madre.*

—Reserva tu juicio. —Era la Bellonda-Mentat la que hablaba, la Bellonda enemiga del romanticismo y la alocada imaginación.

—Haz que venga Tam como observadora —dijo Odrade.

Dortujla entró cojeando y apoyándose en un bastón, con Fintil y Streggi ayudándola. Sin embargo, había firmeza en los ojos de Dortujla, y una sensación de medirlo todo en cada mirada que lanzaba a su alrededor. Llevaba la capucha echada hacia atrás, revelando su pelo castaño oscuro con mechas marfileñas, y cuando habló su voz arrastraba un tremendo cansancio.

—He hecho lo que vos ordenasteis, Madre Superiora.

—Mientras Fintil y Streggi abandonaban la habitación, Dortujla se sentó, sin ser invitada a ello, en una mecedora al lado de Bellonda. Una breve mirada a Sheeana y Tamalane a su izquierda, luego una dura mirada a Odrade—. Se reunirán con vos en Conexión. ¡Piensan que la elección del lugar es idea suya, y vuestra Reina Araña está allí!

—¿Cuándo?

—Desean cien días estándar a contar desde ahora. Puedo ser más precisa si lo deseáis.

—¿Por qué tanto tiempo? —preguntó Odrade.

—¿Deseáis mi parecer? Utilizarán ese tiempo para reforzar sus defensas en Conexión.

—¿Qué garantías? —Esa era Tam, concisa como siempre.

—Dortujla, ¿qué te ha ocurrido? —Odrade se sentía impresionada por la temblorosa debilidad aparente de la mujer.

—Efectuaron experimentos conmigo. Pero eso no es importante. Los acuerdos son lo importante. En lo que vale, prometieron seguridad absoluta en vuestra llegada y a vuestra partida de Conexión. No lo creo. Se os permite un *pequeño* séquito de servidores, no más de cinco. Cabe suponer que matarán de todos modos a cualquiera que os acompañe, aunque... Puede que haya conseguido hacerles comprender el error que sería eso.

—¿Esperan que les brinde la sumisión de la Bene Gesserit? —La voz de Odrade no había sido nunca tan fría. Las palabras de Dortujla alzaban el espectro de la tragedia.

—Este es su aliciente.

—¿Las Hermanas que fueron con vos? —preguntó Sheeana.

Dortujla se golpeó la frente, un gesto común en la Hermandad.

—Las tengo. Todas estamos de acuerdo en que las Honoradas Matres deben ser castigadas.

—¿Muertas? —Odrade obligó a que la palabra saliera de entre sus labios apretados.

—Intentando obligarme a unirme a sus filas. *¿Lo ves? Mataremos a otra si no aceptas.* Les dije que nos mataran a todas y terminaran con aquello y olvidaran la reunión con la Madre Superiora. No aceptaron esto hasta que se quedaron sin rehenes.

—¿Las Compartiste a todas? —preguntó Tamalane. Sí, aquella era la preocupación principal de Tam a medida que se acercaba a su propia muerte.

—Mientras pretendía asegurarme de que estaban realmente muertas. Vos ya conocéis el proceso. ¡Esas mujeres son grotescas! Poseen Futars enjaulados. Los cuerpos de mis Hermanas fueron arrojados a las jaulas, donde los Futars los devoraron. La Reina Araña, un nombre apropiado... me obligó a presenciarlo.

—¡Repugnante! —dijo Bellonda.

Dortujla suspiró.

—Ellas no sabían, naturalmente, que poseo visiones peores en las Otras Memorias.

—Buscaban abrumar tus sensibilidades —dijo Odrade—. Estúpido. ¿Se sorprendieron cuando no reaccionaste como esperaban?

—Más bien creo que lo lamentaron. Pienso que han visto a otras reaccionar del

mismo modo que yo. Les dije que aquella era una forma tan buena como cualquier otra de fertilizar la vida. Supongo que eso fue lo que más las enfureció.

—Canibalismo —murmuró Tamalane.

—Sólo en apariencia —dijo Dortujla—. Definitivamente, los Futars no son humanos. Animales salvajes apenas domesticados.

—¿Algunos Adiestradores? —preguntó Odrade.

—No vi ninguno. Los Futars hablaban. Decían «¡Comida!» antes de empezar a devorar, e intentaban asir a las Honoradas Matres a su alrededor. «¿Tú hambre?» Ese tipo de cosas. Más importante era lo que ocurría una vez habían comido.

Dortujla se vio interrumpida por un acceso de tos.

—Probaron con venenos —dijo—. ¡Estúpidas mujeres!

Cuando recuperó el aliento, prosiguió:

—Un Futar se acercó a los barrotes de su jaula después de su... ¿banquete? Miró a la Reina Araña, y gritó. Nunca había oído un sonido igual. ¡Estremecedor! Todas las Honoradas Matres de aquella habitación se inmovilizaron, y juraría que se sintieron aterrorizadas.

Sheeana tocó el brazo de Dortujla.

—¿Un predador inmovilizando a su presa?

—Indudablemente. Tenía cualidades de la Voz. Los Futars parecieron sorprendidos de que yo no me inmovilizara también.

—¿Cuál fue la reacción de las Honoradas Matres? —preguntó Bellonda. Sí, un Mentat necesitaba este dato.

—Un clamor general cuando recuperaron sus voces. Muchas le gritaron a la Gran Honorada Madre que destruyera a los Futars. Ella, sin embargo, se lo tomó con más calma. «Son demasiado valiosos vivos», dijo.

—Un signo de esperanza —observó Tamalane.

Odrade miró a Bellonda.

—Voy a ordenar a Streggi que traiga aquí al Bashar. ¿Alguna objeción?

Bellonda agitó secamente la cabeza. Sabían que había que correr el riesgo, pese a las dudas acerca de las intenciones de Teg.

Odrade le dijo a Dortujla:

—Quiero que te quedes en mis aposentos de huéspedes. Enviaremos a los Suks. Ordena lo que necesites y prepárate para una reunión plena del Consejo. Eres una consejera especial.

Dortujla dijo, mientras se ponía trabajosamente en pie:

—No he dormido en casi quince días, y necesitaré una comida especial.

—Sheeana, ocúpate de eso y haz que vengan los Suks. Tam, quédate con el Bashar y Streggi. Informa regularmente. Deseará ir al acantonamiento y tomarlo personalmente a su cargo. Proporcióname un com-enlace con Duncan. Ningún



obstáculo debe alzarse entre ellos.

—¿Quieres que me quede aquí con él? —preguntó Tamalane.

—Tú eres su sanguijuela. Streggi no lo llevará a ningún lugar sin tu conocimiento. El quiere a Duncan como su Maestro de Armas. Asegúrate de que acepta el confinamiento de Duncan en la nave. Bell, cualquier dato sobre armas que solicite Duncan... tiene prioridad absoluta. ¿Algún comentario?

No hubo comentarios. Pensamientos acerca de las consecuencias sí, pero la decisión en la actitud de Odrade era infecciosa.

Volviendo a sentarse, Odrade cerró los ojos y aguardó hasta que el silencio le dijo que estaba sola. Los com-ojos seguían observando, por supuesto.

*Saben que estoy agotada. ¿Quién no lo estaría bajo estas circunstancias? ¡Otras tres Hermanas muertas por esos monstruos! ¡Bashar! ¡Tienen que sentir nuestro látigo y conocer la lección!*

Cuando oyó a Streggi llegar con Teg, Odrade abrió los ojos. Streggi lo llevaba de la mano, pero había algo en ellos que indicaba que no se trataba de un adulto conduciendo a un niño. Los movimientos de Teg indicaban que le concedía a Streggi permiso para tratarlo de esa forma. Habría que advertirle a ella.

Tam les seguía, y se dirigió a una silla cerca de las ventanas que estaban directamente debajo del busto de Chenoeh. ¿Una posición significativa? Tam hacía cosas extrañas últimamente.

—¿Deseáis que me quede, Madre Superiora? —Streggi soltó la mano de Teg y aguardó cerca de la puerta.

—Siéntate allí al lado de Tam. Escucha y no interrumpas. Debes saber lo que se va a requerir de ti.

Teg se dejó caer en la silla recientemente ocupada por Dortujla.

—Supongo que esto es un consejo de guerra.

*Hay un adulto tras esta voz infantil.*

—Todavía no te pregunto tu plan —dijo Odrade.

—Bien. Lo inesperado toma más tiempo, y puede que no sea capaz de decirte lo que pretendo hasta el momento mismo de la acción.

—Te hemos estado observando con Duncan. ¿Por qué estás interesado en las naves de la Dispersión?

—Las naves de largo alcance poseen una apariencia distintiva. Las vi en el campo de Gammu.

Teg se reclinó en su asiento y se dejó hundir en él, contento de la brusquedad que notaba en la actitud de Odrade. ¡Decisiones! No largas deliberaciones. Eso encajaba con sus necesidades. *No deben saber el alcance total de mis habilidades. Todavía no.*

—¿Camuflarás una fuerza de ataque?

Bellonda cruzó la puerta de la estancia en el momento en que Odrade estaba

hablando, y gruñó una objeción mientras se sentaba:

—¡Imposible! Tendrán códigos de reconocimiento y señales secretas para...

—Déjame a mí decidir eso, Bell, o retírame del mando.

—¡Esto es cosa del Consejo! —dijo Bellonda—. Tú no puedes...

—¿Mentat? —La miró intensamente, con el Bashar brotando en sus ojos.

Cuando ella calló al fin, dijo:

—¡No cuestiones mi lealtad! ¡Si tienes que debilitarme, sustitúyeme!

—Déjale decir lo que tenga que decir. —Esa era Tam, desde su posición debajo del busto de Chenoeh—. Este no es el primer Consejo donde el Bashar es considerado como nuestro igual.

Bellonda bajó su barbilla una fracción de milímetro.

Teg dijo a Odrade:

—Evitar la guerra es un asunto de inteligencia... la unión de la variedad y el poder intelectual.

*¡Arrojándonos a la cara nuestra propia jerga!* Odrade oyó al Mentat en su voz, y obviamente Bellonda también debía oírlo. Inteligencia e inteligencia: la visión desdoblada. Sin ello, la guerra ocurría a menudo como un accidente.

El Bashar permanecía sentado en silencio, dejando que hirvieran aquello en el caldo de sus propias observaciones históricas. El ansia del conflicto penetraba mucho más profundamente que la consciencia. El Tirano había tenido razón. La humanidad actuaba como «un animal». Las fuerzas que impulsaban a ese gran animal colectivo retrocedían hasta los días tribales y más allá aún, como hacían tantas otras fuerzas a las cuales respondían los humanos sin pensar.

*Mezcla los genes.*

*Expande el liebensraum para tus propios reproductores.*

*Cosecha las energías de los otros: recoge esclavos, peones, sirvientes, siervos, mercados, trabajadores... Los términos eran a menudo intercambiables.*

Odrade se dio cuenta de lo que estaba haciendo. El conocimiento absorbido de la Hermandad ayudaba a hacer de él el incomparable Bashar Mentat. Mantenía esas cosas como instintos. El consumo de energía conducía a la violencia de la guerra. Esto era descrito como «codicia, miedo (de que otros tomaran tus reservas), hambre de poder», y así y así en fútiles análisis. Odrade los había oído incluso de Bellonda, que obviamente no estaba aceptando bien que un *subordinado* tuviera que recordarles lo que ya sabían.

—El Tirano lo sabía —dijo Teg—. Duncan lo cita. «La guerra es un esquema de comportamiento que tiene sus raíces en los seres unicelulares de los mares primigenios. Come todo lo que toques o ello te comerá a ti.»

—¿Qué es lo que propones? —Bellonda, casi restallante.

—Una finta en Gammu, luego golpear su base en Conexión. Para eso necesitamos

observaciones de primera mano. —Miró fijamente a Odrade.

¡Lo sabe! El pensamiento llameó en la mente de Odrade.

—¿Crees que tus estudios sobre Conexión cuando era una base de la Cofradía siguen siendo aún exactos? —preguntó Bellonda.

—No han tenido tiempo de cambiar mucho el lugar de lo que tengo almacenado aquí. —Se golpeó la frente, en una extraña parodia del gesto de la Hermandad.

—Englobamiento —dijo Odrade.

Bellonda la miró secamente.

—¡El coste!

—Perderlo todo es más costoso —dijo Teg.

—Los sensores del Pliegue espacial no tienen que ser grandes —dijo Odrade—. ¿Puede ajustarlos Duncan para crear una explosión Holzmänn al contacto?

—Las explosiones deberían ser visibles y proporcionarnos una trayectoria. —Teg se echó hacia atrás en su asiento y miró a una zona indefinida en la pared de atrás de Odrade.

¿Lo aceptarían? No se atrevía a asustarlas con otro despliegue de talentos salvajes. ¡Si Bell supiera que podía ver las no-naves!

—¡Hazlo! —dijo Odrade—. Tú tienes el mando. Úsalo. Hubo una clara sensación de ahogadas risas de Taraza en las Otras Memorias. *¡Dale rienda suelta! ¡Así es como yo conseguí una tan gran reputación!*

—Una cosa —dijo Bellonda. Miró a Odrade—. ¿Vas a ser tú su espía?

—¿Qué otra persona puede ir allí y transmitir observaciones?

—¡Estarán monitorizando todos los medios de transmisión!

—¿Incluso el que dice a nuestra no-nave que está aguardando que no hemos sido traicionadas? —preguntó Odrade.

—Un mensaje cifrado oculto en la transmisión —dijo Teg—. Duncan ha ideado un sistema de cifra que tomará meses descifrar, aunque dudamos que detecten su presencia.

—Es una locura —murmuró Bellonda.

—Conocí a un comandante militar de las Honoradas Matres en Gammu —dijo Teg—. Negligente cuando llegaba a detalles importantes. Creo que confían demasiado en sí mismos.

Bellonda se lo quedó mirando fijamente, y fue el Bashar quien le devolvió la mirada a través de los inocentes ojos de un niño.

—Abandonad toda cordura, vosotros que entráis ahí —dijo Teg.

—¡Salid de aquí, todos! —ordenó Odrade—. Tenéis trabajo que hacer. Y, Miles...

Este ya se había levantado de su silla, pero se detuvo allí, aguardando como siempre había hecho cuando la Madre tenía que decirle algo importante.

—¿Te refieres a la locura de los acontecimientos dramáticos que siempre

amplifica la guerra?

—¿Qué otra cosa? ¡Seguro que no pensarás que me refiero a tu Hermandad!

—Duncan juega a veces a estos juegos.

—No deseo vernos atrapados por la locura de las Honoradas Matres —dijo Teg—. Es algo contagioso, ¿sabes?

—Han intentado controlar el impulso sexual —dijo Odrade—. Eso siempre las hace huir de ti.

—Locura desbocada —admitió él. Se inclinó contra la mesa, su barbilla apenas por encima de su superficie—. Algo condujo a esas mujeres de vuelta aquí. Duncan tiene razón. Están buscando algo y huyendo al mismo tiempo.

—Tienes noventa días estándar para prepararte —dijo ella—. Ni un día más.

Cuando estuvo a solas, Odrade se sintió casi extraña. Su propia visión de conjunto le decía que las guerras siempre eran aborreciblemente similares. La mayor parte de ellas completamente innecesarias en su conjunto, como decía Teg. Los motivos se hallaban ocultos bajo sistemas de enmascaramiento, transferidos y traducidos a explicaciones racionales que ocultaban fuerzas más profundas.

*¿Qué es lo que me oculto de mí misma?*

La lección de los tres mil quinientos años del Tirano estaba ahí en su consciencia. Los jóvenes sufrieron de la forma más brutal... muriendo o viéndose convertidos en unos tullidos para el resto de sus penosas vidas. También sufrieron dolores mentales. Heridas subjetivas, llevadas silenciosamente, pero no por ello menos debilitantes. Qué fácil resultaba pensar en las muchas cosas más bien ordinarias que se hubieran podido hacer para escapar de todo aquello. Unas mentes llenas de *si tan solo* y *si hubiera podido*.

—*Si tan sólo no me hubiera metido en aquel lugar. Si tan sólo no hubiera ido a orinar justo entonces. ¿Soy uno de esos viejos y poderosos que crean esas lamentables estupideces?* Este (sabía Odrade) era exactamente el hilo de pensamiento al que Teg la había dirigido. ¡Deliberadamente! ¡Maldita fuera su madre! Casi había hecho una Hermana de él.

*Pero yo no soy una de esas que se quedan en un lugar seguro de mando desde donde puedo lanzar mis órdenes con un peligro mínimo para mí. Debo ir a Conexión. ¿Y a quién me atreveré a llevar conmigo?*

Ese era otro elemento del silencioso mensaje del Bashar. El había arriesgado su propia carne en la batalla. Pero incluso allí, sus capacidades Mentat le decían dónde el impacto de su gesto valía la pena de correr el riesgo.

Se sintió terriblemente cínica cuando esos pensamientos acudieron a su cabeza. Fue necesario recordarse a sí misma el enemigo, la hosca adicción a la cual se oponía ahora la Hermandad. *¡Una cantidad controlada de masacre posee un efecto saludable sobre los supervivientes!* Qué horrible parodia de la Bene Gesserit. Se

sintió casi explosiva ante aquel pensamiento.

*¿Debo enviar a alguna otra a Conexión en mi lugar? Todo el mundo lo comprendería. «Pero por la gracia de mi cobardía, debo ir.»*

*¡Oh, ser una superviviente!*

Y qué a menudo traducían los humanos cobardía por sagacidad. *«¡Fui demasiado lista para jugar su estúpido juego!»* Y a veces podía ser cierto.

*Pero estamos comprometidas.*

Casi la única gracia salvable que poseían aquellas estupideces periódicas, pensó, era una cierta gracia de estilo demostrada por algunos participantes. Unas pocas figuras militares habían observado esto y lo habían practicado a lo largo de los eones. Teg era uno de ellos. Tenía estilo. Una vez más, se volvió cínica. Las masas que creían en sus historias decían: *«¿Teg? ¡Dioses! ¡Eso sí era un hombre!»* ¿Pero cuánto de ese hombre permanecía en este cuerpo inmaduro?

¿Podía seguir viviendo de acuerdo con su mitología? Pero su auténtica fuerza residía en otro reino. Es sabio a nuestra manera.

*Advirtiéndome acerca del contagio del poder sexual. ¡La locura de las Honoradas Matres!* No importaba su número abrumador, seguían siendo como un niño arrojando un barco de juguete a un fuerte remolino. ¿Y qué iban a poder decir cuando se produjera el desastre? *«¡Oh, mami! ¡Esa mala agua oscura se llevó mi juguete!»* Estaban ya desesperadas, exactamente como decía Teg, y ocultando algo, ocultándolo incluso de sí mismas. ¡Qué enorme palanca daba eso a la Bene Gesserit! Las Honoradas Matres luchando por el dominio ahí afuera en la Dispersión, y luego siendo echadas a un lado. Eso era lo que las había traído hasta aquí, y no deseaban enfrentarse a su fracaso.

Teg lo sabía también. Siempre soberbio leyendo las evidencias, adivinando las auténticas intenciones, viendo debajo de las máscaras.

*Deposita su confianza en la gente.*

Vio que esto estaba también en su silencioso mensaje a ella.

*Él sabe lo que voy a hacer. ¡Ha visto a Murbella, y lo sabe!*

## Capítulo XXXIV

*Ish yara al-ahdab hadbat-u.*

*(Un jorobado no ve su propia joroba: Dicho popular).*

*Comentario Bene Gesserit: La joroba puede verse con ayuda de espejos, pero los espejos muestran toda la persona.*

***El Bashar Teg***

Había una debilidad en la Bene Gesserit que Odrade sabía que toda la Hermandad iba a reconocer muy pronto. No representaba ningún consuelo el haberla visto primero. *¡Negar nuestro más profundo recurso cuando más lo necesitamos!* Las Dispersiones habían ido más allá de la habilidad de los humanos de reunir las experiencias en forma manejable. *Solamente podemos extraer lo esencial, y eso es un asunto de juicio.* Datos vitales solían permanecer latentes en grandes y pequeños acontecimientos, acumulaciones llamadas instinto. Así que finalmente era eso... debían volver a caer en el conocimiento no expresado.

En esta época, la palabra «refugiados» adquiría el color de su significado preespacial. Los pequeños grupos de Reverendas Madres enviadas fuera por la Hermandad tenían algo en común con las antiguas escenas de eternos desplazados recorriendo carreteras olvidadas, con sus miserables pertenencias atadas en jirones de ropas, o metidas en cochecillos de niños y carretones de juguete, o apiladas sobre decrepitos vehículos, restos de humanidad aferrándose a lo poco que les quedaba, rostros blancos por la desesperanza o enrojecidos por la desesperación.

*Así es como repetimos la historia, y la repetimos, y la repetimos.*

Mientras entraba en el tubo poco antes de la comida, los pensamientos de Odrade se centraron en sus Dispersas Hermanas: refugiadas políticas, refugiadas económicas, refugiadas antes de la batalla.

*¿Es ésta tu Senda de Oro, Tirano?*

Visiones de sus Dispersas atormentaban a Odrade cuando entró en el Comedor Reservado de Central, un lugar donde sólo podían penetrar las Reverendas Madres. Ellas mismas se servían allí en el autoservicio.

Habían pasado veinte días desde que había soltado a Teg al acantonamiento. Los rumores llenaban Central, especialmente entre las Censoras, aunque no había todavía ninguna señal de otra votación. Hoy tenían que anunciarse nuevas decisiones, y harían algo más que nombrar a aquéllas que la acompañarían a Conexión.

Miró a su alrededor en el comedor, un lugar austero de amarillas paredes, techo bajo, pequeñas mesitas cuadradas que podían unirse en hileras para grupos más numerosos. Las sillas eran posesiones individuales, situadas como afirmaciones de un

status en la jerarquía.

*Incluso aquí, pensó Odrade. Un lugar acorde con el grado.*

El personal de servicio estaba trayendo ya la comida de la cocina. Hoy era bullabesa y menú vegetariano, observó. La estancia estaba empezando a llenarse con grupos variados... Censoras, especialistas de diversa índole; reconoció a cuatro del enlace con el Control del Clima.

Las ventanas a un lado revelaban un jardín cerrado bajo un techo translúcido. Albaricoqueros enanos llenos de verdes frutos, césped, bancos, pequeñas mesas. Las Hermanas comían fuera cuando la luz del sol penetraba en el cerrado patio. Hoy no había sol.

Ignoró la cola en el autoservicio, donde había sido hecho un lugar para ella. *Más tarde, Hermanas.*

En la mesa del rincón cerca de las ventanas reservada para ella, cambió deliberadamente las sillas. La silla-perro marrón de Bell pulsó débilmente ante aquel desacostumbrado movimiento. Odrade se sentó dando la espalda a la habitación, sabiendo que aquello sería interpretado correctamente: *Dejadme con mis propios pensamientos.*

Mientras aguardaba, contempló el jardín al otro lado de la ventana. Un seto de exóticos arbustos de hojas púrpura estaba en flor... enormes masas de flores rojas con delicados estambres de un intenso amarillo.

Bellonda llegó primero, dejándose caer en la silla-perro sin ningún comentario acerca de su nueva posición. Bell aparecía frecuentemente desaseada, el cinturón flojo, la túnica arrugada, con manchas de comida en el regazo. Hoy estaba pulcramente limpia.

*¿A qué es debido eso?*

Las Reverendas Madres presentaban una personalidad propia ante las hermanas y amigas elegidas. Tan sólo fuera de ese círculo se ponían «el rostro de bruja y la máscara Bene Gesserit».

*Debe ver que me siento curiosa acerca de su acicalamiento.*

—Tam y Sheeana se retrasarán —dijo Bellonda.

Odrade lo aceptó sin detener el estudio de aquella Bellonda distinta. ¿Estaba un poco más delgada? No había forma de aislar completamente a una Madre Superiora de lo que se hallaba o entraba en el área de sus sentidos, pero a veces las presiones del trabajo la distraían de los pequeños cambios. Aquel era sin embargo el hábitat natural de las Reverendas Madres, y las evidencias negativas eran tan iluminadoras como las positivas. Reflexionando sobre aquello, Odrade se dio cuenta de que aquella nueva Bellonda llevaba varias semanas con ellos.

Bellonda permaneció extrañamente silenciosa después de aquel anuncio inicial. *¿Bell, la rebelde?* Normalmente las buenas se rebelaban de una u otra forma, algo

que los perros guardianes siempre tenían en cuenta cuando observaban a la Madre Superiora. *¡Miradme ahora, Hermanas!*

Algo le había ocurrido a Bellonda. Cualquier Reverenda Madre podía ejercer un razonable control sobre peso y figura. Un asunto de química interna... refrenar combustiones o dejar que ardan libremente. Desde hacía años, la rebelde Bellonda había alardeado de un cuerpo gordo.

—Has perdido peso —dijo Odrade.

—La grasa estaba empezando a hacerme demasiado lenta.

Eso nunca había sido suficiente razón para que Bell cambiara sus costumbres. Siempre lo había compensado con su rapidez mental, con proyecciones y transportes más rápidos.

—Duncan te ha impresionado realmente, ¿eh?

—¡No soy una hipócrita ni una criminal!

—Es tiempo de enviarte a un Alcázar de castigo, supongo.

Estas pullas recurrentes normalmente irritaban a Bellonda. Hoy no causaron efecto. Pero bajo la presión de la mirada de Odrade, dijo:

—Si quieres saberlo, se trata de Sheeana. Ha ido tras de mí para mejorar mi apariencia y ampliar mi círculo de relaciones. ¡Irritante! Le voy a decir que lo deje correr.

—¿Por qué van a llegar tarde Tam y Sheeana?

—Están revisando tu última reunión con Duncan. He limitado severamente quién puede tener acceso a ella. No hace falta decir lo que ocurrirá cuando sea del conocimiento general.

—Como ocurrirá.

—Inevitablemente. Solamente estoy ganando tiempo para prepararnos.

—No quiero que sea suprimida, Bell.

—Dar, ¿qué *estás* haciendo?

—Lo anunciaré en una Asamblea.

Bellonda no pronunció ninguna palabra, pero su mirada estaba llena de sorpresa.

—Convocar una Asamblea es uno de mis derechos —dijo Odrade.

Bellonda se echó hacia atrás y siguió mirando a Odrade, evaluando, cuestionando... todo ello sin palabras. La última asamblea de la Bene Gesserit había tenido lugar tras la muerte del Tirano. Y antes de eso, cuando el Tirano había tomado el poder. No había sido considerada posible una Asamblea desde el ataque de las Honoradas Matres. Ocupaba demasiado tiempo que era necesario para otras labores desesperadas.

Finalmente, Bellonda preguntó:

—¿Vas a arriesgarte a hacer venir a las Hermanas de nuestros Alcázares supervivientes?



—No. Dortujla las representará. Hay precedentes, ya lo sabes.

—Primero, liberas a Murbella; ahora, esta Asamblea.

—¿Liberar? Murbella está atada por cadenas de oro. ¿Dónde podría ir sin su Duncan?

—Pero el propio Duncan es...

—¿Ha abandonado la nave?

—¡Será mejor que no lo intente!

—A menos que te sientes en mi silla, no pases por encima de mí.

—Le has abierto la armería de la nave, y ahora...

—Has visto la grabación. ¡Revísala! —Otra orden de la Madre Superiora. Bell tenía que obedecer o precipitar una crisis.

Odrade captó el paso de aquel encuentro por la mente de Bellonda. Los com-ojos habían captado cada instante de la escena.

Era a primera hora de la mañana en la nave, hacía tan sólo dos días. Duncan se hallaba en su sala de estar cuando entró Odrade. Oyó el siseo de sus ropas y se volvió de cara a ella. ¡Qué franca su expresión! Ostentosas emociones como clave a sus frustraciones e irritación. Ella no intentó ocultar su respuesta.

—¡Duncan! Nos molestas con tu irritación. Una cosa es llamar hipócrita a Bell, pero la Madre Superiora...

—¿...está por encima de esas cosas? ¿O debo presentaros mis excusas? Después de todo, siempre podéis desarrollar otros gholas.

—No se trata de excusas. Te resientes de la forma en que quiero utilizar a Murbella, y piensas que envío a Teg a la muerte.

—¿Estoy equivocado?

—¡Esas no son preocupaciones que te correspondan, Mentat! Este es un momento que requiere decisiones de batalla. Es por eso por lo que te dejo en libertad de decidir tu propio futuro.

—¿Qué? —Realmente desconcertado.

—Voy a retirar tus guardias. Tan sólo Scytale seguirá como prisionero.

—¿Queréis decir que...? —Señaló vagamente hacia su derecha, indicando el exterior.

—Es tu decisión. No me lavo las manos con respecto a ti; simplemente te dejo libre. No captarás la crueldad implícita hasta que reflexiones sobre ello.

—¿Queréis decir que puedo abandonar la nave?

—Si tú quieres.

—Pero si los cazadores están utilizando Navegantes de la Cofradía...

—Como seguramente están haciendo.

—¡Maldita Seáis!

—Es un regalo Atreides para ti, Duncan.

—¡Un regalo!

—¿Te das cuenta? Completa confianza en tu consciencia.

—Si yo os traicionara... ¡vos pondríaís a toda la Hermandad sobre esa consciencia!

—¡Yo no estoy poniendo nada sobre tu consciencia! Es tu propia elección el hacer lo que desees.

Observó el silencioso debatirse del hombre. *Ahhh, te he alarmado profundamente.*

—La libertad —murmuró Duncan.

*¿Lo ves, Duncan? La libertad te deja a tus propias expensas. Ya no puedes seguir buscando fuerzas externas, reglas establecidas por otros. ¿Estás preparado para esto?*

El se volvió de espaldas a ella y se dirigió a la reproducción del Van Gogh que había colgado en la pared, allá donde pudiera verla desde su sillón favorito.

Odrade mantuvo su silencio.

*¿Te sirve ahora la Biblia Católica Naranja, Duncan? Nunca le prestaste mucha atención en tus pasados. ¿Dónde mirarás en busca de guía moral? ¡No fuera, Duncan! Dentro. Tú conoces tus deudas y tus deudores. ¿A quién recurrirás in extremis? ¿Has mantenido un balance de cobros y pagos? Nunca en una forma completa, estoy segura de ello. No eres el tipo. Borrar la pizarra e irte, ése eres tú. Llevarte los odios y las furias como equipaje de mano. Eres un superviviente. O de otro modo nunca hubieras escapado de Gammu cuando los Harkonnen estaban torturando y matando a tu familia. Sobreviviste a los pozos de esclavos Harkonnen. ¡Ve si puedes sobrevivir a la libertad!*

El se volvió hacia ella.

—¡Determinismo!

—Ahora, simplemente otro ruido, Duncan.

—El Bashar requiere armamento innovador. Necesito tan sólo mi libertad a la armería de la nave.

—Una admirable interpretación de la libertad —dijo Odrade.

En el Comedor Reservado, Bellonda repitió aquella última observación de Odrade a Duncan, luego:

—¿Crees que eso es todo lo que tomará?

—Lo sé.

—Me haces recordar a Jessica volviéndole la espalda al Mentat que hubiera podido matarla.

—El Mentat estaba inmovilizado por sus propias creencias.

—A veces el toro cornea al matador, Dar.

—La mayor parte de las veces no lo hace.

—¡Nuestra supervivencia no debe depender de estadísticas!

—De acuerdo. Por eso convoco una Asamblea.

—¿Acólitas incluidas?

—Todas.

—¿Incluso Murbella? ¿Ha efectuado el voto de acólita?

—Creo que por aquel entonces puede ser ya una Reverenda Madre.

Bellonda jadeó. Luego:

—¡Te mueves demasiado aprisa, Dar!

—Estos tiempos lo requieren.

Bellonda miró hacia la puerta del comedor.

—Aquí está Tam. Más tarde de lo que esperaba. Me pregunto si se tomó el tiempo de consultar a Murbella.

Tamalane llegó, respirando fuertemente a causa de la prisa. Se dejó caer en su silla-perro azul, observó las nuevas posiciones, y dijo:

—Sheeana llegará de un momento a otro. Está mostrándole unas grabaciones a Murbella.

—Murbella no actuará contra Duncan —dijo Odrade.

—¡Pero qué revelación observarla! —dijo Tamalane.

Odrade tuvo que aceptar aquello. Observar a Murbella revelaba mucho. Pero las palabras de Tam reflejaban miedo, una distracción. Los miedos que ni siquiera la Letanía disipaba las debilitaban a todas. La debilidad traía al hacha mucho más cerca.

Bellonda se dirigió a Tamalane:

—Va a someter a Murbella a la Agonía y a convocar una Asamblea.

—No me sorprende. —Tamalane habló con su eterna precisión—. La posición de esa Honorada Madre tiene que ser resuelta tan pronto como sea posible.

Sheeana se unió a ellas y ocupó la silla a la izquierda de Odrade, hablando mientras se sentaba.

—¿Habéis observado caminar a Murbella?

Odrade fue tomada por sorpresa por la forma en que aquella brusca pregunta, formulada sin ningún preámbulo, fijó su atención. *Murbella caminando a través del patio*. Observada desde una ventana alta aquella misma mañana. Había belleza en Murbella, y los ojos no podían evitarla. Para las otras Bene Gesserit, Reverendas Madres y acólitas juntas, era algo más bien exótico. Había llegado ya crecida del peligroso Exterior. *Una de ellas*. Eran sus movimientos, sin embargo, los que atraían la mirada. Había en ella una homeostasis que iba más allá de las normas.

La pregunta de Sheeana redirigió la mente de la observadora. Algo acerca del completamente aceptable paso de Murbella por el patio requería un nuevo examen. ¿Qué era?

Los movimientos de Murbella eran siempre cuidadosamente elegidos. Excluían

todo lo no requerido para ir de aquí hasta allí. *¿La senda de la menor resistencia?* Era una visión de Murbella que envió una punzada al cuerpo de Odrade. Sheeana lo había visto, por supuesto. ¿Era Murbella una de esas que elegían cada vez el camino más fácil? Odrade podía ver esa pregunta en los rostros de sus compañeras.

—La Agonía sacará todo esto fuera —dijo Tamalane.

Odrade miró directamente a Sheeana.

—¿Y bien? —Era ella quien había formulado la pregunta, después de todo.

—Quizá tan sólo sea que no malgasta energías. Pero estoy de acuerdo con Tam: la Agonía.

—¿Estamos cometiendo un terrible error? —preguntó Bellonda.

Algo en la forma en que fue formulada esta pregunta le dijo a Odrade que Bell había efectuado una recapitulación Mentat. *¡Había visto lo que pretendía ver!*

—Si conoces un camino mejor, revélalo ahora —dijo Odrade—. *O cállate.*

El silencio las aferró. Odrade miró sucesivamente a sus compañeras, deteniéndose un poco más en Bell.

*¡Ayudadnos, dioses, seáis los que seáis! Y yo, siendo una Bene Gesserit, soy demasiado agnóstica como para hacer esta súplica con algo más que con la esperanza de cubrir todas las posibilidades. No lo reveles, Bell. Si sabes lo que voy a hacer, sabes que debe aparecer a su debido tiempo.*

—No te equivoques, Bell —dijo Odrade—. Recuerda la broma de Murbella.

Una sonrisa curvó la boca de Sheeana, pero Bellonda oyó otro razonamiento en Odrade. *¿Es Murbella nuestra llave?*

Recordó la «Plegaria Agnóstica», como había sido bautizada cuando apareció en la pared del comedor de las acólitas, escrita con rotulador borrable del utilizado para las notas temporales:

*¡Hey, Dios! Espero que estés ahí.*

*Quiero que oigas la plegaria que te dirijo a ti...*

Con el tumulto de las comensales llegando la perpetradora no había sido vista por los com-ojos, pero todo el mundo supuso que había sido escrita por una acólita avanzada para divertir a sus compañeras. Hasta más tarde no descubrieron los perros guardianes la identidad de la autora, y Odrade tuvo que enfrentarse a ella en una tormentosa sesión de reprimenda: *Murbella...*

Bellonda sacó a Odrade de su ensimismamiento con una tos.

—¿Vamos a comer o a hablar? La gente nos está mirando.

—¿Debemos transigir un poco más con Scytale? —preguntó Sheeana.

*¿Era eso un intento de desviar mi atención?*

—¡No le demos nada! —dijo Bellonda—. Guardémoslo en reserva. Dejémosle que sude.

Odrade miró cuidadosamente a Bellonda. Humeaba sobre el silencio impuesto sobre ella por la secreta decisión de Odrade. Evitaba que sus ojos se encontraran con los de Sheeana. *¡Celosa! ¡Bell está celosa de Sheeana!*

Tamalane dijo:

—Ahora sólo soy una consejera, pero...

—¡No sigas con eso, Tam! —restalló Odrade.

—Tam y yo hemos estado discutiendo acerca de ese ghola —dijo Bellonda. (Idaho era «ese ghola» cuando Bellonda tenía algo despectivo que decir)—. ¿Por qué creía que necesitaba hablar en secreto con Sheeana? —Una dura mirada a Sheeana.

Odrade vio una sospecha compartida. *No acepta la explicación. ¿Rechaza la inclinación emocional de Duncan?*

Sheeana habló rápidamente:

—¡La Madre Superiora explicó eso!

—Emociones —se burló Bellonda.

Odrade alzó la voz, y se sintió sorprendida por su reacción.

—¡Suprimir las emociones es una debilidad! Las hirsutas cejas de Tamalane se alzaron.

Sheeana intervino:

—Si no nos inclinamos, podemos quebrarnos.

Antes de que Bellonda pudiera responder, Odrade dijo:

—El hielo puede ser picado o fundido. Las doncellas de hielo son vulnerables a una sola forma de ataque.

—Tengo hambre —dijo Sheeana.

*¿Una oferta de paz?* No era un papel que esperar del Ratón.

Tamalane se puso en pie.

—Bullabesa. Tenemos que comer nuestro pescado antes de que nuestro mar desaparezca. No hay suficientes reservas de entropía nula.

En el más blando de los simulflujos, Odrade notó la partida de sus compañeras hacia la cola del autoservicio. Las palabras acusadoras de Tamalane le recordaron ese segundo día con Sheeana tras la decisión de eliminar rápidamente el Gran Mar. De pie ante la ventana de Sheeana a primera hora de la mañana, Odrade había observado un pájaro marino moviéndose contra un fondo de desierto. Volaba hacia el norte, una criatura completamente fuera de lugar en aquel entorno, pero hermosa en una forma profundamente nostálgica a causa de ello.

Las blancas alas resplandecían a la primera luz solar. Un toque de negro debajo y frente a sus ojos. Bruscamente planeó, las alas inmóviles. Luego, alzándose en una corriente de aire, agitó sus alas como un halcón y desapareció de la vista tras los más

lejanos edificios. Al reaparecer llevaba algo en su pico, un bocado que tragó en pleno vuelo.

Un pájaro marino solo, y adaptándose.

*Nos adaptamos. Por supuesto que nos adaptamos.*

No era un pensamiento tranquilo. Nada que indujera una respuesta. Más bien algo impresionante. Odrade se había sentido arrojada de un curso peligrosamente derivante. No sólo su bienamada Casa Capitular, sino todo su universo humano estaba desprendiéndose de sus viejas configuraciones y tomando nuevas formas. Quizá fuera correcto en este nuevo universo que Sheeana continuara ocultando cosas de la Madre Superiora. *Y ella está ocultando algo.*

Una vez más, los ácidos tonos de Bellonda devolvieron a Odrade a una consciencia total de su entorno.

—Si no te sirves tú misma, supongo que vamos a tener que ocuparnos de ti. — Bellonda colocó un bol de aromático caldo de pescado frente a Odrade, y un gran trozo de pan de ajo a su lado.

Cuando todas hubieron probado la bullabesa, Bellonda dejó su cuchara sobre la mesa con un seco ruido y miró duramente a Odrade.

—Supongo que no vas a sugerirnos que nos «amemos los unos a los otros» o alguna otra tontería debilitadora parecida.

—Gracias por traerme mi comida —dijo Odrade.

Sheeana tragó un bocado, y una amplia sonrisa llenó su rostro.

—Es deliciosa.

Bellonda volvió a su comida.

—Está bien. —Pero había oído el comentario no formulado.

Tamalane comió sin hacer ninguna pausa, manteniendo su atención fija alternativamente en Sheeana y en Bellonda, y luego en Odrade. Tam parecía estar de acuerdo con una propuesta suavización de las severidades emocionales. Al menos, no voceaba sus objeciones, y las Hermanas más viejas eran las más propensas a objetar.

El amor que la Bene Gesserit intentaba negar estaba por todas partes, pensó Odrade. En cosas tanto pequeñas como grandes. Cuántas formas había de preparar deliciosas y nutritivas comidas, recetas que eran realmente la encarnación de viejos y nuevos amores. Esta bullabesa tan delicadamente nutritiva y con un tal paladar; sus orígenes estaban profundamente implantados en el amor: la esposa en el hogar utilizando una parte de la pesca del día que su esposo no había podido vender.

Odrade vio aquella imagen en sus Otras Memorias más inmediatas. Un cansado pescador trayendo a casa lo que le había sobrado. Si no se cocinaba, se echaría a perder. La esposa utilizando su educado paladar para preparar un plato tentador para el agotado hombre. Tan obvio su cansancio, los codos sobre la mesa, la cabeza inclinada cerca de su tazón. Hombre y mujer sintiéndose renovados. Frustraciones,

rabias, decepciones de la vida, siendo dejados a un lado por otro intervalo.

Qué importantes esos fragmentos de tiempo. Intervalos entre comidas, entre aliento y aliento, entre dos latidos del corazón... Luego banquetes, profundas inspiraciones, lo mejor de la vida en sí misma. La propia esencia de la Bene Gesserit estaba oculta en amores. ¿Para qué otra cosa administrar esas no formuladas necesidades que la humanidad siempre arrastraba consigo? ¿Para qué otra cosa trabajar para el perfeccionamiento de la humanidad?

Una vez vacío el bol, Bellonda depositó su cuchara a un lado y rebañó lo que quedaba con el pan. Masticó y tragó, con aspecto pensativo.

—El amor nos debilita —dijo. No había fuerza en su voz.

Una acólita no lo hubiera dicho de otro modo. Extraído directamente de la Coda. Odrade disimuló su regocijo y contraatacó con otro escalón de la Coda.

—Cuidado con la jerga. Normalmente oculta la ignorancia, y trae consigo muy poco conocimiento.

Una respetuosa cautela llenó los ojos de Bellonda. Sheeana se apartó de la mesa y se secó la boca con su servilleta. Tamalane hizo lo mismo. Su silla-perro se ajustó cuando se echó hacia atrás, con ojos brillantemente divertidos.

*¡Tam lo sabe! La taimada vieja bruja es aún muy lista, a mi propia manera. Pero Sheeana... ¿a qué juego está jugando Sheeana? Casi diría que está esperando distraerme, apartar mi atención de ella. Es muy buena en eso, lo aprendió en mis rodillas. Bien... para jugar a ese juego se necesitan dos. Presionaré a Bellonda, pero mantendré vigilada a mi pequeña expósita de Dune.*

—¿Qué precio tiene la respetabilidad, Bell? —preguntó Odrade.

Bellonda aceptó su aguijonazo en silencio. Oculta en la jerga de la Bene Gesserit había una definición de respetabilidad, y todas ellas la conocían.

—¿Debemos honrar la memoria de Dama Jessica por su humanidad? —preguntó Odrade. *¡Sheeana está sorprendida!*

—¡Jessica puso en peligro a la Hermandad! —*Bellonda acusa.*

—Eso es cierto para la mayoría de nuestras Hermanas —murmuró Tamalane.

—Nuestra antigua definición de respetabilidad ayuda a mantenernos humanas —dijo Odrade. *Óyeme bien, Sheeana.*

Con su voz apenas algo más que un susurro, Sheeana dijo:

—Si perdemos eso lo perdemos todo.

Odrade reprimió un suspiro. *¡De modo que es eso!* Los ojos de Sheeana se cruzaron con los suyos.

—Estáis dándonos instrucciones, por supuesto.

—Pensamientos crepusculares —murmuró Bellonda—. Mejor que los evitemos.

—Taraza nos llamaba «La Bene Gesserit de nuestros días» —dijo Sheeana.

El talante de Odrade se volvió autoacusador.

*El veneno de nuestra actual existencia. Las siniestras imaginaciones pueden destruirnos.*

Qué fácil resultaba conjurar un futuro que las contemplara desde el resplandor de los ojos naranja de las asesinas Honoradas Matres. Temores surgidos de muchos pasados se agazapaban dentro de Odrade, momentos sin aliento enfocados en terribles colmillos que corrían parejos con aquellos ojos.

Mirando de reojo a Odrade, Bellonda dijo:

—Idaho ha sido domesticado. Domesticación... ¿una forma de amor?

Tamalane agitó la cabeza a uno y otro lado. *Una vieja vaca que ha dado nacimiento a un toro soberbio termina finalmente preguntándose sus motivos.*

Sheeana miró a Odrade de la misma forma que un pájaro atrapado miraría a una serpiente.

*¡Sabes que debo forzarlo, Sheeana!*

—¿Domesticar a las Honoradas Matres? —insistió Bellonda.

*Bell no reconoce lo que está ocurriendo aquí. Qué extraño para un Mentat. ¿No ve que nuestro futuro puede contener cosas que ni siquiera imaginamos? Locura más allá de todo lo que nuestros miedos puedan crear. ¿Domesticación? ¿Todo ordenado al servicio de la Bene Gesserit? ¿Animales del campo siéndonos entregados por los dioses creados personalmente por nosotros? ¿Calculadas hileras de cereales y altos arbustos cargados de frutos? ¿Todas las cosas que crecen adiestradas a trabajar para nuestro exclusivo beneficio?*

—Bell nos haría caer en la locura de las Honoradas Matres —dijo Tamalane.

*La advertencia del Bashar.*

Odrade alzó una mano para detener cualquier comentario, pero mantuvo su atención fija en Sheeana.

—¿Quién me acompañará a Conexión?

Todas conocían la terrible experiencia de Dortujla, y la noticia se había difundido por toda la Casa Capitular.

—*Cualquiera que vaya con la Madre Superiora puede terminar siendo arrojada como alimento a los Futars.*

—Tam —dijo Odrade—: tú y Dortujla. —*Y puede que eso sea una sentencia de muerte. El siguiente paso es obvio*—. Sheeana —dijo Odrade—, tú Compartirás con Tam. Dortujla y yo Compartiremos con Bell. Y yo Compartiré también *contigo* antes de marcharme.

Bellonda se mostró horrorizada.

—¡Madre Superiora! No estoy preparada para tomar tu lugar.

Odrade enfocó su atención en Sheeana.

—Eso no ha sido sugerido. Simplemente voy a hacerte depositaria de mis vidas. —Había un claro miedo en el rostro de Sheeana, pero se atrevió a no rechazar una



orden directa. Odrade hizo un gesto a Tamalane—. Yo Compartiré más tarde. Tú y Sheeana lo haréis ahora.

Tamalane se inclinó hacia Sheeana. Los achaques de la edad y de la muerte inminente convirtieron aquello en algo bienvenido para ella, pero Sheeana se echó involuntariamente atrás.

—¡Ahora! —dijo Odrade. *Dejemos que Tam juzgue qué es lo que ocultas.*

No había escapatoria. Sheeana inclinó su cabeza hacia Tamalane hasta que se tocaron. El llamear del intercambio fue casi eléctrico, y todo el comedor lo notó. Las conversaciones se interrumpieron, todas las miradas se volvieron hacia la mesa junto a la ventana.

Había lágrimas en los ojos de Sheeana cuando se apartó. Tamalane sonrió e hizo un suave gesto acariciante con ambas manos a lo largo de las mejillas de Sheeana.

—Todo va bien, querida. Todas pasamos por estos miedos, y a veces hacemos cosas estúpidas a causa de ellos. Pero estoy complacida de llamarte Hermana.

*¡Dínoslo, Tam! ¡Ahora!*

Tamalane no lo hizo. Se enfrentó a Odrade y dijo:

—Debemos aferrarnos a nuestra humanidad a toda costa. Tu lección es bien recibida, y has enseñado a Sheeana bien.

—Cuando Sheeana Comparta contigo, Dar —empezó Bellonda—, ¿no puedes reducir la influencia que tiene sobre Idaho?

—No debilitaré a una posible Madre Superiora —dijo Odrade—. Gracias, Tam. Creo que iniciaremos nuestra aventura a Conexión sin un exceso de equipaje. ¡Bien! Esta noche quiero un informe de los progresos de Teg. Su sanguijuela ha estado demasiado tiempo alejada de él.

—¿Sabrá que ahora tiene dos sanguijuelas? —preguntó Sheeana. *¡Con una tal alegría!*

Odrade se puso en pie.

*Si Tam la acepta, entonces yo también debo hacerlo. Tam nunca traicionaría a nuestra Hermandad. Y Sheeana... de todas nosotras, Sheeana es la que más revela los rasgos naturales de nuestras raíces humanas. Sin embargo... me gustaría que nunca hubiera creado esa estatua a la que llama «El Vacío».*

## Capítulo XXXV

*La religión debe ser aceptada como una fuente de energía. Puede ser dirigida para nuestros propósitos, pero solamente dentro de unos límites que revela la experiencia. Este es el significado secreto del Libre Albedrío.*

### ***Misionaria Protectiva. Enseñanza Primaria***

Un denso manto de nubes había avanzado aquella mañana sobre Central, y el cuarto de trabajo de Odrade estaba sumido en un silencio gris al cual ella se sentía responder con una rigidez interior, como si no se atreviera a moverse debido a que eso agitaría fuerzas peligrosas.

*El día de la Agonía de Murbella, pensó. No debo pensar en presagios.*

Control del Clima había lanzado una advertencia perentoria acerca de las nubes. Se trataba de un *desplazamiento accidental*. Habían sido tomadas medidas correctivas, pero eso requería tiempo. Mientras tanto, eran de esperar fuertes vientos, y podían producirse precipitaciones.

Sheeana y Tamalane permanecían de pie junto a la ventana, contemplando su pobremente controlado clima. Sus hombros se tocaban.

Odrade las observó desde su silla detrás de la mesa. Las dos se habían convertido como en una sola persona desde que ayer habían Compartido, lo cual no era algo inesperado. Se sabía de precedentes, aunque no de muchos. Los intercambios, producidos a menudo en presencia de la venenosa esencia de especia, o en el momento de la muerte, no permitían la mayor parte de las veces posteriores contactos en vida entre las participantes. Era interesante observar. Las dos espaldas eran extrañamente parecidas en su rigidez.

Las fuerzas del extremis que hacían posible el Compartir dictaban poderosos cambios en la personalidad, y Odrade lo sabía con una intimidad que la impulsaba a la tolerancia. Fuera lo que fuese lo que Sheeana ocultaba, Tam lo ocultaba también. *Algo ligado con la humanidad básica de Sheeana*. Y podía confiarse en Tam. Hasta que otra Hermana Compartiera con alguna de ellas, el juicio de Tam tenía que ser aceptado. No se trataba de que los perros guardianes dejaran de sondear y observar minuciosamente, sino de que no necesitaban nuevas crisis precisamente ahora.

Bellonda permanecía sentada inclinada hacia adelante en su silla-perro delante de Odrade, casi hosca tras una repulsa de Tamalane. Bell se consideraba a menudo la responsable de los perros guardianes. *¿Acaso no están canalizados los com-ojos a través de Archivos?* Bell captaba la presencia de un secreto. Lo roería del mismo modo que un castor roe un árbol hasta que el secreto cayera derribado.

—Nuestra historia nos dice que los secretos pueden ser peligrosos. —

Desplegando una clara irritación.

Tamalane había agitado una mano de largas uñas como si estuviera ahuyentando insectos de su rostro.

—¡Sé más cuidadosa con tus irritaciones, Bell!

Sheeana, por una vez, no se había mantenido al margen.

—¡Las irritaciones debilitan!

Sentada allí con aquella irritada expresión, Bellonda estaba preparando a todas luces un nuevo ataque. Nunca aceptaba fácilmente la frustración, pero Odrade sabía que ésta tenía que ser desviada. Estrechar el enfoque, como lo llamaban, era un pecado capital entre las hermanas. El primo primero de la ignorancia. Aquellos que aspiraban a hacer historia no se atrevían a observar el universo a través de unas lentes restrictivas.

—Este es el día de Murbella —dijo Odrade—. No deberías permitir que otras cosas nublen nuestros poderes de observación.

—Las posibilidades de que no sobreviva a la Agonía son grandes —dijo Bellonda, inclinada hacia adelante en su silla-perro—. ¿Qué le ocurrirá entonces a nuestro precioso plan?

*¡Nuestro plan!*

—Extremis —dijo Odrade.

En aquel contexto, era una palabra con varios significados. Bellonda la interpretó como una posibilidad de adquirir la persona/memorias de Murbella en el momento de su muerte.

—¡Entonces no debemos permitir a Idaho que observe!

—Mi orden sigue en pie —dijo Odrade—. Es la voluntad de Murbella, y he dado mi palabra.

—Es un error... un error... —murmuró Bellonda.

Odrade sabía la fuente de las dudas de Bellonda. Visible para todas ellas: en algún lugar en Murbella había algo extremadamente doloroso. Hacía que se apartara de algunas cuestiones como un animal enfrentado a un predador. Fuera lo que fuese, era algo muy profundo. La inducción por hipnotrancia no lo explicaba.

—¡De acuerdo! —Odrade habló en voz muy alta para hacer notar que se dirigía a todas sus oyentes—. No es la forma en que lo hemos hecho siempre antes. Pero no podemos sacar a Duncan de la nave si queremos conseguirlo. Tiene que estar presente.

Bellonda se sentía aún absolutamente impresionada. Ningún hombre, *excepto el maldito Kwisatz Haderach en persona y su hijo el Tirano*, había conocido nunca los particulares de aquel secreto Bene Gesserit. Aquellos *dos monstruos* habían experimentado la Agonía. ¡Dos desastres! No importaba el que la Agonía del Tirano se hubiera abierto camino dentro de él célula a célula hasta transformarlo en un

simbionte de gusano de arena (no ya el gusano original, no ya el hombre original). ¡Y Muad'Dib! Se había atrevido a enfrentarse a la Agonía, ¡y mirad en lo que se había convertido!

Sheeana se volvió de la ventana y dio un paso hacia la mesa, proporcionándole a Odrade la curiosa sensación de que las dos mujeres de pie allí se habían convertido en una figura de Jano: espalda contra espalda, pero solamente una persona.

—Bell está *confundida* por vuestra promesa —dijo Sheeana. Qué suave era su voz.

—Él puede ser el catalizador que impulse a Murbella a través de la prueba —dijo Odrade—. Tendéis a subestimar el poder del amor.

—¡No! —dijo Tamalane, como si se dirigiera a la ventana frente a ella—. Tememos su poder.

—¡Es posible! —Bell seguía burlona, pero eso era natural en ella. La expresión de su rostro decía que seguía implacablemente testaruda.

—Arrogancia —murmuró Sheeana.

—¿Qué? —Bellonda se dio la vuelta en su silla-perro, haciendo que esta chillara con indignación.

—Compartimos un fallo común con Scytale —dijo Sheeana.

—¿Oh? —Bellonda estaba sintiendo retortijones respecto al secreto de Sheeana.

—Creemos que hacemos la historia —dijo Sheeana. Volvió a su posición al lado de Tamalane, ambas mirando por la ventana.

Bellonda volvió su atención a Odrade.

—¿Entiendes eso?

Odrade la ignoró. Dejemos que el Mentat trabaje en ella. El proyector en la mesa de trabajo cliqueteó, y apareció un mensaje. Odrade informó:

—Aún no están preparados en la nave. —Miró a aquellas dos rígidas espaldas frente a la ventana.

*¿Historia?*

En la Casa Capitular había poco de lo que a Odrade le gustara pensar como elaboración de la historia antes de las Honoradas Matres. Tan sólo la firme graduación de las Reverendas Madres pasando por la Agonía.

*Como un río.*

Fluía, e iba a algún lugar. Podías permanecer en su orilla (como Odrade pensaba a veces que hacían allí), y podías observarlo fluir. Un mapa podía decirte dónde iba el río, pero ningún mapa podía revelarte detalles más esenciales. Un mapa nunca te mostraría los movimientos particulares de las cargas que descendían por el río. ¿Adónde iban? Los mapas poseían un valor limitado en aquella época. Un informe impreso o una proyección de Archivos; no era ése el mapa que necesitaban. Tenía que haber alguno mejor en algún lugar, uno unido a todas esas vidas. Podías llevar ese

mapa en tu memoria y sacarlo ocasionalmente para echarle una mirada de cerca.

*¿Qué le ocurrió a la Reverenda Madre Perinte, a la que enviamos el año pasado?*

El *mapa-en-la-mente* podía ocupar un primer plano y crear un «Escenario Perinte». Te representaba realmente a ti en el río, por supuesto, pero esto significaba muy poca diferencia. Seguía siendo el mapa que necesitaban.

*No nos gusta vernos atrapadas en la corriente de algún otro, no saber lo que va a sernos revelado en el siguiente recodo del río. Siempre preferimos sobrevolarlo incluso aunque cualquier posición de mando deba permanecer atada a otras corrientes. Cada fluir contiene cosas impredecibles.*

Odrade alzó la vista para descubrir a sus compañeras observándola. Tamalane y Sheeana habían vuelto sus espaldas a la ventana.

—Las Honoradas Matres han olvidado que aferrarse a cualquier forma de conservadurismo puede ser peligroso —dijo Odrade—. ¿Lo hemos olvidado nosotras también?

Siguieron mirándola, pero habían oído. Conviértete en demasiado conservadora, y te hallarás poco preparada para las sorpresas. Eso era lo que Muad'Dib les había enseñado, y su hijo el Tirano había convertido la lección en algo eternamente inolvidable.

La sombría expresión de Bellonda no cambió.

En las profundidades de la consciencia de Odrade, Taraza susurró:

*—Cuidado, Dar. Yo fui afortunada. Rápida en asir las ventajas. Del mismo modo que tú. Pero no puedes depender de la suerte, eso es lo que les preocupa. No esperes nunca la suerte. Es mucho mejor que confíes en tus imágenes de agua. Deja que Bell diga lo que tiene que decir.*

—Bell —dijo Odrade—, creí que habías aceptado a Duncan.

—Dentro de unos ciertos límites. —Decididamente acusadora.

—Creo que deberíamos ir a la nave —dijo Sheeana con un énfasis exigente—. Este no es lugar para esperar. ¿Tenemos miedo de aquello en lo que pueda convertirse?

Tam y Sheeana se volvieron simultáneamente hacia la puerta, como si el mismo marionetista controlara sus hilos.

Odrade consideró bienvenida la interrupción. La cuestión de Sheeana las alarmó. *¿En qué podía convertirse Murbella? En una catalizadora, Hermanas mías. En una catalizadora.*

El viento las sacudió cuando emergieron de Central, y por una vez Odrade dio las gracias al transporte por tubo. El caminar podía aguardar a temperaturas más suaves, sin aquella agitada minitormenta sacudiendo sus ropas.

Cuando se hallaron sentadas en un vehículo privado, Bellonda sacó a relucir una vez más su estribillo acusador.

—Todo lo que él haga puede ser simple camuflaje.

Una vez más, Odrade expresó en voz alta la a menudo repetida advertencia Bene Gesserit de limitar su confianza en los Mentats:

—La lógica es ciega y a menudo sólo conoce su propio pasado.

Tamalane terció con un inesperado apoyo.

—¡Te estás volviendo paranoica, Bell!

Sheeana habló más suavemente.

—Te he oído decir, Bell, que la lógica es buena para jugar al ajedrez pirámide, pero a menudo demasiado lenta para necesidades de supervivencia.

Bellonda permaneció sentada en un ceñudo silencio, con tan sólo el débil silbido de su paso por el tubo rompiendo la quietud.

*Las heridas no deben entrar en la nave.*

Odrade igualó su tono al de Sheeana:

—Bell, querida Bell. No tenemos tiempo para considerar todas las ramificaciones de nuestro empeño. Ya no podemos seguir diciendo: «Si ocurre esto, entonces seguramente deberemos seguir eso otro, y en tal caso, nuestros movimientos deberán ser éste y éste y éste otro...

Bellonda dejó escapar una risita a pesar suyo.

—Oh, sí. La mente ordinaria es algo tan desordenado. Yo no debo exigir lo que todas nosotras necesitamos y no podemos conseguir... tiempo suficiente para cualquier plan.

Era la Bellonda-Mentat la que hablaba, diciéndoles que sabía que su mente ordinaria tenía la imperfección del orgullo. Que era un lugar sucio y mal organizado. *Imaginad lo que la no-Mentat ha puesto en ella, imponiendo tan poco orden.* Se inclinó en el pasillo y palmeó el hombro de Odrade.

—Todo está bien, Dar. Me comportaré como corresponde.

¿Qué pensaría alguien contemplando aquel intercambio de palabras desde fuera?, se preguntó Odrade. Las cuatro actuando en concordancia de acuerdo con las necesidades de una Hermana.

*Y también con las necesidades de Murbella.*

La gente veía tan sólo el exterior de la máscara de Reverendas Madres que llevaban.

*Cuando es necesario (lo cual es la mayor parte de las veces en estos tiempos), funcionamos a sorprendentes niveles de competencia. No hay orgullo en ello; es un simple hecho. Pero dejadnos relajarnos, y oiremos farfullar como hace la mayor parte de la gente ordinaria. Sólo que el nuestro tiene más volumen. Vivimos nuestras vidas en pequeños cúmulos como cualquier otro. Compartimientos en la mente, compartimientos en el cuerpo.*

Bellonda se había compuesto, las manos cruzadas sobre su regazo. Sabía lo que

planeaba Odrade y lo guardaba para sí misma. Era una confianza que iba más allá de la Proyección Mentat, hasta algo más básicamente humano. La proyección era una herramienta maravillosamente adaptable, pero una herramienta pese a todo. Últimamente, todas las herramientas dependían de aquellos que las utilizaban.

Odrade no sabía cómo mostrar su agradecimiento sin reducir la confianza.

*Debo caminar en silencio por mi cuerda floja.*

Sentía el abismo bajo ella, la imagen-pesadilla conjurada por aquellos reflejos. El cazador invisible con su hacha estaba más cerca. Odrade deseaba volverse e identificar al acechante, pero se resistía. *¡No cometeré el error de Muad'Dib!* La advertencia presciente que había sentido por primera vez en Dune en las ruinas del Sietch Tabr no sería exorcizada hasta el fin de ella o el fin de la Hermandad. *¿Creé esta terrible amenaza con mis temores? ¡Seguro que no!* Sin embargo, tenía la sensación de haber mirado al Tiempo en aquella antigua fortaleza Fremem como si todo el pasado y todo el futuro estuvieran congelados en un cuadro que no pudiera ser cambiado. *¡Debo librarme completamente de ti, Muad'Dib!*

Su llegada al Campo de Aterrizaje la extrajo de aquellos terribles pensamientos.

Murbella aguardaba en la sala que habían preparado las Censoras. En el centro había un pequeño anfiteatro de unos siete metros en su pared del fondo. Una serie de bancos acolchados formaban empinadas hileras en cerrados arcos, con una capacidad de no más de veinte observadores en cada uno. Las Censoras las dejaron sin ninguna explicación en el más inferior de los bancos, mirando a una mesa flotando sobre suspensores. Unas correas colgaban de los lados para confinar lo que hubiera en ella.

Yo.

Un sorprendente lugar, pensó. Nunca antes se le había permitido penetrar en aquella parte de la nave. Se sentía expuesta aquí, más aún de lo que se había sentido al aire libre. Las pequeñas habitaciones a través de las cuales la habían conducido hasta aquel anfiteatro estaban claramente diseñadas para emergencias médicas: equipo de resurrección, olores sanitarios, antisépticos.

Su traslado a aquella sala había sido perentorio, ninguna de sus preguntas había sido respondida. Las Censoras la habían ido a buscar a una clase de ejercicios prana-bindu para acólitas avanzadas. Simplemente le habían dicho:

—Ordenes de la Madre Superiora.

La cualidad de sus Censoras guardianas le había dicho mucho. *Amables pero firmes*. Estaban allí para impedir su huida y para asegurarse de que era llevada allá donde había sido ordenado. *¡No voy a intentar escapar!*

¿Dónde estaba Duncan?

Odrade había prometido que él estaría con ella en la Agonía. ¿Significaba su ausencia que aquella no iba a ser su prueba definitiva? ¿O lo habían ocultado tras alguna pared secreta desde la cual podía ver sin ser visto?

*¡Lo quiero a mi lado!*

*¿Acaso no sabían ellas cómo controlarla? ¡Por supuesto que lo sabían!*

*Amenazan con privarme de este hombre. Eso es todo lo que necesitan para dominarme y satisfacerme. ¡Satisfacerme! Qué palabra inútil. Completarme. Eso es mejor. Me siento disminuida cuando estamos separados. Y él también lo sabe, maldito sea.*

Murbella sonrió. *¿Cómo lo sabe? Porque él se siente completado de la misma forma.*

*¿Cómo podía ser esto amor? No se sentía debilitada por las tensiones del deseo. Tanto las Bene Gesserit como las Honoradas Matres decían que el amor debilitaba. Ella se sentía fortalecida por Duncan. Incluso sus pequeñas atenciones eran fortalecedoras. Cuando le traía una humeante taza de té estim por la mañana, sabía mejor por el hecho de serle traído por sus manos. Quizá tenemos algo más que amor.*

Odrade y sus compañeras penetraron en el anfiteatro por su tercio superior, y se detuvieron unos instantes contemplando la figura sentada bajo ellas. Murbella llevaba la larga túnica orlada de blanco de las acólitas de último grado. Permanecía sentada con los codos sobre las rodillas, la barbilla apoyada en un puño, su atención concentrada en la mesa.

*Lo sabe.*

—¿Dónde está Duncan? preguntó Odrade.

A sus palabras, Murbella se puso en pie y se volvió. La pregunta confirmó lo que ella había sospechado.

—Lo encontraré —dijo Sheeana, y se fue.

Murbella aguardó en silencio, enfrentando la mirada de Odrade.

*Tenemos que conseguirla*, pensó Odrade. Nunca había tenido una necesidad tan grande la Bene Gesserit. Qué insignificante figura era Murbella allí abajo para llevar tanto peso en su persona. El rostro casi ovalado, algo más ancho en las cejas, revelaba una nueva serenidad Bene Gesserit. Unos grandes ojos verdes, unas cejas arqueadas —ninguna mirada de soslayo—, no más naranja. Una boca pequeña... no más fruncimientos de sus comisuras.

*Está preparada.*

Sheeana regresó con Duncan a su lado.

Odrade le dirigió una breve mirada. *Nervioso*. Así que Sheeana se lo había dicho. *Bien*. Aquello era un acto de amistad. Podía necesitar amigos aquí.

—Te sentarás aquí arriba y permanecerás aquí a menos que yo te llame —dijo Odrade—. Quédate con él, Sheeana.

Sin que nadie se lo dijera, Tamalane flanqueó a Duncan por el otro lado. A un gesto de Sheeana, los tres se sentaron.

Con Bellonda a su lado, Odrade descendió hasta el nivel de Murbella y se dirigió



hacia la mesa. A un lado había una serie de jeringuillas orales listas para ser colocadas en posición, pero todavía vacías. Murbella hizo un gesto hacia las jeringuillas y asintió con la cabeza a Odrade, que se dirigió hacia una puerta lateral en busca de la Reverenda Madre Suk encargada de la esencia de especia.

Apartando la mesa de la pared trasera, Odrade empezó a disponer las correas y ajustar las almohadillas. Se movía metódicamente, comprobando que todo hubiera sido dispuesto en el pequeño estante debajo de la mesa. La almohadilla bucal para impedir que la Agónica se mordiera la lengua. Odrade comprobó que fuera lo suficientemente fuerte. Murbella tenía una mandíbula musculosa.

Murbella observó trabajar a Odrade, sin decir nada, intentando no hacer ruidos que pudieran distraerla.

La Madre Superiora en pleno trabajo era un estudio fascinante incluso en circunstancias normales. Murbella había visto antes en su asociación que Odrade era una ejecutante virtuosa, tomando sus decisiones antes de que sus ayudantes terminaran de plantear sus problemas. Preguntas imaginativas...

Murbella vio de pronto a Odrade como una aliada. Ambas eran parecidas en muchos aspectos.

Bellonda regresó con la esencia de especia y procedió a llenar las jeringuillas. La venenosa esencia tenía un penetrante olor... canela amarga.

Llamando la atención de Odrade, Murbella dijo:

—Os agradezco que lo superviséis todo vos misma.

—¡Os lo agradece! —se burló Odrade, sin alzar la vista de su trabajo.

—Déjame esto a mí, Bell.

Mirando fijamente a Murbella, dijo:

—Sé las reservas que tienes en tu pecho, limitando tu compromiso con nosotras. Es lógico y está bien. No lo discutiré contigo porque tus reservas son muy poco diferentes de las que tenemos cualquiera de nosotras.

*Sinceridad.*

—La diferencia, si quieres saberla, se halla en el sentido de la responsabilidad. Yo soy responsable de mi Hermandad... de toda la que aún sobrevive. Eso representa una profunda responsabilidad, pese a lo que opine alguien que está aquí.

Bellonda resopló.

Odrade pareció no darse cuenta de ella mientras proseguía:

—La Hermandad de la Bene Gesserit se ha agriado algo desde el Tirano. Nuestro contacto con tus Honoradas Matres no ha mejorado las cosas. Las Honoradas Matres tienen en ellas el hedor de la muerte y la decadencia, están bajando la colina hacia el gran silencio.

—¿Por qué me decís estas cosas ahora? —Había miedo en la voz de Murbella.

—Porque, de alguna forma, lo peor de la decadencia de las Honoradas Matres no

te ha afectado. Tu naturaleza espontánea quizá. Aunque eso se ha amortiguado algo desde Gammu.

—¡Es obra vuestra!

—Solamente hemos retirado un poco de salvajismo de ti, proporcionándote un mejor equilibrio. Puedes vivir más y de una forma más sana gracias a ello.

—¡Si sobrevivo a esto! —Un movimiento brusco de su cabeza hacia la mesa detrás de ella.

—El equilibrio es lo que quiero que recuerdes, Murbella. Homeostasis. Cualquier grupo que elija el suicidio cuando tiene otras opciones alcanza la locura. La homeostasis se vuelve loca.

Cuando Murbella miró al suelo, Bellonda restalló:

—¡Escúchala, estúpida! Esta haciendo todo lo posible por ayudarte.

—Tranquila, Bell. Esto es algo entre nosotras.

Cuando Murbella siguió mirando al suelo, Odrade dijo:

—Esta es la Madre Superiora dándote una orden. ¡Mírame!

La cabeza de Murbella se alzó bruscamente, y miró fijo a los ojos de Odrade.

—¿Cómo sabéis la energía que yo puedo manejar? —Aún furiosa.

Odrade se limitó a sonreír.

Cuando Odrade siguió en silencio, Murbella pareció encenderse. ¿Se había mostrado como una estúpida delante de la Madre Superiora, delante de Duncan y de todas esas otras? Qué humillante.

Odrade se recordó a sí misma que no era bueno hacer que Murbella fuera demasiado consciente de su vulnerabilidad. Era una mala táctica en aquellos momentos. No necesitaba provocarla.

—Estaré a tu lado a lo largo de toda tu Agonía. Si fracasas, será un hondo pesar para mí.

—¿Duncan? —Había lágrimas en sus ojos.

—Le será permitido darte cualquier ayuda que él pueda proporcionarte.

Murbella alzó la vista hacia las hileras de bancos y, por un breve momento, su mirada se encontró con la de Idaho. Él se alzó ligeramente, pero la mano de Tamalane sobre su hombro lo contuvo.

*¡Pueden matar a mi amada!, pensó Idaho. ¿Debo permanecer sentado aquí y contemplar simplemente cómo ocurre? Pero Odrade había dicho que le permitiría ayudar. No hay forma de detener esto ahora. Debo confiar en Dar. Pero, ¡dioses de las profundidades! Ella no sabe lo hondo de mi pesar si... si... Cerró los ojos.*

—Bell. —La voz de Odrade tenía una sensación de finalidad, un borde afilado que la hacía casi quebradiza.

Bellonda tomó a Murbella del brazo y la ayudó a subir a La mesa. Esta osciló ligeramente, ajustándose al peso.

*Este es el auténtico trampolín, pensó Murbella.*

Tuvo tan sólo una remota sensación de las correas siendo atadas sobre ella, de movimientos precisos a su alrededor.

—Esta es la rutina habitual —dijo Odrade.

¿*Rutina*? Murbella había odiado las rutinas de convertirse en una Bene Gesserit, todos sus estudios, el escuchar y reaccionar a las Censoras. Había odiado particularmente la necesidad de refinar unas reacciones que había creído adecuadas pero que eran inadmisibles a aquellos atentos ojos.

*¡Adecuadas! Qué peligrosa palabra.*

Aquel reconocimiento había sido exactamente lo que ellos buscaban. Exactamente la palanca que sus acólitas requerían.

*Si lo odias, hazlo mejor. Utiliza tu odio como guía; dirígete exactamente hacia lo que necesitas.*

El hecho de que sus maestras vieran de una forma tan directa en su comportamiento... ¡qué maravilloso era! Deseaba esa habilidad. ¡Oh, cómo la deseaba!

*Debo dominar eso.*

Era algo que cualquier Honorada Madre envidiaría. Se vio bruscamente a sí misma en una especie de doble visión:

Bene Gesserit y Honorada Madre a la vez. Una intimidante percepción.

Murbella se dio cuenta entonces de lo que había estado haciendo Odrade con palabras y tono.

Una mano tocó su mejilla, movió su cabeza, y se retiró.

*Responsabilidad. Estoy a punto de aprender lo que quieren decir ellas con «un nuevo sentido de la historia».*

La visión de la historia de la Bene Gesserit la fascinaba. ¿Cómo contemplaban los pasados múltiples? ¿Era algo inmerso en un esquema más grande? La tentación de convertirse en una de ellas había sido abrumadora.

*Este es el momento en el que aprendo.*

Vio una jeringuilla oral en posición encima de su boca. La mano de Bellonda la movió.

—*Llevamos nuestro grial en nuestras cabezas* —había dicho Odrade—. *Lleva este grial con gentileza si consigues poseerlo.*

La jeringuilla tocó sus labios. Murbella cerró los ojos, pero sintió que unos dedos abrían su boca. El frío metal tocó sus dientes. La recordada voz de Odrade estaba con ella.

—*Evita los excesos. Corrígelos demasiado, y siempre tendrás un revoltijo en tus manos, la necesidad de hacer mayores y mayores correcciones. Oscilación. Los lunáticos son maravillosos creadores de oscilaciones.*

*«Nuestro grial. Representa la linealidad porque cada Reverenda Madre lleva consigo la misma determinación. Perpetuaremos esto todas juntas.»*

Un líquido amargo inundó su boca. Murbella tragó convulsivamente. Sintió el fuego fluir garganta abajo hasta su estómago. Ningún dolor excepto el ardor. Se preguntó si podría librarse de él. Su estómago sentía ahora tan sólo una cierta calidez.

Lentamente, tan lentamente que necesitó varios latidos de su corazón para reconocerlo, el calor fluyó hacia afuera. Cuando alcanzó la punta de sus dedos sintió que su cuerpo se convulsionaba. Su espalda se arqueó en la mesa acolchada. Algo suave pero firme reemplazó a la jeringuilla en su boca.

Voces. Las oyó, y supo que había gente hablando, pero no pudo distinguir las palabras.

Mientras se concentraba en las voces fue consciente de que había perdido el contacto con su cuerpo. De alguna forma, su carne se contorsionaba, había dolor, pero ella había sido extirpada de él.

Una mano tocó su mano y la aferró firmemente. Reconoció el contacto de Duncan y, bruscamente, allí estuvo su cuerpo y su agonía. Sus pulmones le dolían cuando expulsaba el aire. No cuando lo inhalaba. Parecían estar como aplastados y nunca lo suficientemente llenos. El sentido de su presencia en la carne viviente se convirtió en un delgado hilo que se enroscaba en muchas presencias. Sintió a las otras a todo su alrededor, demasiada gente para aquel pequeño anfiteatro.

Otro ser humano flotó ante su vista. Murbella sintió que se hallaba en la lanzadera de una factoría... en el espacio. La lanzadera era primitiva. Demasiados controles manuales. Demasiadas luces parpadeantes. Una mujer a los controles, pequeña y sucia con el sudor del trabajo. Tenía un largo pelo castaño y lo llevaba atado en un moño del que escapaban algunos mechones más pálidos, que colgaban sobre sus chupadas mejillas. Llevaba un vestido de una sola pieza, corto, con brillantes rojos, azules y verdes.

*Maquinaria.*

Fue consciente de una monstruosa maquinaria justo más allá de su espacio inmediato. El vestido de la mujer contrastaba enormemente con la sensación vieja y deslustrada de la maquinaria. Habló, pero sus labios no se movieron.

—¡Escucha, tú! Cuando llegue el momento de que te hagas cargo de estos controles, no te conviertas en una destructora. Estoy aquí para evitar los destructores. ¿Lo sabes?

Murbella intentó hablar, pero no tenía voz.

—¡No lo intentes tan intensamente, muchacha! —dijo la mujer—. Te oigo.

Murbella intentó apartar su atención de la mujer.

*¿Dónde es este lugar?*

Una operadora, un almacén gigantesco... una factoría... todo automatizado...

marañas de líneas de realimentación en aquel reducido espacio con sus complejos controles.

—¿*Quién eres tú?* —preguntó Murbella con intención de susurrarlo, y oyó su propia voz rugir. ¡Agonía en sus oídos!

—¡No tan alto! Soy tu guía del Mohalata, la que te conduce para librarte de los destructores.

*¡Dur me proteja!, pensó Murbella. ¡Esto no es ningún lugar; soy yo!*

Ante aquel pensamiento, la sala de control desapareció. Era una emigrante en el vacío, condenada a no estar nunca inmóvil, a no hallar nunca ni un momento de refugio. Todo excepto sus propios aleteantes pensamientos se había vuelto inmaterial. No tenía sustancia, tan sólo una tenue adherencia que reconoció como su propia consciencia.

*He construido mi yo fuera de la niebla.*

Llegaron las Otras Memorias, atisbos y fragmentos de experiencias que sabía que no eran suyas. Rostros que la miraban de soslayo y exigían su atención, pero la mujer en los controles de la lanzadera los rechazaba. Murbella reconoció las necesidades, pero no podía plantearlas de una forma coherente.

—Esas son vidas en tu pasado. —Era la mujer a los controles de la lanzadera, pero su voz poseía una cualidad incorpórea y procedía de un lugar indiscernible.

—Somos descendientes de gente que hizo cosas horribles —dijo la mujer—. No nos gusta admitir que hubo bárbaros entre nuestros antepasados. Una Reverenda Madre tiene que admitirlo. No tenemos elección.

Murbella consiguió la habilidad de pensar entonces en hacerle solamente preguntas. *¿Por qué debo...?*

—Los vencedores procrean. Nosotras somos sus descendientes. La victoria fue ganada a menudo a cambio de un gran precio moral. Barbarie no es ni siquiera una palabra adecuada para algunas de las cosas que hicieron nuestros antepasados.

Murbella sintió una mano familiar en su mejilla. *¡Duncan!* Aquel contacto restableció la agonía. *¡Oh, Duncan! Estás haciéndome daño.*

A través del dolor, sintió abismos en las vidas que le eran reveladas. Cosas que eran retenidas.

—Solamente lo que eres capaz de aceptar ahora —dijo la voz incorpórea—. Otras vendrán más tarde cuando estés más fuerte... si sobrevives.

*Un filtro selectivo.* Aquellas eran palabras de Odrade. *La necesidad abre puertas.*

Un persistente gemido llegó de las otras presencias. Lamentos.

—*¿Lo ves? ¿Ves lo que ocurre cuando ignoras el sentido común?*

La agonía aumentó. No podía escapar a ella. Cada nervio estaba tocado por llamas. Deseaba llorar, gritar amenazas, implorar ayuda. Girantes emociones acompañaban la agonía, pero las ignoró. Todo aquello ocurría a lo largo de un

delgado hilo de existencia. ¡El hilo podía romperse!

*Estoy muriéndome.*

El hilo estaba tensándose. ¡Iba a romperse! Era inútil resistirse. Los músculos no obedecían. Probablemente ya no le quedaban músculos. No los deseaba, de todos modos. Representaban dolor. Era un infierno y nunca terminaría... no aunque el hilo se rompiera. Las llamas ardían a lo largo del hilo, lamiendo su consciencia.

Unas manos agitaron sus hombros. *Duncan... no lo hagas.* Cada movimiento era dolor más allá de todo lo que había imaginado que fuera posible. Aquello merecía ser llamado realmente La Agonía.

El hilo ya no estaba tensándose. Estaba encogiéndose sobre sí mismo, comprimiéndose. Se convirtió en algo pequeño, un núcleo de dolor tan exquisito que ninguna otra cosa existía. La sensación de ser se volvió vaga, translúcida... transparente.

—¿Lo ves? —la voz de su guía Mohalata le llegó desde muy lejos.

*Veo cosas.*

No exactamente verlas. Una distante consciencia de otras existencias. Otros núcleos. Otras Memorias embutidas en las pieles de vidas perdidas. Se extendían detrás de ella en un tren cuya longitud no podía determinar. Una niebla translúcida. Ocasionalmente se rasgaba, y entreveía acontecimientos. No... no acontecimientos en sí. Memorias.

—Compartes el testimonio —dijo su guía—. Ves lo que han hecho tus antepasados. Es algo que supera las peores maldiciones que tú puedas inventar. ¡No busques excusas en las necesidades de los tiempos! Simplemente recuerda: ¡No existen los inocentes!

*¡Horrible! ¡Horrible!*

No podía aferrar nada de aquello. Todo se volvía reflejos y jirones de niebla. En algún lugar había una gloria que sabía podía alcanzar.

*La ausencia de esta Agonía.*

Eso era. ¡Qué glorioso debía ser!

*¿Dónde está esa gloriosa condición?*

Unos labios tocaron su frente, su boca. *¡Duncan!* Se alzó. *Mis manos están libres.* Sus dedos se deslizaron por un muy recordado pelo. *¡Esto es real!*

La Agonía recedió. Sólo entonces se dio cuenta de que había pasado por un dolor más terrible de lo que las palabras podían describir. ¿Agonía? Marchitaba la psique y la remodelaba. Una persona entraba, y otra emergía.

*¡Duncan!* Abrió los ojos, y allí estaba su rostro, directamente sobre ella. *¿Sigo amándolo? Está aquí. Es un ancla a la que me aferro en los peores momentos. ¿Pero lo amo? ¿Sigo estando equilibrada?*

No hubo respuesta.

Odrade habló desde algún lugar fuera de su vista:

—Quitadle estas ropas. Traed toallas. Está empapada. ¡Y traedle ropas adecuadas!

Hubo sonidos de gente apresurándose, luego de nuevo Odrade:

—Murbella, lo hiciste de la forma más dura, y me alegra decirlo.

Había tanta excitación en su voz. ¿Por qué se alegraba?

*¿Dónde está el sentido de la responsabilidad? ¿Dónde está el grial que se supone debo sentir en mi cabeza? ¡Respondedme, alguna!*

Pero la mujer en los controles de la lanzadera había desaparecido.

*Sólo quedo yo. Y recuerdo atrocidades que harían estremecerse a una Honorada Madre.* Entonces entrevió el grial, y no era una cosa sino una pregunta: ¿Cómo conseguir estabilizar aquellos equilibrios?

## Capítulo XXXVI

*Nuestro dios familiar es esa cosa que llevamos con nosotras generación tras generación: nuestro mensaje a la humanidad si alguna vez llega a madurar. Lo más cercano que tenemos a una diosa familiar es una Reverenda Madre fracasada... Chenoeh aquí en su nicho.*

**Darwi Odrade**

Idaho pensaba ahora en sus habilidades Mentat como en un refugio. Murbella permanecía junto a él en la nave tan frecuentemente como se lo permitían los deberes de los dos... él con el desarrollo de sus armas y ella recuperando las fuerzas mientras se ajustaba a su nuevo status.

No le mintió. No intentó decirle que no notaba ninguna diferencia entre ellos. Pero él notó el alejamiento, como una goma elástica que es tensada hasta sus límites.

—Mis hermanas han sido enseñadas a no divulgar los secretos del corazón. Ese es el peligro que perciben en el amor. Intimidaciones peligrosas. Las más profundas sensibilidades embotadas. No darle a alguien el palo con el cual pueda golpearte.

Pensó que sus palabras lo tranquilizarían, pero oyó su discusión interior. *¡Libérate! ¡Rompe las ataduras!*

Durante aquellos días él la vio a menudo con los dolores de las Otras Memorias. Las palabras escapaban de ella por las noches.

—Dependencias... alma colectiva... intersección de consciencias vivas... Habladoras Pez...

No había sentido ninguna vacilación en compartir algunas de ellas.

—¿La intersección? Cualquiera puede sentir los nexos en las interrupciones naturales de la vida. Muertes, divergencias, pausas incidentales entre acontecimientos importantes, nacimientos...

—¿Los nacimientos una interrupción?

Estaban en su cama, con incluso el crono apagado... pero eso no les ocultaba de los com-ojos, por supuesto. Otras energías alimentaban la curiosidad de la Hermandad.

—¿Nunca pensaste en el nacimiento como en una interrupción? Una Reverenda Madre lo encuentra divertido.

*¡Divertido! Alejándose... alejándose...*

Las Habladoras Pez, ésa era la revelación que la Bene Gesserit absorbió con fascinación. Tenían sus sospechas, pero Murbella proporcionó la confirmación. La democracia de las Habladoras Pez se convirtió en la autocracia de las Honoradas Matres. Ya no había dudas.



—La tiranía de la minoría envuelta en la máscara de la mayoría —lo llamaba Odrade, con voz exultante—. La caída de la democracia. O bien derribada por sus propios excesos o devorada por la burocracia.

Idaho podía escuchar al Tirano en ese juicio. Si la historia poseía algún esquema repetitivo, ahí había uno. Un tamborileo repetitivo. Primero, una ley de Servicio Civil enmascarada en la mentira de que era la única forma de corregir los excesos demagógicos y los excesos expoliadores. Luego la acumulación del poder en lugares que los votantes no podían tocar. Y finalmente, la aristocracia.

—Las Bene Gesserit puede que sean las únicas en crear el jurado todopoderoso —dijo Murbella—. Los jurados no son populares entre los legalistas. Los jurados se oponen a la ley. Pueden ignorar a los jueces.

Se rió en la oscuridad.

—¡Evidencia! ¿Qué es la evidencia excepto esas cosas que se te permite percibir? Eso es lo que la Ley intenta controlar: la realidad cuidadosamente manejada.

Palabras para desviarle, palabras para demostrarle sus nuevos poderes Bene Gesserit. Sus palabras de amor eran llanas.

*Las pronuncia maquinalmente.*

Vio que esto preocupaba a Odrade casi tanto como lo desanimaba a él. Murbella parecía no darse cuenta de ninguna de las dos reacciones.

Odrade había intentado tranquilizarle.

—Cada nueva Reverenda Madre pasa por un período de ajuste. A veces se muestra maníaca. Piensa en el nuevo suelo que tiene bajo sus pies, Duncan.

*¿Cómo no puedo pensar en ello?*

—La primera ley de la burocracia —dijo Murbella en la oscuridad.

*No me desvíes, amor.*

—¡Crece hasta los límites de la energía disponible! —Su voz sonaba realmente maníaca—. Usa la mentira de que los impuestos resuelven todos los problemas. —Se volvió hacia él en la cama, pero no en busca de amor—. ¡Las Honoradas Matres interpretaron toda la rutina! Incluso un sistema social de seguridad para apaciguar a las masas, pero todo fue a partir a su propio banco de energía.

—¡Murbella!

—¿Qué? —Sorprendida ante la sequedad de su tono. *¿Acaso no sabe que le está hablando a una Reverenda Madre?*

—Sé todo esto, Murbella. Cualquier Mentat lo sabe.

—¿Estás intentando hacerme callar? —Furiosa.

—Nuestro trabajo es pensar como nuestro enemigo —dijo él—. ¿Tenemos un enemigo común?

—Te estás burlando de mí, Duncan.

—¿Son tus ojos naranja?

—La melange no permite esto, y tú sabes... Oh.

—La Bene Gesserit necesita tu conocimiento, ¡pero tú debes *cultivarlo*! — Encendió un globo y la descubrió mirándole intensamente. Ni inesperado, ni realmente Bene Gesserit.

*Híbrido.*

La palabra saltó a su mente. ¿Era un vigor híbrido? ¿Esperaba esto de Murbella la Hermandad? A veces te sorprendían. Las encontrabas mirándote en extraños corredores, los ojos sin parpadear, los rostros con esa máscara suya y, tras la máscara, las habituales preguntas fermentando. Ahí era donde Teg había aprendido a hacer lo inesperado. ¿Pero esto? Idaho pensó que podía llegar a desagradarle aquella nueva Murbella.

Ella vio aquello en él, por supuesto. El permanecía abierto ante ella como ninguna otra persona.

—No me odies, Duncan. —No suplicando, sino con algo profundamente herido detrás de las palabras.

—Nunca te odiaré. —Pero apagó la luz.

Ella se acurrucó contra él casi de la misma forma en que lo hacía antes de la Agonía. *Casi*. La diferencia retorció sus entrañas.

—Me han estado hablando del terrorismo de las Honoradas Matres durante todo el día —dijo ella.

Él había visto ya la mayor parte de aquella grabación, con la esperanza de hallar un indicio para nuevas armas. El terror era una mercancía demasiado inestable. Tenías que seguir levantando estacas. *¿Qué es lo que desean las masas, Reina Araña? Desean salir de tu prisión.*

—*¡Entonces haz los barrotes más dolorosos!*

*Ya lo hicisteis la última vez.*

—*¡Y lo haremos de nuevo!*

*¿Para siempre?*

—*¡Tanto tiempo como sea necesario!*

*Ese es otro eufemismo para el infinito.*

Y había otra forma de negar el Infinito, o de no admitir que había otros límites además de los tuyos propios. Para siempre no sólo era mucho más tiempo de lo que los humanos se preocupaban en imaginar, era más tiempo de lo que la mayoría *podían* imaginar. Contenía una libertad que cegaba y ensordecía la consciencia. Demagogos y líderes religiosos contaban con ello.

*Los ciegos y los sordos son conducidos más fácilmente.*

—Las Honoradas Matres ven a las Bene Gesserit como competidoras en el poder —dijo Murbella—. No es exactamente que los hombres que siguen a mis anteriores hermanas sean fanáticos, sino que se sienten incapacitados de autodeterminación a

causa de su adicción.

—¿Es así como *somos*?

—Vamos, Duncan.

—¿Quieres decir que yo puedo conseguir este mismo artículo en otra tienda?

Ella prefirió suponer que él estaba hablando de los temores de una Honorada Madre.

—Muchos abandonarían si pudieran. —Volviéndose fieramente hacia él, le exigió una respuesta sexual. Su abandono impresionó a Duncan. Como si aquella pudiera ser la última vez que ella pudiera experimentar un tal éxtasis.

Después, permanecieron tendidos, exhaustos.

—Espero estar embarazada de nuevo —susurró ella—. Seguimos necesitando a nuestros bebés.

*Necesitamos. La Bene Gesserit necesita. Ya no «ellas necesitan».*

Se durmió para soñar que estaba en la armería de la nave. Era un sueño impregnado de realidades. La nave seguía siendo una fábrica de armas, tal como se había convertido realmente. Odrade estaba hablando con él en la armería del sueño.

—Tomo decisiones de la necesidad, Duncan. Hay pocas posibilidades de que tú estalles y te vuelvas loco furioso.

—¡Soy demasiado Mentat para eso! —¡Qué vanidosa aquella voz del sueño! *Estoy soñando y sé que sueño. ¿Por qué estoy en la armería con Odrade?*

Una lista de armas se desplegó ante sus ojos.

Atómicas. (Vio grandes quemadores y polvos mortíferos).

Pistolas láser. (No contó los varios modelos).

Bacteriológicas. —El despliegue fue interrumpido por la voz de Odrade.

—Podemos suponer que los contrabandistas se concentran como es habitual en pequeñas cosas que tienen un precio grande.

—Soopiedras por supuesto. —Aún vanidoso. *¡Yo no soy así!*

—Armas asesinas —dijo ella—. Planos y especificaciones para nuevos dispositivos.

—El robo de secretos comerciales es un buen asunto con los contrabandistas. —*¡Soy intolerable!*

—Siempre hay medicinas, y las enfermedades que las requieren —dijo ella.

*¿Dónde está? Puedo oírla pero no puedo verla.*

—¿Saben las Honoradas Matres que nuestro universo alberga tunantes cuya especialidad es sembrar problemas antes de proporcionar la solución? —*¿Tunantes? Nunca utilizo esa palabra.*

—Todas las cosas son relativas, Duncan. Quemaron Lampadas y masacraron a cuatro millones de nuestros mejores elementos.

Se despertó y se sentó en la cama. *¡Especificaciones para nuevos dispositivos!*

Allí estaba, en sus más delicados detalles, una forma de miniaturizar los generadores Holzmann. Dos centímetros, no más. ¡Y mucho más baratos! *¿Cómo llego eso contrabandeado hasta mi mente?*

Se deslizó fuera de la cama, sin despertar a Murbella, y se vistió a tientas. La oyó roncar suavemente mientras salía en silencio con dirección a su cuarto de trabajo. Sentándose ante su consola, copió el diseño de su mente y lo estudió. ¡Perfecto! Lo transmitió a Archivos con una nota de que fuera comunicado a Odrade y Bellonda.

Con un suspiro, se reclinó en su asiento y examinó su diseño una vez más. Se desvaneció con el regreso de su sueño. *¿Todavía estoy soñando? ¡No!* Podía sentir la silla, tocar la consola, oír el zumbido del campo. *Los sueños hacen eso.*

El sueño produjo armas cortantes y punzantes, incluidas algunas diseñadas para introducir venenos o bacterias en la carne enemiga.

Proyectiles.

Se preguntó cómo detener aquel despliegue y estudiar los detalles.

—*¡Todo está en tu cabeza!*

Humanos y otros animales desarrollados para el ataque se desplegaron ante sus ojos, ocultando la consola y sus proyecciones. *¿Futars? ¿Cómo encajan aquí los Futars? ¿Qué es lo que sé acerca de los Futars?*

Los disruptores reemplazaron a los animales. Armas para enturbiar la actividad mental o interferir con la propia vida. *¿Disruptores? ¿Nunca he oído antes ese nombre?*

Los disruptores fueron reemplazados por «buscadores» nul-G, diseñados para perseguir blancos específicos. *Esos los conozco.*

A continuación explosivos, incluidos algunos para diseminar venenos y sustancias bacteriológicas.

Camuflajes, para proyectar falsos blancos. Teg los había utilizado.

Los energizadores aparecieron a continuación. Poseía un arsenal privado de esos: formas de incrementar las capacidades de tus tropas.

Bruscamente, la resplandeciente red de su visión reemplazó el despliegue de armas, y vio a la pareja de viejos en su jardín. Le miraban fijamente. La voz del hombre se hizo audible:

—*¡Deja de espiarnos!*

Idaho aferró los brazos de su sillón y se inclinó hacia adelante, pero la visión desapareció antes de que pudiera estudiar los detalles.

*¿Espionando?*

Sintió un residuo de aquel despliegue en su mente, ya no visible sino tan sólo una voz meditabunda... masculina.

—Las defensas tienen que adquirir a menudo características de las armas de ataque. A veces, sin embargo, sistemas más simples pueden desviar las armas más

devastadoras.

*¡Sistemas más simples!* Se echó a reír en voz alta.

—¡Miles! ¿Dónde infiernos estás, Teg? ¡Tengo tus naves de ataque camufladas! ¡Señuelos enormes! Vacíos excepto un generador Holzmann en miniatura y un disparador láser. —Añadió esto a sus transmisiones a los Archivos.

Cuando hubo terminado, se preguntó una vez más a sí mismo sobre las visiones. *¿Influenciando mis sueños? ¿Qué es lo que he pulsado?*

En cada minuto libre desde que se había convertido en el Maestro de Armas de Teg, había estado revisando las grabaciones de Archivos. ¡Tenía que haber alguna clave en toda aquella enorme acumulación!

Las resonancias y la teoría de los taquiones atrajo su atención por un tiempo. La teoría de los taquiones figuraba en el diseño original de Holzmann. «Tequis», había llamado Holzmann a aquella fuente de energía.

Un *sistema de ondas* que ignoraba los límites de la velocidad de la luz. Obviamente la velocidad de la luz no limitaba a las naves que utilizaban el Pliegue espacial. ¿Tequis?

Funciona porque funciona —murmuró Idaho—. Fe como cualquier otra religión.

Los Mentats hacían rodar en sus mentes tantos datos en apariencia inconsecuentes. Tenía un almacén etiquetado «Tequis», y procedió a desenrollarlo sin demasiada satisfacción.

Ni siquiera los Navegantes de la Cofradía profesaban su conocimiento de cómo guiaban sus naves por el Pliegue espacial. Los científicos ixianos construían máquinas para duplicar las habilidades de los Navegantes pero seguían sin poder definir lo que hacían.

—Puede confiarse en las fórmulas de Holzmann.

Nadie afirmaba comprender a Holzmann. Simplemente utilizaban sus fórmulas porque funcionaban. Era el «éter» del viaje espacial. Tú *doblabas* el espacio. En un instante determinado estabas aquí, y al instante siguiente estabas a incontables parsecs de distancia.

*¡Alguien «ahí afuera» ha encontrado otra forma de utilizar las teorías de Holzmann!* Era una completa Proyección Mentat. Sabía que era exacta por las nuevas cuestiones que producía.

Las divagaciones de las Otras Memorias de Murbella seguían atormentándole pese a reconocer en ellas las enseñanzas básicas de la Bene Gesserit.

*El poder atrae a lo corruptible. El poder absoluto atrae a lo absolutamente corruptible. Este es el peligro de la burocracia atrincherada con respecto a su población sometida. Incluso los sistemas que ofrecen recompensas políticas son preferibles debido a que los niveles de tolerancia son más bajos y los corruptos pueden ser echados periódicamente. La burocracia atrincherada raramente puede*

*resultar afectada por la violencia. ¡Cuidado cuando el Servicio Civil y el Militar unen sus manos!*

El logro de las Honoradas Matres.

El poder por el poder... una aristocracia erigida a partir de una base desequilibrada.

¿Quiénes eran esa gente a la que veía? Lo suficientemente fuertes como para arrojar a las Honoradas Matres. Lo sabía por un dato de sus Proyecciones.

Idaho halló aquella realización profundamente dislocante. Las Honoradas Matres, unas fugitivas. Bárbaras pero ignorantes en la forma en que lo habían sido todos los incursos de ese tipo desde los lejanos vándalos. Movidas por una impulsiva codicia tanto como por cualquier otra fuerza. *¡Tomad el oro romano!* Filtraban todas las distracciones fuera de su consciencia. Era una sorprendente ignorancia que vacilaba únicamente cuando la cultura más sofisticada se insinuaba en...

Bruscamente, vio lo que estaba haciendo Odrade.

*¡Dioses de las profundidades! ¡Qué plan más frágil!*

Apretó las palmas de sus manos contra sus ojos y se obligó a no gritar de angustia. *Dejemos que piensen que estoy cansado.* Pero ver el plan de Odrade le dijo también que iba a perder a Murbella... de una u otra forma.

## Capítulo XXXVII

*¿Cuándo puede confiarse en las brujas? ¡Nunca! El lado oscuro del universo mágico pertenece a la Bene Gesserit, y debemos rechazarlo.*

***Tylwyth Waff, Maestro de Maestros***

La gran Sala Común de Central con sus hileras de asientos y su plataforma elevada en un extremo estaba repleta de hermanas Bene Gesserit, muchas más de las que nunca antes se habían reunido allí. La Casa Capitular había quedado casi paralizada aquella tarde debido a que pocas deseaban enviar representantes y las decisiones importantes no podían ser delegadas a los cuadros de servicio. Las Reverendas Madres con sus negros atuendos dominaban la reunión en sus grupos reunidos cerca del estrado, pero la sala hormigueaba con acólitas con sus túnicas orladas de blanco, y allí estaban incluso las más recién enroladas. Grupos de túnicas blancas señalando a las acólitas más jóvenes salpicaban la escena en apretados grupos pequeños, arracimándose para darse mutuo apoyo. Todas las demás habían sido excluidas por las Censoras Convocantes.

El aire era denso con las respiraciones cargadas de melange, y poseía esa húmeda y excesivamente usada cualidad que se produce cuando la máquina de acondicionamiento está sobrecargada. Los olores de la reciente comida, con un intenso aroma a ajo, flotaban en aquella atmósfera como un intruso no invitado. Esto y las historias que empezaban a difundirse por la sala aumentaban las tensiones.

La mayor parte mantenían su atención centrada en la plataforma elevada y la puerta lateral por donde debía entrar la Madre Superiora. Incluso mientras hablaban con sus compañeras o iban de un lado para otro, mantenían sus ojos fijos en aquel lugar por donde sabían que pronto iba a entrar alguien para crear profundos cambios en sus vidas. La Madre Superiora no las reuniría a todas en la gran Sala Común con la promesa de importantes anuncios a menos que tuviera entre manos algo capaz de sacudir los cimientos de la Bene Gesserit.

La sala había utilizado como prototipo los antiguos estadios deportivos, y los asientos reservados por el largo uso separaban hasta un cierto grado a las hermanas. Cuanto más cerca del estrado, más importantes. Las acólitas interpretaban esto como una demostración de la forma en que penetrabas en la Hermandad, avanzando hacia adelante a medida que progresabas en tus habilidades.

Las acólitas que aún estaban lejos de la Agonía sospechaban que estaban siendo maniobradas. Después de todo, la Bene Gesserit había elevado el control de las multitudes a un fino arte. Eran pequeñas emisoras de feromonas, por ejemplo. Tomad una masa de gente crispada e incierta. Reverendas Madres sin su hábito

acostumbrado paseándose por entre ella y elevando sus voces exactamente hasta el nivel adecuado, diciendo exactamente las cosas necesarias.

«No es que me preocupe por ti, amigo, pero yo me largo de aquí. Este no es lugar para alguien que valore en algo su piel.» «Creo que lo importante está ocurriendo en esa calle. Hará algunos minutos vi actividad ahí.» «Todo ha quedado decidido. Lo oí de ya-sabes-quién ahí en la esquina.»

«Ya-sabes-quién» era una maravillosa etiqueta. Decía:

«Los dos sabemos el nombre y es demasiado importante como para pronunciarlo aquí entre toda esa gente.» Una sagaz inclinación de cabeza, un guiño disimulado. Mensajes corporales que encajaban con las cuidadosamente alzadas voces. Las Reverendas Madres eran conocidas por controlar a toda una multitud en unos escasos minutos y sin que ninguna persona se diera cuenta de que había sido maniobrada.

Las acólitas más jóvenes olisqueaban el aire en busca de feromonas e intentaban localizar extraños dispositivos y movimientos desacostumbrados entre las Reverendas Madres. Las Censoras estaban atareadas, empleando la sinceridad en su máximo exponente en su esfuerzo por reducir las tensiones.

La Madre Superiora nunca estaba sujeta a las escaramuzas de la masa que aguardaba en sus apariciones en las asambleas. Ningún codo se clavaba en sus costillas, ni sentía el pisotón de un pie vecino. Nunca se veía obligada a avanzar como avanzaban las otras en una especie de gusano compuesto por cuerpos apretujados en una no deseada proximidad.

Bellonda precedió a Odrade en la sala, subiendo a la plataforma con ese anadeo beligerante que la hacía fácilmente identificable incluso a distancia. Odrade la seguía a unos cinco pasos. Luego venían las principales consejeras y ayudantes, con Murbella y su negro atuendo (con un aspecto aún en cierto modo aturdido a causa de la Agonía, hacía tan sólo dos semanas) entre ellas. Dortujla cojeaba muy cerca detrás de Murbella, con Tam y Sheeana a su lado. Al final de aquella procesión avanzaba Streggi, llevando a Teg sobre sus hombros. Hubo excitados murmullos cuando apareció Teg. Los machos raras veces tomaban parte en las asambleas, pero todo el mundo en la Casa Capitular sabía que aquél era el gholá de su Bashar Mentat, viviendo ahora en un acantonamiento con todo lo que quedaba de las fuerzas militares de la Bene Gesserit.

Viendo de aquella forma las apretadas huestes de la Bene Gesserit, Odrade experimentó una sensación de vacío. Algún antepasado había dicho, pensó: «Cualquier maldito estúpido sabe que un caballo puede correr más rápido que otro.» A menudo, allí en las reuniones menores en aquella copia de un estadio deportivo, se había sentido tentada a citar aquel pequeño consejo, pero sabía que el ritual tenía también otras finalidades mejores. Las asambleas las mostraban las unas a las otras.

*Aquí estamos todas juntas. Nuestra familia.*



La Madre Superiora y sus ayudantes avanzaban como un peculiar manojó de energía entre la multitud hacia la plataforma, manteniendo su posición de eminencia al borde de la arena.

*Así debió llegar el César. ¡Pulgares para abajo en todo el maldito asunto!* Dirigiéndose a Bellonda, dijo:

—Comencemos.

Después, sabía que se preguntaría por qué no había delegado en alguien para que efectuara su aparición ritual y pronunciara las grandilocuentes palabras. A Bellonda le encantaba esa preeminente posición y, por ese motivo, nunca debería conseguirla. Pero quizá hubiera alguna hermana de más bajo escalón que se sintiera azarada por la elevación y obedeciera simplemente por lealtad, simplemente por esa subyacente necesidad de hacer lo que la Madre Superiora ordenaba.

*¡Dioses! Si es que hay alguno de vosotros por aquí, ¿por qué permitís que seamos tan pusilánimes?*

Allí estaban, con Bellonda preparándolas para ella. *Los batallones de las Bene Gesserit.* No eran en realidad batallones, pero Odrade imaginaba a menudo a las hermanas alineadas, catalogándolas según sus funciones. *Esa es un líder de escuadrón. Esa es un capitán general. Esta es un humilde sargento y ahí hay un mensajero.*

Las hermanas se sentirían ultrajadas si supieran de aquella peculiaridad suya. La mantenía bien oculta detrás de una actitud de «asignación ordinaria». Podías asignar rangos de teniente sin llamarlos tenientes. Taraza había hecho lo mismo.

Preguntada en una ocasión por Bellonda, Odrade había dicho:

—Somos profesionales de amplia experiencia y eso es algo curioso en sí mismo, Bell. Los especialistas tienden a gravitar hacia el lugar donde pueden ser empleados. Piensa en ello.

Odrade contempló hoscamente sus propios pensamientos. Aquél no era el tipo de análisis que prefería. Conducía a un callejón sin salida. *Sin salida a menos que elijamos una de dos opciones: aferrar las riendas y convertirnos en tiranos por derecho propio, o desvanecernos en una historia escrita por otros.*

Bell estaba diciéndoles ahora que la Hermandad era probable que tuviera que hacer algún nuevo trato con su tleilaxu cautivo. Amargas palabras para Bell:

—Hemos pasado la dura prueba, tleilaxu y Bene Gesserit juntos, y hemos salido de ella cambiados. En un cierto sentido, nos hemos cambiado el uno al otro.

*Sí, somos como rocas rozándose las unas contra las otras durante tanto tiempo que cada una de ellas toma en cierta medida la forma requerida por la otra. ¡Pero la roca original sigue existiendo ahí en su parte más profunda!*

La audiencia empezaba a mostrarse inquieta. Sabían que todo aquello era preliminar, no importaba el oculto mensaje que se adivinaba dentro de aquellas

alusiones a los tleilaxu. Preliminar y de una importancia relativa. Odrade avanzó hasta situarse al lado de Bellonda, indicándole que cortara sus palabras.

—Aquí está la Madre Superiora.

*Cuánto les cuesta morir a los viejos esquemas. ¿Acaso cree Bell que no me reconocen?*

Odrade habló con tonos compulsivos, algo muy parecido a la Voz.

—Han sido emprendidas acciones que requieren que yo me reúna en Conexión con la líder de las Honoradas Matres, una reunión de la cual es posible que no salga viva. *Probablemente* no sobreviviré. Esa reunión será en parte un movimiento de distracción. Vamos a castigarlas.

Odrade aguardó a que descendieran los murmullos, oyendo a la vez acuerdo y desacuerdo en los sonidos. Interesante. Aquellas que estaban de acuerdo eran las situadas más cerca del estrado y las más alejadas de entre las nuevas acólitas. ¿Desacuerdo de las acólitas más avanzadas? Si. Conocían la advertencia: *No nos atrevemos a alimentar este fuego.*

Descendió su voz a un tono más bajo, dejando que sus palabras fueran transmitidas de boca a boca en las últimas filas.

—Antes de marcharme, Compartiré con más de una hermana. Estos momentos requieren mucha cautela.

—¿Cuál es vuestro plan? ¿Qué debemos hacer nosotras? —Las preguntas surgieron desde varios lados.

—Haremos una finta en Gammu. Eso debe conducir a los aliados de las Honoradas Matres a Conexión. Entonces tomaremos Conexión y, espero, capturaremos a la Reina Araña.

—¿El ataque se producirá mientras vos estáis en Conexión? —La pregunta procedía de Garimi, una Censora de sobrio rostro directamente debajo de Odrade.

—Ese es el plan. Estaré transmitiendo mis observaciones a los atacantes. —Odrade hizo un gesto hacía Teg, sentado sobre los hombros de Streggi—. El Bashar conducirá el ataque en persona.

—¿Quién irá con vos? Sí, ¿a quién tomaréis? —No había dudas acerca de la preocupación en esas exclamaciones. Así que la noticia aún no se había difundido por la Casa Capitular.

—Tam y Dortujla —dijo Odrade.

—¿Quién Compartirá con vos? —De nuevo Garimi. *¡Por supuesto! Esa es la pregunta política de mayor interés. ¿Quién puede suceder a la Madre Superiora?* Odrade oyó un nervioso agitarse tras ella. *¿Bellonda excitada? No tú, Bell. Tú ya lo sabes.*

—Murbella y Sheeana —dijo Odrade—. Y otra, si las Censoras se dignan nombrar una candidata.

Las Censoras formaron pequeños grupos de consulta, pasándose sugerencias de grupo a grupo, pero no fue sometido ningún nombre. Alguien sin embargo tenía una pregunta:

—¿Por qué Murbella?

—¿Quién conoce mejor a las Honoradas Matres? —preguntó Odrade.

Aquello las silenció.

Garimi se acercó al estrado y alzó la vista hacía Odrade con una penetrante mirada. *¡No intentes engañar a una Reverenda Madre, Darwi Odrade!*

—Tras nuestra finta en Gammu, estarán aún más alertas y reforzarán Conexión. ¿Qué os hace pensar que podemos vencerlas?

Odrade se apartó a un lado e hizo una seña a Streggi para que avanzara con Teg.

Teg había estado observando la actuación de Odrade con algo parecido a la fascinación. Ahora miró a Garimi. Su cargo era el de Censora Jefe de Asignaciones, y sin duda había sido elegida para hablar en nombre de un grupo de hermanas. Se le ocurrió que su absurda posición sobre los hombros de una acólita había sido planeada por Odrade con otras razones distintas a las que había proclamado.

*Para situar mis ojos a un nivel cercano a los de los adultos a mi alrededor... pero también para recordarles mi menor estatura, para tranquilizarlas con el hecho de que una Bene Gesserit (y solamente una acólita) controla aún mis movimientos.*

—No voy a entrar ahora en todos los detalles del armamento —dijo. *¡Maldita sea esta voz aguda!*

Sin embargo, había atraído su atención.

—Pero vamos a lanzar una serie de señuelos que destruirán una gran parte de la zona a su alrededor si son golpeados por un rayo láser... y vamos a rodear Conexión con dispositivos que nos revelarán el movimiento de sus no-naves.

Cuando siguieron mirándole, añadió:

—Si la Madre Superiora confirma mis conocimientos anteriores de Conexión, sabremos íntimamente las posiciones de nuestros enemigos. No deben haberse producido cambios significativos. No ha pasado el tiempo suficiente...

*Sorpresa, y lo inesperado. ¿Qué otra cosa esperaban de su Bashar Mentat?* Mantuvo la mirada de Garimi, desafiándola a expresar en voz alta más dudas acerca de su habilidad militar.

La Censora tenía otra pregunta.

—¿Tenemos que suponer que Duncan Idaho os aconseja en armamento?

—Cuando uno dispone de lo mejor, es un estúpido si no lo utiliza —dijo Teg.

—¿Pero os acompañará como Maestro de Armas?

—Ha elegido no abandonar la nave, y todas vosotras sabéis por qué. ¿Cuál es el significado de esa pregunta?

La había desviado de su cuestión y la había reducido al silencio, y eso no le gustó

a Garimi. ¡Un hombre no debería ser capaz de maniobrar de esa forma a una Reverenda Madre!

Odrade avanzó unos pasos y apoyó una mano en el brazo de Teg.

—¿Habéis olvidado todas que este gholá es nuestro leal amigo, Miles Teg? —Miró a una serie de rostros en particular entre la concurrencia, eligiendo a aquellas que estaba segura que habían actuado como perros guardianes de los com-ojos y sabían que Teg era su padre, trasladando su mirada de rostro a rostro con una deliberada lentitud que no podía ser mal interpretada.

*¿Hay alguna entre vosotras que se atreva a gritar «nepotismo»? ¡Entonces revisa una vez más las grabaciones de sus servicios!*

Los sonidos de la Asamblea volvieron a hacerse más acordes a lo que podía esperarse de una reunión de aquel tipo. Dejaron de ser el vulgar entrechocar de voces exigentes compitiendo por llamar la atención. Ahora conjuntaban sus voces en un esquema muy parecido a un canto llano pero sin ser exactamente un canto. Las voces ondulaban y fluían conjuntamente. Odrade siempre encontraba aquello notable. Nadie dirigía la armonía. Se producía debido a que todas eran Bene Gesserit. De una forma natural. Aquella era la única explicación que necesitaban. Ocurría porque tenían práctica en ajustarse las unas a las otras. La danza de sus movimientos cotidianos tenía su continuación en sus voces. Todas juntas, siempre unidas, no importaban los desacuerdos transitorios.

—Nunca se dispone de lo suficiente para efectuar predicciones ajustadas de acontecimientos penosos —dijo Odrade—. ¿Quién conoce esto mejor que nosotras? ¿Hay alguna entre nosotras que no haya aprendido la lección del Kwisatz Haderach?

No necesitaba elaborar aquella cuestión. Una mala predicción no alteraría su rumbo. Eso mantuvo a Bellonda en silencio. Las Bene Gesserit eran esclarecedoras. No había entre ellas estúpidas que atacaran al portador de malas noticias. ¿Echarle la culpa al mensajero? (*¿Quién podía esperar algo bueno de gente así?*) Ese era un esquema que debía ser evitado a toda costa. *¿Silenciaremos a los mensajeros desagradables, pensando que el profundo silencio de la muerte va a eliminar el mensaje? ¡La Bene Gesserit era mucho mejor que eso! La muerte hace más fuerte la voz del profeta. Los mártires son realmente peligrosos.*

Odrade observó cómo una consciencia reflexiva se difundía por toda la sala, incluso hasta las últimas filas superiores.

*Estamos entrando en tiempos difíciles, hermanas, y debemos aceptarlo. Incluso Murbella lo sabe. Y sabe ahora por qué yo me mostraba tan ansiosa por hacer de ella una hermana. Todas nosotras lo sabemos, de una u otra forma.*

Odrade se volvió y miró a Bellonda. No había decepción allí. Bell sabía por qué ella no se hallaba entre las elegidas. *Es el mejor camino que tenemos, Bell. Infiltrarnos. Agarrarlas antes de que sospechen siquiera lo que estamos haciendo.*

Desviando su mirada hacia Murbella, Odrade vio una respetuosa consciencia. Murbella estaba empezando a recibir sus primeras cochuras de buenos consejos de sus Otras Memorias. El estadio maníaco había pasado, e incluso estaba recuperando un cierto *afecto* hacia Duncan. A su debido tiempo, quizá... El adiestramiento Bene Gesserit aseguraba que juzgaría por sí misma a las Otras Memorias. Nada en el porte de Murbella decía: «¡Guárdate para ti misma tus despreciables consejos!» Poseía comparaciones históricas, y no podía eludir su obvio mensaje. *No camines por las calles con otras que compartan tus prejuicios. Los gritos fuertes son a menudo los más fáciles de ignorar. «Quiero decir: ¡míralos ahí afuera gritando hasta desgañitarse, los muy estúpidos! ¿Deseas hacer causa común con ellos?»*

*Te lo digo, Murbella: juzga ahora por ti misma. «Para crear el cambio, encuentra puntos desde los cuales hacer palanca y actúa sobre ellos. Ten cuidado con los callejones sin salida. Los crecimientos de altas posiciones son una distracción común exhibida ante los caminantes. Los puntos desde los cuales puede hacerse palanca no se hallan todos en las altas esferas. A menudo están en centros económicos o de comunicaciones, y a menos que tú sepas esto, las altas esferas son inútiles. Incluso los lugartenientes pueden alterar tu rumbo. No cambiando los órdenes sino enterrando las órdenes no deseadas. Bell se aposenta sobre las órdenes hasta que las cree inefectivas. A veces le doy órdenes con esta finalidad: de modo que pueda jugar a su juego dilatorio. Ella lo sabe y sin embargo sigue el juego de todos modos. ¡Empápate de esto, Murbella! Y después de que Compartamos, estudia mi actuación con el mayor de los cuidados.»*

Se había conseguido la armonía, pero a un cierto coste. Odrade señaló que la Asamblea había terminado, sabiendo muy bien que no todas las cuestiones habían sido respondidas, que algunas ni siquiera habían sido formuladas. Pero las cuestiones no formuladas irían filtrándose luego a través de Bell, donde podrían recibir el tratamiento más apropiado.

Las más alertas entre las hermanas no preguntarían. Ya veían su plan.

Mientras abandonaba la gran Sala Comunal, Odrade se sintió aceptar la plena responsabilidad de las elecciones que había hecho, reconociendo sus anteriores vacilaciones por primera vez. Había remordimientos, pero tan sólo Murbella y Sheeana podrían llegar a conocerlos.

Caminando detrás de Bellonda, Odrade pensó en *los lugares a los que nunca iré, las cosas que nunca veré excepto como un reflejo en la vida de otra.*

Era una forma de nostalgia que se centraba en la Dispersión, y esto alivió su dolor. Era simplemente demasiado para una persona el mirar ahí afuera. Ni siquiera la Bene Gesserit con sus memorias acumuladas podía esperar captarlo nunca en su totalidad, no hasta su último detalle interesante. Era algo que estaba de vuelta de nuevo a los grandes designios. El Gran Cuadro, la Corriente Principal. *Las*

*especialidades de mi Hermandad. Había empleados allí Mentats esenciales: esquemas, movimientos de corrientes y lo que esas corrientes arrastraban, lugares hacia los que estaban yendo. Consecuencias. No mapas, sino flujos.*

*Al menos, he preservado elementos clave de nuestra democracia monitorizada por los jurados en una forma original. Pueden al menos darme las gracias por ese día.*

## Capítulo XXXVIII

*Busca la libertad y sé cautiva de tus deseos.*

*Busca la disciplina y encuentra tu libertad.*

### *La Coda*

¿Quién esperaba que la maquinaria del aire se averiara?

El Rabino formuló su pregunta a nadie en particular. Permanecía sentado en un banco bajo, con un rollo de pergamino apretado contra su pecho. El rollo había sido reforzado con modernos artificios, pero seguía siendo viejo y frágil. No estaba seguro del tiempo. Mediada la mañana, probablemente. No hacía mucho habían comido algo que podía ser descrito como un desayuno.

—Yo lo esperaba.

Parecía estar dirigiéndose al rollo.

—La Pascua ha llegado y ha pasado, y nuestra puerta estaba cerrada.

Rebecca se detuvo de pie junto a él.

—Por favor, Rabino. ¿Cómo ayudará esto a Joshua en su trabajo?

—No hemos sido abandonados —le dijo el Rabino a su rollo—. Somos nosotros mismos quienes nos hemos ocultado fuera del camino. Cuando no podemos ser encontrados por los extranjeros, ¿cómo puede venir hasta aquí nadie que pueda socorrernos?

Alzó bruscamente la vista hacia Rebecca, con unos enormes ojos de búho tras sus gafas.

—¿Nos has traído el mal hasta nosotros, Rebecca?

Ella comprendió lo que quería decir.

—Los extraños siempre piensan que hay algo nefario en la Bene Gesserit —dijo.

—¡Así que ahora yo, tu Rabino, soy un extraño!

—Tú mismo te extrañas, Rabino. Hablo desde el punto de vista de la Hermandad a la que tú me hiciste ayudar. Lo que ellas hacen es a menudo fastidioso. Repetitivo, pero no malo.

—¿Yo te *hice* ayudar? Sí, lo hice. Perdóname, Rebecca. Si el mal se une a nosotros, yo lo habré traído.

Intentó inhalar profundamente. Los miedos y el aire fétido y sobrecalentado lo hicieron difícil.

—Rabino, las hermanas han visto tanto que quizá sean más sensibles a la presencia del mal que cualquiera que no haya compartido su Agonía.

—¿Agonía? ¿Hablas de agonía a alguien cuyos antepasados conocieron cada uno de los monstruos de la represión que uno pueda imaginar?

—Hablo de la Agonía de la Especia, Rabino. Y de las Otras Memorias que presionan sobre una cuando hay una urgente demanda de datos. Las Otras te muestran los esquemas en los que interviene el mal y dicen: «¡Oh, no! ¡No de nuevo!» Pero es de estúpidos repetir tamaña necedad.

—¡Otras Memorias! Dices que presionan. El mal te presiona, Rebecca. La maldad de aquellos que...

—¡Rabino! Ya basta de eso. Son un clan extenso. Y sin embargo mantienen un susceptible individualismo. ¿No significa nada un clan extenso para ti? ¿Te ofende mi dignidad?

—Te diré, Rebecca, lo que me ofende. Por mi mano has aprendido a seguir diferentes libros que... —Alzó el rollo como si fuera un bastón.

—Nada de libros, Rabino. Oh, tienen una Coda, pero es simplemente una colección de advertencias, algunas veces útiles, otras veces desechables. Siempre ajustan su Coda a las exigencias del momento.

—¡Hay libros que no pueden *ser ajustados*, Rebecca! Ella bajó la vista hacia él con apenas disimulado desánimo. ¿Era así como veía a la Hermandad? ¿O era su miedo el que hablaba por él?

—Han dominado una imaginación creativa, Rabino. Y la utilizan para todos nosotros.

—¡Imaginación! —Agitó el rollo frente a ella—. ¿Es esto imaginación?

Rebecca tendió la mano y tocó el rollo. El Rabino lo apartó bruscamente, como si ella pudiera contaminarlo.

—Imaginación fue una palabra quizá mal empleada por mi parte —dijo ella—. Pero la imaginación proyecta posibilidades entre las cuales podemos buscar y elegir. Eso funciona hasta que se vuelve demasiado romántico.

—El caos —dijo él, aferrando el rollo contra su pecho.

—Cierto. Cuando las cosas se vuelven demasiado románticas se hacen autolimitativas. Desencadenan el caos entre nosotros.

—¡Y eso es lo que tú traes!

Una suave sonrisa afloró a los labios de Rebecca.

—¿Temes que urja a que abandonemos nuestra realidad cotidiana, las cosas que podemos tocar con nuestras manos? La imaginación romántica es de nuevo donde se originan las más grandes ideas.

Joshua avanzó hasta situarse a su lado, las manos llenas de grasa, manchas negras en su frente y mejillas.

—Tu sugerencia fue la correcta. Está funcionando de nuevo. Durante cuánto tiempo no lo sé. El problema es...

—Tú no sabes cuál es el problema —interrumpió el Rabino.

—El problema mecánico, Rabino —dijo Rebecca—. El campo de esta no-cámara



distorsiona la maquinaria.

—No pudimos conseguir maquinaria sin fricción —dijo Joshua—. Demasiado revelador, sin mencionar el coste.

—Vuestra maquinaria no es todo lo que ha sido distorsionado.

Joshua miró a Rebecca con las cejas alzadas. *¿Qué le pasa?* De modo que Joshua confiaba también en el discernimiento Bene Gesserit. Eso ofendió al Rabino. Su congregación buscaba su guía en otros lugares.

Entonces el Rabino los sorprendió.

—¿Piensas que estoy celoso, Rebecca?

Ella agitó negativamente la cabeza.

—Tú despliegas talentos —dijo el Rabino— que otros se apresuran a utilizar. ¿Tu sugerencia arregló la maquinaria? ¿Esas... esas Otras te dijeron cómo?

Rebecca se alzó de hombros. Aquél era el Rabino de lo viejo, no podía ser desafiado en su propia casa.

—¿Debo alabarte? —preguntó el Rabino—. ¿Tienes el poder? ¿Ahora vas a gobernarnos?

—Nadie, y la que menos yo, ha sugerido nunca esto, Rabino. —Se sentía ofendida, y no le importó demostrarlo.

—Perdóname, hija... eso es lo que tú llamas un puyazo, verdad?

—No necesito tus alabanzas, Rabino. Y por supuesto te perdono.

—¿Tus Otras tienen algo que decir al respecto?

—Las Bene Gesserit dicen que el miedo a las alabanzas retrocede hasta una antigua prohibición de alabar a tus hijos porque eso desencadenaba la ira de los dioses.

Él inclinó la cabeza.

—A veces un atisbo de sabiduría.

Joshua parecía azarado.

—Voy a intentar dormir un poco. Necesito estar descansado. —Lanzó una mirada significativa a la zona de la maquinaria, donde podía oírse un sonido de laborioso roce.

Se dirigió hacia el lado oscuro de la cámara, tropezando con un juguete infantil por el camino.

El Rabino palmeó el banco a su lado.

—Siéntate, Rebecca.

Se sentó.

—Temo por ti, por nosotros, por todas las cosas que representamos. —Acarició su rollo—. Hemos estado en posesión de la verdad durante tantas generaciones. —Su mirada acarició el rollo—. Y ni siquiera tenemos un minyan aquí.

Rebecca se secó las lágrimas de sus ojos.

—Rabino, juzgas mal a la Hermandad. Únicamente desean perfeccionar a los humanos y sus gobiernos.

—Eso es lo que dicen.

—Eso es lo que yo digo. El gobierno, para ellas, es una forma de arte. ¿No lo encuentras divertido?

—Despiertas mi curiosidad. ¿Se dejan engañar esas mujeres por sueños de su propia importancia?

—Piensan en sí mismas como en perros guardianes.

—¿Perros?

—Perros *guardianes*, alertas a cuando pueda ser enseñada una lección. Eso es lo que buscan. Nunca intentar enseñar a nadie una lección que no pueda absorber.

—Siempre esos atisbos de sabiduría. —Sonaba triste—. ¿Y se gobiernan a sí mismas *artísticamente*?

—Piensan en sí mismas como en un jurado con poderes absolutos al que ninguna ley puede poner veto.

El agitó el rollo ante la nariz de Rebecca.

—¡Así lo pensé!

Ninguna ley *humana*, Rabino.

—Me dijiste que esas mujeres que crean religiones para que encajen con ellas creen en un... en un poder más grande que ellas.

—Sus creencias puede que no concuerden con las nuestras, Rabino, pero no creo que sean malas.

—¿Cuáles son estas... estas creencias?

—Ellas las llaman el «flujo nivelador». Lo ven genéticamente y como un instinto. Los padres brillantes es probable que tengan hijos cercanos a la media, por ejemplo.

—¿Un flujo? ¿Es eso una creencia?

—Así es como evitan las distinciones. Son consejeras, incluso creadoras de reyes en ocasiones, pero no desean hallarse en el blanco en primera línea.

—Este flujo... ¿creen que es un flujo constructivo?

—No suponen que lo sea. Sólo que este es su movimiento observable.

—¿Qué hacen entonces en ese flujo?

—Toman precauciones.

—¡En presencia de Satán, debería decir!

—No se oponen a la corriente, sino que simplemente parecen moverse de forma transversal con respecto a ella, haciendo que trabaje para ellas, utilizando sus remolinos.

—¡Oyyy!

—Los antiguos maestros navegantes comprendían muy bien eso, Rabino. La Hermandad posee montones de mapas de corrientes que les dicen qué lugares deben

evitar y dónde emplear sus máximos esfuerzos.

Él agitó de nuevo el rollo.

—Esto no es ningún mapa de corrientes.

—Lo interpretas mal, Rabino. Ellas conocen los errores de abrumar a las máquinas. —Miró a las máquinas en pleno trabajo—. Nos ven a nosotros en corrientes de maquinaria que no podemos afrontar.

—Esas pequeñas sabidurías. No sé, hija. Mezclarse en política es algo que acepto. Pero en asuntos sagrados...

—Una corriente niveladora, Rabino. Una influencia masiva sobre brillantes innovadores que mueven todo el conjunto y producen nuevas cosas. Incluso cuando lo nuevo nos ayuda, el flujo oculta al innovador.

—¿Quién es el que dice lo que ayuda, Rebecca?

—Yo simplemente señalo lo que ellas creen. Ven la tributación como una evidencia del flujo, retirando energía disponible que podría crear más cosas nuevas. Una persona sensibilizada detecta esto, dicen.

—¿Y esas... esas Honoradas Matres?

—Encajan con el esquema. Los gobiernos encerrados en el poder intentan conseguir que todos los potenciales contrincantes sean inefectivos. Aíslan a los más brillantes. Embotan la inteligencia.

Un débil sonido, como un pitido, brotó de la zona de la maquinaria. Joshua se les había adelantado antes de que ellos llegaran allí. Se inclinó sobre la pantalla que revelaba los acontecimientos que ocurrían en la superficie.

—Están de vuelta —dijo—. ¡Mirad! Están cavando en las cenizas directamente encima de nosotros.

—¿Nos han encontrado? —El Rabino sonaba casi aliviado.

Joshua observó la pantalla.

Rebecca situó su cabeza al lado de la suya, estudiando a los que cavaban... diez hombres con aquella mirada soñadora de los que han sido ligados a las Honoradas Matres.

—Solamente cavan al azar —dijo Rebecca, enderezándose.

—¿Estás segura? —Joshua se enderezó también y la miró directamente, buscando una secreta confirmación.

Cualquier Bene Gesserit podía verlo.

—Mira por ti mismo. —Hizo un gesto hacia la pantalla—. Están marchándose. Vuelven a su cubil.

—Donde pertenecen —murmuró el Rabino.

## Capítulo XXXIX

*Efectuar elecciones viables se produce en un crisol de errores informativos. Así acepta la Inteligencia la falibilidad. Y cuando no son conocidas las elecciones absolutas (infalibles), la Inteligencia corre sus riesgos con los datos limitados que posee en una arena donde los errores no sólo son posibles sino necesarios.*

**Darwi Odrade**

No se trataba tan sólo de que la Madre Superiora abordara un transporte que la condujera a alguna no-nave conveniente. Había planes, arreglos, estrategias... contingencias sobre contingencias. Tomó ocho agitados días. La sincronización con Teg tenía que ser precisa. Las consultas con Murbella consumieron horas. Murbella tenía que saber a lo que se enfrentaba. *Alcanza en pleno centro su talón de Aquiles, Murbella, y lo tendrás todo en tus manos. Permanece en la nave de observación cuando Teg ataque, pero mira cuidadosamente.* Odrade aceptó detallados consejos de todos aquellos que podían ayudar. Luego vino el implante de signos vitales con el codificador para transmitir sus observaciones secretas. Una no-nave y un transbordador de largo alcance tuvieron que ser reacondicionados, y las tripulaciones fueron elegidas personalmente por Teg.

Bellonda murmuró y gruñó hasta que Odrade intervino.

—¡Estás distrayéndome! ¿Es eso lo que pretendes? ¿Debilitarme?

Era a última hora de la mañana, cuatro días antes de la partida, y estaban temporalmente a solas en el cuarto de trabajo. El tiempo era sereno pero anormalmente frío para la estación, y el aire tenía un tinte ocre de una tormenta de polvo que había barrido Central por la noche.

—¡La Asamblea fue un error! —Bellonda necesitaba decirlo.

Odrade se dio cuenta de que restallaba su respuesta a Bellonda, que se había vuelto un poco demasiado cáustica.

—¡Era necesaria!

—¡Para ti, quizá! Decirle adiós a tu *familia*. Y ahora nos dejas aquí lavándonos la ropa las unas a las otras.

—¿No crees que estamos realizando un auténtico servicio? —*Suavemente... suavemente.*

—¿Y cómo determina la Madre Superiora lo que es «real»? —Con un innegable acento de burla. Bell estaba demasiado nerviosa y lo demostraba. Intranquilizando a las otras.

—Me sorprende que lo preguntes. Los auténticos servicios se reconocen siempre porque sostienen la vida. Nos empujan hacia adelante como los golpes de remo del

ocupante de una canoa.

—¡No somos poéticas!

—¿Has subido aquí simplemente para quejarte de la Asamblea?

—¡No me gustan tus últimos comentarios acerca de las Honoradas Matres! Deberías habernos consultado antes de difundir...

—¡Son parásitos, Bell! Ya es hora de que dejemos esto bien claro: se trata de una reconocida debilidad.

—Ignoras sus fuerzas, y eso podría...

—¿Qué hace un cuerpo cuando se ve afligido por parásitos? —Odrade dijo esto con una amplia sonrisa.

—Dar, cuando tú asumes esta... esta pose pseudohumorística, ¡te estrangularía!

—¿Y sonreirías mientras lo hicieras, Bell?

—¡Maldita seas, Dar! Uno de esos días...

—No tenemos muchos más días juntas, Bell, y eso es lo que te está devorando. Responde a mi pregunta.

—¡Respóndela tú misma!

—El cuerpo agradece un periódico espulgado. Incluso los adictos sueñan con la libertad.

—Ahhh. —El Mentat se asomó a los ojos de Bell—. ¿Crees que puede conseguirse que la adicción a las Honoradas Matres se vuelva dolorosa?

—Pese a tu terrible incapacidad para el humor, aún puedes seguir funcionando.

Una sonrisa cruel curvó la boca de Bellonda.

—He conseguido divertirme —dijo Odrade.

—Déjame discutir esto con Tam. Ella tiene una cabeza mejor para la estrategia. Aunque... el Compartir la ha ablandado.

Cuando Bellonda se hubo ido, Odrade se reclinó y se echó a reír suavemente. *¡Ablandado! «Tú no te ablandes mañana, Dar, cuando Compartas.» El Mentat tropieza con la lógica y calla el corazón. Bell ve el proceso y se preocupa por el fracaso. ¿Qué debemos hacer si...? Abrimos ventanas, Bell, y dejamos entrar el sentido común. Incluso la hilaridad. Pone los asuntos más serios en perspectiva. Pobre Bell, mi imperfecta hermana. Siempre algo para ocupar tu nerviosismo.*

Odrade abandonó Central por la mañana muy absorta en sus pensamientos... de un humor introspectivo a causa de lo que había aprendido Compartiendo con Murbella y Sheeana.

*Estoy volviéndome indulgente conmigo misma.*

Aquello no le ofrecía ningún alivio. Sus pensamientos estaban enmarcados por las Otras Memorias y por un fatalismo casi cínico.

*¿Abejas reinas reuniéndose en enjambre?*

Eso había sido sugerido por las Honoradas Matres.

*¿Pero Sheeana? ¿Y Tam lo aprueba?*

Aquello era más trascendental que una Dispersión.

*No puedo seguirte hasta tu lugar salvaje, Sheeana. Mi tarea es producir orden. No puedo arriesgar lo que tú te has atrevido a arriesgar. Hay distintas clases de habilidad artística. La tuya me repele.*

Absorber las vidas de las Otras Memorias de Murbella ayudaba. Los conocimientos de Murbella eran una poderosa palanca sobre las Honoradas Matres, pero llenos de inquietantes matices.

*No hipnotrance. Ellas utilizan la inducción celular, ¡un subproducto de sus malditas sondas-T! ¡Compulsión inconsciente! Qué tentador utilizarla para nosotras mismas. Pero ahí es donde las Honoradas Matres son más vulnerables... un enorme contenido inconsciente encerrado ahí por sus propias decisiones. La llave de Murbella no hace más que enfatizar su peligro para nosotras.*

Llegaron al Campo de Aterrizaje en medio de una tormenta de viento que las azotó cuando emergieron del vehículo. Odrade había vetado un paseo a través de lo que quedaba de huertos y viñedos.

¿Marchándose por última vez? La pregunta estaba en los ojos de Bellonda mientras decía adiós. En el preocupado ceño fruncido de Sheeana.

*¿Acepta la Madre Superiora mi decisión?*

*Provisionalmente, Sheeana. Provisionalmente. Pero no he advertido a Murbella. Así que... quizá comparta el juicio de Tam.*

En el vehículo que había transportado al grupo de Odrade, Dortujla había permanecido retraída.

*Es comprensible. Ha estado ahí... y ha visto a sus hermanas ser devoradas. ¡Valor, hermana! Aún no estamos vencidas.*

Tan sólo Murbella parecía tomarse aquello sin alterarse, pero ella estaba pensando por anticipado en el encuentro de Odrade con la Reina Araña.

*¿He armado lo suficiente a la Madre Superiora? ¿Conoce en sus entrañas lo muy peligrosa que será?*

Odrade apartó a un lado aquellos pensamientos. Había cosas que hacer entretanto. Ninguna de ellas más importante que acumular energías. Las Honoradas Matres podían ser analizadas casi fuera de la realidad, pero la confrontación real debería ejecutarse en el momento en que se presentara... como una pieza de jazz. Le gustaba la *idea* del jazz, aunque la música la distraía con sus antiguos aromas y sus zambullidas a terrenos salvajes. El jazz hablaba de vida, sin embargo. Dos ejecuciones nunca eran idénticas. Los concertistas reaccionaban a lo que recibían de los demás: eso era el jazz.

*Aliméntanos con jazz.*

El viaje por el aire y por el espacio no requería mucha preocupación por la

meteorología. Te abrías camino a través de interferencias transitorias. Dependías del Control del Clima para que te proporcionara pasillos de entrada a través de tormentas y cielos nublados. Los planetas desiertos eran una excepción, y aquello era algo que habría que entrar en las ecuaciones de la Casa Capitular dentro de muy poco. Habría que hacer muchos cambios, incluido el retorno de las prácticas mortuorias Fremen. Entrega de los cuerpos para recuperar el agua y el potasio.

Odrade habló de esto mientras aguardaban el transporte que las llevaría hasta la nave. Ese amplio cinturón de cálida y seca tierra que se expandía en torno al ecuador del planeta empezaría a generar vientos peligrosos antes de mucho. Un día, habría tormentas de coriolis: un estallido ardiente procedente del desierto interior con velocidades de centenares de kilómetros por hora. Dune había visto vientos de más de setecientos kilómetros por hora. Incluso los cargueros espaciales notaban una tal fuerza. El viaje aéreo se veía sujeto a los constantes cambios de las condiciones de la superficie. Y la carne humana debía encontrar el refugio que pudiera, fuera cual fuese.

*Como siempre hacemos.*

La sala de espera del Campo era vieja. De piedra por dentro y por fuera, su principal material de construcción allí. Los sillones espartanos y las bajas mesitas de plaz moldeado eran más recientes. La economía no podía ser ignorada ni siquiera para la Madre Superiora.

El transporte llegó en un remolino de polvo. Nada de colchón a suspensor. Aquél iba a ser un despegue rápido, con incómodas *Ges* acumulándose sobre una, pero no las suficientes como para dañar la carne.

Odrade se sintió casi como vacía cuando dijo su adiós final y depositó la Casa Capitular en manos de un triunvirato formado por Sheeana, Murbella y Bellonda. Una última palabra:

—No interfiráis con Teg. Y no quiero que le ocurra nada malo a Duncan. ¿Me has oído, Bell?

Con todas las maravillosas cosas tecnológicas que podían conseguir, y seguían sin poder impedir que una densa tormenta de arena casi les cegara cuando despegaron. Odrade cerró los ojos y aceptó el hecho de que no le estaba permitida una última visión a bajo nivel de su amado planeta. Despertó con el golpe del atraque. Había un coche eléctrico en un pasillo al otro lado de la compuerta. Un zumbante recorrido hasta sus aposentos. Tamalane, Dortujla y la acólita sirvienta guardaban silencio, respetando el deseo de la Madre Superiora de estar con sus propios pensamientos.

Los aposentos, al menos, eran familiares, estándar en las naves de la BG: un pequeño comedor-sala de estar en plaz elemental de un uniforme verde claro; un dormitorio más pequeño aún con paredes del mismo color y un solo camastro duro. Conocían las preferencias de la Madre Superiora. Odrade miró a un cuarto de baño

fusiforme. Comodidades estándar. Los aposentos contiguos para Tam y Dortujla eran similares. Ya habría tiempo más tarde para examinar las otras instalaciones de la nave.

Se había previsto todo lo esencial. Incluidos elementos no llamativos de apoyo psicológico: colores relajantes, muebles familiares, un entorno que no molestara a ninguno de sus procesos mentales. Dio las órdenes necesarias para la partida antes de regresar a su comedor-salón.

La comida estaba aguardando en una mesita baja... unas frutas azules, dulces y jugosas, y un sabroso paté amarillo untado sobre pan adecuado a sus necesidades energéticas. Muy bueno todo. Observó a la acólita asignada en su trabajo de arreglar los efectos de la Madre Superiora. Su nombre escapó por un segundo a Odrade; luego: *Suipol*. Una mujer pequeñita con un rostro redondo y tranquilo y unos modales acordes con él. *No una de las más brillantes, pero de una eficiencia garantizada.*

De pronto chocó a Odrade el hecho de que aquellas misiones tenían un aire de insensibilidad en sí mismas. *Un entorno pequeño, para no ofender a las Honoradas Matres. Y para reducir nuestras pérdidas al mínimo.*

—¿Has sacado todas mis cosas, Suipol?

—Sí, Madre Superiora. —Muy orgullosa de haber sido elegida para aquella importante misión. Lo demostró en su forma de andar cuando se fue.

*Hay algunas cosas que no puedes sacar por mí, Suipol. Las llevo en mi cabeza.*

Ninguna Bene Gesserit de la Casa Capitular abandonaba nunca el planeta sin llevarse consigo una cierta cantidad de chauvinismo. Los otros lugares nunca eran tan hermosos, nunca tan serenos, nunca tan agradables como hábitat.

*Pero esto se refiere a la Casa Capitular que era.*

Aquél era un aspecto de la transformación del desierto que nunca antes había considerado de aquella manera. La Casa Capitular estaba extirpándose a sí misma. Desapareciendo, para no regresar nunca, al menos no en la vida de aquellos que la conocían ahora. Era como verse abandonada por un amado padre... desdeñosamente y con malicia.

*Ya no eres importante para mí, niña.*

En el camino hacia convertirse en una Reverenda Madre, se les enseñó muy pronto que el viajar podía proporcionar un pacífico modo de descanso. Odrade tenía intención de aprovecharse completamente de ello, y dijo a sus compañeras, inmediatamente después de comer:

—Ahorradme los detalles.

Suipol fue enviada a llamar a Tamalane. Odrade habló con la misma tensa concisión de Tam.

—Inspecciona las instalaciones y dime lo que debo ver. Llévate a Dortujla.

—Es inteligente. —Una gran alabanza viniendo de Tam.



—Cuando hayamos terminado con eso, aisladme tanto como sea posible.

Durante parte de la travesía, Odrade se ató en la red de su camastro y se ocupó en componer lo que consideraba su última voluntad y testamento.

*¿Quién será el albacea?*

Su elección personal era Murbella, especialmente después de haber Compartido con Sheeana. Sin embargo... la expósita de Dune seguía siendo una candidata potencial si aquella aventura en Conexión fallaba.

Algunas suponían que cualquier Reverenda Madre podía servir si la responsabilidad recaía sobre ella. Pero no en estos tiempos. No con esta trampa tendida. Era muy poco probable que las Honoradas Matres evitaran la trampa.

*Si las hemos juzgado correctamente. Y los datos de Murbella dicen que hemos hecho todo lo posible. La puerta está ahí para que las Honoradas Matres entren por ella, y oh, qué invitadora parece. No verán el hecho de que no tiene ninguna salida hasta que no se hayan metido muy adentro en ella. ¡Demasiado tarde!*

*¿Pero y si fracasamos?*

Las supervivientes (si quedaba alguna) despreciarían a Odrade.

*A menudo me he sentido disminuida, pero nunca objeto de desprecio. Sin embargo, puede que las decisiones que he tomado nunca hayan sido aceptadas por mis hermanas. Al menos, no me disculpo por ellas... ni siquiera ante aquellas con las que he Compartido. Ellas saben que mi respuesta procede de la oscuridad antes del amanecer humano. Cualquiera de nosotras puede hacer algo fútil, incluso algo estúpido. Pero mi plan puede proporcionarnos la victoria. No «simplemente sobreviviremos». Nuestro grial requiere que persistamos juntas. ¡Los humanos nos necesitan! A veces, necesitan religiones. A veces, necesitan simplemente saber que sus creencias están tan vacías como sus esperanzas de nobleza. Nosotras somos su fuente. Una vez son retiradas las máscaras, eso es lo que queda:*

*Nuestro Nicho.*

Entonces sintió que aquella nave la estaba llevando al abismo. Más y más cerca de aquella terrible amenaza.

*Voy hacia el hacha; no es ella quien viene hacia mí.*

Ningún pensamiento de exterminar a sus enemigos. No desde que la amplificada población humana de la Dispersión había hecho eso posible. Una imperfección en los esquemas de las Honoradas Matres.

El agudo bip y la parpadeante luz naranja que indicaba la llegada la sacaron de su descanso. Se extrajo de su red elástica y, con Tam, Dortujla y Suipol cerca de ella, siguió a un guía hasta la compuerta del transporte donde había sido unido el tubo estanco de conexión del transbordador de largo alcance. Odrade contempló el transbordador visible en las pantallas monitoras del casco. ¡Increíblemente pequeño!

—Serán solamente diecinueve horas —había dicho Duncan—. Pero es todo lo

cerca que nos atrevemos a traer una no-nave. Es seguro que ellas poseen sensores del Pliegue espacial a todo alrededor de Conexión.

Bell, por una vez, había estado de acuerdo. *No arriesguemos la nave. Está ahí para detectar las defensas exteriores y para recibir tus transmisiones, no simplemente para llevar a una Madre Superiora.* El transbordador era el sensor a distancia de la no-nave, señalando todo lo que encontrara.

*Y yo soy el sensor más de avanzada, un frágil cuerpo con delicados instrumentos.*

Había flechas guía junto a la compuerta. Odrade abrió camino. Cruzaron un pequeño tubo en caída libre. Luego se halló en una sorprendentemente lujosa cabina. Suipol, tropezando detrás, la reconoció y se ganó un punto en la estimación de Odrade.

—Era una nave contrabandista.

Una persona las aguardaba. Masculina por su olor, pese a que una opaca capucha de piloto erizada de conectores ocultaba su rostro.

—Que todo el mundo se ate.

Una voz masculina dentro de toda aquella instrumentación.

*Teg lo eligió. Será el mejor.*

Odrade se deslizó en un asiento tras una compuerta de descarga y encontró las abultadas protuberancias que se desenrollaban en redes de sujeción. Oyó a las demás obedecer la orden del piloto.

—¿Todas aseguradas? Permaneced así a menos que yo diga otra cosa. —Su voz les llegó desde un altavoz flotante tras su asiento en la consola de pilotaje.

El cordón umbilical del tubo de conexión se retiró con un chasquido. Odrade notó una serie de suaves movimientos, pero la vista en el monitor al lado de ella mostró a la no-nave retrocediendo a una notable velocidad. Desapareció de la existencia con un parpadeo.

*Yendo a cumplir con su misión antes de que pueda venir alguien a investigar.*

El transbordador poseía una sorprendente velocidad. Los monitores señalaron estaciones planetarias y barreras de transición cuando faltaban dieciocho horas y algo, pero los parpadeantes puntos que los identificaban eran visibles tan sólo porque habían sido intensificados. Un recuadro en el monitor indicó que las estaciones serían visibles a ojo desnudo en un poco más de doce de esas horas.

La sensación de movimiento cesó bruscamente, y Odrade dejó de sentir la aceleración que señalaban sus ojos. *Cabina a suspensor. Tecnología ixiana para un nul-campo tan pequeño como éste. ¿Dónde lo había adquirido Teg?*

*No necesito saberlo. ¿Por qué decirle a la Madre Superiora dónde se halla localizada cada plantación de robles?*

Al cabo de una hora empezó a ver los contactos sensores, y dio silenciosamente las gracias por la astucia de Idaho.

*Estamos empezando a conocer a esas Honoradas Matres.*

El esquema defensivo de Conexión era evidente incluso sin el análisis de los rastreadores. ¡Planos superpuestos! Tal como Teg había predicho. Con el conocimiento de cómo estaban espaciadas las barreras, la gente de Teg podría tejer otro globo en torno al planeta.

*Seguro que no es tan simple.*

¿Estaban tan confiadas las Honoradas Matres de su poder abrumador que ignoraban las precauciones más elementales?

La Estación Planetaria Cuatro empezó a llamar cuando estaban exactamente a tres horas de distancia.

—¡Identifíquense!

Odrade oyó un «o de lo contrario» en aquella orden.

La respuesta del piloto sorprendió evidentemente a los observadores.

—¿Y venís en una pequeña nave contrabandista?

*Así que la reconocen. Teg tiene razón una vez más.*

—Voy a quemar el equipo sensor en el impulsor —anunció el piloto—. Eso aumentará nuestro impulso. Aseguraos de que estáis bien sujetas.

La Estación Cuatro se dio cuenta de aquello.

—¿Por qué estáis aumentando vuestra velocidad?

Odrade se inclinó hacia adelante.

—Repite la contraseña y di que nuestro grupo está cansado por haber permanecido demasiado tiempo en unos aposentos reducidos. Añade que voy equipada como precaución con un transmisor de signos vitales para alertar a mi gente en caso de que muera.

*¡No encontrarán el cifrador de mensajes! Es listo Duncan. Y Bell no se sentirá sorprendida de descubrir lo que ocultó en los sistemas de la nave. «¡Más romanticismo!»*

El piloto transmitió las palabras. De vuelta les llegó la orden:

—Reducid la velocidad y centraos en esas coordenadas para el aterrizaje. Tomaremos el control de vuestra nave en ese punto.

El piloto tocó un campo amarillo en su tablero.

—Exactamente de la forma en que el Bashar dijo que lo harían. —Había un placer malicioso en su voz. Alzó la capucha de su cabeza y se volvió.

Odrade se sintió impresionada.

*¡Un cyborg!*

El rostro era una máscara de metal con dos brillantes esferas plateadas por ojos.

*Entramos en terreno peligroso.*

—¿No os lo dijeron? —preguntó—. No malgastéis vuestra lástima. Estaba muerto, y esto me devolvió la vida. Soy Clairby, Madre Superiora. Y cuando muera

esta vez, eso me hará ganar una nueva vida como ghola.

*¡Maldita sea! Estamos comerciando con una moneda que tal vez nos esté negada. Demasiado tarde para cambiar. Y ese fue el plan de Teg. Pero... ¿Clairby?*

El transbordador aterrizó con una suavidad que hablaba de un soberbio control por parte de la Estación Cuatro. Odrade supo que lo habían hecho debido a que el acicalado paisaje visible en su monitor ya no se movía. El nul-campo fue desconectado, y sintió la gravedad. La compuerta directamente frente a ella se abrió. La temperatura era agradablemente cálida. Había ruido ahí afuera. ¿Niños jugando a algún juego competitivo?

Con el equipaje flotando tras ella, se dirigió hacia un corto tramo de escaleras y vio que el ruido procedía efectivamente de un amplio grupo de jóvenes en un campo cercano. Bien pasados ya los quince años. Todos chicas. Golpeaban hacia un lado y hacia otro una pelota a suspensor, gritando mientras jugaban.

*¿Una representación dedicada a nosotras?*

Odrade pensó que era probable. A buen seguro había más de dos mil mujeres jóvenes en aquel campo.

*¡Mirad cuántos reclutas tenemos a nuestro lado!*

Nadie para recibirles, pero Odrade vio una estructura familiar al final de un sendero pavimentado a su izquierda. Obviamente un artefacto de la Cofradía Espacial, con una reciente torre añadida. Habló de la torre mientras miraba a su alrededor, dándole al transmisor implantado datos de un cambio para el plan en tierra de Teg. Nadie que hubiera visto alguna vez un edificio de la Cofradía podría equivocar el lugar, sin embargo.

Así que era como otros planetas de Conexión. En algún lugar en las grabaciones de la Cofradía había sin lugar a dudas un número de serie y un código para él. Había estado durante tanto tiempo bajo el control de la Cofradía antes de las Honoradas Matres que, en esos primeros momentos del desembarco, mientras «estiraban las piernas», todo lo que veían a su alrededor parecía tener aquel aroma especial de la Cofradía. Incluso el campo de juegos... diseñado para las reuniones al aire libre de los Navegantes en sus gigantescos contenedores de gas de melange.

El aroma de la Cofradía: algo compuesto por tecnología ixiana y diseño de los Navegantes... edificios contruidos en torno al espacio con la máxima conservación de la energía en mente: caminos directos, pocas cintas deslizantes. Eran costosas y solamente la gravedad las necesitaba. Tampoco había plantaciones de flores en las cercanías de los Campos de Aterrizaje. Eran susceptibles de destrucción accidental. Y ese permanente grisor en todas las construcciones... no un color plateado sino ese apagado gris de la piel de los tleilaxu.

La estructura a su izquierda era una enorme forma abultada llena de protuberancias, algunas redondeadas, otras angulares. Aquello no había sido nunca un

hotel de lujo. Había algunos pequeños rincones opulentos, por supuesto, pero eran raros, y contruidos para VIPs, en su mayor parte inspectores de la Cofradía.

*Una vez más, Teg tiene razón. Las Honoradas Matres han mantenido las estructuras existentes, remodelándolas mínimamente. ¡Una torre!*

Odrade se recordó entonces: *Esto no es sólo otro mundo sino otra sociedad, con su propio aglutinante social.* Sabía esto tras Compartir con Murbella, pero no creía haber captado lo que mantenía unidas a las Honoradas Matres. Seguro que no era tan sólo la avidez de poder.

—Caminaremos —dijo, y abrió la marcha por el sendero pavimentado hacia la gigantesca estructura.

*Adiós, Clairby. Haz estallar tu nave tan pronto como puedas. Haz que sea nuestra primera gran sorpresa para las Honoradas Matres.*

La estructura de la Cofradía se alzaba cada vez más imponente a medida que se acercaban a ella.

Lo más sorprendente para Odrade cada vez que veía una de esas construcciones funcionales era que alguien se hubiera tomado algún cuidado en planearlas: Había detalles intencionales en cada elemento, aunque a veces tenías que buscarlos para descubrirlos. El presupuesto dictaba su ley en muchas elecciones, la duración era preferida al lujo o al atractivo visual. Era un compromiso y, como la mayoría de los compromisos, no satisfacía a nadie. Indudablemente los interventores de la Cofradía se habían quejado del precio, y los actuales ocupantes aún era probable que se sintieran irritados por las carencias. No importaba. La estructura poseía una sustancia tangible. Estaba allí para ser utilizada ahora. Otro compromiso.

El vestíbulo era más pequeño de lo que había esperado. Algunos cambios interiores. Tan sólo unos seis metros de largo, y quizá cuatro metros de ancho. La cabina de recepción estaba a la derecha según se entraba. Odrade hizo un gesto a Suipol para que registrara al grupo e indicó que las demás aguardarían allí en el centro, a una cierta distancia las unas de las otras. La traición aún no había sido descartada.

Obviamente Dortujla la esperaba. Parecía resignada.

Odrade efectuó una cuidadosa inspección y comentó lo que les rodeaba. Estaba lleno de com-ojos, pero el resto...

Cada vez que entraba en uno de esos lugares, tenía la sensación de hallarse en un museo. Sus otras Memorias le decían que los hoteles de ese tipo no habían cambiado de una forma significativa en eones. Incluso en los tiempos antiguos hallaba prototipos. Un atisbo del pasado en los candelabros... enormes cosas resplandecientes imitando artilugios eléctricos pero provistos de globos. Dos de ellos dominaban el techo como imaginarias naves espaciales descendiendo del vacío en todo su esplendor.

Había más atisbos del pasado, que pocos transeúntes de su época observarían. La disposición de la zona de recepción tras ventanillas enrejadas, el espacio para esperar con su mezcla de asientos y una mal distribuida iluminación, señales dirigiendo a los distintos servicios: restaurantes, narcosalones, bares, piscinas y otras salas de ejercicios, habitaciones de automasaje, y cosas así. Tan sólo el lenguaje y la escritura habían cambiado de los antiguos tiempos. Una vez comprendido el lenguaje, los signos serían fácilmente reconocibles por los primitivos preespaciales. Aquel era un lugar de parada temporal.

Lleno de instalaciones de seguridad. Algunas tenían la apariencia de artefactos de la Dispersión. Ix y la Cofradía nunca habían gastado oro en com-ojos y sensores.

Había una frenética danza de robosirvientes en la zona de recepción... yendo de aquí para allá, limpiando, recogiendo basura, conduciendo a los recién llegados. Un grupo de cuatro ixianos había precedido al grupo de Odrade. Ella les dedicó una cuidadosa atención. Qué importancia se daban, y sin embargo cuánto miedo tenían.

Para sus ojos Bene Gesserit, la gente de Ix era siempre reconocible, no importaban los disfraces. La estructura básica de su sociedad teñía a sus individuos. Los ixianos desplegaban una actitud hogbonesca hacia su ciencia: la de que eran los requerimientos políticos y económicos los que determinaban una investigación permisible. Eso decía que la inocente ingenuidad de los sueños sociales ixianos se había convertido en la realidad del centralismo burocrático... una nueva aristocracia. Así que se encaminaban hacia un declive que no podría ser detenido no importaba los acuerdos a los que llegara aquel grupo ixiano con las Honoradas Matres.

*No importa el resultado de nuestra confrontación, Ix está muriendo. Testimonio: no ha habido ninguna gran innovación ixiana en siglos.*

Suipol regresó.

—Nos piden que aguardemos a una escolta.

Odrade decidió iniciar las negociaciones inmediatamente con una charla en beneficio de Suipol, los com-ojos, y los oyentes de su no-nave.

—Suipol, ¿observas a esos ixianos que hay delante de nosotras?

—Sí, Madre Superiora.

—Fíjate bien en ellos. Son productos de una sociedad agonizante. Es ingenuo esperar que cualquier burocracia emprenda brillantes innovaciones y las ponga en práctica con éxito. Las burocracias formulan diferentes tipos de preguntas. ¿Sabes cuáles son?

—No, Madre Superiora. —Lo dijo tras una inquisitiva mirada a su alrededor.

*¡Lo sabe! Pero se da cuenta de lo que estoy haciendo. ¿Qué es lo que tenemos aquí? La he juzgado mal.*

—Son preguntas típicas, Suipol... ¿Quién se llevará el mérito? ¿Quién será culpado si surgen problemas? ¿Hará variar la estructura del poder, haciéndonos

perder nuestros trabajos? ¿O creará algún departamento subsidiario más importante?

Suipol asintió como correspondía, pero su mirada de soslayo a los com-ojos tal vez fue demasiado evidente. No importaba.

—Esas son preguntas políticas —dijo Odrade—. Demuestran cómo los motivos de la burocracia se hallan directamente en oposición a las necesidades de adaptarse al cambio. La adaptabilidad es una exigencia primordial para la supervivencia de la vida.

*Es el momento de hablar directamente a nuestras anfitrionas.*

Odrade volvió su atención hacia arriba, escogiendo un prominente com-ojo en un candelabro.

—Observa a esos ixianos. Su «mente en un universo determinista» ha dado paso a una «mente en un universo ilimitado», donde *cualquier* cosa puede pasar. La anarquía creativa es el sendero hacia la supervivencia en este universo.

—Gracias por esta lección, Madre Superiora.

*Bendita seas, Suipol.*

—Después de todas sus experiencias con nosotras —dijo Suipol—, seguramente ya no se cuestionan nuestra lealtad las unas con las otras.

*¡E1 destino la conserve! Está preparada para la Agonía, y puede que nunca lo hubiéramos visto.*

Odrade no pudo hacer otra cosa más que estar de acuerdo con la conclusión de la acólita. La sumisión a las vías Bene Gesserit procedía de dentro, de esos constantemente monitorizados detalles que mantenían en orden su propia casa. No era una visión filosófica sino pragmática del libre albedrío. Cualquier afirmación que tuviera que hacer la Hermandad respecto a su propio camino en un universo hostil residía en una escrupulosa adherencia a la lealtad mutua, una admisión forjada en la Agonía. La Casa Capitular y sus pocas subsidiarias que quedaban eran guarderías de un orden fundado en compartir y Compartir. No basado en la inocencia. Eso había sido hacía mucho tiempo. Estaba firmemente asentado en la consciencia política y en una visión de la historia independiente de otras leyes y costumbres.

—No somos máquinas —dijo Odrade, mirando a los autómatas a su alrededor—. Siempre confiamos en las relaciones personales, sin saber nunca dónde pueden conducirnos ésas.

Tamalane avanzó hasta situarse al lado de Odrade.

—¿No crees que como mínimo deberían enviarnos algún mensaje?

—Ya nos han enviado un mensaje, Tam, llevándonos a un hotel de segunda clase. Y yo les he respondido como correspondía.

## Capítulo XL

*En última instancia, todas las cosas son conocidas porque tú deseas creer que las conoces.*

***Koan Zensunni***

Teg inspiró profundamente. Gammu se extendía ante él, exactamente allá donde sus navegantes habían dicho que estaría cuando emergieron del Pliegue espacial. Permanecía de pie junto a una atenta Streggi, viéndolo por la gran pantalla de observación de la sala de mandos de su nave insignia.

A Streggi no le gustaba que permaneciera sobre sus propios pies en vez de estar montado sobre los hombros de ella. Se sentía superflua entre toda aquella parafernalia militar. Su mirada no dejaba de fijarse en los campos de multiproyección en el centro de mando. Ayudantes moviéndose eficientemente entrando y saliendo por aberturas y campos, cuerpos envueltos en esotéricos uniformes, sabiendo lo que estaban haciendo. Ella apenas tenía una vaga idea de todas aquellas funciones.

El tablero de comunicaciones para retransmitir sus órdenes estaba bajo las palmas de Teg, mantenido allí mediante sensores. Su campo de mando formaba una débil aureola azulada en torno a sus manos. La plateada herradura que lo mantenía en comunicación con las fuerzas de ataque se apoyaba ligeramente en sus hombros, con una sensación de familiaridad allí pese a ser mucho más grande con relación a su pequeño cuerpo que los enlaces de comunicación que había utilizado en su anterior vida.

Ninguno de aquellos que estaban a su alrededor se cuestionaban ya el hecho de que aquél era su famoso Bashar en el cuerpo de un niño. Recibían sus órdenes con una enérgica aceptación.

El sistema que constituía su blanco parecía de lo más normal desde aquella distancia: un sol y sus planetas cautivos. Pero Gammu en el centro del foco no era nada normal. Idaho había nacido allí, su gholá había sido adiestrado allí sus memorias originales habían sido restauradas allí.

*Y yo fui cambiado allí.*

Teg no tenía ninguna explicación para lo que había hallado en si mismo bajo la tensión de la supervivencia en Gammu. La velocidad física que drenaba su carne y una habilidad de ver no-naves, de localizarlas en un campo imaginario como un bloque de espacio reproducido en su mente.

Sospechaba un afloramiento salvaje en los genes Atreides. Habían sido identificadas algunas células dominantes en él, pero no su propósito. Eran la herencia que las amantes procreadoras Bene Gesserit habían ido mezclando durante eones.



Había pocas dudas de que verían aquella habilidad como algo potencialmente peligroso para ellas. Podían utilizarlo, pero él seguramente perdería su libertad.

Apartó de su mente esas reflexiones.

—Enviad los señuelos.

*¡Acción!*

Teg se dio cuenta de que asumía una postura familiar. Había como una sensación de ascender hasta una refrescante eminencia cuando terminara la planificación. Las teorías habían sido articuladas, las alternativas cuidadosamente elaboradas y sus subordinadas desplegadas, y todo ello cuidadosamente transmitido a los subordinados. Sus jefes de grupo claves se habían aprendido Gammu de memoria... dónde podían encontrar partisanos, cada cabeza de puente, cada punto de resistencia conocido y qué rutas de acceso eran más vulnerables. Les había advertido especialmente acerca de los Futars. La posibilidad de que las bestias humanoides pudieran convertirse en aliados no debía ser ignorada. Los rebeldes que habían ayudado al gholá Idaho a escapar de Gammu habían insistido en que los Futars habían sido creados para cazar y matar a las Honoradas Matres. Conociendo los relatos de Dortujla y otros, uno podía casi apiadarse de las Honoradas Matres si aquello era cierto, excepto que la piedad no podía malgastarse con aquellas que nunca la habían mostrado con los demás.

El ataque estaba tomando su forma prevista... naves de exploración descendiendo en medio de una barrera de señuelos y pesados transportes avanzando hasta las posiciones clave. Teg se convirtió ahora en lo que él denominaba «el instrumento de mis instrumentos». Era difícil determinar quién mandaba y quién respondía.

*Ahora, la parte más delicada.*

Había que temer lo desconocido. Un buen comandante mantenía eso muy firme en su mente. Siempre había lo desconocido.

Los señuelos estaban acercándose al perímetro defensivo. Veía no-naves enemigas y sensoras de los Pliegues espaciales... puntos brillantes alineados en su consciencia. Teg las sobreimprimió a las posiciones de sus fuerzas. Cada orden que diera debía parecer que se originaba en un plan de batalla que todos ellos compartían.

Se sentía agradecido de que Murbella no se hubiera unido a ellos. Cualquier Reverenda Madre vería a través de su engaño. Pero nadie había cuestionado la orden de Odrade de que ella aguardara con su grupo a una distancia segura.

—*Es una Madre Superiora Potencial. Guardadla bien.*

La explosiva demolición de los señuelos se inició con un despliegue al azar de brillantes estallidos en torno al planeta. Se inclinó hacia adelante, examinando las proyecciones.

—¡Ahí está el esquema!

No había tal esquema, pero sus palabras crearon credulidad, y los pulsos se

aceleraron. Nadie cuestionó que el Bashar había visto vulnerabilidad en las defensas. Sus manos se agitaron sobre el tablero de comunicaciones, enviando a sus naves en un llameante despliegue que pobló el espacio tras ellas con fragmentos del enemigo.

—¡Correcto! ¡Adelante!

Entró directamente el rumbo de la nave insignia a Navegación, luego dirigió toda su atención al Control de Fuego. Silenciosas explosiones salpicaban el espacio en torno a ellos a medida que la nave insignia rebasaba los elementos supervivientes del perímetro guardián de Gammu.

¡Más señuelos! —ordenó.

Globos de blanca luz parpadearon en los campos de proyección.

La atención en la sala de mandos estaba concentrada en los campos, no en su Bashar. *¡Lo inesperado!* Teg, justamente famoso por eso, estaba confirmando su reputación.

—Encuentro esto extrañamente romántico —murmuró Streggi.

*¿Romántico?* ¡No hay ningún romanticismo en esto! El tiempo del romanticismo había pasado y todavía tenía que llegar. Una cierta aura podía rodear los planes para la violencia. Aceptaba eso. Los historiadores creaban su propio tipo de drama-cum-romance. *¿Pero ahora?* ¡Este era el momento de la adrenalina! El romanticismo te distraía de tus necesidades. Tenías que sentirte frío por dentro, con una clara y nítida línea trazada entre mente y cuerpo.

Mientras sus manos se agitaban sobre el campo del tablero de comunicaciones, Teg se dio cuenta de lo que había empujado a Streggi a hablar. Algo primitivo acerca de la muerte y la destrucción siendo creadas allí. Este era un momento extirpado del orden normal. Un inquietante regreso a los antiguos esquemas tribales.

Sintió un tam-tam en su pecho, y voces cantando: «¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!»

Su visión de las no-naves guardianas mostró a supervivientes huyendo presas del pánico.

*¡Bien! El pánico es una forma de dispersar y debilitar a nuestros enemigos.*

—Ahí está Baronía.

Idaho había vuelto a aplicar el viejo nombre Harkonnen a la extendida ciudad con su gigantesca mole central de plastiaceró negro.

Aterrizaremos en el Campo del norte.

Pronunció las palabras pero sus manos transmitieron las órdenes.

*¡Ahora rápidos!*

Por unos breves momentos, mientras vomitaban sus tropas, las no-naves fueron visibles y vulnerables. Todas sus fuerzas estaban atentas a las órdenes de su tablero de comunicaciones, y la responsabilidad era pesada.

—Esto tan sólo es una finta. Iremos de un lado para otro infligiendo serios daños. Nuestro auténtico blanco es Conexión.

La advertencia de Odrade al partir estaba clavada en su memoria:

—Hay que enseñarles a las Honoradas Matres una lección como nunca hasta ahora les ha sido enseñada. Atácanos, y recibirás un terrible castigo. Presiónanos, y el daño puede ser enorme. Han oído acerca de los castigos Bene Gesserit. Somos célebres por ellos. Sin duda la Reina Araña se habrá reído un poco de eso. ¡Tienes que hacer que se trague esa risa!

¡Abandonad la nave!

Aquél era el momento vulnerable. El espacio sobre ellos permanecía vacío de amenazas, pero lanzas de fuego trazaron sus arcos desde el este. Sus cañoneros podían hacerse cargo de ello. Se concentró en la posibilidad de que las no-naves enemigas pudieran regresar para un ataque suicida. Las proyecciones de la sala de mando mostraban sus naves de ataque y sus transportes de tropas desembarcando a sus hombres. La fuerza de choque, una élite acorazada sobre suspensores, tenía ya dominado el perímetro.

Los com-ojos portátiles ampliaban su campo de observación y lo conectaban con los más íntimos detalles de la violencia. Las comunicaciones eran la clave del mando responsivo, pero también mostraban las más sangrientas de las destrucciones.

—¡Todo bajo control!

La señal resonó por todo el puesto de mando.

Hizo que la nave se elevara del Campo y regresara a invisibilidad completa. Ahora tan sólo los enlaces de comunicaciones daban a los defensores un indicio de su posición, y estos estaban enmascarados por relés-señuelo.

La proyección mostró el monstruoso rectángulo del antiguo centro Harkonnen. Había sido construido como un bloque de metal que absorbía la luz para confinar a los esclavos. La élite había vivido en mansiones-jardín en su parte superior. Las Honoradas Matres lo habían devuelto a la antigua opresión.

Tres de las gigantescas naves de ataque aparecieron ante su vista.

—¡Limpiad la parte superior de esa cosa! —ordenó—. Limpiadla completamente, pero causad el menor daño posible a la estructura.

Sabía que sus palabras eran superfluas, pero hablaba para las grabaciones. Todo el mundo en las fuerzas de ataque sabía lo que quería.

—¡Transmitan informes! —ordenó.

La información empezó a fluir procedente de la herradura que llevaba colgada a los hombros. Los com-ojos mostraban a sus tropas limpiando el perímetro. La batalla sobre sus cabezas y en el suelo estaba dominada a lo largo de al menos cincuenta kilómetros. Las cosas estaban yendo mucho mejor de lo que había esperado. De modo que las Honoradas Matres mantenían el grueso de sus fuerzas fuera del planeta, no anticipando un ataque directo. Una actitud familiar, y tenía que darle las gracias a Idaho por haberla predicho.

*—Están cegadas por el poder. Creen que el blindaje pesado hay que efectuarlo en el espacio y el ligero en el suelo. Las armas pesadas son bajadas a la superficie del planeta cuando se hacen necesarias. No tiene ningún sentido mantenerlas en la superficie. Exigen demasiada energía. Además, el saber la existencia de todo ese equipo pesado ahí arriba posee un efecto apaciguador sobre las poblaciones cautivas.*

Las concepciones de Idaho sobre armamento eran devastadoras.

*—Tendemos a fijar nuestras mentes en lo que creemos saber. Un proyectil es un proyectil incluso cuando lo miniaturizamos para que contenga venenos o armas biológicas.*

Las innovaciones en el equipo de protección mejoraban la movilidad. Construye de acuerdo con normas uniformes siempre que sea posible. E Idaho había traído de vuelta el campo escudo con su temible destrucción cuando era golpeado por un rayo láser. Escudos a susceptor ocultos en lo que parecían ser soldados (pero que eran en realidad uniformes hinchados) fueron diseminados por delante de las tropas. Los disparos láser lanzados contra ellos produjeron atómicas que limpiaron grandes zonas.

*¿Conexión va a ser tan fácil?*

Teg lo dudaba. La necesidad reforzaba la rápida adaptación a nuevos métodos.

*En Conexión pueden disponer de escudos en menos de dos días.*

Y ninguna inhibición acerca de cómo emplearlos.

Sabía que los escudos habían dominado el Antiguo Imperio, debido a ese extraño e importante conjunto de palabras denominado «Gran Convención». La gente honorable no hacía mal uso de las armas de su sociedad feudal. Si deshonrabas la Convención, tus pares se volvían contra ti en una violencia unida. Más que eso, estaba también lo intangible, la «Fachada», que algunos llamaban el «Orgullo».

*¡La Fachada! Mi posición aquí.*

Algo más importante para algunos que la propia vida.

*—Esto nos está costando muy poco —dijo Streggi.*

Estaba convirtiéndose en la analista de la batalla, algo demasiado banal para los gustos de Teg. Streggi quería decir que estaban perdiendo muy pocas vidas, pero quizá estuviera diciendo una verdad mayor de la que sospechaba.

*—Es difícil pensar en dispositivos baratos para que hagan el trabajo —había dicho Idaho—. Pero esa es un arma poderosamente económica.*

Si tus armas costaban tan sólo una pequeña fracción de la energía gastada por tu enemigo, tenías en tus manos una potente palanca que podía prevalecer contra aparentemente abrumadoras posibilidades. Prolonga el conflicto, y gastarás la sustancia del enemigo. Tu adversario se derrumbará porque perderá el control de la producción y de los trabajadores.

—Podemos empezar a marcharnos —dijo, alejándose de las proyecciones mientras sus manos repetían la orden—. Deseo informes de bajas tan pronto como... —Se interrumpió y se volvió ante una repentina agitación.

*¿Murbella?*

Su proyección se repetía en todos los campos de la sala de mandos. La voz de la mujer restalló desde todas las imágenes:

—¿Por qué estás descuidando los informes de tu perímetro?

Se volvió hacia su tablero de comunicaciones, y las proyecciones mostraron a un comandante de campo en mitad de una frase:

—... órdenes. Tendremos que rechazar su petición.

—Repita —dijo Murbella.

Los sudorosos rasgos del comandante de campo se volvieron hacia su com-ojo móvil. El sistema de comunicaciones compensó las dos imágenes, y pareció mirar directamente a los ojos de Teg.

—Repitiendo: Tengo aquí a unos supuestos refugiados solicitando asilo. Su líder dice que es poseedor de un acuerdo que requiere de la Hermandad que honre su petición, pero sin órdenes...

—¿De quién se trata? —preguntó Teg.

—Se hace llamar el Rabino, y posee el diamante Suk...

Teg fue a recuperar el control de su tablero de comunicaciones.

—¡Espera! —Murbella inmovilizó su gesto.

*¿Por qué está haciendo esto?*

La voz de la mujer llenó de nuevo la sala de mandos.

—Tráelo a él y a su grupo a la nave insignia. Hazlo rápido. —Silenció la conexión con el perímetro.

Teg se sintió ultrajado, pero se sabía en desventaja. Eligió una de las múltiples imágenes y la miró furioso.

—¿Cómo os atrevéis a interferir con...?

—Porque tú no posees los datos necesarios. El Rabino tiene derecho a formular sus exigencias. Prepárate para recibirlo con todos los honores.

—Explicaos.

—¡No! No necesitas saberlo. Pero era necesario que yo tomara esta decisión cuando vi que tú no estabas respondiendo a...

—¡Ese comandante se hallaba en una zona de diversión! No era importante que...

—Pero la petición del Rabino tiene prioridad.

—¡Sois tan mala como una Madre Superiora!

—Quizá peor. ¡Ahora escúchame! Haz llevar inmediatamente a esos refugiados a tu nave insignia. Y prepárate para recibirme.

—¡Absolutamente no! Tenéis que quedaros donde...

—¡Bashar! Hay algo acerca de esta petición que requiere las atenciones de una Reverenda Madre. Dice que se hallan en peligro porque dieron temporalmente refugio a la Reverenda Madre Lucilla. Acepta esto o retírate.

—Entonces dejad que mi gente vuelva a las naves y nos retiremos primero. Nos encontraremos cuando estemos a resguardo.

—De acuerdo. Pero te lo advierto: trata a esos refugiados con cortesía.

—Ahora dejad libres mis proyecciones. ¡Me habéis cegado, y eso fue una temeridad!

—Lo tienes todo bien por la mano, Bashar. Durante este rato otra de nuestras naves aceptó a cuatro Futars. Acudieron pidiendo ser llevados a los Adiestradores, pero yo ordené que fueran confinados. Deben ser tratados con extrema cautela.

Las proyecciones de la sala de mandos recuperaron su enlace con la batalla. Teg llamó una vez más de vuelta a sus fuerzas. Se sentía hervir, y necesitó unos minutos antes de recuperar su sentido del mando. ¿Se daba cuenta Murbella de la forma en que había minado su autoridad? ¿O debía tomar aquello como una medida de la importancia que ella concedía a los refugiados?

Cuando la situación estuvo controlada, entregó la sala de mandos a un ayudante y, a hombros de Streggi, fue a ver a aquellos *importantes* refugiados. ¿Qué había de tan vital en ellos que Murbella se había arriesgado a interferir?

Se hallaban en la escotilla de un transporte de tropas, mantenidos aparte por un grupo de soldados mandados por un cauteloso comandante.

*¿Quién sabe lo que puede haber oculto entre esos desconocidos?*

El Rabino, identificable a causa de que era tratado con una deferencia especial por el comandante de campo, permanecía de pie junto a una mujer vestida de marrón al frente de su gente. Era un hombre pequeño y barbudo con un casquete blanco sobre su cabeza. La fría iluminación lo hacía parecer muy anciano. La mujer escudaba sus ojos con una mano. El Rabino estaba hablando, y sus palabras se hicieron audibles cuando Teg se aproximó a ellos.

¡La mujer estaba sometida a un ataque verbal!

—¡Los orgullosos serán arrastrados hasta lo más bajo!

Sin apartar su mano de su posición defensiva, la mujer dijo:

—No estoy orgullosa de lo que llevo conmigo.

—¿Ni de los poderes que este conocimiento puede reportarte?

Con una presión de sus rodillas, Teg ordenó a Streggi que se detuviera a unos diez pasos de distancia. Su comandante lanzó una breve mirada a Teg pero siguió en su posición, dispuesto a actuar defensivamente si aquello demostraba ser un movimiento de diversión.

*Buen hombre.*

La mujer inclinó aún más su cabeza y apretó la mano contra sus ojos al hablar:

—¿No se nos ha ofrecido un conocimiento que podemos usar en nuestro sagrado servicio?

—¡Hija! —El Rabino se envaró violentamente—. Cualquier cosa que podamos saber que podemos utilizar con provecho no puede ser nunca una gran cosa. Todo lo que llamamos conocimiento, todo lo que existe para abarcar lo que un corazón humilde puede contener, todo ello puede que no sea más que una semilla en el surco.

Teg se sintió reluctante a interferir. *Qué forma más arcaica de hablar.* Aquella pareja lo fascinaba. Los demás refugiados escuchaban aquel intercambio con una absorta atención. Tan sólo el comandante de campo de Teg parecía mantenerse un tanto al margen, manteniendo su atención fija en los desconocidos y haciendo ocasionalmente alguna señal con las manos a sus ayudantes.

La mujer mantuvo la cabeza respetuosamente inclinada y la mano que escudaba sus ojos en su lugar, pero siguió defendiéndose.

—Incluso una semilla perdida en su surco puede dar nacimiento a la vida.

Los labios del Rabino se apretaron hasta formar una estrecha línea, luego:

—Sin agua y cuidados, es decir, sin la bendición y la palabra, no existe la vida.

Un enorme suspiro agitó los hombros de la mujer, pero se mantuvo en aquella extrañamente sumisa posición cuando respondió:

—Rabino, he oído y obedezco. Sin embargo, debo hacer honor a ese conocimiento que me ha sido confiado debido a que contiene exactamente la misma advertencia que tú acabas de formular.

El Rabino apoyó una mano sobre su hombro.

—Entonces ve a entregarlo a aquellos que lo desean, y que el mal no entre en ti mientras lo haces.

El silencio le dijo a Teg que la discusión había terminado. Indicó a Streggi que siguiera adelante. Pero antes de que la acólita pudiera moverse, Murbella avanzó por su lado a grandes zancadas e hizo una inclinación de cabeza hacia el Rabino mientras sus ojos no se apartaban de la mujer.

—En nombre de la Bene Gesserit y de nuestra deuda con vosotros, os doy la bienvenida y os ofrezco nuestro refugio —dijo Murbella.

La mujer de ropas marrones bajó la mano, y Teg vio unas lentes de contacto brillando en su palma. La mujer alzó la cabeza, y hubo jadeos a todo su alrededor. Sus ojos tenían el azul total de la adicción a la especia, pero también mostraban esa fuerza interior que señalaba a quien había sobrevivido a la Agonía.

Murbella la identificó instantáneamente. *¡Una Reverenda Madre salvaje!* Desde los días Fremen de Dune no se había conocido la existencia de ninguna de ellas.

La mujer devolvió a Murbella la inclinación de cabeza.

—Me llamo Rebecca. Y me siento llena de alegría de estar con vos. El Rabino piensa que soy una gansa estúpida, pero llevo conmigo un huevo de oro que traigo de

Lampadas: siete millones seiscientas veintidós mil catorce Reverendas Madres, y todas son vuestras con pleno derecho.



## Capítulo XLI

*Las respuestas son un peligroso asidero al universo. Pueden parecer razonables y sin embargo no explicar nada.*

### *El Látigo Zensunni*

Mientras aguardaba a la hacía largo tiempo prometida escolta, Odrade se sintió primero furiosa, luego divertida. Finalmente, empezó a seguir a los robs del vestíbulo, interfiriendo con sus movimientos. La mayoría eran pequeños y ninguno tenía aspecto humanoide.

*Funcionales. El sello distintivo de los servos ixianos. Pequeños y ajetreados accesorios para una estancia en Conexión o su equivalente en cualquier otro lugar. Eran algo tan común que muy poca gente se daba cuenta de su presencia. Puesto que no eran capaces de enfrentarse a interferencias deliberadas, se inmovilizaban con un paciente zumbido.*

*—Las Honoradas Matres tienen muy poco o ningún sentido del humor.*

*Lo sé, Murbella. Lo sé. Pero, ¿han recibido mi mensaje?*

Dortujla obviamente sí. Había emergido de su temor y observaba a aquellas antigüedades con una amplia sonrisa. Tam parecía desaprobadora pero tolerante. Suipol se sentía encantada. Odrade tenía que contenerla para que no la ayudara a inmovilizar los dispositivos.

*Déjame a mí provocar la hostilidad, muchacha. Sé lo que hay reservado para mí.*

Cuando estuvo segura de haber conseguido lo que buscaba, Odrade se situó bajo uno de los candelabros.

*—Atiéndeme, Tam —dijo.*

Tamalane se situó obedientemente frente a Odrade, con una expresión atenta.

*—¿Has observado, Tam, que los vestíbulos modernos tienden a ser más bien pequeños?*

Tamalane lanzó una mirada a su alrededor.

*—Hubo un tiempo en que los vestíbulos eran grandes —dijo Odrade—. Para proporcionar una prestigiosa sensación de espacio a los poderosos, e impresionar a los demás con tu importancia, por supuesto.*

Tamalane captó el espíritu del juego de Odrade, y dijo:

*—En esos días eras importante por el simple hecho de viajar.*

Odrade contempló los inmovilizados robs esparcidos por el suelo del vestíbulo. Algunos zumbaban y se estremecían. Otros aguardaban inmóviles a que alguien o algo restableciera el orden.

El autorecepcionista, un tubo fálico de plaz negro con un sólo com-ojo brillante,

surgió de detrás de su jaula y se abrió camino por entre los inmovilizados robs para enfrentarse a Odrade.

—Hay demasiada humedad hoy. —Tenía una empalagosa voz femenina—. No sé en qué está pensando el Control del Clima.

Odrade se dirigió por encima de él a Tamalane:

—¿Por qué tienen que programar a esos mecanismos para simular amistosos humanos?

—Es algo obsceno —admitió Tamalane. Apartó a un lado al autorecepcionista, que se volvió para estudiar la fuente de la intrusión pero no hizo ningún otro movimiento.

Odrade fue consciente de pronto de que había tocado la fuerza que había prendido el Yihad Butleriano... la motivación de las masas.

*¡Mi propio prejuicio!*

Estudió el mecanismo que tenían frente a ellas. ¿Estaba aguardando instrucciones, o debía dirigirse ella directamente a la máquina?

Cuatro robs más entraron en el vestíbulo, y Odrade reconoció el equipaje de su grupo apilado sobre ellos.

*Todas nuestras cosas han sido cuidadosamente inspeccionadas, estoy segura. Buscad lo que queráis. No llevamos ni el menor asomo de nuestras legiones.*

Los cuatro robs se deslizaron discretamente por un ángulo de la habitación, y encontraron su paso bloqueado por los que habían sido inmovilizados. Los robs con el equipaje se detuvieron y aguardaron a que se solucionara la situación. Odrade les dirigió una sonrisa.

—Ahí van los signos de lo transitorio ocultando nuestros secretos yoes.

*Ocultando, y secreto.*

Palabras para irritar a las observadoras.

*¡Vamos, Tam! Tú conoces la maniobra. Confunde ese enorme contenido de inconsciencia, despierta sentimientos de culpabilidad que serán incapaces de reconocer. Hazlas estremecerse de la misma forma que yo he hecho con los robots. Haz que se vuelvan cautelosas. ¿Cuáles son los auténticos poderes de esas brujas Bene Gesserit?*

Tamalane cogió la onda. *Transitorio, y secretos yoes.* Para los com-ojos, explicó con el mismo tono utilizado para los niños:

—¿Qué es lo que llevas cuando abandonas tu nido? ¿Eres de las que intentan empaquetarlo todo? ¿O te ajustas a las necesidades?

*¿Qué es lo que clasificarán las observadoras como necesidades? ¿Artículos de limpieza e higiene o ropas de repuesto? ¿Armas? Las buscaron en nuestro equipaje. Pero las Reverendas Madres tienden a no llevar consigo armas visibles.*

—Qué horrible lugar es éste —dijo Dortujla, uniéndose a Tamalane frente a

Odrade y entrando en la representación—. Una casi pensaría que es deliberado.

*Ahhh, detestables observadoras. Fijaos en Dortujla. ¿La recordáis? ¿Por qué ha vuelto cuando tiene que saber lo que podéis hacerle? ¿Comida para los Futars? ¿Veis lo poco que le preocupa?*

—Un lugar transitorio, Dortujla —dijo Odrade—. La mayor parte de la gente nunca lo desearía como su destino. Y los inconvenientes y pequeñas incomodidades sirven únicamente para recordártelo.

—Un alto en el camino, y nunca será mucho más que eso a menos que lo reconstruyan completamente —dijo Dortujla.

¿La estaban oyendo? Odrade adoptó una expresión de absoluta compostura para el com-ojo seleccionado.

*Esta es una fealdad que traiciona intencionalidad. Nos dice: «Os proporcionaremos algo para el estómago, una cama, un lugar donde evacuar vejiga e intestinos, un lugar donde realizar los pequeños rituales de mantenimiento que requiere la carne, pero os iréis rápidamente porque todo lo que realmente deseamos es la energía que dejáis detrás.»*

El autorecepcionista retrocedió rodeando por detrás a Tamalane y Dortujla, intentando una vez más establecer contacto con Odrade.

—¡Nos enviarás inmediatamente a nuestros aposentos! —dijo Odrade, mirando furiosa el ciclópeo ojo.

—¡Por supuesto! Hemos sido muy inconsiderados.

¿Dónde habían encontrado aquella melosa voz? Repulsiva. Pero Odrade estaba ya camino de la salida del vestíbulo en menos de un minuto, precedida por los robs con sus equipajes, Suipol muy cerca tras ella, seguida por Tamalane y Dortujla.

El pequeño drama aguijoneante que habían representado para las Honoradas Matres había hecho que la mente de Odrade se remontara hasta un antiguo sendero.

*Mensajes ocultos. Antiguos esquemas. Excepto por esos malditos candelabros, ni barrocos ni con florituras rococó. Todo ello estampado con moldes conservados sin duda en algún lugar para el día en que sean necesarios algunos reemplazos. ¡Conservadurismo absoluto!*

El lugar estaba unido funcionalmente a las creencias ixianas. Los decoradores habían conseguido una forma estándar, una tan adecuada que se introducía por la fuerza en los sentidos de los que pasaban por allí. Era posible pensar en este lugar como aceptable incluso para los viajeros de los tiempos antiguos. Detalles y elementos de moderna tecnología podían preocupar a algunos de esos imaginados antiguos, pero no por mucho tiempo. Funcionalismo... una respuesta que se servía a sí misma.

—Oh, entiendo. Eso limpia los suelos. ¿Y eso otro de ahí responde a las preguntas? Inteligente.

Las instalaciones de seguridad eran visibles incluso para el ojo casual. Destellos en las cornisas y en los ángulos superiores de los salones. Monitores y cosas peores. Algunos de ellos ixianos. Probablemente no superiores al equipo de la Dispersión pero aprovechándose del hecho de que estaban aún en uso. Reconoció algunas de aquellas instalaciones como ofensivas. *Pueden matarte en un segundo.* Pero la Cofradía había sido notablemente cautelosa. Como la Bene Gesserit. Créate tan pocos enemigos como sea posible. No un requerimiento para no crearse *ningún* enemigo. Los enemigos adecuados te dan lustre. Una posición de débil y desvalido poseía sus atractivos, como habían demostrado diversos grupos religiosos a lo largo de los eones.

Había un aspecto claramente visible de negligencia en toda un ala del edificio cuando pasaron por ella. ¿Significaba eso que el tráfico en Conexión había declinado? Interesante. Los postigos de las ventanas estaban cerrados a lo largo de todo un corredor. ¿Ocultando algo? A la semipenumbra resultante, detectó polvo en el suelo, y muy pocas huellas de mantenimiento en los mecanismos. ¿Ocultación de lo que había al otro lado de aquellas ventanas? Muy poco probable. Llevaban cerradas algún tiempo.

Detectó un esquema en lo que aún seguía sometido a mantenimiento. Muy poco tráfico. Efecto de las Honoradas Matres. ¿Quién se atrevía a ir de aquí para allá cuando parecía mucho más seguro quedarse en casa y rezar y no hacerse notar por los peligrosos merodeadores? Los accesos a las zonas de la élite privada eran los únicos que seguían sujetos a un mantenimiento completo. Tan sólo lo mejor seguía siendo mantenido como lo mejor.

*Cuando lleguen los refugiados de Gammu, habrá sitio para ellos.*

En el vestíbulo, le habían entregado a Suipol un pulsor guía. «Para que luego encuentre su camino.» Una esfera azul con una flecha amarilla flotaba en él, indicando el camino que tenías que seguir. «Hace sonar un suave timbre cuando llega usted a su destino.»

*Encantador.*

Por todas partes en Conexión había aquella extraña pátina de hospitalidad, como un fantasma en el festín, completamente fuera de lugar. Aquella no era (fuera lo que fuese lo que pudiera ser en realidad) una estructura hospitalaria, y nunca lo había sido. El funcionalismo triunfaba sobre el confort, y era exhibido como si sus diseñadores te hicieran un favor.

El suave timbre del pulsor sonó.

*¿Y adónde hemos llegado?*

Otro lugar en donde sus anfitriones habían proporcionado «todos los lujos» mientras conseguían que siguiera siendo repelente. Habitaciones con suelos amarillo suave, paredes malva pálido, techos blancos. Ninguna silla-perro. Había que dar las

gracias por ello, aunque su ausencia hablara de economía antes que de atención hacía las preferencias de los huéspedes. Las sillas-perro requerían constante mantenimiento y un personal especializado. Vio muebles con tapizados en permaflox. Y debajo del tapizado notó la dureza del plástico. Todo en los mismos colores que las habitaciones.

*¡Ved! Lo hemos conjuntado todo.*

La cama fue un pequeño shock. Alguien había tomado la petición de un colchón duro demasiado al pie de la letra. Una superficie plana de plaz negro, sin colchón. Sin ropa de cama.

Suipol, viendo aquello, empezó a objetar, pero Odrade le hizo un signo de que callara. Pese a los recursos Bene Gesserit, a veces el confort era algo que había que dejar de lado. ¡Acepta lo que ya está hecho! Esa era su primera orden. Si la Madre Superiora tenía que dormir ocasionalmente sobre una superficie dura y sin mantas, podía aceptarse en nombre del deber. Además, la Bene Gesserit tenía formas de ajustarse a tales inconsecuencias. Odrade se fortaleció ante la incomodidad, consciente de que si formulaba alguna objeción podía encontrarse ante algún otro insulto deliberado.

*Dejemos que añadan esto a todo ese contenido inconsciente y se preocupen por ello.*

El aviso llegó mientras estaba inspeccionando el resto de sus aposentos, mostrando una preocupación mínima y un abierto regocijo. Una voz brotó aguda de los respiraderos del techo mientras Odrade y sus compañeras emergían al salón común.

—Regresad al vestíbulo, donde os aguarda una escolta para llevaros ante la Gran Honorada Madre.

—Iré sola —dijo Odrade, silenciando las objeciones.

Una Honorada Madre vestida de verde aguardaba en una frágil silla allá donde el corredor penetraba en el vestíbulo. Tenía un rostro construido como las murallas de un castillo... piedra sobre piedra. La boca era como una esclusa a través de la cual inhalaba algún líquido vía una paja transparente. Un flujo púrpura ascendía por la paja. Había un olor a azúcar en el líquido. Los ojos eran armas atisbando por encima de las murallas. La nariz: una ladera descendente a lo largo de la cual los ojos derramaban sus odios. La barbilla: débil. No era necesaria aquella barbilla. Una idea tardía. Algo que había quedado pendiente de una construcción anterior. Podías ver a la niña en ella. Y el pelo: oscurecido artificialmente hasta un castaño lodoso. Carente de importancia. Ojos, nariz y boca, esos eran los importantes.

La mujer se puso en pie lentamente, insolentemente, enfatizando que hacía un favor simplemente en reparar en la presencia de Odrade.

—La Gran Honorada Madre condesciende en veros.

Una voz dura, casi masculina. El orgullo intentaba tapiarlo todo hasta tan arriba

que dejaba al descubierto todo lo que hacía. Sólidamente empaquetado con inamovibles prejuicios. *Sabía* tantas cosas que era una exhibición andante de ignorancias y miedos. Odrade la vio como una perfecta demostración de la vulnerabilidad de las Honoradas Matres.

Al final de muchas revueltas y corredores, todos ellos limpios y bien iluminados, llegaron a una larga estancia,... el sol derramándose a través de una hilera de ventanas, una sofisticada consola militar a un extremo; mapas espaciales y mapas de superficie proyectados allí. ¿El centro de la tela de la Reina Araña? Odrade sintió dudas. La consola era demasiado obvia. Algo de un diseño distinto a la Dispersión, pero sin ninguna duda acerca de su finalidad. Los campos que los humanos podían manipular tenían límites físicos, y una capucha para interface mental no podía ser otra cosa más que eso aunque se presentara bajo la forma de una estructura oval de un peculiar amarillo sucio.

Barrió la habitación con su mirada. Apenas amueblada. Unas cuantas sillas y mesitas pequeñas, una amplia zona despejada donde (presumiblemente) la gente podía aguardar órdenes. No había desorden. Se suponía que aquello era un centro de acción.

*¡Imprimid eso sobre la bruja!*

Las ventanas de una de las largas paredes revelaban al otro lado zonas pavimentadas y jardines. ¡Todo aquello no era más que un decorado realista!

*¿Dónde está la Reina Araña? ¿Dónde duerme? ¿Cuál es el aspecto de su cubil?*

Entraron dos mujeres por una puerta en arco, procedentes de una de las zonas pavimentadas. Ambas llevaban túnicas rojas con resplandecientes arabescos y dibujos de dragones en ellas. Y unas cuantas soopiedras de adorno.

Odrade se mantuvo en silencio, ejerciendo la cautela hasta después de efectuadas las presentaciones por parte de la escolta, que pronunció tan pocas palabras como le fue posible y se marchó apresuradamente.

Sin las indicaciones de Murbella, la mujer alta de pie al lado de la Reina Araña hubiera sido la que Odrade hubiera tomado por la comandante. Y sin embargo, ésta era la más pequeña. Fascinante.

*Esta no trepó simplemente hasta el poder. Serpenteó por entre las grietas. Un día, sus hermanas despertaron ante el hecho consumado. Allí estaba, firmemente sentada en el trono. ¿Y quién podía poner objeciones? Diez minutos después de haber abandonado su presencia tenías dificultades en recordar el blanco de tus objeciones.*

Las dos mujeres examinaron a Odrade con idéntica intensidad.

*Muy bien. Eso es necesario en estos momentos.*

La apariencia de la Reina Araña era más que una sorpresa. Hasta aquel momento, la Bene Gesserit no había conseguido ninguna descripción física de ella. Tan sólo proyecciones temporales, construcciones imaginativas basadas en datos dispersos.

Allí estaba, finalmente. Una mujer pequeña. Músculos previsiblemente nudosos apreciables bajo los leotardos rojos que se asomaban por debajo de su túnica. El rostro un óvalo sin nada en particular, con unos blandos ojos castaños con motas naranja danzando en ellos.

*Temerosa y furiosa al mismo tiempo, pero sin poder situar las razones precisas de sus temores. Todo lo que tiene es un blanco... yo. ¿Qué es lo que piensa obtener de mí?*

Su ayudante era algo distinto: en apariencia, mucho más que peligrosa. Un pelo dorado muy cuidadosamente peinado, nariz ligeramente aquilina, labios finos, piel muy tensa sobre unos altos pómulos. Y esa venenosa mirada.

Odrade trasladó su atención una vez más a los rasgos de la Reina Araña: una nariz que muchos tendrían problemas en describir un minuto después de abandonar su presencia.

*¿Recta? Bien, en cierto modo.*

Unas cejas que hacían juego con su pelo color paja. La boca se hacía rosadamente visible al abrirse y casi desaparecía al ser cerrada. Era un rostro en el que tenías dificultades para encontrar un foco central, y que hacía que a resultas de ello todo el resto resultara difuminado.

—Así que tú presides la Bene Gesserit.

Una voz ajustada en clave baja. Un galach con extrañas inflexiones, carente de jerga, aunque sentías su presencia justo detrás de la lengua. Había trucos lingüísticos allí. Los conocimientos de Murbella enfatizaban aquel hecho.

*—Poseen algo parecido a la Voz. No el equivalente de lo que vosotras me habéis dado, pero hacen otras cosas, una especie de trucos con las palabras.*

*Trucos con las palabras.*

—¿Cómo debo dirigirme a ti? —preguntó Odrade.

—He oído que me llamáis la Reina Araña. —Las motas naranja danzaron malignamente en sus ojos.

—Aquí en el centro de tu tela y considerando tus enormes poderes, me temo que debo admitirlo.

—De modo que esto es lo que captas... mis poderes. —¡Vanidosa!

Lo primero que había notado Odrade era el penetrante olor de la mujer. Se había bañado con algún escandaloso perfume.

*¿Para enmascarar sus feromonas?*

¿Había sido advertida de la habilidad de las Bene Gesserit de juzgar sobre las bases de unos minúsculos datos sensoriales? Quizá. Aunque era probable que simplemente le gustara aquel perfume. La odiosa cocción tenía un asomo subyacente de exóticas flores. ¿Algo procedente de su lejano hogar?

La Reina Araña apoyó una mano en su olvidable barbilla.

—Puedes llamarme Dama.

Su compañera objetó:

—¡Es la última enemiga en el Millón de Planetas!

*De modo que así es cómo denominan al Antiguo Imperio.*

Dama alzó una mano reclamando silencio. Qué casual, y qué revelador. Odrade vio un lustre reminiscente de Bellonda en los ojos de la ayudante. Una maligna atención, buscando el momento propicio para atacar.

—A la mayoría se les requiere que se dirijan a mí como Gran Honorada Madre —dijo Dama—. Te he conferido un honor. —Hizo un gesto hacia la puerta en arco tras ella—. Vamos a pasear fuera, mientras hablamos las dos a solas.

No era una invitación; era una orden.

Odrade se detuvo al lado de la puerta para echar una ojeada a un mapa exhibido allí. En blanco y negro, finas líneas de senderos e irregulares indicaciones con rótulos en galach. Eran los jardines más allá de la parte pavimentada, la identificación de plantaciones. Odrade se acercó a él para estudiarlo mientras Dama aguardaba con una divertida tolerancia. Sí, árboles y arbustos esotéricos, muy pocos de ellos con frutos comestibles. Eran el orgullo de la posesión, y aquel mapa estaba allí para demostrarlo.

*¡Una belleza inútil, y toda ella es mía!*

En el patio, Odrade dijo:

—He notado tu perfume.

Dama se vio empujada a sus recuerdos, y su voz evidenció sutiles armónicos cuando respondió.

*La domina una identidad floral. ¡Imagina eso! Pero se siente a la vez triste y enfurecida cuando piensa en ello. Y se pregunta por qué yo lo he sacado a la luz.*

—De otro modo, los arbustos no me hubieran aceptado —dijo Dama.

*Interesante elección del tiempo verbal.*

El acento que imprimía al galach no era difícil de comprender. Obviamente se ajustaba de forma inconsciente a su interlocutora.

*Tiene buen oído. Deja pasar unos breves segundos, observando, escuchando y haciendo ajustes para hacerse comprender. Una forma de arte muy antigua, que la mayor parte de los humanos adoptan rápidamente.*

Odrade vio los orígenes como una coloración protectora.

*No desea ser tomada por una alienígena.*

Una característica de ajuste embutida en los genes. Las Honoradas Matres no la habían perdido, pero era una vulnerabilidad. Las tonalidades inconscientes no quedaban completamente enmascaradas, y revelaban mucho.

Pese a su evidente vanidad, Dama era inteligente y autodisciplinada. Era un placer llegar a esa opinión. Algunos circunloquios no eran necesarios.



Odrade se detuvo donde se detuvo Dama al extremo del patio. Permanecían casi hombro contra hombro, y Odrade, mirando hacia el jardín, se sintió sorprendida por su apariencia casi Bene Gesserit.

—Haz tu oferta —dijo Dama.

—¿Qué valor poseo como rehén? ~preguntó Odrade.

¡Una mirada naranja!

—Obviamente, tú has sido quien ha formulado la pregunta —dijo Odrade.

—Prosigue. —El naranja disminuyó.

—La Hermandad dispone de tres reemplazos para mí. —Odrade exhibió su más penetrante mirada—. Es posible que nos debilitemos mutuamente de una forma tal que nos destruya a las dos.

—¡Podemos aplastaros como aplastaríamos a un insecto!

*¡Cuidado con el naranja!*

Odrade no se dejó desviar por las advertencias de su interior.

—Pero la mano que nos *aplastara* lo celebraría, y finalmente las náuseas te consumirían.

*Esto no puede plantearse claramente sin detalles específicos.*

—¡Imposible! —Un fulgor naranja.

—¿Crees que no somos conscientes de cómo fuisteis arrojadas de vuelta aquí por vuestros enemigos?

*Mí más peligroso gambito.*

Odrade observó cómo causaba efecto. Un hosco fruncimiento de ceño no fue la única respuesta visible de Dama. El naranja desapareció, dejando en sus ojos una extraña blandura que discrepaba con su colérico rostro.

Odrade asintió como si Dama hubiera respondido.

—Podemos dejaros vulnerables a aquellos que os atacan, aquellos que os han conducido hasta este callejón sin salida.

—¿Pensáis que nosotras...?

—Lo sabemos.

*Al menos, ahora lo sé.*

El conocimiento produjo a la vez excitación y miedo.

*¿Qué es lo que hay ahí afuera capaz de sojuzgar a esas mujeres?*

—Simplemente estamos agrupando nuestras fuerzas antes de...

—Antes de regresar a una arena donde a buen seguro vais a ser aplastadas... donde no podéis contar con un número abrumador.

La voz de Dama se sumió en un suave galach que Odrade tuvo dificultades en comprender.

—Así que han venido hasta vosotras... y han hecho su oferta. Qué estúpidas sois confiando en que...

—No he dicho que confiemos.

—Si Logno, ahí atrás... —hizo una señal con la cabeza indicando a su ayudante en la habitación—... te oyera hablarme de esta forma, estarías muerta en menos tiempo del que necesito para advertirte de ello.

—Soy afortunada de que aquí estemos solamente nosotras dos.

—No cuentes con ello para que te lleve mucho más lejos.

Odrade miró por encima de su hombro al edificio. Las alteraciones del diseño de la Cofradía eran visibles: una larga fachada de ventanas, mucha madera exótica, y enjoyadas piedras.

*Riqueza.*

Estaba enfrentándose a una riqueza tan extrema que a muchos les resultaría difícil imaginarla. Nada que deseara Dama, nada que pudiera ser proporcionado por la sociedad que era su vasalla, le era negado. Nada excepto la libertad de volver a la Dispersión.

¿Hasta qué punto se aferraba Dama a la fantasía de que su exilio terminaría alguna vez? ¿Y cuál era la fuerza que había enviado un tal poder de vuelta al Antiguo Imperio? ¿Por qué aquí? Odrade no se atrevía a preguntar.

Proseguiremos esto en mis aposentos —dijo Dama. *¡Por fin en el cubil de la Reina Araña!*

Los aposentos de Dama eran algo muy parecido a un rompecabezas. Suelos ricamente alfombrados. Se sacudió las sandalias y entró descalza en la estancia. Odrade la imitó.

*¡Observa las callosidades en la parte externa de sus pies! Armas peligrosas mantenidas en muy buena condición.*

No solamente el blando suelo sino la estancia en sí desconcertó a Odrade. Una pequeña ventana que daba al cuidadosamente dispuesto jardín botánico. Ni cortinas ni cuadros en las paredes. Ninguna decoración. Una rejilla de renovación de aire encima de la puerta por la que habían entrado arrojaba líneas de sombra. Otra puerta a la derecha. Otra rejilla de renovación de aire. Dos blandos divanes grises. Dos pequeñas mesillas auxiliares de brillante color negro. Otra mesa más grande en tonos dorados con un leve resplandor verde sobre ella señalando un campo de control.

Odrade identificó la fina silueta rectangular de un proyector encajado en la mesa dorada.

*Ahhh, este es su cuarto de trabajo. ¿Hemos venido aquí a trabajar?*

Había una refinada concentración en aquel lugar. Se había tomado mucho cuidado en eliminar las distracciones, ¿Qué distracciones aceptaba Dama?

*¿Dónde están las estancias decoradas? Tiene que vivir de una forma particular con su entorno. No puedes permanecer siempre creando barreras mentales para rechazar de tu alrededor las cosas que consideras desagradables para tu psique. Si*

*deseas un auténtico confort, tu casa no puede estar construida de una forma que te agreda, especialmente no agresiones a un lado inconsciente. ¡Ella se da cuenta de las vulnerabilidades de su inconsciente! Es realmente peligrosa, pero tiene el poder de decir: «Sí».*

Aquella era una antigua perspicacia Bene Gesserit. Buscabas a aquellas que podían decir: «Sí». Nunca te molestabas con subalternos que únicamente podían decir: «No». Buscabas a quien podía llegar a un acuerdo, firmar un contrato, cumplir con una promesa. La Reina Araña no decía «Sí» a menudo, pero tenía ese poder, y lo sabía.

*Hubiera debido darme cuenta cuando me llevó a un lado. Me envió la primera señal cuando me permitió llamarla Dama. ¿Me he precipitado poniendo en marcha el ataque de Teg de una forma que no puedo detener? Demasiado tarde para pensárselo mejor. Lo sabía cuando le di amplios poderes.*

*¿Pero qué otras fuerzas podemos atraer?*

Odrade tenía registrado el esquema de dominio de Dama. Palabras y gestos podían hacer a la Reina Araña retraerse sobre sí misma, agazapándose en la intensa consciencia de los latidos de su propio corazón.

*El drama debe seguir adelante.*

Dama estaba haciendo algo con las manos en el campo verde sobre su mesa dorada. Estaba concentrada en ello, ignorando a Odrade de una forma que era a la vez un insulto y un cumplido.

*No interfieras, bruja, porque no te interesa y tú lo sabes. Además, no eres lo bastante importante como para distraerme.*

Dama parecía agitada.

*¿Ha tenido éxito el ataque contra Gammu? ¿Están empezando a llegar los refugiados?*

Un resplandor naranja se enfocó en Odrade.

—Tu piloto acaba de destruirse a sí mismo y a su nave antes que someterse a nuestra inspección. ¿Qué es lo que traía?

—A nosotras.

—¡Hay una señal que brota de ti!

—Diciendo a mis compañeras si estoy viva o muerta. Tú ya lo sabías.

Algunos de nuestros antepasados quemaban sus naves ante un ataque. No había retirada posible.

Odrade habló con un cuidado exquisito, ajustando el tono y la cadencia a las respuestas de Dama.

—Si llegamos a un acuerdo, tú me proporcionarás un transporte. Mi piloto era un cyborg, y el shere no podía protegerlo de vuestras sondas. Sus órdenes eran matarse antes que caer en vuestras manos.

—Proporcionándonos las coordenadas de vuestro planeta. —El naranja disminuyó en los ojos de Dama, pero aún estaba inquieta—. No creo que tu gente te obedezca hasta ese extremo.

*¿Cómo los controlas sin dominio sexual, bruja? ¿No resulta obvia la respuesta? Poseemos secretos poderes.*

*Cuidado ahora*, se advirtió Odrade. Una aproximación metódica, alerta a nuevas demandas. Déjale pensar que elegimos un método de respuesta y nos aferramos a él. ¿Cuánto sabe de nosotras? No sabe que incluso una Reverenda Madre puede ser tan sólo un pequeño cebo, un señuelo para conseguir información vital. ¿Eso nos hace superiores? Y si es así, ¿puede el adiestramiento superior superar la velocidad y el número superiores?

Odrade no tenía ninguna respuesta.

Dama permanecía sentada junto a la mesa dorada, dejando a Odrade de pie. Había como una sensación de nido a todo su alrededor. No abandonaba a menudo aquel lugar. Era el auténtico centro de su tela. Todas las cosas que creía que necesitaba estaban allí. Había traído a Odrade hasta aquella habitación porque era un inconveniente ir a cualquier otro lugar. Se sentía incómoda en otros ambientes, quizá incluso se sentía amenazada. Dama no corría riesgos. Lo había hecho una vez pero hacía mucho tiempo de ello, cuando se había cerrado una puerta tras ella, en algún lugar. Ahora tan sólo deseaba sentarse allí en aquel seguro y bien organizado capullo desde donde podía manipular a los demás.

Odrade consideró aquellas observaciones como una bienvenida confirmación de las deducciones Bene Gesserit. La hermandad sabía cómo explotar aquella palanca. Las burocracias estaban basadas en la cobardía, en el miedo de que algo pudiera impedir los avances en la carrera o las comodidades en el retiro.

*¡Cubre tu retaguardia!*

Era una regla tan vieja como la historia.

—*La compasión no se halla dentro de las especificaciones de mi trabajo.*

—¿No tienes ninguna otra cosa que decir? —preguntó Dama.

*Gana tiempo.*

Odrade aventuró una pregunta:

—Me siento extremadamente curiosa acerca del porqué aceptaste este encuentro.

—¿Por qué te sientes curiosa?

—Parece tan... tan poco característico de ti.

—¡Nosotras mismas determinamos lo que es característico de nosotras! — Completamente disgustada.

—¿Pero qué es lo que hay en nosotras que os interese?

—¿Entonces crees que os encontramos interesantes?

—Quizá incluso nos encontréis notables, puesto que así es como nosotras os

consideramos evidentemente a vosotras.

Una expresión complacida aleteó por un breve instante en el rostro de Dama.

—Sabíamos que os sentíais fascinadas por nosotras.

—Lo exótico interesa a lo exótico —dijo Odrade.

Esto hizo aparecer una sonrisa de suficiencia en los labios de Dama, la sonrisa de alguien cuyo animalillo de compañía ha demostrado ser listo. Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Llamando a Odrade a su lado, Dama hizo un gesto hacia un grupo de árboles más allá de los primeros arbustos en flor, y habló con aquel acento blando tan difícil de seguir.

Odrade escuchó con concentración. ¿Dama llamaba a aquellos árboles robles? Aquello decía algo acerca de su interés en las cosas arbóreas. La etiqueta técnica aceptada para aquellos que trataban con tales cosas era «enebros». Dama no se dedicaba a las frivolidades técnicas, ni se preocupaba de que sus etiquetas revelaran dependencia en un idioma común.

Algo hizo sonar una alarma interna. Odrade cayó en simulflujo, buscando la fuente. ¿Algo en la estancia o en la Reina Araña? Había una falta de espontaneidad en el entorno, algo que no encajaba con lo que Dama hacía. Así que todo aquello estaba diseñado para crear un efecto. Cuidadosamente preparado.

*¿Es ésta realmente mi Reina Araña? ¿O hay alguna otra más poderosa que nos está observando?*

Odrade exploró aquel pensamiento, rebuscando rápidamente. Era un proceso que proporcionaba más preguntas que respuestas, un atajo mental parecido al de los Mentats. Busca las relevancias y extrae los trasfondos latentes (pero de una forma ordenada). El orden era generalmente un producto de la actividad humana. El caos existía como material en bruto a partir del cual crear el orden. Ese era el enfoque Mentat, proporcionando no verdades inalterables sino una notable palanca para tomar decisiones: el ensamblaje ordenado de datos en un sistema no inconexo.

Llegó a una Proyectiva.

*¡Se revuelcan en el caos! ¡Lo prefieren! ¡Adictas a la adrenalina!*

Así que Dama era Dama, la Gran Honorada Madre. La eterna titular, la eterna superiora.

*No hay ninguna más grande observándonos. Pero Dama cree que eso es una negociación. Cabría pensar que es algo que nunca antes había hecho. ¡Exactamente!*

Dama tocó un lugar no señalizado debajo de la ventana, y la pared se descorrió, revelando que la ventana no era otra cosa más que una hábil proyección. Se abrió a un alto balcón embaldosado con cerámica verde oscuro. Dominaba una serie de plantaciones muy distintas de aquellas que mostraba la proyección de la ventana. Aquello era el caos conservado, el salvajismo dejado a sus propios medios y convertido en algo más notable aún a causa de los ordenados jardines en la distancia.

Zarzas, árboles caídos, densos arbustos. Y más allá: hileras cuidadosamente espaciadas de lo que parecían ser verduras, con recolectores automatizados yendo arriba y abajo, dejando una tierra desnuda tras ellos.

*¡Amor al caos, evidentemente!*

La Reina Araña sonrió y salió al balcón.

Saliendo tras ella, Odrade se detuvo una vez más sorprendida ante lo que vio. Una decoración en el parapeto a su izquierda. Una figura tamaño natural moldeada en una sustancia casi etérea, toda ella ondulantes planos y curvadas superficies.

Cuando miró de reojo a la figura, Odrade vio que pretendía representar a un humano. ¿Masculino o femenino? En algunas posiciones masculino, y en algunas femenino. Planos y curvas respondían a las inconstantes brisas. Una serie de cables delgados, casi invisibles (parecía como si fueran de hilo shiga) la mantenían suspendida de un tubo delicadamente curvado anclado en una protuberancia translúcida. Las extremidades inferiores de la figura casi tocaban la granulosa superficie de la base que le servía de apoyo.

Odrade la miró, cautivada.

*¿Por qué me recuerda a «El Vacío» de Sheeana?*

Cuando el viento la agitaba, toda la creación parecía danzar, emprendiendo a veces una graciosa marcha, dando luego una lenta pirueta e iniciando una serie de giros con una pierna extendida.

—La llamamos «El Maestro de Ballet» —dijo Dama—. Bajo algunos vientos alza los pies hasta por encima de su cabeza. La he visto corriendo con la misma gracia que un corredor de maratón. A veces no efectúa más que unos torpes movimientos, agitando los brazos como si sostuviera armas en ellos. Hermosa y fea... todo es lo mismo. Creo que el artista se equivocó al darle su nombre. «Ser Desconocido» hubiera sido mucho mejor.

*Hermoso y feo... todo lo mismo. Ser Desconocido.*

Aquello era lo terrible en la creación de Sheeana. Odrade sintió una repentina oleada de miedo.

—¿Quién fue el artista?

—No tengo la menor idea. Una de mis predecesoras la trajo de un planeta que estábamos destruyendo. ¿Por qué te interesa?

*Representa lo salvaje que nadie puede gobernar. Pero dijo:*

—Supongo que ambas estamos buscando una base para la comprensión, intentando hallar similitudes entre nosotras.

*Aquello trajo el resplandor naranja.*

—Puede que vosotras intentéis comprendernos, pero nosotras no necesitamos comprenderos.

—Ambas procedemos de sociedades de mujeres.

—¡Es peligroso pensar en nosotras como en vuestras descendientes!

*Pero la evidencia de Murbella dice que lo sois. Formadas en la Dispersión por las Habladoras Pez y las Reverendas Madres in extremis.*

Toda ingenuidad y sin engañar a nadie, Odrade preguntó:

—¿Por qué es eso peligroso?

La risa de Dama no mostraba regocijo. Era vindicativa.

Odrade experimentó una nueva y brusca evaluación del peligro. Allí se necesitaba algo más que un sondea-y-revisa Bene Gesserit. Aquellas mujeres estaban acostumbradas a matar cuando se enfurecían. Un reflejo. Dama lo había dejado bien sentado cuando había hablado de su ayudante, y Dama había señalado también que había límites a su tolerancia.

*Sin embargo, a su propia manera, está intentando negociar. Exhibe sus maravillas mecánicas, sus poderes, su riqueza. No ofrece una alianza. Sed nuestras sirvientes voluntarias, brujas, nuestras esclavas, y olvidaremos mucho. ¿Conseguir el último del Millón de Planetas? Más que eso, evidentemente, pero un número interesante.*

Con una nueva cautela, Odrade varió su enfoque. Las Reverendas Madres caían demasiado a menudo en un esquema adaptativo. *Por supuesto, yo soy completamente distinta a ti, pero me ablandaré un poco en beneficio de un acuerdo.* Eso no funcionaría con las Honoradas Matres. No aceptarían nada que sugiriera que no conservaban un control absoluto. Era una afirmación de la superioridad de Dama sobre sus hermanas el que hubiera concedido a Odrade una tal libertad.

Una vez más, Dama habló a su imperiosa manera.

Odrade escuchó. Qué extraño que la Reina Araña pensara en que una de las cosas más atractivas que podía proporcionar la Bene Gesserit era la inmunidad a nuevas enfermedades.

*¿Era esa la forma de ataque que las condujo hasta aquí?*

Su sinceridad era ingenua. Nada de esos agotadores chequeos periódicos para comprobar si habías adquirido habitantes secretos en tu carne. A veces no tan secretos. A veces terriblemente peligrosos. Pero la Bene Gesserit podía terminar con todo aquello, y sería convenientemente recompensada.

*Qué agradable.*

De nuevo aquel tono vindicativo en cada una de sus palabras. Odrade se sintió atrapada por aquel pensamiento:

¿Vindicativo? Aquello no tenía el sabor adecuado. Había algo a un nivel más profundo.

*¡Unos celos inconscientes de todo lo que perdisteis cuando os separasteis de nosotras!*

¡Aquél era otro esquema, y había sido estilizado!

Las Honoradas Matres habían caído en hábitos repetitivos.

*Hábitos que nosotras abandonamos hace mucho tiempo.*

Aquello era más que negarse a reconocer los orígenes Bene Gesserit. Aquello era desprenderse de toda su basura.

*Deja caer todos tus desechos en el momento en que ya no atraigan tu interés. Los subalternos se harán cargo de la basura. Está más preocupada por la siguiente cosa que desea consumir que por limpiar su propio nido.*

La imperfección de la Honorada Madre era más grande de lo que había sospechado. Mucho más mortal para ellas mismas, y totalmente controlada. Y no podían enfrentarse a ella debido a que, para ellas, no existía.

*Nunca ha existido.*

Dama se convertía en una intocable paradoja. Ninguna idea de alianza había penetrado en su mente. Parecía abocarse a ello, pero era solamente para probar a su enemigo.

*Después de todo, hice bien en dar plenos poderes a Teg.*

Logno apareció procedente del cuarto de trabajo con una bandeja en la que había vasos largos y estrechos casi llenos con un líquido dorado. Dama tomó uno, lo olisqueó, y dio un sorbo con una expresión complacida.

*¿Qué significa ese maligno resplandor en los ojos de Logno?*

—Prueba un poco de este vino —dijo Dama, haciendo un gesto a Odrade—. Procede de un planeta del que seguro que nunca has oído hablar, pero en el que hemos concentrado los elementos necesarios para producir la perfecta cepa dorada para el perfecto vino dorado.

Odrade se sintió apresada por aquella larga asociación de los humanos con su preciosa y antigua bebida. El dios Baco. Uvas fermentadas en sus cepas o en sus lagares tribales.

—No está envenenado —dijo Dama cuando vio vacilar a Odrade—. Te lo garantizo. Matamos cuando conviene a nuestras necesidades, pero no somos estúpidas. Reservamos nuestras muertes más flagrantes para las masas. No te confundo con un componente de nuestras masas.

Odrade dejó escapar una risita ante su propia agudeza. La elaborada amigabilidad era casi tosca.

Odrade tomó el vaso ofrecido y dio un sorbo.

—Es una cosa que alguien ingenió para complacernos —dijo Dama, con su atención fija en Odrade.

Un sólo sorbo fue suficiente. Los sentidos de Odrade detectaron una sustancia extraña, y necesitó varios latidos de su corazón para identificar su finalidad.

*Para anular el shere que me protege de sus sondas.*

Ajustó su metabolismo para hacer la sustancia inocua, luego anunció lo que había



hecho.

Dama miró con ojos fulgurantes a Logno.

—¡Entonces es por eso por lo que ninguna de esas cosas actúa sobre las brujas! ¡Y tú nunca lo sospechaste! —La rabia era casi una fuerza física dirigida contra la desventurada ayudante.

—Es uno de los sistemas inmunológicos con los cuales combatimos las enfermedades —dijo Odrade.

Dama lanzó su vaso contra las baldosas. Necesitó un cierto tiempo para recuperar su compostura. Logno retrocedió lentamente, sujetando la bandeja casi como un escudo.

*Así que Dama hizo más que serpentear hasta alcanzar el poder. Sus hermanas la consideran mortífera. Y así debo considerarla yo.*

—Alguien pagará por este esfuerzo desperdiciado —dijo Dama. Su sonrisa no tenía nada de agradable.

*Alguien.*

*Alguien hizo el vino. Alguien hizo la figura danzante. Alguien pagará, la identidad nunca es importante, tan sólo el placer o la necesidad de la retribución. Servilismo.*

¿No sospechaba las consecuencias? La esperanza de todos los conquistados de que algún día ella fuera también olvidada. Incluso Logno compartía aquella esperanza, aunque estaba teñida por su propio deseo de suceder a Dama. Muy limitadas en sus concepciones, aquellas Honoradas Matres.

*¡El perfecto vino dorado!*

¿Acaso no se daba cuenta de su destino? Todos aquellos famosos vinos y platos preparados para complacer a los famosos conquistadores... ninguno sobrevivía sin cambios. Algo en los humanos (¿la memoria genética?) respondía a los pasados servilismos ajustando los sabores hasta que ya no eran aquellos que el conquistador había apreciado.

—No interrumpas mis pensamientos —dijo Dama. Se dirigió hacia el parapeto y contempló a su Ser Desconocido, evidentemente recomponiendo su posición negociadora.

Odrade dirigió su atención a Logno. Que seguía intensamente atenta, su atención fija casi de una forma obsesiva en Dama. No era simple miedo. De pronto, Logno parecía terriblemente peligrosa.

*¡Veneno!*

Odrade lo supo con tanta certeza como si la ayudante hubiera gritado la palabra.

*No soy yo el blanco de Logno. Ha aprovechado su oportunidad para dar su salto hacia el poder.*

No era necesario mirar a Dama. El momento de la muerte de la Reina Araña fue

visible en el rostro de Logno. Volviéndose, Odrade lo confirmó. Dama yacía en un confuso montón debajo del Ser Desconocido.

—*Me llamarás Gran Honorada Madre* —dijo Logno—. Y me darás las gracias por ello. Ella —señalando al bulto rojo en una esquina del balcón— tenía intención de traicionarte y de exterminar a tu gente. Yo tengo otros planes. No soy de las que destruyen un arma utilizable en unos momentos de gran necesidad.

## Capítulo XLII

*¿Una batalla? Siempre hay un deseo de espacio vital motivándola, en algún lugar.*

***El Bashar Teg***

Murbella observaba la batalla de Conexión con una indiferencia que no reflejaba sus sentimientos. Permanecía junto a un grupo de Censoras en el centro de mando de su no-nave, con su atención fija en las proyecciones de los monitores de los com-ojos en la superficie.

Se luchaba en todo Conexión... estallidos de luz en el lado nocturno, grisáceas erupciones en el lado diurno. El mayor empeño dirigido por Teg se centraba en «La Ciudadela»... una gigantesca estructura diseñada por la Cofradía con una nueva torre cerca de su extremo. Aunque las transmisiones de los signos vitales de Odrade habían cesado bruscamente, sus anteriores informes confirmaban que la Gran Honorada Madre estaba allí.

La necesidad de observar desde una cierta distancia ayudaba a la sensación de indiferencia de Murbella, pero no podía evitar sentir la excitación.

*¡Tiempos interesantes!*

Aquella nave contenía una carga preciosa. Los millones de Lampadas estaban siendo Compartidas y preparadas para la Dispersión en una suite normalmente reservada para la Madre Superiora. La Hermana Salvaje con su cargamento de Memorias dominaba sus prioridades allí.

*¡Un Huevo de Oro, sin lugar a dudas!*

Murbella pensaba en las vidas que se arriesgaban en aquella suite. Preparándose para lo peor. No había falta de voluntarias, y la amenaza del conflicto de Conexión minimizaba la necesidad de veneno de especia para desencadenar el Compartir, reduciendo el peligro. Cualquiera en la nave podía captar la naturaleza del todo-o-nada de la apuesta de Odrade. La inminencia de la amenaza de muerte era fácilmente reconocible. ¡El Compartir era necesario!

La transformación de una Reverenda Madre en un conjunto de memorias pasadas sucesivamente de unas a otras hermanas a un peligroso coste ya no poseía un aura de misterio para ella, pero Murbella seguía aún maravillada por la responsabilidad. El valor de Rebecca... ¡y de Lucilla!, exigían admiración.

*¡Millones de Memorias de Vidas! Todas ellas concentradas en lo que la Hermandad llamaba Extremis Progressiva, dos por dos luego cuatro por cuatro y luego dieciséis por dieciséis, hasta que cada una las contenía a todas y cualquier superviviente podía preservar la preciosa acumulación.*

Lo que estaban haciendo en la suite de la Madre Superiora tenía algo de ese aroma. El concepto ya no aterraba a Murbella, pero seguía sin ser algo ordinario. Las palabras de Odrade la confortaban.

*—Una vez te hayas acomodado a la carga de las Otras Memorias, todo lo demás se sitúa en una perspectiva que es completamente familiar, como si siempre la hubieras conocido.*

Murbella reconocía que Teg estaba preparado para morir en defensa de esta consciencia múltiple que era la Hermandad de las Bene Gesserit.

*¿Puedo hacer yo menos?*

Teg, que ya no era completamente un enigma, era un objeto de respeto. La Odrade Interior amplificaba esto con recuerdos de sus hazañas, luego:

*—Me pregunto cómo lo estoy haciendo ahí abajo. Pregunta.*

En el mando de comunicaciones dijeron:

*—Ni una palabra. Pero sus transmisiones pueden haber sido bloqueadas por un escudo de energía.*

Sabían quién había formulado realmente la pregunta. Estaba en sus rostros.

*¡Lleva a Odrade!*

Murbella se centró en la batalla en la Ciudadela.

Sus propias reacciones la sorprendieron. Todo teñido por el desagrado histórico ante la repetición de la estupidez de la guerra, pero sin embargo con aquel exuberante espíritu agitándose en recién adquiridas habilidades Bene Gesserit.

Las fuerzas de las Honoradas Matres disponían de buenas armas ahí abajo, observó, y los escudos de absorción del calor de Teg estaban recibiendo un duro castigo, pero pese a todo, mientras observaba, el perímetro se colapsó. Pudo oír el aullido mientras un enorme disruptor diseñado por Idaho se lanzó inconteniblemente abriéndose paso entre altos árboles, derribando defensores a derecha e izquierda.

Las Otras Memorias le proporcionaron una peculiar comparación. Era como un circo. Las naves aterrizaban, vomitando sus cargas humanas.

*—¡En la pista central! ¡La Reina Araña! ¡Una actuación nunca vista por el ojo humano!*

La persona de Odrade dentro de ella produjo una sensación de regocijo.

*¿Pretendes comparar la Hermandad con un espectáculo?*

*¿Estás muerta ahí abajo, Dar? Debes estarlo. La Reina Araña te echará la culpa a ti y estará furiosa.*

Los árboles arrojaban largas sombras vespertinas por el terreno de ataque de Teg. Invitando a protegerse. Teg ordenó a su gente que aprovechara aquellas ventajas. Ignora las invitadoras avenidas. Busca los caminos difíciles para acercarte, y utilízalos.

La Ciudadela se hallaba en el centro de un gigantesco jardín botánico, con

extraños árboles e incluso extraños arbustos mezclados con prosaicas plantaciones, todo esparcido por los alrededores como si hubiera sido arrojado allí por un niño bailando.

Murbella consideró atractiva la metáfora del circo. Daba perspectiva a lo que estaba viendo.

Anuncios en su mente.

*¡Y aquí, los animales bailarines, los defensores de la Reina Araña, todos dispuestos a obedecer! ¡Y en la primera pista, la actuación principal supervisada por nuestro Jefe de Pista, Miles Teg! Su gente hace cosas misteriosas. ¡Ese es su talento!*

Había aspectos de una batalla representada en el Circo romano. Murbella apreció la alusión. Hacía la observación más rica.

*Las torres de batalla con soldados con armaduras se acercan. Se inicia la lucha. Las llamas cortan el cielo. Los cuerpos caen.*

Pero esos eran auténticos cuerpos, auténtico dolor, auténticas muertes. Las sensibilidades Bene Gesserit la forzaban a lamentar todo aquel malgasto.

*¿Así es como ocurrió cuando mis padres fueron atrapados por los desórdenes?*

Las metáforas de las Otras Memorias se desvanecieron. Entonces vio Conexión tal como sabía que debía verlo Teg. Una sangrienta violencia, familiar a su memoria y sin embargo nueva. Vio a los atacantes avanzar, los oyó.

Una voz de mujer, clara e impresionada:

—¡Ese arbusto me gritó!

Otra voz, masculina:

—No hay forma de decir de dónde surgen algunas de ellas. ¡Cuidado! Esa sustancia pegajosa quema la piel.

Murbella oyó acción en el extremo más alejado de La Ciudadela, pero todo estaba sobrenaturalmente tranquilo por el lado de la posición de Teg. Vio a sus tropas deslizándose por entre las sombras, acercándose a la torre. Allí estaba Teg, a hombros de Streggi. Se tomó un momento para alzar la vista hacia la fachada que se enfrentaba a ellos aproximadamente a medio kilómetro de distancia. Murbella eligió una proyección que enfocaba lo que él estaba mirando. Había movimientos tras las ventanas, allí.

¿Dónde estaban las misteriosas armas de último recurso que se suponía poseían las Honoradas Matres?

*¿Qué hará Teg ahora?*

Teg había perdido su campo de mando a causa de un disparo láser producido fuera de la zona de la confrontación principal. El campo yacía a su lado tras él, sentado a horcajadas sobre los hombros de Streggi en medio de un grupo de arbustos, algunos de ellos aún humeantes. Había perdido su tablero de comunicaciones junto con el campo de mando, pero conservaba la plateada herradura de su comlink, aunque

se sentía mermado sin los amplificadores del campo. Los especialistas de comunicaciones permanecían agazapados cerca de él, agitándose sobre sus aparatos porque habían perdido el contacto directo con la escena de los hechos.

La batalla más allá de los edificios se estaba haciendo más ruidosa. Podía oír roncros gritos, el agudo silbido de los quemadores y el más bajo zumbido de los láseres mezclado con el metálico zip-zip de las armas de mano. En algún lugar a su izquierda se oía un drum-drum que reconoció como el de un pesado blindado con problemas. Iba acompañado de un sonido chirriante, una agonía metálica. Tenía dañado el sistema de energía. Se arrastraba penosamente por el suelo, reduciendo con toda seguridad los jardines a un amasijo.

Haker, el ayudante personal de Teg, avanzó haciendo fintas por detrás del Bashar.

—Un buen elemento en caso de apuro —lo había descrito Idaho, pero había necesitado varias semanas para ajustarse al hecho de que el famoso Bashar Teg ocupaba el cuerpo de un niño sobre los hombros de una acólita.

Streggi lo vio primero y se volvió sin advertencia previa, obligando a Teg a mirar al hombre. Haker, moreno y musculoso, con gruesas cejas (empapadas ahora en sudor), se detuvo frente a Teg y habló antes de recuperar completamente el aliento.

—Tenemos dominadas las últimas bolsas de resistencia, Bashar.

Haker alzó la voz para dominar los sonidos de la batalla y del zumbante altavoz sobre su hombro izquierdo que no dejaba de emitir susurradas conversaciones, órdenes e informes de batalla en entrecortados tonos.

—¿El perímetro más alejado? —preguntó Teg.

—Liquidado dentro de media hora, no más. Deberíais marcharos de aquí, Bashar. La Madre Superiora nos advirtió que os mantuviéramos alejado de cualquier peligro innecesario.

Teg hizo un gesto hacia su inútil campo.

—¿Por qué no dispongo de un reemplazo de Comunicaciones?

—Ambos reemplazos fueron destruidos en la misma explosión cuando eran traídos.

—¿Iban juntos?

Haker oyó la irritación.

—Señor, iban...

—Ningún equipo importante es enviado junto. Quiero saber quién desobedeció las órdenes. —La tranquila voz de las inmaduras cuerdas vocales transmitía una amenaza mayor que un grito.

—Sí, Bashar. —Estrictamente obediente, y sin dar ninguna muestra de que el error era suyo personal.

*¡Maldita sea!*

—¿Cuándo tardarán en llegar los siguientes reemplazos?

—Cinco minutos.

—Haz que mi campo de reserva sea traído aquí tan pronto como sea posible. —  
Teg tocó el cuello de Streggi con una rodilla.

Haker habló antes de que ella se pudiera volver.

—Bashar, destruyeron la reserva también. He ordenado otra.

Teg reprimió un suspiro. Aquellas cosas ocurrían en las batallas, pero no le gustaba depender de medios primitivos de comunicación.

—Nos instalaremos aquí. Consigue más micrófonos. —Esos, al menos, tenían el alcance. Haker miró al verdor que les rodeaba.

—¿Aquí?

—No me gusta el aspecto de esos edificios de ahí delante. Esa torre domina esta zona. Y deben disponer de acceso subterráneo. Yo al menos lo haría así.

—No hay ningún indicio de que...

—Mi memoria no incluye esa torre. Trae sónicos y comprueba el terreno. Quiero que nuestro plan sea seguido al minuto con información segura.

El altavoz de Haker cobró vida con una agitada voz:

—¡Bashar! ¿Está el Bashar disponible?

Streggi se acercó a Haker sin que nadie le dijera nada. Teg tomó el altavoz, silbando su código mientras lo cogía.

—Bashar, el Campo es una confusión. Casi un centenar de ellos intentaron despegar y se estrellaron contra nuestra pantalla. No hay supervivientes.

—¿Alguna señal de la Madre Superiora o de su Reina Araña?

—Negativo. No podemos decirlo. Quiero decir que esto es una auténtica confusión. ¿Deseáis que pase unas imágenes?

—Envíame un informe. ¡Y seguid buscando a Odrade!

—Os digo que nada ha sobrevivido aquí, Bashar. —Hubo un clic, un suave zumbido, y luego otra voz—: Informe.

Teg tomó su codificador vocal de la parte de atrás de su barbilla y ladró rápidas órdenes:

—Situad un demodulador sobre la Ciudadela. Pasad la escena del Campo de Aterrizaje y de todos sus demás desastres y lanzadlo a los aires. En todas las bandas. Aseguraos de que puedan verlo. Anunciad que no ha habido supervivientes en el Campo.

El doble clic de *recibido/confirmado* cortó la comunicación. Haker dijo:

—¿Creéis realmente que podéis asustarlas?

—Educarlas. —Repitió las palabras de Odrade a su partida—: Su educación ha sido tristemente olvidada.

¿Qué le había ocurrido a Odrade? Tenía la sensación casi absoluta de que debía estar muerta, quizá la primera baja en el lugar. Ella lo había esperado. Muerta pero no

perdida, si Murbella conseguía refrenar su impetuosidad.

Odrade, en aquel momento, tenía a Teg ante su visión directa desde la torre. Logno había silenciado sus transmisiones de signos vitales con una contraseña y la había conducido a la torre poco después de la llegada de los primeros refugiados de Gammu. Nadie cuestionó la supremacía de Logno. Una Gran Honorada Madre muerta y otra viva debían ser algo familiar.

Esperando ser eliminada en cualquier momento, Odrade siguió reuniendo datos mientras ascendía por un nultubo escoltada por guardias. El tubo era un artefacto de la Dispersión, un pistón transparente en un cilindro transparente. Pocas paredes obstructoras en los pisos que pasaban. En su mayor parte visiones de zonas de habitación y esotérica maquinaria que Odrade supuso tenía finalidades militares. Una lujosa evidencia de confort y tranquilidad se incrementaba a medida que ascendían.

*El poder trepa tanto físicamente como psicológicamente.*

Llegaron a la parte superior. Una sección del cilindro del tubo basculó hacia afuera, y un guardia la empujó bruscamente hacia un suelo mullidamente alfombrado.

*El cuarto de trabajo que me mostró Dama ahí abajo era otro tipo de decorado.*

Odrade reconoció secreto. Equipo y mobiliario hubieran sido casi irreconocibles de no ser por los conocimientos de Murbella. Así que los otros centros de acción eran solamente para mostrar. Poblados Potemkin contruidos para la Reverenda Madre.

*Logno mintió acerca de las intenciones de Dama. Se esperaba que yo me fuera sin sufrir ningún daño... y sin llevar conmigo ninguna información útil.*

¿Qué otras mentiras habían exhibido frente a ella?

Logno y todos los demás menos un guardia se dirigieron a una consola a la derecha de Odrade. Aquel era el auténtico centro. Lo estudió con cuidado. Un extraño lugar. Con un aura de asepsia. Tratado con productos químicos para mantenerlo absolutamente limpio. Sin contaminantes bacteriales o víricos. Sin sustancias desconocidas en la sangre. Todo *desinfectado* como un escaparate para viandas exóticas. Y Dama mostraba interés hacia la inmunidad Bene Gesserit a las enfermedades. Había una guerra bacteriológica en la Dispersión.

*¡Desean algo de nosotras!*

Y tendrían bastante con una sola Reverenda Madre superviviente si podían arrancarle la información que necesitaban.

Todo un equipo Bene Gesserit tendría que examinar los hilos de aquella tela y ver adónde conducían.

*Si ganamos.*

La consola de operaciones donde Logno concentraba su atención era más pequeña que las anteriores de exhibición. Manipulación por campos digitales. El cono en una mesita baja al lado de Logno era más pequeño y transparente, revelando la intrincada medusa de las sondas.



*Hilo shiga, seguro.*

El cono mostraba una clara afinidad con las sondas-T de la Dispersión que Teg y otros habían descrito. ¿Poseían aquellas mujeres más maravillas tecnológicas? Tenían que poseerlas.

Una pared brillante a espaldas de Logno, ventanas a su izquierda abriéndose a un balcón, una vista de Conexión hasta muy lejos visible desde allí, con movimientos de tropas y blindados. Reconoció a Teg en la distancia, una silueta sobre los hombros de un adulto, pero no dio ninguna señal de ver nada extraordinario. Siguió su lento estudio. Una puerta a un pasillo con otro nultubo parcialmente visible en una zona separada a su inmediata izquierda. Más baldosas verdes en el suelo, en aquella zona. Funciones distintas en aquel espacio.

Un repentino estallido de sonidos brotó más allá de la pared. Odrade identificó algunos de ellos. Las botas de los soldados hacían un ruido característico allí. Roce de telas exóticas. Voces. Los peculiares acentos de las Honoradas Matres respondiéndose las unas a las otras con tonos impresionados.

*¡Estamos venciendo!*

La impresión era de espera cuando lo invencible se derrumba. Estudió a Logno. ¿Se hundiría en la desesperación?

*Si es así, puede que yo sobreviva.*

El papel de Murbella debería ser cambiado. Bien, eso podía esperar. Las hermanas habían sido instruidas acerca de lo que tenían que hacer en el caso de una victoria. Ni ellas ni nadie más en las fuerzas de ataque pondrían sus manos sobre una Honorada Madre... ni erótica ni de ninguna otra manera. Duncan había preparado a los hombres, haciendo que los peligros de sus trampas sexuales fueran bien conocidos. *No arriesgar la esclavitud. No erigir nuevos antagonismos.*

La nueva Reina Araña se revelaba ahora como alguien aún más extraño de lo que Odrade había sospechado. Logno abandonó su consola y se acercó a un paso de distancia de Odrade.

—Habéis vencido esta batalla. Somos vuestros prisioneros.

Nada de naranja en sus ojos. Odrade barrió con su mirada a las mujeres a su alrededor que habían sido sus guardianas. Ojos claros, expresiones impasibles. ¿Era así como mostraban su desesperación? Aquello no encajaba. Logno y las demás no revelaban las respuestas emocionales esperadas.

*¿Estaban ocultando algo?*

Los acontecimientos de las últimas horas tenían que crear una crisis emocional. Logno no mostraba ninguna señal de ello. Ninguna contracción reveladora de algún nervio o músculo. Quizá una preocupación casual, y eso era todo.

*¡Una máscara Bene Gesserit!*

Tenía que ser inconsciente, algo desencadenado de forma automática por la

derrota. Así que no aceptaban realmente la derrota.

*Todavía estamos aquí con ellas. Latentes... ¡pero aquí! No es extraño que Murbella casi muriera. Se enfrentó a su propio pasado genético como una suprema prohibición.*

—Mis compañeras —dijo Odrade—. Las tres mujeres que vinieron conmigo. ¿Dónde están?

—Muertas. —La voz de Logno estaba tan muerta como la palabra.

Odrade reprimió una punzada de dolor por Suipol.

*Otro buen elemento perdido. ¡Y eso no es una amarga lección!*

—Identificaré a las responsables si deseas venganza —dijo Logno.

*Lección dos.*

—La venganza es para niños y retardados emocionales.

Un ligero regreso del naranja en los ojos de Logno.

Los autoengaños humanos tomaban muchas formas, se recordó Odrade. Consciente de que la Dispersión podía producir lo inesperado, se había armado a sí misma de acuerdo con un distanciamiento protector que le dejara sitio para captar nuevos lugares, nuevas cosas y nueva gente. Había sabido que se vería obligada a poner muchas cosas en distintas categorías para que le sirvieran o para desviar amenazas. Tomó la actitud de Logno como una amenaza.

—No pareces inquieta, Gran Honorada Madre.

—Otras me vengarán. —Llanamente, casi con indiferencia.

Las palabras eran incluso más extrañas que su actitud. Lo mantenía todo bajo aquella capa encubridora, pero algunos detalles se revelaban momentáneamente a la atenta observación de Odrade. Cosas profundas e intensas, no enterradas. Estaba todo ahí dentro, enmascarado de la forma en que lo enmascararía una Reverenda Madre. Logno parecía no poseer ningún poder y sin embargo hablaba como si nada esencial hubiera cambiado.

—Soy tu cautiva pero eso no constituye ninguna diferencia.

¿Carecía realmente de poder? ¡No! Pero esa era la impresión que deseaba mostrar, y todas las demás Honoradas Matres a su alrededor reflejaban su respuesta.

*¿Nos ves? Carecemos de poder excepto la lealtad de nuestras hermanas y los seguidores que hemos ligado a nosotras.*

¿Tanto confiaban las Honoradas Matres en sus legiones vengadoras? Tan sólo era posible si nunca antes habían sufrido una derrota de aquel tipo. Sin embargo, algo las había arrojado huyendo de vuelta al Antiguo Imperio. Al Millón de Planetas.

Teg encontró a Odrade y a sus *cautivas* mientras recorría el lugar para afirmar su victoria. Las batallas siempre requerían aquel colofón analítico, especialmente para un comandante Mentat. Era un test comparativo que le exigía aquella batalla, más que cualquier otra en su experiencia. Aquel conflicto no podía ser archivado en su

memoria hasta que la victoria estuviera confirmada y fuera compartida hasta tan lejos como fuera posible con aquellos que dependían de él. Aquél era su invariable esquema, y no le importaba lo que revelara de él. Rompe ese lazo de intereses interpenetrados y estarás preparado para la derrota.

*Necesito un lugar tranquilo para reunir los hilos de esta batalla y efectuar un resumen preliminar.*

En su estimación, uno de los problemas más difíciles de la batalla era conducirla de una forma que no diera rienda suelta al salvajismo humano. Una máxima Bene Gesserit. La batalla debía ser conducida para extraer lo mejor de aquellos que habían sobrevivido a ella. Algo difícil y a veces completamente imposible. Cuanto más remoto estaba el soldado de la carnicería, más difícil era. Esta era una de las razones por las cuales Teg siempre intentaba estar presente en el escenario de la batalla y examinarlo personalmente. Si no veías el dolor, fácilmente podías causar un dolor mayor sin pensarlo siquiera. Ese era el esquema de las Honoradas Matres. Pero sus dolores habían sido traídos a casa. ¿Qué podían hacer con ello?

Esa cuestión estaba en su mente cuando él y sus ayudantes emergieron del tubo para encontrarse con Odrade frente a un grupo de Honoradas Matres.

—Es nuestro comandante, el Bashar Miles Teg —dijo Odrade, señalándolo.

Las Honoradas Matres miraron a Teg.

*¿Un niño a caballo sobre los hombros de un adulto? ¿Este es su comandante?*

—Un ghola —murmuró Logno.

Odrade se dirigió a Haker.

—Lleva a esas prisioneras a algún lugar cercano donde puedan estar cómodas.

Haker no hizo ningún movimiento hasta que Teg asintió con la cabeza, luego indicó educadamente a las cautivas que lo precedieran hacia la zona embaldosada a su izquierda. Las Honoradas Matres no dejaron de captar la autoridad de Teg. Le miraron con ojos llameantes mientras obedecían la invitación de Haker.

*¡Hombres ordenando a mujeres!*

Con Odrade a su lado, Teg rozó el cuello de Streggi con una rodilla, y se encaminaron al balcón. Había una extraña cualidad en la escena que identificó al momento. Había presenciado multitud de escenas de batalla a lo largo de su anterior vida, la mayor parte de ellas desde un tóptero de observación. Aquel balcón estaba fijo en el espacio, proporcionándole una sensación de inmediatez. Estaban como a un centenar de metros por encima de los jardines botánicos donde se había desarrollado gran parte de lo más violento del conflicto. Muchos cuerpos yacían como resultado final de la batalla... muñecos arrojados a un lado por niños que se habían marchado. Reconoció algunos uniformes de sus tropas y sintió una punzada de dolor.

*¿No pude hacer nada para impedir esto?*

Había conocido muchas veces aquella sensación, y la había llamado «la

culpabilidad del mando». Pero esta escena era distinta, no solamente en esa cualidad única que se encuentra en toda batalla sino de una forma que lo irritaba. Decidió que era en parte el escenario, un lugar más adecuado para fiestas campestres, ahora retorcido por un antiguo esquema de violencia.

Los animales pequeños y los pájaros estaban regresando, nerviosamente furtivos después del trastorno de aquella ruidosa intrusión humana. Pequeñas criaturas peludas con largas colas olisquearon las bajas y salieron corriendo hacia los árboles cercanos sin ninguna razón aparente. Coloridos pájaros se asomaron por entre la pantalla de hojas o volaron cruzando la escena... líneas de confusa pigmentación que se convirtió en camuflaje cuando se metieron bruscamente por entre las hojas. Acentos de plumas en la escena, intentando restablecer la no tranquilidad humana que los observadores confundían por paz en tales lugares. Teg sabía la realidad. En su vida pre-ghola, había crecido rodeado por un ambiente silvestre: le rodeaba la vida campesina, pero los animales salvajes se hallaban al otro lado de los cultivos. No había tranquilidad aquí afuera.

Con aquella observación reconoció lo que había tirado de su consciencia. Considerando el hecho de que había entrado en tromba en un bien controlado emplazamiento defensivo ocupado por defensores fuertemente armados, el número de bajas ahí delante era extremadamente pequeño. No había visto nada que explicara aquello hasta que entró en la Ciudadela. ¿Habían sido sorprendidas en desequilibrio? Sus pérdidas en el espacio eran una cosa... su habilidad de *ver* a las naves defensoras había producido una devastadora ventaja. Pero este complejo contenía posiciones preparadas donde hubieran podido atrincherarse los defensores y hacer el asalto más costoso. El derrumbamiento de la resistencia de las Honoradas Matres había sido repentino, y a estas alturas permanecía inexplicado.

*Estaba equivocado suponiendo que responderían vendiendo cara su derrota.*

Miró a Odrade.

—Esa Gran Honorada Madre de ahí dentro, ¿dio la orden a las defensas de que abandonaran?

—Esa es mi suposición.

Una respuesta cautelosa y típica de una Bene Gesserit. Ella también estaba sometiendo la escena a una cuidadosa observación.

¿Era su suposición una explicación razonable para la brusquedad con la cual los defensores habían arrojado sus armas?

*¿Por qué deberían hacerlo? ¿Para impedir más derramamiento de sangre?*

Dada la insensibilidad que normalmente demostraban las Honoradas Matres, aquello era poco probable. La decisión había sido tomada por razones que le inquietaban.

*¿Una trampa?*

Ahora que pensaba en ello, había otras cosas extrañas en la escena de la batalla. Ninguna de las habituales llamadas de los heridos, nadie arrastrándose y pidiendo a gritos camilleros y médicos. Podía ver algunos Suks moviéndose entre los cuerpos. Eso, al menos, era familiar, pero todas las figuras que examinaban eran dejadas allá donde habían caído.

*¿Todos muertos? ¿Ningún herido?*

Experimentó un miedo atroz. A veces había sentido miedo en la batalla, pero había aprendido a leerlo. Había algo que iba profundamente mal allí. Ruidos, cosas al alcance de su vista, olores, todo adquiriría una nueva intensidad. Se sintió agudamente sintonizado con todo aquello, un animal predador en la jungla, conociendo su terreno pero consciente de algo intruso que debía ser identificado si no querías convertirte en cazado en vez de en cazador. Registró sus alrededores a un nivel distinto de consciencia, leyéndose al mismo tiempo a sí mismo, buscando los esquemas que habían despertado en él aquella respuesta. Streggi temblaba bajo él. Ella también sentía aquella inquietud.

—Hay algo que no encaja aquí —dijo Odrade.

Tendió una mano hacia ella, pidiendo silencio. Incluso en aquella torre, rodeado de tropas victoriosas, se sentía expuesto a una amenaza que sus gritantes sentidos no conseguían revelar.

*¡Peligro!*

Estaba seguro de ello. Lo desconocido lo frustraba. Requería cada asomo de su adiestramiento para impedirle caer en una fuga nerviosa.

Indicando con las rodillas a Streggi que se diera la vuelta, Teg ladró una orden a un ayudante que aguardaba de pie junto a la puerta del balcón. El ayudante escuchó en silencio y corrió a obedecer. Debían saber la cifra de bajas. ¿Cuántos heridos comparados con los muertos? Informes de las armas capturadas. ¡Urgente!

Cuando volvió a su examen de la escena, vio otra cosa inquietante, algo básicamente extraño que sus ojos habían intentado informar antes. Muy poca sangre en aquellas figuras caídas con uniformes Bene Gesserit. Uno esperaba que las bajas de una batalla mostraran esa evidencia definitiva de la común humanidad... flores rojas que se ennegrecían a la exposición al aire pero que siempre dejaban su marca indeleble en las memorias de aquellos que las veían. La ausencia de sangre era algo desconocido y, en los negocios de la guerra, lo desconocido tenía una historia de traer consigo peligros extremos.

Se dirigió en voz baja a Odrade.

—Poseen un arma que no hemos descubierto.

## Capítulo XLIII

*No seáis rápidas en revelar vuestro juicio. El juicio oculto resulta a menudo más potente. Puede guiar reacciones cuyos efectos son captados únicamente cuando es demasiado tarde para desviarlos.*

### **Consejo BG a las Postulantes**

Sheeana olía los gusanos a distancia: aromas a canela de la melange mezclados con el áspero pedernal y el azufre, el infierno orlado de cristal de los grandes comedores de arena rakianos. Pero captaba a esos pequeños descendientes tan sólo porque existían ahí afuera en un número tan grande.

*Son tan pequeños.*

Había hecho calor hoy allá en la Estación de Vigilancia del Desierto, y ahora a última hora de la tarde agradecía el interior artificialmente enfriado. Había un tolerable ajuste de temperatura en sus antiguos aposentos, aunque las ventanas que daban al oeste habían sido dejadas abiertas. Sheeana se dirigió hacia aquella ventana y miró a la resplandeciente arena del otro lado.

La memoria le dijo que su ventaja sería aquella noche: las estrellas brillaban en un seco aire, una débil iluminación hacía resaltar las olas de arena que alcanzaban hasta un oscuramente curvado horizonte. Recordó las lunas rakianas y las echó en falta. Las estrellas solas no satisfacían su herencia Fremen.

Había pensado en aquello como en un retiro, un lugar y un tiempo donde pensar en lo que le estaba ocurriendo a su Hermandad.

*Tanques axlotl, Cyborgs, y ahora esto.*

El plan de Odrade no contenía misterios desde que habían Compartido. ¿Un riesgo? ¿Y si tenía éxito?

*¿Mañana quizá lo sepamos, y así sabremos también en qué vamos a convertirnos?*

Admitía que la Estación de Vigilancia del Desierto era más un imán que un lugar donde considerar consecuencias. Había caminado bajo un sol abrasador durante todo el día, probándose a sí misma que aún podía llamar a los gusanos con su danza, una emoción expresada como una acción.

*La Danza Propiciatoria. Mi lenguaje de los gusanos.*

Había estado girando y girando como un derviche en una duna hasta que el hambre había hecho añicos su trance de la memoria. Y los pequeños gusanos se habían ido reuniendo a todo su alrededor, con sus bocas expectantemente abiertas, sus recordadas llamas ardiendo tras el marco de sus dientes de cristal.

*¿Pero por qué tan pequeños?*

Las palabras de los investigadores lo explicaban, pero no la satisfacían.

—*Es la humedad.*

Sheeana recordaba al gigantesco Shai-Hulud de Dune, «El Viejo del Desierto», lo bastante grande como para devorar factorías de especia, sus anillos tan duros como el plastiacer. Dueños de sus propios dominios. Dios y demonio en la arena. Sentía su potencial desde la ventajosa posición de su ventana.

¿Por qué eligió el Tirano la existencia simbiótica en un gusano?

¿Llevaban aquellos pequeños gusanos su interminable sueño?

Las truchas de arena poblaban aquel desierto. Si las aceptaba como una nueva piel, podía seguir la senda del Tirano.

*Metamorfosis. El Dios Dividido.*

Conocía la tentación.

¿*Me atreveré?*

Los recuerdos de sus últimos momentos de ignorancia cayeron sobre ella... apenas ocho años entonces, el mes de Igat en Dune.

*No Rakis. Dune, como lo llamaban mis antepasados.*

No había dificultad en recordarse a sí misma tal como había sido: una delgada niña de piel oscura, con un pelo castaño con mechas. Una cazadora de melange (porque esa era una tarea para niños) corriendo el aire libre por el desierto con sus compañeros infantiles. Cuánto añoraba aquel recuerdo.

Pero los recuerdos tenían su lado oscuro. Centrando su atención en su olfato, una niña detectaba olores intensos... ¡una masa de preespecia!

¡*La explosión!*

El estallido de la melange traía a Shaitan. Ningún gusano podía resistirse a una explosión de especia en su territorio.

*Tú lo devoraste todo, Tirano, esa miserable colección de cabañas y chozas que llamábamos «hogar», y a todos mis amigos y familia. ¿Por qué me perdonaste a mí?*

Qué rabia había sacudido a aquella delgada niña. Todo lo que amaba arrebatado por un gigantesco gusano que se negó a sus intentos de sacrificarse ella también a sus llamas y que la llevó a manos de los sacerdotes rakianos, y con ellos a la Bene Gesserit.

—*Les habla a los gusanos, y ellos la perdonan.*

—Aquellos que me perdonaron no son perdonados por mí. —Eso era lo que le había dicho a Odrade.

*Y ahora Odrade sabe lo que debo hacer. No puedes suprimir lo salvaje, Dar. Me atrevo a llamarte Dar ahora que estás dentro de mí.*

Ninguna respuesta.

¿Había una perla de la consciencia de Leto II en cada uno de los nuevos gusanos de arena? Sus antepasados Fremmen insistían en ello.

Alguien le tendió un bocado. Walli, la más antigua de las acólitas ayudantes, que había asumido el mando de la Estación de Vigilancia del Desierto.

*Ante mi insistencia cuando Odrade me elevó al Consejo. Pero no simplemente porque Walli había aprendido mi inmunidad al dominio sexual de las Honoradas Matres. Y no porque sea sensible a mi necesidad. Walli y yo hablamos un lenguaje secreto.*

Los grandes ojos de Walli ya no eran puertas de entrada a su alma. Eran una barrera que mostraba que ya sabía cómo bloquear las miradas sondeadoras; una ligera pigmentación azul que pronto sería totalmente azul si sobrevivía a la Agonía. Casi albina, y con una cuestionable línea genética para procrear. La piel de Walli reforzaba ese juicio: pálida y pecosa. Una piel que veías como una superficie transparente. No enfocabas tu vista en la piel en sí sino en lo que había debajo: una carne rosada, encendida por el paso de la sangre, desprotegida del sol del desierto. Tan sólo allí en las sombras podía Walli exponer aquella sensible superficie a los ojos interrogadores.

*¿Por qué ésta se halla al mando por encima de nosotras?*

*Porque yo confío en ella para que haga lo que se debe hacer.*

Sheeana comió con aire ausente su bocado mientras volvía su atención al paisaje de arena. Todo el planeta sería así algún día. ¿Otro Dune? No... similar, pero distinto. ¿Cuántos lugares así estamos creando en un universo infinito? Una pregunta sin sentido.

Los caprichos del desierto situaron un pequeño punto negro en la distancia. Sheeana frunció los ojos. Un ornitóptero. Se fue haciendo más grande, luego más pequeño. Cuadriculando la arena. Inspeccionando.

*¿Qué es lo que estamos creando realmente aquí?*

Cuando miró a las invasoras dunas, sintió arrogancia.

*Mira mi obra, pequeña humana, y desespérate.*

*Pero nosotras hicimos esto, mis hermanas y yo.*

*¿Lo hicisteis?*

—Puedo sentir una nueva sequedad en el calor —dijo Walli.

Sheeana asintió. No necesitaba hablar. Se dirigió hacia la gran mesa de trabajo mientras aún había luz del día para estudiar el mapa topográfico desplegado allí: tenía clavadas pequeñas banderitas, una hilera verde de agujas diseñadas según sus instrucciones.

Odrade había preguntado en una ocasión:

—¿Es realmente preferible esto a una proyección?

—Necesito tocarlo.

Odrade lo había aceptado.

Las proyecciones eran fastidiosas. Demasiado alejadas de lo material. No podías meter un dedo en una proyección y decir: «Iremos ahí.» Un dedo en una proyección



era un dedo en el vacío aire.

*Los ojos nunca son suficientes. El cuerpo debe sentir este mundo.*

Sheeana detectó un olor a transpiración masculina, un olor a humedad y ejercicio. Alzó la cabeza y vio a un joven moreno de pie en la puerta, una pose arrogante, una actitud arrogante.

—Oh —dijo el joven—, creí que estabas sola, Walli. Volveré más tarde.

Una penetrante mirada a Sheeana, y desapareció. *Hay muchas cosas que el cuerpo debe sentir para conocerlas.*

—Sheeana, ¿por qué estáis aquí? —preguntó Walli.

*Tú que estás tan atareada con el Consejo, ¿qué es lo que buscas? ¿No confías en mí?*

—He venido a considerar lo que la Missionaria aún piensa que debo hacer. Ven un arma... los mitos de Dune. Miles de millones rezándome: «La Sagrada que le habla al Dios Dividido.»

—Miles de millones no es una cifra correcta —dijo Walli.

—Pero mide la fuerza que mis hermanas ven en mí. Esos adoradores creen que morí junto con Dune. Me he convertido en «un poderoso espíritu en el panteón de los oprimidos»

—¿Más que una misionera?

—Es posible. Walli, ¿y si yo apareciera en ese universo que me está aguardando, con un gusano de arena a mi lado? El potencial de algo así llenaría a algunas de mis hermanas de esperanzas y recelos.

—Comprendo los recelos.

*Por supuesto. El tipo de inculcación religiosa de Muad'Dib y su Tirano estaría pronto liberada en una desprevenida humanidad.*

—¿Por qué deberían tomar eso en consideración? —insistió Walli.

—Conmigo como fulcro, ¿qué palanca tendrían para mover el universo!

—¿Pero cómo podrían controlar una fuerza así?

—Ese es el problema. Algo tan inherentemente inestable. Las religiones nunca son realmente controlables. Pero algunas hermanas piensan que podrían *orientar* una religión construida en torno mío.

—¿Y si esa orientación es pobre?

—Dicen que las religiones de las mujeres siempre fluyen hasta muy profundo.

—¿Cierto? —Preguntando a una fuente superior.

Sheeana no pudo hacer otra cosa más que asentir. Sus Otras Memorias se lo confirmaban.

—¿Por qué?

—Porque, dentro de nosotras, la vida se renueva a sí misma.

—¿Eso es todo? —Abiertamente dubitativa.

—Las mujeres llevan a menudo el aura del desvalido. Los humanos reservan una simpatía especial hacia aquellos que están más al fondo. Y soy una mujer, y si las Honoradas Matres me desean muerta entonces debo ser bendecida.

—Sonáis como si estuvierais de acuerdo con la Missionaria.

—Cuando eres uno de los perseguidos, tomas en consideración cualquier vía de escape. Soy venerada. No puedo ignorar el potencial.

*Ni el peligro. De modo que mi nombre se ha convertido en una brillante luz en la oscuridad de la opresión de las Honoradas Matres. ¡Qué fácil para esa luz convertirse en una devoradora llama!*

No... el plan que ella y Duncan habían elaborado era mejor. Escapar de la Casa Capitular. Era una trampa mortal no sólo para sus habitantes sino también para los sueños de la Bene Gesserit.

—Sigo sin comprender por qué estáis aquí. Puede que ya no seamos perseguidas.

—¿Puede?

—¿Pero por qué precisamente ahora?

*No puedo decirlo abiertamente porque entonces los perros guardianes lo sabrían.*

—Es esta fascinación por los gusanos. Es debida en parte a que uno de mis antepasados condujo la migración original a Dune.

*Tú recuerdas esto, Walli. Hablamos de ello una vez ahí afuera en la arena, cuando solamente nosotras dos podíamos escuchar. Y ahora sabes por qué he venido de visita.*

—Recuerdo que dijisteis que era un auténtico Fremen.

—Y un Maestro Zensunni.

*Conduciré mi propia migración, Walli. Pero necesitaré gusanos que solamente tú me puedes proporcionar. Y debe hacerse rápidamente. Los informes de Conexión urgen rapidez. Y las primeras naves regresarán pronto. Esta noche... mañana. Temo lo que traigan.*

—¿Estáis aún interesada en llevaros unos cuantos gusanos a Central para estudiarlos más de cerca?

*¡Oh, sí, Walli! Lo recuerdas.*

—Puede ser interesante. No tengo mucho tiempo para esas cosas, pero cualquier conocimiento que consigamos puede ayudarnos.

—Habrá demasiada humedad para ellos allí.

—La Gran Cala de la no-nave en el Campo puede ser reconvertida en un desierto de laboratorio. Arena, atmósfera controlada. Lo esencial está allí de cuando trajimos al primer gusano.

—Bellonda puede pensar que estáis malgastando vuestro tiempo.

*No insistas demasiado, Walli.*

—Bellonda se ha vuelto casi humana. Incluso gasta bromas ocasionalmente.

—¿De veras? Recuerdo que me decía: «¡La frivolidad es peligrosa!»

—Ahora tan sólo dice que el humor debe entristecernos un poco.

—Los humanos son ridículos.

—Hay extrañas energías en ti, Walli.

*Eso debe engañar a los perros guardianes.*

—Es ese nuevo joven al que estoy puliendo para Duncan. Es muy bueno, arrogante como Shaitan, y piensa que no puedo hacer nada sin él.

*A mi Walli no le gusta eso.*

—Ya he firmado la orden enviándolo a que siga su camino —dijo Walli—. El aún no lo sabe, pero se marcha mañana.

—¿Y tú lo lamentas?

—Nada que no pueda sacudirme de encima en un día o dos.

*Ahhh, serás una apropiada Reverenda Madre, Walli. Y eso es lo que los perros guardianes deben estar diciendo en estos momentos.*

Sheeana miró por la ventana occidental.

—Ya oscurece. Me gustaría bajar de nuevo y caminar por la arena.

*¿Regresarán esta noche las primeras naves?*

—Por supuesto, Reverenda Madre. —Walli se apartó a un lado, abriendo camino hacia la puerta.

Sheeana dijo, mientras se marchaba:

—La Estación de Vigilancia del Desierto deberá ser trasladada antes de mucho.

—Estamos preparados.

El sol estaba ocultándose tras el horizonte cuando Sheeana emergió de la calle en arco al borde de la comunidad. Penetró en el desierto iluminado por las estrellas, explorando con sus sentidos del mismo modo que lo había hecho cuando niña. Ahhh, ahí estaba la esencia de canela. Había gusanos cerca.

Hizo una pausa y, volviéndose hacia el nordeste, lejos de los últimos resplandores del sol, colocó ambas manos planas encima y debajo de sus ojos a la antigua manera Fremen, confinando visión y luz. Miró a un paisaje encuadrado horizontalmente. Cualquier cosa que cayera del cielo debería pasar por aquella estrecha rendija.

*¿Esta noche? Vendrán justo después de oscurecer para retrasar el momento de la explicación. Toda una noche para reflexionar.*

Aguardó con paciencia Bene Gesserit.

Un arco de fuego trazó una delgada línea por encima del horizonte septentrional. Otro. Otro. Estaban exactamente en posición hacia el Campo de Aterrizaje.

Sheeana sintió que su corazón latía fuertemente.

*¡Han venido!*

¿Y cuál sería su mensaje para la Hermandad? *¿Guerreros que regresan triunfantes o bien refugiados?* Aquello representaría muy poca diferencia, dada la

evolución del plan de Odrade.

Lo sabría por la mañana.

Sheeana bajó sus manos, y descubrió que estaba temblando. Inspiró profundamente. La Letanía.

Echó a andar hacia el desierto, caminando con el ritmo irregular recordado de Dune. Casi había olvidado cómo se arrastraban los pies. Como si acarrearan un peso extra. Músculos apenas utilizados eran requeridos para trabajar, pero la marcha irregular, una vez aprendida, nunca se olvidaba.

*Hubo una ocasión en la que pensé que nunca más iba a caminar de esta forma.*

Si los perros guardianes detectaban ese pensamiento, podían empezar a hacerse preguntas acerca de Sheeana.

Era un fracaso en sí misma, pensó. Había crecido a los ritmos de la Casa Capitular. Este planeta le hablaba a un nivel subterráneo. Sentía la tierra, los árboles y las flores, cada cosa que crecía, como si todo formara parte de ella. Y ahora, aquí estaba este movimiento perturbador, algo en un lenguaje de otro planeta distinto. Sentía el desierto cambiar, y eso también era una lengua extraña. Desierto. No desprovisto de vida, sino viviendo de una forma profundamente distinta de la en un tiempo verdeante Casa Capitular.

*Menos vida, pero más intensa.*

Oyó al desierto: pequeños deslizamientos, chirriar de insectos, un impreciso susurro de alas en plena caza sobre su cabeza y un repentino *plop-plop* sobre la arena... un ratón canguro traído allí en anticipación de este día en el que los gusanos empezarían una vez más a dictar sus reglas.

*Walli recordará enviar flora y fauna de Dune.*

Se detuvo en la cima de un alto barragán. Frente a ella, con la oscuridad difuminando sus bordes, se extendía un océano congelado en pleno movimiento, una resaca fantasmal golpeando contra una playa fantasmal de aquella cambiante tierra. Era un ilimitado mar-desierto. Se había originado muy lejos, y llegaría a lugares más extraños que aquél.

*Te llevaré allí si soy capaz.*

Una brisa nocturna de las tierras áridas para humedecer lugares a sus espaldas depositó una película de polvo en sus mejillas y nariz, agitando las puntas de sus cabellos a su paso. Se sintió triste.

*Lo que pudo haber sido.*

Lo que ya no era importante.

*Las cosas que son... eso es lo que importa.*

Inspiró profundamente. El olor a canela era más fuerte. Especia. Especia y gusanos cerca. Gusanos conscientes de su presencia. ¿Cuán pronto sería aquel aire lo suficientemente seco para que los gusanos crecieran grandes y elaboraran su cosecha

como habían hecho en Dune?

El planeta y el desierto.

Los vio como las dos mitades de una misma saga. Igual que la Bene Gesserit y la humanidad a la que servía. Dos mitades que encajaban. Cualquiera de ellas se veía disminuida sin la otra, un vacío carente de finalidad. No completamente inertes, quizá, pero moviéndose sin rumbo fijo. Ahí residía la amenaza de la victoria de las Honoradas Matres. ¡Orientadas por una ciega violencia!

*Ciegas en un universo hostil.*

Y era por esto por lo que el Tirano había preservado a la Hermandad.

*Sabía que solamente él nos proporcionaba la senda sin dirección. Una caza de papelitos echados por un bromista y dejada vacía al final.*

*Un poeta por derecho propio, sin embargo.*

Recordó su «Poema Memoria» de Dar-es-Balat, un asomo de desechos que la Bene Gesserit había conservado.

*¿Y por qué razón lo conservamos? ¿Para que yo pueda llenar mi mente con él ahora? ¿Olvidando por un momento aquello a lo que tal vez tenga que enfrentarme mañana?*

*La hermosa noche del poeta,  
Llena está con inocentes estrellas.  
A un paso de distancia de Orión se halla.  
Su resplandor lo ve todo,  
Señalando nuestros genes para siempre.  
Bienvenidas oscuridad y mirada,  
Cegada en el resplandor crepuscular.  
¡Ahí está la yerma eternidad!*

Sheeana sintió bruscamente que había ganado una posibilidad de convertirse en la artista definitiva, llena para derramarse y enfrentada a una superficie virgen donde podía crear lo que quisiera.

*¡Un universo sin restricciones!*

Las palabras de Odrade de las exposiciones de Odrade acerca de las finalidades de la Bene Gesserit en aquella lejana infancia volvieron a ella.

—¿Que por qué debemos regocijarnos por ti, Sheeana? Es realmente simple. Hemos reconocido en ti algo que habíamos estado aguardando durante mucho tiempo. Has llegado, y vemos que eso está ocurriendo.

—¿Eso? —*¡Qué ingenua era!*

—Algo nuevo alzándose por encima del horizonte.

*Mi migración buscará lo nuevo. Pero... debo hallar un planeta con lunas.*

## Capítulo XLIV

*Mirado desde un cierto punto de vista, el universo es movimiento browniano, en absoluto predecible a nivel elemental. Muad'Dib y su hijo el Tirano cerraron la cámara de niebla donde se producía el movimiento.*

### *Historias de Gammu*

Murbella penetró en un tiempo de incongruentes experiencias. Aquello la inquietó al principio, el ver su propia vida con visión múltiple. Los caóticos acontecimientos en Conexión habían desencadenado aquello, creando una confusión de necesidades inmediatas que no la abandonaron, ni siquiera cuando regresó a la Casa Capitular.

*Te lo advertí, Dar. No puedes negarlo. Dije que podían convertir la victoria en una derrota. ¡Y mira en la mezcla que has echado a mi regazo! Tuve suerte de salvar tanto como salvé.*

Su protesta interior la sumergía siempre en los acontecimientos que la habían elevado a aquella horrible prominencia.

*¿Qué otra cosa podía haber hecho?*

Las Memorias mostraban a Streggi desplomándose en el suelo en una muerte sin sangre. La escena había sido vista en los monitores de la no-nave como un drama de ficción. El marco de la proyección en la sala de mandos de la nave se añadía a la ilusión de que aquello no estaba ocurriendo realmente. Los actores se levantarían y saludarían. Los com-ojos de Teg, alejándose zumbando automáticamente, no se perdieron nada de la escena hasta que alguien los silenció.

La última imagen quedó grabada en su retina, como un residuo fantasmagórico: Teg tendido en el suelo de aquel nido de águilas de las Honoradas Matres. Odrade mirándolo en estado de shock.

Fuertes protestas recibieron la declaración de Murbella de que debían tomar tierra inmediatamente. Las Censoras fueron inflexibles hasta que ella les participó los detalles de la atrevida jugada de Odrade y preguntó:

—¿Deseáis el desastre total?

*La Odrade Interior fue quien venció esa discusión. Pero tú estabas preparada para ella desde un principio, ¿no es así, Dar? ¡Era tu plan!*

Las Censoras dijeron:

—Aún queda Sheeana. —Le dieron a Murbella un transbordador monoplaza y la enviaron a Conexión sola.

Pese a que transmitió por delante de ella su condición de Honorada Madre, hubo momentos delicados en el Campo de Aterrizaje.

Un pelotón de Honoradas Matres armadas la aguardaba cuando emergió del

transbordador al lado de un humeante cráter. El humo olía a explosivos exóticos.

*Donde fue destruido el transbordador de la Madre Superiora.*

El pelotón era dirigido por una vieja Honorada Madre, con su túnica roja manchada, algunas de sus decoraciones desaparecidas, y un desgarrón en el hombro izquierdo. Era como algún desecado reptil, aún venenoso, aún capaz de morder, pero con sus cóleras desgastadas, la mayor parte de su energía desaparecida. Su desgredado pelo tenía la apariencia de la piel exterior de un rizoma de jengibre recién extraído del suelo. Había un demonio en ella. Murbella lo vio asomarse por sus ojos moteados de naranja.

Pese al pelotón completo que flanqueaba a la vieja, las dos mujeres se miraron como si estuvieran solas a los pies de la rampa de descenso del transbordador, como animales salvajes olisqueándose cautelosamente, intentando juzgar la extensión del peligro.

Murbella observó atentamente a la vieja. Aquel reptil parecía dispuesto a lanzar su lengua y morder en cualquier momento, husmeando el aire, dando rienda suelta a sus emociones, pero se sentía lo suficientemente impresionada como para escuchar.

—Mi nombre es Murbella. Fui tomada cautiva por la Bene Gesserit en Gammu. Soy una adepta de Hormu.

—¿Por qué llevas las ropas de las brujas? —La vieja y su pelotón parecían realmente dispuestas a matar.

—He aprendido todo lo que ellas tenían para enseñar, y he traído ese tesoro a mis hermanas.

La vieja la estudió por un momento.

—Sí, reconozco tu tipo. Eres una Roc, una de las que elegimos para el proyecto Gammu.

El pelotón tras ella se relajó ligeramente.

—No viniste todo el camino en ese transbordador —acusó la vieja.

—Escapé de una de sus no-naves.

—¿Sabes dónde está su nido?

—Lo sé.

Una amplia sonrisa distendió los labios de la vieja.

—¡Bien! ¡Eres valiosa! ¿Cómo escapaste?

—¿Tienes que preguntarlo?

La vieja consideró aquello. Murbella pudo leer los pensamientos en su rostro como si los estuviera pronunciando:

*Esas que trajimos de Roc... son mortíferas, todas ellas. Pueden matar con las manos, con los pies, o con cualquier otra parte móvil de sus cuerpos. Todas ellas deberían llevar una señal: «Peligrosas en cualquier posición.»*

Murbella se apartó unos pasos del transbordador, mostrando la vigorosa gracia



que era una marca de su identidad. *Rapidez y músculos, hermanas. Cuidado.*

Algunas de las componentes del pelotón avanzaron unos pasos, curiosas. Sus palabras estaban llenas de comparaciones con la Honorada Madre, de ansiosas preguntas que Murbella se vio obligada a parar.

—¿Mataste a muchas de ellas? ¿Dónde está su planeta? ¿Es rico? ¿Has esclavizado a muchos machos allí? ¿Fuiste adiestrada en Gammu?

—Estaba en Gammu para el tercer estadio. Bajo Hakka.

—¡Hakka! La conozco. ¿Todavía tenía su pie izquierdo herido cuando estuviste con ella? —*Siempre probando.*

—¡Era el pie derecho, y yo estaba con ella cuando ocurrió!

—Oh, sí, el pie derecho. Ahora lo recuerdo. ¿Cómo se lo hirió?

—Pateándole la retaguardia a un tipo. Llevaba un cuchillo afilado en el bolsillo de atrás. Hakka se puso tan furiosa que lo mató.

Las risas recorrieron el pelotón.

—Iremos a ver a la Gran Honorada Madre —dijo la vieja.

*Así que he pasado la primera inspección.* Murbella sintió reservas, sin embargo.

*¿Por qué lleva esta adepta de Hormu esas ropas enemigas? Y su expresión es extraña. Mejor enfrentarme a ésta inmediatamente.*

—Tomé su adiestramiento y ellas me aceptaron.

—¡Las estúpidas! ¿Lo hicieron realmente?

—¿Dudas de mi palabra? —Qué fácil era darle la vuelta a las cosas, adoptando la susceptible actitud de las Honoradas Matres.

La vieja se envaró. No perdió altanería, pero envió una mirada de advertencia a su pelotón. Todas ellas necesitaron un momento para digerir lo que Murbella había dicho.

—¿Te has convertido en una de ellas? —preguntó alguien a sus espaldas.

—¿De qué otro modo hubiera podido robar sus conocimientos? ¡Sabadlo! Fui la estudiante personal de su Madre Superiora.

—¿Te enseñó bien? —Aquella misma voz desafiante desde atrás.

Murbella identificó a la que había formulado las preguntas: de los escalones intermedios, y ambiciosa. Ansiosa de que se fijaran en ella y recibir así una promoción.

*Este es tu final, ansiosa. Y una pérdida muy pequeña para el universo.*

Una finta Bene Gesserit llevó a la pluma que era su enemiga al lugar que le correspondía. Luego una patada estilo Hormu para que pudieran reconocerla. La que había preguntado cayó muerta al suelo.

*La unión de las habilidades Bene Gesserit y las de las Honoradas Matres crean un peligro que tenéis que reconocer y envidiar todas.*

—Me enseñó admirablemente —dijo Murbella—. ¿Alguna otra pregunta?

—¡Ehhhhh! —dijo la vieja.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Murbella.

—Soy una Dama de Rango, una Honorada Madre de la Hormu. Me llamo Elpek.

—Gracias, Elpek. Puedes llamarme Murbella.

—Me siento honrada, Murbella. Por supuesto, es un tesoro lo que nos has traído.

Murbella la estudió un momento con atención Bene Gesserit antes de sonreír sin ningún humor.

*¡El intercambio de nombres! Tú aquí, con tu túnica roja que te señala como una de las poderosas que rodean a la Gran Honorada Madre, ¿sabes qué es lo que acabas de aceptar en tu círculo?*

El pelotón seguía impresionado y miraba a Murbella con precaución. Lo vio con su nueva sensibilidad. El sistema de grado/edad nunca había servido para crear posiciones en la Bene Gesserit, pero funcionaba con las Honoradas Matres. El simulflujo la divirtió con una exhibición confirmadora. Qué sutiles las transferencias de poder: las escuelas adecuadas, los amigos adecuados... todo ello conducido por familiares y sus conexiones, aduladores mutuos que establecían alianzas, incluso matrimonios. El simulflujo le dijo que aquello conducía hasta el pozo pero las que estaban en la escalera, las que controlaban los nichos, nunca dejaban que aquello las preocupara.

*Hoy es suficiente hasta hoy, y así es como me ve Elpek. Pero ella no ve en qué me he convertido, solamente que soy peligrosa pero potencialmente útil.*

Volviéndose lentamente sobre un pie, Murbella estudió al pelotón de Elpek. No había machos esclavizados allí. Aquella era una tarea demasiado delicada para cualesquiera que no fueran mujeres de confianza. Bien.

—Ahora escuchadme, todas. Si tenéis alguna lealtad a nuestra hermandad, lo cual juzgaré sobre actuaciones futuras, honraréis lo que he traído. Pretendo que sea un don para aquellas que lo merezcan.

—La Gran Honorada Madre se sentirá complacida —dijo Elpek.

Pero la Gran Honorada Madre no pareció complacida cuando le fue presentada Murbella.

Murbella reconoció la torre. Era casi el anochecer ahora, pero el cuerpo de Streggi aún permanecía tendido allá donde había caído. Algunos de los especialistas de Teg habían sido muertos, sobre todo los responsables de los com-ojos que pasaban por sus guardias.

*No, a nosotras las Honoradas Matres no nos gusta que los demás nos espíen.*

Vio que Teg aún vivía, pero estaba envuelto en hilo shiga y tirado desdeñosamente en un rincón. Lo más sorprendente de todo: Odrade permanecía de pie sin ligaduras cerca de la Gran Honorada Madre. Mostraba un gesto de desprecio.

Mirando a Murbella, la Gran Honorada Madre dijo:

—Así que éste es el saco de insolencia que dices que adiestraste en vuestras maneras.

Odrade casi sonrió ante la descripción.

*¿Un saco de insolencia?*

Una Bene Gesserit podía aceptar aquello sin inquina. Aquella Gran Honorada Madre con sus reumáticos ojos se enfrentaba a un dilema y no podía apelar a su arma que mataba sin sangre. Un equilibrio muy delicado de poder. Las agitadas conversaciones entre las Honoradas Matres habían revelado su problema.

*¡Nos hemos debilitado a nosotras mismas! ¡Pudimos haber aguardado, reservado algunas de ellas!*

Todas sus armas secretas habían sido agotadas y no podían ser recargadas, algo que habían perdido cuando habían sido expulsadas hasta allí.

*¡Nuestra arma de último recurso, y la hemos malgastado!*

Logno, que se consideraba a sí misma como suprema, permanecía ahora en una arena distinta. Y acababa de saber hacía un momento la temible facilidad con la cual Murbella podía matar a una de las elegidas.

Murbella lanzó una mirada valorativa al cortejo de la Gran Honorada Madre, calculando sus potenciales. Reconocían aquella situación, por supuesto. Les resultaba familiar. ¿Cómo votarían? *¿Neutral?*

Algunas se mostraban cautelosas, y todas aguardaban.

Anticipando una diversión. No preocupadas sobre quién triunfaría en tanto que el poder siguiera fluyendo en su dirección.

Murbella dejó que sus músculos fluyeran hasta la condición de espera de combate que había aprendido de Duncan y las Censoras. Se sentía tan fría como cuando estaba de pie en la sala de prácticas, probando sus respuestas. Incluso mientras reaccionaba, supo que lo hacía de la forma para la cual la había preparado Odrade... mental, física y emocionalmente.

*Primero la Voz. Déjales probar ese estremecimiento interior.*

—Veo que has valorado muy poco a la Bene Gesserit. Los argumentos de los cuales estás tan orgullosa son algo que esas mujeres han oído tantas veces que tus palabras van más allá del aburrimiento.

Dijo aquello con un mordaz control vocal, un tono que hizo aparecer naranja en los ojos de Logno pero la mantuvo inmóvil.

Murbella no había terminado con ella.

—Te consideras poderosa y lista. Una cosa engendra a la otra, ¿eh? ¡Qué idiotez! Eres una consumada mentirosa, y te mientes a ti misma.

Al ver que Logno permanecía inmóvil frente a aquel ataque, las que estaban a su alrededor empezaron a retirarse, dejando un espacio libre que decía: «*Es toda tuya.*»

—Tu fluidez en esas mentiras no las oculta —dijo Murbella. Barrió con una

mirada burlona a las que había detrás de Logno. Como aquellas a las que conozco en mis Otras Memorias, te encaminas a la extinción. El problema es que tardes un tiempo tan infernalmente largo en morir. Inevitable pero, oh, tan aburrido sin embargo. ¡Te atreves a llamarte a ti misma Gran Honorada Madre! —Volviendo su atención a Logno. Todo acerca de ti es una letrina. No tienes estilo.

Era demasiado. Logno atacó, la pierna izquierda lanzada como un látigo con una cegadora rapidez. Murbella aferró el pie como quien sujeta una hoja barrida por el viento y, continuando el movimiento, aprovechó el impulso de Logno para convertir su cuerpo en una girante maza que terminó violentamente su trayectoria contra el suelo, con la cabeza reducida a pulpa. Sin detenerse, Murbella pirueteó, su pie izquierdo casi decapitó a la Honorada Madre que había permanecido a la derecha de Logno, mientras su mano derecha aplastaba la garganta de la que había permanecido a la izquierda de Logno. Todo hubo terminado en un par de segundos.

Examinando la escena sin que se notara ningún esfuerzo en su respiración (*tan fácil resultó, hermanas*), Murbella experimentó una sensación de shock y reconocimiento de lo inevitable. Odrade permanecía tendida en el suelo frente a Elpek, que obviamente había elegido su bando sin la menor vacilación. La retorcida posición del cuello de Odrade y la flácida apariencia de su cuerpo indicaban que estaba muerta.

—Intentó interferir —dijo Elpek.

Elpek esperaba que, tras haber matado a una Reverenda Madre, Murbella (¡una hermana después de todo!) aplaudiera. Pero Murbella no reaccionó como esperaba. Se arrodilló junto a Odrade y apoyó su cabeza contra la del cadáver, permaneciendo allí un tiempo interminable.

Las Honoradas Matres supervivientes intercambiaron miradas interrogadoras, pero no se atrevieron a moverse.

*¿Qué es esto?*

Pero estaban inmovilizadas por las aterradoras habilidades de Murbella.

Cuando tuvo en ella el pasado reciente de Odrade, todos los nuevos acontecimientos que había que añadir a su anterior Compartir, Murbella se puso en pie.

Elpek vio la muerte en los ojos de Murbella, y dio un paso atrás antes de intentar defenderse. Elpek era peligrosa, pero no podía compararse con aquel demonio con su túnica negra. Terminó con ella con la misma impresionante brusquedad con que había terminado con Logno y sus ayudantes: una patada en la laringe. Elpek cayó de bruces encima de Odrade.

Una vez más, Murbella estudió a las supervivientes, luego se inmovilizó un breve instante, contemplando el cuerpo de Odrade.

*En un cierto sentido, eso fue obra mía, Dar. ¡Y tuya!*

Agitó lentamente la cabeza de lado a lado, absorbiendo las consecuencias.

*Odrade está muerta. ¡Larga vida a la Madre Superiora! ¡Larga vida a la Gran Honorada Madre! Y que los cielos nos protejan a todas.*

Entonces dedicó su atención a lo que debía hacerse. Aquellas muertes habían creado una enorme deuda. Murbella inspiró profundamente. Aquél era otro Nudo Gordiano.

—Soltad a Teg. Limpiad todo esto tan rápido como sea posible. ¡Y que alguien me traiga ropa adecuada!

Era la Gran Honorada Madre dando órdenes, pero aquellas que se apresuraron a obedecerla sintieron a la Otra en ella.

La que le trajo una túnica roja con elaborados dragones bordados con soopiedras se la tendió deferentemente desde una cierta distancia. Una mujer amplia con grandes huesos y un rostro cuadrado. Unos ojos crueles.

—Sujétamela —dijo Murbella, y cuando la mujer intentó aprovechar la ventaja de la proximidad para atacarla, Murbella la golpeó duramente—. ¿Quieres intentarlo de nuevo?

Esta vez no hubo más trucos.

—Tú eres el primer miembro de mi Consejo —dijo Murbella—. ¿Tu nombre?

—Angelika, Gran Honorada Madre. —*¡Observa! He sido la primera en llamarte por tu nombre adecuado. Recompénsame.*

—Tu recompensa es que te promociono y te dejen vivir.

Una respuesta propia de una Honorada Madre. Aceptada como tal.

Cuando Teg llegó a su lado frotándose los brazos allá donde el hilo shiga los había mordido profundamente, algunas Honoradas Matres intentaron prevenir a Murbella.

—¿Sabéis que éste puede...?

—Ahora me sirve a mí —interrumpió Murbella. Luego, con los tonos burlones de Odrade—: ¿No es así, Miles?

Él le dirigió una lastimosa sonrisa, un viejo en el rostro de un niño.

—Unos tiempos interesantes, Murbella.

—A Dar le gustaban los manzanos —dijo Murbella—. Ocúpate de ello.

El asintió. Llevarla a un cementerio-huerto. Ninguno de aquellos apreciados huertos Bene Gesserit duraría mucho en un desierto. De todos modos, valía la pena perpetuar algunas tradiciones mientras aún podías.

## Capítulo XLV

*¿Qué es lo que enseñan los Sagrados Accidentes? Sé adaptable. Sé fuerte. Estate preparado para el cambio, para lo nuevo. Reúne muchas experiencias y júzgalas por la inmutable naturaleza de tu fe.*

### ***Doctrina Tleilaxu***

Completamente dentro del esquema de tiempo original de Teg, Murbella había tomado a su séquito de Honoradas Matres y había regresado a la Casa Capitular. Esperaba algunos problemas, y los mensajes que envió por delante pavimentaron el camino hacia las soluciones.

«Traigo Futars para atraer a los Adiestradores. Las Honoradas Matres temen un arma biológica de la Dispersión que las convierte en vegetales. Los Adiestradores pueden ser la fuente.»

«Preparaos para mantener al Rabino y a su grupo en la no-nave. Haced honor a su secreto. ¡Y retirad las minas protectoras de la nave!» (Ese fue enviado a través de una Censora mensajera.)

Estuvo tentada de preguntar por sus hijas, pero aquello no era Bene Gesserit. Algún día... quizá.

Inmediatamente después de su regreso, fue al encuentro de Duncan, y eso confundió a las Honoradas Matres. Eran como las Bene Gesserit. «¿Qué hay que sea tan especial en un hombre?»

Ya no había ninguna razón para que él siguiera en la nave, pero se negó a abandonarla.

—Tengo un mosaico mental que disponer: una pieza que no puede ser movida, un comportamiento extraordinario y una participación voluntaria en su sueño. Tengo que hallar límites que comprobar. Eso es lo que falta. Sé cómo encontrarlo. Entóñalo todo. No pienses: hazlo.

Aquello no tenía sentido. Lo aceptó, aunque se daba cuenta de que él estaba cambiado. Había en aquel nuevo Duncan una estabilidad que aceptó como un desafío. ¿Con qué derecho adoptaba un aire tan satisfecho de sí mismo? No... no satisfecho de sí mismo. Era más el estar en paz con una decisión. ¡Y se negaba a compartirla con ella!

—He aceptado cosas. Tú debes hacer lo mismo.

Ella tuvo que admitir que aquello era lo que ella estaba haciendo.

A la mañana siguiente de su regreso, se levantó al amanecer y entró en el cuarto de trabajo. Llevando la túnica roja, se sentó en la silla de la Madre Superiora y llamó a Bellonda.

Bell se detuvo de pie a un extremo de la mesa de trabajo. Sabía. El diseño era claro en su ejecución. Odrade había impuesto también una deuda en ella. Por eso el silencio: evaluando cómo debía pagar.

*¡Sirviendo a esta Madre Superiora, Bell! Así es como debes pagar. Ninguna manipulación por parte de los Archivos de estos acontecimientos los situará en su correcta perspectiva. Se necesita una acción.*

Finalmente, Bellonda dijo:

—La única crisis que me atrevo a comparar con ésta es el advenimiento del Tirano.

Murbella reaccionó secamente.

—¡Contén tu lengua, Bell, a menos que tengas algo útil que decir!

Bellonda aceptó con calma la reprimenda (una respuesta poco característica).

—Dar tenía cambios en mente. ¿Es esto lo que esperaba?

Murbella suavizó su tono.

—Repetiremos más tarde la historia antigua. Este es tan sólo un capítulo de apertura.

—Malas noticias. —Esa era la antigua Bellonda.

—Deja entrar al primer grupo —dijo Murbella—. Ve con cautela. Son el Alto Consejo de la Gran Honorada Madre.

Bell salió para obedecer.

*Sabe que tengo todo el derecho a esta posición. Todas ellas lo saben. No es necesaria ninguna votación. ¡No hay lugar para una votación!*

Ahora era el momento para el arte histórico de la política que había aprendido de Odrade.

*—Tienes que aparecer importante en todas las cosas. Ninguna decisión menor debe pasar por tus manos a menos que sean esos tranquilos actos llamados «favores» hechos hacia la gente cuya lealtad puede ser ganada.*

Todas las recompensas llegaban de lo alto. No era una buena política para la Bene Gesserit, pero este grupo que entraba en el cuarto de trabajo estaba familiarizado con una Gran Honorada Madre Protectora; aceptarían las «nuevas necesidades políticas». Temporalmente. Todo era siempre temporal, especialmente con las Honoradas Matres.

Bell y las observadoras sabían que iban a pasarse mucho tiempo examinando todo aquello. *Incluso con las ampliadas habilidades Bene Gesserit.*

Requeriría una extrema atención de todas ellas. Y lo primero era la agudamente discernidora mirada de inocencia.

*Eso es lo que perdieron las Honoradas Matres y que nosotras debemos restablecer antes de que puedan fundirse en el fondo al que «nosotras» pertenecemos.*

Bellonda hizo entrar al Consejo y se retiró silenciosamente.

Murbella aguardó hasta que todas se hubieron sentado. Un lote heterogéneo: algunas aspirantes al supremo poder. Angelika allí, sonriendo tan hermosamente. Algunas aguardando (sin atreverse todavía a esperar), pero acumulando todo lo que podían.

—Nuestra Hermandad estuvo actuando estúpidamente —acusó Murbella. Observó a las que aceptaban con furia aquel comentario—. ¡Hubierais matado a la gallina de los huevos de oro!

No comprendieron. Extrajo la parábola. Escucharon con adecuada atención, incluso cuando añadió:

—¿No os dais cuenta de lo desesperadamente que necesitamos a cada una de esas brujas? ¡Las superamos en tal manera en número que cada una de ellas deberá arrastrar una enorme carga de enseñanza!

Consideraron aquello y, por amargo que fuera, se vieron obligadas a admitir lo que decía.

Murbella remachó el asunto.

—No solamente soy vuestra Gran Honorada Madre... ¿alguna cuestiona eso?

Nadie lo cuestionó.

—... sino que soy la Madre Superiora de la Bene Gesserit. Ellas no pueden hacer otra cosa más que confirmarme en mi cargo.

Dos de ellas empezaron a protestar, pero Murbella las cortó en seco.

—¡No! Vosotras seríais impotentes para imponer vuestra voluntad sobre ellas. Tendríais que matarlas a todas. Pero a mí me obedecerán.

Las dos siguieron murmurando, y les gritó:

—¡Comparadas conmigo con lo que he adquirido de ellas, todas vosotras no sois más que miseria! ¿Alguna de vosotras desafía esto?

Nadie lo desafió, pero las motas naranja estaban allí.

—No sois más que niñas sin el menor conocimiento de aquello en lo que podéis convertirlos —dijo—. ¿Os volveréis indefensas para enfrentaros a aquellos de muchos rostros? ¿Os convertiréis en vegetales?

Aquello captó su interés. Estaban acostumbradas a aquel tono de sus antiguas comandantes. Se sintieron más satisfechas. Era difícil aceptar aquello de alguien tan joven... pero sin embargo... las cosas que había hecho. ¡Y a Logno y sus ayudantes!

Murbella vio que admiraban el cebo.

*Fertilización. Este grupo lo arrastrará con ellas. Un vigor híbrido. Somos fertilizadas para crecer más fuertes. Y florecer*

*¿Y convertirnos en semillas? Mejor no extenderse en eso. Las Honoradas Matres no lo verán hasta que sean casi Reverendas Madres. Entonces mirarán furiosamente hacia atrás del mismo modo que lo he hecho yo. ¿Cómo hemos podido ser tan*



*estúpidas?*

Vio la sumisión tomar forma en los ojos de las consejeras. Sería una luna de miel. Las Honoradas Matres serían niñas en una tienda de dulces. Tan sólo gradualmente empezarían a crecer de forma inevitable. Entonces podrían ser atrapadas.

*Como yo fui atrapada. No le preguntes al oráculo lo que puedes ganar. Esa es la trampa. ¡Cuidado con la auténtica decidora de fortuna! ¿Te gustarían tres mil quinientos años de aburrimiento?*

Odrade objetó.

*Concédele algún crédito al Tirano. No todo puede haber sido aburrimiento. Más bien como un Navegante de la Cofradía abriéndose camino entre los Pliegues espaciales. La Senda de Oro. Un Atreides pagó por nuestra supervivencia, Murbella.*

Murbella sintió la carga de aquello. El pago del Tirano cayó sobre sus hombros. Yo no le pedí que lo hiciera por mí.

Odrade no podía dejar pasar aquello.

*Lo hizo de todos modos.*

*Lo siento, Dar. Pagó. Ahora, yo debo pagar.*

*¡Así que al fin eres una Reverenda Madre!*

Las consejeras se mantuvieron inmóviles bajo su mirada.

Angelika eligió hablar por ellas. *Después de todo, fui la primera elegida.*

*¡Vigila a esa! Hay un ramalazo de ambición en sus ojos.*

—¿Qué respuesta estás pidiéndonos que tomemos con esas brujas? —Alarmada por su propia franqueza. ¿No era también una bruja ahora la Gran Honorada Madre?

Murbella dijo suavemente:

—Las toleraréis y les ofreceréis no violencia de ninguna clase.

Angelika se sintió envalentonada por el suave tono de Murbella.

—¿Es esa una decisión de la Gran Honorada Madre o...?

—¡Ya basta! ¡Podría inundar de sangre el suelo de esta habitación con todas vosotras! ¿Deseáis que os lo demuestre?

No deseaban que se lo demostrara.

—¿Y qué si os digo que es la Madre Superiora la que os está hablando? ¿Le pediréis que siga una política para enfrentarse a nuestro problema? Yo os diré: ¿Política? Ahhh, sí. Tengo una política de cosas sin importancia tales como infestaciones de insectos. Las cosas sin importancia requieren política. Para que la gente como vosotras no vea la sabiduría en mis decisiones, no necesito ninguna política. Me desembarazo rápidamente de las de vuestra clase. ¡Muertas antes de que sepáis siquiera que habéis sido heridas! Esa es mi respuesta a la presencia de lo inmundito. ¿Hay alguna inmundicia en esta habitación?

Era un lenguaje que todas reconocían: el látigo de la Gran Honorada Madre respaldado por la habilidad de matar.

—Vosotras sois mi Consejo —dijo Murbella—. Espero de vosotras la sabiduría. Lo mejor que podéis hacer es fingir que sois sabias.

Una regocijada simpatía por parte de Odrade: *Si ésa es la forma en que las Honoradas Matres reciben y dan órdenes, no va a ser necesario un análisis muy profundo por parte de Bell.*

Los pensamientos de Murbella fueron hacia otro lugar. *Ya no soy una Honorada Matre.*

El paso de una a otra era tan reciente que descubrió su actuación como Honorada Matre como algo incómodo. Sus ajustes eran una metáfora de lo que podía ocurrir a sus anteriores hermanas. Un nuevo papel, y no lo estaba desempeñando bien. Las Otras Memorias simulaban una larga asociación con ella como esta nueva persona. No había una transubstanciación mística, simplemente nuevas habilidades.

*¿Simplemente?*

El cambio era profundo. ¿Se daría cuenta de eso Duncan? Le dolía el que él no pudiera ver nunca a través de su nueva persona.

*¿Es eso el residuo de mi amor por él?*

Murbella se apartó de aquellas preguntas, no deseando una respuesta. Se sentía repelida por algo que iba mucho más profundo de lo que ella se atrevía a ahondar.

*Habrà decisiones que debo tomar y que el amor puede impedir. Decisiones para la Hermandad y no para mí misma. Ahí es donde apuntan mis miedos.*

Las necesidades inmediatas la obligaron a recuperarse. Despidió a sus consejeras, prometiendo dolor y muerte si fracasaban en aprender aquella nueva limitación.

A continuación, había que enseñar a las Reverendas Madres una nueva diplomacia: coexistir con unas Honoradas Matres que estaban acostumbradas a no coexistir con nadie... ni siquiera con sus propias compañeras. Eso iría siendo más fácil a medida que transcurriera el tiempo. Las Honoradas Matres se deslizaban hacia las maneras Bene Gesserit. Llegaría un día en el que no habría Honoradas Matres; solamente Reverendas Madres con reflejos mejorados y un incrementado conocimiento de la sexualidad.

Murbella se sintió perseguida por palabras que había oído pero que no había aceptado hasta aquel momento.

—Las cosas que haremos para la supervivencia de la Bene Gesserit no tienen límites.

*Duncan verá esto. No puedo impedir que lo haga. El Mentat no mantendrá una idea fija de lo que yo era antes de la Agonía. Abre su mente como yo abro una puerta. Examinará esa red. «¿Qué es lo que he atrapado esta vez?»*

¿Era esto lo que le había ocurrido a Dama Jessica? Las Otras Memorias llevaban a Jessica entretejida en la trama y la urdimbre del Compartir. Murbella destejió un extremo y exhibió el antiguo conocimiento.

*¿La herética Dama Jessica? ¿Cometiendo un delito en su función? Jessica se había sumergido en el amor del mismo modo que Odrade se había sumergido en el mar, y las olas resultantes lo habían englobado todo excepto a la Hermandad.*

*Murbella sintió que aquello la arrebatava hacia un lugar donde no deseaba ir. El dolor se aferró a su pecho.*

*¡Duncan! ¡Ohhh, Duncan! Hundió el rostro entre sus manos. Dar, ayúdame. ¿Qué debo hacer?*

*Nunca preguntar por qué eres una Reverenda Madre*

*¡Debo! La progresión está clara en mi memoria y...*

*Eso es una secuencia. Pensar en ella como en causa-y-efecto te seduce alejándote de la totalidad.*

*¿Tao?*

*Más sencillo: tú estás aquí.*

*Pero las Otras Memorias van hacia atrás y hacia atrás y...*

*Imagina que son pirámides... interconectadas.*

*¡Eso son simplemente palabras!*

*¿Sigue funcionando tu cuerpo?*

*Me duele, Dar. Ya no tengo ningún cuerpo, y es inútil que...*

*Ocupamos nichos distintos. Los dolores que yo siento no son tus dolores. Mis alegrías no son las tuyas.*

*¡No quiero tu simpatía! ¡Ohhh, Dar! ¿Por qué nací?*

*¿Naciste para perder a Duncan?*

*¡Dar, por favor!*

*Así que naciste, y ahora sabes que nunca es suficiente. De modo que te convertiste en una Honorada Madre. ¿Qué otra cosa podías hacer? ¿Aún insuficiente? Ahora eres una Reverenda Madre. ¿Piensas que es bastante? Nunca es bastante mientras sigas con vida.*

*Estás diciéndome que debo alcanzar siempre más allá de mí misma.*

*¡Buf! No tomes decisiones sobre esta base. ¿Acaso no has oído? ¡No pienses; hazlo! ¿Elegirás el camino fácil? ¿Por qué deberías sentirte triste a causa de que has encontrado lo inevitable? ¡Si eso es todo lo que puedes ver, límitate a mejorar la descendencia!*

*¡Maldita seas! ¿Por qué me haces esto?*

*¿Hacer qué?*

*¡Hacerme ver a mí misma y a mis antiguas hermanas de esta forma!*

*¿Qué forma?*

*¡Maldita seas! ¡Sabes lo que quiero decir!*

*¿Antiguas hermanas, dices?*

*Oh, eres insidiosa.*

*Todas las Reverendas Madres son insidiosas.*

*¡Nunca abandonas tus enseñanzas! ¿Es eso lo que debo hacer?*

*¡Qué inocente fui! Preguntarle lo que en realidad hiciste.*

*Tú lo sabes ahora tan bien como yo. Aguardamos a que la humanidad madure. El Tirano solamente le dio tiempo para crecer y desarrollarse, pero ahora necesita cuidados.*

*¿Qué es lo que tiene que ver el Tirano con mi dolor? ¡Mujer estúpida! ¿Fracasaste en la Agonía?*

*¡Sabes bien que no!*

*Deja de tropezar con lo obvio.*

*¡Oh, perra!*

*Prefiero bruja. Es preferible a ramera.*

*La única diferencia entre la Bene Gesserit y las Honoradas Matres es el mercado. Te casaste con nuestra Hermandad.*

*¿Nuestra Hermandad?*

*¡Procreáis para el poder! ¿Es eso diferente de...*

*¡No lo tergiverses, Murbella! Mantén tus ojos fijos en la supervivencia.*

*¡No me digas que no tuvisteis poder!*

*Autoridad temporal sobre una gente deseosa de supervivencia.*

*¡Supervivencia de nuevo!*

*En una Hermandad que promueve la supervivencia de otros. Como la mujer casada que da a luz hijos.*

*Así que todo se reduce a la procreación.*

*Esa es una decisión que haces exclusivamente para ti misma: la familia y lo que la une. ¿Qué es lo que halaga a la vida y a la felicidad?*

Murbella se echó a reír. Dejó caer sus manos y abrió sus ojos, para descubrir a Bellonda de pie ahí, observándola.

—Eso es siempre una tentación para una Reverenda Madre —dijo Bellonda—. Charlar un poco con las Otras Memorias. ¿Quién era esta vez? ¿Dar?

Murbella asintió.

—No confíes en nada de lo que te digan. Son solamente consejos, y tú debes juzgar por ti misma.

*Exactamente las palabras de Odrade. Mira a través de los ojos de los muertos a las escenas pasadas hace mucho. ¡Qué espectáculo!*

—Puedes perderte ahí dentro durante horas —dijo Bellonda—. Ejerce contención. Asegura tu terreno. Una mano para ti misma y otra para la nave.

*¡Ahí estaba de nuevo! El pasado aplicado al presente. Qué rica hacían las Otras Memorias la vida cotidiana.*

—Eso pasará —dijo Bellonda—. Se convierte en algo parecido a un sombrero

viejo al cabo de un tiempo. —Depositó un informe frente a Murbella.

*¡Un sombrero viejo! Una mano para ti misma y otra para la nave. Tanto en unas simples palabras.*

Murbella se reclinó en la silla para examinar el informe de Bellonda, recordando de pronto la expresión de Odrade:

*La Reina Araña en el centro de mi tela.* La tela podía estar un poco estropeada ahora, pero aún seguía atrapando cosas para ser digeridas. Retuerce un hilo clave y Bell acudirá corriendo, agitando sus mandíbulas en anticipación. Las palabras que retorcían el hilo eran «Archivos» y «Análisis».

Viendo a Bellonda a aquella luz, Murbella captó sabiduría en la forma en que Bellonda la había utilizado, haciendo sus imperfecciones tan valiosas como sus perfecciones. Cuando Murbella terminó el informe, Bellonda seguía aún de pie allí, en su actitud característica.

Murbella reconoció que Bellonda consideraba a todas aquellas que la requerían como inoportunas a las que había que examinar muy atentamente, como la gente que llamaba a Archivos por razones frívolas y tenía que ser puesta en su lugar. Frivolidad: la bestia negra de Bellonda. Murbella encontró aquello divertido.

Murbella mantuvo su diversión oculta mientras examinaba a Bellonda. La forma en que tenía que tratar con ella debía ser escrupulosa. Nada que redujera sus habilidades. Aquel informe era un modelo de concisa y pertinente argumentación. Marcaba los detalles importantes con pocos embellecimientos, los suficientes tan sólo para revelar sus propias conclusiones.

—¿No te divierte llamarme? —preguntó Bellonda.

*¡Es más aguda de lo que era! ¿La llamé yo? No con esas palabras exactamente, pero ella sabe cuándo es necesaria. Dice: aquí nuestras hermanas deben ser modelos de humildad. La Madre Superiora puede ser cualquier cosa que necesite ser pero no el resto de la Hermandad.*

Murbella palmeó el informe.

—Un punto de partida.

—Entonces deberíamos empezar antes de que vuestras amigas encuentren el centro de los com-ojos. —Bellonda se dejó caer en su silla-perro con una confiada familiaridad—. Tam ya no está, pero podemos enviar a buscar a Sheeana.

—¿Dónde está ahora?

—En la nave. Estudiando una colección de gusanos en la Gran Cala. Dice que cualquiera de nosotras puede aprender a controlarlos.

—Algo valioso si es cierto. Déjala. ¿Y Scytale?

—Aún en la nave. Tus amigas todavía no lo han descubierto. Lo mantenemos discretamente oculto.

—Que siga así. Es un buen elemento de reserva para negociaciones. Y ellas no

son mis amigas, Bell. ¿Cómo están el Rabino y su grupo?

—Cómodos pero preocupados. Saben que las Honoradas Matres están aquí.

—Mantenlos discretamente ocultos.

—Es extraño. La voz es distinta, pero oigo a Dar.

—Un eco en tu cabeza.

Bellonda se echó a reír.

—Ahora, eso es lo que tienes que difundir entre las hermanas. Actuamos con una extrema delicadeza mientras nos mostramos como gente a la que hay que admirar y emular. «Puede que vosotras las Honoradas Matres no elijáis vivir como vivimos nosotras, pero podéis aprender nuestras fuerzas.»

—Ahhh.

—Todo se reduce al sentido de la propiedad. Las Honoradas Matres son atraídas por la propiedad de las cosas. «Quiero ese lugar, esa chuchería, esa persona». Toma lo que desees. Úsalo hasta que te canses de ello.

—Mientras nosotras seguimos adelante en nuestro camino admirando lo que vemos.

—Y ese es nuestro fallo. No debemos abandonarnos tan fácilmente. ¡Miedo al amor y al afecto! Mantenerse dueños de sí mismos exige su propia codicia. «¿Ves lo que tengo? ¡Tú no puedes tenerlo a menos que sigas mis caminos!» Nunca adoptes esta actitud con las Honoradas Matres.

—¿Me estás diciendo que debo quererlas?

—¿Qué otra cosa podemos hacer para que nos admiren? Esa fue la victoria de Jessica. Cuando dio, lo dio todo. Tanta cosa reprimida por nuestra manera, y luego esa abrumadora inundación: todo dado. Es irresistible.

—Nosotras no nos comprometemos tan fácilmente.

—No más de lo que lo hacen las Honoradas Matres.

—¡Ello es debido a sus orígenes burocráticos!

—Sin embargo, el suyo es un terreno de adiestramiento preparado para seguir el sendero de la menor resistencia.

—Estás confundiéndome, Da... Murbella.

—¿He dicho que debíamos comprometernos? El compromiso no sólo nos debilita, sino que sabemos que hay problemas que el compromiso no puede resolver, decisiones que debemos tomar no importa lo amargas que sean.

—¿Pretendes quererlas?

—Eso es un principio.

—Será una unión sangrienta, el juntar la Bene Gesserit y las Honoradas Matres.

—Sugiero que Compartamos tan ampliamente como sea posible. Puede que perdamos a gente mientras las Honoradas Matres están aprendiendo.

—Un matrimonio en el campo de batalla.

Murbella se puso en pie, pensando en Duncan en la no-nave, recordando la nave tal como la había visto por última vez. Allí estaba finalmente, no oculta a ningún sentido. Un montón de extraña maquinaria, curiosamente grotesca. Un salvaje conglomerado de protuberancias y proyecciones sin ningún propósito aparente. Era difícil imaginar aquella estructura alzándose por sí misma, enorme como era, y desvaneciéndose en el espacio.

*¡Desvaneciéndose en el espacio!*

Vio la forma del mosaico mental de Duncan.

*¡Una pieza que no puede ser movida! Sintonizarlo todo... ¡No pienses; hazlo!*

Con una brusquedad que la dejó helada, supo la decisión de Duncan.

## Capítulo XLVI

*Cuando piensas en tomar la determinación de tu destino en tus propias manos, ése es el momento en que puedes resultar aplastado. Ve con cuidado. Prepárate para las sorpresas. Cuando creamos, siempre hay otras fuerzas en acción.*

**Darwi Odrade**

—Avanza con extremo cuidado —le había advertido Sheeana.

Idaho no creía necesitar la advertencia, pero la agradeció de todos modos.

La presencia de las Honoradas Matres en la Casa Capitular facilitaba su tarea. Habían conseguido que las Censoras y los demás guardias de la nave se pusieran nerviosos. Las órdenes de Murbella mantenían a sus antiguas hermanas fuera de la nave, pero todo el mundo sabía que el enemigo estaba allí. Los monitores mostraban un al parecer interminable flujo de naves de transporte descargando Honoradas Matres en el Campo. La mayoría de las recién llegadas se mostraban curiosas acerca de la monstruosa no-nave asentada allí, pero ninguna desobedecía a la Gran Honorada Madre.

—No mientras esté con vida —murmuró Idaho allá donde las Censoras podían oírle—. Poseen una tradición de asesinar a sus líderes para reemplazarlas. ¿Durante cuánto tiempo se mantendrá Murbella?

Los com-ojos hicieron aquel trabajo por él. Sabía que sus murmullos se esparcirían por toda la nave.

Sheeana acudió a su cuarto de trabajo poco después e hizo un gesto de desaprobación.

—¿Qué estás intentando hacer, Duncan? Estás inquietando a la gente.

—¡Vuelve a tus gusanos!

—¡Duncan!

—¡Murbella está jugando a un juego peligroso! Ella es todo lo que hay entre nosotros y el desastre.

Ya había expresado esa inquietud acerca de Murbella. No era nada nuevo para las observadoras, pero el insistir sobre ello ponía nervioso a todo el mundo que lo oía... las monitoras de los com-ojos en Archivos, los guardias de la nave, todos.

Excepto las Honoradas Matres. Murbella estaba manteniéndolas alejadas de los Archivos de Bellonda.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —dijo Sheeana—. Duncan, deja de alimentar nuestras inquietudes, o dínos lo que debemos hacer. Tú eres un Mentat. Funciona para nosotras.

*Ahhh, el gran Mentat actuando para que todas lo vean.*



—Lo que tenéis que hacer es obvio, pero no es asunto mío. Yo no puedo dejar a Murbella.

*Pero puedo ser apartado de su lado.*

Ahora era asunto de Sheeana. Ella lo dejó, y se fue a difundir su propia versión del cambio.

—*Tenemos a la Dispersión como ejemplo.*

Por la tarde, tenía a las Reverendas Madres de la nave neutralizadas, y le dio a Duncan la señal con la mano de que podía emprender el siguiente paso.

—*Me seguirán.*

Sin pretenderlo, la Missionaria había preparado el decorado para el dominio de Sheeana. La mayor parte de las hermanas sabían el poder latente en ella. Peligroso. Pero estaba *ahí*.

Un poder sin utilizar era como una marioneta sin hilos visibles, sin nadie que los sujetara. Una atracción compulsiva: *Yo puedo hacerla bailar.*

Alimentando el engaño, Duncan llamó a Murbella.

—¿Cuándo te veré?

—Duncan, por favor. —Incluso en proyección, parecía preocupada—. Estoy muy ocupada. Sabes las presiones. Me saldré de ello en unos pocos días.

La proyección mostraba a un grupo de Honoradas Matres al fondo, frunciendo el ceño a aquel extraño comportamiento de su líder. Cualquier Reverenda Madre podía leer en sus rostros.

—*¿Se ha vuelto demasiado blanda la Gran Honorada Madre? ¡Solamente tiene a un hombre ahí afuera!*

Cuando cortó la comunicación, Idaho enfatizó lo que todos los monitores en la nave habían visto:

—¿Está en peligro! ¿Acaso no se da cuenta?

*Y ahora, Sheeana, es cosa tuya.*

Sheeana poseía la llave para restaurar los controles de vuelo de la nave. Las minas habían sido retiradas. Nadie podía destruir la nave en el último instante con una señal a unos explosivos ocultos. Tan sólo había que tener en cuenta la carga humana, especialmente Teg.

*Teg verá mis elecciones. Los demás... el grupo del Rabino y Scytale, tendrán que correr el riesgo con nosotros.*

Los Futars en sus celdas de seguridad no le preocupaban. Eran unos animales interesantes, pero no significativos por el momento. A Scytale le dedicó solamente un pensamiento de pasada. El pequeño tleilaxu permanecía bajo constante vigilancia de los guardias, que no relajaban su atención sobre él independientemente de sus otras preocupaciones.

Se fue a la cama con un nerviosismo que tenía una clara explicación para

cualquier perro guardián en Archivos.

*Su preciosa Murbella está en peligro.*

Y estaba efectivamente en peligro, pero él no podía protegerla.

*Mi misma presencia es un peligro para ella ahora.*

Se levantó al amanecer, volvió a la armería para seguir con el desmantelamiento de la fábrica de armas. Sheeana lo encontró allí y le pidió que se reuniera con ella en la sección de guardia.

Fueron recibidos por un puñado de Censoras. La líder que habían escogido no le sorprendió. Garimi. Había oído de su actuación en la Asamblea. Suspica. Preocupada. Lista para efectuar su propia jugada. Era una mujer de sobrio rostro. Algunas decían que raras veces sonreía.

—He falseado los com-ojos de esta estancia —dijo Garimi—. Nos muestran tomando un bocado y haciéndote preguntas acerca de armas.

Idaho sintió un nudo en su estómago. La gente de Bell podía preparar rápidamente una simulación. Especialmente un modelo de él mismo.

Garimi respondió a su fruncimiento de ceño:

—Tenemos aliadas en Archivos.

—Debemos preguntarte si deseas marcharte antes de que escapemos en esta nave —dijo Sheeana.

Su sorpresa fue genuina.

*¿Quedarme atrás?*

No lo había tomado en consideración. Murbella ya no era Murbella. El lazo que la unía a él se había roto. Ella no lo aceptaría. Aún no. Pero aquella sería la primera vez en que se le pediría que tomara una decisión poniéndole a él en peligro para las finalidades de la Bene Gesserit. Por ahora, simplemente permanecía alejada de él más tiempo del necesario.

—¿Vais a Dispersaros? —preguntó, mirando a Garimi.

—Salvaremos lo que podamos. Votando con nuestros pies, fue llamado una vez. Murbella está trastocando la Bene Gesserit.

Aquel era el argumento no expresado en el que él había confiado para vencerlas. El desacuerdo con la apuesta de Odrade.

Idaho inspiró profundamente.

—Iré con vosotras.

—¡Sin lamentaciones! —advirtió Garimi.

—¡Eso es estúpido! —dijo él, dando salida a su reprimido dolor.

Garimi no se hubiera sorprendido ante esta respuesta procedente de una hermana. Idaho la impresionó, y necesitó varios segundos para recuperarse. La honestidad la impulsó.

—Por supuesto que es estúpido. Lo siento. ¿Estás seguro de que no quieres

quedarte? Te debemos la oportunidad de tomar tu propia decisión.

*¡Los melindres de la Bene Gesserit con aquellos que la han servido lealmente!*

—Me uniré a vosotras.

El dolor que vieron en su rostro no era simulado. Lo exhibió abiertamente cuando se volvió hacia su consola.

*Mi posición asignada.*

No intentó ocular sus acciones cuando pulsó los códigos de los circuitos ID de la nave.

*Aliadas en Archivos.*

Los circuitos llamearon sus proyecciones... cintas coloreadas con una conexión cortada en los sistemas de vuelo. La forma de eludir aquel corte era visible tras tan sólo unos pocos momentos de estudio. Sus observaciones Mentat habían sido preparadas para ello.

*¡Múltiples a través del núcleo!*

Idaho se reclinó en su asiento y aguardó.

El despegue fue un momento de confusión que hizo resonar todos los cráneos y que se interrumpió bruscamente cuando estuvieron lo suficientemente lejos de la superficie como para conectar los nul-campos y entrar en el Pliegue espacial.

Idaho observó su proyección. Allí estaban: ¡la vieja pareja en su jardín! Vio la red resplandeciendo frente a ellos, el hombre gesticulando hacia ella, sonriendo con una satisfacción que redondeaba su rostro. Avanzaron en una especie de decorado transparente que reveló circuitos de nave tras ellos. La red se hizo más gruesa... no líneas sino cintas, más gruesas que las de los proyectados circuitos.

Los labios del hombre modularon palabras, pero no se produjo ningún sonido.

—*Te esperábamos.*

Las manos de Idaho se dirigieron a su consola, sus dedos se extendieron hacia el campo de comunicaciones para aferrar los elementos requeridos del circuito de control. No había tiempo para cortesías. Tenía que efectuar la interrupción. Estuvo dentro del núcleo en menos de un segundo. Desde ahí, era una simple cuestión de vaciar segmentos enteros. La navegación fue primero. Vio la red hacerse delgada, la expresión de sorpresa en el rostro del hombre. Los nul-campos vinieron a continuación. Idaho sintió la nave agitarse en el Pliegue espacial. La red se ladeó, se tensó, y los dos observadores se hicieron pequeños y delgados. Idaho borró los circuitos de la memoria estelar, llevándose sus datos.

Red y observadores desaparecieron.

*¿Cómo sabré si siguen estando aquí?*

No tenía ninguna respuesta excepto una certeza arraigada en repetidas visiones.

Sheeana no alzó la vista cuando la encontró en su consola temporal de control de vuelo en la sala de guardia. Estaba inclinada sobre la consola, mirándola consternada.

La proyección encima de ella mostraba que habían emergido del Pliegue espacial. Idaho no reconoció el esquema de ninguna de las estrellas visibles, pero ya había esperado aquello.

Sheeana giró en su silla y miró a Garimi de pie junto a ella.

—¡Hemos perdido todo el almacenamiento de datos!

Idaho se golpeó la sien con un índice.

—No los hemos perdido todos.

—¡Pero tomará años recuperar incluso los datos más básicos y esenciales! —protestó Sheeana—. ¿Qué ha ocurrido?

—Somos una nave inidentificable en un universo inidentificable —dijo Idaho—. ¿No es eso lo que queríamos?

## Capítulo XLVII

*No hay ningún secreto en el equilibrio. Lo único que necesitas es sentir las olas.*

**Darwi Odrade**

Murbella sintió que había pasado toda una eternidad desde que había reconocido la decisión de Duncan.

*¡Desaparecer en el espacio! ¡Abandonarme!*

El inmutable sentido del tiempo de la Agonía le decía que tan sólo habían pasado algunos segundos desde que había sido consciente de sus intenciones, pero tenía la sensación de que lo había sabido desde el principio.

*¡Debía ser detenido!*

Se tendía hacia la consola de comunicaciones cuando Central empezó a estremecerse. El temblor prosiguió durante un tiempo interminable, y luego recedió lentamente.

Bellonda estaba en pie.

—¿Qué...?

—La no-nave del Campo acaba de despegar —dijo Murbella.

Bellonda se inclinó hacia la consola de comunicaciones, pero Murbella la detuvo.

—Se ha ido.

*No debe ver mi dolor.*

—¿Pero quién...? —Bellonda guardó silencio. Tenía su propio conjunto de consecuencias, y vio lo que Murbella veía.

Murbella suspiró. Ella disponía de todas las demás maldiciones de la historia a su disposición, y no deseaba ninguna de ellas.

—A la hora del almuerzo, lo tomaré en mi comedor privado con las consejeras, y quiero que tú estés presente —dijo Murbella—. Dile a Duana que prepare de nuevo guiso de ostras.

Bellonda empezó a protestar, pero todo lo que pronunció fue:

—¿Otra vez?

—¿Recordarás que comí a solas abajo la otra noche? —Murbella volvió a sentarse.

*¡La Madre Superiora tiene obligaciones!*

Había mapas que cambiar y ríos que seguir y Honoradas Matres que domesticar.

*Algunas olas te derriban, Murbella. Pero vuelves a ponerte en pie y sigues con ello. Siete veces abajo, ocho veces arriba. Puedes mantener el equilibrio sobre extrañas superficies.*

*Lo sé, Dar. Participo voluntariamente en tu sueño.*

Bellonda se la quedó mirando hasta que Murbella dijo:

—Hice que mis consejeras se sentaran a una cierta distancia de mí en la cena, la otra noche. Era extraño... solamente las dos mesas en todo el comedor.

*¿Por qué sigo con esa charla anodina? ¿Qué disculpas tengo para mi extraordinario comportamiento?*

—Nos preguntábamos por qué a ninguna de nosotras se nos permitía entrar en nuestro comedor —dijo Bellonda.

—¡Para salvar vuestras vidas! Pero debierais haber visto su interés. Leí en sus labios. Angelika dijo: «Está comiendo algún tipo de guiso. La he oído discutirlo con el chef. ¿No es un mundo maravilloso el que hemos conseguido? Tenemos que conseguir una muestra de ese guiso que ha ordenado.»

—Muestras —dijo Bellonda—. Entiendo. —Luego—: ¿Sabes que Sheeana tomó la pintura de Van Gogh de... de tu dormitorio?

*¿Por qué duele eso?*

—Observé que faltaba.

—Dijo que la tomaba prestada para su cuarto en la nave.

Murbella apretó los labios.

*¡Malditos sean! ¡Duncan y Sheeana! Teg, Scytale... todos ellos perdidos, y sin ninguna forma de seguirles. Pero aún disponemos de los tanques axlotl y de las células de Idaho de nuestros hijos. No las mismas... pero parecidas. ¡Cree que ha escapado!*

—¿Te encuentras bien, Murbella? —Preocupación en la voz de Bell.

*Me advertiste acerca de las cosas salvajes, Dar, y yo no escuché.*

—Una vez hayamos comido, llevaré a mis consejeras a una vuelta de inspección por Central. Dile a mi acólita que quiero sidra antes de retirarme.

Bellonda se fue, murmurando. Aquello era más propio de ella.

*¿Cómo me guiarás ahora, Dar?*

*¿Deseas una guía? ¿Un tour dirigido por tu vida? ¿Es para eso para lo que morí?*

*¡Pero se llevaron también el Van Gogh!*

*¿Es eso lo que echarás en falta?*

*¿Por qué lo tomaron, Dar?*

Una risa cáustica saludó aquello, y Murbella se alegró de que nadie estuviera escuchando.

*¿No puedes ver lo que pretende Sheeana?*

*¡El esquema de la Missionaria!*

*Oh, más que eso. Es la siguiente fase: de Muad'Dib al Tirano a las Honoradas Matres a nosotras a Sheeana... ¿a qué? ¿No puedes verlo? Está ahí en el borde de tus pensamientos. Acéptalo del mismo modo que tragarías una bebida amarga.*

Murbella se estremeció.

*¿Lo ves? ¿La amarga medicina de una futura Sheeana? Hubo un tiempo en el que pensábamos que todas las medicinas tenían que ser amargas o de otro modo no eran efectivas. No hay poder curativo en lo dulce.*

*¿Tiene que ocurrir, Dar?*

*Algunos se ahogarán en esa medicina. Pero los supervivientes pueden crear interesantes esquemas.*

## Capítulo XLVIII

*Los opuestos emparejados definen tus anhelos, y esos anhelos te aprisionan.*

*El látigo Zensunni*

—¡Les dejaste escapar deliberadamente, Daniel!

La vieja mujer se frotó las manos en la sucia parte frontal de su delantal de jardinero. Era una mañana de verano, las flores resplandecían, los pájaros trinaban en los árboles cercanos. El cielo tenía un aspecto ligeramente brumoso, con una radiación amarillenta cerca del horizonte.

—Vamos, Marty, no fue deliberado —dijo Daniel. Se sacó su sombrero de ala ancha y se pasó los dedos por la cerdosa mata de pelo gris antes de volver a colocárselo—. Me sorprendió. Sabía que nos veía, pero no sospechaba que viera la red.

—Y yo que tenía un hermoso planeta elegido para ellos —dijo Marty—. Uno de los mejores. Una auténtica prueba para sus habilidades.

—No sirve de nada lamentarse sobre ello —dijo Daniel—. Ahora están donde no podemos alcanzarles. Estaba extendido de una forma tan fina, sin embargo, que confiaba en poder atraparlo fácilmente.

—También tenían a un Maestro tleilaxu —dijo Marty—. Lo vi cuando pasaron por debajo de la red. Hubiera sido tan magnífico estudiar a otro Maestro.

—No veo por qué. Siempre silbándonos, siempre haciendo necesario el silenciarlos. ¡No me gusta tratar a los Maestros de esa forma, y tú lo sabes! Si no fuera por ellos...

—No son dioses, Daniel.

—Nosotros tampoco.

—Sigo pensando que tú los dejaste escapar. ¡Estabas tan ansioso por podar tus rosas!

—¿Qué le hubieras dicho al Maestro, de todos modos? —preguntó Daniel.

—Hubiera hecho un chiste cuando él hubiera preguntado quiénes éramos. Siempre preguntan eso. Le hubiera dicho: «¿Qué esperabas, al Propio Dios con una barba flotando al viento?»

Daniel dejó escapar una risita.

—Eso hubiera sido divertido. Les cuesta tanto aceptar que los Danzarines Rostro puedan ser independientes de ellos.

—No veo por qué. Es una consecuencia natural. Ellos nos dieron el poder de absorber las memorias y las experiencias de otra gente. Reúne a los suficientes de ellas, y...



—Son personalidades lo que tomamos, Marty.

—Lo que quieras. Los Maestros deberían saber que algún día reuniríamos las suficientes de ellas como para tomar nuestras propias decisiones acerca de nuestro futuro.

—¿Y el de ellos?

—Oh, le hubiera pedido disculpas después de haberlo colocado en su lugar. Puedes hacerlo perfectamente, ¿no crees, Daniel?

—Cuando adoptas esa expresión en tu rostro, Marty, yo voy a podar mis rosas. — Se dirigió a una hilera de arbustos de verdes hojas y flores negras tan grandes como su cabeza.

Tras él, Marty dijo:

—¡Reúne la gente suficiente, y tendrás una gran bola de conocimientos, Daniel! Eso es lo que le hubiera dicho. ¡Y esas Bene Gesserit en esa nave! Les hubiera dicho cuántas de ellas tenemos. ¿Has observado alguna vez lo alienados que parecen cuando los observamos?

Daniel se inclinó sobre sus rosas negras.

Ella lo miró a sus espaldas, las manos en las caderas.

—Sin mencionar a los Mentats —dijo él—. Había dos de ellos en esa nave... los dos gholas. ¿No deseas jugar con ellos?

—Los Maestros siempre intentan controlarlos también —dijo ella.

—Ese Maestro va a verse en problemas si intenta mezclarse con el más mayor de los dos —dijo Daniel, dando un tijeretazo al tallo de una rosa, casi al nivel del suelo—. Esa sí es hermosa.

—¡Mentats! —exclamó Marty—. Se lo diría, ¿sabes? A diez centavos la docena, todos los que quieras.

—¿Centavos? No creo que hubieran comprendido eso, Marty. Las Reverendas Madres sí, pero no ese Mentat grande. No se extendía hasta tan atrás.

—¿Sabes lo que dejaste escapar, Daniel? —preguntó ella, acercándose hasta situarse a su lado—. Ese Maestro tenía un tubo de entropía nula en su pecho. ¡Lleno de células ghola!

—Lo vi.

—¡Por eso los dejaste escapar!

—No les dejé. —Sus tijeras hicieron chas-chas—. Gholas. Sea bienvenido a ellos.

## Dedicatoria

*Este es otro libro dedicado a Bev, amiga, esposa, segura ayuda, y la persona que le dio su título. La dedicatoria es póstuma, y las palabras que siguen, escritas la mañana siguiente de su muerte, deberían decirles a ustedes algo acerca de su inspiración.*

Una de las mejores cosas que puedo decir acerca de Bev es que no ha habido nada en nuestra vida juntos que yo necesite olvidar, ni siquiera el apacible momento de su muerte. Ella me dio el último regalo de su amor, un pacífico tránsito sin temores ni lágrimas por su parte, que alivió mis propios temores. ¿Qué mayor don existe que el demostrar que no necesitas temer a la muerte?

La nota necrológica habitual dirá: Beverly Ann Stuart Forbes Herbert, nacida el 20 de octubre de 1926 en Seattle, Washington; muerta a las 5:95 p.m. del 7 de febrero de 1984 en Kawaloa, Maui. Sé que esto es una formalidad mucho mayor de la que ella hubiera tolerado. Me arrancó la promesa de que no habría un funeral convencional, «con el sermón de un predicador y mi cuerpo exhibido». Como ella decía, «yo no voy a estar en ese cuerpo entonces, pero merece una mayor dignidad de la que proporciona esa exhibición».

Insistió en que yo no fuera más lejos que en hacer que su cuerpo fuera cremado y sus cenizas esparcidas por su querida Kawaloa, «donde hemos gozado de tanta paz y amor». La única ceremonia... amigos y familiares en el esparcir de sus cenizas mientras suenan las notas de «Puente sobre aguas turbulentas».

Sabia que habría lágrimas entonces, y hay lágrimas mientras escribo estas palabras, pero en sus últimos días habló a menudo de que las lágrimas son fútiles. Reconocía las lágrimas como algo que forma parte de nuestros orígenes animales. El perro, decía siempre, aúlla ante la pérdida de su dueño.

Otra parte de la consciencia humana dominaba su vida: el espíritu. No en ninguno de los empalagosos sentidos religiosos ni en ninguno de los otros sentidos que los espiritualistas asocian a la palabra. Para Bev, era la luz de la consciencia humana brillando en todo lo que encontraba. Debido a ello, puedo decir pese a mi dolor e incluso dentro de ese dolor que la alegría llena mi espíritu debido al amor que ella me dio y sigue dándome. Nada en la tristeza ante su muerte es un precio demasiado alto de pagar por todo el amor que compartimos.

Su elección de la canción para ser cantada en la ceremonia de esparcir sus cenizas procedía de lo que a menudo nos decíamos el uno al otro... que ella era mi puente y yo el suyo. Eso resume nuestra vida matrimonial.

Empezamos a compartirla con una ceremonia ante un ministro en Seattle el 20 de

junio de 1946. Nuestra luna de miel la pasamos en una torre de vigilancia forestal contra incendios en la cima de un otero, el Kelley Butte, en el Bosque Nacional de Snoquaimie. Nuestros aposentos eran un cuadrado de tres metros y medio de lado con una cúpula encima de tan sólo metro y medio de lado, y la mayor parte del espacio disponible estaba ocupado por el rastreador de fuegos a través del cual detectábamos cualquier humo que viéramos.

En aquel angosto espacio, con una Victrola accionada a cuerda y dos máquinas de escribir portátiles que ocupaban un espacio considerable encima de la única mesa, sentamos el esquema de lo que sería nuestra vida juntos: trabajo combinado con la música, escribir, y todas las demás alegrías que la vida proporciona.

Esto no quiere decir que experimentáramos una constante euforia. Lejos de ello. Tuvimos momentos de hastío, de miedos y de dolores. Pero siempre hay tiempo para las risas. Incluso al final, Bev podía sonreír aún para decirme que la había colocado correctamente sobre sus almohadas, que había aliviado el picor de su espalda con un suave masaje, y que había hecho todas las demás cosas necesarias porque ella ya no podía hacerlas por si misma.

En sus días finales, no quiso que nadie excepto yo la tocara. Pero nuestra vida matrimonial había creado un lazo de amor y confianza tan grande que ella decía a menudo que las cosas que yo hacía por ella era como si las hiciera ella misma. Aunque yo tenía que procurarle los más íntimos cuidados, los cuidados que uno proporcionaría a un niño, ella no se sentía ofendida ni su dignidad se veía asaltada. Cuando la tomaba entre mis brazos para colocarla en una posición más cómoda o bañarla, los brazos de Bev siempre se colocaban alrededor de mis hombros y ella anidaba su rostro como había hecho tan a menudo en el hueco de mi cuello.

Es difícil transmitir la alegría de esos momentos, pero les aseguro que estaba ahí. Alegría espiritual. Alegría de la vida incluso en la proximidad de la muerte. Su mano estaba en la mía cuando murió, y el doctor que la atendía, con lágrimas en los ojos, dijo de ella lo que habían dicho ya muchos otros:

—Tenía un don.

Muchos de aquellos que vieron aquel don no lo comprendieron. Recuerdo cuando entramos en el hospital a primeras horas de la madrugada para que diera a luz a nuestro primer hijo. Estábamos riendo. Los enfermeros nos miraban con desaprobación. El nacimiento es algo doloroso, incluso peligroso. Algunas mujeres mueren dando a luz. ¿Por qué está riendo esa gente?

Estábamos riendo a causa de que la perspectiva de una nueva vida que formaba parte de nosotros dos nos llenaba de una gran felicidad. Estábamos riendo porque el nacimiento iba a producirse en un hospital edificado en el mismo lugar que el hospital donde había nacido Bev. ¡Qué maravillosa continuidad!

Nuestra risa era infecciosa, y muy pronto todos aquellos con quienes nos

encontramos en nuestro camino hasta la sala de partos estaban sonriendo. La desaprobación se convirtió en aprobación. La risa era su don en los momentos de tensión.

La suya era también la risa de lo constantemente nuevo. Todo aquello con lo que se encontraba tenía algo nuevo que excitaba sus sentidos. Había en Bev una progresiva ingenuidad que era, a su propia manera, una forma de sofisticación. Deseaba descubrir lo que había de bueno en todo y en todos. Como resultado de ello, obtenía esa misma respuesta en los demás.

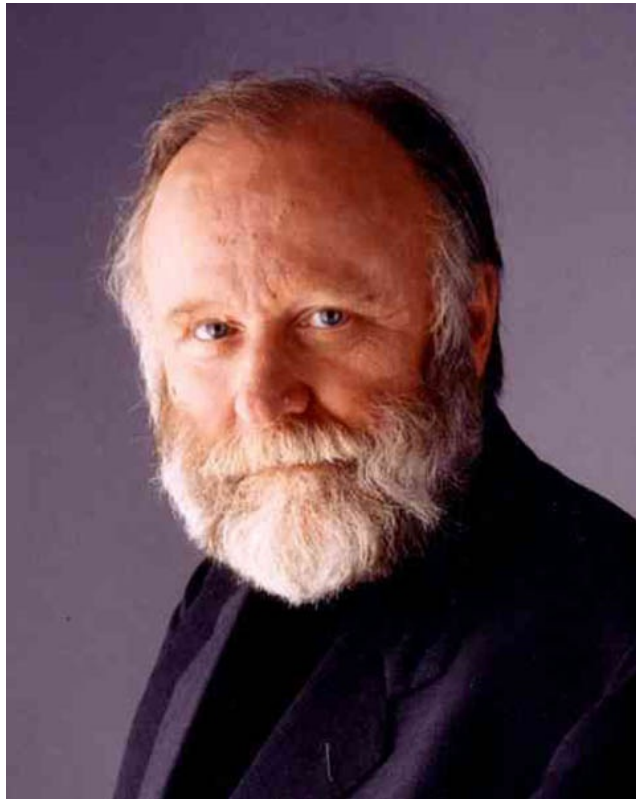
—La venganza es para los niños —decía—. Tan sólo la gente que es básicamente inmadura la desea.

Era conocida por llamar a la gente que la había ofendido y razonar con ella para echar a un lado sentimientos destructivos. «Seamos amigos.» No me sorprendió la fuente de ninguna de las condolencias que llegaron después de su muerte.

Fue típico de ella el que deseara que yo llamase al radiólogo cuyo tratamiento en 1974 fue la causa más directa de su muerte, y le diera las gracias por «proporcionarme esos diez maravillosos años más. Asegúrate de que comprende que sé que él hizo todo lo que pudo por mí cuando yo estaba muriendo de cáncer. Llevó sus conocimientos, sus habilidades y su arte hasta sus límites, y quiero que sepa que se lo agradezco.»

¿Es de sorprender que mire hacia atrás a todos esos años que pasamos juntos con una felicidad que trasciende de todas las palabras con las que pueda intentar describirlos? ¿Es de sorprender el que no desee ni necesite olvidar ni un sólo momento de ellos? La mayor parte de la gente tan sólo tocó su vida de una forma periférica. Yo la compartí de la forma más íntima, y todo lo que ella hizo me fortaleció. No me hubiera resultado posible hacer todo lo que la necesidad me exigió durante los diez años finales de su vida, fortaleciéndola a ella al mismo tiempo, si ella no me hubiera proporcionado antes esa fortaleza en los años anteriores, completamente y sin reservas. Considero que ésta ha sido mi mayor fortuna y mi más milagroso privilegio.

*Frank Herbert,  
Port Townsend, W.A.  
6 de abril de 1984*



FRANK HERBERT, nació en 1920 en Tacoma, Washington. Fue fotógrafo, camarógrafo de televisión, pescador de ostras y periodista, antes de empezar a escribir ciencia-ficción, publicando sus primeros relatos en 1952, en la revista *Startling Stories*.

Comenzó a escribir a los 8 años y a los 20 años vendía ya relatos para los pulps americanos, y después de la Segunda Guerra Mundial empezó a alternar su trabajo como periodista con la creación de relatos de aventuras, que firmaba con seudónimo. A principio de los 50 empezó a vender artículos y cuentos para revistas de mayor categoría.

Los libros más famosos de Herbert son los de la serie DUNE. Esta serie comenzó a ser publicada en 1965 y ha recibido los premios más importantes del género: Hugo y Nébula.